

JORGE AMADO
Doña Flor
y sus dos maridos

ESOTÉRICA Y CONMOVEDORA AVENTURA
VIVIDA POR DOÑA FLOR,
PROFESORA DE ARTE CULINARIO,
Y SUS DOS MARIDOS:
UNO, EL PRIMERO, APODADO VADINHO¹¹;
OTRO, EL SEGUNDO, EL FARMACÉUTICO
DR. TEODORO MADUREIRA

LA EXTRAORDINARIA BATALLA LIBRADA
ENTRE EL ESPÍRITU Y LA MATERIA.

NARRADA POR JORGE AMADO, ESCRIBA PÚBLICO
ESTABLECIDO EN EL BARRIO DE RÍO VERMELHO,
EN LA CIUDAD DEL SALVADOR
DE BAHÍA DE TODOS LOS SANTOS,
EN LAS VECINDADES DEL LARGO DE SANT'ANA
DONDE HABITA YEMANJA, SEÑORA DE LAS AGUAS.

¹ De *vadiar*, *yogar*. Alusión a la haraganería, el vicio, el juego y la actividad erótica del personaje. (N. Del T.)

A Zélia, en la tarde quieta del jardín, con los gatos, en la cálida ternura de este abril; para João y Paloma, en la mañana de las primeras lecturas y los primeros sueños.

A mi comadre Norma dos Guimarães Sampaio, personaje accidental, cuya presencia honra e ilustra estas pálidas letras. A Beatriz Costa, de quien Vadinho fue sincero admirador. A Eneida, que tuvo el privilegio de oír el Himno Nacional ejecutado en fagot por el doctor Teodoro Madureira. A Giovanna Bonino, que posee un óleo del pintor José de Dome, retrato de doña Flor adolescente, en ocre y amarillos. Cuatro amigas unidas aquí en el afecto del autor.

A Diaulas Riedel y Luiz Monteiro.

«Dios es gordo»

(Revelación de Vadinho al volver a este mundo)

«La Tierra es azul»

(Afirmó Gagarin después del primer vuelo espacial)

«Un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar»

(Dístico colgado en la pared de la farmacia del doctor Teodoro Madureira)

¡Ay!

(suspiró doña Flor)

Caro amigo Jorge Amado: pensándolo bien, no hay receta para la tarta de mandioca que yo hago. Algo me indicó doña Alda, la mujer del Renato, el del Museo, pero aprendí haciéndola, rompiéndome la cabeza hasta encontrarle el punto. (¿No fue amando como aprendí a amar? ¿No fue viviendo como aprendí a vivir?)

Veinte o más bollitos de masa de mandioca, según el tamaño que se desee. Le aconsejo a doña Celia que no dude en hacerla grande, pues la tarta de mandioca gusta a todos y siempre piden más. ¡Hasta ellos dos, tan distintos, se vuelven locos con la tarta de mandioca o carimá; sólo en eso están de acuerdo..., ¿o lo están también en eso que yo me sé...? Pero no me hable de esas cosas, señor Jorge, déjeme en paz, que si no me enfado. Azúcar, sal, queso rallado, manteca, leche de coco, de la fina y de la gruesa, que las dos son necesarias. Usted, que escribe en los diarios, ¿puede decirme por qué se necesitan siempre dos amores?..., ¿por qué a nuestro corazón no le basta con uno solo? Las cantidades al gusto de la persona, pues cada uno tiene su paladar y a algunos les gusta más salado, ¿no es así? La masa debe ser muy livianita y el horno estar bien caliente. Esperando haberle sido útil, señor Jorge, ahí tiene la receta, que más que receta es un saludo. Pruebe la tarta adjunta y hágame saber si le gusta. ¿Cómo están los suyos? Aquí en casa todos bien. Compramos otra parte de la farmacia y alquilamos para el verano una casa en Itaparica, un lugar muy chico. De lo otro..., ya sabe a qué me refiero..., a eso mismo, sólo le diré que el

que es tuerto no tiene compostura. De mis desvelos ni le hablo, sería una falta de respeto. Pero es un hecho indiscutible que quien enciende la raya del día sobre el mar es ésta su servidora, Florípedes Paiva Madureira, doña Flor dos Guimarães.

(Líneas recientemente enviadas por doña Flor al novelista.)

*I. De la muerte de Vadinho, primer marido de doña Flor,
y del velatorio y entierro de sus restos
(en el guitarrillo, el sublime Carlinhos Mascarenhas)*

ESCUELA DE COCINA «SABOR Y ARTE»
CUÁNDO Y QUÉ SERVIR EN UN VELORIO
(Respuesta de doña Flor a la pregunta de una alumna)

No por ser desordenado día de lamentación, tristeza y llanto, debe dejarse transcurrir el velorio a la buena de Dios. Si la dueña de casa, sollozante y abatida, fuera de sí, embargada por el dolor o muerta en el cajón no pudiera hacerlo, entonces un pariente o una persona de su amistad debe encargarse de atender la velada, pues no se va a dejar a secas, sin nada de comer ni de beber, a los pobrecitos que solidariamente se hacen presentes a lo largo de la noche. Para que una vigilia tenga animación y realmente honre al difunto que la preside, haciéndole más llevadera esa primera y confusa noche de su muerte, hay que atender solícitamente a los circunstantes, cuidando de su moral y de su apetito. ¿Cuándo y qué ofrecer? Durante toda la noche, del comienzo al fin, es indispensable el café; naturalmente, solo. El café completo - con leche, pan, manteca, queso, algunos bizcochitos, algunos bollitos de mandioca y rebanadas de tortas de maíz con huevos estrellados- , sólo se servirá por la mañana y para los que allí amaneciesen. Es conveniente mantener el agua siempre a punto para el café, de modo que nunca falte, ya que continuamente está llegando gente. Debe servirse con tortitas de harina y bizcochos. De vez en cuando hay que pasar una bandeja con saladitos, tales como bocadillos de queso, jamón y mortadela, pues para consumición mayor ya basta y sobra con la del difunto. Sin embargo, si el

velorio fuese de categoría, uno de esos velorios en que se tira el dinero, en ese caso, se impone dar una jicara de chocolate a medianoche, bien espeso y caliente, o un caldo de gallina con arroz. Y, para completar, bollitos de bacalao, frituras, croquetas de toda clase, dulces variados y frutas secas.

Para beber, si se trata de una familia pudiente, además de café puede haber cerveza o vino, un vaso, y sólo para acompañar el caldo y la fritada. Nunca champán: se considera de mal gusto servirlo en tales circunstancias.

Sea rico o pobre el velorio, es de rigor, no obstante, servir continuamente la imprescindible, la buena *cachacinha*: puede faltar de todo, incluso el café, pero la *cachacinha* es indispensable; sin su consuelo no puede haber velorio que se precie de tal. Un velorio sin *cachaca* constituye una falta de respeto al muerto, una muestra de indiferencia y desamor hacia él.

Vadinho, el primer marido de doña Flor, murió un domingo de carnaval por la mañana, disfrazado de bahiana, cuando *sam-bava* en un grupo y en medio de la mayor animación, en el Largo 2 de Julio, no muy lejos de su casa. No formaba parte de la agrupación; acababa de mezclarse con ella junto con otros cuatro amigos, todos con vestimenta de bahiana, viniendo de un bar de la calle Cabeça, en el que el whisky había corrido con abundancia a costas de un tal Moysés Alves, hacendado del cacao, rico y perdulario.

La comparsa tenía una pequeña y afinada orquesta de guitarras y flautas; tocaba el guitarrillo Carlinhos Mascarenhas, un flacucho celebrado en las *garconnières*, ¡ah!, un tocador divino. Los muchachos iban vestidos de gitanos y las chicas de campesinas húngaras o rumanas; jamás, sin embargo, hubo húngara o rumana - o incluso búlgara o eslovaca- que se cimbreara como se cimbreaban ellas, mestizas en la flor de la edad y de la seducción.

1

Vadinho, el más animado de todos, al ver aparecer el conjunto en la esquina y oír el punteo del esquelético Mascarenhas en el sublime guitarrillo, se adelantó con rapidez, situóse junto a una rumana repintada, grandota,

monumental como una iglesia - que podía ser la de San Francisco, pues la cubría un derroche de lentejuelas doradas- , y anunció:

- Aquí estoy yo, mi rusa del Tororó...

El «gitano» Mascarenhas, que también iba cubierto de abalorios y canutillos y con festivas argollas colgando de las orejas, le exigió al guitarrillo; gimieron las flautas y las guitarras y Vadinho se lanzó a bailar la samba con el ejemplar entusiasmo característico de todo cuanto hacía, si se exceptúa el trabajo. Remolineando en medio de la murga, zapateaba frente a la mulata, avanzando hacia ella con floreos y ombligazos, cuando, de repente, soltó una especie de ronquido apagado, le vacilaron las piernas, se inclinó hacia un lado y rodó por el suelo echando una baba amarilla por la boca, sin que la mueca de la muerte consiguiese apagar del todo la alegre sonrisa del juerguista impenitente que había sido.

Los amigos no lo atribuyeron a los whiskys del hacendado, sino a la *cachaca*: no hubieran bastado aquellas cuatro o cinco dosis para terminar con un bebedor de la clase de Vadinho. Pero pudo ser, sí, toda la *cachaca* acumulada desde el mediodía anterior, cuando inauguraron oficialmente el carnaval en el Bar Triunfo, en la Plaza Municipal, que seguramente se le había subido toda junta, de golpe, haciéndolo caer en un profundo sopor. Mas la mulata grandota no se dejó engañar: como enfermera profesional, estaba familiarizada con la muerte, la frecuentaba diariamente en el hospital. Claro que no con tanta intimidación como en este caso, en que le había dirigido ombligazos, hecho guiños y bailado con ella. Se inclinó sobre Vadinho, le puso una mano en el cuello y se estremeció, sintiendo escalofríos en el vientre y en la espina dorsal:

- ¡Está muerto, Dios mío!

También tocaron otros el cuerpo del mozo, alzaron su cabeza de larga cabellera rubia, y buscaron los latidos de su corazón. Nada consiguieron, era inútil, Vadinho desertó para siempre del carnaval de Bahía.

Grande fue el alboroto en la comparsa y en la calle, así como el revuelo producido en los alrededores. Un «Dios nos salve» sacudió a los enmascarados. Y encima de todo, la escandalosa Anete, una maestrita romántica e histérica, aprovechó tan inmejorable ocasión para tener un soponcio, entre agudos chillidos y amagos de desmayo: toda una escena en honor de Carlinhos Mascarenhas, por quien suspiraba esa melindrosa propensa al patatús, que decía ser ultrasensible y se erizaba como una gata cuando él pulsaba el guitarrillo. El instrumento colgaba ahora de las manos del artista, silencioso e inútil, como si Vadinho se hubiera llevado consigo al otro mundo sus últimos acordes. De todas partes acudía la gente corriendo, pues la noticia circuló rápidamente por las inmediaciones, llegando a San Pedro, a la Avenida Sete, al Campo Grande, y arreando curiosos. En torno al cadáver acabó por juntarse una pequeña multitud, que se codeaba y hacía comentarios. Llamaron a un médico residente del Sodrê mientras un policía de tránsito hacía sonar el silbato sin cesar como para anunciar a la ciudad entera, a todo el Carnaval, el fin de Vadinho.

«¡Pero si es Vadinho, el pobre!», constató un enmascarado, que llevaba una media como antifaz, perdiendo su animación. Todos reconocieron al muerto, pues su figura era muy popular, con su estallante alegría, su bigotito recortado, su picara altivez. Sobre todo era bien visto en los lugares donde se bebía, jugaba y farreaba. Y allí, tan cerca de su casa, no había quien no lo conociese.

Otro disfrazado, vestido con una bolsa y cubierto con una cabezota de oso, atravesó el compacto grupo, consiguiendo acercarse y ver al muerto. Entonces se quitó la máscara, dejando a la vista una cara llena de aflicción, de bigotes caídos y cabeza calva, y murmurando:

- Vadinho, hermanito, ¿qué te hicieron?

«¿Qué le pasó? ¿De qué murió?», se preguntaban unos a otros, y alguien respondió: «Fue la *cachaca*.» Explicación demasiado fácil para muerte tan inesperada. También se detuvo ante el difunto una vieja encorvada, que echó una mirada y reflexionó:

- ¡Tan mozo todavía! ¿Por qué se ha de morir tan joven?

Se cruzaban las preguntas y las respuestas, mientras el médico ponía el oído sobre el pecho de Vadinho, para realizar la comprobación final e inútil.

«Estaba bailando muy entusiasmado cuando sin más se cayó de costado, con la muerte adentro», explicaba uno de los amigos, ya totalmente curado de la *cachaca*, súbitamente sobrio y conmovido, un tanto ridículo con sus ropas femeninas de bahiana, con las mejillas pintadas de rojo y profundas ojeras negras trazadas con un corcho quemado.

El hecho de estar disfrazado de bahiana no debe dar lugar a maliciosos pensamientos en torno a los cinco mozos, todos ellos de reconocida virilidad. Se habían disfrazado así sólo para divertirse más, por amor a la farsa y por picardía, no por afeminados o por inclinación a presuntas exquisiteces. No había maricas entre ellos, ¡alabado sea Dios! Vadinho incluso se había atado bajo la blanca enagua almidonada una enorme raíz de mandioca y a cada paso levantaba las faldas y exhibía el descomunal y pornográfico trofeo, que obligaba a las mujeres a taparse con las manos la cara sonriente, con fingida vergüenza. Ahora la raíz pendía del muslo descubierto, pero ya no hacía reír a nadie. Uno de los amigos se acercó y la desató de la cintura de Vadinho. Pero ni aun así adquirió el difunto un aspecto púdico y decente: era un muerto de carnaval, ni siquiera mostraba sangre de bala o de puñalada corriéndole por el pecho que pudiera rescatarlo de su condición de mascarita.

Doña Flor, precedida, claro está, de doña Norma, que daba órdenes y le abría paso, llegó casi al mismo tiempo que la policía. Cuando apareció doblando la esquina y apoyada en los brazos solícitos de las comadres, todos adivinaron que era la viuda, pues venía suspirando y gimiendo, sin intentar al menos contener los sollozos, deshecha en llanto. Además, llevaba puesta la bata de entrecasa, bastante gastada, que usaba para hacer la limpieza, calzaba pantuflas y todavía estaba despeinada. Aún así era bonita, de agradable presencia: pequeña y rechoncha, gorda pero sin grasa, la piel bronceada con tono de *caboverde*, lisos los cabellos, y tan negros que parecían azulados, ojos para un requiebro y labios gruesos, entreabiertos sobre los dientes

blancos. Apetitosa, como acostumbraba a calificarla el mismo Vadinho en sus días de ternura, tal vez raros, pero por eso mismo inolvidables. Quizá a causa de las actividades culinarias de la esposa, en esos instantes de idilio él la llamaba «mi marlo de maíz verde, mi *acarajé* oloroso, mi pollita gorda»; y tales comparaciones gastronómicas dan una idea justa de cierto encanto sensual y hogareño que poseía doña Flor, escondido tras una apariencia tranquila y dócil. Vadinho conocía las flaquezas de ella y las señalaba claramente: sus ansias contenidas, de tímida, de recatado deseo que se tornaba violento e incluso incontenible, cuando se manifestaba libremente. Como estuviese en vena Vadinho, nadie podía ser más fascinante, y ninguna mujer se le resistía. Doña Flor jamás pudo eludir su encanto, aunque estuviese indignada, enojada por algún motivo reciente. Pues en repetidas ocasiones había llegado a odiarlo y a renegar del día en que uniera su suerte a la del bohemio.

Pero mientras caminaba acongojada al encuentro de su intempestiva muerte, doña Flor iba atontada, con la cabeza vacía. No se acordaba de nada, ni aún de los momentos de honda ternura, y mucho menos de los días crueles, de angustia y soledad, como si el marido, al expirar, hubiese quedado libre de todos sus defectos, o como si no los hubiera tenido en «su breve paso por este valle de lágrimas».

«Breve fue su paso por este valle de lágrimas», sentenció el respetable profesor Epaminondas Souza Pinto, con afectación y apresuramiento, procurando saludar a la viuda y darle el pésame incluso antes de que ella llegara junto al cuerpo del marido. Mas doña Gisa, profesora igualmente, y hasta cierto punto también respetable, pudo contener a la vez su risa y la diligencia del colega. Si en verdad había sido breve el paso de Vadinho por la vida - acababa de cumplir treinta y un años- , para él, doña Gisa lo sabía bien, el mundo no había sido un valle de lágrimas, y sí un escenario de farsas, embrollos, embustes y pecados. Algunos de ellos, producto sin duda del apuro y la confusión, sometieron su corazón a arduas pruebas, angustias y sobresaltos: deudas a pagar, pagarés a descontar, garantes a convencer, compromisos asumidos,

bancos y usureros, rostros inconmovibles, amigos que lo esquivaban, sin hablar de los sufrimientos físicos y morales de doña Flor. Porque, razonaba doña Gisa en su enrevesado portugués (era medio norteamericana; se naturalizó y se sentía brasileña, pero ese diablo de idioma, ¡ah!, no conseguía dominarlo), si hubo lágrimas en el breve paso de Vadinho por la vida, éstas fueron las de doña Flor, y muchas alcanzando de sobra para la pareja.

Ante su muerte repentina, doña Gisa no pensaba en Vadinho sino con nostalgia: le tenía simpatía, a pesar de todo, en ciertos aspectos era gentil y cautivante. Pero no por eso, sin embargo, no por estar él allí, en el Largo 2 de Julio, muerto, tendido en la calle, vestido de bahiana, iba ella de repente a santificarlo, torcer la realidad, e inventar un Vadinho hecho de una sola pieza. Así se lo explicó a doña Norma, íntima y vecina suya, pero no tuvo el esperado apoyo de la aparcera. Doña Norma le había cantado las diez últimas a Vadinho muchas veces; peleaba con él y le endilgaba sermones monumentales, y un día llegó a amenazarlo con llamar a la policía. Pero en aquella hora final y dolorosa no deseaba comentar las predominantes y desagradables facetas del finado, sólo quería alabar sus lados buenos, su natural amabilidad, su solidaridad siempre pronta a manifestarse, su lealtad para con los amigos, su indiscutible generosidad (sobre todo cuando la practicaba con dinero ajeno), su irresponsable e infinita alegría de vivir. Además, estaba tan ocupada en acompañar y socorrer a doña Flor que ni siquiera prestaba oídos a las duras verdades de doña Gisa. Doña Gisa era así: la verdad por encima de todo, a veces hasta hacerla parecer áspera e inflexible; tal vez era una actitud de defensa contra su buena fe, pues era crédula hasta el absurdo y confiaba en todo el mundo. No, ella no se acordaba de las malas acciones de Vadinho para criticarlo y condenarlo. Vadinho le agradaba, y con frecuencia se enfrascaban los dos en largas conversaciones, pues a doña Gisa le interesaba conocer la psicología del submundo en que él se movía, y él le contaba casos y casos mientras atisbaba en su escote los dos senos pujantes y pecosos. Quizá doña Gisa lo entendiese mejor que doña Norma, pero, al contrario que la otra, no le perdonaba ni un solo

defecto y no iba a mentir sólo porque estuviese muerto. Ni a sí misma se mentía doña Gisa, a no ser que fuera indispensable. Y no era éste el caso, evidentemente.

Doña Flor se metía entre la gente siguiendo el claro que dejaba doña Norma, quien se abría camino gracias a sus codos y a su gran popularidad:

- Vamos, apártense, amigos, déjenla pasar a la pobre...

Allí estaba sobre los adoquines, los labios sonrientes, blanco y rubio, lleno de paz y de inocencia. Doña Flor quedó inmóvil por un instante, contemplándolo, como si tardase en reconocer al marido, o más bien, probablemente, en aceptar el hecho, ahora indiscutible, de su muerte. Pero fue sólo un instante. Con un grito salido de lo hondo de las entrañas, se echó sobre Vadinho, besándole los cabellos, el rostro pintado de carmín, los ojos abiertos, el atrevido bigote, la boca muerta, para siempre muerta.

3

¿Quién, esa noche de domingo de carnaval, no había planeado ir a un corso o a divertirse en alguna fiesta? ¿Quién no tenía algún programa esa madrugada? Pues bien, a pesar de eso, el velatorio de Vadinho fue un «éxito», como aseveró y proclamó con orgullo doña Norma. Los camilleros echaron el cuerpo sobre la cama, en el dormitorio; más tarde, los vecinos lo llevaron a la sala. Los hombres de la Morgue estaban apurados: en carnaval tenían más trabajo. Mientras los demás se divertían, ellos lidiaban con los difuntos, con las víctimas de los accidentes y las riñas. Sacaron el lienzo inmundo que envolvía al cadáver y entregaron el certificado a la viuda. Vadinho quedó desnudo, tal como Dios lo trajo al mundo, sobre la cama del matrimonio: una cama con cabecera y pies de hierro forjado, comprada de segunda mano por doña Flor, en un remate, cuando se casaron, hacía seis años. Doña Flor, solita en el cuarto, abrió el sobre y meditó sobre lo que decían los médicos. ¿Quién lo diría? ¡Aparentemente tan fuerte y sano, tan joven aún!

Preciábase Vadinho de no haber estado jamás enfermo y de ser capaz de pasar ocho días y ocho noches sin dormir,

jugando y bebiendo, o de farra con mujeres. ¿Y acaso en ocasiones no pasaba realmente ocho días sin aparecer por casa, dejando a doña Flor sumida en la desesperación, como enloquecida? Sin embargo, allí estaba el certificado de defunción extendido por los doctores de la Facultad; era un hombre condenado: hígado inservible, riñones estropeados, corazón minado. Hubiera podido morir en cualquier momento, como había muerto, así, de repente. La *cachaca*, las noches en los casinos, la juerga, las carreras enloquecidas en busca de dinero para jugar, habían arruinado aquel organismo hermoso y fuerte, dejándole tan sólo su apariencia. Sí, porque mirándolo por fuera, ¿quién lo juzgaría tan implacablemente liquidado?

Doña Flor contempló el cuerpo del marido antes de pedir a los serviciales y ansiosos vecinos que la ayudaran en la delicada tarea de vestirlo. Ahí yacía, desnudo, como le gustaba estar en la cama, la pelusa dorada cubriéndole los brazos y las piernas, la mata de pelo rubio en el pecho, la cicatriz del navajazo en el hombro izquierdo. ¡Tan bello y masculino, tan sabio en el placer! De nuevo asomaron las lágrimas a los ojos de la joven viuda. Procuró no pensar en lo que estaba pensando. No eran cosas para día de velorio. Sin embargo, al verlo así, echado sobre el lecho, totalmente desnudo, doña Flor no podía, por más esfuerzo que hiciera, dejar de recordarlo tal como era en la hora de los deseos desatados: Vadinho, en ese trance, no toleraba ropa alguna sobre los cuerpos, ni que los cubriera una sábana pudorosa: no era su fuerte el pudor. Cuando la incitaba a ir a la cama, le decía: «Vamos a yogar, hija.» Porque para él, el amor era como una fiesta de infinita alegría y libertad, a la cual se entregaba con el entusiasmo que lo caracterizaba, unido a una competencia proclamada por innumerables mujeres de distinta clase y condición. En los primeros tiempos de casada, como él quería que ella estuviese toda desnudita, doña Flor se quedaba muy tiesa.

- ¿Dónde se vio yogar en camisón? ¿Por qué te escondes? El yogar es cosa santa, fue inventada por Dios en el paraíso, ¿sabes?

No sólo la desvestía íntegramente, sino que, pareciéndole poco todavía eso, la palpaba y jugaba con todas las partes de su cuerpo, de curvas amplias y recovecos profundos

donde se cruzaban la sombra y la luz en un juego misterioso. Doña Flor intentaba cubrirse, pero él le arrancaba la sábana entre risas y dejaba al aire los duros senos, las hermosas nalgas, el pubis casi sin vello. La tomaba como a un juguete; un juguete o un cerrado capullo de rosa que él hacía abrirse en cada noche de placer. Doña Flor iba perdiendo la timidez, entregándose a esa fiesta lasciva con creciente violencia, transformándose en amante impulsiva y audaz. Nunca, sin embargo, abandonó del todo la pudibundez y la vergüenza; era necesario reconquistarla cada vez, pues, apenas despertaba de esas locas audacias y de los ayes desmayados, volvía a ser una esposa tímida y pudorosa.

En aquel momento, a solas con la muerte de Vadinho, doña Flor comprendió, ahora en todo su alcance, su condición de viuda. Ya no lo tendría más, ni nunca volvería a desmayarse en sus brazos. Porque desde el instante en que surgiera el trágico rumor, transmitirlo de boca en boca hasta la llegada del furgón, al caer la tarde, la profesora de arte culinario había vivido en una especie de sueño maligno y al mismo tiempo excitante: el impacto de la noticia, la caminata entre sollozos hasta el Largo 2 de Julio, el encuentro con el cuerpo, la multitud que la rodeaba, que la cuidaba, que le ofrecía solidaridad y consuelo, la vuelta a casa casi cargada por doña Norma, doña Gisa, el profesor Epaminondas y Méndez, el español de la taberna. Todo tan rápido y confuso que ni tiempo le había dejado para pensar, para percibir su muerte como algo real.

Desde el Largo, habían trasladado el cadáver a la Morgue, pero ni aun así tuvo ella un momento de sosiego. De repente se había convertido en el centro vital no sólo de su calle, sino de todas las arterias adyacentes, y eso en un domingo de carnaval. Hasta que lo trajeron a la casa, envuelto en unas sábanas, junto con un pequeño bulto colorido - el vestido de bahiana- , doña Flor no cesó de recibir pésames, pruebas de amistad, gentilezas, en medio de una continua romería de vecinos, conocidos y amigos. Doña Norma y doña Gisa abandonaron por completo los quehaceres de sus casas, ya un tanto descuidados debido al carnaval, confiando los almuerzos y las cenas al criterio de las impacientes fámulas. Ninguna de las dos se apartó un

momento de doña Flor, a cada cual más delicada y solícita. Afuera seguía el carnaval, con sus enmascarados, murgas y conjuntos, sus disfraces de fantasías lujosas o divertidas; con las músicas de las múltiples orquestas, los *zépereiras*, los bombos, las comparsas, las agrupaciones, los *afochés* con sus tamboriles y timbales. De vez en cuando, doña Norma no podía resistir y corría a la ventana, se acodaba en ella, arriesgaba una mirada, respondía a los requiebros de alguna máscara conocida, transmitía la noticia de la muerte de Vadinho, aplaudía algún disfraz original o un conjunto brillante. A veces, si alguna agrupación particularmente animada surgía en la esquina, llamaba a doña Gisa. Y cuando el «Afoché de los Hijos del Mar», ya avanzada la tarde, entró por la calle con sus figuraciones inolvidables, seguido por una gran muchedumbre que bailaba, hasta doña Flor, mal contenidas las lágrimas, se acercó a la ventana a ver el espectáculo tan anunciado en los diarios, la mayor belleza del carnaval bahiano. Miraba pero sin mostrarse, escondida tras las anchas espaldas de doña Gisa. Doña Norma, olvidada del muerto y de las conveniencias, aplaudía con entusiasmo.

Lo mismo ocurrió durante todo el día, desde el instante en que se expandió la noticia. Hasta doña Nancy, una argentina retraída, nueva en la calle, casada con el dueño de la fábrica de cerámica, cierto enrevesado Bernabó, descendió de su lujosa mansión y de su soberbia para ofrecer sus condolencias y servicios a doña Flor, revelándose como una persona simpática y educada e intercambiando con doña Gisa filosóficas consideraciones sobre la brevedad de la vida y su incertidumbre.

No había tenido doña Flor, como se ve, tiempo para reflexionar sobre su nuevo estado y las transformaciones de su existencia. Sólo cuando trajeron a Vadinho de la Morgue y lo dejaron desnudo sobre la cama del matrimonio, en la que tantas veces había hecho el amor, entonces, y solamente entonces, se encontró solita con la muerte del marido y se sintió viuda. Jamás volvería él a echarla sobre la cama de hierro, sacándole el vestido, la combinación y las piezas más íntimas, tirando la sábana sobre el tocador, acariciando cada rincón de su cuerpo, hasta hacerla caer en el delirio.

¡Ah, nunca más!, pensó doña Flor, con un nudo en la garganta, temblándole las piernas. Y entonces comprendió que todo había terminado. Se quedó allí parada, sin palabras y sin lágrimas, ajena a cualquier excitación, distante de la representación que rodeaba a la muerte. Sólo ella y el cadáver desnudo, ella y la definitiva ausencia de Vadinho. Nunca más iba a tener que esperarlo hasta la madrugada, ni esconder de su vista el dinero que le pagaban las alumnas, ni vigilar sus relaciones con las más bonitas de ellas, ni ser golpeada por él los días de embriaguez y mal humor, ni oír los agrios comentarios de los vecinos. Ni rodar con él en la cama, abriéndose a su deseo, quitándose la ropa, apartando las sábanas y el recato para la fiesta del amor, la inolvidable fiesta. El nudo en la garganta la estrangulaba, el dolor en el pecho era como una aguda puñalada.

- Flor, ¿no será tiempo de vestirlo? - resonaba, urgente, tras la puerta del cuarto, la voz de doña Norma, que venía de la sala- . Pronto llegarán las visitas...

La viuda abrió la puerta; ahora estaba seria, callada, sin sollozos, sin gemidos, fría y austera. Sólita en el mundo. Los vecinos entraron, dispuestos a ayudar. Don Vivaldo, de la funeraria «Paraíso en Flor», vino a entregar personalmente el cajón barato - hizo una rebaja notable recordando que había sido compañero de Vadinho en las mesas de ruleta y bacarrá, en las que él se jugaba ataúdes y lápidas- , y colaboró con eficacia y experiencia para convertir al bohemio en un muerto presentable. Doña Flor asistió a todo sin pronunciar una palabra, sin una lágrima. Estaba sólita en el mundo.

4

El cuerpo de Vadinho fue puesto en el cajón y llevado a la sala de recibo en la que se había improvisado con sillas una tarima. Don Vivaldo trajo flores, contribución gratuita de la funeraria, y doña Gisa puso un pensamiento encarnado entre los dedos cruzados del difunto. Don Vivaldo pensó para sus adentros en lo absurdo del gesto: lo que debían poner entre los dedos del muerto era una ficha de juego y no un pensamiento encarnado: si además, en lugar de la

música y de las risas del carnaval, se oyese en las cercanías el ruido de las mesas de ruleta, la voz gangosa del croupier, las nerviosas exclamaciones de los jugadores y el sonido de las fichas, hasta era posible que se llegara a ver cómo Vadinho salía del cajón, sacudiéndose la muerte de encima con el mismo gesto característico con que se deshacía en vida de las complicaciones que se le presentaban, y se iba a poner su ficha en el 17, su número predilecto. ¿Qué podía hacer él con un pensamiento encarnado? Pronto estaría marchito y ajado y ninguna ruleta lo aceptaría.

Don Vivaldo no se demoró mucho; carnavalero empedernido, ese domingo de fiesta sólo abrió la funeraria para atender a un amigo como Vadinho. Si hubiera sido otro el muerto, se hubiera tenido que arreglar como pudiese, que él, Vivaldo, no iba por eso a perderse el carnaval.

Fueron muchos los que vieron perturbados sus proyectos de carnaval. A lo largo de la noche hubo un desfile continuo de gente, que venía a velar al bohemio. Algunos venían por ser Vadinho descendiente de la rama pobre y bastarda de una familia importante, los Guimarães. Uno de sus antepasados había sido senador provincial y caudillo. Un tío suyo, apodado Chimbo, ocupó el cargo de delegado auxiliar durante unos pocos meses. Ese tío, uno de los pocos Guimarães que reconocían a Vadinho como pariente legítimo, fue quien le consiguió el empleo en el Ayuntamiento: inspector de jardines, uno de los cargos más modestos, de mísera paga, que ni siquiera daba para una noche grande en el Tabaris. No es necesario destacar la total negligencia del joven funcionario municipal: jamás inspeccionó jardín de ninguna especie. Apareció por la repartición sólo para recibir los pocos cobres mensuales de su sueldo, o para intentar obtener el aval imposible del jefe, o para clavar en veinte o cincuenta *mil-réis* a los colegas. Los jardines no le interesaban, no tenía tiempo para perderlo en plantas y flores; podían desaparecer todos los jardines de la ciudad que no lo notarían. Ave nocturna, sus canteros eran las mesas de juego, y sus flores, como bien lo había observado don Vivaldo, las fichas y las barajas.

Los que venían a causa del apellido Guimarães se podían contar con los dedos: se trataba de algunos dudosos y apresurados parientes. Todos los demás, en aquel desfile innumerable, venían a despedirse de Vadinho, contemplar una vez más su rostro, dedicarle una sonrisa al recordar algo agradable, decirle adiós. Como le tenían cariño, disculpaban sus locuras y sólo tomaban en cuenta su lado bueno.

Uno de los primeros en llegar esa noche, vestido de etiqueta, pues más tarde tenía que ir con las hijas, tres apuestas mozas, al baile de un gran club, fue el comendador Celestino, portugués de nacimiento, banquero y exportador. Pero pasó por allí a la carrera, como quien cumple una fastidiosa obligación. Se demoró en la sala, conversando, recordando anécdotas de Vadinho, después de abrazar a doña Flor y ofrecerle sus servicios. ¿A qué se debía su estimación por el pequeño funcionario del Ayuntamiento, por el jugador siempre entrampado?

Vadinho tenía labia, ¡y qué labia! Cierta vez logró arrancarle al lusitano la firma para avalar un pagaré por varios *contos de réis*. Mas no se olvidó de pagar, pues jamás olvidaba las fechas de vencimiento de los diversos documentos que firmaba, esparcidos por los bancos y entre los usureros. No podía pagar, pero eso era otra cosa. En general nunca podía pagar, y no pagaba; sin embargo, el número de documentos aumentaba cada día, lo mismo que el número de los garantes. ¿Cómo lo conseguía?

Celestino no había vuelto a darle su aval, él no caía dos veces en el mismo cuento. Pero de vez en cuando le soltaba billetes de cien, doscientos y hasta quinientos mil-réis cuando Vadinho se le presentaba desesperado, sin blanca y con la certeza de que aquel día iba a hacer saltar la banca. Pero otros lo avalaban hasta dos o tres veces, como si fuera el pagador más puntual, el de mejor historial bancario. Todos ellos vencidos por sus mañas, su conversación dramática y convincente.

El mismo Sampaio, marido de doña Norma, establecido con una zapatería en la Ciudad Baja, sujeto de pocas palabras, reconcentrado, poco dado a las visitas, a relaciones e intimidades con los vecinos - lo opuesto de su esposa- , había sido embaucado por Vadinho en varias

oportunidades, y a pesar de eso no le había retirado su estimación ni el crédito en la zapatería. Cierta mañana compró al fiado varios pares de zapatos de los más finos y caros e inmediatamente los revendió a un precio ínfimo, casi ante los aterrorizados ojos de los empleados de Sampaio, a un negocio rival que acababa de instalarse en las inmediaciones. En dinero contante y sonante, Vadinho necesitaba efectivos con urgencia para jugar a la quiniela. Pero el comerciante tenía en cuenta, al sopesar la conducta del trapacero, determinadas atenuantes que podían explicar y disculpar el desliz.

Aquella misma tarde, un Vadinho alegre y despreocupado le contó que había soñado toda la noche con doña Gisa, quien transformada en avestruz lo perseguía por una campiña sin fin, no sabía si con la intención de retozar con él en el pastizal - era un avestruz hembra y en sus ojos brillaba una luz canalla- o si pretendía devorarlo a picotazos, pues lo perseguía con su enorme pico abierto y amenazador. Se despertaba angustiado e intentaba volver a dormirse pensando en algo más agradable, pero de nuevo la pertinaz profesora volvía a correr tras él con los ojos libertinos y el pico abierto. Si doña Gisa hubiera estado en su cotidiana envoltura carnal Vadinho no habría huido, hubiera enfrentado el desafío y empuñado aquel demonio de gringa allí mismo, sobre el pasto, con todo su acento extranjero y sus conocimientos de psicología. Pero así, vestida de plumas y convertida en un avestruz descomunal, no le quedaba otra alternativa que la retirada vergonzosa. La pesadilla se repitió cuatro o cinco veces, y por la mañana, cansado de tanto correr, bañado en sudor, tuvo el palpito más seguro, justo cuando no disponía de un solo centavo. Rastrilló toda la casa; doña Flor estaba pelada, él le había sacado en la víspera hasta las monedas. Salió con esperanza de sablear a algún conocido, pero la plaza estaba pesadísima, pues últimamente Vadinho había abusado de su escaso crédito. Así las cosas, al pasar ante la Casa Stela, la bien surtida zapatería de Sampaio, tuvo la luminosa y divertida idea de dedicarse por breve tiempo a tan honesto negocio, única manera de obtener rápidamente algo de cambio. Si no hubiera emprendido esa operación comercial, deshonesto y desastrosa en apariencia, pero ciertamente

sutil y lucrativa, jamás se lo hubiera perdonado, pues salió el avestruz - doña Gisa no mentía ni en sueños- y cobró una cantidad importante. Agradecido y correcto, fue en seguida al negocio en busca de Zé Sampaio, y, a la vista de los atónitos empleados, le pagó el valor de la mercadería comprada por la mañana, comentando entre risas el primoroso lance e invitándolo a celebrar con un trago. Sampaio declinó la invitación, pero no se enfadó con él y continuó tratándolo y vendiéndole zapatos con descuento y a plazos. Le rebajaba el diez por ciento sobre el valor de factura, con crédito limitado a un par de zapatos de cada compra, y sólo después de haber liquidado la factura anterior.

Prueba todavía más impresionante del prestigio de Vadinho fue la presencia de Sampaio en el velatorio. Por unos minutos, es verdad, pero aquél era el primer velorio al que iba el comerciante en los últimos diez años. Le horrorizaban las obligaciones sociales de cualquier clase que fuesen, y sobre todo las ceremonias fúnebres, velorios, cementerios y misas de séptimo día, lo que inducía a doña Norma, cuando él rehusaba a acompañarla a uno de sus entierros semanales, a gritarle:

- Cuando mueras, Sampaio, no vas a tener gente ni para llevar el cajón... Será una vergüenza.

Sampaio le echaba una mirada torva y no le contestaba, poniéndose el dedo grande de la mano derecha entre los dientes, un gesto suyo habitual, de resignación ante la permanente agitación de la esposa.

Así pues, se hicieron presentes en el velatorio los importantes, como Celestino, Sampaio, el pariente Chimbo, el arquitecto Chaves, el doctor Barreiros, prominente figura de la Justicia, y el poeta Godofredo Filho. Llegaron en corporación los colegas del Ayuntamiento (a todos les debía Vadinho pequeñas cantidades). Al frente de ellos, retórico y solemne, el ilustre director de Parques y Jardines, trajeado de negro. También estaban los vecinos, ricos, pobres y de mediano pasar. Vinieron, finalmente, todos cuantos en Bahía por ese entonces frecuentaban las casas de juego, los cabarets, las bancas de quiniela, las casas de mujeres alegres: Mirandão, Cúrvulo, Pe de Jegue, Waldomiro Lins y su joven hermano Wilson, Anacreon, Cardoso Pereba,

Arigof y Pierre Verger con su perfil de pájaro y sus misterios de Ifá. Algunos, como el doctor Giovanni Guimarães, médico y periodista, pertenecían a los dos sectores, pues estaban familiarizados con los grandes y los pequeños, los respetables y los irresponsables.

Los importantes recordaban a Vadinho entre risas, rememoraban sus anécdotas llenas de picardía y de malicia, sus divertidos lances, sus trampas audaces, sus enredos y tropelías, así como su buen corazón, su gentileza, su gracia intrascendente. También los vecinos lo recordaban así, y como a un bohemio sin horario y sin límites. Tanto unos como otros ampliaban la realidad, inventaban detalles, le atribuían casos y aventuras; la leyenda comenzaba a nacer allí mismo, junto a su cuerpo, casi en la misma hora de su muerte. El citado doctor Giovanni Guimarães imaginaba fragmentos enteros de historias y floreaba los sucesos, pues era propenso a alguna que otra pequeña mentira, bien apoyada en fechas y lugares precisos:

- Un día, hará más de cuatro años, en el mes de marzo, encontré a Vadinho en los «Tres Duques», jugando al diecisiete. Iba vestido con una capa bajo la cual no llevaba nada puesto: estaba desnudito. Había llevado todo al montepío. Lo había empeñado todo, saco y pantalón, camisa y calzoncillos, para poder jugar. Ramiro, aquel español avaro del «Setenta y Siete», sólo quería aceptar los pantalones y el saco. ¿Qué diablos podía hacer con una camisa de cuello raído, unos calzoncillos viejos, una corbata gastada? Pero Vadinho logró que recibiera todo, hasta las medias, quedándose sólo con los zapatos. Era tan envolvente su palabra que consiguió que Ramiro, esa fiera que ustedes conocen, le prestase una capa casi nueva, pues no iba a salir desnudo calle adelante, en dirección a los «Tres Duques».

- ¿Y ganó? - preguntó el joven Artur, hijo de Sampaio y de doña Norma, estudiante de bachillerato y admirador de Vadinho, que escuchaba boquiabierto el relato del periodista.

El doctor Giovanni miró al mozo e hizo una pausa, al mismo tiempo que una sonrisa iluminaba su rostro:

- ¿Cómo? A la madrugada perdió la capa del español al

diecisiete y lo tuvieron que llevar a la casa envuelto en unas hojas de diario...

Y la sonrisa del doctor se convirtió en una sonora y contagiosa carcajada; contagiosa, pues no había quien pudiera igualar al doctor Giovanni a la hora de animar una velada.

En ese momento entraba en la sala el indescifrable Robato y el periodista agregó, como prueba definitiva, estas palabras, todavía en medio de la risa general:

- Aquí llega alguien que no me ha de dejar mentir... ¿Tú todavía te acordarás, Robato, de aquella noche en que Vadinho tuvo que volver a su casa desnudo, envuelto en un diario?

Robato no era hombre que vacilara: echó una mirada en derredor, observando al grupo instalado en un rincón del comedor, temiendo la presencia de oídos femeninos e indiscretos, y asegurándose de que no iban a llegar a los de la desolada viuda semejantes recuerdos. Pero todo ello sin vacilaciones, pues él no rechazaba desaños, ya que era hombre de fácil improvisación, resueltamente, tomó pie en las últimas palabras de la pregunta:

- ¿Desnudo, envuelto en un diario? ¡Ah, vaya si me acuerdo! - carraspeó para aclarar su voz retumbante y dar tiempo a que se desatara su imaginación- . Pero si el periódico era mío... Fue en el burdel de Eunice- Un- Diente-Sólo; además de nosotros dos y de Vadinho me acuerdo que estaba Carlinhos Mascarenhas, Jenner y Viriato Tanajura... Se había bebido mucho durante toda la noche, teníamos una mona descomunal...

El tal Robato era un noctámbulo de las huestes de Vadinho, aunque de otra estirpe. No lo tentaba el juego ni le huía al trabajo; por el contrario, era un hombre- orquesta y tenía fama de activo y competente. Fabricaba dentaduras, arreglaba radios y tocadiscos, hacía retratos para carnets, se movía cómodamente en medio de toda clase de máquinas, con maña y prolijidad. Su ruleta era la poesía, bien medida y bien rimada (rimas ricas), su casino los bares y cabarets en que transcurrían sus madrugadas - en compañía de otros tenaces literatos y de hetairas simpatizantes de las musas y de sus cultores- , declamando odas, cantos libertarios, poemas líricos y lúbricos y sonetos

de amor. Todo de su pluma. El mismo se proclamaba «rey mundial del soneto», y había batido todas las marcas conocidas, siendo autor, hasta aquella fecha, de 20.865 sonetos, entre los decasílabos y los alejandrinos, de arte menor y arte mayor, así como anacíclicos. Un principio de calvicie amenazaba su cabellera morena de vate, pero no aminoraba su radiante simpatía.

Mientras él hablaba, era como si Vadinho cruzase de nuevo por la sala, envuelto en diarios.

El joven Artur no lo olvidaría más, le recordaría para siempre así, cubriéndose con las páginas de *La Tarde*, héroe de un mundo prohibido y fascinante.

Las anécdotas proseguían mientras doña Norma, doña Gisa, la casadera Regina y otras mozas y señoras servían café con pastelitos y copas de *cachaca* y de licor de frutas. Los vecinos habían contribuido para que nada faltase en el velatorio.

Los importantes, sentados en el comedor, en el corredor, en la puerta de calle, recordaban a Vadinho entre anécdotas y risas. Los otros, sus aparceros de juego y de granujerías, lo recordaban en silencio, serios y conmovidos, permaneciendo en la sala de recibo, de pie junto al cadáver. Al entrar, se detenían ante doña Flor y estrechaban su mano, turbados, como si fueran responsables de las malas andanzas de Vadinho. Muchos de ellos ni siquiera la conocían de vista, pero de tanto oír hablar de ella sabían que a veces Vadinho le había sacado hasta el dinero de los gastos diarios para jugarlo en el Pálace, en el Tabaris, en el Abaixadinho, en el antro de Zezé Meningite, en el de Abilio Moqueca, en las múltiples ruletas ilegales de la ciudad, incluso en el mal afamado garito del negro Paranaguá Ventura, en donde por principio sólo podía ganar el banquero.

Figura torva y temible esa del negro Paranaguá Ventura, con sus incontables entradas en la policía - un montón de acusaciones jamás probadas del todo- , con fama de ladrón, violador y asesino. Había sido procesado por asesinato, siendo absuelto más por falta de coraje de los jurados que por falta de pruebas. Decían que era autor de otros dos crímenes, sin contar a la mujer apuñalada en la Ladeira de Sao Miguel, en pleno mediodía, porque ésta se

había salvado por un tris. El cubil de Paranaguá sólo era frecuentado por matones profesionales, gente de cartas marcadas, rateros, carteristas, estafadores, gente que ya no tenía nada más que perder. Pues bien: hasta allí llegaba Vadinho con su escaso dinero y su alegre risa, y quizá fuese uno de los pocos elegidos que se podían alabar de haber ganado alguna vez con los dados falsos de Paranaguá. (Se sabía que de cuando en cuando el negro permitía que algún compinche de su preferencia acertase una jugada.)

También habían venido casi todas las alumnas de doña Flor. Las alumnas y ex alumnas, unánimes en el deseo de consolar a la estimada y competente profesora, tan buenita icuitada! De tres en tres meses se sucedían las promociones en los cursos de cocina general (por la mañana) y de cocina bahiana (por la tarde), que iban a doctorarse en horno y fogón. Con diploma impreso y con un Cuadro de Honor, que se exponía en una tienda de la Avenida Sete, desde una antigua camada, a la que había pertenecido doña Oscarlinda, enfermera de categoría, funcionaria del Hospital Portugués, esbelta y provocativa, que perdía el juicio, que se enloquecía por armar líos. Había exigido el diploma y el Cuadro de Honor, movilizándolo a las compañeras, haciendo una campaña de todos los diablos, recogiendo donaciones, encontrando un dibujante gratuito: la entrometida no dejó títere con cabeza. Ante semejante presión, doña Flor aceptó todo, incluido el dibujante, un conocido de doña Oscarlinda, no sin antes proclamar la competencia de su hermano Héctor - autor del cartel con el nombre de la Escuela cuando ésta estaba todavía en la Ladeira do Alvo- , y que ahora, desdichadamente, residía en Nazareth das Farmhas. De todos modos, sintió halagada su vanidad cuando leyó en el diploma y en el Cuadro de Honor, en grandes letras tipográficas:

ESCUELA DE COCINA: SABOR Y ARTE

Y más abajo, en caracteres ornamentales:

Directora: Florípedes Paiva Guimarães

En los raros días en que se despertaba relativamente temprano, Vadinho se quedaba en casa y rondaba a las alumnas, entrometiéndose en las clases de cocina y

perturbándolas. Reunidas en torno a la profesora, vivaces y graciosas, tomaban nota de las recetas, las cantidades exactas de camarones, de aceite de dendé, de coco rallado, una pizca de pimienta «do reino», aprendían a preparar el pescado y la carne, a batir los huevos. Vadinho intervenía con una frase sobre los huevos, de doble sentido, y las descaradas se reían. Unas descaradas, eso es lo que eran todas ellas. Mucha amistad y mucho adular a doña Flor, pero sus ojos estaban más interesados en el granuja. Allí estaba él con su aire travieso y altivo, despatarrado sobre una silla o tendido sobre un peldaño de la puerta de la cocina, a sus anchas, midiéndolas con la mirada de arriba abajo, demorándose con atrevimiento en las piernas, en las rodillas, en los sobacos, a la altura de los senos. Ellas bajaban los ojos, pero el- no- sé- cómo- llamarle no bajaba los suyos. Doña Flor preparaba los platos salados y los bollos, las tortas y los dulces en las clases de práctica. Vadinho opinaba, lanzaba pullas, comía las golosinas, circulando en torno a ellas, trabando conversación con las más bonitas, arriesgando la mano pecaminosa si alguna, más audaz, se le acercaba. Doña Flor se ponía nerviosa, tensa, al punto de equivocarse en la cantidad de manteca derretida para el difícil *manué*, rogando a Dios que Vadinho se fuera a la calle, al malandrín, al infortunio del juego, pero que dejase en paz a las alumnas. Ahora, en el velatorio, rodeaban y consolaban a doña Flor, pero una de ellas, la pequeña Ieda, con su cara de gata arisca, apenas podía contener las lágrimas y no desviaba los ojos del rostro del muerto. Doña Flor percibió en seguida lo exagerado del sentimiento y el corazón le dio un vuelco. ¿Habría habido algo entre ellos? Nunca había notado nada sospechoso, pero ¿quién podría garantizar que no se hubieran encontrado fuera de la escuela y terminado en un hotelito cualquiera? Vadinho, desde lo ocurrido con la pizpireta de Noémia, aparentemente había dejado de acechar a las alumnas. Pero era muy astuto, nada le impedía esperar a la desvergonzada en la esquina, darle conversación... y ¿qué mujer resistiría la labia de Vadinho? Doña Flor seguía la mirada de Ieda, descubría los trémulos pucheritos de la moza. No cabía duda, ¡ay!, Vadinho era incorregible...

De todos los disgustos que le diera el marido, ninguno comparable al caso de la virgen Noémia, putita de familia respetable, y para colmo ennoviada, ¡un horror! Pero doña Flor no quería recordar esa antigua pena en la noche del velatorio, cuando por última vez contemplaba fijamente la cara de Vadinho. Todo eso había pasado, era algo lejano, la fulana se había casado, se había ido con el novio, un tipo llamado Alberto, con humos de periodista y un talento precoz, pues siendo tan joven era ya cornudo. Además, con el casamiento, la engreída se había puesto fea de repente, se había convertido en una barrigona increíble.

Cuando en aquella ocasión todo terminó bien, por milagro, Vadinho le dijo, en el calor del lecho y de la reconciliación: «Como mujer permanente sólo a ti soy capaz de soportar. El resto no es más que *xixica* para pasar el tiempo. En el velatorio, rodeada por tanta gente y por tanto afecto, doña Flor no deseaba acordarse de aquella historia ya olvidada, ni vigilar los gestos y las miradas de la pequeña Ieda, con su llanto incontenible, su secreto revelado por las lágrimas. Muerto él ya no importaba nada, ¿para qué aclarar, poner en limpio, acusar y afligirse? Él había muerto, lo había pagado todo y hasta con intereses al morir tan joven. Doña Flor se sentía en paz con el marido, no tenía cuentas que saldar con él.

Inclinó la cabeza y dejó de controlar los movimientos de la moza. Al bajar los ojos sólo sentía en el recuerdo la mano de Vadinho, acariciando su cuerpo en el lecho matrimonial, diciéndole al oído: «Todo *xixica* para pasar el tiempo; permanente, sólo tú, Flor, mi flor de albahaca, ninguna otra.» ¿Qué diablos quería decir *xixica*?- se preguntó de pronto doña Flor-. Era una pena no habérselo preguntado, pero seguro que no sería nada bueno. Sonrió. Todo *xixica*; permanente sólo ella, Flor, una flor de Vadinho, deshojada por su mano.

5

Al día siguiente, a las diez de la mañana, salió el entierro con gran acompañamiento. Ese lunes de carnaval por la mañana no hubo murga ni comparsa que se pudiera

comparar en importancia y animación con el funeral de Vadinho. Ni de lejos.

- Mira..., por lo menos espía por la ventana... - le dijo doña Norma a Sampaio, desistiendo de arrastrarlo al cementerio-. Espía y verás lo que es el entierro de un hombre que sabía cultivar sus relaciones. No era una fiera salvaje como tú... Era un juerguista, un jugador, un vicioso sin principio ni fin, y sin embargo mira... Cuánta gente, y cuánta gente de bien... Y eso en un día de carnaval... Tú, Sampaio, cuando mueras no vas a tener quien agarre la manija del cajón...

Sampaio no respondió, ni echó una mirada por la ventana. Enfundado en un viejo pijama, en la cama, con los diarios de la víspera, se limitó a lanzar un débil gemido, metiéndose el dedo gordo en la boca. Era un enfermo imaginario, tenía un miedo loco a la muerte, le horrorizaban las visitas a los hospitales, los velatorios y los entierros, y en aquel momento se sentía al borde del infarto. Estaba así desde el día anterior, desde que la mujer le informara de que el corazón de Vadinho había estallado de repente. Pasó una noche de perros, esperando la explosión de las coronarias, dando vueltas en la cama entre fríos sudores, y oprimiéndose con la mano el lado izquierdo del pecho.

Doña Norma, poniéndose sobre la cabeza de hermoso pelo castaño un chal negro, apropiado para la ocasión, concluyó, implacable:

- Yo, si no tengo por lo menos quinientas personas en mi entierro, daré por fracasada mi vida. De quinientas para arriba...

Partiendo de ese principio, Vadinho podía considerarse triunfante, colmado. Medio Bahía había asistido a su funeral, y hasta el negro Paranaguá Ventura abandonó su lúgubre cubil, y allí estaba, el terno blanco relumbrante de almidón, corbata negra y brazalete negro en la manga izquierda, llevando un ramo de rosas rojas. Cuando agarró una manija del cajón y dio el pésame a doña Flor, resumió el pensamiento de todos en la más breve y bella oración fúnebre que haya tenido Vadinho:

- ¡Era un machazo...!

Intervalo

Breve noticia (aparentemente innecesaria)
de la polémica que se desató en torno
al posible autor de un poema anónimo,
que circulaba de cafetín en cafetín
y en el cual el poeta lloraba
la muerte de Vadinho - revelándose
aquí, al fin, la verdadera identidad
del ignoto bardo, sobre la base
de pruebas concretas

(declamación a cargo del inmenso Robato Filhol)

No. Ciertamente no se iba a transformar, con el transcurso del tiempo, en un misterio indescifrable de las letras, en otro oscuro enigma de la cultura universal que desafiase, siglos después, a universidades y sabios, estudiosos y biógrafos, filósofos y críticos, convirtiéndose en materia de investigaciones, comunicaciones, tesis para ocupación de becados, institutos, catedráticos, historiadores y bellacos varios en busca de existencia fácil y regalada. Éste no iba a ser un nuevo caso Shakespeare, no pasaría de convertirse en una duda tan insignificante como el pequeño acontecimiento que le servía de tema e inspiración al poema: la muerte de Vadinho.

No obstante, en los medios literarios de Salvador surgió una pregunta, y en torno a ella se desató la polémica: ¿cuál de los poetas de la ciudad había compuesto - y hecho circular- la *Elegía a la irreparable muerte de Waldomiro Dos Santos Guimaraes, Vadinho para las putas y los amigos*? La discusión fue adquiriendo rápidamente intensidad y no tardó en agudizarse, causando su actitud enemistades, represalias, epigramas y hasta algunas bofetadas. Sin embargo, todo - debates y rencores, dudas y certidumbres, afirmaciones y negaciones, insultos y sopapos- quedo circunscrito a las mesas de los bares, donde, alrededor de las heladas copas de cerveza, se juntaban hasta altas horas de la noche los incomprensidos

talentos jóvenes (para demoler y arrasar toda la literatura y el arte anteriores a la feliz aparición de aquella nueva y definitiva generación), así como los escritorzuelos enconados, empedernidos, resistentes a todas las innovaciones, con sus retruécanos, epigramas y frases retumbantes; unos y otros - genios imberbes y literatos sin afeitar- enarbolaban con la misma violenta decisión sus últimas producciones en prosa y verso, todas y cada una de ellas destinadas a revolucionar las letras brasileñas, si Dios quisiera.

Mas no por limitarse la polémica al ámbito del estado de Bahía (del estado y no sólo de la capital), pues el debate repercutió en municipios de la región del cacao (en los anales de la Academia de Letras de Ilhéus pueden encontrarse referencias dignas de crédito a propósito de una velada que se dedicó al estudio del problema); ni por no haber obtenido espacio en los suplementos y revistas, agotándose en las discusiones orales; no por todo eso el curioso, y a veces agrio debate, puede dejar de merecer atención e interés a la hora de narrar la historia de doña Flor y de sus dos maridos, en la cual Vadinho es un personaje importante, un héroe situado en primer plano.

¿Héroe? ¿No será más bien el villano, el bandolero responsable de los sufrimientos de la muchacha, en este caso doña Flor, esposa dedicada y fiel? Ese es otro problema, desligado de la cuestión literaria, que preocupaba en aquella ocasión a poetas y prosistas: un problema quizá más difícil y grave, quedando a cargo vuestro el darle respuesta si una obstinada paciencia os hace llegar hasta el final de estas modestas páginas.

Pero nadie dudaba que Vadinho era el héroe indiscutible de la elegía: «jamás habrá otro mágico juglar que tenga tanta intimidad con las estrellas, los dados y las putas», retumbaban los versos en desmedida alabanza. Y si el poema - tal como sucedió con la polémica- no obtuvo espacio en las hojas literarias, no fue por falta de méritos. Un tal Odorico Tavares, poeta federal que estaba por encima de los chismes de los vates estatales (el déspota controlaba dos diarios y una estación de radio, y los tenía a todos en un puño), al leer una copia dactilografiada de la elegía se lamentó:

- Lástima que no se pueda publicar...
- Si no fuera anónimo... - reflexionó otro poeta, Carlos Eduardo.

El tal Carlos Eduardo, joven que se las daba de buen mozo, era un experto en antigüedades y socio de Tavares en un negocio un tanto oscuro de imágenes antiguas. Los más fracasados literatoides y los genios juveniles más vehementes, todos los que no tenían ninguna esperanza de ver estampados sus nombres en el suplemento dominical de Odorico, acusaban a éste y a Carlos Eduardo de negociar antiguas tallas de santos, robadas en las iglesias por un grupo de rateros especializados, bajo la jefatura de un tipo de dudosa reputación, un mentado Mario Cravo, amigo y cofrade de Vadinho. El astuto Cravo, flaco y bigotudo, vivía manipulando piezas de automóvil, chapas de hierro y máquinas averiadas: retorció y remendaba toda esa chatarra y luego le atribuía valor artístico al resultado, entre los aplausos de los dos poetas y de otros entendidos, que unánimemente calificaban aquellos hierros como escultura moderna, afirmando que el fulano era una revelación, un artista notable y revolucionario. He ahí otro asunto cuyo análisis no tiene cabida en estas páginas: el del valor real del maestro Cravo, pues no es posible estudiar aquí su obra. Adelantemos, sólo a título de información, el dato de que la crítica consagró después su obra, e incluso algunos plumíferos extranjeros le dedicaron estudios. Pero en aquel entonces no era todavía un artista conceptuado, sólo estaba en los comienzos, y, si bien poseía cierta notoriedad, se la debía sobre todo a su discutible actuación en las sacristías y los altares. En cierta ocasión de extremada penuria el mismo Vadinho participó personalmente, según consta, en una sigilosa peregrinación nocturna a la iglesia de Recóncavo, romería organizada por el herético Mario Cravo. El saqueo de la iglesia dio que hablar debido a que una de las piezas birladas, un San Benito, era atribuida a Fray Agostinho da Piedades, y los frailes pusieron el grito en el cielo. Actualmente la valiosa imagen se encuentra en un museo del Sur, por obra y gracia - si hemos de creer a los maledicentes pseudoliteratos- de Odorico y Carlos Eduardo, que en aquellos días eran flacos y estaban asociados tanto en la

musa lírica como en el devoto comercio.

Esa mañana, antes del almuerzo, estaban ellos conversando en la redacción sobre cosas de santos y de cuadros cuando Carlos Eduardo sacó del bolsillo una copia de la elegía y se la dio a leer al poeta Odorico.

Lamentando no poder publicarla - «no por anónima, pondríamos un pseudónimo cualquiera..., sino por las palabrotas»- , Tavares insistió: «Es una pena...», y volvió a leer en voz alta otro verso:

«Están de luto los jugadores y las negras de Bahía.»

Le preguntó al amigo:

- Habrás descubierto en seguida al autor, ¿no?

- ¿Crees que será de él? Sin embargo, me pareció...

- Está a la vista..., escucha: «Un momento de silencio en todas las ruletas, banderas a media asta en todos los mástiles de los burdeles, nalgas desesperadas que sollozan.»

- Es capaz...

- Es es capaz. Es, con seguridad - agregó riendo- . Viejo sinvergüenza...

En los medios literarios no estaban tan seguros. Atribuyeron la elegía a distintos poetas, unos, vates conocidos, otros, jóvenes principiantes. Fue adjudicada a Sosígenes Costa, a Carvalho Filho, a Alves Ribeiro, a Helio Simões, a Eurico Alves. Muchos señalaron a Robato como el autor más probable. ¿Acaso no la declamaba él con entusiasmo, con toda su voz, rica en modulaciones?

«Con él partió la madrugada, cabalgando la luna.»

No podían creer que Robato recitase versos de otro, gesto poco habitual en esos medios; no tenían en cuenta el generoso carácter del sonetista, su predisposición a admirar y aplaudir la obra ajena.

Puede incluso afirmarse que el comienzo del éxito de la elegía, y el principio de la polémica suscitada por ella, ocurrió una alegre noche en el burdel de Carla, la «gorda Carla», competente profesional llegada de Italia, cuya cultura sobrepasaba la del «métier» (en el que, además, «descollaba», según Néstor Duarte, ciudadano de afamada inteligencia y que había corrido mundo, todo un conocedor); Carla había leído a D'Annunzio y se volvía loca por unos versos. «Romántica como una vaca», así la

calificaba el bigotudo Cravo, con quien ella anduviera metida durante un tiempo. Carla no podía vivir sin una pasión dramática y navegaba de bohemio en bohemio, suspirando y gimiendo, muerta de celos, con sus inmensos ojos azules, sus senos de *prima donna*, sus muslos enormes. También Vadinho había merecido sus favores y algún dinero, si bien ella prefería a los poetas. Incluso versificaba en la «dulce lengua de Dante con mucho estro e inspiración», como decía el adulator Robato.

Todos los jueves por la noche Carla patrocinaba una especie de salón literario que se celebraba en sus amplios aposentos. Participaban en él poetas, artistas, bohemios y algunas figuras destacadas, como el magistrado Airoso, y las chicas del prostíbulo estaban siempre dispuestas a celebrar los versos y a reírse con las anécdotas mientras se servían bebidas y pasteles. Carla presidía la *soirée*, reclinada en un diván repleto de cojines y almohadones, vistiendo una túnica griega o simplemente cubierta de pedrerías: una ateniense de figurín o una egipcia de Hollywood recién salida de una ópera. Los poetas declamaban, intercambiaban frases ingeniosas, epigramas, retruécanos, y el magistrado sentenciaba algún axioma preparado durante la semana con duro esfuerzo. El momento culminante de la tertulia era cuando la dueña de la casa, la gran Carla, surgía de entre las almohadas, con su tonelada de carne blanca recubierta de falsa pedrería, y, con un hilo de voz, algo paradójico en mujer tan monumental, declamaba su amor al último elegido en azucarados versos italianos. Mientras esto sucedía, el artista Cravo y otros groseros materialistas se aprovechaban de la semioscuridad reinante en la sala - la luz estaba dispuesta así, para oír y sentir mejor la poesía en la penumbra- y, sin respetar una atmósfera de tan alta espiritualidad, de tan excelsos sentimientos, los infames toqueteaban descaradamente a las chicas, procurando conseguir favores gratuitos en perjuicio de la caja del prostíbulo.

Los saraos terminaban siempre deslizándose de la poesía a la pornografía hacia el final de la noche. Brillaban entonces Vadinho, Giovanni, Mirandáo, Carlinhos Mascarenhas y, sobre todo, Lev, un arquitecto que comenzaba su carrera,

hijo de inmigrantes, galancete larguirucho como una jirafa, dueño de un repertorio inagotable y buen narrador. Soportaba un nombre ruso impronunciable y las chicas lo habían bautizado, Lev Lengua de Plata, quizá por sus cuentos. Quizá...

En uno de aquellos «elegantes encuentros de la inteligencia y la sensibilidad», declamó Robato, con voz trémula, la elegía a la muerte de Vadinho, prolongándola con algunas palabras emocionadas sobre el desaparecido, amigo de todos los que frecuentaban aquel «delicioso antro del amor y de la poesía». Hizo referencia, de pasada, al hecho de que el autor había preferido «las nieblas del anonimato al sol de la publicidad y de la gloria». El, Robato, había recibido una copia del poema de manos de un oficial de la Policía Militar, el capitán Crisóstomo, también amigo fraternal de Vadinho. Pero el militar carecía de otras informaciones sobre la identidad del poeta.

Muchos atribuyeron los versos al mismo Robato, pero, ante su rotunda negativa a aceptarlos como suyos, anduvieron señalando como autor a cuanto poeta versificaba en la ciudad, especialmente aquellos de condición noctámbula y de reconocida bohemia. Sin embargo, no faltó quien jamás creyese en las negativas de Robato, atribuyéndolas a modestia y persistiendo en señalarlo como autor del poema. Todavía hoy hay quienes piensan que las estrofas de la elegía fueron obra suya.

La discusión se fue agriando hasta tal punto que en cierta ocasión llegó a traspasar los límites de la literatura y de la civilidad, terminando el conflicto en bofetones cuando el poeta Clóvis Amorim, cuya lengua viperina le llenaba la boca de epigramas, chupando permanentemente el cigarro comprado en el Mercado Modelo, negó al bardo Hermes Climaco la menor posibilidad de ser el autor de los discutidos versos, pues carecía de genio y gramática para tanto.

- ¿De Climaco? No diga tonterías... Ése, con mucho esfuerzo, podrá hacer una cuarteta de heptasílabos. Es un poeta constipado...

Quiso la mala suerte que en ese momento apareciera en la puerta del cafetín el poeta Climaco, con su eterno traje negro, llevando capa y paraguas, quien arremetió

encolerizado:

- Constipada es la puta que te parió...

Y se agredieron a insultos y sopapos, con evidente ventaja de Amorim, mejor versificador y atleta más robusto.

También es curioso y digno de contarse lo sucedido con un individuo, autor de dos escuálidos cuadernos de versos, al que algunas personas menos avisadas le conferían la paternidad del poema. Primero, la negó con firmeza; luego, como insistieran, fue menos pertinaz en sus negativas, y por último sus palabras fueron tan confusas y tímidas que la negativa parecía más bien una avergonzada afirmación.

«Es de él, no hay duda», decían al verlo restregarse las manos, bajar los ojos y sonreír, mientras murmuraba:

- Es cierto que parecen versos míos. Pero no lo son...

Lo negaba siempre, pero al mismo tiempo jamás admitía que se le atribuyeran a otro las discutidas estrofas. Si lo intentaban, se desesperaba por demostrar la imposibilidad de semejante hipótesis. Y si algún obstinado insistía en sus argumentos, refunfuñaba, terminante y misterioso:

- Bueno..., ¿me lo van a decir a mí?.. Tengo razones para saberlo...

Y cuando las oía declamar acompañaba lentamente el recitado, corrigiéndolo en cuanto se alteraba una palabra, velando por la fidelidad del poema, celoso como si la obra fuera suya. Sólo más tarde, cuando se reveló el nombre del verdadero autor, se desprendió finalmente de esa gloria ilícita. Pasó entonces de inmediato a decir horrores de la elegía, negándole cualquier mérito o belleza: «poesía de prostíbulo y de estercolero».

En medio de tantas discusiones, la elegía continuaba su curso, leída y adornada, recitada en las mesas de los bares al caer la madrugada, cuando la *cachaca* hacía surgir los sentimientos más nobles. Los recitadores le cambiaban adjetivos y verbos y a veces trastocaban o se tragaban las estrofas. Pero, correcta o adulterada, mojada en *cachaca*, caída en el suelo de los cabarets, allá iba la elegía elogiando a Vadinho, entonando su alabanza. Quienquiera que la hubiese compuesto reflejaba el sentimiento general de aquel submundo en el que Vadinho se había movido desde la adolescencia y del cual terminó siendo una especie de símbolo. La elegía fue el punto más alto en el derroche

de loas al mozo jugador. Si le fuera posible oír tantas expresiones elogiosas y nostálgicas no lo hubiera creído. Jamás fuera en vida blanco de tantos encomios y alabanzas; muy al contrario: vivió con los oídos zumbándole constantemente con el rumor de retos, consejos y sermones, referidos a su mala vida y a sus malos sentimientos.

Por otra parte, la indulgencia con respecto a sus fechorías y a esa exhibición pública de sus pretendidas cualidades, transformándole en héroe de poema y en figura casi legendaria, duró poco tiempo. Una semana después de su muerte ya comenzaban las cosas a ser puestas de nuevo en su punto, y la opinión de las clases conservadoras, responsables de la moral y la decencia, se manifestó por boca de las comadres y las vecinas, intentando imponerse al anárquico y disolvente panegírico trazado por la subversiva ralea de los burdeles y los casinos en un intento criminal de socavar las costumbres y el régimen. Se creaba así un nuevo y apasionante problema, como si no bastara con el de la propiedad de los versos. Con referencia a esta última, se prometieron pruebas de la verdadera identidad del autor, por fin revelada ahora e inscrita para siempre en el libro de oro de las letras patrias.

Cuando, años después de la muerte de Vadinho, el poeta Odorico recibió su volumen de las *Elegías impuras* - uno de los tres enviados gratuitamente por el poeta- en magnífica edición de lujo, con una tirada reducida de sólo cien ejemplares autografiados, ilustrados con xilografías de Calazans Neto, se volvió hacia Carlos Eduardo, y le pasó el precioso libro.

Estaban los dos amigos sentados en la misma sala de redacción en la cual, un día ya lejano, habían leído y discutido juntos la elegía. Sólo que ahora eran señores gordos y respetables - y ricos, muy ricos- , propietarios de colecciones y de inmuebles.

Odorico recordó:

- ¿No te lo dije en aquella ocasión? Era de él. - Y concluyó, con la misma sonrisa y con las mismas palabras de otrora: «Viejo sinvergüenza...»

También Carlos Eduardo soltó su risotada cordial, de hombre realizado y tranquilo, mientras admiraba la

primorosa edición. En la tapa, con letras grabadas en madera, el nombre del poeta: Godofredo Filho. Lentamente fue pasando las páginas y preguntándose (con cierta envidia): «¿Qué calles y laderas escondidas, qué oscuras sendas de crepúsculo, qué negras, fragantes grutas habían descubierto y amado juntos el poeta ilustre y el pobre vagabundo, hasta el punto de haber brotado entre ellos la rara flor de la amistad?» Pausadamente, reflexionando sobre tales enigmas, Carlos Eduardo tocaba el papel como si acariciase la suave epidermis de una mujer, acaso de piel negra, de nocturno terciopelo. La cuarta elegía, de las cinco que componían el tomo, era la dedicada a la muerte de Vadinho, «la ficha azul, olvidada en el tapete».

Queda así resuelto un problema, como se había prometido. Pero surge y se impone otro, y quién sabe si será posible encontrarle solución: es el «misterio Vadinho». Queda confiado a vuestra perspicacia.

¿Quién era Vadinho? ¿Cuál era su verdadero rostro? ¿Cuáles sus exactas proporciones? Su rostro de hombre ¿estaba bañado de sol o cubierto de sombra? ¿Quién era él, el juglar de la elegía, el machazo de la expresión de Paranaguá Ventura o el desaprensivo malandrín, el sablista incorregible, el mal marido según la voz de la vecindad, de las amistades de doña Flor? ¿Quién lo había conocido mejor y lo definía ahora mejor: los piadosos asistentes a la misa de las seis, en la iglesia de Santa Teresa, o los incorregibles *habitués* del Tabaris («la bolilla girando en la ruleta, la baraja y los dados, la última apuesta»)?

II. *Del tiempo inicial de la viudez, tiempo de duelo de luto cerrado, con las memorias de las ambiciones y los engaños, del enamoramiento y las bodas, de la vida matrimonial de Vadinho y doña Flor, y de las fichas y dados y la dura espera ahora sin esperanza (y la molesta presencia de doña Rozilda)*

(con Edgar Coco en el violín, Cayrnmi en la guitarra y el doctor Walter de Silveyra con su flauta encantada)

ESCUELA DE COCINA «SABOR Y ARTE»

*Receta de doña Flor:
Cazuela de cangrejos*

Clase teórica:

INGREDIENTES (para 8 personas): Una jícara de leche de coco pura, sin agua; una jicara de aceite de palma; un kilo de cangrejos tiernos. Para la salsa: 3 dientes de ajo; sal a gusto; el jugo de un limón; cilantro; perejil; cebollita de verdeo; dos cebollas; media jicara de aceite suave; un pimiento; medio kilo de tomate. Agregar después: 4 tomates, una cebolla y un pimiento.

Clase práctica:

Rallen 2 cebollas, machaquen el ajo en el mortero.

La cebolla y el ajo no apestan, no señoras, son frutos de la tierra, perfumados.

Piquen el cilantro bien picado, así como el perejil, algunos tomates, la cebollita y medio pimiento.

Mezclen todo en aceite suave y aparte pongan esa salsa de tan rico aroma.

(«A estas locas les parece que huelen mal las cebollas, ¿qué saben ellas de los olores puros?

A Vadinho le gustaba comer cebolla cruda, y sus besos eran ardientes.»)

Laven los cangrejos enteros en agua de limón, hay que lavarlos bien, un poco más todavía, para quitarles la suciedad, pero tratando de que no pierdan el perfume marino.

Y ahora, a condimentarlos; uno por uno, sumergiéndolos en la salsa; después, a la sartén, echándolos uno a uno, cada cangrejo con su condimento. Con la salsa restante, rociar los cangrejos con sumo cuidado, que este plato es muy delicado. («¡Ay, era el plato preferido de Vadinho!»)

Elijan ahora cuatro tomates, un pimiento y una cebolla. Córtelos en rodajas y pónganlos encima para dar un toque de belleza. Ponerlos en adobe durante dos horas hasta que se sazone.

Después pongan al fuego la sartén.

(«Iba él mismo a comprar los cangrejos, en el Mercado tenía un antiguo compinche...»)

Cuando estuviere casi cocido, y sólo entonces, agregar la leche de coco, y, en el último instante, el aceite de palma, poco antes de retirar del fuego.

(«Probaba la salsa a cada rato, nadie tenía un gusto más exigente.»)

Y ahí está este plato fino, exquisito, de la mejor cocina; quien lo hiciere puede alabarse con razón de ser una cocinera de buena mano.

Pero, si no fuese competente, es mejor que no se meta, no todo el mundo nace artista del fogón.

(«Era el plato predilecto de Vadinho, nunca más lo he de servir en mi mesa.

Sus dientes mordían el tierno cangrejo,

el aceite de palma doraba sus dientes.
¡Ay, nunca más sus labios, su lengua;
nunca más su boca abrasada de cebolla cruda!»))

1

Ahora bien, en la misa del séptimo día, oficiada por don Clemente Nigra en la iglesia de Santa Teresa - envuelta la nave en la espléndida luz matinal, azulada y transparente, que venía del mar cercano, como si el templo fuera un navío dispuesto a zarpar- , la simpatía y la solidaridad manifestadas en los susurrados comentarios estaban dedicadas a doña Flor, arrodillada en primera fila, ante el altar, toda de negro, con una mantilla de encaje prestada por doña Norma, con la que ocultaba los cabellos y las lágrimas, y un tercio del rosario entre los dedos. Pero en los cuchicheos no se la compadecía por haber perdido al marido, sino por haberlo tenido. De rodillas en el reclinatorio, doña Flor nada escuchaba, como si no hubiera nadie en el santuario más que ella, el sacerdote y la ausencia de Vadinho.

Un rumor de beatas, viejas ratas de sacristía, rencorosas enemigas de la gracia y la risa, se elevaba junto con el incienso en enconado murmullo:

- No valía ni un centavo de rezos, el renegado.
- Si ella no fuese una santa, en vez de misa lo que daba era una fiesta. Con baile y todo...
- Para ella su muerte es como una carta de emancipación...

En el altar, celebrando misa por el alma de Vadinho, la tez macerada por las vigiliadas pasadas sobre antiguos libros, don Clemente sentía en la atmósfera mágica de la mañana, que apenas despuntaba, ciertas perturbaciones, maléficas auras, como si algún demonio, Lucifer o *Exu*, más probablemente *Exu*, anduviese suelto por la nave. ¿Por qué no dejaban en paz a Vadinho, por qué no le dejaban descansar? Don Clemente lo había conocido bien: a Vadinho le gustaba ir al patio del convento a charlar con él; se sentaba sobre el cerco y contaba historias que no siempre armonizaban con aquellas venerables paredes, pero que el fraile oía con atención, curioso y comprensivo

ante cualquier experiencia humana.

Había en el corredor, entre la nave y la sacristía, una especie de altar, y en él un ángel tallado en madera, escultura anónima y popular, tal vez del siglo XVII, y parecía como si el artista hubiera tomado a Vadinho de modelo; la misma fisonomía inocente y desvergonzada, la misma insolencia, idéntica ternura. Estaba el ángel arrodillado ante la imagen, mucho más reciente y barroca, de Santa Clara, y extendía hacia ella las manos. En cierta ocasión don Clemente llevó a Vadinho hasta allí, para mostrarle el altar y el ángel, curioso por saber si el bohemio se daría cuenta del parecido. Éste se echó a reír en cuanto vio las imágenes.

- ¿Por qué se ríe? - preguntó el fraile.

- Que Dios me perdone, padre... Pero ¿no parece como si el ángel estuviese engatusando a la santa?

- ¿Estuviese qué? ¿Qué términos son éstos, Vadinho?

- Discúlpeme, don Clemente, pero es que ese ángel tiene una cara clavada de gigoló... Ni siquiera parece ángel..., observe la mirada..., es una mirada de cachondo...

Volviéndose hacia los fieles para dar la bendición, las manos alzadas, el sacerdote vio cómo refunfuñaban las beatas: allí estaba la perturbación, el maligno, ¡ah!, bocas de lodo y maldad, ¡ah!, hedientes y ácidas doncelleces, mezquinas y ávidas solteronas, bajo el comando de doña Rozilda... «¡Que Dios las perdone, en su infinita bondad!»

- Él incluso le bajó la mano a la pobrecita. Pasó las de Caín...

- Porque quiso. No porque le faltara mi consejo... Si no fuese tan calentona me hubiera hecho caso... Hice lo que estaba en mis manos...

Así peroraba doña Rozilda, madre de doña Flor, nacida para madrastra, intentando con denuedo cumplir su vocación.

- Pero a ella la había picado la tarántula..., le ardían las entrepiernas... Dios me libre..., no quiso oírme nada, se rebeló... Y encontró quien la apoyase..., casa donde esconderse...

Al decir esto miró hacia donde estaba arrodillada, rezando, doña Lita, su hermana, y agregó:

- Mandar decir una misa por ese inútil es tirar el dinero, es algo que sólo sirve para llenar la barriga del fraile...

Don Clemente tomó el turíbulo y echó incienso contra el fétido aliento del demonio, que salía por la boca de las beatas. Después descendió del altar, se detuvo ante doña Flor, puso afectuosamente una mano sobre su hombro y le dijo, para que lo oyeran las viejas ponzoñosas de aquel coro siniestro:

- Los ángeles extraviados también se sientan junto a Dios, en su gloria.

- Ángel... ¡Cruz Diablo!... Era un demonio del infierno... - rezongó doña Rozilda.

Don Clemente, la espalda algo encorvada, cruzó la nave, camino de la sacristía. En el corredor se detuvo a contemplar aquella extraña imagen en la que el artista anónimo había fijado a un tiempo la gracia y el cinismo. ¿Qué sentimientos lo habrían llevado a hacerlo, qué especie de mensaje había querido transmitir? Dominado por las pasiones humanas, el ángel devoraba con ojos lascivos a la pobre santa. Ojos de cachondo, como dijera Vadinho en su pintoresco lenguaje, y una sonrisa indecente una cara desvergonzada, alguien que no tenía arreglo. Igual a Vadinho, nunca se había visto tanto parecido. ¿No habría exagerado él, don Clemente; no habría hecho una afirmación precipitada, al poner a Vadinho junto a Dios, en su gloria?

Se aproximó a la ventana practicada en la piedra y contempló el patio del convento. Allí acostumbraba a sentarse Vadinho, sobre el muro, con el mar a sus pies, cortado por los *saveiros*. Una vez le dijo:

- Padre, si Dios quisiera mostrar su poder haría que el diecisiete se diera doce veces seguidas. Ése sí que sería un milagro famoso. Si ocurriera yo iba y cubría de flores toda la iglesia...

- Dios no se mete en el juego, hijo mío...

- Entonces no sabe lo que es bueno y lo que es malo. La emoción de ver la bolilla girando y girando en la ruleta y uno arriesgando la última ficha, con el corazón sobresaltado...

Y en tono de confidencia, como un secreto entre él y el sacerdote:

- ¿Cómo no va a saber eso Dios, padre? En el atrio, doña Rozilda elevaba la voz:

- Dinero tirado... No hay misa que salve a ese desgraciado. ¡Dios es justo!

Doña Flor, escondida la cara dolorosa bajo el chal, surgió en el fondo, apoyada en doña Gisa y en doña Norma. En la claridad azul de la mañana, la iglesia parecía un barco de piedra navegando.

2

Hasta el martes de carnaval por la noche no llegó la noticia de la muerte de Vadinho a Nazareth das Farinhas, en donde residía doña Rozilda en compañía del hijo casado, funcionario del Ferrocarril. Allí estaba amargándole la vida a la nuera, esclava de su mando dictatorial. Sin pérdida de tiempo, se fue a Bahía el miércoles de ceniza, día semejante a ella si se ha de creer a otro yerno suyo, Antonio Moráis: «Ésa no es una mujer, es un miércoles de ceniza, le quita la alegría a cualquiera.» El deseo de poner la mayor distancia posible entre su casa y la de la suegra fue sin duda uno de los motivos por el cual este Moráis vivía desde hacía varios años en los suburbios de Río de Janeiro. Hábil mecánico, aceptó la invitación de un amigo y allá se fue a probar suerte en el Sur, en donde prosperó. Se negaba a volver a Bahía, incluso de paseo, mientras «la arpía apestase el ambiente». Doña Rozilda, en cambio, no detestaba a Antonio Moráis, ni tampoco a su nuera. Pero sí detestaba a Vadinho, y jamás le perdonaría a doña Flor ese casamiento, resultado de una vil conspiración contra su autoridad y sus decisiones. En cuanto al casamiento de Moráis con Rosalía, la hija mayor, aunque no era lo que a ella le hubiera gustado, no se había opuesto al noviazgo ni había objetado el compromiso. No se llevaba bien ni con él ni con la nuera porque el carácter de doña Rosalía hacía que se consagrara a convertir la vida del prójimo en un infierno. Cuando no estaba llevándole la contraria a alguien, se sentía inútil y desdichada.

Con Vadinho era diferente: le tenía aversión desde los tiempos en que festejaba a doña Flor, cuando descubrió la red de engaños y trampas en que la enredara el indeseable pretendiente. Le había tomado odio para siempre, no podía siquiera oír su nombre. «Si en este país hubiera justicia ese

canalla estaría en la cárcel», repetía, si le hablaban del yerno, si le pedían noticias del atorrante o le mandaban recuerdos para él.

Cuando visitaba a doña Flor, muy de cuando en cuando, era para estropearle el día, no hablando de otra cosa que de las trampas del mozo, su vida libertina, sus actos vergonzosos, sus escándalos cotidianos y permanentes.

Todavía estaba en la cubierta del barco y ya su boca había comenzado a despotricar, gritándole a doña Norma, que la esperaba en el muelle de la Bahiana a pedido de doña Flor:

- ¡Al fin estiró la pata el excomulgado!

El vapor estaba atracando, repleto de una impaciente multitud de viajeros sobrecargados de bultos, cestos, bolsos y los más diversos envoltorios con frutas, harina de mandioca, ñame y batata, charque, *xuxu* y zapallos. Doña Rozilda desembarcó vociferando:

- Le dio un ataque, ¿en?.., ¡ya debía haber reventado hace mucho tiempo!

Doña Norma se sentía derrotada; doña Rozilda tenía la virtud de dejarla sin fuerzas para reaccionar, en completo desánimo. La servicial vecina había amanecido en el pequeño muelle; su rostro bondadoso traslucía su afán de dar consuelo, de dar ánimo a una suegra enlutada y llorosa, estando dispuesta a lamentar a dúo la precariedad de las cosas de este mundo: hoy se está vivo y coleando y mañana en un cajón de difunto. Escucharía las lamentaciones de doña Rozilda, le ofrecería el consuelo de la resignación ante la voluntad de Dios, ¡Él sabe lo que hace!; y, juntas la madre y la amiga, conversarían sobre la nueva situación de doña Flor, viuda, sola en el mundo y tan joven todavía. Doña Norma iba preparada para eso: gestos, palabras, actitudes, todo sincero y sentido, nunca hubo en su modo de ser la menor parcela de hipocresía. Doña Norma se sentía un poco responsable por todo el mundo, era la providencia del barrio, una especie de socorro de urgencia de los alrededores. De toda la vecindad acudían a la puerta de su casa (la mejor casa de la calle: sólo la de los argentinos de la fábrica de cerámica, los Bernabós, podía compararse con ella y ser quizá algo más lujosa); todas venían a pedir algo en préstamo, desde la sal y la pimienta hasta la loza para los almuerzos y cenas y las

prendas de vestir para las fiestas.

- Doña Norma, mamá me mandó a preguntar si usted podía prestarnos una jicara de harina de trigo, que es para una tarta que está haciendo. Después se la paga...

Era Anita, la hija menor del doctor Ives, un vecino cuya esposa, doña Emina, cantaba canciones árabes acompañándose al piano.

- Pero, nena, ¿tu mamá no fue ayer al mercado? ¡Hum...! ¡Qué mujer más olvidadiza...! ¿Una jicara basta? Dile que si quiere más que mande a buscarla.

O si no, era el negrito de la residencia de doña Amelia, con su voz chillona:

- Doña Norma, la patrona me mandó a pedir la corbata negra de don Sampaio, la del lazo de mariposa, que a la del señor Ruas se la comió la polilla...

Eso cuando no aparecía doña Risoleta, dramática, siempre con su aire de mortificada:

- Normita, acuda por el amor de Dios...

- ¿Qué pasa, mujer?

- Un borracho se plantó a la puerta de casa, no hay modo de hacerlo salir, ¿qué hago?

Allá se fue doña Norma, y cuando reconoció al hombre se echó a reír:

- Pero si es Bastiáo Cachaca, queridos... Vete, Bastiáo, sal de ahí, vete a echar un sueño en el garaje de casa...

Y así el día entero: cartas pidiendo dinero prestado, llamados urgentes para socorrer a un enfermo, y los parroquianos reclamando las inyecciones. Doña Norma les hacía competencia gratuita a los médicos y a las farmacias, para no hablar de los veterinarios, pues todas las gatas de los alrededores venían a dar a luz a los fondos de la casa, sin que allí les faltara jamás asistencia y alimento. Distribuía muestras de remedios, suministrados por el doctor Ives; cortaba vestidos y moldes (estaba diplomada en Corte y Confección); redactaba las cartas del personal doméstico, daba consejos, oía lamentaciones, secundaba proyectos matrimoniales, incubaba amores, resolvía los más diferentes problemas, y siempre alborozada. Por todo lo cual Zé Sampaio la definía así:

- Es una caga- volando, no tiene paciencia ni para sentarse en el artefacto... - y metía en la boca el dedo grande,

resignado.

La buena vecina se había hecho a la idea de ir a recibir a una doña Rozilda apenada, a la que consolaría amparándola en su pecho. Y la otra le salía con esa absurda insensatez, como si la muerte del yerno fuese una noticia festiva. Ahí venía ahora, descendiendo por la escala, en una mano el clásico envoltorio de harina de Nazareth, bien tostada y olorosa, además de una cesta en la que se movían con impaciencia una sarta de cangrejos comprados a bordo, y en la otra una sombrilla y la maleta. Felizmente, pensó doña Norma, no se trataba de una maleta grande, de esas que anuncian la intención de quedarse, sino una pequeña, de madera, de las que se usan en las visitas breves, por unos pocos días - y- hasta- otra- vez. Se adelantó para ayudarla y darle el ceremonioso abrazo de los pésames; por nada del mundo hubiera dejado de cumplir el penoso deber de las condolencias.

- Mis condolencias...

- ¿Pésames? ¿A mí? No, querida mía, no desperdicie su cortesía. Por mí, ya podía haber espichado hace mucho tiempo, no lo echo de menos. Ahora puedo golpearme el pecho y decir de nuevo que en mi familia no hay ningún descastado. Y qué vergüenza, ¿eh?, eligió morir en medio del carnaval, disfrazado... a propósito...

Se detuvo junto a doña Norma y puso en el suelo la maleta, la cesta y el envoltorio para observar mejor a la otra, la midió de arriba abajo y le hizo un elogio intencionado:

- Pues sí señor..., no es por adularla, pero usted engordó una pizquita..., está lindaza, mozota, gordita, apetitosa, que Dios la bendiga y la libre del mal de ojo...

Arregló la cesta, de la que intentaban huir los cangrejos, e insistió con terquedad:

- Así me gusta: una mujer que no presta oídos a las estupideces de moda..., como ésas que andan por ahí haciendo régimen para adelgazar y que terminan tísicas... Señora mía...

- No diga eso, doña Rozilda. Y yo que pensé que estaba más delgada... Sepa que estoy siguiendo un régimen de los más severos. Suprimí la cena y hace un mes que no sé lo que es el gusto de los frijoles...

Doña Rozilda volvió a examinarla con ojo crítico:

- Pues no lo parece...

Con la ayuda de doña Norma volvió a hacerse cargo de los envoltorios, y ambas se encaminaron hacia el Elevador Lacerda mientras doña Rozilda ametrallaba:

- ¿Y don Sampaio? ¿Siempre metido en cama? Nunca vi un hombre con menos chispa. Parece un perro viejo...

A doña Norma no le gustó la comparación y sonrió con aire de reprobación:

- Es su carácter, él es así..., apagado... Doña Rozilda no era mujer capaz de disculpar las flaquezas humanas:

- Válgame Dios..., un marido tan encerrado en sí mismo como el suyo debe ser un castigo. El mío..., el finado Gil..., bueno, no voy a decir que valiese gran cosa, no era ningún santo..., pero, en comparación con el suyo..., un hombre que no sale, que no va a ninguna parte, siempre malhumorado, siempre en casa...

Doña Norma intentaba cambiar de conversación, llevarla por un camino lógico: después de todo, doña Rozilda había perdido un yerno y por eso venía a la capital; era sobre tan palpitante y dramático asunto de lo que debían hablar, y ésa había sido la intención de doña Norma cuando fue a buscarla al puerto:

- Flor anda muy triste y abatida. Lo sintió mucho.

- Porque es una pasmosa, una tonta. Siempre lo fue, no parece hija mía. Salió a su padre, señora mía, usted no conoció al finado Gil. No lo digo por alabarme, no, pero el hombre de la casa era yo. Él no decía ni pío, quien resolvía todo era esta servidora de usted. Flor tiró a él, salió floja, sin voluntad; si no, ¿cómo pudo aguantar tanto tiempo un marido tal como el que se consiguió?

Doña Norma pensó para sí que si el finado Gil no hubiese sido también una papilla, un flojo sin voluntad, ciertamente no hubiera soportado mucho tiempo a semejante esposa, y lamentó la suerte que le tocó al padre de doña Flor. Y también la de doña Flor, ahora amenazada por las constantes visitas de su madre, que incluso era capaz - ¿quién sabe?- de venir a residir con la hija viuda y corromper la atmósfera cordial del Sodré y sus alrededores. En los tiempos de Vadinho, cuando doña Rozilda aparecía, lo hacía a la disparada, en rápidas visitas de paso, el tiempo indispensable para hablar mal del yerno y

emprender el camino de vuelta antes de que el maldito apareciera con sus chacotas de mal gusto. Porque con Vadinho doña Rozilda nunca lograba ventaja; jamás lo había dominado, y ni siquiera había conseguido ponerlo alguna vez nervioso e irritarlo. Apenas la veía, generalmente murmurando, le daba un ataque de risa y el granuja se mostraba muy satisfecho, como si la suegra fuese su visita preferida.

- Pero miren quién está aquí: mi santa suegrecita, mi segunda madre, este corazón de oro, esta candida paloma. Y esa lengüita, ¿cómo está?, ¿bien afilada? Siéntese aquí, mi santa, junto a su yernecito querido, y pongamos al sol todos los trapos sucios de Bahía...

Y se reía, con aquella risa tan suya, sonora y alegre, de hombre astuto y satisfecho de la vida: si los vencimientos de tantos documentos, si tanta deuda por todas partes, tantos aprietos de dinero y tanta urgencia de efectivos no habían conseguido entristecerlo y exasperarlo, ¿qué esperanzas podría alimentar doña Rozilda de conseguirlo? Por eso lo odiaba, y por lo que él le hiciera en los primeros tiempos de las relaciones amorosas con su hija.

Entonces, en un raptó de ira, abandonaba el campo de batalla, y, espoleada por la risa del yerno, se vengaba en doña Flor, acusándola en plena calle, ante agitadas asambleas:

- Nunca más volveré a poner los pies en esta casa, ihija maldita! Quédate con tu perro marido, déjalo que insulte a tu madre, olvida la leche que mamaste... Me voy antes de que me pegue... No soy como tú, que te gusta la leña. - La risotada de Vadinho la perseguía por las esquinas y restallaba en las callejuelas como una carcajada burlona, y doña Rozilda perdía la cabeza. Cierta vez la perdió completamente, al punto de olvidarse de su condición de señora viuda y recatada: deteniéndose en la calle abarrotada de gente y volviéndose hacia la ventana, en la que su yerno se desternillaba de risa, con el brazo desnudo hizo el gesto de pelarle todo un racimo si no todo un cacho de bananas. Acompañaba el grosero gesto con maldiciones e insultos, desgañitándose:

- Tome, puerco, tome y métaselo en el... Los que pasaban se escandalizaron, entre ellos el grave profesor

Epaminondas y la pulcra doña Gisa.

- Qué mujer más desaforada... - comentó el profesor.

- Es una histérica... - sentenció la profesora.

A pesar de conocer bien a doña Rozilda, pues había sido testigo de ése y de otros furores suyos; a pesar de estar familiarizada con su difícil carácter, aun así, mientras hacían cola para entrar al Elevador, volvía doña Norma a sorprenderse. Nunca pudo imaginar que pudiese persistir la inquina entre la suegra y el yerno más allá de la muerte, y que doña Rozilda no concediera al finado ni siquiera una palabra de aflicción, aunque fuese sin sentirla, sólo para guardar la forma, de labios afuera. Ni eso:

- Hasta el aire que se respira aquí es más suave desde que el desgraciado estiró la pata...

Doña Norma no pudo contenerse:

- ¡Ave María! Señora, qué rabia le tenía usted a Vadinho, ¿eh?

- ¡Vaya! ¿Acaso no era para tenérsela? Un atorrante que no poseía nada; ni para un remedio; una esponja, un jugador, no valía para nada... Y se metió en mi familia, la mareó a mi hija, sacó a la infeliz de la casa para vivir a costa de ella...

Jugador, borrachín, mal marido... Todo era verdad, reflexionó doña Norma. Pero ¿cómo se puede odiar más allá de la muerte? ¿Acaso en las exequias de los difuntos no se deben barrer y enterrar resentimientos y discordias? Mas no era ésa la opinión de doña Rozilda:

-Me llamaba vieja chismosa, nunca me respetó, se reía de mí en mis narices... Me engañó cuando me conoció, me tomó por idiota, me hizo pasar las de Caín... ¿Por qué voy a olvidarme? ¿Solamente porque está muerto, en el cementerio? ¿Sólo por eso?

3

Cuando el recordado Gil pasó a mejor vida, aquel papilla carente de energía dejó a la familia en medio de serias apreturas, en muy precaria situación. En este caso no se trata sólo de una frase hecha - «pasó a mejor vida»- , no se trata de un lugar común; es una expresión que refleja

con exactitud la realidad. Fuese lo que fuese lo que lo esperara en los misterios del más allá, un paraíso de luz, de música, de ángeles luminosos, o un tenebroso infierno con calderas hirviendo; o un húmedo limbo; o peregrinaciones por los círculos siderales, o nada, sólo el no ser, cualquier cosa sería mejor si se la compara a la vida en común con doña Rozilda.

Flaco y silencioso, cada día más flaco y más silencioso, don Gil sustentaba su tribu con lo que le dejaban unas modestas representaciones comerciales, de productos de reducida aceptación, que le proporcionaban discretas ganancias, apenas lo suficiente para los gastos: los diarios garbanzos, el alquiler del primer piso en la Ladeira do Alvo, la ropa de los chicos, las pretensiones burguesas de doña Rozilda con sus manías de grandeza, su ambición de relacionarse con familias importantes y de penetrar en los círculos de gente bien forrada de dinero. Doña Rozilda no se daba con la mayoría de los vecinos, a los que no había favorecido la suerte: empleados de tiendas, almacenes, escritorios, cajeros y costureras. Despreciaba a esa gentuza incapaz de ocultar su pobreza; ella se daba aires, llena de jactancia, y sólo se trataba con algunos de los habitantes de la Ladeira, con las «familias representativas», como le insistía al finado Gil cuando lo pescaba en flagrante delito, sorbiendo una cervecita en la poca recomendable compañía de Cazuza Embudo, quinielero y sableador metido a filósofo, uno de los más discutibles locatarios del Alvo. ¿Será necesario aclarar que Embudo no era su apellido? No era más que un apodo significativo, que aludía a su gznate siempre abierto, a su sed insaciable.

¿Por qué no frecuentaba Gil, en cambio, al doctor Carlos Passos, médico reputado; al ingeniero Vale, capo en la secretaría de Vialidad; al telegrafista Peixoto, señor entrado en años, en vísperas de ser jubilado, habiendo alcanzado la cumbre de la carrera postal; al periodista Nacife, todavía joven, pero que ya juntaba algún dinerito con *El Tendero Moderno*, publicación consagrada que podía acreditar en su haber «la defensa intransigente del comercio bahiano»? Todos ellos eran vecinos también de la Ladeira, y todos «representativos». El tonto del marido ni siquiera sabía elegir sus amistades; cuando no estaba con Embudo se

metía en la casa de Antenor Lima para jugar al chaquete o a las damas, tal vez la única alegría verdadera de su vida. Antenor Lima, comerciante establecido en el Taboão, era uno de los más destacados amigos de Gil, y merecería incluirse en la lista de los vecinos representativos si no fuese público y notorio su amancebamiento con la negra Juventina, que había comenzado siendo su cocinera. Ahora ella se instalaba en la ventana de la casa, propiedad del comerciante, y con criada para todo servicio, se había vuelto insolente y respondona; sus agarradas con doña Rozilda hicieron época en la Ladeira do Alvo. Pues bien: a la puerta de calle de esa basura se sentaba Gil, muy zalamero, tratando a esa ordinaria como si fuese una señora casada por el juez y el sacerdote.

De nada valían los esfuerzos de doña Rozilda para encaminarlo hacia amistades influyentes: la familia Costa, descendiente de un antiguo político, poseedora de un campo inmenso en el Matatu; el político hasta llegó a tener una calle con su nombre, y su nieto, Nelson, era banquero e industrial; los Marinho Falcão, de Feira de Sant'Ana, en cuya tienda había hecho de joven su aprendizaje Gil (don João Marinho fue quien le prestó dinero para iniciarse en la capital); el doctor Luis Henrique Dias Tavares, director de repartición - una cabeza privilegiada, que firmaba artículos en los diarios- , a doña Rozilda se le llenaba la boca cuando pronunciaba su sonoro apellido, sintiendo al hacerlo cierto sabor a parentesco: «es compadre mío, bautizó a mi Héctor».

Cuando citaba esas relaciones de categoría se ensañaba con las de Gil, y preguntaba teatralmente a los interlocutores, a la vecindad, a toda la Ladeira, a la ciudad y al mundo, qué mal le habría hecho ella a Dios para merecer el castigo de tener ese marido, incapaz de darle un nivel de vida digno, a la altura de su linaje y de su medio. Los otros representantes comerciales prosperaban, ampliaban la clientela y la oficina, aumentaban la cantidad de las ventas mensuales, obtenían nuevos y valiosos corretajes. Muchos de ellos llegaban a tener casa propia, y si no un terreno en el que más tarde la construirían. Algunos hasta se daban el lujo de poseer automóvil, como un conocido de ellos, Rosalvo Medeiros, alagoano llegado

de Maceió hacía pocos años, con una mano delante y otra atrás, y ahora tenía las dos al volante de un Studebaker. Tan viva la Virgen se había vuelto este Rosalvo que llegó al punto de no reconocer a doña Rozilda cierto día en que casi la atropella, cuando ésta, peatona y amable, se puso delante del auto para saludar al próspero colega de su marido. El sujeto no sólo le dio un susto de todos los diablos con la explosión del bocinazo, sino que encima la insultó, gritándole atrocidades:

- ¿Quiere morir, piojo de víbora?

En tres o cuatro años, con productos farmacéuticos, labia y simpatía, aquel groserote había conseguido automóvil, era socio del Bahiano de Tenis, íntimo de políticos y ricachos, lo que se dice un hidalgo, señores míos, lleno de engreimiento, y con una barriga de rey. Doña Rozilda crujía los dientes y se preguntaba: ¿y en cambio el tarambana de Gil qué hace?

¡Ah! Gil vegetaba, yendo a pie o en tranvía, con sus muestras de géneros, suspensorios, cuellos y puños duros; era especialista en productos fuera de moda, y estaba reducido a una pequeña clientela de tiendas de barrio, de anticuadas mercerías. No salía de eso, marcando el paso la vida entera. Nadie creía en su capacidad, ni él mismo.

Un día se cansó de tanta queja y reclamación, de tanto esforzarse sin resultado ni alegría. Porto, cuñado de su mujer, marido de Lita, la hermana de Rozilda, también vivía a los apurones, enseñando dibujo y matemáticas a los chicos de un establecimiento provincial para artesanos, en las lejanías de Paripé. Se levantaba todas las mañanas, tempranito con el sol, regresando al caer la tarde. Pero los domingos salía por las calles de la ciudad con una caja de colores y pinceles a pintar los coloridos caseríos, y esa ocupación le daba tanta alegría que jamás se lo había visto de mal humor o melancólico. Claro que se había casado con Lita y no con Rozilda, y Lita, todo lo opuesto a su hermana, era una santa mujer cuyos labios jamás se abrieron para hablar mal de ninguna criatura o ser viviente alguno.

Gil no progresaba ni siquiera en el juego del chaquete o de las damas, y Antenor Lima sólo lo aceptaba como compañero cuando no aparecía otro más fuerte. Pero Zeca Serra, campeón de la Ladeira, ni siquiera en ese caso lo

aceptaba, ni aun para matar el tiempo: no tenía gracia jugar contra un rival tan mediocre, descuidado y distraído. Y para colmo, doña Rozilda le exigió su ruptura definitiva con Cazuza Embudo, cuando el amigo - muy caído, recién salido de la gayola, perseguido y procesado por quinielero- más solidaridad necesitaba. Y Gil, un gallina, cruzaba la calle para no encontrarse con él, obediente a las órdenes de la esposa.

Finalmente sacó la conclusión de que nada adelantaba con su sacrificada faena y aprovechó unos días de invierno muy húmedos para contraer una vulgar pulmonía, «ni siquiera una pulmonía doble» - ironizó el doctor Carlos Passos- , emigrando a lo astral. Silenciosamente, con una tos discreta y tímida. Otro hubiera podido salvarse, haber vencido la enfermedad, que era poco más que una gripe. Pero Gil estaba cansado, itan cansado!, y no quiso esperar una enfermedad seria y grave. Por lo demás, no tenía ilusiones: nunca tendría una enfermedad brillante, importante, de moda, cara, de la que hablasen los diarios: lo mejor era, sin más, contentarse con una mezquina pulmonía. Así fue, y desapareció sin despedirse. Descanso.

4

Hacía mucho tiempo que doña Rozilda venía controlando con mano de hierro el escaso dinero de las comisiones, entregándole semanalmente al representante comercial sólo los centavos, estrictamente contados, para el tranvía y el paquete de cigarrillos «Aromáticos» - un atado cada dos días-. Y, aun así, el dinero economizado apenas alcanzó para los gastos del entierro, el luto, los días de duelo. Casi no había comisiones a cobrar por las últimas ventas - una cifra ridícula- , y doña Rozilda se encontró con un hijo mozalbete, que seguía el bachillerato, y las dos hijas mocitas - Flor acababa de entrar en la adolescencia- y sin ninguna renta.

No por ser ella como era - agria y desabrida- , de trato desagradable y difícil, se deben negar u ocultar sus cualidades positivas, su decisión, su fuerza de voluntad y todo cuanto hizo para criar a los hijos y mantenerse por lo menos en la posición en que quedara a la muerte del

marido, sin rodar por la Ladeira do Alvo abajo hacia cualquier rincón de la calle o hacia las sórdidas viviendas del Pelourinho.

Se agarró a la casa de altos con toda su violenta obstinación. Mudarse a una vivienda más barata significaba la terminación de todas sus esperanzas de ascenso social. Era necesario que Héctor continuara estudiando hasta terminar el bachillerato y buscarle después un empleo, y casar, a las chicas, casarlas bien. Para eso era preciso no descender, no dejarse arrastrar por la pobreza sin disfraz, franca y descarada, sin pudor ni vergüenza, como de un delito que mereciera castigo.

Tenía que seguir en el piso de la Ladeira do Alvo, costase lo que costase. Así se lo explicó al cuñado cuando éste vino a prestarle los ahorros de doña Lita (que doña Rozilda pagó luego centavo por centavo, dígase esto en su honor). Ni una casa de alquiler razonable en el fin del mundo, en la Plataforma, ni un sótano en la Lapinha, ni cuarto y sala subalquilados en las Portas do Carmo: se mantuvo plantada en la Ladeira do Alvo, en la casa de altos, de alquiler relativamente elevado, sobre todo para quien como ella no disponía de bienes, ni muchos ni pocos.

Desde allí, desde los amplios balcones del primer piso, podía mirar el futuro con confianza: no todo estaba perdido. Modificaría los planes anteriores, sin desistir de sus pretensiones. Si cedía de inmediato, abandonando aquella casa bien puesta, amueblada, con alfombras y cortinas, y se iba a un conventillo cualquiera, ya no le estarían permitidas ni siquiera las esperanzas y las ilusiones. Si hacía eso no tardaría en ver a Héctor detrás de un mostrador de boliche, o cuando mucho, de una tienda, convertido en un empleaducho para toda la vida; y a las nenas las esperaba un destino igual, si es que no terminaban siendo camareras de bares o cafés, a disposición de los patronos y de los clientes, camino directo a «la zona», siendo causa de escándalo en las calles de mujeres honradas. Desde allí, desde la casa de altos, podía enfrentar todas esas amenazas. Abandonarla era rendirse sin lucha.

Por eso rechazó la oferta de un empleo en una tienda que Antenor Lima había encontrado para Héctor. Así como

tampoco quiso ni siquiera hablar con Rosalía cuando la hija se le presentó dispuesta a trabajar como una especie de recepcionista y secretaria en «La Foto Elegante», floreciente establecimiento de la Bajada de los Zapateros, en donde Andrés Gutiérrez, español moreno y de bigotito recortado, explotaba el arte fotográfico en sus más diversas modalidades; desde las instantáneas de tres por cuatro, para documentos de identidad y profesionales («entrega en veinticuatro horas»), hasta las «incomparables ampliaciones a todo color, verdaderas maravillas», pasando por los retratos de los más diversos tamaños y por los de las tomas de bautizos, matrimonios, primeras comuniones y otros acontecimientos festivos dignos de la amarillenta eternidad de los álbunes familiares. Dondequiera que fuese necesario hacer una fotografía allí surgía Andrés Gutiérrez con su máquina y su ayudante, un chino que de tan viejo no tenía edad, arrugado y sospechoso. Circulaban rumores, que habían llegado a oídos de doña Rozilda, siempre receptivos a las habladurías, sobre Andrés, su «Foto Elegante», su ayudante y la amplitud del negocio. Se decía que era obra suya ciertas postales vendidas por el chino en sobres cerrados, cumbre suprema del arte naturalista, «desnudos artísticos» de éxito garantizado. Para tales fotos, según las comadres, posaban muchachas pobres y fáciles, a cambio de unos pocos centavos. De paso, las usufructuaba Andrés y, quizá, el chino; las beatas contaban horrores acerca del estudio fotográfico. No hay que asombrarse de que doña Rozilda haya corrido a la hija cuando ésta, entusiasmada e ingenua, le comunicó la oferta del español:

- Si me vuelves a hablar de eso otra vez te despellejo, te doy una paliza que te van a salir ronchas...

A Andrés lo amenazó con la cárcel, tirándole a la cara todas sus relaciones influyentes: que se metiera con su hija y ya vería las consecuencias, gallego de m..., con sus inmundicias y su pornografía; ella, doña Rozilda, llamaría a la policía...

Andrés, que tampoco tenía pelos en la lengua, siendo español de mal hígado, retrucó en el mismo tono. Comenzó por decir que gallego sería el cornudo del padre de doña Rozilda. ¿Así que él, condolido por la situación de la familia

después de la muerte de don Gil, hombre educado y bueno, merecedor de mejor esposa, le ofrecía un empleo a la muchacha, a quien apenas si conocía, con el único propósito de ayudarla, y toda la recompensa que obtenía era que esa vaca histérica se pusiera a gritar a la puerta de su establecimiento, amenazando a toda la corte celestial, inventando un montón de historias, de miserables calumnias? Si ella no cerraba esa letrina que tenía por boca que se fuese a reventar a los infiernos, y aprisa, que si no quien llamaría a las autoridades iba a ser él, un ciudadano establecido, respetuoso de las leyes y al día con los impuestos; él, un andaluz de buena cepa, ¡y aquella bruja lo motejaba de gallego...! El chino, indiferente a la disputa, se limpiaba con un fósforo las uñas, largas como garras; unas uñas que, según las malas lenguas...

Fuesen verdaderas o no aquellas excitantes historias, doña Rozilda no había criado a sus hijas, no las había educado, regaladas y gentiles, para capricho de ningún Andrés Gutiérrez, andaluz, gallego o chino, le daba lo mismo... Las hijas eran ahora su palanca para cambiar el rumbo del destino, su escalera para ascender, para elevarse. También rechazó otros empleos, éstos bien intencionados, para Rosalía y Flor; no quería que las chicas estuvieran expuestas al público y al peligro. El lugar de una doncella está en el hogar, su meta es el casamiento, pensaba doña Rozilda. Mandar las hijas a que estuviesen tras el mostrador de una tienducha, o a una boletería de cine, o a la sala de espera de un consultorio médico o dental, era entregarse, confesar la pobreza, ¡exhibir la llaga más repulsiva y purulenta! Haría trabajar a las muchachas, sí, pero en casa, para que perfeccionasen las virtudes domésticas que iban acumulando, pensando en el novio en el marido. Si antes las virtudes y el matrimonio ya eran detalles importantes en los proyectos de doña Rozilda, ahora se transformaban en la pieza fundamental de sus planes.

Mientras Gil vivía, doña Rozilda había proyectado que el hijo se recibiera, que fuese médico, abogado o ingeniero, y entonces ella, apoyada en el *canudo* de doctor, en el diploma de la Facultad, ascendería al lugar de los elegidos, brillaría entre los poderosos del mundo. El anillo de

graduado, resplandeciendo en el dedo de Héctor, sería la llave que le iba a abrir las puertas de la gente de la «alta», de ese mundo cerrado y distante de la Vitoria, del Canela, de la Gracia, y junto con eso, como consecuencia, el casamiento conveniente de las hijas con colegas del hijo, doctores con linaje y futuro.

La muerte de Gil hacía imposible ese proyecto a largo plazo: Héctor estaba todavía en el bachillerato, faltándole dos años para terminar, pues estaba atrasado, lo habían aplazado en los exámenes. ¿Cómo iba a poder sostenerlo durante cinco o seis años en la Facultad, siguiendo una carrera larga y costosa? Con esfuerzo y sacrificio podía mantenerlo en el secundario - que cursaba en el Instituto de Bahía, un centro estatal y gratuito- hasta concluir el bachillerato. Poseyendo los estudios secundarios completos le sería posible librarse de los empleos miserables en el comercio, toda la vida marcando el paso, metro en mano. Tal vez consiguiera un puesto en algún banco, o, ¿por qué no?, alguna sinecura oficial, de empleado público, con garantías y derechos, gratificaciones y aumentos, promociones, anticipos y otros beneficios adicionales. Doña Rozilda contaba para conseguirlo con sus relaciones influyentes.

Pero ya no contaba más con el título de doctor - el anillo de graduado brillando, con una esmeralda o un rubí o un zafiro- para escalar las soñadas alturas. Era una lástima, pero nada se podía hacer; una vez más, el bosta del marido había arruinado sus proyectos con aquella muerte idiota.

Mas ahora ya no podría él arruinar sus nuevos proyectos, madurados en los días de duelo. En ellos, la llave maestra que abriría las puertas del confort y del bienestar era el casamiento, el de Rosalía y el de Flor. Casarlas («colocarlas», decía doña Rozilda) lo mejor posible, con jóvenes de apellido, vástagos de familias distinguidas, hijos de coroneles, hacendados o señores del comercio - de preferencia mayoristas- , establecidos, con dinero, con crédito en los bancos. Si ésta era la meta a lograr, ¿cómo iba a mostrar a las nenas en empleos mendicantes, exhibirlas como unas pobretonas mal vestidas, cuya gracia y juventud despertarían en los ricos e importantes sólo bajos instintos, pecaminosos deseos, que ciertamente les

granjearían proposiciones, pero muy distintas a las del noviazgo y el matrimonio?

Doña Rozilda quería a las hijas en casa, recatadas, ayudándola, con su trabajo y comportamiento, a mantener la apariencia de bienestar y adornar esa ficción de gentes si no opulentas, por lo menos bien provistas y de esmerada educación. Cuando las muchachas salían a visitar a familias conocidas, o a una *matinée* dominical, o a alguna fiestita en casa de una familia conocida, iban siempre de punta en blanco, bien vestidas, con el ilusorio aspecto de herederas, con buenas maneras... Doña Rozilda era económica y contaba los centavos procurando equilibrar las finanzas domésticas y seguir adelante, pero no toleraba nada que desluciera el arreglo de las hijas, ni siquiera en la intimidad del hogar. Exigía que estuvieran impecables, dignas de recibir en cualquier momento al príncipe encantado cuando éste surgiera de repente. Para lograrlo, doña Rozilda no escatimaba sacrificios.

Cierta vez, Rosalía fue invitada a un bailecito, con motivo del cumpleaños de la hija mayor del doctor João Falcão, un potentado: palacete, arañas de cristal, cubiertos de plata, mucamos de etiqueta. Los otros invitados, todos gentes distinguida, podridos de dinero, de la mejor sociedad, un señorío que había que ver. Pues bien, Rosalía causó sensación; era la de mejor presencia, la más *chic*, a tal punto que mereció el elogio de la bondadosa anfitriona, doña Detinha:

- Es la más linda de todas... Esta Rosalía es un amor, una muñeca...

Parecía, sí, la más rica y aristocrática. Y sin embargo allí estaban las chicas de más fortuna y más aristocráticas de la nobleza local, sangre azul de bachilleres y médicos, de funcionarios y banqueros, de tenderos y comerciantes. Con su tez mate de mestiza negro-india, suave y pálida, era la blanca más auténtica entre todas aquellas finísimas blancas bahianas, que agotaban todos los tonos de la morenez. (Aquí entre nosotros, ¡que nadie nos oiga!, mestizas de la más fina y bella mulatería.)

Nadie, al verla tan elegante, diría que su vestido, el más elogiado de la fiesta, era obra propia y de doña Rozilda; el vestido y todo lo demás, incluso la transformación de un

viejo par de zapatos en una obra maestra de satén. Entre las labores de Rosalía - cortaba y cosía, bordaba y tejía- , la costura era su punto más alto.

Sí, eran ellas, las muchachas, con sus labores, y bajo la férrea dirección de doña Rozilda, las autoras de aquel milagro de supervivencia: Héctor en el Instituto, terminando el bachillerato; al día con el alquiler del primer piso y con los plazos de la radio y de la nueva cocina, y hasta unos pequeños ahorros destinados a la terminación de los ajuares, los vestidos de bodas, los velos y las guirnaldas, las sábanas y fundas, los camisones y combinaciones que se iban poco a poco acumulando en los baúles.

Eran ellas, las nenas, Rosalía pedaleando en la máquina, cosiendo para afuera, cortando vestidos, bordando blusas finas, y Flor, al principio, preparando bandejas de dulces y salados para fiestitas familiares y pequeñas conmemoraciones: cumpleaños, primeras comuniones. Si la costura era el fuerte de Rosalía, en la cocina se destacaba la nena menor: había nacido con la ciencia del punto exacto, con el don de los condimentos. Desde pequeñita había hecho tartas y manjares, siempre rondando la cocina, aprendiendo los misterios del arte supremo con la tía Lita, tan exigente. Tío Porto no tenía otro vicio, aparte de la pintura dominical, que el de los buenos platos. Era un frequentador de *carurus y sarapateis*, se volvía loco por una *feijoada* o un matambre con mucha verdura. De los encargos de bandejas de pasteles y empanadas, así como de almuerzos, pasó Flor a dar recetas y lecciones, y, finalmente, a la Escuela de Cocina.

Una en la máquina, en el corte y en la costura, otra en la cocina, en el horno y en el fogón, y doña Rozilda al timón, iban tirando. Modestamente, mediocrementemente, a la espera de que surgiesen los caballeros andantes durante alguna fiesta o paseo, envueltos en títulos o en dinero. Uno arrebatando a Rosalía, otro conduciendo a Flor - ambos al son de la marcha nupcial- hacia el altar y el alegre mundo de los poderosos. Primero Rosalía, que era la mayor.

Doña Rozilda se fijaba al doblar cada esquina, obstinadamente, esperando encontrarse con ese yerno de oro y plata, claveteado de diamantes. A veces la invadía el

desánimo: ¿Y si no apareciese el príncipe encantado? Ya era tiempo de que se presentara, no se podía esperar toda la vida, las muchachas estaban alcanzado la inquieta edad en que las atraían los hombres. Rosalía, con sus veinte años desplegados en suspiros desde la ventana, hartos del pedal de la máquina de coser, reclamaba con urgencia ese esperado duque, ese conde, ese barón, ¿cuándo la iba a rescatar? Tan larga se hacía la demora, tan cansadora la espera... Con tal de que pronto Rosalía no se viera en el fondo del pozo, solterona, doncella empedernida, con ese hedor a rancio de las vírgenes exasperadas a que se refería, sonriendo, el buen tío Porto, burlándose de los pruritos aristocráticos de la cuñada.

De cuando en cuando Rosalía entreveía al ansiado pretendiente: en las espaciadas fiestas danzantes; en los viajes hasta la casa de la tía, en Río Vermelho; en las funciones de las *matinée*: al volante de un autito, todo vestido de blanco en un domingo de regatas, o un universitario burlón, o un estudioso con grandes libros de ciencia bajo el brazo o encorvándose en los malabarismos de un caprichoso tango argentino, o si no un romántico al son de una serenata nocturna.

Doña Rozilda también esperaba, y su impaciencia iba en aumento: ¿Cuándo, cuándo surgiría el anunciado yerno, ese millonario, ese viva la Virgen, ese hidalgo, ese doctor de borla y birrete, ese mayorista de la Cidade Baixa, ese hacendado del cacao o del tabaco, ese dueño de tienda o incluso de boliche, y en último caso, ese sudoroso gringo de almacén de ultramarinos? ¿Cuándo?

5

Mucho tiempo esperaron así, compuestas y arregladas - semanas, meses, años- , pero ningún hidalgo apareció; ni un joven aristócrata de la Barra o de la Graca, ni el hijo de un coronel del Cacao; ningún señor del comercio al por mayor y ni siquiera un gallego enriquecido en la dura labor de los almacenes y panaderías. El que llegó fue Antonio Moráis, con su taller de mecánico, su competencia de autodidacta, su honrado *overall*, negro de grasa. Llegó en el momento oportuno y por eso fue bien recibido. Rosalía

ya había llorado lágrimas de célibe condenada a la soledad y a la beatería y doña Rozilda no tuvo fuerzas para oponerse. No era el yerno previsto en las largas vigiliadas pasadas trabajando en el pedal de la máquina o al calor del fogón. Pero ya no podía entrar en más consideraciones y argumentos o enfrentar la ira amenazadora, la obstinada impetuosidad de Rosalía, cuyos veinte (y tantos) años saludables clamaban por un marido.

Por lo demás, si bien Antonio Moráis no era rico ni importante, al menos no dependía de ningún patrono; tenía un pequeño y acreditado taller que le daba lo suficiente para sustentar mujer e hijos. Doña Rozilda se inclinó ante el destino, un poco a la fuerza, pero se inclinó, ¿qué podía hacer?

Por aquel entonces Héctor había conseguido un puesto en el Ferrocarril de Nazareth por intermedio de su padrino, el doctor Luis Henrique, y se había ido a vivir a la ciudad de Recóncavo, yendo a la capital muy pocas veces. Era un empleo con futuro, doña Rozilda no necesitaba preocuparse más por él. Por su parte, Flor había comenzado a dar clases de cocina a muchachas y señoras, ganando dinero y fama de profesora competente. Ahora era ella quien cargaba con la mayor parte de los gastos de la casa debido a que Rosalía, atemorizada con el correr de los años, gastaba sus ganancias en acicalarse, en vestidos y zapatos, perfumes y encajes.

Antonio Moráis se había fijado en Rosalía durante la *matines* del Cinema Olimpia, un día de función mixta en que además de las dos películas y de los episodios, don Mota, el empresario, había contratado unos artistas de paso por Bahía, restos de conjuntos, que fueron desmembrándose en las giras por el interior, hambrientas estrellas de empañada luz. Mientras «Mirabel, el sueño sensual de Varsovia», una polaca venerable, cansada de guerrear y de las candilejas y las camas de las casas de citas, meneaba sus viejas nalgas marchitas haciendo delirar a los chicos - que iban allí a instruirse- , Antonio Moráis divisó a doña Rozilda y sus dos hijas en las plateas: Rosalía tensa y expectante, y Flor con un vestido que parecía reventar a la altura de los pechos y de las caderas.

Y el mecánico no volvió ya a contemplar el pobre bamboleo

del «Sueño de Varsovia». La petulante mirada de Rosalía se cruzó con su mirada suplicante. A la salida el mozo siguió a la madre y a las hijas a prudente distancia, hasta localizar la morada burguesa de la Ladeira do Alvo. Rosalía apareció por un instante en el balcón y dejó revoloteando una sonrisa.

Al día siguiente, después de la cena, se vio sufrir a Antonio Moráis, ladera arriba, ladera abajo, deteniéndose en la vereda opuesta cuando pasaba frente a la casa. Desde la ventana, Rosalía estaba en acecho, insinuante. El mecánico subía y bajaba, puestos los ojos en el alto balcón, silbando *modinhas*. Al rato, escoltada por Flor, Rosalía surgió al pie de la escalera. Dando unos pasos de gavilán canchero, Moráis se puso a su lado. Doña Rozilda, siempre alerta, ya había notado el jueguito en la *matinée*. Y, al ver a Rosalía tan ansiosa y rebelde, salió en busca de informaciones sobre el sujeto; Antenor Lima lo conocía y le dio datos concretos y favorables: mecánico, con buena mano, taller propio en Gales, un monstruo para el trabajo. Antonio Moráis había perdido al padre y a la madre cuando tenía nueve años en un choque de ómnibus y se había criado en la calle, pero, en vez de juntarse con los atorrantes y dedicarse a las aventuras del vagabundaje y a la mala vida, había entrado en el taller de Pé de Pilao, un negro más grande que la catedral, mecánico y buen tipo. En el taller del negrazo hacía de todo, servía tanto para un roto como para un descosido, era hábil como él solo. No tenía sueldo fijo, pero dormía allí y solía recibir propinas, algunas de ellas grandes. Aprendió a leer y a escribir sólito; con Pé de Pilao aprendió el oficio, y, siendo aún muchacho, comenzó a trabajar por su cuenta y riesgo, cobrando una miseria; era de manos hábiles y de cabeza despierta: los motores de los automóviles no tenían secreto para su curiosidad. Es verdad que no era un doctor, ni un joven con posibles, pero pocos mecánicos podían competir con él. Sus entradas eran seguras, y sería un marido de primera, ¿cómo diablos podía pretender Rosalía algo mejor si no era ninguna princesa ni poseía un campo de cacao?, preguntaba el mal educado Lima a la engreída y rezongona vecina.

Otros conocidos confirmaron las amplias referencias del comerciante, y doña Rozilda, después de aconsejarse con

su compadre, el doctor Luis Henrique, un Ruy Barbosa de sabiduría que le dio consejos inestimables, y de mucho pesar los pros y los contras, se decidió a favor del mecánico. No era éste, repetía, el yerno de sus sueños, el príncipe de sangre noble y arcas de oro. Moráis sólo tenía sangre noble por parte de un lejano pariente ancestral, Obitikó, príncipe de una tribu africana traído a Bahía como esclavo; sangre azul que había de mezclarse más tarde con la sangre plebeya de villanos portugueses y holandeses mercenarios. De la mezcla resultó un pardo claro, de espontánea sonrisa, un simpático moreno. En cuanto a las arcas de oro, los ahorros en el colchón del mecánico no alcanzaban ni para poner casa en ese momento. Pero Rosalía se había atrancado en su babosa pasión y se negaba a considerar los oscuros orígenes, el modesto oficio y las pocas monedas del muchacho. Y frente a una Rosalía agresiva, de respuestas insolentes y de pocas cosquillas, doña Rozilda bajó la cabeza. Así que doña Rozilda, a la quinta o sexta aparición nocturna de Moráis, todo de blanco y muy almidonado, el sombrero ladeado, zapatos de dos colores, irresistible!, lo enfrentó. Estaban los dos enamorados en pleno embeleso, los ojos en los ojos, las manos entrelazadas, hablando boberías, cuando desde las sombras de la escalera irrumpió doña Rozilda, inesperada e inquisidora, con voz severa, amenazante:

- Rosalía, hija mía, ¿quieres presentarme al caballero?

Hechas las presentaciones - Rosalía embarullándose al hablar, Moráis sin saber qué hacer- , doña Rozilda arremetió de inmediato, sin ninguna ceremonia ni consideración:

- Una hija mía no ennovia al pie de la escalera, sobre la calle, ni sale sola a pasear con su festejante; yo no crié una hija para que se divierta ningún pícaro...

- Pero yo...

- El que quiera conversar con mi hija tiene que declarar antes sus intenciones.

Antonio Moráis afirmó la pureza matrimonial de sus más recónditas intenciones; él no era un mulato que abusara de las hijas de los otros. Y respondió con presteza y modestia al minucioso interrogatorio, comprobando doña Rozilda sus informes propios, sobre todo los referentes a los ingresos

del taller.

El mecánico fue aprobado y su presencia admitida oficialmente a la puerta de la casa, junto a la cual, a partir de aquella conferencia, Rosalía lo esperaba sentada en una silla. Desde la ventana, doña Rozilda vigilaba la moral de la familia: una hija suya no iba a ser disfrutada por ningún atorrante. Así, cuando Moráis se aprestaba a poner su tierna mano en la tierna mano de la muchacha, se oía el reprensivo carraspeo de doña Rozilda, cayendo desde arriba.

- ¡Rosalía!

Esto apresuró el noviazgo, pues Moráis estaba ansioso de gozar de más libertad, de una intimidad menos observada. Siendo ya novio oficial, pasó a frecuentar la casa, a salir con Rosalía los domingos para ir a la *matinée*, llevando a Flor de chaperón, con órdenes terminantes de vigilar y controlar a los enamorados e impedir los besos y las caricias: doña Rozilda exigía el máximo respeto. Flor no había nacido para soplón de la policía; comprensiva y solitaria, miraba para otro lado, se concentraba en la película, masticando confites y dejando en paz a la pareja con su ansiedad, con sus labios y manos atareados.

Durante el cortejo y el noviazgo doña Rozilda se mostró tan amable como le era posible, ocultando los rasgos más salientes de su carácter. Necesitaba casar a sus hijas y Rosalía había llegado al límite de la edad. Lo que sobraban eran mozas en busca de un marido, y en cambio escaseaban los jóvenes dispuestos a casarse. Ardua batalla ésa de casar las hijas, bien lo sabía doña Rozilda. Casi todas sus conocidas consideraban que el mecánico era un buen partido. Una de ellas, cierta doña Elvira, madre de tres mugrientas y legañosas doncellas, destinadas a una soltería definitiva, incluso había puesto a los tres pellejos en asedio de Moráis, deshaciéndose las tres en sonrisas y miradas prometedoras: sólo les faltaba arrastrarlo a la cama a esas relamidas, esqueléticas y atrevidas. Además, Moráis era trabajador y sobrio, y a la suegra no le sería difícil domarlo, dirigirlo a su voluntad en cuanto se casara. En esto se engañó: el yerno iba a darle una sorpresa.

De este modo, el artesano, sólo después de casado, conoció la verdad completa en lo que atañe a doña Rozilda.

Decidieron vivir todos juntos en el primer piso de la Ladeira do Alvo, solución económica y sentimental, pues gastarían menos y continuarían unidos, ya que tanto doña Rozilda como Moráis no parecían desear otra cosa sino continuar juntos para siempre. Rosalía era opuesta a estos planes temerarios; «el casado casa quiere», recordaba ella, pero ¿cómo enfrentar esa luna de miel entre su madre y su novio?

Todavía no se habían cumplido seis meses de esa luna de miel cuando la combinación se deshizo, pues, como informó el yerno a los conocidos: «Sólo Cristo aguantaría vivir con doña Rozilda, y eso todavía no es seguro; tendría que hacerse la prueba para ver si el Nazareno tiene la resistencia necesaria. Pues quizá ni él mismo la soportaría.»

Y se mudaron al fin del mundo, allá por Cabula, zona casi rural. Moráis prefería aguantar aquel tranvía repleto y lento, en un viaje de nunca acabar, descarrilando a cada rato y siempre atrasado; prefería salir a la madrugada para llegar a tiempo al taller, situado en las inmediaciones de la Ladeira dos Gales; prefería, en fin, meterse entre aquella selva tupida en la que silbaban venenosas víboras de cascabel y en donde los *exus* de los muchos candomblés de los alrededores andaban sueltos por los caminos haciendo destrozos antes que tolerar la vida en común con la suegra. Eran preferibles los cascabeles y los *exus*.

En el primer piso de la Ladeira do Alvo quedaron, solas, la adolescente Flor, que ya comenzaba a ser una linda muchacha de delicado rostro, senos altos y arrogantes caderas, y doña Rozilda; una doña Rozilda cada vez más agria, limitada ahora a las gracias y a las labores de aquella hija, su última carta de triunfo en la batalla por el ascenso social, tantas veces perdida.

Sin embargo, no había perdido su fuerza, no había disminuido su voluntad de subir, de trepar los peldaños que la conducirían al mundo de los ricos. En las pesadas noches de insomnio (dormía poco, se quedaba rumiando proyectos), había decidido no entregar la benjamina a otro Moráis. A Flor le destinaba un partido mejor, un joven de calidad, un blanco distinguido, un doctor o un comerciante fuerte. Defendería con uñas y dientes esta última trinchera,

no se volvería a repetir lo acontecido con Rosalía. Flor no sólo era mucho más obediente y juiciosa, sino que no temía quedar solterona; no hablaba de casamiento, no se alzaba contra la madre cuando ésta le prohibía congraciarse con empleaditos de escritorio, dependientes de boliche, o algún gallego despachante de panadería. Obedecía sin rezongos, no se revolvía contra su madre a los gritos, no se trancaba en el cuarto amenazando con suicidarse, en una de aquellas explosiones frecuentes en Rosalía, cuando doña Rozilda, celosa de su futuro, le prohibía cualquier galán de baja estofa. Resultado: se casó con aquel mequetrefe de Moráis, un don nadie, ini dependiente!, sólo un simple artesano, un operario, iqué horror!, socialmente todavía menos importante que ellas. Podía ser un coloso en el trabajo, buen marido y alegre compañero: la verdad, sin embargo, es que la hija, en vez de subir, había descendido en la escala social; así, por lo menos, pensaba tristemente doña Rozilda, destinada a otras alturas. Pero con Flor era distinto, no volvería a repetirse el error.

Mientras doña Rozilda forjaba proyectos, Flor se hacía conocer como profesora de cocina, especialmente de cocina bahiana. Había nacido con el don de los condimentos y desde la niñez se la pasaba dando vueltas a recetas y salsas, aprendiendo a hacer manjares, gastando sal y azúcar. Hacía tiempo que recibía encargos de platos bahianos, y la llamaban a cada rato para ayudar en *vatapás* y *efós*, en *moquecas* y *xinxins*, y hasta en los famosos *carurus* de Cosme y Damián, como los celebrados en la casa de su tía Lita o en la de doña Dorothy Alves, en la que se reunían decenas de invitados y aún sobraba comida para otros tantos. *Carurus* anuales, promesas hechas a los santos *Mabacas* y a los *ibejés*. Con el tiempo su fama fue extendiéndose y venían a pedirle recetas o la llevaban a casa de gente rica para que enseñara el punto y el condimento de algunos de los platos más difíciles. Doña Detinha Falcão, doña Ligia Oliva, doña Laurita Tavares, doña Ivany Silveira y otras señoras «de mucha figuración», de cuya amistad tanto se jactaba doña Rozilda, la recomendaban a las amigas, de modo que a Flor no le alcanzaban las manos. Una de esas señoras, *snoobs* y adineradas, fue quien le dio la idea de la escuela, pues

habiéndole pedido recetas teóricas y demostraciones prácticas, hizo hincapié, al pagarle el trabajo, en advertir que estaba remunerando a la excelente profesora y buena amiga, no abonando el salario a una cocinera. Eran amables sutilezas de doña Luisa Silveira, hidalga sergipana, llena de argucias y muy «mírame y no me toques».

Flor no comenzó a dar lecciones en serio, con escuela puesta, hasta después de la partida de Rosalía y Moráis a Río de Janeiro. El mecánico resolvió que no era suficiente la distancia entre los altos del Cabula y la Ladeira do Alvo y quiso poner por medio, entre su casa y la suegra, el propio mar océano.

Le había tomado una aversión mortal a doña Rozilda, «la desalmada», como la llamaba: «ies peor que la peste, el hambre y la guerra!».

No tardó la escuela en prosperar; hasta algunas señoras del Canela y del García, incluso de la Barra, fueron allí a desvelar los misterios del aceite suave y del aceite de palma. Una de las primeras en asistir fue doña Magá Paternostro, ricacha con muchas relaciones y entusiasta propagandista de las dotes de Flor.

El tiempo fue pasando, fueron corriendo los años y Flor aún no tenía prisa en buscar novio; ahora era doña Rozilda quien comenzaba a preocuparse, pues al fin y al cabo la hija benjamina ya no era una nena. Flor se encogía de hombros, sólo le interesaba la escuela. El hermano, en uno de sus viajes desde Nazareth, dibujó el cartel con tintas de color - todos elogiaban sus dotes para el dibujo- , que colgaba del balcón:

ESCUELA DE COCINA: SABOR Y ARTE

Héctor había leído en los diarios una extensa información acerca de una escuela titulada «Saber y Arte», un experimento de un fulano llegado de los Estados Unidos, un tal Anisio Teixeira. Cambiándole una letra al título de moda, lo adaptó a los intereses de la hermana. Junto a las historiadas letras, la cuchara, el tenedor y el cuchillo, cruzados en graciosa tríada, completaban la obra del artista. (Si fuera hoy, ya podía Héctor ir pensando en una exposición individual y en la venta de sus cuadros a buen precio; pero los tiempos eran otros y el funcionario de ferrocarriles se contentó con los elogios de la hermana, de

la madre y de cierta alumna de Flor, una de ojos húmedos, llamada Celeste.)

Las clases de cocina daban lo necesario para el mantenimiento de la casa y las pocas necesidades de la madre y la hija, así como para guardar algún dinero, pensando en los gastos del futuro casamiento. Pero, sobre todo, ocupaban el tiempo de Flor, la liberaban un poco de doña Rozilda y su cantinela acerca de cuánto sacrificio le había costado criar y educar a los hijos, criar y educar a aquella hija benjamina, y de cómo necesitaba encontrarle un marido rico que las sacara de la Ladeira do Alvo y del fogón, para llevarlas a las delicias de la Barra, de la Gracia, de Vitoria. Pero a Flor no parecían preocuparle los festejantes ni el noviazgo. En las fiestas bailaba con unos y otros, sonreía agradecida a los galanteos, pero no iba más allá. Ni siquiera correspondió a los apasionados pedidos de un estudiante de medicina, un alegre paraense, obsequioso y atildado. Mas no le dio cuerda, a pesar de la excitación de doña Rozilda: al fin un estudiante y ya casi doctorado aspiraba a la mano de su hija.

- No me gusta... - declaró Flor, decidida- , Es feo como el diablo...

Ni los consejos ni las broncas de la enfurecida doña Rozilda le hicieron mudar de opinión. A la madre le dio pánico: ¿iba a repetirse el caso de Rosalía, a resultar que Flor era igual a su obstinada hermana, dispuesta a resolver por su cuenta lo referente a novio y casamiento? Cuando más creía que la hija menor iba a ser una repetición del carácter del finado Gil, doblegada a su voluntad, la muchacha iba y manifestaba su desagrado hacia el doctorcito en vísperas de recibirse, hijo de un padre latifundista en el Pará, dueño de barcos e islas, cauchales, bosques de castaños, tribus de indios salvajes y ríos inmensos. Forrado de oro. En cuanto lo supo, doña Rozilda fue a informarse, y a la vuelta, después de escuchar a algunos conocidos, ya se sentía en la Amazonia, reinando sobre leguas de tierra, manejando a su voluntad a los mulatos y a los indios. Al fin había aparecido el príncipe encantado, su espera no había sido inútil ni se había sacrificado en vano. Atracaría en un barco del río Amazonas junto a las soberbias casas de la Graca, mientras los dueños la festejaban con zalamerías y

adulaciones.

Flor sonreía, con su delicado rostro redondo, color mate; sonreía con los hermosos hoyuelos de sus mejillas, con sus ojos asombrados, y volvía a decir con voz perezosa, voz de mimo y modorra:

- No me gusta..., es feo como un día sin pan...

A doña Rozilda le daba un ataque. «¿En qué diablos pensaba ella?» Flor actuaba como si el casamiento fuese cuestión de gustar o no gustar, como si hubiera hombres feos y hermosos, y como si los pretendientes como Pedro Borges sobraran en la Ladeira do Alvo.

- El amor nace con la convivencia, mi condesa de la Caca, con los intereses en común, con los hijos. Basta que no haya aversión. ¿Le tienes rabia?

- ¿Yo? No, Dios me libre. Hasta creo que es bueno... Pero sólo me voy a casar con un hombre a quien quiera.. Pedro es feo como un bicho...

Flor devoraba las novelas de la «Biblioteca de las Jóvenes» y soñaba con un muchacho pobre y hermoso, atrevido y rubio. Doña Rozilda espumajeaba de rabia e indignación. Su voz chillona inundaba la calle, transmitiendo los términos de la disputa a toda la vecindad:

- ¡Feo! ¿Dónde se ha visto que un hombre sea feo o lindo? La belleza del hombre, desgraciada, no está en la cara, está en el carácter, en su posición social, en sus bienes. ¿Dónde se vio que un hombre rico sea feo?

Lo que es ella no cambiaba el feúcho Borges (y sin embargo no era tan horrible, era alto y fuerte, aunque es cierto que su cutis era un poco granuloso) por toda esa caterva de muchachones descarados e insolentes del Río Vermelho, sin un centavo en el bolsillo, unos vagos que no tenían dónde caer muertos. El doctor Borges - ya le ponía el título por delante- era un joven caballero, se le veía en seguida en los modales, y de una familia distinguida del Pará; distinguida y podrida en dinero. Ella, doña Rozilda, lo sabía muy bien: la residencia de ellos en Belén era un palacio, con más de una docena de criados. Una docena, oíste, mala hija, caprichosa, loca, vanidosa, absurda. Con todos los pisos de mármol y también de mármol las escalinatas. Y alzaba las manos, en un gesto teatral:

- ¿Dónde se ha visto que un hombre rico sea feo?

Flor sonreía y los hoyuelos de su cara eran una preciosidad. No tenía apuro ninguno en casarse. Y le tapaba la boca con sus respuestas:

- Usted habla como si yo fuese una de esas cortesanas que valoran a los hombres por el dinero... No me gusta y se acabó...

La lucha entre doña Rozilda, irritada e irritante, con nervios de enloquecida, y Flor, serena como si nada sucediera, esa pelea en la que Pedro Borges era el objetivo y el premio, alcanzó su ápice con motivo de los festejos universitarios de fin de curso. El estudiante las invitó al acto solemne y al baile.

Para el acto solemne, en el Salón Noble de la Facultad, doña Rozilda se vistió de suegra, toda encorsetada en tafetán, majestuosa como un pavo real, riéndose hasta por los volados de las mangas, con una peineta de bailarina española clavada en la testa. En el baile de fin de curso, Flor resplandecía de encajes y tules y no tuvo un minuto de descanso. No dejó de bailar una sola pieza, tan solicitada fue por los caballeros. Pero ni así le dio esperanzas al recién recibido.

Ni siquiera cuando él fue a visitarlas en vísperas de partir para la lejana Amazonia, en compañía del padre para causar mejor impresión. El ilustre paraense se llamaba Ricardo, un gigante con vozarrón de tormenta y los dedos atiborrados de joyas hasta el punto de que doña Rozilda casi se desmaya al ver tanta piedra preciosa. Entre otras un diamante negro, inmenso, que valía por lo menos cincuenta *cantos*, imi Dios!

El viejo habló de sus tierras, de los pacíficos indios, de la goma, de las historias del río Amazonas. Habló también de su alegría al ver a su hijo doctorado, como *canudo* de médico. Ahora sólo le faltaba verlo casado con una joven decente, modesta, sincera; no le importaba que tuviese fortuna; él había juntado bastante dinero - decía, y movía los dedos, en los que chispeaban los brillantes, iluminando la sala-. Quería una nuera que le diese nietos y nietas para llenar de algarabía y ternura su austera casa de mármol en Belén, donde el viejo Ricardo, viudo, pasó en soledad los años que Pedro dedicó a los estudios. Hablaba y miraba a Flor como esperando una palabra, un gesto, una sonrisa: si

eso no era la introducción a la petición de mano, entonces doña Rozilda era una ignorante en tales asuntos. Temblaba de emoción y ansiedad, había llegado la hora bendita: jamás estuvo tan cerca de sus objetivos. Miraba a la bobota de la hija, esperando un consentimiento tímido aunque firme. Pero Flor se limitó a decir con su voz perezosa:

- No va a faltar una muchacha linda y decente que quiera casarse con Pedro, él bien lo merece. Yo sólo querría que fuese aquí, en Bahía, así le preparaba el banquete de bodas.

Pedro Borges se guardó sin resentimiento la alianza de oro ya adquirida y el viejo carraspeó y cambió de conversación. Doña Rozilda se sintió mal, jadeaba, se le salía el corazón. Se fue de la sala con repentina indignación, deseando ver muerta y enterrada a la hija, la ingrata, la animalota, la idiota, la enemiga de la propia madre, ¡maldita! ¿Cómo se atrevía ella a rechazar la mano del doctor - ahora era realmente doctor- , del mozo rico, del heredero de las islas, los ríos y los indios, la multitud de mármoles, los anillos deslumbrantes? ¡Ay! ¿Cómo se atrevía esa infeliz bastarda? ¡Ah! Qué muro de odio y enemistad, de imperdonable incompreensión, de insuperable rencor, se habría levantado entre madre e hija, juntándolas para siempre y para siempre separándolas, si a principios de aquel año, poco después de la partida del preciado Borges, no hubiera surgido Vadinho. ¡Ah!, ante los títulos, la posición y la fortuna de Vadinho - doña Rozilda había sido ampliamente informada por el propio Vadinho y por algunos amigos de él- el paraense no pasaba de ser un pobretón, con todo el mármol de su palacio y sus doce criados. Un indigente, con toda su tierra y toda su agua.

6

Con una breve y cortés inclinación y el rostro resplandeciente de simpatía, Mirandão pidió permiso y se sentó junto a doña Rozilda. Las sillas de esterilla circundaban la sala, arrimadas contra la pared. El estudiante crónico («perseverante», corregía él cuando le recordaban sus siete años de Escuela de Agronomía), extendió las piernas, ajustó cuidadosamente la raya del

pantalón y observó a las parejas que bailaban el tango argentino con corte, de difíciles figuras y pasos casi acrobáticos. Y sonrió complacido: ningún bailarín podía competir con Vadinho, ninguno tiene su clase. ¡Bendito sea Dios y te libre del mal de ojo! ¡Cruz Diablo!, concluyó Mirandão, que era supersticioso. Mulato claro y elegante, era, a los veintiocho años, la figura más popular de los burdeles y casas de juego de Bahía. Sintiendo que la mirada de doña Rozilda seguía la suya, volvióse hacia ella, acentuando aún más su cautivante sonrisa y examinándola con ojo crítico, analítico. «Sexo liquidado, sin uso posible», diagnosticó con pesar. No por la edad. Hacía mucho que Mirandão inscribiera en su código de procedimientos un párrafo afirmando que jamás se debe despreciar a ninguna por madura o vieja, pues podía caerse en errores fatales. Había mujeres de más de cincuenta años que mantenían su forma y su juventud de un modo raro y admirable, siendo capaces de sorprendentes «proezas», de marcas inesperadas. Lo sabía por viva experiencia, y todavía ahora, al escudriñar las ruinas de doña Rozilda, recordaba el esplendor crepuscular de Celia María Pía dos Wanderleys e Prata (tantos nombres para designar una retaquita como ésa), señora de la alta sociedad, una mujercita despabilada que era pura pólvora. Con más de sesenta años confesados y seguía insaciable, poniéndoles selvas de cuernos al marido y a los amantes. Con nietas balzaquianas y biznietas casaderas... y ella dedicada a obras de caridad, ¡y qué caridad la suya!: era una hembra ardiente y magnánima que dedicaba su vida a los jóvenes estudiantes necesitados. Mirandão entrecerró los ojos para no ver a la vecina, un esperpento sin arreglo ni escapatoria, así como para recordar mejor el uterino e inolvidable furor de Celia María Pía dos Wanderleys e Prata, y los billetes de cincuenta y mil- réis que ella, agradecida, rica y derrochadora, le ponía a escondidas en el bolsillo del saco. ¡Ah!, ¡qué buenos tiempos aquellos, cuando Mirandão se iniciaba en los estudios y en los misterios de la vida, novato de agronomía, aprendiz de la noche, y María Pía dos Wanderleys usaba legítimo perfume francés en las arrugas del cuello y en las partes bajas. Cuando abrió de nuevo los ojos y echó una mirada a la sala, aún sentía la fragancia de

la inolvidable tatarabuela; a su lado, aquel trasto con cara de bruja - el pellejo colgándole de las mejillas, el pelo recargado de brillantina- continuaba escudriñándolo con sus ojitos menudos. Era un espantajo y bajo las enaguas debía heder como unas costras de carne tumefacta. Mirandáo aspiró ansiosamente los restos del perfume francés que quedaba en su lejano recuerdo. ¡Ah!, noble Wanderleys, ¿por dónde andarás ahora, septuagenaria? Pero la vieja de la silla..., ¡qué palo de escoba sin salvación! Mas como era educado, y se preciaba de serlo, el permanente estudiante de agronomía no dejó de sonreírle a doña Rozilda. Era cuero viejo, una pelandusca, restos de un pez seco y salado, inútil para cualquier acto o pensamiento lúbrico, pero no por eso dejaba de merecer respeto y atención: probablemente se trataba de una exhausta madre de familia, al parecer viuda. Y Mirandáo era, en el fondo, un moralista extraviado en las casas de juego. Además, estaba en un momento de euforia.

- Fiestita animada, ¿no le parece? - preguntó a doña Rozilda, iniciando el histórico diálogo.

Siempre le sucedía lo mismo, en cada una de sus frecuentes curdas. La primera fase era de un júbilo estallante. El mundo le parecía perfecto y bueno, la vida alegre y fácil, y en esos instantes Mirandáo podía comprenderlo y estimarlo todo; establecíase entre él y las demás criaturas un clima de comunión total, incluso con ese hediente papagayo, su vecina de asiento. Era en esos momentos delicado y conversador, y su imaginación se superaba, no tenía límites. La figura del estudiante pobre, «estudiante perpetuo y perpetuamente seco», imagen creada por él, y de la que vivía, cedía lugar al hombre joven, importante y victorioso, ascendido a ingeniero agrónomo, cuando no a profesor de la escuela, enumerando sus privilegios, trepando cargos y conquistando mujeres. Rabiaba por contar historias, ¡y cómo las contaba! Era un maestro de la narrativa oral, creador de tipos y de suspenso, un clásico de la buena prosa.

Pero si seguía empinando, hacia el final de la noche el optimismo y la euforia se desvanecían, y al término de la juerga Mirandáo se hundía en penas y lamentaciones,

flagelándose, hiriéndose con implacable autocrítica acordándose de la esposa, víctima de su degradación, de sus cuatro hijos que no tenían para comer y del desalojo que amenazaba a la familia, mientras él estaba allí, en los antros del juego y la prostitución. «Soy un miserable, un crápula, un canalla», exclamaba entonces un Mirandáo lastimoso, con remordimientos, sin malicia: un moralista. Pero esta segunda y lamentable fase sólo surgía de tarde en tarde, cuando la tranca era monumental.

Mas esta vez, a las veintitrés y treinta, en la fiesta que se estaba celebrando en casa del mayor Pergentino Pimentel, jubilado de la Policía Militar del Estado, Mirandáo ya se sentía en el mejor de los mundos, dispuesto a un cordial y provechoso cambio de ideas con doña Rozilda. Acababa de comer y beber a dos carrillos en el comedor, sirviéndose de todos los platos y repitiendo algunos. Aquello era un derroche de comida: una exhibición de manjares bahianos: *vatapá* y *efó*, *abará* y *carurú*, *moquecas de siri mole*, de camarones, de pescado, *acarajé* y *acacá*, gallina de *xinxim* y arroz de *haussá*, además de montañas de pollos, pavos asados, piernas de cerdo y tajadas de pescado frito para algún ignorante que no supiera apreciar el aceite de palma (pues, como decía Mirandáo a voz en grito y con desprecio, en este mundo hay toda clase de brutos, de sujetos capaces de cualquier ignominia). La comilona estaba regada con *aluá cachaca*, cerveza y vino portugués. Hacía más de diez años que el mayor daba esta fiesta en la fecha, cumpliendo severas obligaciones de *candomblé*, desde que los *orixás* habían salvado a su esposa, amenazada de muerte, con piedras en los riñones. No medía gastos, juntaba dinero todo el año para gastarlo con satisfacción esa noche. Mirandáo se había atracado, pues era de buen tenedor y todavía mejor copa. Ahora, repleto, exhausto de tanto comer y beber, sólo necesitaba un buen guitarrillo para ayudar a hacer la digestión.

En la sala, las parejas se cortaban en el tango argentino, con Joáozinho Navarro al piano. Para los conocedores, decir Joáozinho Navarro era decirlo todo. No había pianista más requerido en Bahía, y alguna gente, como cierto juez apellidado Coqueijo y muy entendido en música, ponía la radio sólo para oírlo teclear en un programa de canciones

populares. Y de madrugada, en el Tabaris, ¿no era su piano el motivo de mayor animación? Era difícil conseguirlo para una fiesta particular, pues no le sobraba tiempo para esos trabajos de aficionado. Pero indefectiblemente asistía a la fiesta del mayor, a quien Joáozinho no quería enfadar, pues le debía algunos favores.

Mirandáo observaba con agrado a los bailarines, aprobaba con un movimiento de cabeza las figuras que hacía Vadinho - ¡maestro!- sonriéndole a la vecina y constatando, de paso, la ausencia total de colados, si se exceptuaban él y Vadinho. ¡Los únicos héroes! Colarse en la fiesta del mayor Tiririca (como los muchachones del Río Vermelho habían apodado al bravo Pergentino) era algo que se consideraba una proeza imposible, dando lugar a apuestas y desafíos. Mirandáo se sentía premiado. Al fin habían conseguido, él y Vadinho, romper la barrera establecida por el mayor y hacer que la pesada puerta de roble, cerrada con llave, que se abría únicamente para los invitados y sólo para los invitados - todos ellos rostros familiares para el dueño de casa, viejas amistades- , se franquease para él y su amigo, dándoles entrada. Y no sólo eso: ambos fueron recibidos con abrazos por el mayor y por doña Aurora, su esposa, todavía más celosa de la calidad de los invitados que el marido. Los reos que habían quedado afuera, en animada expectación, se morían de rabia al ver cómo entraban ellos, después de un breve cambio de palabras con el mayor Tiririca, cruzando el infranqueable umbral entre las ruidosas exclamaciones cordiales de doña Aurora. ¿Cómo lo habían conseguido?

Mirandáo, con la barriga llena, suspiraba y sonreía beatíficamente. Ahí estaba Vadinho, bailando en la sala; la linda dama que llevaba entre sus brazos, era una morena - regordita, entradita en carnes y «el que gusta de huesos es perro»- con ojos de aceituna y piel cobriza, color té, y hermosos senos y caderas.

- ¡Es una tentación, una perdición, esa morena! - exclamó Mirandáo, señalando a la moza que bailaba con su amigo.

El adefesio se puso en guardia, alzó el seco busto y aulló con voz batalladora:

- Es mi hija...

Mirandáo no se alteró en lo más mínimo:

- Pues reciba mis felicitaciones, señora. Se ve en seguida que es una muchacha decente, de familia. Mi amigo...
- El joven que está bailando con ella ¿es amigo suyo?
- ¿Si es amigo? Intimo, señora, fraterno...
- Y ¿quién es, podría decirme?

Mirandáo se enderezó en la silla, sacó del bolsillo el perfumado pañuelo y enjugó unas gotas de sudor que le caían por la ancha cara, cada vez más sonriente y feliz: nada le proporcionaba tanto placer como armar una patraña, una historia bien divertida.

- Permítame presentarme antes a mí mismo: doctor José Rodrigues de Miranda, ingeniero agrónomo, inspector en el Gabinete del Delegado Auxiliar... - dijo al tiempo que extendía la mano muy cordialmente.

Con una última pizca de desconfianza, doña Rozilda estudió detenidamente a su interlocutor, con hostil inquisición. Pero la fisonomía distinguida y la franca sonrisa de Mirandáo eran capaces de desvanecer cualquier sospecha, de quebrar cualquier resistencia; desarmaban y conquistaban a cualquier adversario, aunque éste tuviera la malicia y el recelo de doña Rozilda.

7

Paréntesis con Chimbo y con Rita de Chimbo

Aquel mismo día, al caer la tarde, cuando mayor era el bochorno, con una atmósfera pesada, de cemento armado, estando Vadinho y Mirandao en San Pedro, en el Bar Alameda, tomando las primeras *cachacas* del día y haciendo proyectos para la fiesta de la noche en Río Vermelho, he aquí que ven aparecer en la puerta del café la sudorosa cara de Chimbo, el pariente importante de Vadinho, que por entonces estaba adscrito como delegado auxiliar, o sea, la segunda autoridad de la policía.

Juez del Registro Civil e hijo de un prestigioso político oficialista, sin el menor respeto por la tradicional austeridad de su padre, y sin ninguna preocupación por las apariencias, este primo lejano del joven, un Guimarães de

los legítimos y ricos, era una bala perdida, un haragán inveterado, bueno para el trago, los dados y las putas; para decirlo de una vez: era un viva la pepa. En los últimos tiempos se contenía algo, procurando frenar sus naturales ímpetus en atención al cargo. Cargo que por esa misma razón pensaba conservar poco tiempo, pues prefería la libertad a cualquier posición, y no estaba dispuesto a cambiarla por la más alta distinción, por título alguno.

Ya antes había renunciado al gobierno de Belmonte, ciudad de su nacimiento, en el que fuera designado intendente por el padre, senador y señor feudal de la región, después de un simulacro de elecciones. Pronto abandonó cargo y título, deberes y privilegios: era demasiado el precio que debía pagar por ellos. Los belmonteses no se contentaban con sus reales cualidades administrativas, exigían de su gobernador costumbres sin mácula, y eso era un abuso intolerable.

Hubo un bla- bla- bla de todos los diablos, un escándalo descomunal, sólo porque él, audaz y progresista, importó de Bahía algunas negras amigas para acabar con la monotonía de la pequeña ciudad y de su soledad. Había llevado a Rita de Chimbo, prestigiosa animadora de las noches del Tabaris. La cual se llamaba de Chimbo debido a la antigua y persistente chifladura que los unía, una pasión cantada en prosa y verso por los bohemios. Reñían, se decían de todo, se separaban «para siempre» y a los pocos días hacían las paces, y continuaban su idilio, totalmente chiflados. Por eso Rita había unido a su nombre el sobrenombre de su amor, del mismo modo que la novia adopta el apellido del novio en el acto del matrimonio. Cuando supo que Chimbo era intendente, señor de horca y cuchillo, ejerciendo derechos de vida y muerte sobre la indefensa población, exigió, en mensaje telegráfico, compartir su autoridad. ¿Qué placer en el mundo se puede comparar al del mando, al del poder? La voluptuosa Rita también quería saborearlo. Chimbo, sintiéndose solo en las noches de Belmonte, más largas por no tener nada que hacer, sin ocupación alguna que las llenara, escuchó la ardiente súplica y mandó a buscar a la hetaira.

Siendo Chimbo el intendente, el rey de su ciudad, Rita de Chimbo no podía desembarcar allí como una cualquiera; era la favorita, la concubina real. De ahí que invitara para que

ella tuviera su propia corte a tres beldades amigas, distintas entre sí, pero las tres excelentes: Zuleika Marrón, mulata de caprichos y relajos, que con sus caderas contoneantes paraba el tráfico y desplazaba a los peatones; Amalia Fuentes, enigmática peruana de voz suave, con inclinaciones místicas, y Zizi Culhudinha, una espiga de maíz, frágil y dorada, insinuante como ella sola. Esta breve y hermosa caravana - ida tristeza decirlo!- no tuvo en Belmonte la entusiasta acogida que merecía; por el contrario, fue blanco de la franca hostilidad de las señoras e incluso de los caballeros. Si se exceptúan ciertos grupos sociales - los estudiantes imberbes, los escasos noctívagos, los cachacistas en general- y ciertos individuos, puede afirmarse que la población se mantuvo distante y recelosa. Además, Rita de Chimbo fue vista a medianoche, en la escalinata de la Intendencia, cayéndose de borracha y saludando a la ciudad con su inagotable colección de groseros calificativos. Circulaban noticias espantosas: el viejo Abraão, comerciante y abuelo, se arrastraba ridículamente a los pies de Zuleika Marrón, dilapidando el patrimonio de los nietos en bacanales con la barragana. Y Berceo, un muchacho hasta entonces decente y casto, funcionario de Correos y presidente de las Obras Pías, se apasionó por Amalia Fuentes, habiendo descubierto en ella raíces de pureza y religiosidad. Llegó a ofrecerle un anillo de compromiso, causando la desesperación de su incomprensiva familia. Culminó el escándalo cuando la Culhudinha se convirtió en la bienamada de todos los colegiales, en su sueño y en su reina, en su bandera de lucha y su pulcro ideal. Ahí andaba ella, muy rubia en las noches de Belmonte, rodeada de adolescentes... Y el poeta Sosígenes Costa le dedicaba sonetos. ¡Oh ignominia!

El maricón del vicario, un sacerdote arrogante de voz chillona, llegó a pronunciar un sermón contra Chimbo, vehemente catilinaria contra su escandalosa incontinencia. Calificó a las tan queridas chicas como «basuras del meretrício metropolitano» y «secuaces del demonio... », ¡pobres chicas! ¡Qué sermón incendiario! ¡En la misa del domingo, con la iglesia repleta... ! y el reverendo acusando a Chimbo de estar transformando la pacata Belmonte en Sodoma y Gomorra: las casas arruinadas, deshechas las

familias, urbe infeliz a la que le había caído la desgracia de aquel intendente depravado, ese «Nerón en calzoncillos». Chimbo tenía sentido del humor y le hizo reír la virulencia del padre. Pero las chicas lloraron, y Rita de Chimbo clamó venganza. Así que Manuel Turco, árabe exaltado y secretario de la Intendencia, incondicional de los Guimaráes y notorio pelotillero, se propuso satisfacerla: dos matones de confianza se encargarían de enseñarle buenas maneras al subversivo vicario, sacudiéndole el polvo de la sotana. Chimbo enjugó las lágrimas de Rita, agradeció la dedicación del sirio y recompensó a los dos matachines, unos asesinos escapados de Ilhéus: bajo su aparente despreocupación, era un hombre prudente y hábil y no le faltaba astucia política. ¡Imagínese la reacción del viejo senador si lo viera a él en guerra con la Iglesia, zurrando a un cura para desagraviar a unas cortesanas! Además, el padre tenía sus razones para semejante tirria. Al calificarlo de Nerón en calzoncillos se refería a aquella noche en que lo contempló en ropas menores, listadas, cuando el intendente se vio obligado a cruzar la ciudad con esa indumentaria debido a que el cura acababa de sorprenderlo en avanzado idilio con la candida Maricota, estimable doméstica que cuidaba los servicios de cama y mesa del sacerdote, siendo su oveja favorita.

No le quedó a Chimbo otro remedio que reunir a las ofendidas huéspedes, y llevando del brazo a Rita de Chimbo embarcarse con ellas en un vapor de la Bahiana. Fue así como renunció al cargo, a las honras y a la abultada comisión de los quinieleros, quedando Belmonte huérfano de su capacidad administrativa y de la amabilidad de las bellas de la capital. De la eficiente administración de Chimbo daban testimonio la restauración del puente de desembarco, la ampliación del grupo escolar y el arreglo de los muros del cementerio. La fugaz visión de las cuatro ramera continuó perturbando por mucho tiempo el sueño de Belmonte.

Chimbo se replegó en el anonimato de su rendidor puesto de servidor de la justicia, en donde nadie vigilaba sus pasos. Se reintegró a la vida nocturna, desde el Tabaris (nuevamente reinado de Rita Chimbo) al Pálace, desde el Abaixadinho hasta la casa de Tres Duques, del burdel de

Carla al de Helena Picaflor. De las noches de fiestas y del jugoso y anodino cargo - juez del Registro Civil- lo retiraba de cuando en cuando el padre senador para utilizarlo en sus maniobras políticas, concediéndole posiciones y honras que otros ambicionaban, pero no él, Chimbo, que sólo quería vivir libre según su capricho.

Chimbo apreciaba a Vadinho no sólo por el distante y espúreo parentesco, sino también por las cualidades del joven compañero de ruletas y cabarets. Por eso, oyendo en cierta ocasión a alguien tratar a Vadinho de vago, y calificarlo como un tipo sin oficio ni medios de vida, le consiguió el modesto empleo de inspector de Jardines de la Intendencia, «pues un Guimarães debe tener una posición reconocida en la sociedad».

- Ningún Guimarães es un vagabundo.

Estas contradicciones eran características del simpático Chimbo, tan poco dado a convencionalismos y protocolos y al mismo tiempo tan profundamente solidario con la familia, y velando por el poderoso clan de los Guimarães.

Así, pues, aquella tarde Vadinho y Mirandáo encontraron a Chimbo en Sao Pedro, cuando el delegado auxiliar se dirigía a la Jefatura de Policía. Un Chimbo aburrido de la vida, metido en un traje oscuro y caluroso, de ceremonia: ropa de entierro o de bodas - cuello duro de palomita, plastrón, bastón de caña con empuñadura de oro- , un Chimbo de etiqueta, en aquel abrasador día de febrero, bochornoso y asfixiante, de canícula mortal, cuando todas las bocas estaban ávidas por una cerveza bien helada.

- Sólo nos puede salvar la vida un bufido polar... - dijo Vadinho abrazando al pariente protector.

Chimbo maldijo al destino con plástica y fuerte expresión, llamando a las cosas por su nombre, en un arranque de furia: «qué mierda la vida jodida ésta, qué empleo más hijo de puta, que lo obligaba a acompañar al intendente a todos los rincones, a todas las ceremonias, a todas esas mierdas y porquerías... ». ¿No veían cómo tenía que andar disfrazado de comendador portugués? Esa noche tenía que asistir, en razón de su cargo, a la solemne inauguración de un congreso científico - Congreso Nacional de Obstetricia- en la Facultad de Medicina, con discursos y tesis, debates y opiniones sobre partos y abortos, un latazo monumental.

Chimbo tragaba aprisa su copa de cerveza, procurando aplacar el calor y la rabia... ¡Su padre siempre con aquella manía de utilizarlo en política... !

Y todavía encima - ¡¡imagínense la mala suerte!- el tal congreso decide inaugurarse, tan luego, en la noche de la fiesta del mayor Pergentino, el mayor Tiririca, de Río Vermelho. Seguro que ellos sabían de quién se trataba. Él le había hecho un favor al militar - soltó un pedo a pedido suyo- , y ahora el mayor no lo dejaba en paz, queriendo agasajarlo a toda costa, empeñado en rendirle un gran homenaje. Según se decía, la fiesta de Tinrica era fenomenal, algo que realmente valía la pena, se comía y se bebía hasta hartarse. Y él, Chimbo, era invitado de honor, ¡¡imagínense la juerga!

- Y en cambio voy a tener que oír a los médicos hablando de partos... ¡Mi padre me consigue cada prebenda... !

¿Cómo convencer al senador de que lo dejase en paz, si el viejo era un sátrapa ante el cual el mismo gobernador temblaba? Los ojos de Vadinho brillaron y Mirandáo se sonrió: Chimbo, sin saberlo, acababa de abrirles las puertas de la gloria y de la casa del mayor.

8

Por la noche, frente a la residencia en fiesta, los dos embusteros apostaron con otros dos granujas a que entrarían en el baile y serían recibidos en él como si fueran invitados de honor y entraron y fueron recibidos con todos los honores y tratados como los ángeles, pues Vadinho se presentó al mayor y a doña Aurora como sobrino del delegado auxiliar, quien no podía asistir, y a Mirandáo como poseedor del inexistente cargo de secretario privado de Chimbo.

- Mi tío, el doctor Airton Guimarães, tuvo que acompañar al gobernador al Congreso de Obstetricia. Pero como estaba resuelto a no rechazar su invitación, nos envía a mí y a su secretario, el doctor Miranda, en representación suya. Yo soy el doctor Waldomiro Guimarães...

El mayor se mostró conmovido con la gentileza del delegado al presentarle sus disculpas y hacerse representar. Lamentaba que no estuviera presente en la

fiesta, pues su deseo hubiera sido agasajarlo, pero tanto él como su esposa recibían con los brazos abiertos al representante de su estimado amigo. Ya el mayor extendía su mano a Vadinho cuando Mirandão puso las cosas en su punto:

- Perdóneme, mayor, la intromisión: el representante del doctor delegado auxiliar es esta modesta persona, yo, doctor José Rodrigues de Miranda, profesor suplente de la Escuela de Agronomía, pedido en comisión por el doctor Airton... Mi amigo, el doctor Waldomiro, aunque sobrino del delegado, no lo representa a él sino al señor gobernador...

- ¿Al gobernador? - exclamó el mayor, abrumado por tanto honor.

- Sí - engranó Vadinho- , cuando el gobernador oyó que el delegado auxiliar pedía a su secretario y a su sobrino que fuesen a la fiesta del mayor, le había ordenado, pues él formaba parte del Gabinete de Su Excelencia, abrazar a «su buen amigo Pergentino y presentar sus saludos a su digna esposa».

El mayor y doña Aurora, hinchados de vanidad, les abrieron paso, los presentaban y ordenaban copas y platos para ellos; todo era poco para Vadinho y Mirandão.

Pasmados, los colegas de truhanerías que habían quedado afuera no podían creer a sus propios ojos. ¿Qué patraña habían inventado los dos cínicos para ser recibidos así? Nadie recordaba que jamás un colado hubiera logrado cruzar el umbral de la puerta del mayor, quien hacía cuestión de honor el limitar la fiesta estrictamente a sus invitados, sus amigos, que eran garantía de decencia y de buen nombre. Jurándolo por sus gloriosos galones, se enorgullecía: «¿Un colado en mi fiesta? ¡Sólo pasando sobre mi cadáver!» Y los más eximios coladizos de la ciudad, capaces de penetrar, y habiéndolo hecho en fiestas muy exclusivas e imponentes, custodiadas por la policía; incluso fiestas en el Palacio de Gobierno y en la casa del doctor Clemente Mariani; fiestas junto a las cuales la del mayor era un simple bailongo, un bailecito de pobre, una milonga de barrio, un arrastrapiés cualquiera; pues bien, esos famosos coladizos, todos, habían fracasado en sus intentos, renovados cada año, de colarse en la fiesta del mayor. Ninguno alcanzó a trasponer la prohibida entrada.

Decir que ninguno es una exageración. Edio Gantois, un ingenioso estudiante, se asoció cierta vez con otro no menos pícaro, el ya anteriormente citado Lev Lengua de Plata, por entonces todavía estudiante, y en esa ocasión los dos consiguieron colarse y permanecer en la fiesta durante media hora, más o menos. Pero fueron echados a empujones y bofetadas: el musculoso Edio luchando cuerpo a cuerpo con los invitados y el desgachado Lev cambiando puntapiés con el mayor.

¿Cómo habían fracasado tan lamentablemente después de triunfar? Aunque ésta sea otra historia, vale la pena contarla para así poder valorar mejor la hazaña de Vadinho y Mirandão. Por aquel entonces había arribado a Bahía, con mucha propaganda en los diarios, para realizar dos únicas funciones en el Conservatorio, un extravagante concertista que tocaba un instrumento aún más raro: el serrucho, tan melodioso como el piano mejor afinado. Se trataba de un ruso de nombre estrambótico, «El Ruso del Serrucho Mágico», como anunciaban los carteles de propaganda y las noticias de los diarios. Edio poseía un viejo serrucho de carpintero, y Lev, hijo de ruso, un nombre estrambótico. Como los dos se volvían locos por una buena broma, envolvieron el serrucho en papel madera, tragaron unas *cachacas* para animarse y se presentaron a la puerta del mayor como «El Ruso del Serrucho» y su empresario.

El mayor Tiririca tenía un sexto sentido cuando se trataba de colados: los olía de lejos. Nada más poner los ojos sobre Lev y Edio, sintió que una voz interior lo ponía alerta.

Mas los invitados, al anunciarse la presencia de «El Ruso del Serrucho Mágico», ya saludaban con entusiasmo la posibilidad de oírlo tocar. En silencio, asaltado por las dudas, el mayor abrió la puerta y permitió entrar a los dos malandrines. Pero se dedicó a vigilarlos. No dejó de registrar el mayor la avidez con que se dirigieron al comedor, luego de arrimar el serrucho a un mueble, apurándose a comer y beber. Cruzando una mirada con doña Aurora, a quien tampoco le parecía nada católica la escena, el mayor reclamó, con el apoyo de la totalidad de los ansiosos invitados, una inmediata demostración musical: primero el concierto, después la pitanza. Por más que Edio intentó con su parla engatusadora aplazar la hora

del desastre, no pudo conseguirlo. No se le concedió plazo ni apelación.

Además, debido a alguna extraña metamorfosis, Lev se sintió inspirado y comenzó a vivir de tal forma su papel y con tanto realismo, que ya creía ser el mismo ruso de los conciertos. Así que, sin hacerse rogar más, tomó el viejo serrucho entre aplausos y bravos. Lo hizo con tanta perfección - inclinada en ángulo su magra y alta anatomía, despeinado, los ojos en el otro mundo, ¡un auténtico maestro!- que engañó a todos, haciendo incluso que el mayor y doña Aurora dudasen de sus sospechas; hasta que hirió con una cuchara de café la panza del serrucho. Porque apenas le aplicó el primer golpe - según contó Edio después- todos los presentes, sin excepción, comprendieron que se trataba de una farsa. Pero Lev persistía, cada vez más poseso y convencido, haciendo vibrar a cucharazos el serrucho sin que ni el mayor, ni la esposa, ni los invitados, demostrasen la menor simpatía por tanto empeño y arte.

Hasta que el mayor se adelantó seguido por algunos amigos, los más susceptibles a esas bromas de mal gusto. La marcha por el pasillo en camino a la puerta de calle fue lenta y épica, verdaderamente inolvidable, Edio y Lev lo recordarían toda su vida. Coscorriones, puntapiés, resbalones y caídas. Doña Aurora quería arrancarles los ojos, pero el mayor se contentó con tirarlos a la calle en medio de los mirones allí reunidos. (Y sobre los cuerpos caídos de los dos echaron el serrucho, cada vez menos sonoro.)

Nada de eso les sucedió a Vadinho y Mirandao; ni el mayor ni doña Aurora tuvieron la más leve sospecha. Comieron y bebieron de lo bueno y de lo mejor. Mientras Vadinho bailaba en la sala, Mirandao se preguntaba si debía o no hacer un brindis, en nombre de Chimbo, por el mayor y por doña Aurora. No pudo evitar una sonrisa al oír preguntar a doña Rozilda quién era el mozo bailarín que escoltaba a su hija. Para obtener mayor efecto respondió con otra pregunta:

- ¿No se lo presentó el mayor?
- No. Yo estaba adentro y no lo vi llegar.
- Pues, estimada señora, tengo el placer de informarle que

se trata del doctor Waldomiro Guimarães, sobrino del doctor Airton Guimarães, delegado auxiliar, nieto del senador...

- No me diga que se trata del senador Guimarães, ése de quien se habla tanto...

- Del mismo, distinguida señora. El mandamás, el capo, el que tiene la sartén por el mango, el Niño- Dios de la política, ése mismo, mi padrino...

- ¿Su padrino?

- De bautismo. Y abuelo de Vadinho..

- ¿Vadinho?

- Es su apodo, de cuando era chico. Es el nieto preferido del senador.

- ¿Es estudiante?

- ¿No le dije que es doctor? Recibido, señora mía, abogado, oficial del Gabinete del gobernador, alto funcionario municipal, inspector...

- ¿Inspector de consumos?

La información estaba superando los sueños más temerarios de doña Rozilda.

- Inspector de juegos, ilustrísima señora - y, en voz susurrante- : Es la Inspección que deja más, una fortuna al mes, sin contar con las cortesías de la casa, una fichita aquí, otra allá... Y además, por si fuera poco, está encaramado en el Gabinete del gobernador...

Luego, sintiéndose generoso:

- La señora ¿no tiene algún pariente pobre que desee emplear? Si lo tuviera, basta con decirlo y dar el nombre...

- Respiró hondo, contento de sí mismo, y prosiguió, indomable- : Ahí como lo ve usted bailando..., no se admire si en las próximas elecciones sale diputado...

- ¡Y tan joven todavía...!

- ¿Qué quiere usted, señora? Nació en cuna de oro, le dieron la papa en la boca, camina sobre rosas.

Aquella noche gloriosa Mirandao se sintió poeta, e improvisó un discurso monumental que arrancó lágrimas incluso a la misma doña Aurora, la fiera de Río Vermelho.

Doña Rozilda entrecerró sus ojitos menudos para ver mejor mientras una llama de ambición, amarilla, le brillaba en la frente, Joáozinho Navarro finalizaba un tango floreado y Vadinho y Flor se sonreían. Doña Rozilda tembló de

emoción: jamás había visto así la cara de su hija, y la conocía bien. Y el muchacho - se preguntaba- ¿también él había sido tocado y marcado para siempre? El rostro de Vadinho estaba rodeado como por un aire de inocencia, de candidez, de tanta sinceridad que la emocionó. ¡Ah, milagroso Señor del Bonfin! ¿Sería ése el yerno rico e importante que los cielos le habían destinado? Todavía más rico e importante que el paraense Pedro Borges, con todas sus lenguas de tierra y de río y sus docenas de criados. ¡Tener por yerno al nieto de un senador, que estaba en los secretos del Gobierno, que él mismo era Gobierno!: «¡Ay, válgame Nuestra Señora de Capistola! ¡Concédeme, Señor del Bonfin, la gracia de ese milagro, y seguiré descalza la procesión del lavatorio, llevando flores y un cántaro de agua pura!»

El mayor se estaba acercando. Doña Rozilda agradeció a Mirandáo su información y dirigiéndose al dueño de casa señaló al grupo formado por Vadinho, Flor, doña Lita y Porto en un rincón de la sala. Mirandáo, dándose cuenta de la maniobra de la vieja alcahueta, hizo un esfuerzo, se puso también de pie y fue a buscar una cerveza. Doña Rozilda le pidió al mayor:

- Mayor, presénteme a aquel joven...
- ¿No lo conoce? Pues es un pariente del doctor Airton Guimarães, el delegado auxiliar, mi amigo del alma... - Sonrió vanidosamente y agregó- : Para los íntimos, Chimbo... Él me dijo: «Pergentino, llámame Chimbo, ¿somos o no somos amigos?» Es un hombre que no se anda con vueltas, derecho... me hizo un favorazo...

Hablaba en voz alta para que todos lo oyeran, haciendo alarde de su amistad con el delegado. Doña Rozilda estrechaba ya la mano del joven y Flor hacía las presentaciones.

- Mi madre..., el doctor Waldomiro...
- Vadinho para los amigos...
- El doctor Waldomiro vive a la sombra de nuestro eminente jefe, el gobernador. Trabaja en su Gabinete... - añadió el dueño de casa.
- El gobernador le tiene mucha simpatía, mayor. Hoy mismo me dijo: «Dale un abrazo al amigo Pergentino, amigo del alma...»

El mayor sentía una felicidad oprimente:

- Muchas gracias, doctor...

Porto, que se sentía un poco tímido ante tanta intimidad palaciega, comentó:

- Mucha responsabilidad... Pero también es muy importante...

Vadinho se hacía el modesto:

- Una sonsera... Ni siquiera sé si voy a continuar en Palacio...

- ¿Por qué? - preguntó doña Lita.

- Mi abuelo - dijo confidencialmente Vadinho- , el senador...

- El senador Guimarães - susurró doña Rozilda.

Vadinho la miró, sonriéndole, mientras un aura de candor circundaba su rostro; luego le dedicó una sonrisa melancólica a Flor, que estaba lindísima:

- Mi abuelo quiere que vaya a Río, me ofrece un puesto...

- ¿Y usted va a aceptar? - preguntaba Flor, con la muerte en sus ojos de aceituna.

- Nada me retiene aquí... Nadie... Estoy tan solo...

Y Flor suspiraba a su vez: «Tan sola...»

Desde el comedor reclamaban al mayor, que no tenía un momento de descanso - como perfecto anfitrión- atendiendo a los invitados. Después apareció alguien dando unas palmadas y pidiendo silencio: el doctor Mirandão iba a hacer un brindis por los dueños de casa. Se oyó el estampido de una botella de champaña al abrirse, saltando el corcho hasta el techo. Vadinho y Flor se encaminaron, sonrientes, hacia el lugar del discurso: «Un discurso de Mirandão - le anunció Vadinho- es algo que no debe perder uno.» Doña Rozilda, dándole saltos el corazón al ver a la joven pareja en marcha hacia el idilio definitivo comentó, dirigiéndose a doña Lita y a Thales Porto:

- ¿No son una pareja perfecta? ¿No parecen nacidos el uno para el otro? Si Dios quisiera...

- ¡Calma, mujer! ¡Se acaban de conocer, señora mía, y ya estás tramando el casamiento! - dijo Lita, meneando la cabeza y pensando que su hermana estaba medio loca, con esa manía de encontrarle un novio rico a la hija.

Doña Rozilda, alzando el seco busto, contempló a la pesimista con arrogancia. Del comedor llegaba, rotunda, empapada en cerveza, la voz del orador, iniciando el

brindis. Hacia allí se encaminó la viuda, llena de esperanzas. En ese momento los aplausos celebraban una frase feliz de Mirandão, que proseguía impávido:

- «En las páginas inmortales de la Historia, señoras y señores, quedará grabado en refulgentes letras de oro el honorable nombre del mayor Pergentino, ciudadano de virtudes inconmensurables. (Dejó que la voz quedase vibrando en el aire un instante para subrayar la palabra feliz.) Y el nombre de su nobilísima esposa, este ornamento de la sociedad de la Boa Terra, doña Aurora, un ángel... Sí, señoras y señores míos, un ángel de impolutas (y repetía, con voz cantarina: «impolutas») cualidades, devota esposa, virgen de bronce...»

En el centro de la sala, el colado Mirandao, erguido el brazo y empuñando la copa de champaña, dominaba a los invitados y a los dueños de casa, todos pendientes de su elocuencia. El mayor sonreía con beatitud; la devota esposa, la virgen de bronce, bajaba los ojos, conmovida: jamás su fiesta alcanzara las alturas de ese triunfo.

- «... doña Aurora, ser amoroso, santa, santísima criatura...» Las lágrimas arrasaban los ojos de la santa criatura.

9

Los amores de Flor y Vadinho desembocaron directamente en el casamiento, pues no hubo noviazgo ni compromiso, como más adelante se verá cuando se explique la causa y la razón de esa anomalía que venía a romper con los procedimientos habituales, consagrados por todas las familias que se precian de tales. Unos amores, por lo demás, divididos en dos etapas distintas, perfectamente delimitadas y con sus características propias. La primera, plácida y risueña, toda azul y rosa, un cielo sin nubes, una verdadera fiesta, la armonía universal. La segunda, confusa y asediada, clandestina, color de vitriolo y de odio, el infierno en la tierra, el asco, la guerra declarada. Durante la primera fase, doña Rozilda era irreconocible, toda gentileza y comprensión, contribuyendo activa y devotamente al éxito del idilio. Pero después se vio a doña Rozilda repartir abominaciones, rencor y venganza - espectáculo tal vez

pintoresco pero poco agradable- , dispuesta a emplear todos los medios para impedir el matrimonio de la hija con aquel tipo inmundo, «gusano, pústula, charca de pus». Toda esa podredumbre - «gusano, pústula, charca de pus»- era ahora Vadinho, antes el más perfecto joven soltero de Bahía, el pretendiente ideal, bello y simpático, un corazón generoso, una perla de muchacho, de carácter ejemplar, adamantino.

Mientras duró el inefable engaño originado por la enmarañada novela inventada por Mirandao en la fiesta del mayor Tiririca, confirmada y ampliada luego gracias a circunstancias imprevistas, doña Rozilda fue feliz. Durante casi dos meses, dos memorables meses de felicidad en los que pisoteó con el tacón de sus zapatos a toda la Ladeira do Alvo y alrededores, desde la negra Juventina con sus aires de señora hasta el doctor Carlos Passos con su creciente clientela. Exhibía su influencia e intimidad con los círculos gubernamentales, con las altas esferas; su intimidad con el poder, personificado en Vadinho. Y sobre todo exhibía al mozo enamorado de su hija, con su elegancia picara, su labia, su animada conversación, su prosopopeya. Veía en él a un Niño- Dios, lo era todo para ella. Y todo era poco para él. Doña Rozilda se deshacía en su afán de agradarle, de cautivar al muchacho, de amarrarlo.

Mucho contribuyó a que doña Rozilda se mantuviese en tan completa ceguera un curioso equívoco.

Entre las amigas de Flor había una ex compañera de colegio llamada Celia; la pobre Celia, además de pobre era lisiada, con una pierna defectuosa, coja. A duras penas - «a rastras y con la lengua fuera», como decía doña Rozilda- pudo cursar la Escuela Normal y diplomarse de maestra. Era aspirante a un nombramiento de maestra de escuela primaria provincial y hacía meses que luchaba por obtenerlo sin poder conseguir siquiera que la recibiese el director de Enseñanza. Doña Rozilda le tenía cariño y la protegía, quizá debido a que siendo la joven tan desdichada y humilde, a su lado ella y Flor parecían unas ricachonas. Oía con benevolencia a la cojita quejarse de la vida y de los grandes de este mundo, diciendo horrores de los funcionarios y denunciando sórdidos aspectos de esos

«vampiros de la educación», como les llamaba con voz silbante que le salía de entre los dientes oscuros y podridos. Allí sólo conseguían nombramiento las que se entregaban, las que aceptaban invitaciones a paseos nocturnos por Amarelinha, Pituba, Itapoá, así como a fiestas íntimas..., iunas prostibularias! Una muchacha honesta no tenía posibilidades, se enmohecía en los sillones de cuero de las antesalas. De tanto enmohecerse en ellos, Celia se había convertido en un picante depósito de maliciosas anécdotas sobre funcionarios y jefes de sección, para no hablar del director de Enseñanza, invisible personaje sobre el cual, sin embargo, la rechazada postulante lo sabía todo: costumbres, bienes, preferencias, esposa, hijos, la amiguita. Nada se le escapaba. No obstante, jamás había conseguido ser recibida por él y exponerle su triste caso.

Fue entonces cuando, cierta noche en los primeros días del galanteo, la desesperada maestra (el plazo para la designación de nuevas pedagogas concluía esa semana) llegó a la casa de Flor coincidiendo con Vadinho y se la presentaron. A doña Rozilda le gustaría que la joven obtuviera su empleo, y más le hubiese gustado aún poder confirmar ante la vecindad la influencia del muchacho, del aspirante a yerno que disponía de nombramientos y de presupuestos, que tenía poder en la Administración del Estado, influencia que ella utilizaría con sumo placer.

Indudablemente la viuda estaba atrapada en una red de engaños con respecto a la personalidad del gavilán que rondaba a su hija; pero no estaba errada cuando, al describir a los conocidos su carácter intachable, elogiaba su buen corazón: para Vadinho todo sufrimiento era injusto y odioso. Así que apenas doña Rozilda le contó la historia de Celia, dramatizando los detalles, haciendo resaltar su lesión («incluso aunque quisiera no podría recibir las licenciosas invitaciones de los canallas de la repartición: carecía de atractivos para tanto»), exagerando las injusticias, multiplicando el hambre de la moza y de sus cinco hermanitos, de la madre reumática y del padre, que era sereno nocturno. Vadinho simpatizó en seguida con la noble causa y se convirtió en su campeón. Realmente decidido a hablar del asunto con sus conocidos de juego, algunos de

los cuales tenían cierta influencia, juró con vehemencia a doña Rozilda y a Flor que al día siguiente por la mañana exigiría al director de Enseñanza, a la hora del despacho con el gobernador, el inmediato nombramiento de la maestra. No iba a pasar del día siguiente: que Celia fuese por la tarde a ver al director, que el nombramiento y el cargo eran para él coser y cantar.

- Déjalo de mi cuenta...

- Déjalo a él... - confirmaba doña Rozilda.

Flor no hizo ningún comentario, no le importaba si Vadinho gozaba o no de tanto prestigio, y hasta hubiese preferido que fuese menos influyente y por lo tanto menos ocupado. Pasaba días sin aparecer, sin venir a conversar con ella al pie de la escalera, y cuando venía tenía la cara abotargada, somnolienta (de pasar las noches en claro en el despacho del Gobernador).

Vadinho pidió el nombre completo y demás datos de la aspirante. Una vez más Celia hubo de redactar esa fría literatura en un pedazo de papel: sin esperanzas: ya lo había hecho muchas otras veces. ¿Por qué iba a conseguirle empleo ese atildado metido a picaflor, con su aspecto de villano, de vicioso, con seguridad un pobre diablo? Si hasta el padre Barbosa le había dado una carta para el director, y si el padre no había obtenido nada, ¿qué podía hacer el tal festejante de Flor? ¿A quién se le habría perdido la influencia para que él pudiera haberla encontrado? Se veía en seguida, en la cara trasnochada, que era un sinvergüenza. Celia había ido acumulando escepticismo y amargura, de tanto arrastrar la pierna zamba por las hostiles salas de la Dirección de Educación. No la enternece la felicidad de los otros, ni siquiera la de aquellos pocos que deseaban ayudarla, compadecidos por su destino. Su corazón estaba seco, árido, y, al garabatear los nombres del padre y la madre, la fecha de nacimiento y el año en que se recibió, lo hacía con la certidumbre de perder el tiempo y el esfuerzo, pues ese mequetrefe no iba a dar un solo paso; ya estaba harta de esos cuenteros presumidos: puras promesas y se acabó. Pero ¿qué iba a hacer? Doña Rozilda estaba toda embobada con el vanidoso: doctor Waldomiro por aquí, doctor Waldomiro por allá, y ella, Celia, tendría que buscar quien le diera de comer. En

cuanto al tipejo, bastaba verle la cara para comprender cuáles eran sus intenciones: comerle los ahorros a Flor, salir disparado y adiós para siempre.

Celia era injusta con Vadinho, pues el joven, para atender su pedido, hizo aquella noche el recorrido completo de las casas de juego, con doble mala suerte: perdió todo lo que llevaba en la cartera y no encontró un solo conocido importante al que exponer el pequeño drama de la maestra e interceder por ella. Ni Giovanni Guimarães, ni Mirabeau Sampo, ni su tocayo Waldomiro Lins; ninguno de ellos apareció, como si todas sus relaciones influyentes se hubieran retirado del juego, abandonando la ruleta, el bacará, el punto y banca, la ronda y el veintiuno. Así fue pasando la noche, y la figura más ilustre que encontró fue Mirandão, con el que terminó yendo a cenar un *sarapatel de arromba* en casa de Andreza, *hija- de- Oxun* y comadre del estudiante de agronomía.

- La tipa está verdaderamente maldita... - comentaba Vadinho contándole el caso a Mirandão, camino del barracón de la negra de Oxun- . Patizamba, esmirriada, y encima de todo esa mala suerte...

Mirandão le aconsejó a Vadinho que no se hiciera mala sangre; hay gente así, hermanada con la desgracia, y nada se adelanta con querer ayudarlos. Además, la preocupación quita el apetito, y el *sarapatel* de Andreza era un monumento, ensalzado hasta por el doctor Godofredo Filho, con toda su autoridad. Al día siguiente, ya Vadinho podría arreglar el asunto. Después de todo, la cargosa había esperado tanto que por un día más o menos no iba a suicidarse. En cuanto al *sarapatel* de su comadre Andreza, ¿cómo era la frase, mejor dicho, el verso del Maestro Godofredo?

¿Y a quién encontraron en la cena de la *hija- de- santo*? Pues allí estaba nada menos que el poeta Godofredo en persona, haciendo honor a la comida de Andreza, sin regatear elogios al condimento y a la cocinera, un pedazo real de negra, palmera imperial, brisa matutina, proa de navío. Andreza sonreía con toda su prosapia y realeza, mientras molía pimienta para el aderezo.

- ¡Pero mira quién está ahí! - exclamó Mirandão, saludando- , mi inmortal, mi maestro, considéreme de

rodillas ante su intelectualidad.

- Arrodillados estamos todos ante ese *sarapatel* divino - dijo riendo el poeta, dando la mano a los dos jóvenes.

Se sentaron a la mesa y Andreza no tardó en notar que Vadinho estaba preocupado. Él, que siempre era tan alegre y travieso, tan lleno de ingenio, tan pícaro. ¿Qué le había pasado para que tenga esa cara tan sombría, tan melancólica? Cuente, mi santo, descargue su pecho, eche afuera las amarguras. Andreza, de amarillo, pulseras y collares en los brazos y en el cuello, era la misma *Oxun*, toda mimo y hermosura. Cuente, blanquito mío, no se ponga tristón, aquí está su negra para oírlo y consolarlo.

Mientras comían - el mantel oliendo a pachulí, el piso perfumado con hojas de pitanga- , entre el *sarapatel* y la pura *cachaca* de Santo Amaro, Vadinho fue desgranando el rosario de desdichas de la infeliz maestra de escuela. Sentada a la cabecera, la negra Andreza se conmovía con el relato y oprimía con una mano el pecho jadeante. ¡Pobrecita, la chica, con su lesión y su hambre, con deseos de trabajar y sin empleo! ¿No sería posible que Godo, cuyo nombre aparecía en los diarios, y que era un alto funcionario, dijese una palabra a alguien, se preocupara por la pobrecita? Los labios de Andreza temblaban al suplicar... Vadinho tenía razón... ¿Cómo podía uno sentirse alegre cuando alguien sufría de ese modo, tenía una vida tan dura? Ya no podría sentir alegría hasta que no supiera que la muchacha tenía nombramiento. El poeta Godofredo prometió interceder, quién sabe, quizá consiguiese algo, ¿cuándo había quedado ella en volver a la Dirección? ¿Al día siguiente?.. No, aquella misma tarde, pues ya casi estaba amaneciendo... Eso es lo que él le había dicho que hiciera. Entonces que fuese, Godofredo vería... No aclaró que era pariente cercano y amigo íntimo del director de Educación y que un pedido suyo era una orden. Al poeta no le gustaba ostentar; incluso publicaba sus poemas muy de vez en cuando. Lo único que quería era devolver la sonrisa a Andreza; sin su sonrisa la noche era triste y el mundo desierto y frío.

Y de este modo, cuando Celia, a la tarde siguiente, pesimista pero obstinada, arrastraba su pierna zamba escalera arriba y entraba en la antesala del gabinete del

director de Educación, cuál no sería su sorpresa al ver que el secretario de Su Excelencia, antes seco y ríspido, la saludaba efusivamente:

- Señorita Celia, la estaba esperando. Mi enhorabuena, ya salió su nombramiento, ya está firmado...

- ¿Eh?... - masculló temblorosa la maestra - . ¿Cómo? Cada vez más amable, el secretario dijo en tono confidencial:

- Tal como se lo digo... Es lo primero que el director hizo al llegar... Con seguridad fue una orden que vino de arriba. Era una de las últimas vacantes y estaban todas reservadas... ¿Quiere un consejo? Vaya y preséntese en seguida, sin pérdida de tiempo.

Se presentó, tomó posesión, juntó a su esmirriada familia y se fue al primer piso del Alvo a dar las gracias. «Una orden de arriba...», informó; y doña Rozilda repetía las palabras, saboreándolas, llenándose con ellas la boca: tenían gusto a poder. Vibraba de satisfacción. No había esperado un nombramiento tan rápido, un resultado tan fulminante. Con esa urgencia, con tanta rapidez, sólo podían ser órdenes directas del gobernador y de ningún otro; sin duda Vadinho hacía y deshacía en el Gobierno.

La noticia circuló por la Ladeira y esa noche, cuando Vadinho llegó con la esperanza de estar a solas con Flor, en la oscuridad de la escalera, fue saludado por los vecinos, que casi formaban una manifestación, todos ellos deseando expresarle su aprecio. Cuál no sería su sorpresa ante tantos agradecimientos, abrazos y elogios y las histéricas exageraciones de doña Rozilda. Había pasado el día durmiendo y ya casi no recordaba las desventuras de la imposible postulante.

- ¡Ah!, no es nada, no me deben nada. ¡Por favor...!

El poeta había cumplido la promesa. Lo había prometido, aunque más a Andreza que a él. Pero ¿cómo decir la verdad, cómo deshacer el equívoco? Jamás doña Rozilda y sus vecinos, jamás la triste maestra y su gente esmirriada y mugrienta, con el color de la suciedad en la cara, todos juntos allí para manifestarle su agradecimiento, jamás podrían comprender por qué intrincados caminos andan el mundo y los hombres; jamás creerían que Celia debía su designación a una cocinera negra, mucho más pobre que

ella, que vivía contenta en una casucha de madera junto a la orilla del mar, en Agua de Meninos, y que preparaba almuerzos para los *saveiristas* y changadores: la negra Andreza de *Oxun*.

Corrió la voz y llovieron los pedidos. En menos de una semana hubo ocho peticiones de nombramiento para maestras de escuela. Desde motorista de tranvía hasta inspector de impuestos, no hubo cargo que no tuviera un aspirante dedicado a adular a doña Rozilda, que no llamara a las puertas de la casa de la Ladeira do Alvo. Hasta el empleo de sacristán en la iglesia de la Conceicao da Praia, que aún no había quedado vacante, hasta eso le vinieron a pedir. Ni aunque Vadinho fuese a un mismo tiempo gobernador y arzobispo, ni aun así hubiera podido dar abasto.

10

Tocaba doña Rozilda las cumbres del poder, sentía el sabor inigualable de la fama. Y Vadinho tocaba los duros senos de Flor en la oscuridad de la escalera y sentía el gusto sin igual de la boca sedienta y temerosa de la muchacha, mordisqueándole los labios y revelándole un mundo apenas entrevisto de placeres prohibidos, ganando en cada noche de cortejo una nueva parcela de sus defensas, de su cuerpo, de su pudor, de su oculta emotividad. El deseo la consumía en una hoguera de altas llamaradas; brasas vivas ardían en su vientre, pero Flor procuraba contenerse, reprimirse. Mientras tanto, se sentía cada día menos dueña de su propia voluntad, su oposición era más débil, menor su resistencia, y se iba transformando en una sumisa esclava del audaz muchacho, que ya se había apoderado de casi todo su cuerpo, abrasado por una fiebre sin remedio, ¡ay!, sin remedio.

¡Atrevido Vadinho! Ni le había dicho que la amaba, ni había hecho alarde de sentimientos apasionados y ni siquiera le había pedido permiso para cortejarla. En lugar de frases poéticas, de términos alambicados, lo que ella oía eran frases dudosas, insinuaciones malintencionadas. Cuando subía la Ladeira do Alvo acompañando a Flor (cuyo regreso

de casa de tía Lita, en Río Vermelho, ocurrió unos días después de la fiesta de Pergentino), el petulante, al leer el anuncio de la Escuela de Cocina, le murmuró al oído, en un susurro romántico, como alguien que la festejara con toda inocencia:

- Escuela de Cocina Sabor y Arte... - repitió- : Sabor y Arte... - y bajó la voz, mientras su bigotito rozaba la oreja de la muchacha- : ¡Ah!..., quiero saborearte... - juego de palabras que no era sólo un retruécano de mal gusto: era a la vez una franca advertencia sobre sus intenciones, un cínico programa, un claro proyecto de seducción. Nunca había tenido un festejante como éste, tan diferente de los otros, ni había imaginado que se pudiera cortejar de aquel modo. ¿Cómo no lo rechazó de inmediato?

Flor no era una de esas descocadas ventaneras, de amoríos escandalosos en la esquina, al pie de las escaleras o en la oscuridad de los portales. Jamás ningún insolente se había atrevido más allá de un tímido beso, y Pedro Borges apenas si llegó a rozar sus mejillas. Ella no era muchacha acostumbrada a tolerar caricias íntimas. Bastaba que un impulsivo extendiera la mano en un gesto osado con la intención de tocarla, para que Flor se llenase de indignación y lo despidiera, como queriendo conservarse íntegra para aquel a quien realmente amase. En cambio a éste no, a éste nada le rehusaría; y éste era Vadinho. He ahí por qué no lo rechazó como a los otros, sin grosería ni escándalo, pero firme e inflexible.

Ni siquiera lo rechazó la primera vez, y sin embargo casi no se conocían, pues sucedió el domingo del Bando Anunciador, al día siguiente de la fiesta en casa del mayor Tiririca. Flor había ido con las amigas a ver las comparsas y allí apareció Vadinho, poniéndose a su lado. Las otras se apartaron, entre risitas... Realmente, cabía suponer que era el momento en que iba a ocurrir la indispensable declaración (una declaración más o menos vehemente y florida, según el temperamento y la vena del pretendiente; algunos, más timoratos, preferían hacerla por escrito, utilizando, si era preciso, la ayuda del «Secretario de los Amantes»). Antes de llegar él, las muchachas estaban comentando el enamoramiento del joven: en la fiesta, no había dejado sola a Flor ni un minuto, siendo su pareja de

baile permanente. Ahora se declararía. Grave momento: la joven podía dar el sí o pedir un tiempo para pensarlo mejor, generalmente veinticuatro horas. Flor había anunciado a sus amigas que se proponía hacer sufrir unos días a Vadinho, pero las otras lo dudaban; ¿tendría el coraje necesario?

De labios de él no salió ninguna clase de declaración, la conversación giró en torno a los más diversos temas; siempre en tono divertido..., ¡un veleta era este Vadinho! Dos animados conjuntos carnavalescos, en competencia, se encontraron junto al muro de la iglesia de Sant'Ana, y aprovechando la avalancha que se produjo cuando la gente corrió hacia allí, apretujándose, Vadinho se puso detrás de ella, abrazándola, cubriéndole los senos con las manos y besándola ávidamente en la nuca. Ella, temblorosa, cerró los ojos y lo dejó hacer, casi muerta de miedo y de alegría.

Los primeros días de este cortejo sin declaración formal y sin formal consentimiento fueron inolvidables. Todos los años, en el verano, cuando se celebraban las fiestas del barrio, acostumbraba Flor a pasar un tiempo con sus tíos, a los que quería mucho. La Escuela de Cocina se cerraba durante el mes de febrero y ella iba para asistir a la procesión de la oferta a *Yemanjá*, el día 2, cuando los *saveiras* cortan las ondas cargadas de flores y presentes para doña *Janaína*, madre de las aguas, de la tempestad, de la pesca, de la vida y la muerte en el mar. Flor le ofrecía un peine, un frasco de perfume o un anillo de fantasía. Yemanjá mora en Río Vermelho, su *peji* se alza en una punta de la costa, sobre el océano.

Junto con las muchachas del lugar, tenía un alegre e intenso programa de diversión: por la mañana, playa; de tarde, paseo por el Farol da Barra y por Amaralina, yendo en ocasiones hasta Pituba; la organización y los ensayos de carnaval: levantar el tablado era una divertida faena; los picnics en Itapoá, en la casa del doctor Natal, un médico amigo de tío Porto, o en la Lagoa de Abaeté, con guitarras y canciones; y las batallas de confeti... De noche caminaban por el Largo de Sant'Ana o por Mariquita, entre las coloridas barracas, o iban a bailar a casa de alguna familia amiga, cuando ellas mismas no invadían y ocupaban una sala de recibo, improvisando un «asalto».

La casa de Porto, cubierta de enredaderas y acacias en flor, estaba situada en la Ladeira do Papagalo, y los domingos, invariablemente, el tío salía con otro aficionado a la pintura, un tal José de Dome, que vivía en el Largo, oriundo de Sergipe y apocado como él solo. Salían a dibujar caseríos y paisajes. Unos dos años antes, cuando Rosalía y Antonio Moráis se habían ido a Río, Flor, triste y sola, llegó a sentir cierta vaga inclinación por el pintor, hombre ya maduro, que tendría sus cuarenta años aunque aparentaba menos, un mulato duro y enjuto. Un día, venciendo su timidez, él le propuso hacerle un retrato, y hasta llegó a empezarlo, en ocres y amarillos hirientes, contra los cuales resaltaba el color de Flor, transfigurado. «Es obra de un loco, un disparate; además ese fulano es lelo», sentenció doña Rozilda, que en materia de arte no iba mucho más allá de los cromos de los almanaques, al ver aquella explosión de color y de luz. Pero José de Dome no pudo terminar el retrato. No tuvo tiempo, pues Flor debía regresar a la Ladeira do Alvo y, aunque prometió ir los domingos, nunca lo hizo: ella tampoco entendía la pintura del sergipano. Le era simpático por su sonrisa y su soledad. Pero ésa fue una relación amistosa; no un amor: no se puede dar ese calificativo a los largos silencios y a las breves sonrisas que se producían durante las horas de pose. No pasó de ser una efímera inclinación, que sólo duró los días de veraneo, sin que el artista llegara a vencer su timidez. Cuando Flor regresó a Río Vermelho y volvió a encontrarse con el amigo del tío la cordialidad siguió siendo la misma, pero estaba roto el encanto de las vacaciones anteriores y era como si nada hubiese ocurrido entre ellos. En cuanto al retrato inconcluso, aún está hoy en la pared del taller del pintor, en el tercer piso de una vieja casona, en la esquina del Largo de Sant'Ana; allí puede verlo el que quiera, basta con atreverse a subir las destartadas escaleras.

¡Qué diferencia con Vadinho...! El era como una avalancha incontenible que la arrastraba, dominándola y decidiendo su destino. Al finalizar aquellos perfectos y vertiginosos días de Río Vermelho, Flor comprendió que ya no le sería posible vivir sin la gracia, la alegría, la loca presencia del muchacho. Hizo todo lo que él le pidió: en las fiestas no bailó con ningún otro; entrelazadas sus manos con las de él

cruzó la kermesse del Largo y descendió hasta la oscuridad de la playa, como él le sugirió, para besarse más libremente en las sombras de la noche; con un escalofrío sintió cómo la mano de él subía bajo su vestido, acariciándola, ascendiendo hasta los muslos y las caderas. ¿Quién hubiera imaginado a doña Rozilda tan democrática, tan liberal? Cerraba los ojos a los evidentes excesos de los enamorados, tan sin control, tan desenfrenados que hasta la tía Lita, tan poco apegada a los convencionalismos, llegó a preocuparse y advertir:

- ¿No te parece, Rozilda, que Flor le está dando demasiada cuerda a ese mozo? Salen juntos a todas partes como si fueran novios, como si no hiciera más que unos pocos días que se conocen...

Doña Rozilda reaccionó con violencia, en tono de pelea:

- No sé qué diablos tienen ustedes en contra de Vadinho. Sólo porque el muchacho es rico y tiene una posición brillante, todo es un puro rum- rum contra él; no sé por qué le tomaron tirria... En cambio con esa porquería de pobretón metido a pintor se habían entusiasmado hasta decir basta y si de ustedes dependiera se hubieran casado en el acto. Como si yo fuera a darle mi hija a ese escarabajo. Pero de Vadinho sólo imaginan maldades. No veo que haya nada malo en que él festeje a Flor, pues ella ya está en edad de casarse... Cuando el Señor del Bonfin, oyendo mis oraciones, nos manda un buen partido, tú y Porto arman un alboroto tremendo..., que si esto..., que si lo otro..., idéjenme, mujer, tranquila...!

- Yo no armo nada, mi santa, sosiégate. Sólo comentaba... Por qué siendo tan escrupulosa, tan no- me- toques que ya dices que es una perdida..., ahora te pasaste al otro lado..., le das rienda libre a la nena...

- ¿Entonces te parece una perdida? ¿Es eso lo que crees? Dilo...

- Cálmate, Rozilda..., tú sabes que no dije eso... Doña Rozilda quería cerrar la discusión:

- Yo sé lo que estoy haciendo, es mi hija, y con la ayuda de Dios se casan este año...

- Puede ser, Dios lo quiera...

- ¿Puede ser? Va a ser, no lo dudes..., no me vengas en cuanto ves a una chica paseando sola con un muchacho con

cuentos chinos..., lo que pasa es que ustedes tienen antipatía a Vadinho...

Pero no, nadie le tenía antipatía al joven; los había seducido a todos con su labia y su fantasía; primero a los conocidos de Río Vermelho, después a los de la Ladeira do Alvo. Doña Lita y Porto ya se sentían amigos suyos y bien que les gustaba para marido de Flor. En cuanto a doña Rozilda, parecía vivir exclusivamente para cumplir sus deseos, para adivinar sus caprichos.

En cuanto a caprichos, Vadinho sólo tenía uno; estar a solas con Flor, tomarla en sus brazos, vencer su resistencia y su pudor, irse apoderando de ella poco a poco en cada encuentro. Amarrándola en las cuerdas del deseo, pero amarrándose él también, atándose a esos ojos de aceituna y maravilla, a ese cuerpo tembloroso y arisco que deseaba con avidez y se contenía por pudor. Preso, sobre todo, en la mansedumbre de Flor, en la atmósfera familiar, en el ambiente de hogar propio, en la gracia simple de la moza, en su quieta belleza; atmósfera que ejercía una poderosa fascinación en el mozo.

El muchacho nunca había hecho vida de familia. No llegó a conocer a la madre, que murió al darlo a luz, y el padre no tardó en desaparecer de su existencia. Vadinho era el producto de una ocasional pareja, formada por el primogénito de una familia pequeña burguesa de buen pasar con la mucama de la casa; su padre, el ya mencionado pariente lejano de los Guimarães, mientras se mantuvo soltero se ocupó de él. Pero luego hizo un casamiento afortunado, y procuró librarse del bastardo, por quien su esposa, ignorante y devota, sentía un santo horror - «¡hijo del pecado!»- . Lo internó entonces en un colegio de curas, en el que a trancas y barrancas Vadinho llegó hasta el último año del secundario, que no terminó porque un domingo de visitas sintió una súbita pasión por la madre de un colega, distinguida cuarentona casada con un comerciante de la Cidade Baixa, a la que se consideraba en aquel tiempo como la puta más fácil de la alta sociedad de la capital. Fue una pasión voraz y correspondida.

Era una pasión con ribetes románticos. La insigne lo miraba lánguidamente y suspiraba, y Vadinho la rondaba por el patio de visitas del colegio, triste como una cárcel, una

lúgubre cárcel de niños. Ella le daba chocolatinas y bizcochos, sacándolos del paquete que traía para el hijo. Vadinho le ofreció a escondidas una orquídea, robada del invernadero de los frailes. Un día de salida (el primer domingo del mes; Vadinho nunca había salido hasta entonces, pues nadie lo venía a buscar ni tenía adonde ir), ella lo llevó a almorzar a su casa, un palacete en el Largo da Graca, presentándolo al marido:

- Un compañero de Zezito, huérfano, no tiene familia...

Zezito, que era medio retardado, se dedicaba a criar *preás*, y los domingos de salida todo el tiempo le parecía poco para atender a los pequeños roedores en el sótano de la casa. En cuanto el comerciante comenzó a roncar, a la hora de la siesta, Vadinho se vio arrastrado al cuarto de coser, en donde fue envuelto en besos y caricias, y poseído. «Mi chiquito, mi discípulo, mi alumno, yo soy tu maestra, ¡ay!, mi doncel...» Ella, consciente de su condición de maestra, se dedicaba a enseñarle..., ¡y cómo enseñaba! La pasión fue en aumento, insaciable y brutal. Ella, deshaciéndose en ayes y promesas, le repetía una y otra vez, cínica y tranquilamente, que él era su primer amante y que nada anhelaba en el mundo más que irse con él para vivir juntos aquel gran amor, ocultos en cualquier rincón. Lástima que él estuviera interno en un colegio...

- Si yo me fuese del colegio, ¿vendrías de verdad a vivir conmigo?

Y se escapó del colegio, apareciendo una noche, a primera hora, para liberarla del «bestial burgués» que tanto la hacía sufrir, que tanto la humillaba cuando la poseía. Había encontrado un miserable cuarto en una pensión de último orden y comprado pan, mortadela (adoraba la mortadela), un mejunje con etiqueta de vino y un ramito de flores. Todavía le sobraban unos cuantos mil-réis de los que habían reunido los colegas más íntimos, que, conocedores del caso y solidarizados, se habían juntado para financiar su fuga y su amor. Para ellos Vadinho era un machazo.

La estimada señora casi se muere del susto cuando él invadió el hogar, en momentos en que el marido, en la otra sala, se escarbaba los dientes y leía los diarios. Ella, indignada, le dijo que estaba loco. No era una aventurera, no iba a dejar la casa, el esposo y el hijo, su comodidad y

su posición social, e irse a vivir como manceba de una criatura en la miseria y en la deshonra. Vadinho no estaba en su sano juicio, debía volver al colegio, donde quizá no habían advertido su escapada, y el próximo domingo de visitas, ¡ah!, ella le prometía...

Las promesas no lograron calmarlo, estaba lleno de ira, se sentía vejado, burlado. Sin tener en cuenta la proximidad de los cuernos del comerciante, agarró a *madame* por la larga y oxigenada cabellera, le dio unos bofetones y la insultó y armó un jaleo de tales proporciones que no tardaron en presentarse, en agitada concurrencia, no sólo el marido y los criados, sino también los vecinos del elegante Largo da Graca. Vadinho declaró después que aquel día se había hecho hombre. Un hombre escarmentado para siempre.

Fue así cómo, de mano del escándalo, entró en la vida nocturna de la ciudad, siendo un jovencito de diecisiete años con el que simpatizó Anacreon, un timbero famoso, jugador de fino estilo. Nadie más autorizado para revelar al mozo inexperto las sutilezas y matices de la *ronda*, del *veintiuno*, del bacará y del póker, e introducirlo en las dialécticas de las mesas de ruleta y en la mística de los dados; pues Anacreon no sólo era competente, era asimismo un corazón leal, que miraba de frente a la vida, y un tanto quijotesco. Con el padre tuvo un breve encuentro, negándose él a volver al internado y el ruin Guimarães a darle su bendición y cualquier clase de ayuda financiera: «no tenía recursos para alimentar a revoltosos». Desde que contaba con la fortuna de la mujer se había vuelto mezquino y moralista. Además, a esa altura de su vida, en que su nombre aparecía en las notas de sociedad, le asaltaban serias dudas con respecto a la paternidad de Vadinho. ¿Sería verdaderamente hijo suyo? La finada Valdete lo había acusado, entre besos, de haberla desflorado y embarazado. Pero ¿es la palabra de una criada un documento que merezca crédito? Jamás conoció a otro hombre, habían manifestado sus llorosas amigas, junto al cadáver de ella. Pero la palabra de las otras domésticas, que no tenían dónde caerse muertas, ¿puede constituir una prueba, cualquiera sea la cosa de que se trate? Hacía tanto tiempo que sucediera todo eso..., cuando era un

adolescente irresponsable, un atolondrado... Quizá fuese hijo suyo, quizá no lo fuese. ¿Quién podía presentar una prueba? ¿Cómo estar seguro? De lo que no cabía duda es de que se trataba de un hijo de puta de los peores: un mocoso y ya intentaba «forzar a una honesta señora, madre de un condiscípulo en cuya casa fuera recibido como un hijo...». El tal padre de Vadinho era un Guimarães de la «rama podrida», como decía Chimbo; no había heredado el ímpetu y la generosidad de la familia.

Vadinho no volvió a sentir nunca, desde entonces, el perfume de un sentimiento familiar, ni volvió a tener nunca un afecto complejo y profundo. Su vida sentimental, rica y variada, pues sus múltiples amantes eran de las más diversas edades, posiciones sociales y color, había transcurrido principalmente en los burdeles y en los cabarets: metido entre ramera y concubinatos pasajeros, además de unas pocas aventuras con mujeres casadas, sin que ninguno de estos lazos tuviera la fuerza del amor. Jamás un encamotamiento le hizo sentir más plena y voluminosa la vida, y nunca una ausencia o una riña, el final de un asunto, lo volvió gris, vacío, suicida. Se desplazaba hacia otro cuerpo de mujer del mismo modo que cambiaba de mesa en la sala de juego cuando el 17, su número, le fallaba.

El encuentro con Flor en la fiesta del mayor volvió a encender en él, de repente, aquella antigua necesidad de hogar, de mesa puesta, de cama con sábanas limpias. Ni siquiera tenía domicilio estable, iba de una pensión barata en otra, mudándose cada mes por falta de pago. ¿Cómo iba a desperdiciar dinero en alquileres cuando le quedaba tan poco para el juego?

Flor traía un nuevo sabor a su vida, una quietud, una placidez, un sabor a ternura familiar:

- Me gustas porque eres mansa como un bichito, mi bien...

Lo había seducido al punto de estar dispuesto a soportar a la madre. ¡Qué vieja terrible y cargosa, ridícula y absurda! Amaba la sencillez de la muchacha, su dulcedumbre, su alegría sosegada y su compostura. Si bien luchaba diariamente para derribar su resistencia y quebrar su castidad, sentíase, sin embargo, contento y orgulloso de que ella fuera así, recatada y seria. Porque sólo a él

correspondía el domar ese recato, convertir en placer ese pudor. Los amigos de Vadinho descubrían un nuevo brillo en sus ojos cuando de pronto se quedaba inmóvil ante la ruleta, soñador, olvidándose de poner una ficha.

Los íntimos como Mirandáo ya no se sorprendieron cuando en carnaval lo vieron integrando el conjunto de los «Alegres Gazeteiros» organizado por las familias de Río Vermelho, con figurines del tío Porto, en el que las muchachas y los muchachos disfrazados de vendedores de diarios voceaban el *Diario de Bahía*, el *Diario de Noticias* y *O Imparcial*. Un carnaval de confeti y *mamáe- sacode*, de serpentinas y canciones, en que el pomo de perfume era para mojar a las muchachas cortejadas y no para olerlo. Un carnaval sin *cachaca*. Lo opuesto a los carnavales de Vadinho, que transcurrían, ininterrumpidamente, de sábado a miércoles, en una sola borrachera continua, que duraba los cuatro días, integrando comparsas de máscaras, entre prostitutas y bailando en medio de la calle, con bebida a granel. Al término de cada una de las noches se caía de borracho en un tugurio cualquiera de la *zona*.

«Mira quién va allá, en aquella comparsa, con un pandero..., es Vadinho..., en una comparsa, ¡quién lo diría!», exclamaban admirados los conocidos, acostumbrados a verlo en pleno relajo durante las juergas de carnaval. Allí estaba, al lado de su Flor, cubriéndola de confeti y de ternura.

Pero eso no le impedía chapalear en los más bajos basurales e ingerir una *cachaca* absurda, después de haberse despedido de Flor a medianoche. Se iba derecho al Tabaris, al Meia- Luz, al Flozó. El lunes, con el pretexto de un trabajo urgente en Palacio, se fue a las diez de la noche. No podía llegar tarde al gran baile de la Gafieira do Pingúelo, al que Andreza y otras soberbias morenas iban disfrazadas de damas de la corte de María Antonieta, con vestidos de satén y terciopelo y albas cabelleras de algodón.

Ni siquiera en los momentos cumbres de la pasión, los de mayor dulzura familiar, los de pensamientos más hogareños, imaginó Vadinho cambiar su vida, modificarla, adquirir nuevos hábitos, regenerarse, Mirandáo amenazaba con hacerlo de cuando en cuando:

- Hermano, voy a regenerarme... De mañana en adelante... Vadinho nunca habló de eso. Amaba a Flor apasionadamente y proyectaba casarse con ella, pero ni aun así estaba dispuesto a rehuir sus solemnes compromisos: su juego y malandrínaje cotidianos, sus borracheras y jaleos, sus casinos y burdeles.

11

Mar de rosas, libres horizontes, azul cerúleo, la paz del mundo y su dulzura, Flor y Vadinho enamorados. Y súbitamente la borrasca, el temporal, el cielo encapotado, la guerra sin cuartel, la abominación, la prohibición cayendo sobre Flor y Vadinho.

Un tanto atribulado por sentirse culpable de los acontecimientos - ¿no había sido él quien comenzara a levantar aquel castillo de naipes, incapaz de resistir el soplo de la menor averiguación?- , Mirandáo, moralista con humos de filósofo, reflexionaba:

- Ya ves..., ¿qué garantía puede tener uno? Ninguna... Hasta un motor de camión, cuando se adquiere, tiene garantía por seis meses... Y en cambio cuando uno piensa que está instalado firmemente en la vida, que las cosas al fin se ordenaron, ahí mismo se desmorona todo, el santo cae de las andas y se convierte en basura...

Opinaba Mirandáo que Vadinho había caído de las andas en que lo había colocado, como a un santo, y que el santo se había transformado ahora en basura, siendo sus restos esparcidos por el muladar. No había remiendo que pudiera restaurar su buen concepto ante doña Rozilda, en su nueva situación de «dimitente al puesto de oficial del gabinete». El concepto formado sobre él, por lo demás, estaba igualmente comprometido ante Flor..., ¿cómo iba a aceptar al cuentero que la había embaucado? Mirandáo conocía esas personas mansas y suaves: cuando sienten que se abusó de su confianza surgen en ellas la obstinación y el orgullo y ya no dan marcha atrás.

- Cuando se encabritan no hay nada que hacer... - concluía con pesimismo.

iVil, ordinario, abyecto, infame sujeto!: para doña Rozilda

el idioma era pobre en expresiones suficientemente varoniles y enérgicas como para rotular a un espécimen humano tan bajo... que todavía en la víspera era el pretendiente ideal, un santo llevado en andas, todo adornado de alabanzas. Su hija se podía casar hasta con un guardia de la policía, o con un criminal ya sentenciado por el juez, cumpliendo su pena en la cárcel, pero jamás con ese miserable canalla. Habiendo recogido en las vecindades del Alvo estas crudas opiniones, Mirandáo meneaba la cabeza, apesadumbrado y realista: si Vadinho pensaba seguir el cortejo es porque no entendía nada de mujeres. Él, siempre tan listo, ahora, cegado por la pasión, no se daba cuenta de la realidad: todo se había enculado. Y el afligido Mirandáo, para poder sobrellevar tanta conmoción, pidió otro trago al mozo del Bar Triunfo.

A Vadinho le importaba poco restaurar su crédito ante doña Rozilda, aplacar la furia de esa vieja de todos los diablos, un pellejo intolerable, un purgante. Pero no estaba dispuesto a romper con Flor, a perder su apacible risa, su quieta ternura, su entrecortado suspirar. Por el contrario, ahora había decidido casarse con ella. Porque finalmente, de todo aquello, lo único serio era el cariño, la comprensión, el quererse de verdad, el amor de los dos: el resto no pasaba de ser una broma absurda. ¿Quién le gustaba a Flor? ¿Él, Vadinho, su persona, o el cargo inventado, el cargo que no ejercía, el dinero que no tenía?

De toda esa historia sólo había una cosa que lo disgustaba: el haber sido desenmascarado por Celia, su protegida, aquella patizamba que ahora era maestra gracias a su intercesión. Ella era quien había armado todo ese barullo y desenredado el ovillo, denunciándolo a doña Rozilda.

«¿Órdenes de arriba?» Ese estafador no había subido nunca ni siquiera las escaleras de Palacio; el único palacio que él conocía, y ése lo conocía bien, era el Pálace, antro de juego y perdición, así como de mujeres de la vida... ¿Influencia? A no ser en las calles de la más baja prostitución, con las pupilas y los estafadores. «¿Miembro del Gabinete del gobernador?» Si se atreviera a entrar en el despacho del gobernador, lo prendían en el acto y lo llevaban a la gayola. «¿Su nombramiento de maestra? Era mejor no pensar en eso, ¿cómo se puede saber de qué enredos y

maquinaciones es capaz ese embaucador?»

Pero... ¿cómo Celia, insignificante maestra primaria, había descubierto esa red de engaños, desmenuzando todos los detalles de la farsa, no dejando quedar ni siquiera una sombra de duda, un puede- ser- quién- sabe al cual pudiera agarrarse doña Rozilda, náufraga en el mar de la sucia existencia? ¿Por qué semejante empeño en desenmascarar y denunciar al trapisondista, al seductorzuelo?

Vadinho se sorprendió de sentirse herido:

- Y mira quién... Yo no le hice ningún mal a esa muchacha, al contrario...

Quizá por eso mismo. Cuando Vadinho le consiguió el empleo, Celia se sintió al mismo tiempo agradecida y ofendida. En el fondo, no le perdonaba haberse engañado con respecto a él, y que no fuese el gigoló presentido por su olfato de resentida, de malvada: su existencia miserable la había vuelto envidiosa y ruin. Cada día estaba menos agradecida y más ofendida..., aquel individuo no acababa de convencerla... Hasta que por casualidad le dieron una pista. Entonces escarbó y removié cielo y tierra para descubrir, minuciosamente, la trama de mentiras iniciada por Mirandáo en casa del mayor, y de cuyo desarrollo era más responsable la vida que el mismo Vadinho. Una vez reconstruidos los capítulos de aquel imaginario folletín, Celia se sintió recompensada: a ella no se la engañaba así como así, tenía ojo y olfato: para embaucarla a ella hacía falta algo más que conseguirle empleo, nombramiento y posesión del cargo. Satisfecha, feliz con su vileza, ya no le pesaba la pierna coja al subir los peldaños que conducían al primer piso, en el que doña Rozilda y Flor estaban cosiendo para el ajuar. «Ese figurín no pasa de ser un miserable gigoló; ella, Celia, nunca lo había dudado.» Su roñoso semblante resplandecía; pocas veces se había sentido tan contenta: mucha gente iba a llorar ese día, y maldecir al diablo, y crujir los dientes. ¿Y hay en el mundo algo tan espléndido y excitante, un espectáculo que se pueda comparar al del sufrimiento ajeno? Para Celia no existía nada igual. Jamás un hombre había mirado su cuerpo con ojos de deseo; nunca le había sonreído alguien con amor, y los niños de la escuela le tenían miedo, le huían.

Doña Rozilda, convulsionada, quería matar y morir, y gemía

pidiendo un vaso de agua. Flor no le dio alguna importancia, no hizo caso a sus ayes, dedicándose a Celia:

- ¡Fuera de aquí, perra, no vuelva más...!
- ¿Yo, Flor? ¿Hablas en serio? ¿Por qué?
- Aunque él fuera lo que usted dice, usted no debía venir con chismes, él le consiguió empleo... Lo que usted debiera hacer es ocultar todo lo que supiera en contra de él; estaba muriéndose de hambre y él le buscó el puesto...
- ¿Y cómo sé yo si fue él?... ¿Quién lo vio? Para mí que la carta del padre Barbosa...

Flor casi no levantaba la voz, pero sus palabras escupían ira y desprecio:

- Fuera de aquí, antes de que yo le enseñe a no meterse en la vida de los otros, perra vagabunda.
- Pues quédate con él, que te haga buen provecho; verdaderamente tú naciste para descarada.

Y bajó las escaleras clamando contra la ingratitud humana. Guerra, sí. ¿Qué otra palabra, qué otra definición usar? Y guerra sin misericordia. La guerra entre doña Rozilda y Flor tuvo principio allí mismo, en aquel mismo instante. Al sonar el portazo en la cara de Celia, doña Rozilda dejó de quejarse, abandonó su desmayo y gritó llamando a la maestra. Quería continuar hablando sobre Vadinho, revolviendo la herida:

- ¡Celia! ¡Celia! No te vayas... Flor dijo, con voz cortante:
- Acabo de echarla...
- Ella vino a hacerte un favor y tú la expulsas en vez de agradecersele.
- Esa intrigante no vuelve a poner más los pies aquí...
- ¿Desde cuándo mandas tú en esta casa?
- Si ella entra, yo me voy...

Mirandáo había acertado al dar por supuesto el poco crédito de Vadinho con doña Rozilda. Pero se equivocó, y totalmente, en cuanto a la reacción de Flor. Naturalmente, no estaba contenta, había sufrido una desilusión..., este Vadinho sin cabeza..., ¿para qué esas mentiras? Sin embargo, en ningún momento pensó romper con él, en dar por terminada la relación. Lo amaba, trayéndole sin cuidado su oficio o su empleo, su posición social, su importancia en la política.

Así se lo dijo cuando, desafiando las órdenes de doña

Rozilda, salió a conversar con él en una esquina próxima. Escuchó y aceptó sus explicaciones, derramando algunas lágrimas... «Loco, no tienes juicio, mi tonto lindo.» Entonces, por primera vez, le habló él de amor, de cómo la quería y deseaba, hambriento y anhelante..., y la quería y deseaba como esposa. Y esto, para Flor, compensó todo el enojo, toda la pena que le causara al mentirle y engañarla sin necesidad.

Tendrían que tener paciencia y esperar, le dijo Flor. Por lo menos los diez meses que faltaban para que ella cumpliera los veintiún años; todavía era menor y dependía de la madre. Y que Vadinho ni pensara en obtener el consentimiento de doña Rozilda... Nunca había visto a la madre tan exaltada y furiosa. Ni siquiera iba a ser fácil encontrarse; tenía que hallar la manera de verse sin que su madre lo sospechara. El festejo, ese festejo con tantas facilidades, tan bien aceptado y apadrinado por doña Rozilda, pasaba ahora a los subsuelos de la ilegalidad, estaba prohibido definitivamente: la cotización de Vadinho en la Ladeira do Alvo no valía ni un poco de polvo de la calle. Vadinho le enjugó con sus besos las lágrimas, allí mismo, sin importarle la gente que pasaba.

Doña Rozilda la esperaba bufando, empuñando el rebenque, un pedazo de cuero crudo para castigar a los animales y a los hijos desobedientes. Hacía mucho que no lo usaba; el que más lo había padecido era Héctor, estudiante relapso. Rosalía también había llevado algunos rebencazos. Y Flor algunas zurras, cuando chica. Colgado en la pared del comedor, caído en desuso, el primitivo látigo sólo servía ya como símbolo de cruel autoridad materna. En cuanto Flor traspuso la puerta, doña Rozilda levantó el rebenque; el primer chicotazo le cayó sobre el cuello y la nuca, dejándole un cardenal, marca de guerra que iba a tardar más de una semana en desaparecer.

Aguantó sin llorar, cubriéndose la cara con las manos, reafirmando su amor. «Mientras yo esté viva no te vas a casar con él», rugía doña Rozilda. Al día siguiente, Flor casi no pudo levantarse; tenía todo el cuerpo lastimado y la mancha roja seguía en el cuello. Toda la Ladeira comentaba los sucesos; la negra Juventina, soberana en su ventanal, distribuía los detalles, y el doctor Carlos Passos criticaba los

métodos educacionales de doña Rozilda, si bien no le negaba razones para estar disgustada y furiosa.

Vadinho se presentó a la hora acostumbrada; el primer piso estaba totalmente cerrado, el balcón vacío, la puerta de la escalera cerrada y atrancada. La ventana del cuarto de Flor daba sobre la calle transversal y por entre las persianas salían rayos de luz. Pronto encontró quien le contase la paliza de la víspera; según las comadres, Flor, presa en el cuarto, encerrada con llave, suspiraba.

Vadinho estuvo de acuerdo con la negra Juventina, cuando la manceba de Antenor Lima calificó a doña Rozilda con retórica exactitud: «Una hiena bestial, eso es lo que es ella, don Vadinho.» Éste oyó las noticias en silencio, dijo hasta luego y se fue.

Pasada la medianoche volvió, para hacer abrir todas las ventanas a la redonda y despertar la Ladeira y las calles próximas con la más dulce de las serenatas, una serenata tan dulce y apasionada como pocas veces hasta hoy se habrán hecho en ésta o en cualquier otra ciudad. Quienes la oyeron, conservan su recuerdo imperecedero en los oídos y en el corazón.

También... icómo para no ser así! Vadinho logró juntar en homenaje a Flor lo mejor que había. Llevó al flacucho Carlinhos Mascarenhas, el guitarrillo de oro, a quien fuera a buscar el burdel de Carla, en el comfortable lecho de Marianinha PenteIhuda. Al violín estaba la figura popular de Edgar Coco, el nonplus- ultra, otro igual sólo en Río de Janeiro o en el extranjero podría encontrarse. Tocaba la flauta - ¡y con cuánta maestría!- el licenciado en derecho Walter da Silveira. Vadinho lo había arrancado de sus libros, pues acababa de licenciarse y se preparaba para hacer oposiciones a juez; de allí a poco, ya magistrado meritísimo, no volvería a exhibir más en público su flauta insigne, privando a las musas de un celestial deleite. Punteaba la guitarra un mozo querido de todos por su educación y alegría, sus maneras humildes e hidalgas a un tiempo, su competencia en la bebida, su finura de trato, y desde luego, por su música: por la calidad única de su arte, que sólo él tenía y nadie más, así como por su voz entre misteriosa y picara. Un *retado*. Había comenzado a tocar y cantar en la radio y ya lo coronaba el éxito. Se citaba su

nombre, Dorival Caymmi, y los íntimos exaltaban sus composiciones inéditas; el día en que se difundieran, el moreno se iba a hacer famoso. Era amigo entrañable de Vadinho, habían tomado juntos los primeros tragos y juntos transitado las primeras madrugadas. De reserva habían traído a Jenner Augusto, pálido cantor de cabaret, y de yapa a Mirandão, ya borracho.

Se detuvieron unos minutos al pie de la Ladeira; el violín de Edgard Coco sollozó los primeros acordes, estremecedores. Le siguieron el guitarrillo, la flauta, la guitarra. Y Caymmi rompió a cantar, en dúo grande, y su pasión contrariada: mostraba su deseo de desagraciar a su enamorada, aliviar sus tristezas, hacer apacible su sueño, traerle el consuelo de la música, prueba de su amor:

*Noche alta, cielo risueño,
la quietud es casi un sueño.
Sobre la selva la luna
va cayendo como una
lluvia de raro esplendor...
Pero tú duermes, no escuchas
a tu cantor...*

La *modinha* de Cândido das Neves subía por la Ladeira más aprisa que ellos e iban apareciendo rostros curiosos que se demoraban en las ventanas, presos del hechizo de la música, de la voz de Caymmi. La negra Juventina daba palmadas aplaudiendo, pues era del bando de Flor y Vadinho, y le volvían loca las serenatas. Algunos despertaban con rabia, con la intención de protestar, pero la dulzura de la canción los vencía y se adormecían oyendo la llamada del amor. El doctor Carlos Passos fue uno de ellos: saltó de la cama, lleno de ira asesina; sus días eran atareados, pues comenzaba en el hospital a las seis de la mañana y a veces no volvía a su casa hasta las nueve de la noche. Pero entre el dormitorio y la ventana su ira se fue aplacando, y comenzó a tararear la melodía, poniéndose de bruces sobre el antepecho para escuchar con más comodidad.

Manda, luna, tu luz plateada

para que así se despierte mi amada...

Ahora estaban parados bajo la luz de un farol, justo en la esquina de enfrente de la casa de Flor. Vadinho se había adelantado un poco al grupo para que le diese mejor la luz del foco eléctrico y ser más fácilmente visto por la joven. Los sones de la flauta del doctor Silveira ascendían por el muro, los ayes del guitarrillo penetraban por el balcón, el violín de Edgard Coco abría las ventanas del cuarto de la moza e iba a sacarla de la cama con un estremecimiento. «¡Dios del cielo, es Vadinho!» Corrió a la ventana, levantó la persiana y allí estaba él bajo la luz, los cabellos rubios, los brazos alzados:

*Quiero matar mis deseos,
sofocarla con mis besos...*

Fueron llegando algunos noctámbulos, que se detuvieron a escuchar. Cazuza Embudo salió vestido con un viejo pijama, atraído por la música y por la posibilidad de que los rondadores tuvieran una botella. Doña Rozilda apareció en el balcón del primer piso, surgiendo de la oscuridad, y su cólera cortó la música y el poema:

- ¡Vagos! ¡Atorrantes!

Pero la canción era más alta que sus gritos, la voz de Caymmi subía hacia las estrellas:

*Canto...
y la mujer que yo amo tanto
no me escucha, está durmiendo..,*

¿De dónde había sacado Flor aquella rosa que de tan roja parecía negra? Vadinho la recogió en el aire. Noche romántica, de enamorados, la luna amarilla en el cielo, el olor a romero, toda la ladera cantando en coro para Flor, presa en su cuarto:

*Allá en lo alto la luna esquiv
está en el cielo tan pensativa
y tan serenas las estrellas...*

Y desembocaba doña Rozilda en la puerta de calle, abriéndola de par en par, el rodete deshecho, envuelta en una bata ajada y en su odio. Se enfrentó al grupo, subiéndole una oleada de furia:

- ¡Fuera! ¡Fuera de aquí! - gritaba desesperada- . O llamo a la policía, voy a quejarme a la comisaría, ¡perros!

Tan inesperada y violenta aparición hizo que por un instante ellos perdieran el aplomo y suspendieran el canto. Doña Rozilda se irguió victoriosa en medio del silencio de la calle:

- ¡Fuera!, ¡carnada de cachorros, fuera!

Pero fue sólo un instante. En seguida la flauta del doctor Silveira hizo oír una tonada que parecía una risa burlona, como el silbido de un mulato, una musiquita de juerga, intencionada:

*laiá déjeme
subir por esa ladera...*

Y entonces se vio a Vadinho avanzar en dirección a su futura suegra, y delante de ella, al son de la flauta, ejecutar con perfección y donaire, con un zapateo y un esguince del cuerpo, el paso del *sirí-bocéta*, el difícil y famoso paso del *siri-bocéta*. Sofocada, llena de pánico, sin voz, doña Rozilda reunió sus últimas fuerzas, que apenas le alcanzaron para huir escaleras arriba.

Y la serenata reconquistó la noche y la calle, prosiguiendo rumbo a la madrugada. Los noctámbulos, más o menos bebidos, reforzaron el coro. El guardia nocturno apareció de ronda por allí y se quedó a escuchar y aplaudir, y surgió la botella presentida por Cazuza Embudo. El repertorio era vasto. Cantaron Vadinho y Caymmi; cantó Jenner Augusto; cantó el doctor Walter con voz profunda de bajo... y cantó el guardia de ronda, pues su sueño era cantar en la radio. La calle entera cantaba en la serenata a Flor, reclinada en la alta ventana, vestida de volados y encajes, bañada por la luna. Abajo, Vadinho, galante caballero, en la mano la rosa que de tan roja parecía negra. La rosa de su amor.

En el hogar y en el cariño de tía Lita y de su marido Thales Porto, en Río Vermelho, buscó y obtuvo refugio la perseguida Flor cuando huyó de su casa para casarse con Vadinho.

Porto, sin mucho entusiasmo: no quería complicaciones con doña Rozilda, mujer de armas tomar y capaz de cualquier cosa; era un hombre que quería vivir tranquilo. Tranquilo en su rincón, con su pequeño empleo y su manía de pintar. En las vacaciones pasadas la cuñada ya los había acusado a él y doña Lita de oponerse al festejo de la sobrina, cuando ella aún le atribuía a Vadinho un mar de virtudes, cuando el joven era para ella un dios- salvador, un niño- Jesús, sin que le faltara para ser santo de iglesia nada más que la aureola. Tonta metida a sabihonda, engreída, llena de tirrias y enconos: eso era doña Rozilda. Y Porto no quería camorra con mujer tan turbia y petulante. Pero ¿qué hacer, si Flor se había presentado despeinada, envuelta en llanto, trayendo como escolta a un Vadinho serio y solemne, muy consciente de su responsabilidad? Venían a confesar lo irremediable; él le había destapado las vergüenzas, le había comido la breva, era preciso que se casaran. Lo quisiera o no doña Rozilda, con o sin mayoría de edad, tenían que casarse. Flor había dejado de ser una joven virgen y ahora sólo el matrimonio podría restituírle la honra que él le había robado.

Flor, llorando desenfrenadamente, pedía perdón a los tíos. Si había llegado a tanto, despreciando los rígidos principios familiares, venciendo el miedo y el pudor, entregando su virginidad al pertinaz inspector de jardines, la única culpable verdadera era doña Rozilda, con sus trapisondas y su intransigencia, prohibiéndole cualquier contacto con el enamorado, encerrándola en la casa, como si ella, una mujer hecha, a la que le faltaba poco para ser mayor de edad, fuese una criatura. Hasta la había pegado. ¿Quién podía soportar tanto aborrecimiento? Al fin y al cabo Vadinho no era ningún degenerado, ningún facineroso, ningún forajido, ningún *cangaceiro* de la banda de Limpiáo; tampoco ella tenía quince años; no era una ingenua ignorante de las cosas de la vida.

Los gastos de la casa, ¿acaso no corrían por cuenta de Flor,

que pagaba el alquiler y la comida? Poca era la contribución de la madre, ya que desde que no estaba Rosalía el taller de costura sólo recibía algún que otro encargo. En cambio, la Escuela de Cocina había progresado y de ella vivían la hija y la madre.

Entonces ¿por qué se arrogaba doña Rozilda el derecho a resolver ella sola, a condenar sin apelación, negándose a oír a las personas sensatas, como tía Lita, don Antenor Lima y el mismo doctor Luis Henrique, padrino de Héctor, cuya opinión siempre había acatado antes? En esta ocasión había rechazado con energía los consejos del doctor. Thales Porto meneaba la cabeza: la parienta había perdido totalmente el sentido.

Ni Flor ni Vadinho podían soportar tal situación. Para el muchacho el caso se había transformado en una definitiva y emocionante apuesta. Como en la ruleta o en los dados, frente al azar. Deseaba a Flor y ese deseo lo dominaba totalmente, de la cabeza a los pies, turbándole la razón como si no existiera otra mujer en el mundo, como si ella - con su cuerpo regordete y sus mejillas redondas- fuese la más bella y apetecible hembra de Bahía, la única capaz de saciar su hambre y su sed, la única que podía remediar su soledad. «No, nunca, jamás, mientras yo tenga vida», repetía doña Rozilda, rechazando las renovadas propuestas de casamiento de Vadinho, transmitidas por parientes y amigos.

La propia tía Lita había intervenido días antes, como recordaba Flor. Y la otra había salido con una letanía de maldiciones, poco menos que a pedradas:

- Mientras Dios me dé vida y salud ese canalla no se casa con mi hija. No es que ella merezca tantas preocupaciones, es una sonsa, una ingrata, nació para esclava. Pero yo no lo consentiré, mientras dependa de mí. Prefiero verla muerta antes que casada con ese vagabundo.

Lita había discutido tratando de convencer a la hermana y romper ese muro de odio: el amor hacía milagros, ¿por qué no confiar en la regeneración de Vadinho? Doña Rozilda gruñía, acusadora:

- Basta con el disgusto que tú diste a tu familia cuando te casaste con Porto. Después él se compuso..., pero ¿y si no se compusiera? ¿Si hubiese seguido siendo un

desvergonzado toda la vida?

Decía desvergonzado acentuando todas sus letras, haciendo que la palabra estuviese más cargada de vicio y de culpa.

Se refería al pasado de Porto, cuya juventud había transcurrido en los medios teatrales de Río de Janeiro haciendo excursiones por el interior del país, pero sin detenerse en las ciudades, como escenógrafo y coreógrafo de compañías de la legua; habiendo sido también, forzado por las circunstancias, actor y apuntador, director y dibujante de figurines. Después del casamiento sentó cabeza, obteniendo empleo en Bahía. De su vida en las candilejas sólo quedaba un álbum de recortes y un puñado de anécdotas. No perdía ocasión de mostrar el álbum y contar las anécdotas.

- ¿Y no fue un acierto? - contestaba doña Lita, en el fondo orgullosa del pasado bohemio del marido- . ¿Conoces otro matrimonio más feliz? Además no tengo ninguna vergüenza de su trabajo en el teatro. No robaba a nadie, ni engañaba a nadie, ni desfloraba doncellas...

- ¿Y cómo iba a desflorarlas si eran todas meretrices, si tenían todas el traste roto? ¿Dónde iba a encontrar una doncella? Las ganas no le faltarían, no era trigo limpio.

Aunque era amable y bondadosa, en cierto sentido lo contrario de la hermana, doña Lita no soportaba, sin embargo, que se ofendiese al esposo, y, si la espoleaban, se le subía la sangre a la cabeza:

- Haz el favor de meter tu lengua en el trasero y no hablar mal de mi marido, que no vine aquí para oír tus insultos...

Doña Rozilda, obediente, se quedaba con el rabo entre las piernas, mascullando disculpas. Doña Lita era la única persona en el mundo por quien sentía respeto y estimación, y jamás reñía con ella.

- Vine aquí porque quiero mucho a Flor, como si fuera mi hija... ¿Por qué diablos no dejas que la chica se case? A ella le gusta el muchacho y él está loco por ella. ¿Porque él no es un todopoderoso como a ti se te metió en la cabeza que debía ser?

- Estás cansada de saber que yo no me metí nada en la cabeza; ellos abusan de mí, los miserables. - El recuerdo del monstruoso engaño la enfurecía- . ¿Sabes una cosa? Es mejor que des esta conversación por terminada. Con ese

inservible no se casa ella mientras de mí dependa. Cuando tenga veintiún años, si todavía quiere, puede ir y desgraciarse. Antes, no la dejo y se acabó.

- Tú estás buscando sarna para rascarte... Ya verás...

Y así era, pues ante el fracaso de esta última embajadora, Flor resolvió oír la voz de la razón. O sea, los argumentos que le susurraba Vadinho intentando convencerla de que sólo había una solución práctica, viable, posible, y que al mismo tiempo era una tierna y dulce prueba de amor y confianza. Por último, se convenció y abrió las piernas, dejando que él la poseyera, como le suplicaba hacía tanto. Para decir toda la verdad, sin escamotear detalles (ni siquiera con la simpática intención de mantener íntegros a los ojos del público la inocencia y el recato de nuestra heroína, presentándola como una ingenua víctima del irresistible donjuán), debemos decir que Flor estaba loquita por dar, por dar y darse, y que el fuego le devoraba las entrañas y el pudor con incontenible llamarada. Un amigo adinerado, Mario Portugal, por entonces soltero y disipado, le prestó a Vadinho una escondida casita por el lado de Itapoá. En ella, la brisa desató los cabellos lisos y negros de Flor y el sol puso en ellos azulados reflejos. Entre el rumor de las olas y el vaivén del viento, él le fue sacando la ropa, pieza a pieza, beso a beso, mientras le decía, riendo, al tiempo que la desvestía y se apoderaba de ella:

- No sé yogar estando tapado, aunque sea sólo por la sábana, para cuanto demás vestido. ¿De qué te avergüenzas, mi bien? ¿No se casa la gente para eso mismo? Y aunque así no fuera, yogar es cosa de Dios, fue Él quien mandó que se yogara. «Id a yogar por ahí, hijos míos, id a hacer un nene», dijo Él, y fue una de las mejores cosas que dijo.

- Por lo que más quieras, Vadinho, no seas hereje...

Y Flor se envolvía en una colcha roja. Todo en aquel cuarto era excitante: en las paredes, cuadros de mujeres desnudas, reproducciones de dibujos en los que los faunos perseguían y violaban a las ninfas, y un espejo inmenso frente al lecho. El tal Mario era un viva la Virgen, y había creado una atmósfera pecaminosa, con perfumes en el tocador y bebidas heladas. Flor sentía que un escalofrío le recorría el vientre.

- Si Él quisiera que uno no yogase, iba y hacía a todo el mundo capado y los nenes nacerían huérfanos de padre y madre... No seas tonta, deja esa colcha...

Levantó la tela roja y Flor floreció en la blancura de la sábana. Vadinho exclamó con alegre sorpresa:

- Pero la tienes pelada, mi bien, casi pelada... ¡Qué cosa loca y más linda...!

- ¡Vadinho...!

Él le cubrió las vergüenzas con su cuerpo y ella cerró los ojos. Estalló el aleluya sobre el mar de Itapoá; llegó la brisa en los ayes del amor, y, en un silencio de peces y sirenas, la voz jadeante de Flor en aleluya. En el mar y en la tierra, aleluya; en el cielo y en el infierno, ialeluya!

Aquel día por la mañana Flor había salido a ayudar a doña Magá Paternostro, la ricacha que fuera alumna suya, a preparar un almuerzo de cumpleaños, una comilona para más de cincuenta personas, además de dulces y salados para la tarde. De allí salió para encontrarse con Vadinho... y sucedió lo que tenía que suceder. Doña Rozilda la imaginaba en la cocina de doña Magá y ella estaba perneando con Vadinho en Itapoá.

Desde aquel día la vida de Flor fue un puro inventar pretextos para volver a ir con Vadinho a la casita de la playa. Recurría a las amigas y a las alumnas: «Si mamá pregunta si salí contigo, dile que sí.» Y así lo hacían, pues todas le tenían cariño y muchas eran simpatizantes activas de su causa. Después de la clase, alguna de ellas anunciaba:

- Voy a invitar a Flor a la *matinée*, la pobre necesita olvidar...

Y parecía estar olvidado, pensaba con alivio doña Rozilda. En los últimos tiempos Flor ya no ponía cara ceñuda, y había desistido de permanecer encerrada en el dormitorio a la espera de ver aparecer al sinvergüenza en la calle para asomarse ostensivamente a la ventana, en abierta provocación, mientras el no- sé- cómo- llamarle se demoraba conversando en la puerta de la negra Juventina.

Esa peste y otras descaradas de la vecindad hacían de alcahuetas de los enamorados, de correveidiles. Doña Rozilda les tenía ojeriza, algún día se las iban a pagar con intereses. Desde su ventana, Flor le tiraba cartas y le

mandaba besos con la punta de los dedos. Hasta que doña Rozilda perdía la cabeza y explotaba en denuestos contra la hija y el festejante, mientras el muy cínico se reía en la esquina.

En los últimos días, no obstante, doña Rozilda percibió señales de mudanza. La actitud de Flor ya no era la misma, ya no cantaba *modinhas* tristes ni tenía siempre en la boca el asqueroso nombre del galán y él, incluso, dejó de aparecer por la calle. Flor volvió a sonreír, a dar los buenos días, a responder cuando doña Rozilda le dirigía la palabra.

En la Baixa dos Sapateiros, la eventual amiga le recomendaba al despedirse:

- ¡Juicio, hein! - y se reía con aire de complicidad.

También se reían Flor y Vadinho; se zambullían en un taxi - siempre el mismo, propiedad de Cígano, chófer de plaza y viejo amigo del mozo- y partían a toda velocidad rumbo a Itapoá con las manos entrelazadas, robándose besos por el camino. Cígano los iba a buscar de vuelta al llegar el crepúsculo y regresaban, sin apuro, la cabeza de Flor reposando en el hombro de Vadinho, sus negros cabellos a merced de la brisa, y una lasitud, una ternura, un deseo de seguir juntos... ¿Por qué tenían que separarse?

Él, cada vez más exigente, clamaba por pasar una noche entera con ella. Ya no le bastaba con tenerla junto a sí y poseerla; quería adormecerse al ritmo de su respiración, dormir en la vecindad de su sueño. También Flor deseaba esa noche íntegra, esa posesión más allá de los límites del reloj, de las horas contadas y cada vez más breves para su anhelo.

- Pero... - le dijo una tarde, cuando él insistió- si yo pasara la noche fuera ya no podría volver a casa...

- ¿Y para qué volver? Nos unimos y se acabó. Lo que pasa es que tú no quieres resolver las cosas de una vez, no sé por qué...

- ¿Y adonde voy a ir hasta que nos casemos?

Acordaron que iría a vivir con los tíos Lita y Porto, a la casa de Río Vermelho, que era un segundo hogar para Flor. Una vez decidido esto, ella, al día siguiente, después de la clase, se encerró en su cuarto, juntó sus cosas y llenó dos maletas y un baúl. Después cerró la puerta y se fue, diciendo que iba al Mercado de Yansá, en la Baixa dos

Sapateiros. Allí la esperaba Vadinho con el taxi. Y una vez más los llevó Cígano, pero no volvió a buscarlos hasta la mañana siguiente.

A una conocida que llegó en busca de novedades y costuras, doña Rozilda le dijo:

- Flor salió a hacer unas compras. Está al volver... Felizmente ya no habla más del tipo, está menos enojada...
- Acabará olvidando..., siempre es así...
- Tiene que olvidar, quiera o no quiera...

La visitante se quedó conversando; doña Rozilda le contó algo sobre una familia que acababa de instalarse en la ladera, gente de Amargosa.

- Bueno. Flor tarda en llegar, me voy. Recuerdos...

Y doña Rozilda se quedó solita, esperando, al principio un tanto preocupada, más tarde inquieta, y al llegar la noche teniendo ya la certeza absoluta de que Flor había perdido la cabeza y se había ido de la casa. Con un cortaplumas forzó la cerradura del cuarto y vio las maletas hechas y el baúl repleto. La hipócrita la había engañado, comportándose como si hubiera roto con el canalla para poder salir, enloquecida, y desgraciarse. Doña Rozilda dejó la luz encendida toda la noche, el rebenque al alcance de la mano. ¡Ah, si tuviera el atrevimiento de volver...!

Cuando al día siguiente, antes del almuerzo, aparecieron la hermana y el cuñado - Porto no sabía dónde meter las manos- , hizo toda una escena, arrancándose los pelos, fuera de sí:

- No quiero saber nada... Aquí no entra una mujer perdida, el lugar de las putas es el burdel...
- Haz el favor de respetarme. Flor está en mi casa y mi casa no es un burdel. Si no te importa la felicidad de tu hija, es cosa tuya. A mí y a Thaes nos importa mucho. Vine para decirte que Flor se va a casar. Si quieres, el casamiento se hace aquí, para que todo esté correcto y en orden como debe ser. Si no quieres, se hace en mi casa y con mucho gusto...
- Las mujerzuelas no se casan, se arriman...
- Escucha, mujer...

De nada sirvieron la dialéctica de la tía Lita y la silenciosa presencia de tío Porto. Ni asistiría al casamiento ni daría su conformidad, que consiguieran una autorización del juez, si

querían, revelando toda la tramoya, exhibiendo la deshonra de la ingrata. Que no contaran con ella para encubrir la trapisonda, para tapar el traspié de la desvergonzada.

Y al día siguiente se fue a Nazareth, en donde el hijo la recibió sin entusiasmo. Héctor también pensaba casarse y seguía soltero sólo porque el sueldo no le alcanzaba para el matrimonio. Pero estaba dispuesto a hacerlo en cuanto lo ascendieran y pudiera ahorrar algo. Ya tenía en vistas a una novia: una ex alumna de Flor, aquella de los ojos húmedos, llamada Celeste.

13

Camino del Sodré, yendo a ver una casa que se alquilaba, Flor se encontró con otra ex alumna suya, doña Norma Sampaio, digna señora, esposa de un comerciante de la Cidade Baixa, persona muy alegre y amiga de novedades, lindota, de cuya bondad natural y generoso corazón ya se dio antes noticia. Vivía en la vecindad.

La casa correspondía a las necesidades de Flor, pues servía para vivienda y escuela, y además era de un precio relativamente bajo. «Entonces considérese desde ya inquilina», le aseguró doña Norma. El propietario del inmueble era un conocido suyo y con toda seguridad le daría preferencia. Que lo dejase de su cuenta, que no se volviese a preocupar más.

Durante todo ese trance encontró en doña Norma comprensión y consuelo. La ex alumna se hizo cargo de los diversos problemas de la muchacha y contribuyó a su solución, resolviéndolos todos.

Para comenzar, levantó su abatida moral. Flor le hizo un minucioso relato de cuanto había pasado. A doña Norma le gustaba saborear los detalles, que no le vinieran con una historia contada a las carreras, saltando partes. Flor sufría al pensar que todo el mundo se había enterado de su mal paso («mal paso» era la expresión usada por la tía Lita, delicadamente), como si llevara el estigma de la mentira estampado en el rostro: una mujer sin vergüenza, que ya sabía cómo era un hombre y se fingía doncella soltera.

- Bueno, nena, deja de ser tonta... ¿Quién sabe que te

entregaste? Cuatro o cinco personas, media docena como máximo, y se acabó... Si quisieras hasta podrías casarte con velo y guirnalda..., ¿quién iba a reclamar? Tu madre se fue de viaje; ella sí

que era capaz de venir a hacerte un escándalo a la puerta de la iglesia...

Flor no podía ocultar su vergüenza. Procedió mal, pero no le quedaba otro remedio. Para doña Norma todo ese horror se reducía a nada:

- Eso de dar algo antes de casarse sucede a cada dos por tres y entre las mejores familias, querida mía...

Y hacía desfilar un extenso y curioso noticiario, con consoladores ejemplos. La hija del doctor Fulano, ése de la Facultad, ¿no se había entregado a un amigo del novio en las vísperas del casamiento, rompiendo el compromiso, huyendo con el otro y casándose con él a las apuradas? ¿Y no pertenecía actualmente a la flor y nata de la sociedad, apareciendo su nombre en los diarios?: «Doña Zutana recibió a sus amigos..., etcétera...» Y aquella otra Fulanita, hija del juez, ¿no fue encontrada en el acto de entregarse a su novio - ésa por lo menos se entregaba al novio propio - por detrás del Farol da Barra? El guardián los sorprendió en flagrante delito, sólo que no los llevó a la policía porque el diligente caballero le dio una buena coima. Pero le mostró a medio mundo la bombacha de la pecadora, que por lo demás era una preciosidad de encaje negro. Sin embargo, a pesar de esa exhibición de sus ropas íntimas, ella no dejó de casarse con velo y guirnalda, y llevando un vestido de bodas bellísimo, pues la fulana tenía gusto y dinero. ¿Y aquella otra - cuyo padre era un matamoros que ni doña Rozilda le ganaba, y que tenía a las hijas en un puño, con unos retos tremendos, asustadas, presas en casa - , y que fue sorprendida en Ondina, en medio de la espesura, con un hombre casado, un compadre de sus padres? Después se casó con un pobre diablo y ahora se acostaba con todo el mundo a más no poder. «Cuanto más mejor», era su lema. Se daba a los solteros y a los casados, a los conocidos y a los desconocidos, a ricos y pobres. «Muchas mujeres, hija mía, sólo no se dan antes de casarse porque no saben que es tan bueno o porque el novio no lo pide. Finalmente, antes o después, ¿quieres decirme qué

diferencia hay?» La amiga no sólo aminoraba su falta para darle ánimos, sino que la ayudó y dirigió en las compras indispensables para hacer habitable la casa, aconsejándola en la elección de muebles y utensilios. Entre ellos la cama de hierro con la cabecera y los pies forjados, comprada a Jorge Tarrap, negociante con tienda de antigüedades y cosas viejas en la calle Ruy Barbosa y, como no podía dejar de ser, amigo de doña Norma. Un buen sujeto, el tal Jorge; un sirio alto y colorado, casi apoplético, que al enterarse del casamiento de Flor en fecha cercana le dio de yapa, como regalo, media docena de copas para licor. Doña Norma contribuyó con un par de toallas de baño y de cara, toallas de Alagoa, de primera. Y le cedió por lo que le había costado hacía mucho, o sea, casi gratis, una sensacional colcha de raso azulhortensia con ramos de glicinas estampados en lila, un monumento de elegancia. Doña Norma la había llevado en el pomposo ajuar de sus propias bodas como su mejor gala, y era regalo de unos tíos residentes en Río. Pues bien, el maníaco de don Sampaio le había tomado tirria a la colcha; según él, el lindo azulhortensia era un rojo fúnebre y consideraba que la prenda era un trapo que sólo servía para cubrir ataúdes. Por causa de la maldita colcha casi se pelean en la misma noche de bodas. Si ella, doña Norma, no hubiese estado aquel día muerta de curiosidad por lo que iba a pasar, habría reaccionado contra los gruñidos e insolencias de don Sampaio. Él no se había conformado hasta que no se guardó el cobertor, y para siempre. Nunca más volvió a usarse, estaba prácticamente sin estrenar, y en la calle Chile costaba un dineral.

Hablando de colchas: la única contribución de Vadinho al ajuar fue una colorida colcha de retazos. Era obra colectiva de las pupilas del burdel de Inácia, una mulata de cara picada por la viruela, la más joven *madama* de Bahía, pero no por eso la menos experimentada. De vez en cuando, Vadinho se hacía presente en su lecho, permaneciendo encamado en él durante días y aun semanas. No era culpa suya si su contribución era tan pequeña en proporción a los infinitos gastos a que hubo que hacer frente y en los cuales los ahorros de Flor, ahorros que representaban años de trabajo, fueron rápidamente consumidos. Mucho había

deseado Vadinho hacerse cargo de todos los gastos o de su mayor parte y mucho se esforzó para lograrlo. Nunca lo habían visto los amigos tan nervioso y persistente en las mesas de ruleta. Pero el diecisiete - su número- no se daba: era como si hubiese sido retirado de la numeración. También lo intentó en el grande y en el chico, la ronda y en el bacará, pero la suerte arreciaba en contra, tenía una mala sombra de todos los diablos. Se esforzó hasta el punto de no quedarle a quién arrinconar para darle un sablazo, a quién pedirle prestado, viéndose obligado a recurrir a la propia novia, sacándole un billete de cien.

- No es posible que la mala suerte continúe, querida. Esta madrugada vengo con una carroza llena de dinero y te vas a comprar medio Bahía, sin olvidar una docena de botellas de champán para el día de casorio.

No trajo ni el dinero ni el champán. Estaba verdaderamente de mala suerte, ¿hasta cuándo iba a durar la mala racha?

Así pues, sólo hubo champán en el casamiento civil, que se hizo en casa de los tíos. Thales Porto abrió una botella y el juez brindó con los desposados y la familia. También fue sencillo y rápido el acto religioso, al que asistieron, además de tía Lita y tío Porto, sólo algunas amigas íntimas de Flor, don Antenor Lima y doña Norma, claro está. Doña Magá Paternostro, la millonaria, no pudo ir, pero por la mañana mandó una batería de cocina, ése sí que era un regalo útil. Por parte de Vadinho fue sólo el director del Departamento de Parques y Jardines de la Prefectura, al cual el remiso funcionario, tomando el matrimonio como pretexto, había sableado igual que a los colegas; también estaban Mirandão y la esposa, una señora flaca y rubia, avejentada, y Chimbo. La presencia del delegado auxiliar motivó que Thales Porto comentase con doña Lita que no todo era cuento en la historia que habían tramado los dos pájaros para embaucar a doña Rozilda. Por lo menos el parentesco de Vadinho con el importante Guimarães, por lo menos eso, no era inventado.

Celebró la ceremonia religiosa, gracias a un pedido de doña Norma, el capellán de Santa Tereza, don Clemente. Vadinho exhibió su llamativa elegancia de cabaret, y Flor estaba toda de azul, sonriente, los ojos bajos. Doña Norma no consiguió convencerla para que fuese de blanco, con

velo y guirnalda: la boda no tuvo coraje. Mirandáo llevó las alianzas, conseguidas en préstamo sobre la hora. En la víspera se hizo una colecta en el Tabaris, juntando el dinero necesario para que Vadinho pagara los anillos, ya elegidos en la joyería de Renot. Media hora después el joven perdió hasta el último centavo en la casa de Tres Duques. Aun así, hubiera podido conseguirlas al fiado si las hubiese ido a buscar. El joyero, con toda su fama de experto, no conseguía resistirse a la labia del mozo, y más de una vez le había prestado dinero.

Pero, fatigado por la noche entera en blanco, Vadinho se quedó durmiendo toda la mañana, saliendo luego a toda prisa para Río Vermelho en el taxi de Cígano.

Cuando ya abandonaban la iglesia, surgió el banquero Celestino llevando en la mano un ramo de violetas. Lo presentaron a Flor, ahora doña Flor, como corresponde a una señora casada. El banquero le besó la mano y se disculpó por el retraso con que llegaba y que se debía a que acababa de recibir la noticia, ni siquiera tuvo tiempo de elegir un regalo. Discretamente, le puso un billete a Vadinho mientras los invitados, comenzando por Chimbo y don Clemente, se acercaban deseosos de presentar sus saludos al capitoste.

Los recién casados se despidieron en el patio del convento. Sólo doña Norma los acompañó hasta el nuevo domicilio, en cuya fachada ya estaba puesto el cartel de la Escuela de Cocina Sabor y Arte. En la puerta de la casa, doña Flor invitó a la vecina:

- Entre y conversamos un poco... Doña Norma se echó a reír con malicia:

- Ni que yo fuera una tarada... - y, apuntando a las nubes oscuras que había sobre el mar- : Está llegando la noche, es hora de dormir...

Vadinho estuvo de acuerdo:

- Habló poco y lo dijo todo, vecina. Aunque para ese asunto yo tengo buena disposición a cualquier hora, con sol o de noche, me es igual, y no cobro extra...

Y abrazando a doña Flor por la cintura se fue con ella por el pasillo, mientras iba desabrochándola y desvistiéndola apresuradamente.

Al llegar al dormitorio la echó sobre la colcha azul-

hortensia, quitándole la combinación y la bombacha. Doña Flor quedó tendida en el lecho, desnuda. Las primeras sombras del crepúsculo sobre sus senos erguidos.

- ¡Cruz Diablo...! - dijo Vadinho-. Esta colcha que te regalaron, mi bien, parece una mortaja. Saca eso de la cama, peladita mía, y trae la de retazos, que sobre ella vas a parecer todavía más cachonda. La otra guárdala para empeñarla..., deben dar un dineral por ella...

Sobre la colorida colcha de retazos, desnuda y sin recato, sólo cubierta por la penumbra del atardecer, estaba doña Flor, finalmente casada. Doña Flor con su marido Vadinho; lo había elegido ella misma, sin prestar oídos a los consejos de las personas de más experiencia, y contra la expresa voluntad de su madre. Incluso se había entregado a él antes de casarse, sabiendo quién era. Quizá fuese una locura, pero si no la hubiese hecho no habría podido vivir. Estaba como consumida por un fuego que le llegaba de la boca de Vadinho, de su aliento, mientras sus dedos le quemaban la carne como llamas. Ahora, ya casados, él la desvestía con pleno derecho, y le sonreía, acostado junto a ella en el lecho de hierro, mirándola. Su hermoso marido, con las piernas y los brazos cubiertos por un vello dorado, una maraña de pelo rubio en el pecho y la cicatriz del navajazo en el hombro izquierdo, negra y sin pelo. Tendida junto a él, doña Flor parecía una negra; negra y pelada. También estaba desnuda por dentro, muerta de deseo, temblando, con prisa, como si Vadinho le estuviera desnudando el alma. Él no cesaba de decirle cosas, disparates.

Yogaron hasta no poder más, y entonces ella tomó la colcha y se cubrió, adormeciéndose. Vadinho sonreía y le hacía *cafuné*. Vadinho, su marido. Bello y viril, tierno y bueno.

Doña Flor despertó a altas horas, cuando el reloj marcaba las dos de la mañana. Vadinho no estaba en la cama. Se levantó y salió a buscarlo por la casa. Pero él había desaparecido: había ido a jugarse el dinero obsequiado por el banquero. En la misma noche de bodas. Era demasiado. Y doña Flor vertió las primeras lágrimas de casada, revolviéndose en la cama, loca de rabia, crujendo los dientes de deseo.

Habían transcurrido siete años entre aquellas primeras lágrimas derramadas por doña Flor en la noche de bodas y las que vertió en la triste mañana del domingo de carnaval, cuando Vadinho cayó sin vida en medio de una *samba de roda*, entre máscaras y comparsas. Y, como bien dijo doña Gisa - señora que llamaba las cosas por su nombre, con intención y con exactitud y oportunidad- , ante el cuerpo del mozo extendido sobre el empedrado del Largo Dois de Julho, muerto irremediabilmente, para siempre:

- Mucho lloró durante estos siete años por sus insignificantes pecados y por los del marido (una pesada carga de culpas y fechorías), y aún le sobraban lágrimas, lágrimas de vergüenza y de sufrimiento, de dolor y de humillación.

Derramadas principalmente de noche. Noches desiertas, sin la presencia de Vadinho, noches de insomnio esperando, que se hacían largas, como si la aurora se retirase hacia las fronteras del infierno. A veces la lluvia repiqueteaba monótonamente en el tejado, y el frío reclamaba el cuerpo del hombre, la calidez de un pecho velludo, el abrigo de unos brazos fuertes. Doña Flor estaba en vela. Imposible dormir: el deseo de tenerlo a su lado era como una herida abierta. Estremecida, entre escalofríos, sumida en la tristeza y el desconsuelo, pasaba las noches en vela, en aquella cama en la que sólo había ansiedad y abandono.

Cuando Vadinho estaba con ella, ¡ah!, con Vadinho allí no había frío ni tristeza. De él surgía un calor alegre que le subía a ella desde las piernas hasta la cara, y la noche se desplegaba jubilosa. Doña Flor se sentía agasajada y de fiesta, y un poco irresponsable, como si hubiera bebido un vaso de vino o una copa de licor. La compañía nocturna de él la alegraba como un vino de aroma embriagador. ¿Cómo resistir a la seducción de aquella boca, de sus palabras, de su lengua? Eran noches de exaltado ímpetu, mágicas noches de aleluya.

Pero eran pocas esas noches en que lo tenía para sí, en que no salía después de cenar, y se recostaba en el diván, la

cabeza en su regazo, oyendo la radio, contándole historias, acariciándola atrevidamente con la mano, jugando con ella, tentándola. Y después, temprano, la larga cabalgata en la cama de hierro.

Ocurrían muy de tarde en tarde. Cuando él, por un capricho repentino e imprevisible, abandonaba durante tres, cuatro días, o toda una semana, la farra, la jarana, la *cachaca* y el juego, y se quedaba en casa. La mayor parte del tiempo durmiendo, o rebuscando en los armarios, o tomándose el pelo a las alumnas, o arrebatando a doña Flor para ir al lecho, cualquiera que fuese la hora, incluso en las más impropias e indiscretas. Ésos eran días cortos y plenos, en que el veleta andaba revolviéndolo todo, y sus carcajadas resonaban en el pasillo, hablando desde la ventana con los vecinos, oyendo los rezongos de doña Norma o enredándose en largos mano a mano con doña Gisa, llenando de vida y alegría el hogar y la calle. Se podían contar con los dedos esas noches enteras de vértigo y euforia, de risa incontenible y de cosquillas, *cafunes*, palabras cariñosas y el estruendo de los cuerpos en la cama de hierro. «Mi dulce de coco, mi flor de albahaca, mi cachucha pelada, tu cosita es mi panal de miel», le decía él. ¡Ay, las cosas que decía! ¡Ni te cuento, hermanito!

En cambio, se repetían en infinito rosario las noches de espera. Noches en que doña Flor dormía sobresaltada, despertando al menor ruido, o en las que no dormía nada, apoyada contra el respaldo de la cama, llena de ira y dolor, hasta adivinar sus pasos todavía lejanos y finalmente oír la llave dando vueltas en la cerradura. Por la manera en que abría la puerta ella sabía con cuánta *cachaca* andaba y cómo le había ido en el juego. Cerraba los ojos y fingía estar dormida.

A veces llegaba de madrugada y ella lo recibía con ternura, meciendo su sueño tardío. Con la cara fatigada, débil la sonrisa, él se ovillaba en la concavidad de su cuerpo. Doña Flor se tragaba las lágrimas para que Vadinho no se diera cuenta de su llanto, no percibiera su tristeza: él ya tenía preocupaciones de sobra, y sus nervios estaban rotos por las emociones de la batalla contra el azar. Venía casi siempre en copas y a veces borracho, y se quedaba dormido de inmediato, no sin antes recorrer su cuerpo en

una larga caricia con la mano y murmurar: «Mi negra pelada, hoy me enterré, pero mañana tiro la casa por la ventana...» Y doña Flor continuaba velando y deseándolo, sintiendo contra el suyo el cuerpo de Vadinho que se estremecía en sueños, insistiendo en seguir jugando, en continuar perdiendo. Y comenzaba a gritar números, sumido en la maldición de la ruleta: «Diecisiete, dieciocho, veinte, veintitrés», sus cuatro números fatales. O exclamaba con rabia: Salió la «gata». Flor iba siguiendo las alternativas de su sueño y lo sentía apostar a la «liebre francesa», mejor dicho al «grande y chico», y veía cómo el banquero se llevaba todas las fichas, pues había salido «gata». Acabó por conocer toda la nomenclatura, la jerga, la loca matemática y la secreta seducción de los intrínquilis del juego. De tal modo, en las madrugadas, ella lo protegía contra el mundo, contra las fichas y los dados, contra los croupiers, contra la mala suerte. Lo cubría, le daba calor con su cuerpo, y Vadinho, así dormido, era como una criatura rubia, como un niño grande.

También solía ocurrir que él no viniese, y entonces ella seguía esperando a lo largo del día y continuaba esperando durante la noche siguiente, sintiéndose podrida por tanta humillación. Al verla triste y silenciosa, las alumnas evitaban las preguntas molestas para no provocar turbadoras lágrimas de vergüenza. Entre ellas, comentaban con ásperas críticas la conducta y la mala vida del tramposo. ¿Cómo tenía coraje para hacer llorar a una esposa tan buena? Pero bastaba que él apareciera con su voz envolvente, sus bromas, su cinismo, y casi todas ellas se derretían, excitadas, sintiendo escozor en el rabo y en la papaya...

Durante el día Vadinho multiplicaba sus esfuerzos y sus correrías, a veces desesperado, a fin de conseguir el dinero necesario para el juego: en la mesa de ruleta no hay fiado, la ficha sólo puede comprarse al contado. Rondaba por los bancos, dando vuelta en torno a los gerentes y subgerentes, en busca de garantía para que le descontasen un pagaré; tratando con astucia de ablandar y convencer a los hipotéticos garantes del documento, o arrancar casi a la fuerza, y a costa de intereses absurdos, unos centenares de «mil- réis» de las uñas avaras de un usurero. Era capaz de

pasar una tarde entera junto a un tacaño cualquiera, de esos que no sueltan fácilmente el fajo; y hasta encontraba cierta satisfacción en derrotarlos y ver cómo finalmente tomaban la pluma y ponían la firma en el documento, ya sin fuerzas para seguir resistiendo. Le daba lo mismo que fuese el aval de un documento o dinero en efectivo. Por lo demás, los más avisados resolvían el asunto del siguiente modo: Vadinho aparecía con un pagaré por un *contó* pidiendo un aval y la víctima le soltaba un billete de cien o de doscientos mil- réis para librarse de él. De otro modo corría el riesgo de firmar el documento y a los treinta o a los sesenta días encontrarse con un pagaré vencido e incobrable. Un riesgo serio, porque Vadinho no le daba a nadie la papa en la boca. Para resistir su verbo era necesario algo más que avaricia, era preciso ser un empedernido, de incommovibles convicciones ideológicas, un insensible a los dramas de la vida, un fanático, un sectario sin corazón, como el italiano Guilherme Ricci, de la Ladeira do Taboão, de legendario amarretismo, el cual se mantuvo impávido durante años, resistiendo todos los ataques de Vadinho.

Otro que logró resistir brillantemente fue el librero Dmeval Chaves, que por entonces era todavía un simple gerente de la librería y no el ricachón que es hoy. Pero un día se le pegó por la mañana temprano, luego almorzaron juntos, y continuaron la tenida por la tarde: lo estuvo ablandando durante seis horas seguidas, tiempo controlado por Mirandão en su auténtico reloj suizo. Hasta Dmeval se rindió:

- Te juro, Vadinho, que éste es el primer pagaré que yo avalo en mi vida...

- Pues comienzas bien, mi viejo, no podías comenzar mejor. Es un estreno de primer orden, ahora no hay más que continuar. Además, quien avala una vez un documento mío ya no para más, le toma gusto...

Y salió corriendo para el banco, dejando al gordo gerente con la boca abierta, apoyado sobre el mostrador de la librería, turulato, sin alcanzar a comprender la razón de su insensato gesto, sin poderse explicar por qué había cometido el disparate de firmar.

En los tiempos en que había juego por la tarde y por la

noche en el Tabaris, Vadinho ni siquiera iba a cenar a casa. Comía cualquier tontada, un *carajé*, un *abará*, un sandwich, y cenaba más tarde, de madrugada, cuando se cerraba la última puerta en el último tugurio... Los más retrasados - Giovanni, Anacreon, Mirabeau Sampaio, Media Porción, el negro Arigof, elegante como un príncipe de novela rusa- , salían en grupo hacia la Rampa del Mercado, las Sete Portas, la casa de Andreza, o iban a una tasca cualquiera donde hubiera un *carurú de fólhas*, un *vatapá* de pescado, cerveza helada, *cachaca* pura.

Cuando por casualidad iba a cenar a la casa era para salir inmediatamente, antes de las nueve, siempre con apuro. Así se frustraban siempre las esperanzas que albergaba doña Flor de verlo llegar de la calle y, como los maridos de las otras, ir a ponerse cómodo, vestir el pijama, leer los diarios, comentar la jornada, tal vez ir con ella de visita o al cine. ¿Cuánto tiempo pasaba ella sin ir al cine? Era preciso que doña Norma la arrastrara a alguna *matinée*, pues de lo contrario, con Vadinho eran tan raras las veces - raras e inesperadas- que salían juntos, que solían pasar meses sin hacerlo. Sin embargo, nunca cesó de preguntarle, cuando él se quitaba el saco y se aflojaba el nudo de la corbata:

- Hoy no sales, ¿no? Vadinho sonreía antes de responder:
- Salgo, pero vuelvo en seguida, querida. No tardo nada, tengo un compromiso, pero es algo rápido... - respondía invariablemente.

A veces llegaba antes de la cena, pero con otra finalidad. Eso ocurría en los días de derrota total, cuando al caer la tarde no había conseguido nada, cuando todas sus tentativas habían terminado en un fracaso absoluto, cuando le fallaba el palpito en la quiniela, los gerentes de los bancos se mostraban inflexibles y los garantes inabordables, cuando no tenía ya nadie a quien sablear. En esos días malditos llegaba hecho un basilisco. Él, que era siempre tan glotón, tan aficionado a saborear los manjares de doña Flor y sus recetas sin igual; esas tardes comía en silencio, inquieto; y comía poco, a todo vapor, sin prestarle atención a la comida. Lanzaba miradas calculadoras a su esposa, como para medir su humor, su receptibilidad. Y es que venía a pedirle dinero, siempre prestado, claro está, con formales promesas de pago, todas sin cumplir hasta

hoy. Ella terminaba por darle algo, por las buenas o por las malas; en ciertas ocasiones de un modo forzado, doloroso e incluso sórdido. Eran los días en que aparecía lo peor de Vadinho, cuando surgían en él la brutalidad y la furia, cuando su encanto y su gracia dejaban lugar a una cruel estupidez.

Doña Flor conocía sus malas intenciones incluso antes de que él pronunciara una sola palabra. Llegaba irritado por el fracaso de la calle, con un malhumor sordo que se le traslucía en el rostro. Por aquellos años ella ya había aprendido a conocerlo hasta en los más mínimos detalles, desde el peso y la cadencia de su paso, hasta el brillo engañoso de sus ojos cuando miraba a una mujer cualquiera, o a las alborotadas alumnas, o al escote de doña Gisa; o, yendo con doña Flor por la calle, a todas las que pasaban, desvistiéndolas más o menos según ellas lo merecieran por bonitas o por feas. Por las tardes, Vadinho se multiplicaba en busca de fondos para las apuestas y luego venía a cenar, unas veces cariñoso, otras iracundo; y al llegar la noche rumbeaba de nuevo hacia su sombrío destino. ¿Sombrío? Este adjetivo no se podía aplicar al carácter de Vadinho; calificativos de esa naturaleza, tan solemnes y lúgubres, no correspondían a la realidad. Destino nocturno sí, pero no sombrío. Con él no concordaban las sombras y las oscuridades, las angustias y los dramas tan gratos a los promotores de las virtuosas campañas contra el juego. A él no le temblaban las manos al depositar las fichas ni aullaba de remordimiento al llegar la madrugada. Sin duda era angustioso el momento en que la bolilla giraba en la ruleta, y su corazón se llenaba de ansiedad; pero era una angustia agradable. Jamás tuvo ni siquiera el asomo de una idea suicida; nunca un noble remordimiento desgarró su pecho y jamás se sintió acusado por la voz trágica de la conciencia. Era inmune a toda esa espantosa serie de horrores que atormenta la vida de los desgraciados que se dejan dominar por el vicio de la timba. Es una pena, pero ¿qué le vamos a hacer, si era así? Es imposible presentar a Vadinho bajo esa luz tan simpática: como a un jugador acorralado por un destino irrevocable, odiándose a sí mismo, queriendo librarse y no pudiendo, y por último redimiéndose al pegarse un tiro en la sien a la

salida del casino.

Era el suyo un destino intenso y rudo, un destino de macho, ciertamente. Ningún flojo hubiera podido aguantar esa lucha de cada noche, de cada instante de cada noche; pero Vadinho nunca había considerado esa emocionante batalla como una serie catastrófica de crímenes y remordimientos, como una desgracia siniestra e irremediable. ¿Siniestra? Su vida era variada y divertida. ¿Irremediable? Siempre había alguien que le prestaba dinero; es increíble que hubiera tanta gente dispuesta a hacerlo. ¿Quién sabe si no lo hacían para de ese modo arriesgarse a jugar sin tener que ir a los casinos prohibidos, a los tugurios de mala fama? Era el suyo, en fin, un destino de hondas y excitantes emociones. Como por ejemplo aquella noche de agosto que comenzó tan mal: él intentando sacarle el dinero a doña Flor, y ella resistiéndose (era el dinero del mercado) y luego la discusión, los insultos, las recriminaciones, los gritos y las ofensas. Por último, le había soltado unos miserables treinta mil- réis, con los que Vadinho inició su marcha triunfal. Cuando él llegó al Abaixadinho los dados rodaban en la «liebre francesa». Vadinho puso diez mil- réis al grande - sólo apostaba al grande- y comenzó el chorro. Salió el grande, créase o no, catorce veces seguidas y Vadinho apostándole siempre, rodeado por una nerviosa aglomeración de jugadores y meretrices, dispuesto a seguir jugando al grande hasta el fin de los siglos. Cuando lo supo Mirandáo, que estaba en la otra sala jugando a la ronda, fue corriendo a buscarlo como loco:

- No sigas, por el amor de tus hijos, que la suerte va a cambiar.

Vadinho no tenía hijos y desde luego no tenía intención de dejar el juego, pero Mirandáo, que sí los tenía, echó mano a las fichas y las retiró él mismo, empujando a su amigo y sacándolo de allí. A tiempo, pues se dio el pequeño, después la «gata», de nuevo el pequeño y «gata» otra vez, mientras Vadinho salía de allí en la opulencia, y contra su voluntad. Esa noche, con los bolsillos repletos, mientras recordaba la escena en que doña Flor le dijera, entre sollozos: «Tú no andas bien, no vales para nada y no me quieres ni una migaja», estaba resuelto a llegar a casa

temprano y con un regalo rumboso, no una baratija cualquiera. Un collar, un anillo, una pulsera, una joya de valor.

Mas ¿dónde adquirirla, si a esa hora los comercios estaban cerrados? Quién sabe - reflexionaba Mirandáo- , quizá podríamos conseguir algo vistoso entre las pelanduscas de «la zona». A veces las mujeres de la vida reciben valiosos presentes; cuando están metidas con un coronel del cacao o un hacendado del sertón, se aprovechan para llenar la media, y algunas hasta dejan de hacer la vida, estableciéndose con salones de belleza o *boutiques*. Mirandáo conocía dos que terminaron por casarse y se convirtieron en honestísimas señoras.

Los dos amigos iniciaron la búsqueda corriendo de la ceca a la meca, de cabaret en cabaret, de burdel en burdel, de pensión en pensión, y adonde quiera que llegaban iban volteando cervezas, o bebiendo vermut o coñac e invitando a todas por cuenta de Vadinho. Sacaron a luz y revolvieron las pobres pertenencias de decenas de chicas, no encontrando más que bisuterías de metal cromado, vidrio de color, latón... y la noche que se iba.

«Quiero llegar temprano, darle una sorpresa completa», decía Vadinho, apurado, lleno de prisa, gozando por anticipado con la cara que iba a poner doña Flor al verlo llegar antes de medianoche con un regalo en la mano. Sólo necesitaba encontrar un chiche valioso, que llenara el ojo, y no esas fruslerías de segunda mano. Finalmente encontraron lo que buscaban en la Ladeira de Sao Miguel, en el *boudoir* - como decía afectadamente Mirandáo- de Madame Claudette, cortesana ya acabada que iba sobreviviendo a costa de una pequeña clientela de estudiantes que la frecuentaban debido a su nacionalidad francesa y a sus difundidos refinamientos, todo muy parisiense y a bajo precio.

Era un collar de turquesa de un azul realmente tan hermoso que Vadinho y Mirandáo sintieron el impacto de su noble belleza y de su hechizo. Todo en oro labrado; la vieja buscona lo apretaba entre los dedos, como defendiéndolo. Era una joya de familia - les dijo la prostituta con aire confidencial- que ella trajo de Europa. La habían usado su abuela y su madre, y de ahí que fuera doblemente valiosa.

Sólo podía desprenderse de aquella preciosidad - recuerdo de un mundo perdido en Lorena, allá en su infancia- a cambio de una abultada cantidad de dinero. Sólo por mucho, mucho dinero. «Le petit Vadinho» seguramente no tuvo nunca una cantidad tan grande, y si algún día la tuviese no la iba a gastar en un adorno para una mujer. ¿Desde cuándo le había importado el dinero a Vadinho, Madame? Si hasta cuando andaba «limpio», en la miseria, sin nada, sin un centavo partido por la mitad - ni siquiera en esas circunstancias- le daba valor al dinero, y cuando lo buscaba con insensata ansiedad, era para tirarlo en la ruleta. Y mientras hablaba sacaba de los bolsillos llenos, impetuosamente, manojos de billetes, hasta que casi quedaron vacíos. Los ojitos de Madame Claudette se encendían de codicia detrás de su máscara de crema y polvo de arroz; la pobre momia se estremecía a la vista de los billetes de cien y de doscientos.

El taxi de Cícano lo dejó a la puerta de casa a las once y cuarenta, antes de la medianoche, como él quería. Doña Flor acababa de cerrar los ojos y comenzaba a resoplar brevemente, cuando él estaba ya en el cuarto dándole un tirón a la sábana que cubría el cuerpo de la esposa y poniéndole las fulgurantes turquesas entre los senos turgentes, mientras se reía con aire divertido:

- Y tú no me querías prestar dinero, doña loca... - y desparramaba los billetes por la cama, pues aún le habían sobrado más de dos *contos de réis*.

¿Cómo utilizar la expresión «sombrío destino» para referirse a quien era tan alegre jugador, a quien sabía sonreír por igual ante la buena o la mala suerte, embrujado por la alegría de vivir?

Quizá fuese sombrío su destino en opinión de doña Flor, desde su punto de vista, desde su puesto de observación, o, para mayor exactitud, desde su puesto de espera. Sombrío para doña Flor, siempre esperando en el lecho.

Esperándolo durante siete años, toda una vida. Muchas lágrimas derramó doña Flor en esos años. También fue mucho lo que gozó yogando; los dulces momentos de ternura y posesión bien podrían compensar las horas amargas de ausencia y humillación. Un día, doña Gisa, con sus humos de psicóloga, psicoanalista, psicógrafa y otros

inventos norteamericanos, le dijo que ella, doña Flor, estaba casada con un ser excepcional. No excepcional en el sentido que doña Flor le daba al término, como sinónimo de grande, de mayor, de mejor de todos. Nada de eso. Excepcional en su significado de diferente, de fuera de lo normal, de alguien que no encajaba en los moldes comunes ni se podía circunscribir a los límites de una vida cotidiana mediocre y monótona. ¿Era doña Flor capaz de entenderlo y ser feliz con él? Tretas de doña Gisa - se decía doña Flor-, sin duda buena amiga, pero una literata de los mil diablos, con la cabeza llena de cosas enrevesadas y unas expresiones que ni ella se entendía.

Doña Flor deseaba ser como todo el mundo y que su marido fuese como los otros maridos. ¿Acaso no tenía él un empleo en la Municipalidad, conseguido por su pariente rico, el doctor Airton Guimarães, Chimbo de sobrenombre? Ella lo quisiera así, viniendo del empleo directamente a la casa, los diarios bajo el brazo, y con un paquetito de bizcochitos o confituras, de *abarás* y *acarajés*, cenando a la hora debida como los otros; saliendo algunas noches con ella del brazo, a pasear, a gozar de la brisa de la luna; amante, jugando en la cama, temprano, antes de dormir, y en los días fijados para jugar...

Lo que no podía ser era lo que estaba ocurriendo: Vadinho llegando a cualquier hora, durmiendo con frecuencia afuera, seguramente en las cañas de las atorrantas, sus amigas de antiguos y renovados enamoramientos; o queriendo yogar con ella, y yogando, en horas tardías, en los momentos más absurdos, cualquiera que fuese el día, sin reloj ni almanaque. No tenía horario ni orden, ni tampoco un hábito establecido o un convenio tácito, o una costumbre compartida por ambos. Nada. Eso era vivir en medio de una anarquía insoportable: pasaba todas las noches en la calle, sin tener la menor noticia de él, mientras ella quedaba en la cama de hierro, con la espina de los celos, el agudo dolor de los cuernos y el pecho cargado de dolor y congoja. ¿Por qué las otras mujeres casadas hacían valer sus derechos ante el marido y ella no? ¿Por qué no era Vadinho como los otros? ¿Por qué no llevaban una vida sistemática y en orden, sin sobresaltos, sin chismes, sin enredos, sin la infinita espera? ¿Por qué?

Todo eso - la espera, el juego, la *cachaca*, las noches fuera de casa, los gritos, la violencia, la villanía- se convirtió en hábito a medida que fue pasando el tiempo, pero doña Flor nunca llegó a acostumbrarse por entero y habría de morir sin llegar a conseguirlo.

Por lo demás, fue él quien murió, en el carnaval. De ahí en adelante, ¡ah!, de ahí en adelante su deseo ya no tuvo siquiera derecho a la espera, a la expectativa, a la ansiedad. La ausencia de Vadinho tenía ahora otra dimensión. También era otra la calidad del sufrimiento. Ya de nada le serviría a doña Flor mantenerse alerta, a la escucha, atenta a cada ruido de la calle, con el corazón inquieto, latiendo sobresaltado. Ahora ya no tenía que esperar, ya no tenía esperanza, de nada le servía estar atenta al ritmo de los pasos - sobre todo de los pasos de los borrachos- , al ruido sutil de la llave en la cerradura, a las notas de una canción perdida, de una tonada a lo lejos. Sí, de una tonada a lo lejos. Porque hubo noches, durante aquellos siete años de matrimonio y de espera, en que Vadinho la había despertado con una serenata: la guitarra, el guitarrillo, el violín, la flauta, la trompeta y la mandolina, repitiendo aquella otra inolvidable serenata de la Ladeira do Alvo, cuando ella acababa de saber la verdadera situación de su amado: pobre, sin un centavo, un funcionario chirle, granuja, cuchillero, borrachín, libertino y jugador.

15

Ahora, echada sobre la cama de hierro, doña Flor procuraba no oír el matraqueo de doña Rozilda en la puerta de la calle en animada plática con doña Norma. Quería reunir con más claridad en su memoria, perdida en la lejanía del tiempo, las voces de los cantores y el ritmo de los instrumentos en aquella emocionante serenata de la Ladeira do Alvo. Para que sus recuerdos llenasen sus horas y la ayudasen a calmar su corazón durante estas noches que ya no eran más noches de espera, pues él, su marido, estaba muerto. Ahora contaba tan sólo con un mundo de recuerdos, y en él se refugiaba, envuelta en remembranzas, en cenizas con las que apagar las brasas de su agudo deseo. Como si

hubiera levantado un muro que la aislase, que la separase del chismorreo y de la murmuración, de las habladurías y de los comentarios, de todo cuanto perturbaba su viudez reciente, de esa nueva realidad de la ausencia. En los tiempos iniciales del duelo, su existencia transcurría entre el ansia y el dolor, entre la necesidad y la imposibilidad de tenerlo ahí, a su lado; algo imposible para siempre. Nunca más lo tendría.

Doña Flor, ahogando bajo la música y el canto recordados la voz y la saña de doña Rozilda, buscaba el amparo de los recuerdos del pasado: aquella noche en que se asomó a la ventana al oír los primeros acordes. Le dolía todo el cuerpo, el rebenque de cuero crudo le dejó una marca en el cuello y se sentía como un trapo, un trapo golpeado y humillado. Vadinho subía cantando por la ladera, con los brazos levantados en alto. También recordaba a los otros: Caymmi con su voz inconfundible e inigualable, y Jenner Augusto, más pálido todavía bajo la luna; acompañándolos, en los instrumentos y en el coro, Carlinhos Mascarenhas, Edgard Cocó, el doctor Walter da Silveira y Mirandão. Ella, corriendo, buscó aquella rosa oscura y extraña que el día anterior había cortado en el jardín de la tía Lita. Por entonces, todo era confuso en su vida, todo andaba enmarañado y en completo desorden, y ella estaba aún sometida a la férrea autoridad de doña Rozilda. La serenata le dio fuerzas y coraje. De repente se sintió contenta de que Vadinho no pasara de ser un insignificante servidor municipal, reducido a un miserable empleo, y tampoco le importaba que fuese un jugador empedernido.

Con los recuerdos de noches como aquélla, de luna y de ternura, la insomne doña Flor intentaba aplacar el dolor y la desesperación de saber que nunca más vendría Vadinho a acariciarla, a encender las brasas de su cuerpo. En las largas noches de espera ya no volvería a oír más en la calle su voz desafinada, en nuevas serenatas.

Recordaba también aquellas veces en que Vadinho fue más allá de todos los límites. Cuando pasaba noches seguidas sin venir a dormir; o cuando, siendo aún recién casados, se había jugado el dinero del alquiler sin decirle nada, haciéndola pasar por tramposa. En esos casos él intentaba hacer las paces, pues doña Flor dejaba de dirigirle la

palabra, comportándose como si no notara su presencia, como si no tuviera marido. Vadinho, inquieto, andaba a su alrededor, dirigiéndole palabras aduladoras, invitándola y provocándola para excitarla y llevarla al lecho. Ella, en los límites de la pena y la humillación, se resistía.

Vadinho apelaba entonces a las grandes jugadas: por ejemplo, llevarla al cine o ir con ella de visita - aplazada durante tanto tiempo- a casa de doña Magá o a la del padrino de Héctor, el doctor Luis Henrique. O si no organizaba una serenata y venía a arrullar su sueño, deslumbrando a la vecindad. Pero ahora ya no venían con él Dorival Caymmi, con su misteriosa voz, ni el doctor Walter da Silveira. Caymmi había emigrado a Río, donde tenía programas en la Radio Carioca, y grababa discos y los cantores famosos estrenaban sus sambas y sus *modinhas* playeras. Ni que hablar del doctor Walter: nombrado juez en el interior, sólo tocaba su flauta encantada para dedicarles nanas a sus niños y niñas. Tenía un hijo por año cuando no dos en un solo parto. No era fácil, en aquellos frívolos tiempos de irreflexión y desatino, encontrar quien cumpliera sus deberes - todos sus deberes sin excepción- con tanto sentido de responsabilidad como este celoso y culto magistrado.

Tampoco vendría ahora, y ya nunca más, ¡ay!, ¡nunca más!, Vadinho. Ni su voz, ni su risa orgiástica, ni su mano atrevida, su cabellera de pelo rubio, su atrevido bigote, sus sueños con fichas y apuestas. A doña Flor ya ni siquiera le quedaba la espera dolorosa. ¡Cuánto no pagaría para volver a tener derecho al sufrimiento de esperarlo, a la angustia de escuchar el silencio nocturno de la calle tranquila, a sentir el vacilante paso del marido bajo los efectos de la *cachaca*! Era inútil que doña Norma le rogara a doña Rozilda, en la puerta de calle, apelando a su comprensión: - Cuanto menos se hable de Vadinho, mejor; eso la ayudará más a olvidarlo. Flor está todavía muy atormentada, ¿para qué estar recordándole a la pobre las ruindades de él, martirizándola?

Era inútil, doña Rozilda había venido precisamente con la intención de machacar en el tema: no conocía otro modo de dar consuelo. ¿Cómo hacer cesar aquel llanto inmerecido sino vomitando sapos y culebras contra el finado? Ya lo

había dicho antes y lo repetía: esa muerte no era para llorarla, sino para celebrarla. En aquellas conversaciones nocturnas más de una vez hizo alarde de su opinión, casi a los gritos, importándole poco quien la oyera.

Y también era inútil, porque a doña Flor no le era posible olvidar, ni con barullo ni con silencio. No le era posible olvidar ni las tropelías ni las malas acciones, y principalmente, las buenas horas, la amable presencia, las locas palabras del perdido, su fuerza de hombre cuando la poseía y su fragilidad de hombre cuando se protegía en su cuerpo, en su ternura.

Era un sufrimiento casi morboso, enloquecedor, una amargura que le quitaba las ganas de vivir. Sin embargo, doña Flor se esforzaba cada día, procurando superar el vacío interior, contener las lágrimas, seguir adelante. Después de la misa del séptimo día había vuelto a abrir la Escuela de Cocina. Las alumnas regresaron. Al principio evitaban las bromas habituales, las risas maliciosas, las anécdotas, las carcajadas entre una receta y otra, procurando no recrear la atmósfera festiva y simpática que antes reinaba en las clases, en torno a los fogones de leña y carbón. Pero ese escenario luctuoso no duró más que dos o tres días y la alegre normalidad volvió a imponerse. A la misma doña Flor le gustaba que fuera así; de ese modo se distraía, rompía el círculo de cenizas.

Volvieron todas, excepto la pequeña Ieda, con su cara de gata arisca y su revelado secreto. ¿Temía encontrarse con ella, con doña Flor, o enfrentar la atmósfera de aquella casa huérfana de la gracia de Vadinho, de su risa, de sus picardías, de su insolencia?

Por lo que concierne a doña Flor, la muchacha podía haber vuelto, pues a ella ya no le importaba comprobar nada, ni discutir, y mucho menos acusar. Sólo tenía ganas de poner en claro una cosa: ¿estaría embarazada la hipócrita, preñada por él, grávida de un hijo suyo?

Doña Flor no tuvo hijos, pero sabía que la culpa era suya y no del marido. Se lo dijo la doctora Lourdes Burgos, su médica, y el doctor Jair se lo confirmó, proponiéndole realizar una pequeña operación que probablemente la volvería fecunda, ¿quién sabe? Pero doña Flor era miedosa y rehuyó la cirugía: además, el doctor Jair no le había dado

seguridades de éxito. Por eso, lo que más le preocupaba de las correrías del marido era el miedo a que él tuviera un hijo por ahí, en la calle, al azar.

Doña Flor jamás consiguió saber si Vadinho deseaba o no un hijo. El temor al hospital y al bisturí ¿le habría impedido hablar con más franqueza, limitándose a hacer preguntas más o menos superficiales? Ella misma no lo sabía. Es cierto que le preguntó varias veces:

- ¿Tú no sientes la necesidad de tener un hijo?

Quizá porque Vadinho sabía que ella era estéril y tenía temor a la operación, quizá debido a eso le ocultara sus ganas de tener una criatura que anduviese haciendo travesuras por la casa; tal vez una nena de rubia melena como la de él, o un nene de negros cabellos y de piel cobriza como ella. Cierta vez, oyéndolo ensalzar el encanto de un chiquilín gordo y rosado, un *bite/o*, premio de robustez infantil, retratado en un cromó de almanaque, ella se dispuso a enfrentar el difícil tema:

- Si tienes verdaderamente ganas de tener un hijo, yo me arriesgo a la operación. El doctor Jair dijo que es posible que dé resultado. Pero no lo puede garantizar...

Él la escuchó como quien oye algo a lo lejos, medio perdido en sus sueños, y tardó en responder, obligándola a levantar la voz casi con rabia para sacarlo de sus divagaciones:

- Si no da resultado, paciencia... Por lo menos nadie podrá decir que tú querías un hijo y que yo no hice todo lo posible para tenerlo... No me importa el miedo, basta que tú lo digas...

Las últimas palabras le salieron empañadas de lágrimas, masculladas entre sollozos. Pero él nunca pudo soportar su llanto y de inmediato comenzó a acariciar su cara llorosa, diciéndole sonriendo para alegrarla:

- Loca, loquita... ¿Qué manía es ésa de querer que te corten algo en la papaya? Deja en paz tu cachucha, mi bien; que yo no voy a permitir que te anden en la peladita para que de repente se afloje toda o quede torcida por dentro... Quítate de la cabeza esa historia de tener un hijo...

Y como si quisiera hacerle olvidar el asunto, la envolvió en su brazo, llevándola al dormitorio, sin que finalmente le dijera si ansiaba o no el hijo que ella no podía darle, ese

hijo tan fácil de hacer en otra cualquiera. De ese modo al poseerla tan intempestivamente, hacía que pasara el momento oportuno para las preguntas y las respuestas, y la presencia de la inexistente criatura que se había alzado entre ellos se desvanecía hasta desaparecer por completo. En cuanto si a él le gustaban los chicos, ¡ah!, ¡cómo le gustaban!, y el chiquillerío lo prefería a cualquier juguete; gritaban su nombre tan pronto como lo veían, y corrían a su encuentro. En medio de las criaturas Vadinho se sentía su igual, como si tuviera su misma edad; su paciencia con los chicos era infinita. Mirandáo los hizo padrinos, a él y a doña Flor, del menor de sus cuatro hijos, el cual, desde pequeñito, estaba loco por el padrino: apenas lo veía y ya abría su enorme boca de sapo, haciendo señas con las manos, queriendo irse de los brazos de la madre para los de Vadinho. Jugaban los dos durante horas. Vadinho imitaba para él los rugidos de los animales feroces, saltando como un canguro y riéndose feliz. ¿Cómo no iba a desear un hijo quien era tan loco por las criaturas? Pero jamás lo confesó, quizá para no obligar al incierto sacrificio de la intervención quirúrgica.

Doña Flor, en su lecho de viuda, siente la incómoda picazón del remordimiento. En último término podía haber intentado la operación, a pesar del visible pesimismo de los dos médicos. ¿Se habría dejado influir, acaso, por la opinión de doña Gisa, compartida por otros vecinos y hasta por los tíos? Doña Gisa, muy culta ella, le exponía sus teorías sobre la herencia - ¿para consolarla?- cuando ella se acusaba de estéril e inútil. La misma tía Lita, tan bondadosa, siempre llena de disculpas para las andanzas de Vadinho, le había dicho más de una vez:

- Hay males que son para bien, hija mía. ¿Y si tú echases al mundo un niño que fuese tan mala cabeza como Vadinho? ¿Lo pensaste? Dios sabe lo que hace...

Thales Porto apoyaba a su esposa:

- Así es. Lita tiene razón. Para vivir feliz no es preciso tener hijos. Miranos a nosotros... No tuvimos ninguno...

Y realmente eran felices, dedicándose el uno al otro; Porto con sus cuadros domingueros, doña Lita con las flores de su jardín y con un gato zaparrastroso, viejo y gordo, ronroneante, mimoso como un hijo único.

Los consejos de tanta gente dedicada a consolarla no hacían sino afirmar el miedo de doña Flor; el miedo y - ¿por qué no decirlo?- su egoísmo. Acostada en la cama de hierro, entre la agria voz de doña Rozilda y la dulce música de la serenata, la viuda se daba cuenta de que en verdad hubo algo más que el miedo a la operación. Si el deseo de tener un hijo hubiera sido en ella tan fuerte como en Vadinho, habría tenido, con seguridad, el coraje necesario para enfrentar al médico y al hospital. Pero ella había vivido sin ansiar un hijo, una criatura que llena se la casa de bullicio y de risa. Había vivido dedicada a Vadinho; sí, era su criatura; era a él a quien quería en la casa, marido e hijo, «su niño grande».

En la puerta de calle, doña Norma afirmaba, sentenciosa y cordial:

- Necesita olvidar, eso es lo que necesita. Y es tan joven todavía... Aún puede rehacer su vida...

- Se casó con ese miserable porque quiso... - se oía decir a doña Rozilda.

- Sí, Vadinho era un inservible, ése es otro motivo para no hablar de él. ¿Por qué no dejar en paz al muerto? Lo que debemos hacer es procurar distraer a la pobre, no dejarle tiempo para recordar; está la Escuela, pero no basta, ella necesita salir, divertirse, olvidar...

Sobre los rezongos de doña Rozilda flotaba la bondad de doña Norma:

- Si por lo menos hubiese tenido un hijo.

La frase llegaba hasta los oídos de doña Flor... «Si por lo menos hubiese tenido un hijo...» Sí, sería mucho más fácil... No estaría tan sola, tan vacía, tan sin razones para vivir. En la calle, en los alrededores, durante la misa, en la bendición, en el mercado, en la feria: bajo la batuta de doña Rozilda, entre las amigas y las conocidas se elevaba el coro de maldiciones a la memoria de Vadinho, un no- hay- palabras- para- decirlo de tan malvado. Doña Flor cierra los oídos para no escuchar más que la antigua serenata. En la cama de hierro, a solas con la ausencia del marido, ¡una ausencia para siempre! Y sin un hijo que le sirviera de consuelo.

En medio de todo lo que había sucedido durante aquellos siete años, nada la había asustado tanto como la noticia de

que era hijo de Vadinho el niño dado a luz por Dionisia, una mulata que vivía en las proximidades del Terreiro. Siempre temió que le trajesen la noticia de que él había tenido un hijo con otra; con otra que podía quitárselo. Cuando llegaba a su conocimiento algún lío de Vadinho, un enamoramiento con aspecto de unión duradera, una aventura que significaba algo más que las noches pasadas en los burdeles, su corazón se encogía con el temor de que hubiera embarazo, de que naciera una criatura con los brazos extendidos hacia Vadinho.

No temía a las otras mujeres, sólo tenía celos: «No es más que un juego para pasar el tiempo», como él decía, no para disculparse, sino para que doña Flor comprendiese y no tuviera miedo. Pero ¿y si surgiese un niño? Contra un hijo sería imposible luchar, imposible cualquier esperanza. Quedó como enloquecida, sin saber qué hacer, perdida, cuando doña Dinorá - siempre era doña Dinorá, ¿cómo conseguía estar tan informada?- le comunicó, entre rodeos y lamentaciones, el nombre de la fulana, así como los detalles del caso, algunos de ellos incluso íntimos y picantes. Temblaba de terror pensando en una criatura, en un niño, en ese hijo que ella no le había dado porque no podía, y también, ¡ah!, también porque no quiso.

Es de imaginar su agitación y el golpe que recibió cuando doña Dinorá vino a contarle «la última» de Vadinho. Según la intrigante, había tenido un hijo con una tal Dionisia, una mulata con fama de gran belleza, que algunas veces posaba como modelo (había posado para un «mezclatintas» modernista, llamado Carybé, el cual, desdeñando intencionalmente a la sociedad, la había retratado vestida de reina). Otras veces era tesoro y adorno del democrático y frecuentado burdel de Luciana Paca, en la zona de más movimiento.

Doña Dinorá venía con el cuento por pura bondad, no por espíritu de intriga o de chismorreos, ella no era de esas. Cumplía con pesar su obligación de amiga, para que la pobrecita doña Flor, tan buena y a la que tanto estimaba, no siguiera ignorándolo todo mientras los demás se reían de ella a sus espaldas...

- Fue a tener un hijo, tan luego con una perdida...

Decía «perdida» para no emplear un sustantivo más fuerte.

Porque doña Dinorá era la delicadeza en persona y la horrorizaba lastimar a alguien, herir a cualquiera, incluso a una mujer de la vida, a una sinvergüenza, embarazada por un hombre casado, echando barriga con el marido de otra. «No soy de éstas que adoran los chismes, soy incapaz de hacer mal a nadie», afirmaba doña Dinorá, y no faltaba quien le creyera.

En su cama de viuda, ya enmudecidos en el recuerdo los últimos acordes de la serenata, ya perdidas la voz de los cantores y la rosa negra, doña Flor se estremece al recordar aquellos días de tanto susto y de tan penosa decisión. ¿De qué no era capaz ella para no perder a Vadinho, para conservarlo al lado suyo, para tenerlo consigo aun siendo así, jugador y mujeriego, haciendo un hijo por ahí, en la calle, con una pupila del burdel? De lo que era capaz, lo demostró entonces.

16

Cuando las dos mujeres salieron de la elegante misa de once en la iglesia de Sao Francisco, en un claro domingo de junio, una mañana luminosa y fresca, y, con paso decidido, cruzaron el Terreiro de Jesús en dirección al laberinto de las estrechas calles antiguas del Pelourinho, los chicos cantaron una samba marcando el ritmo con unas latas de dulce de guayaba vacías:

¡Eh, mujer de la cesta grande!

¡Eh, la de la cesta grande!

- ¡Buena cesta!

Doña Norma, volviéndose a su compañera refunfuñó:

- Esos mocosos, ¿por qué no se meten con el trasero de su madre?..

Quizá no pasase de simple coincidencia, quizá los mocosos no se hubieran inspirado en las abundancias de ella; pero aun así, doña Norma, por las dudas, lanzó una mirada terrible en dirección a los atrevidos. Mirada que se dulcificó de inmediato al descubrir un chiquito de unos tres años, harapiento, el rostro inmundo de légañas y mocos, que

bailaba en medio de la ronda:

- Mira qué encanto, Flor, qué cosa más linda aquel diablito que está danzando...

Doña Flor contempló la pandilla de criaturas andrajosas. Muchas otras estaban diseminadas por la plaza, llena de vida intensa y popular, mezcladas con los fotógrafos halagadores, intentando robar frutas en los cestos de naranjas, limas, mandarinas, *umbus* y sapotes. Aplaudían a un charlatán que vendía productos farmacéuticos milagrosos, con una cobra arrollada al cuello a modo de repelente corbata. Pedían limosna a las puertas de las cinco iglesias del Largo, casi asaltando a los fieles adinerados. Intercambiaban obscenidades con las somnolientas ramerías, en general muy jóvenes, que rondaban por el jardín a la expectativa de un apurado cliente matinal. Era una multitud de chicos desharrapados e impertinentes, hijos de las mujeres de «la zona», sin padre y sin hogar. Vivían en el abandono, sueltos por las callejuelas y no tardarían en ser unos reos y conocer las dependencias policiales.

Doña Flor se estremeció. Llegó hasta allí para llevarse una de aquellas criaturas, una recién nacida, y de ese modo tener una garantía contra la criatura y contra su madre. Pero al ver a los chicos sueltos en la Praca do Terreiro, su corazón se llenó de piedad, de un sentimiento noble y puro; en aquel momento, si pudiera, los adoptaría a todos ellos y no sólo al hijo de Vadinho. Por lo demás, el hijo de Vadinho no la necesitaba a ella para salvarse de esa vida. Él no lo abandonaría nunca, no estaba en su carácter dejar una criatura en el desamparo, sobre todo tratándose de un vástago suyo, nacido de su sangre. En vez de negar su paternidad, él la proclamaría, ostentándola, encantado y orgulloso.

Ella lo supo siempre con certeza - un saber sin dudas- , a pesar de los silencios y de las reticencias del marido para él un hijo sería el más grande de los acontecimientos, la verdadera lotería, la apuesta incomparable, el estallido de la banca. Por eso se había afligido tanto con la noticia que le diera doña Dinorá. Era el peligro mayor, la temida amenaza. En último término, Vadinho le pertenecía tan poco, dominado como estaba por el juego y la bohemia...

¿Quedaría algo para ella si un hijo se alzara entre los dos, llamándolo desde una callejuela escondida, desde una esquina, desde la cama de una perdida? ¡Ese hijo que ella no le había dado!

Cuando recibió la noticia quedó desesperada, sumida en un dolor tan grande que la misma doña Norma perdió la cabeza. Ella, que generalmente era tan ejecutiva, y encontraba siempre solución a los innumerables problemas que le planteaban a cada instante, en este caso tampoco atinaba con alguna salida o solución, tan confusa y apenada estaba.

- ¿Y si le dijeras a él que estás embarazada?

No se le había ocurrido nada mejor que esa débil mentira.

- ¿De qué serviría? Cuando descubra que no, será peor...

Fue doña Gisa quien encontró el modo de descifrar la charada, con un recurso no sólo honroso, sino además práctico, mediante una proposición capaz de resolver todo eso y mucho más..., ¿quién sabe? La gringa era un fenómeno para esas cuestiones de psicología y otras metafísicas; hasta el profesor Epaminondas Souza Pinto se quitaba ante ella el sombrero - «es una mujer muy erudita», decía-. Y el profesor Epaminondas Souza Pinto no era un cualquiera, jamás se había equivocado en la colocación de un pronombre y redactaba (gratuitamente) la sección de consejos gramaticales en el semanario de Paulo Nacife, de poca circulación, pero próspero en avisos. Cuando informaron a doña Gisa de lo acontecido - doña Flor llena de angustia, doña Norma desorientada-, ella vio la solución de inmediato y dio instrucciones a las amigas en su enrevesado portugués. Si Vadinho deseaba tanto un hijo, al punto de ir a tenerlo en la calle, con una perdida, porque doña Flor era estéril y no podía concebir, y si ese hijo se lo había dado otra, esto podía impulsar a Vadinho a irse para siempre... Entonces sólo cabía un recurso para que doña Flor conservara el marido y el hogar: traer a la casa al hijo bastardo de Vadinho y convertirse en madre suya, criándolo como si lo hubiese dado a luz. ¿Y por qué no? ¿Por qué gritaba así doña Flor, maldiciendo igual que una norteamericana millonaria - doña Gisa hizo esa comparación asombrada por la reacción de la vecina-, jurando que eso jamás, jamás el hijo de la otra, de la

perra, de la puta sin vergüenza? ¿Por qué tanto escándalo si una de las cosas más admirables del Brasil era, según la opinión de la gringa, la capacidad de comprender y convivir? Es tan comente que las mujeres casadas críen los hijos espurios de los maridos... Ella misma conocía algunos casos, tanto entre gente pobre como entre gente rica. Allí cerca, en esa misma calle, ¿no criaba doña Abigail a la hija que había tenido el esposo con una tipa, y no lo hacía con el mismo tierno amor reservado a los cuatro hijos de su vientre? Una maravilla... ¡Y qué maravilla! Era por esas cosas por lo que a doña Gisa le gustaba el Brasil y por lo que se había naturalizado brasileña. ¿Qué culpa tenía el chico, qué pecado había cometido? ¿Por qué dejar a la pobre criatura, sangre de su marido, expuesta a una vida de privaciones, mal alimentada, creciendo entre el hambre y el vicio, como una rata en los vaciaderos del Pelourinho, sin derecho a la educación, y a los bienes de la vida? Y además, ¿no temía doña Flor, y con razón, que Vadinho quedase prendido a la madre de la criatura para estar junto a su hijo? Si ella, doña Flor, lo fuese a buscar y lo trajera para criarlo como hijo suyo, ¿qué prueba de amor más convincente? Aquella criatura, nacida de otra mujer, sería el eslabón que uniría para siempre a Vadinho y Flor, sin que hubiera motivos para más recelos y peligros.

Y quién sabe, quién sabe, querida mía, con ese hijo en casa, desarrollándose y educándose fuerte y sano, con el cariño de doña Flor, y siendo para Vadinho una alegría permanente, pero también una permanente responsabilidad, ¿quién sabe si el malandra no cambiaría su género de vida, dejando a un lado el juego y la farra, adquiriendo seriedad y vergüenza? Es muy posible, sobran los ejemplos.

Sobran, sí, confirmó doña Norma con entusiasmo; «hay que ver lo que sabe esta maldita gringa». Y doña Norma citó, en el acto, nombres y direcciones. «¿Quién hubo más enviciado con el juego y la *cachaca* que el doctor Cicero Araujo, uno de Santo Amaráo da Purificáo? Hacía pasar las de Caín a la pobre esposa, doña Chiquita, hasta que un buen día se quedó embarazada, y, ni bien nació el niño, el doctor Cicero cambió de vida y se convirtió en el ciudadano más ejemplar. Y don Manuel Lima, loco por una prostituta...

Bien..., ése, verdaderamente, no necesitó tener un hijo, se transformó al casarse y no hubo marido más correcto...»

Doña Gisa había encontrado la solución de la charada: ese hijo, en el que doña Flor veía una amenaza tan peligrosa para la estabilidad de su hogar, podría transformarse, como en un pase mágico, en su seguridad, en la garantía de su amor, y, de rechazo, incluso era capaz de regenerar a Vadinho. Por lo demás - pensaba doña Gisa - , sería una lástima: una vez regenerado, Vadinho iba a dejar de ser interesante, perdería su indefinible misterio, su gracia licenciosa.

Los ojos de doña Flor se abrieron de par en par. Había entendido. Su cara se iluminó de alegría, echándose en brazos de la amiga con agradecimiento. Las dos juntas trazaron planes meticulosos y detallados. No era fácil, muy al contrario. Si no fuese por el apoyo de doña Norma, quizá doña Flor no hubiera reunido las fuerzas suficientes para dirigirse a la zona de las mujeres perdidas, a las calles de la «sórdida prostitución» que tanto atemorizaban cuando se hablaba de ellas en las crónicas policiales de los diarios. Ella sola no hubiera podido resolverse, de pronto, enloquecida, a intentar el plan: ir en busca de la tal Dionisia, exigirle el hijo recién nacido, tomarlo y llevárselo para siempre, mediante escritura pública, en acta notarial, con firmas reconocidas y testigos valederos. Doña Norma, solícita y fraternal, se aprestó a acompañarla y le dio ánimos. Debe decirse que también lo hacía por curiosidad; hacía mucho que deseaba tener la oportunidad de conocer las calles de la prostitución, las moradas de las ramera, su vida sórdida. Nunca había encontrado antes un pretexto válido para la prohibida excursión.

¿Cómo dejar que la pobre Flor se aventurase solita por esos amenazantes laberintos?, le preguntó a don Sampaio, cuando el marido, asombrado por la idea, intentó disuadirla.

- Yo no soy una chiquilina loca. Soy una mujer mayor y de respeto, nadie se va a atrever a molestarme.

Y le comunicó a don Sampaio, vencido al fin, ya incapaz de resistir el ímpetu vital de la esposa, los proyectos aprobados:

- Vamos a ir el domingo por la mañana. Yo voy como si

fuera a visitar a mi ahijado, el nieto de João Alves. Después le pido a João que nos acompañe a la casa de la fulana y João, ya sabes, es maestro de *capoeira*...

Y así lo hicieron. El domingo oyeron misa en la iglesia de Sao Francisco (doña Flor llevaba una vela adornada con flores, en ofrenda para que todo saliera bien), y después cruzaron el Terreiro y fueron a encontrarse con el negro João Alves en su puesto de limpiabotas, en el paseo de la Facultad de Medicina. Estaba rodeado de chicos, y todos, tanto el negrito de pelo encrespado como los mulatos de diverso tono, más oscuros o más claros, así como el rubio de cabellos de trigo, todos lo trataban de abuelo. Todos eran nietos suyos, tanto estos chicos como los otros, sueltos por el dédalo de calles que hay entre el Terreiro de Jesús y la Baixa dos Sapateiros. El negro João Alves no tenía hijos, ni los había tenido con su mujer ni con las otras, pero siempre encontraba madrinas para estos nietos que le habían salido, así como comida, ropas usadas y hasta cartillas con el abecedario. Vivía cerca de allí, en un sótano, con sus rezongos, sus mandingas, su aparente agresividad, sus palabrotas y algunos de los nietos. El sótano tenía salida hacia un valle verdeante, y el negro João Alves abarcaba desde su cueva los colores y la luz de Bahía.

- ¡Caramba!... ¡Miren quién viene...! Felices los ojos que la ven, mi comadre doña Norma... ¿Y cómo está su don Sampaio? Dígle que voy a aparecer por la tienda un día de éstos a buscar unos zapatos para los chicos...

Los chiquilines rodearon a las dos amigas. Doña Norma iba preparada, y en su mano apareció un paquete de caramelos. João Alves dio un silbido, y algunos chicos llegaron corriendo, entre ellos un mocoso de unos cuatro o cinco años. El negro le acarició la cabeza:

- Pide la bendición a tu madrina, cosita- mala...

Doña Norma le dio la bendición y un níquel de diez centavos, mientras el negro preguntaba qué buenos vientos habían traído a su comadre hasta el lugar.

- Compadre, he venido a pedirle un favor, algo muy delicado.

- Cosa delicada no es para mis manos, soy bastante tosco, como usted sabe...

- Quise decir una cosa muy reservada, para mantener en secreto.

- Eso sí, pues no soy ningún charlatán ni un chismoso. Puede soltar la lengua, comadre...

- ¿No conoce mi compadre a una tal Dionisia, de por aquí? No estoy segura, pero oí decir que vive por los alrededores.

- ¿Y usted tiene algún asunto con ella?

- Yo misma no, compadre. Es esta amiga mía quien tiene algo que resolver con ella...

Joáo Alves miró a doña Flor de arriba abajo:

- ¿Tiene que resolver un asunto con Dionisia de Oxóssi?

- Quizá sea esa misma... Oí decir que es guapota... Joáo Alves se rascó la pelambre.

- ¿Guapota? Discúlpeme, comadre, pero eso es quedarse corto. Guapota puede serlo cualquier blanca, pero mulatas de la calidad de Dionisia hay pocas en el mundo, pienso que ni media docena, y eso escarbando mucho.

- Una que tuvo un hijo recientemente...

- Entonces es la misma. Acaba de tener uno, y todavía no volvió a trabajar...

Doña Flor abrió la boca por primera vez, preguntando:

- ¿De qué se ocupa? De nuevo Joáo Alves la midió con la mirada y respondió con cierto desprecio ante ignorancia tan grande.

- Pues en su oficio de meretriz, que es su profesión, joven señora.

Doña Norma volvió a tomar el hilo de la conversación:

- ¿Y usted la conoce, compadre, sabe dónde vive?

- Pues ¿cómo no habría de conocerla, comadre? Vive aquí cerca, en Maciel.

- Si mi compadre puede, llévenos a verla, que mi amiga quiere conversar con ella, resolver una cuestión...

Joáo Alves estudió una vez más, largamente, a doña Flor, rascándose de nuevo la cabeza, como si encontrase todo aquello muy sospechoso, poco claro:

- ¿Por qué no va ella sola, comadre? Yo le muestro la casa...

- Compadre, sea caballero. ¿Va a dejar que dos señoras vayan solas por esas calles? Si pasa un sinvergüenza y se mete con una...

Nadie invocaba en vano la caballerosidad de Joáo Alves:

- Pues voy con ustedes, pero les garantizo que nadie se iba a propasar. Aquí todo el mundo es respetuoso...

Y se levantó, dejando el banquito de lustrar al cuidado de los nietos. Era un negro alto y fornido, que pasaba de los cincuenta, y cuyas guedejas comenzaban a blanquear; llevaba al cuello un collar de *orixá*, con las cuentas rojas y blancas de Xangó, y sólo los ojos estriados denunciaban su intimidad con la *cachaca*. Al ponerse de pie, preguntó:

- Comadre, dígame, ¿cuál es el asunto que la mocita ésta - dijo mocita con ironía- quiere tratar con Dió?

- Nada que sea malo para ella, compadre...

- Es que si fuese con malicia, con todo el respeto que le debo a usted, no iba con ella, comadre... Ni tampoco serviría de mucho, pues el santo de Dionisia es poderoso - y tocó el suelo con la punta de los dedos, en reverencia al *orixá*- . ¡Oké Aró Oxóssi! No hay *despacho* ni *ebó* que pueda hacerle daño, el hechizo se vuelve contra quien lo manda hacer...

- ¿Cuándo me va a llevar a una macumba, compadre? Tengo unas ganas locas de asistir a un *candomblé*... - era una vieja curiosidad de doña Norma.

Así, platicando sobre encantamientos y *terreiros- de- santo*, penetraron en la zona de las prostitutas. Como era un domingo por la mañana y la farra del sábado había durado hasta la madrugada, casi no había movimiento en las calles. Sólo se veía alguna que otra mujer, sentada a la puerta o de bruces sobre la ventana, más para ver el claro día que para tratar con los hombres. Había tal silencio y sosiego que bien podía hablarse de paz dominical. Doña Norma se sentía frustrada, hubiese querido que fuese hora de faena, pues en esa somnolienta mañana no se observaba ninguna diferencia con un barrio de familias. Además, la casa de Dionisia estaba nada más comenzar el Maciel, apenas si habían traspasado los límites de la zona.

Subieron a oscuras por las escaleras de flojos peldaños. Un enorme ratón pasó junto a ellas, de correría. En cada piso se oían confusamente palabras y frases. Alguien cantaba una triste *modinha*, con débil voz. Cuando llegaron al rellano del tercer piso, les llegó el aroma de espliego quemado en sahumadores de barro, que anunciaba la existencia de una nueva criatura. Finalmente desembocaron

en un pasillo al fondo del cual estaba la puerta de la prostituta. João Alves golpeó con los nudillos.

- ¿Quién es? - preguntó una voz cálida y perezosa.

- En paz, Dió... Soy yo, João Alves, y conmigo dos señoras que quieren hablar contigo. Conozco a una, es mi comadre doña Norma, mujer de bien, de mi estimación...

- Pues vayan entrando y disculpen el orden, todavía no tuve tiempo de arreglar el cuarto...

Entraron, siguiendo al negro. En la pieza angosta había una cama de matrimonio, un armario cojo, un lavatorio de hierro con palangana enlozada y un orinal al pie de la cama, todo muy limpio. En la pared veíase un espejo roto y una estampa de Nuestro Señor del Bonfim, de la que pendían cintas bendecidas. Una ventana se abría a los fondos de la casa y por ella entraba la claridad y la triste *modinha*.

Reclinada en la cabecera, semicubierta por una sábana, vestida con una bata de encaje, cuyo escote dejaba ver sus pechos colmados, la mulata Dionisia de Oxóssi sonreía cordialmente a las inesperadas visitas. En la comba del brazo, al calor de su seno, el hijo dormido. Era una criatura grandota, de un moreno subido. Debajo de una silla, un sahumador quemaba espliego, perfumando la ropita del recién nacido puesta sobre la paja del asiento. Más allá de la silla, dos latas de querosene, cubiertas con papel de seda, hacían la vez de taburetes. En un ángulo de la pared del fondo, el *peji* con las armas de Oxóssi, el arco y la flecha, el *erukéré*, una estampa de San Jorge matando el dragón, una piedra verde, probablemente fetiche, de Yemanjá, y un collar de cuentas azul turquesa.

- Don João - pidió la mulata con su voz cadenciosa- , haga el favor, saque esa ropita de la silla y póngala en el ropero; es para mudar al nene después del baño. Y alcáncele la silla a esa joven - dijo señalando a doña Norma; luego, volviéndose a doña Flor, le dijo sonriendo- : Usted es más joven, disculpe, tendrá que sentarse en el cajón.

Reclinada en la cama, presidía los arreglos que se hacían en el cuarto, los movimientos del lustrabotas al trasladar la silla y las latas, tranquila y sonriente, sin preguntar siquiera por la causa de aquella inesperada visita. Quien la viera así, tan serena, comprendería por qué Carybé la retrató vestida

de reina, en un trono de *afoxé*.

Doña Norma, adelantándose al negro, tomó la camisita y el pañal y puso todo en el ropero, al mismo tiempo que hacía un balance completo de los vestidos, las blusas, los zapatos y las sandalias de la mulata.

- Arrime una lata para usted también, don Joáo, y tome asiento.

- Yo me quedo de pie, Dió, así estoy bien.

- Lo mejor para hablar es hacerlo con calma y sentados, don Joáo, que estar de pie y con prisa no ayuda a entenderse.

El negro, sin embargo, prefirió recostarse en la ventana, vuelto hacia la mañana, cada vez más luminosa. Un fragmento de canción penetraba cuarto adentro, yendo a morir quejumbrosamente en la cama de Dionisia.

*En las cadenas de tu amor,
esclavizada siervo,
mi señor.*

Una vez sentadas doña Norma y doña Flor se hizo un momento de silencio, pero en seguida Dionisia lo cubrió con su voz cálida, volviéndose hacia la luz de aquel día tan hermoso, y lamentando no haber podido salir todavía a la calle:

- No me hallo en casa cuando la lluvia lava la cara del día y éste reluce como brote nuevo, juguétón...

A doña Norma le ocurría otro tanto, así que las dos continuaron hablando del sol y de la lluvia y del lunar en Itapoá o en Cabula, hasta que sin saber cómo desembocaron en Recife, donde vivía una hermana de doña Norma casada con un ingeniero pernambucano, y donde Dió residiera por unos meses antes:

- Me quedé más de siete meses. Llegué allí siguiendo a un polizón que me hizo perder la cabeza, un loco. Pero se fue por ahí...

¿Adonde no hubieran llegado las dos, a qué lejanos puertos, en ese diálogo intrascendente, sin motivo - hablar por el placer de hablar- , si doña Flor, al oír el carillón de una iglesia del Terreiro que anunciaba la hora del mediodía, no se alarmase e interrumpiese la amable plática?

- Normita, vamos a demorarnos mucho...
- Por mí no, a mí no me molesta, es un placer... - dijo Dionisia.
- En otra oportunidad vendremos con más tiempo - prometió doña Norma-. Hoy venimos con un propósito...
- Ustedes dirán...
- Esta amiga mía, doña Flor, no tiene hijos ni puede tenerlos. Está conformada así, en fin...
- ¡Ah, sí! Tiene los ovarios dados vuelta. ¿No?
- Más o menos...
- Pero puede arreglarse... Marildes, una conocida mía, los arregló.
- Pero Flor no tiene remedio, ya se lo dijo el médico.
- ¿El médico? - dijo, divertida, echando una carcajada-. Los médicos sólo saben decir palabras bonitas y escribir con mala caligrafía. Si la señora es joven debe ir a ver a Paizinho, él arregla eso en un dos por tres. ¿No le parece, don João?

João Alves asintió:

- ¿Paizinho? Él le hace unos pases en la barriga y usted comienza a tener hijos sin parar.

Doña Norma resolvió cambiar el tema, dejar al hechicero con toda su fama y su reputación de *babalaó*. Sus ojos no se apartaban de la criatura dormida. ¿No sería mejor poner antes en limpio el asunto, saber si era realmente hijo de Vadinho?

Desde luego, no parecía tan negrito. Pero doña Flor precipitó la conversación, alzando la voz con la obstinada decisión de los tímidos:

- Vine aquí para hablar de un asunto serio, para hacerle una proposición y ver si llegamos a un acuerdo...
- Pues hable, joven señora, que por mi parte haré lo que pueda por satisfacerla.
- El niño... - dijo doña Flor, y se quedó sin saber cómo proseguir.

Doña Norma retomó la palabra:

- Usted tuvo un niño hace unos días, no?

Dionisia miró al chico y sonrió, confirmando alegremente.

- Mi amiga vino aquí para hablar con usted... ¿Sabe? Ella hizo una promesa cuando estuvo a la muerte: su primer hijo sería cura si el Señor del Bonfim le devolvía la salud. -

Doña Norma se demoraba, pues esa historia, tramada en la víspera, nunca la había convencido totalmente- . Y bien, Dios la oyó y ella se curó, algo milagroso.

La mulata la escuchaba, curiosa por descubrir el eslabón que unía la enfermedad de la joven y el milagro del Señor del Bonfim con su chico. Doña Norma se apresuró a cumplir la misión, la tan incómoda tarea:

- Pero no habiendo tenido el hijo, ¿qué hacer para cumplir la promesa? Únicamente adoptando una criatura, criándola como a un hijo propio para mandarlo después al seminario a estudiar... Le hablaron de su niño y lo eligió...

Dionisia sonrió dulcemente, ¿no era eso un elogio a su niño? Doña Norma interpretó la sonrisa como una aprobación y aclaró:

- Ella quiere adoptar al chico, pero adoptarlo de verdad, con documentos, todo legal y para siempre. Para llevarlo y criarlo como a un hijo.

Dionisia se quedó inmóvil, en silencio, los ojos entrecerrados. ¿Habría entendido bien las palabras de doña Norma o sólo estaba escuchando la canción lejana?

*Quisiera
en tus brazos morir,
antes morir
que seguir viviendo así...*

«Antes morir», murmuró para sí, y cuando volvió a abrir los ojos había desaparecido la cordialidad anterior y una nueva atmósfera surgía de su mirar vidrioso, del rictus formado en su boca.

- ¿Y por qué? - preguntó sin alzar la voz- . ¿Por qué escogió a mi hijo? ¿Por qué precisamente el mío?

El suyo debía ser un sufrimiento implacable, inhumano, pensó doña Norma. ¿Qué madre desea separarse de su hijo? Incluso siendo pobre, sin recursos, viviendo en la miseria, aun así, es como desgarrarse el corazón.

- Alguien habló de su nene, dijo que era fuerte y sano... y que usted no tenía medios para educarlo...

Si no fuese por el bien de la criatura - explicaba- , si no se tratase del hijo de Vadinho, con todas las implicaciones que eso entrañaba, doña Norma no estaría allí, haciendo de

intermediaria para semejante proposición, arrancándose de la garganta las palabras. Pero ¿sería verdaderamente hijo de Vadinho? Esta Dionisia era una mujer de vientre sucio. El niño había salido todavía más oscuro que ella. ¿Dónde estaban los cabellos rubios de Vadinho? Doña Norma hizo un nuevo esfuerzo, sin embargo, pues para el niño eso era lo mejor, ya que tendría el futuro asegurado:

- El Terreiro está repleto de criaturas que andan por ahí, por las calles, y mi compadre João Alves está lleno de nietos inventados, yo misma soy madrina de uno. Todos pasan hambre, todos viven en la inmundicia, pidiendo limosna, incluso robando... Mi amiga no es ninguna millonaria, pero tiene de qué vivir y puede darle al pobrecito otra situación, otra vida. No va a pasar hambre ni terminar en la cárcel, va a estudiar para padre y celebrar misa...

Como si oyera y entendiese el sermón de doña Norma, la criatura se despertó lloriqueando. Dionisia abrió la bata, dejó libre el pecho y, acomodando al niño, le dio de mamar. Escuchaba a la visita en silencio, como si estuviera pesando cada uno de sus argumentos. Doña Norma seguía pintándole el cuadro del futuro que tendría su hijo, rodeado de bienestar y de cariño, sin faltarle nada. Es cierto que para la madre sería un sacrificio, pero sólo una mujer egoísta condenaría el hijo al hambre, a una vida miserable, cuando una persona bondadosa estaba dispuesta... Doña Flor era buenísima, imposible encontrar un ser mejor...

Dionisia ajustó el seno en la boca del niño, ya casi saciado. Para dar la respuesta se volvió hacia la ventana en donde había permanecido el negro João Alves, y se dirigió a él como si las dos mujeres no merecieran atención:

- ¿Ve usted, João, cómo tratan a los pobres? Ésa que está ahí - dijo apuntando con el labio a doña Flor- no es mujer capaz de parir un hijo y como quiere cumplir una promesa averiguó dónde había nacido alguno últimamente. Supo que Dionisia de Oxóssi, ramera con mucha salud y más pobreza, había tenido uno, y sin más le dijo a la amiga: vamos allá a buscarlo... Ella hasta lo va a agradecer, la apestosa...

Doña Norma intentó interrumpirla:

- No sea injusta... No...

La perezosa voz de la mulata (impertérrita, amargada, entre olas de frío y de calor) prosiguió:

- Pero ni siquiera tuvo coraje para hablar ella misma; le pidió aquí a la señora, su comadre, que hiciera el pedido, que sirviera de abogada. «Vamos allá a buscar el hijo de Dió, que es un *bítelo* de grande y de bonito, y va a ser un sacerdote de categoría. La madre se está muriendo de hambre y lo da para toda la vida, con papeles firmados; y hasta se queda contenta por librarse del bulto. Y si no lo quiere dar, es porque no vale para nada, porque es una basura que sólo sirve para meretriz.» Esto es lo que dijo, señor Joáo, ya lo oyó usted. Ella piensa que una, como es pobre, no tiene sentimientos; piensa que una, como es ramera y vive haciendo esa vida atroz, perdió hasta el derecho de criar a sus hijos...

Doña Norma intentó de nuevo explicar:

- No diga eso...

El niño terminó de mamar, echando eructos de hartazgo, y Dionisia se puso de pie con el hijo en brazos. Erguida, con su belleza y su furia, una reina en toda su majestad. Mientras hablaba se movía, atendiendo a la criatura, lavándola en la palangana enlozada, cambiándole el pañal, poniéndole talco y vistiéndole con la camisita perfumada de espliego.

- Pero se equivocaron de dirección, soy una mujer para criar a mi hijo y hacer de él un hombre de respeto, y no necesito la limosna de nadie. Puede que no llegue a ser un padre con sotana, incluso puede que se convierta en ladrón. Todo puede suceder. Pero quien lo va a criar soy yo y como a mí me parezca. Va a ser el macho de «la zona». Nadie se va a burlar de él, y no se lo voy a dar a una ricacha que no quiso tomarse el trabajo de parirlo...

Se rió, mirando a la criatura y diciéndole suavemente:

- Sin olvidar que usted tiene padre para cuidarlo... Fue entonces cuando doña Flor explotó, casi gritando, inesperada y resuelta, con la fuerza de la desesperación:

- Sólo que su padre es mi marido... Yo no quiero a su hijo, quiero al hijo de mi marido... Usted no tenía derecho a tener un hijo de él, se metió con él porque quiso. Sólo yo tengo derecho a tener un hijo suyo.

Dionisia vaciló, como si hubiera recibido una bofetada en la

cara:

- ¿Quiere decir que usted está casada con él...?
¿Verdaderamente casada?

Habiendo explotado y sintiendo aliviado su corazón lleno de congoja, doña Flor volvió a su timidez, diciendo en voz baja y sin esperanza:

- Casada hace tres años... Disculpe, fue sólo por eso por lo que pensé en criar al chico como si fuera hijo mío, ya que no le puedo dar un hijo..., pero ahora he visto que la señora tiene razón, quien debe criar al hijo es la señora, que es su madre... Además, ¿de qué serviría? Vine porque quiero demasiado a mi marido y tuve miedo que se fuera para siempre tras el hijo. Por eso vine. El resto es todo mentira. Pero después de verla a usted pienso que con hijo o sin hijo, él no va nunca a dejar a la señora...

- No soy ninguna señora, soy una mujer de la vida nada más. Pero le juro por la salud de mi hijo que no sabía que él era casado. Si lo supiera no iba a tener un hijo de él, ni a pensar en arrimarme a él, en dejar la vida para poner casa y vivir con él como marido y mujer...

Acabó de vestir al niño. Doña Norma recogió la toalla y la atmósfera se hizo menos tensa. Doña Flor murmuró:

- Le juro que Vadinho es mi marido, todo el mundo lo sabe...

- Nunca me dijo nada... - Dió recibió la camisita de manos de doña Norma y puso la criatura en la cama para vestirla-. ¿Por qué él no me lo dijo? ¿Por qué me engañó así? - dijo pensativa. De su rostro había desaparecido la rabia y se dirigió a doña Flor con suma cortesía, casi con respeto-. Todo el mundo sabe del casamiento, me dice la señora... Puede ser... ¿Pero cómo no me lo dijo nadie nunca? Y yo conozco a toda su gente, a toda, hasta la madre...

- ¿A la madre de Vadinho? La madre de él está muerta...

- Conozco a la madre, sí, y a la abuela... Conozco al hermano, Roque, uno que es carpintero de profesión...

- Entonces no es mi Vadinho... - y doña Flor se echó a reír, loca de alegría-. ¡Oh! Qué bobada, qué cosa más absurda y más linda...! Normita, ¡si es otro Vadinho...! Me dan ganas de llorar...

Al mismo tiempo Dionisia de Oxóssi puso al niño sobre la cama y se echó a danzar por la habitación, una danza de

iawó en rueda de *orixá*, arrastrando al negro João Alves con ella hasta el *peji*, para saludar y agradecer a Oxóssi. *iOké*, mi padre, *aró óké!*

- ¡No es mi Vadinho! ¡Mi Vadinho no está casado! ¡La única mujer para él es Dionisia, su mulata Dió...!

De repente se detuvo, mirando a doña Flor. (Doña Norma había tomado la criatura y la mecía en sus brazos):

- No me diga que la señora es la mujer del tocayo...

- ¿Qué tocayo?

- Mi Vadinho y él sólo se tratan de ese modo, de tocayos, pues a los dos les llaman Vadinho. Sólo que el mío es Vadinho en vez de Valdemar, y el otro no sé de qué... Uno que es loco por el... - y no completó la frase.

Fue doña Flor quien la completó:

- ... por el juego... Pues es ése mismo. Vadinho en vez de Waldomiro, mi Vadinho...

- Y le fueron a decir a usted que yo tenía un hijo de él... Qué gente más ruin...

Se abrió la puerta y apareció en ella un negro macizo y joven, sonriendo y mostrando unos dientes blancos que le rasgaban la boca y unos ojos domingueros:

- Buen día a todos...

Todavía danzando, la mulata Dionisia de Oxóssi se lanzó hacia él, descansando contra su pecho después de tanto susto, de tanta ira. Extendió los brazos y doña Norma le dio la criatura, que ella puso en manos de su hombre, del padre.

- Éste es mi Vadinho, chófer de camión, padre de mi hijo

- dijo presentándolo a doña Norma y a doña Flor- . Aquélla es la comadre de don João y la otra, ¿a qué no sabes quién es?

- ¿Y cómo lo voy a saber?

- Pues es la mujer del otro Vadinho, de aquél.

- ¿Del tocayo?

- Del mismo...

- Vino aquí creyendo que el chico era hijo de él, del marido de ella; vino a buscarlo, quería criar a nuestro bichito, iba a convertirlo en un padre con sotana... - Soltó una risotada, y concluyó, con voz todavía más perezosa- : ¿Cómo es su nombre? ¿Flor? Pues va a ser mi comadre, va a bautizar a mi hijo... Vino a buscar un hijo... No le puedo dar un hijo

porque sólo tengo uno, pero puedo darle un ahijado...
- Mi comadre doña Flor... - dijo el chófer del camión.
Tomando al niño, Dionisia se lo entregó a doña Flor. Una bandada de pájaros en vuelo cruzó el cielo, yendo a posarse en los aleros del arzobispado.

17

En los primeros tiempos de su viudez, tiempos de duelo, de luto riguroso, doña Flor andaba siempre de negro, silenciosa, sumida en una especie de divagación entre el sueño y la pesadilla, entre el creciente murmurar de las comadres y los recuerdos de los siete años de casamiento. Las comadres eran diez, eran cien, eran mil, con una solidaridad rumorosa y constante y todas con igual lengua viperina; llegaban siguiendo el rastro de doña Rozilda, rodeándola con una corte de chismes, elevando las voces en un coro de acusaciones contra Vadinho. Doña Rozilda actuaba como solista del coro, seguida de cerca por doña Dinorá.

Doña Flor, encerrada en su pena, en su ansiedad, flotaba en el mundo de sus recuerdos, reviviendo los momentos de alegría y las horas de amargura, queriendo retener la imagen de Vadinho, su sombra todavía expandida por toda la casa, aunque con más densidad en el cuarto de dormir y yogar.

En último término, ¿qué deseaban ellas, las innumerables comadres? ¿Qué querían las vecinas, las conocidas, las alumnas, las amigas; qué quería su madre viniendo desde Nazareth para hacerle compañía en aquel trance; y hasta las personas extrañas, como cierta circumspecta doña Enaide, una conocida de doña Norma?, ¿qué querían? Esa digna señora se había descolgado del Xame- Xame, en donde vivía, como si no tuviera marido, hijos y tareas domésticas, para venir, muy amable, a criticar la mala conducta de Vadinho con el pretexto de dar el pésame. ¿Qué deseaban ellas? ¿Qué pretendían al remover las cicatrizadas heridas, al volver a encender las extinguídas hogueras del sufrimiento? ¿Por qué le decía en tono de confidencia doña Enaide, como solidarizándose con ella,

que conocía muy de cerca a aquella fatal Noémia, que ahora era una mujer gorda y casada (el marido escribía en los diarios), pero aún conservaba entre sus papeles un retrato de Vadinho?

Doña Flor vivía entre los buenos y los malos recuerdos: todos la ayudaban a llevar el luto, a atravesar ese tiempo gris de desesperación y ausencia, ese desierto de cenizas. Incluso cuando volvía sobre recuerdos e imágenes tan detestables como el de la ex alumna con su risa zumbona y su cinismo impúdico; incluso al herirse nuevamente con espinas como ésta, al rememorar tales humillaciones sentía una especie de agrio consuelo, como si las imágenes y los recuerdos, las espinas y las humillaciones, todo cuanto había vivido con él, fuera un lenitivo para este sufrimiento, el de ahora, inmenso e irremediable. Porque, finalmente, ¿quién había vencido, quién había salido triunfante de la apuesta, quién se había quedado con él? ¿Por quién se había decidido Vadinho, cuando un día doña Flor, habiendo llegado al último límite, le había dado un ultimátum? O ella, o la otra. Las dos, no: que se fuese con la tipa si quería (la inmunda daba a los cuatro vientos la noticia de su próximo amancebamiento con Vadinho); pero que se fuera cuanto antes, que se decidiese ya... ¿Y qué pasó, cuál fue su decisión? Noémia fue a aprender arte culinaria. Estaba en vísperas de casarse y el novio exigía una esposa con teoría y práctica de condimentos. El tal novio era un *snob*, un figurín metido a experto en cinematografía y literatura, muy satisfecho de sí mismo, y supuestamente erudito, que citaba autores y eructaba críticas: un joven genio que brillaba al sol de una gloria de puerta de librería. Por creer que era de buen gusto, quiso que Noémia dominase el arte del *batapá* y del *carurú*. «Quiero que se proletarice esta burguesa...» A ella le divirtió la idea y se inscribió en la Escuela Sabor y Arte.

Hija de una tradicional familia del Graca, rica y elegante, le parecía estupendo ser novia de un intelectual tan refinado; pero más espléndido todavía le pareció Vadinho con su aire de compadrito y sus ojos soñadores. Cuando la ilustre familia y el talentoso pretendiente se dieron cuenta, lo que estaba aprendiendo Noémia eran desvergüenzadas, y de las grandes, con Vadinho, en el burdel de Amarildes. Se armó

un alboroto de todos los diablos, que amenazó con transformarse en un magnífico escándalo. Felizmente, las buenas maneras del novio prevalecieron sobre su momentánea vicisitud. Supo capear la situación con acierto y diplomacia: no era cosa de perder, por meros prejuicios, aquella perra rica, aquel baúl de oro. Sin embargo, no fueron suficientes su buena voluntad y su comprensiva colaboración, pues la fulana no quería dar por terminada la «intrascendente aventura», ya que se consideraba muy bien servida en materia de cama.

Que se fueran al infierno el novio y la familia. Lo que quería Noémia era fugarse con Vadinho, irse con él. Fue Vadinho el que no quiso. Cuando la cosa estalló y la diversión se convirtió en tema de pública maledicencia, y doña Flor, en uno de sus arranques violentos y raros, exigió una decisión inmediata - o ella o la otra- , él restituyó la moza al novio, al esteta, que ahora era todavía más *snoob* y atrayente, pues al talento y a la erudición sumaba los cuernos; un novio macanudo, era difícil encontrar otro así.

«No son más que pavadas para pasar el tiempo», respondió cuando doña Flor, en el colmo de su aflicción, lo enfrentó y exigió que se definiese de una vez por todas. Nunca había pensado él en irse con la tal Noémia, todo había sido pura invención de la descarada, que además de puta era mentirosa y de las grandes.

¿Qué más querían las comadres? Doña Rozilda, doña Dinorá, esa doña Enaide que venía desde su morada en el Xam Xame, y todas las otras, decenas, centenas y millares de comadres en el coro infame de los resentimientos y los libelos, ¿qué más querían? ¿Para qué recordar ese incidente como prueba de la infelicidad conyugal de doña Flor, como prueba de que Vadinho era el peor de los maridos? Al contrario, ésa era la prueba más completa de su amor, de que la prefería a cualquier otra. ¿No tenía la tal Noémia riqueza y elegancia, palacete en Graca, talonario de cheques, cuenta abierta en el banco - y Vadinho había jugado fuerte en el interregno- , automóvil con chófer, clase de gimnasia, rudimentos de francés, y las últimas novedades en perfumes, vestidos y zapatos traídos de Río? ¿Con quién se había quedado él, a quién prefirió cuando se vio obligado a elegir? De nada sirvió el talonario de cheques

ni la comodidad del automóvil que lo llevaba y lo traía de un lado a otro, ni los vestidos de Río, los perfumes de París, la exquizez del lenguaje: «*mon cheri, mon petit cocó, merde, quelle merde*»; «*á lócé de parler*», como se dice en el francés de Bahía...

A Vadinho no le importaron ni el virgo destapado ni las súplicas: «Me debes la honra»; ni las amenazas: «Vas a ver, mi padre va a hacer que te castiguen, te va a meter en la cárcel.» Nada lo hizo vacilar siquiera a la hora de elegir. «¿Cómo puedes pensar semejante disparate, que yo te iba a dejar para vivir con esa porquería...» Colgó su jactancia de los cuernos del novio y se fue a la cama con doña Flor. ¡Ah! ¡Qué noche de paz y perdón! «Todo *xixica* para pasar el tiempo, sólo tú eres permanente, Flor, mi Flor de albahaca...»

Para las comadres Vadinho fue el peor de cuantos maridos existen en el mundo y doña Flor la más infeliz de las esposas. No tenía derecho a llorar, a apenarse, debía estar dándole gracias a Dios para librarla a tiempo de semejante castigo. Pero, indudablemente, doña Flor era la bondad en persona y sólo a doña Rozilda podía ocurrírsele exigir que la hija se alegrase, que celebrase con una fiesta la súbita muerte de Vadinho. A pesar de lo ruin que era, había sido su marido. Sin embargo, esta exageración de sentimientos, este luto riguroso, este duelo sin sentido, más allá del ceremonial obligado en los ritos de la viudez; esa cara pasmada y perdida, esos ojos vueltos hacia dentro de sí o que miraban fijos más allá del horizonte, fijos en el infinito, en la nada: todo eso era inaceptable para las comadres.

Sólo en una cosa estaban de acuerdo doña Rozilda y doña Norma, doña Dinorá y doña Gisa, las verdaderas amigas y las simples chismosas: doña Flor necesitaba olvidar cuanto antes aquellos años desdichados, necesitaba borrar de su vida la imagen de Vadinho, como si él nunca hubiera existido. Para ellas el tiempo del duelo estaba durando demasiado y por eso la rodeaban, para probarle con hechos que ella se había visto favorecida por la misericordia divina. La misma tía Lita, siempre dispuesta a disculpar a Vadinho, no ocultaba, sin embargo, su sorpresa:

- Nunca pensé que iba a sentirlo tanto... Doña Norma también se admiraba:

- Por lo que se ve, no va a olvidarlo nunca... Cuanto más tiempo pasa, más sufre...

Doña Gisa, instalada en sus conocimientos de psicología, discrepaba de las pesimistas:

- Es natural... Esto va a durar todavía unos días, pero se acabará; ya olvidará y volverá a vivir...

- Así es, sí... - decía doña Dinorá, que era de la misma opinión- . Con el tiempo se va a dar cuenta de que Dios vino en su socorro...

Las opiniones diferían, sin embargo, en cuanto al modo de ayudarla mejor. Doña Norma, fortalecida por el apoyo de doña Gisa, proponía que no se pronunciara el nombre de Vadinho. Las demás, bajo el férreo comando de doña Rozilda - y doña Dinorá era sargento en esa aguerrida tropa- , se deshacían en intrigas, denuestos y lamentos para convencerla de que al fin podía pensar en vivir una vida tranquila y feliz, en paz, con bienestar y seguridad. De cualquier modo, tanto si se guardaba un piadoso silencio como si se dejaba lugar a la ruidosa maledicencia, ella tendría que encontrar los caminos del olvido. Era tan joven aún, tenía toda la vida por delante...

- Si ella quiere, no ha de seguir viuda por mucho tiempo...

- profetizaba doña Dinorá, que, en cuanto a hablar de vidas ajenas, poseía un sexto sentido, un don adivinatorio, una especie de videncia. Además, en su casa (herencia de un comendador español), en salto de cama y en trance, doña Dinorá echaba las cartas y adivinaba el futuro consultando una bola de cristal.

¿Por qué, se preguntaba doña Flor, ninguna de ellas venía a recordarle jamás una buena acción de Vadinho? Después de todo, en medio de incontables trapisondas, de vez en cuando prevalecían en sus actos la gracia, la generosidad, el sentido de la justicia, el amor. ¿Por qué entonces sólo medían la conducta de Vadinho con el metro de la ruindad, sólo pesaban sus actos con una balanza de maldiciones? Por otra parte, siempre había sido así. En vida de él las cotorras se relevaban unas a otras, transmitiendo con avidez las noticias desagradables, que tanto daño le hacían a doña Flor. «¡Pobrecita!: iella, que merecía un marido recto y bueno, que le diera buen trato y la respetase!» Nunca sucedió, en cambio, que una comadre abandonase a

toda prisa sus lares, sus quehaceres y sus ocios para venir a anunciarle con fervor y entusiasmo algún acto generoso de Vadinho:

- Flor, escuche pero no diga que yo se lo conté... Vadinho ganó en la quiniela y le dio todo el dinero a doña Norma para que ella elija un regalo de cumpleaños para usted... El aniversario está lejos todavía, ya lo sé, pero él tuvo miedo a gastar el dinero y quiso asegurar desde ahora el regalo... Esto es lo que realmente sucedió en cierta ocasión y todas las comadres lo supieron, a pesar de que doña Norma se había comprometido a guardar el secreto. Mas si ella no hubiese roto la promesa, dada su incapacidad para callar tanto tiempo, más de veinte días, doña Flor nunca se habría enterado del gesto. Las otras cerraron la boca, ¿para qué tomarse la molestia de transmitir noticias alegres? Para eso no hay apuro ni entusiasmo; nadie sale corriendo a la calle a dar noticias que no sean malas. Para difundir éstas sobran heridas y nunca falta en ese caso quien se tome las mayores molestias, quien abandone el trabajo, interrumpa el descanso, se sacrifique. ¡Qué cosa más excitante es dar una mala noticia!

Cierta tarde, si no fuese por pura casualidad, doña Flor se habría ido para siempre. Aquella vez Vadinho había descendido al fondo de su ignominia, mostrándose en toda su bajeza. Ella incluso había llegado a hacer las valijas. (Siempre tenía un cuarto a su disposición en casa de los tíos, en Río Vermelho.) Por un pelo no se fue de una vez, rompiendo con él definitivamente. En esa ocasión la calle estaba llena de comadres, atraídas por los gritos y por el llanto. Todas ellas vieron llegar a Cígano, y todas lo oyeron hablar con voz trémula, siendo todas testigos de la reacción de Vadinho.

¿Y alguna de ellas le contó la escena a doña Flor, alguna le transmitió las palabras de Cígano? ¡Sí, qué esperanza! Ni una sola para un remedio, como si nada hubiesen visto u oído. Al contrario, las entrometidas apoyaban su decisión, le reconocían motivos de sobra para romper de una vez y para siempre con el canalla. Algunas incluso le ayudaban a hacer las valijas.

Aquella tarde, cuando él apareció, doña Flor se imaginó en seguida el motivo de su inesperada presencia. Cuanto más observaba su comportamiento, más se convencía: nunca había estado tan discreto con las alumnas, casi escondido en un rincón de la sala, dejándolas que terminasen tranquilas, en la cocina, durante la clase práctica, una torta de cumpleaños. Las mozas, que pertenecían a una nueva tanda, se reían entre ellas, manifestando una curiosidad que no intentaba disimularse, revelando su deseo de conocer al tan mentado marido de la profesora, con su fama singular: a su modo, era célebre. Finalizada la clase, cuando entre exclamaciones de elogio fueron invitadas con unas tajadas de la torta y unas copas de licor de cacao - una especialidad de la casa, orgullo de doña Flor, cuya competencia en licores de huevo y de frutas corría pareja con la fama de sus condimentos- , ella, con una pizca de jactancia y cierto aire vanidoso, lo presentó:

- Vadinho, mi marido...

Él no hizo ningún comentario, ninguna frase de doble sentido, ni siquiera una guiñada de ojos. Seguía estando serio y casi triste. Doña Flor conocía el significado de ese estado de ánimo, y lo temía. ¡Ah!, si pudiera retener a las alumnas toda la tarde y toda la noche, prolongar la conversación aun a riesgo de que el granuja mostrara la hilacha y saliera con alguna de sus osadías. ¡Ah!, si pudiera evitar el diálogo cara a cara con un Vadinho incapaz de mirarla de frente, encorvado bajo el peso de sus peores intenciones... Pero las alumnas, jóvenes y señoras de intensa vida social, bebieron el licor a toda prisa y se despidieron.

El día anterior, doña Ligia Oliva le había pagado - regiamente- un gigantesco encargo de dulces y saladitos, destinados a una recepción en homenaje a unos señores de San Pablo. Desde su casamiento doña Flor se había circunscrito a lidiar con la Escuela, rehusando los encargos, pero hacía algunas excepciones con las personas a quienes estimaba: «Tengo devoción por doña Ligia» - dijo cuando se comprometió a cumplir un encargo de tal magnitud.

Esas entradas extraordinarias, que casi siempre le llegaban

en ausencia de Vadinho, las reservaba doña Flor para los gastos inesperados, una compra grande, una enfermedad, cualquier necesidad. Y hasta sucedía que llegaba a juntar algunos *cantos*, formando un fajo de billetes que ocultaba en distintos escondrijos de la casa. Eran ahorros destinados a la adquisición de utensilios domésticos, comprar obsequios de cumpleaños y pagar mensualidades de la máquina de coser, y en gran parte se agotaban en préstamos a Vadinho, de cien o de doscientos mil- réis...

Quiso esta vez el azar que, estando él en la sala, con aspecto de agotado, apareciera el doctor Zitelmann Oliva, que se había tomado la molestia (él, tan ocupado con sus ocho cargos, todos de brillo e importancia) de venir a pagar personalmente:

- Ando con este dinero en el bolsillo hace tres días... Hoy, cuando Ligia descubrió que todavía no había efectuado el pago, sólo le faltó pegarme...

- Pero, doctor, no se preocupe... Qué tontera...

- Dígame, don Vadinho - bromeó el figurón- . ¿Qué es lo que hace usted para que su mujer esté cada día más joven y bonita?

Conocía a doña Flor desde niña y también conocía hacía mucho tiempo a Vadinho, el cual de vez en cuando intentaba sablearlo (con poco resultado, por lo demás, pues el doctor Zitelmann era duro de pelar).

- Es la buena vida, doctor, es la buena vida que se da. Casada con un marido como yo, que no le da dolores de cabeza, que no le causa preocupaciones... Vive mimada, descansada, una vida feliz... - Y se reía, con su risa despreocupada, itan alegre!, y doña Flor se reía también ante semejante descaro del marido.

Ese día no le pidió dinero. Seguramente había ganado en la víspera y aún le quedaba algo. Pero cuando a la tarde siguiente apareció inopinadamente, con la mirada baja, la cara seria, casi triste, ella adivinó en seguida el motivo de su llegada: venía por el dinero. Mientras las alumnas sorbían el licor y saboreaban la torta, alborotadas, mirando furtivamente al joven inmóvil, doña Flor, callada, con el corazón oprimido, se juró a sí misma tomar una resolución terminante. No le iba a dar ese dinero, ni todo ni una pequeña parte, ni un centavo. Lo había reservado para

comprar una radio nueva. Oír la radio era el pasatiempo preferido de doña Flor, su mayor distracción: le volvían loca las sambas y las canciones, los tangos y los boleros, los programas cómicos, y sobre todo las radionovelas. Las oían juntas, ella, doña Norma, doña Dinorá y otras vecinas, trémulas y brillantes ante el destino de la condesa apasionada por el ingeniero pobre. Con la sola excepción de doña Gisa, que sentía un desprecio de erudita hacia tan baja literatura.

El aparato de radio, parte de su bagaje de soltera, era ya anticuado y no funcionaba muy bien; sólo daba gastos, descomponiéndose todos los días, fallando en los momentos más dramáticos, enmudeciendo en mitad de la escena más emocionante. Requería arreglos y más arreglos, inútiles y caros. Así que en esta oportunidad la decisión de doña Flor era irrevocable: no abriría la mano, no se desprendería de sus economías sucediera lo que sucediese. Finalmente tenía que poner término a ese abuso.

Las alumnas se fueron en medio de un revuelo de risas y un poco desilusionadas: ¿así que aquel sujeto cabizbajo, ensimismado en un rincón, era el tan mentado marido de la profesora, con fama de peligroso, de irresistible, el del caso con Noémia Fagundes da Silva? Francamente, no les parecía digno de ser codiciado, no llegaba ni de lejos a la altura de su excitante leyenda. Cuando se fueron, doña Flor se encontró a solas con Vadinho y con su propio miedo, la boca amarga, oprimido el corazón. El, haciendo un esfuerzo, se levantó, dirigiéndose a la mesa y llenando una copa de licor, comentó:

- Este licor es agradable pero se sube que es una maravilla; con él se agarra uno unas borracheras de miedo, unas perseguidoras horribles... Sólo el licor de genipa da un dolor de cabeza más grande...

Quería aparentar despreocupación; se acercó a ella y le ofreció su copa, amable y tierno:

- Prueba, querida...

Pero doña Flor lo rechazó, y también rechazó la caricia de su mano, que descendía por el escote de la blusa hacia los senos. «Hipocresía, nada más que hipocresía, son caricias para vencer mi resistencia e impedir que me niegue;

caricias dirigidas a mi flaqueza de mujer.» Juntó todas sus fuerzas, pensó en los antiguos agravios, en la pequeña reivindicación de una radio nueva... Y se puso de pie, humillada, disgustada:

- ¿Por qué no dices de una vez a qué viniste? ¿O piensas que no lo sé?

La cara de él reflejaba seriedad y tristeza. Vino porque tenía que venir, porque no había conseguido nada en ninguna parte, pero no venía contento, no venía con su gesto franco y su risa libre... ¡Ah, si le fuera posible no haber venido!

El también sabía cuál era el destino que doña Flor pensaba darle a ese dinero. Todavía no había venido don Edgard Vitrola, pues el viejo aparato continuaba en la sala, como pudo comprobar en cuanto abrió la puerta. Pero podía aparecer en cualquier momento con la octava maravilla del mundo: una belleza de mueble en madera de marfil y metal cromado, la última palabra de la mecánica, con ondas y bandas, kilovatios y voltajes, que podía captar las más lejanas emisoras, las de Japón, Australia, Addis- Abeba, Hong- Kong, sin olvidar los subversivos programas de Moscú, tanto más buscados cuanto más prohibidos. Doña Flor le había hecho llegar el urgente pedido del aparato a don Edgard por intermedio de Camefeu, tocador de birimbao y compañero inseparable de Vitrola.

Primero en el tranvía, con su palpito y su vergüenza, y después, caminando por la calle, Vadinho hizo el trayecto con el alma destrozada. Por una parte el apuro por llegar antes que el vendedor de radios, pues nunca un palpito lo había dominado de tal modo; por otra parte, el deseo de llegar tarde, después de Edgard, y así no encontrar ya ni la radio vieja ni el dinero pagado por doña Ligia, ganado por su mujer a costa de trabajo y de sudor: había pasado la noche entera junto al horno, después de un día atareado. Se sentía como partido en dos; en el tranvía, caminando por la calle, entrando en la casa, abriendo la puerta: partido en dos. Si don Edgard no hubiese venido... ¿Qué señal habría más cierta de que el palpito era infalible? Pero, si ya se encontrase con el nuevo aparato, esa noche se quedaría en casa junto a doña Flor, estrenándolo, oyendo música, riéndose con los chistes. Así, llegó a su casa

partido en dos, dividido por la mitad.

¿Por qué no había llegado antes que él don Edgard? Ahora ya no tenía más remedio...

- ¿Piensas que es sólo por interés por lo que te mimo?

- Sólo por interés y por nada más...

Doña Flor se endurecía: sólo interés, vil interés...

- ¿Por qué no lo dices en seguida?

Era como si un muro los separase, en esa hora del crepúsculo en que la tristeza irrumpe desde el horizonte, ceniza y rojo, cuando cada cosa y cada ser viviente muere un poco al morir el día.

- Ya que lo quieres así no voy a perder más tiempo. Me tienes que prestar aunque no sea más que doscientos mil-réis.

- Ni un centavo... No vas a ver ni un centavo... ¿Cómo tienes coraje todavía para pedirme prestado? ¿Cuándo me devolviste ni siquiera un cobre? Ese dinero no sale de mis manos más que para las de don Edgard.

- Juro que te pago mañana, hoy lo necesito realmente, es un asunto de vida o muerte. Te juro que mañana te compro yo mismo una radio y todo lo que quieras... Por lo menos cien mil réis...

- Ni un centavo...

- No seas así, querida, sólo por esta vez...

- Ni un centavo... - repetía ella, como si no supiera decir otra cosa.

- Oye...

- Ni un centavo...

- Ten cuidado, no juegues conmigo, porque si no es por las buenas va a ser por las malas...

Dijo esto y comenzó a mirar en torno como para localizar el escondrijo. En eso, doña Flor perdió la cabeza y llevada por la desesperación corrió hacia el viejo aparato de radio en el cual, entre las válvulas gastadas, había ocultado el dinero. Vadinho la siguió, pero ella se apoderó de los billetes, desafiándolo a los gritos:

- Esto no lo vas a gastar en el juego. Sólo matándome... Los gritos cortaban la tarde, alertando a las comadres, que salieron a la calle:

- Es Vadinho, que le está sacando el dinero a Flor, pobrecita...

- ¡Perro tenebroso! ¡Perro del infierno!

Vadinho, enceguecido, se abalanzó sobre doña Flor, perdiendo la cabeza, ofuscado por la ira, ira por hacer lo que estaba haciendo. Tomándola por las muñecas, rugió:

- ¡Suelta esa mierda!

Fue ella quien golpeó primero. Al desprenderse de él, para impedir que la agarrase de nuevo, lo golpeó en el pecho con los puños cerrados y luego, con la mano abierta, le llegó a la cara. «¡Putá, me las vas a pagar!», exclamó Vadinho, mientras doña Flor gritaba: «Déjame, desgraciado, no me pegues, imátame ya!, será mejor.» El le dio un empujón y ella cayó sobre unas sillas, gritando: «¡Asesino! ¡Miserable!» Y él la abofeteó. Una, dos, cuatro bofetadas. El estallido de los bofetones provocó en la calle la rebeldía y la conmiseración del coro de comadres. Doña Norma abrió la puerta y entró sin pedir permiso:

- O la deja, Vadinho, o llamo a la policía.

Él ni siquiera parecía verla: se había quedado con el dinero en la mano, los ojos extraviados, revuelto el cabello, mirando con espanto hacia el sitio en que yacía doña Flor, llorando pausadamente, quejándose con voz apagada. Doña Norma corrió a ampararla y Vadinho salió por la puerta con los billetes apretados entre los dedos. Al verlo, las vecinas se apartaron de la acera como si fuese el mismo demonio de los infiernos.

En ese preciso instante el taxi de Cígano frenó junto a la puerta. Vadinho sonrió al reconocerlo: aquella coincidencia era otra prueba más de la infalibilidad del palpito.

Había tenido el palpito mientras andaba caminando tan tranquilo por las calles, lo había sentido como una certeza total y absoluta, sin riesgo de engaño ni de mala suerte, una certidumbre total de que esa tarde y esa noche iba a hacer saltar todas las bancas del juego de la ciudad, una por una, comenzando por las ruletas del Tabaris y terminando por el antro oscuro de Paranaguá Ventura. Certidumbre que fue creciendo en él, dominándolo, exigiendo acción, obligándolo a deshacerse en una inútil peregrinación en procura de plata, y por último a ir, contra su voluntad, en busca del dinero de doña Flor.

Pero después de abofetearla se sintió como vacío, se le fue la certidumbre, desapareció el palpito. Se sentía hueco y ya

no sabía qué iba a hacer con ese dinero, como si todo hubiera sido inútil. Mas, una vez en la calle, ante el taxi de Cígano surgido como por milagro - pues él tenía prisa por comenzar en el turno vespertino la maratón del siglo- , recuperó de nuevo la serenidad. Otra prueba indiscutible de la potencia del palpito - pensaba- es que sentía cierto calor en las manos y urgencia de partir. Ahora sólo veía ante sí las mesas de ruleta, la bolilla girando, el croupier, el 17, las apuestas, la mirada nerviosa de Mirandáo, a su izquierda como de costumbre, las fichas; ahora, de nuevo, para él ya sólo existía el juego. Iba a entrar al taxi, pero Cígano dio un salto, sorteando a las vecinas, muy agitado. Se veía que había llorado y con voz cargada de emoción le dijo:

- Vadinho, hermano, murió mi vieja, mi madrecita... Lo supe en la calle, vengo ahora de casa..., no la vi morir, dicen que me llamó cuando sintió el dolor...

Al principio Vadinho no prestó atención a las palabras del amigo, pero en seguida comprendió y apretó el brazo de Cígano. ¿Qué estaba inventando?, ¿qué absurda historia era ésa?

- ¿Quién murió? ¿Doña Agnela? ¿Estás loco?

- Hace menos de tres horas. Mi vieja, Vadinho...

Él había ido muchas veces, siendo soltero, y aun después de casado, incluso junto con doña Flor, a comer la *feijoada* dominical de doña Agnela, en la terminal de Brotas. Era gordísima y cordial, y lo trataba como a un hijo; tenía flaqueza por el joven jugador y le perdonaba su vida libertina. ¿No era una copia, hasta en los cabellos rubios, del finado Aníbal Cardeal, juerguista insigne, su compañero, el padre de Cígano?

- Igualito al otro... Dos perdidos...

Nuevamente se sintió sin aire y sin energía, iqué día más molesto, más disparatado! Primero Flor, con su desdichada terquedad, y ahora Cígano atravesándose, al caer el crepúsculo, con el cadáver de doña Agnela...

- ¿Pero cómo fue? ¿Estaba enferma?

- Nunca la vi enferma, que yo recuerde... Hoy, cuando salí después de almorzar, la dejé en la pileta, lavando ropa. Cantando, tan contenta que daba gusto verla... Sabes, hoy fue el día en que pagué el último vencimiento del coche. Tenía el dinero justo. Por la mañana, estuvimos contándolo

los dos, ella y yo... Me dio lo que había juntado durante el mes, todo en billetes de diez y de dos mil- réis. Estaba alegre porque ahora el coche era mío de verdad - hizo una pausa esforzándose por no llorar- . Dicen que de repente sintió un dolor en el pecho. Que sólo tuvo tiempo para decir mi nombre y cayó muerta... Lo que más me duele es no haber estado allí: estaba pagando el documento del coche... Isidro, el del bar, vino a avisarme a la plaza... Fui corriendo... ¡Ah!, hermanito, ella ya estaba fría, los ojos desencajados... Ahora vine a verte porque estoy sin un cobre, todo el dinero se fue en el pago del coche... El mío y el de ella, el de mi vieja...

¿Oirían las comadres su voz contenida? Las comadres también morían un poco con la agonía del sol, desvanecidas en la penumbra cuando Vadinho le entregó a Cígano, junto con el dinero manchado por la violencia, su límpido palpito de victoria.

- Es todo lo que tengo..

- ¿Vienes conmigo? Tengo tanto que hacer...

- ¿Cómo no voy a ir?

Libres de la presencia de Vadinho, las comadres fueron entrando a la casa: en el cuarto estaba doña Flor con las maletas, y doña Norma procurando disuadirla. Las chismosas no comprendían las razones de doña Norma. Sólo doña Flor tenía razón, carradas de razón. En el coro de cuchicheos se las oía:

- ¡Qué vida más injusta! ¿Cómo se puede martirizar así a una persona?

- Lo que debía hacer es largarlo de una vez...

- Atreverse a pegarle... ¡Qué horror!

Doña Flor nunca creyó que ellas no hubiesen oído la conversación con Cígano, la noticia del fallecimiento. Si no hubiera sido por don Vivaldo, el de la funeraria, doña Flor no habría sabido del fallecimiento de doña Agneta ni de cómo había empleado Vadinho el dinero. Don Vivaldo pasó por allí de casualidad. Aprovechando que estaba en las inmediaciones, fue a llevarle la receta de un guiso de bacalao, de origen catalán; una delicia que se saboreaba en los pantagruélicos almuerzos en casa de los Taboada, en cuya mesa jamás se habían servido menos de ocho o diez platos, un derroche. Al ver humedecidos los ojos de doña

Flor, comentó la triste noticia: ¡pobre doña Agnela! Él acababa de saberlo, se había encontrado con Vadinho y Cígano, e iba a mandar el ataúd, prácticamente sin ganar nada. Doña Agnela lo merecía: fue una esclava para el trabajo, y siempre tan jovial, una persona excelente. Don Vivaldo había ido una vez, con Vadinho, a hacerle honor a su *feijoada*...

Sólo entonces doña Dinorá y las otras comadres relacionaron las palabras y los gestos con el dinero que vieron cambiar de mano en las sombras del crepúsculo. Por lo menos eso dijeron; créalo quien quisiere.

Don Vivaldo se despidió, comprometiéndose a venir a probar el plato español cuya receta le había costado insistir mucho y dar una propina: tuvo que sobornar a la cocinera de los Taboada, pues doña Antonieta era celosa de sus secretos culinarios.

Doña Flor conoció a doña Agnela en aquellos inolvidables días finales del noviazgo, en vísperas de casarse, cuando pasaba las tardes con Vadinho en la casita secreta de Itapoá. El disipado dueño de casa, ocupado durante el día en sus negocios de tabaco, reservaba las noches para las mujeres, a las horas muertas de la madrugada. Pero sucedió que estaba de paso en Bahía una carioca sensacional, que sólo tenía una tarde libre. Y Vadinho recibió un mensaje: que ese día no utilizara el discreto lugar.

En el taxi pensaron adonde irían. Ella rechazó el cine, la *matinée* del imprudente manoseo; y él no podía llevar a un burdel a su futura esposa. ¿Visitar a tía Lita en Río Vermelho? ¿Y si aparecía por allí doña Rozilda? Cígano propuso que fuesen a ver a doña Agnela, que estaba deseosa de conocer a la novia. Y pasaron la tarde con la gorda lavandera, charlando y tomando café, mientras Vadinho se obstinaba en besar a doña Flor, que se encogía toda. Doña Agnela quedó encantada con la moza, haciéndole un discurso lleno de advertencias y de compasión:

- Se va a casar con este loco... Dios la proteja y le dé paciencia, que va a necesitarla mucho. La peor gente del mundo es la que juega, hija mía. Viví más de diez años con uno igualito a éste... De pelo rubio como él, blanco, de ojos

azules..., un perdido por el juego, tiraba con todo. Hasta un medallón que me dejó mi madre el muy loco lo vendió para enterrar el dinero en el vicio. Lo perdía todo y se ponía furioso y cuando venía me gritaba, me pegaba...

- ¿Le pegaba? - preguntó con voz tensa doña Flor.

- Cuando bebía demasiado, ya lo creo... Pero sólo cuando bebía demasiado...

- ¿Y usted lo soportaba? Yo no se lo permitiría... a ningún hombre... - Doña Flor se estremecía de indignación con sólo pensarlo- . Nunca lo permitiré.

Doña Agneta sonrió, comprensiva y experimentada. ¡Doña Flor era todavía tan jovencita, ni siquiera había comenzado a vivir!

- ¿Qué iba a hacer, si lo quería, si ése era mi destino? ¿Iba a dejarle solito, con esa vida angustiosa, sin nadie que lo cuidara? Era chófer, como Cígano, sólo que trabajaba para otros, a porcentaje. Nunca juntó dinero para poder comprar un coche, el manirroto. Todo cuanto yo podía guardar él lo perdía, me lo sacaba aunque fuese por las malas. Murió en pleno desastre. Lo único que dejó fue un hijo chiquito que yo tuve que criar... - Miraba a doña Flor con afecto y lástima- . Pero le voy a decir una cosa, hija mía... Si él se me apareciese, de nuevo volvería a juntarme con él otra vez. Desde que murió, nunca más quise saber de ningún hombre, y mire que no me faltaron proposiciones, incluso de casamiento. Me gustaba, ¿qué podía hacer yo, dígame, hija mía, si ése era mi sino?

«Era mi sino, lo quería...» Y ahora, ¿qué es lo que podía hacer doña Flor? «Dime, Normita, ¿qué puedo hacer?» «Vaciar las valijas, vestirse de oscuro e ir al velatorio de doña Agneta.» «¿Qué es lo que puedo hacer si es mi destino, si lo quiero?»

Sí, doña Norma iría con ella. Doña Norma era aficionada a los buenos velorios, con lágrimas, sollozos, flores rojas, velas encendidas, ceremoniosos abrazos de pésame, oraciones, cuentos y recuerdos, anécdotas y risas, un café bien caliente, unos bizcochos, un trago a la madrugada..., nada había para ella igual a una velada fúnebre.

- Me cambio de vestido en un minuto...

«¿Qué puedo hacer?, dime, Normita, si él es mi destino... ¿Dejarlo solito, sin nadie que lo cuide? ¿Qué puedo hacer,

dime, si estoy loca por él, si no podría vivir sin él?»

19

Sin él no sabe vivir, no puede vivir. Y ahora, cómo acostumbrarse, si es otra la luz del día envuelto en ceniza: un crepúsculo metálico en que los vivos y los muertos se confunden en los mismos recuerdos. Tantas imágenes y figuras en torno a Vadinho, tanta risa y tanto llanto, y el bullicio, el calor, el tintinear de las fichas y la voz del croupier. Sólo en el fondo de la memoria se afirmaba la vida, plena como la luz de la mañana y de las estrellas nocturnas, venciendo al crepúsculo en coma, con los estertores de la muerte.

Doña Flor, insomne en su cama de hierro, sintiendo el abandono y la ausencia, sigue el derrotero del pasado, con sus puertos de bonanza y sus mares tempestuosos. Reúne momentos diversos, nombres, palabras, el son de una ligera melodía, y va reconstruyendo el calendario. Desea romper el cerco de acero de ese crepúsculo, más allá del cual están el día de trabajo y la noche de descanso, la vida propiamente dicha. No este vivir en un tiempo gris, de luto, no este vegetar en un asfixiante pantano, en esta vida suya sin Vadinho. ¿Cómo salir de ese círculo de muerte, cómo cruzar la puerta estrecha de este tiempo despojado? Sin él no sabe vivir.

A veces Vadinho había sido tan ruin como sentenciaban las comadres, doña Rozilda, doña Dinorá y las otras chismosas, en cambio en otras oportunidades eran injustas, acusándolo sin motivo. Ella misma, doña Flor, había procedido así más de una vez.

Un día, por ejemplo, él se fue de viaje intempestivamente; doña Flor lo supo en el último momento e imaginó lo peor, pensó que lo perdía para siempre. No creía que él regresara de Río de Janeiro, con sus luces mágicas, sus avenidas bulliciosas, los casinos, centenares de mujeres a su disposición. ¿Cuántas veces no le había oído a Vadinho proclamar: «Un día de éstos me largo para Río, ahí sí que se vive, y no vuelvo más...»?

Puro disparate, aquel viaje. Fue una invención de Mirandão

para obtener dinero: organizó una caravana de estudiantes de agronomía que iría a «visitar los centros de estudio de Río de Janeiro» durante las vacaciones. Recorrió los comercios en compañía de cinco colegas, sacando el dinero a medio mundo con un Libro de Oro. Sableó a los banqueros, los industriales, los empresarios, los tenderos, los comerciantes más diversos, los políticos del Gobierno y de la oposición. En unos cuantos días reunió un montón de dinero y creó todo un problema: por cortesía hacia los políticos había cambiado tres veces, en sinceros gestos de homenaje, el lema de la embajada. De los tres nombres ilustres, ¿cuál elegir ahora? Mirandáo propuso una solución extremadamente simple: dividir entre los organizadores el dinero recogido y disolver en el acto la caravana, dando por visitados los centros de estudio. Pero los cinco colegas, unánimemente, estuvieron en desacuerdo: querían hacer el viaje, y conocer Río. Incluso estaban dispuestos, si se presentara la ocasión, a visitar la Escuela de Agronomía y recorrer sus dependencias. Una vez conseguidos los pasajes gratuitos, facilitados por la Secretaría de Agricultura del Estado - se cambió por cuarta vez el nombre de la caravana, en homenaje al generoso secretario de Estado- , el día de la partida, casi a la hora de salida del barco, hubo una deserción; uno de los seis pícaros contrajo la fiebre palúdica y el médico le prohibió viajar cuando ya no quedaba tiempo para invitar en su lugar a otro estudiante ni para vender a bajo precio el inútil pasaje.

Vadinho había acompañado a Mirandáo hasta el muelle y estaba presente cuando se discutió el caso. Fue entonces cuando el otro le preguntó, de repente:

- ¿Por qué no vienes tú también, aprovechando el pasaje?

- No soy estudiante...

- Pero, señor..., eso no tiene importancia; lo eres desde ahora..., sólo que tienes que apurarte, el barco sale dentro de dos horas...

Era el tiempo justo para ir corriendo a casa, juntar unas mudas y unas camisas y el traje azul de casimir, mientras Mirandáo, amigo capaz de cualquier sacrificio, hacía frente a las lágrimas de doña Flor.

No volvería más, estaba segura. No era tan boba como para creer aquella historia absurda de la Embajada

Estudiantil en viaje de estudios. Si Vadinho no era estudiante de nada, ¿cómo iba a formar parte de una caravana universitaria? El único estudio de Vadinho era el del *Libro de palpitos*, con todas las interpretaciones de los sueños y de las pesadillas, indispensable para todo aquel que quiera ganar en la quiniela. Sin duda él se iba siguiendo el rastro de una vagabunda cualquiera, hacia ese abismo de depravación que es Río de Janeiro. Cuanto más le juraba Mirandão por la sagrada memoria de su madre y por la salud de sus hijos, más escéptica se sentía doña Flor... No podía creer semejante cuento... ¿Por qué venía Mirandão, su compadre, a hacer tal papelón, a causarle semejante disgusto, burlándose de sus sentimientos con una mentira tan vil? Si no sentía por ella ninguna estima ni consideración, ¿por qué entonces la invitó a ser madrina del hijo? Si Vadinho quería abandonarla, irse con cualquier perdida, mudarse a Río, que por lo menos obrase como un hombre y viniese personalmente a decir la verdad, en vez de mandar en lugar suyo al compadre con aquel cuento infantil, abusando de la amistad de ella y dándole diploma de idiota. «Pero, comadre, si es verdad, la pura verdad..., le juro que dentro de un mes regresamos.» ¿Para qué toda esa comedia? Vadinho no volvería más, estaba segura.

Y sin embargo, regresó en la fecha prevista, con la caravana - de cuya existencia ya se había convencido doña Flor, pues el hijo mayor de doña Sinhá Terra, alumna suya, participaba en la excursión y en una carta se refería a Vadinho como a un «compañero estupendo»- . No sólo regresó, sino que le trajo un regio corte de seda extranjera, bonita y cara. Señal de suerte en la ruleta - pensó doña Flor- y de que él no la había olvidado durante los paseos, las fiestas, las novedades de Río, las noches de timba y farra. «¿Cómo te iba a olvidar, mi bien, si sólo fui para hacerles un favor a los muchachos, pues la Embajada no podía quedar incompleta?» Llegó usando chaleco, muy carioca, muy bien hablado. Se había relacionado con mucha gente; citaba nombres: el cantor Silvio Caldas, la estrella de teatro Beatriz Costa.

A Silvio se lo había presentado Caymmi en el casino de Urca, en donde el músico estaba contratado. «Es tan idéntico a las fotografías que uno no cree que sea él, tú lo

vas a ver cuando venga. Me dijo que viene en marzo y le prometí que tú le ibas a dar un almuerzo, todo de platos bahianos. Es un aficionado a la cocina», decía y se desgañitaba elogiando su simplicidad y su modestia. ¡Con cuánto placer prepararía doña Flor ese almuerzo, si un día surgiera tan remota oportunidad, siendo como era una admiradora entusiasta del cantor, de voz tan brasileña, al que oía siempre por radio!

Envuelta en el corte de seda que se le deslizaba por los hombros, cubriéndola y descubriéndola, con la alegría del regreso de Vadinho, doña Flor se deshojaba en risas y suspiros yogando en la cama con el marido. Ese momento de amor era aún más dulce para ella a causa de una pizca de remordimiento: lo había juzgado mal, agresiva e injusta estuvo al dudar de él, de su «más lindo estudiante...».

De lo que jamás tuvo noticia doña Flor fue de la energía que le costó a Mirandáo arrancar a Vadinho de los brazos de Josi y llevarlo al barco que regresaba. Josi era el nombre de guerra de la lusitana Josefina, corista de la Compañía Portuguesa de Revistas Beatriz Costa, que se había apasionado locamente por el mozo bahiano (y viceversa). Se conocieron cuando la Embajada Académica, que obtuvo entradas gratuitas para el teatro República, fue a los bastidores después del espectáculo para felicitar a Beatriz, sus artistas y sus coristas. Vadinho puso el ojo en Josi, que todavía llevaba el vestido de pescadera, y Josi midió de arriba abajo al falso estudiante; los dos se rieron y media hora después comían juntos unas fintas de bacalao en la tasca cercana. Josi pagó la cuenta, tanto esa primera vez como todas las otras hasta que él se fue. Con su tiempo repartido entre la portuguesa y los casinos, Vadinho se olvidó por completo de la fecha de embarque, de la hora de partida, y del regreso a Bahía. Mirandáo tuvo que apelar a la energía y a los sentimientos:

- Ya me bastó con ver llorar a mi comadre una vez, no quiero verla de nuevo... Si yo llegara sin ti, ¿qué no me diría mi comadre?

De todo esto nunca tuvo noticias doña Flor, ni supo jamás el verdadero origen del corte de seda francés, que no fue comprado en Río, sino ganado en una partida de póker a bordo, el día antes de llegar el barco a Salvador, cuando los

miembros de la caravana, todos ya sin dinero, arriesgaban a la baraja los regalos y los recuerdos cariocas. Vadinho le ganó el corte de seda a uno de los estudiantes, y a otro un par de relucientes zapatos de charol y un lazo mariposa con pintas azules, muy de moda. Lo que él jugaba en la apuesta era una magnífica foto de Josi, grande y a todo color, con vidrio y moldura dorada, en la cual la aldeana se exhibía en una escena de teatro con bombacha y pórtasenos y una pierna levantada, ¡una locura de nena! Con su torpe letra escribió en la dedicatoria: «A mi bahianito adorado, su nostálgica Josi.» El retrato fue finalmente adquirido, después de un largo tira y afloja, por otro compañero de viaje, un joven abogado deseoso de causar la envidia de los amigos con el relato y las pruebas de sus sensacionales conquistas metropolitanas. Y así fue como Josi financió también el desembarco de Vadinho y contribuyó a la alegría de doña Flor, que ahora gozaba en los brazos del marido mientras el corte de seda la cubría y descubría y finalmente rodaba a los pies de la cama.

¿Cómo vivir sin él? Abrumada por la ausencia, debatiéndose entre la niebla, encadenada, ¿cómo traspasar los límites del deseo imposible?, ¿cómo volver a encontrar la luz del sol, el calor del día, el aire matinal, la brisa de la tarde y las estrellas del cielo, el rostro de la gente? No, sin él no sabía vivir y por eso quería recuperarlo entre aquella bruma de tristezas, risas y emociones, en ese mundo de él siempre sorprendente.

Podían las comadres recordar los malos momentos, las agrias disputas, las trampas en asuntos de dinero, las noches en que no venía a casa, la borrachera, en compañía de quién sabe qué mujeres, la locura del juego. Pero ¿por qué no abrían su boca de mal agüero para recordar los días excitantes de la estadía de Silvio Caldas en Bahía, cuando doña Flor no tuvo ni un solo minuto de descanso, pero tampoco de tristeza? Una semana perfecta, sin un solo aspecto detonante; doña Flor conservaba en la memoria cada detalle, todo un tesoro de alegría, toda una fiesta. Ella fue durante esa semana, por así decir, una especie de reina del agitado barrio; de Cabeça al Largo 2 de Julio, de Areal de Cima al Areal de Baixo, de Sodré a Santa Teresa, de Preguica a Mirante dos Aflitos. Su casa estaba llena de

gente importante, pero importante de verdad, llamando a la puerta, pidiendo permiso para entrar. Pues, a pesar de ser huésped del Pálace Hotel, era en casa de Vadinho donde Silvio se sentía a sus anchas, recibiendo y conversando como si ésa fuera su casa y doña Flor su hermana menor. Sin hablar de los conocidos, como el banquero Celestino, el doctor Luis Henrique y el mismo don Clemente Nigra, vinieron a su casa los más grandes personajes de Bahía, ya sea para asistir al famoso almuerzo, ya para saludar, otros días, al cantante, para darle la mano. Eran visitas que hubiesen puesto a doña Rozilda en éxtasis, en la cumbre de la exaltación, si por suerte no hubiese estado en Nazareth das Farinhas convirtiendo en un infierno la vida de la nuera, que, según Héctor, esperaba por fin el primer hijo.

De aquel almuerzo conservaba doña Flor no sólo un nítido recuerdo, sino también los recortes de las noticias en los diarios. Dos periodistas conocidos de Vadinho, aquel Giovanni Guimarães tan dado a la risa y a inventar sucedidos, y un negro, un tal Batista, mujeriego de prestigiosa reputación en los burdeles, ambos insaciables comilones, reseñaron el acontecimiento en sus periódicos. Giovanni hizo mención al «incomparable ágape ofrecido al notable cantor por el señor Waldomiro Guimarães, celoso funcionario municipal, y por su distinguida esposa, doña Florípedes Paiva Guimarães, cuyos méritos culinarios se unen a una extremada bondad y a una perfecta cortesía». A su vez, el negro João Batista se conmovía con el número de platos: «... finísima y abundantísima comida de sabor insuperable, en la que fueron servidos los principales manjares de la cocina bahiana, además de doce postres distintos, y que puso de manifiesto la grandeza de nuestro arte culinario y la calidad de las manos de hada de la señora Flor Guimarães, esposa de nuestro suscriptor Waldomiro Guimarães, uno de los funcionarios más dedicados y eficientes de la Municipalidad». Como se ve, los dos glotones se habían sentido tan llenos y contentos que no sólo elogiaron la comida y la mano de doña Flor, sino que también ascendieron a Vadinho a la condición de eficiente, celoso y dedicado funcionario, exageración un tanto increíble.

¿Por qué las comadres no recordaban también ese domingo del almuerzo? La casa estaba tan llena de gente que nadie se podía mover, y las mesas repletas de comida. El doctor Coqueijo, del Tribunal, músico en sus horas libres, pronunció un discurso ensalzando el arte de doña Flor; el poeta Helio Simões prometió un soneto en alabanza de los condimentos de la «encantadora dueña de la casa, guardiana de las grandes tradiciones, cuidadora del *dendé* y de la pimienta». Y sin embargo, todas las comadres habían estado allí, cuchicheando sin parar un momento, tomando nota de todo. A las cinco de la tarde todavía muchos invitados y otros tantos colados bebían cerveza y *cachaca*, solicitando más canciones al intérprete, que daba satisfacción a todos los pedidos.

Lo mejor de todo, sin embargo, algo muy superior a los elogios hechos de viva voz y a los que aparecieron en los diarios, así como a los discursos y a los versos; lo que doña Flor ponía por encima de todo, incluso del canto de Silvio Caldas llenando de paz y armonía el cielo y el mar, fue el comportamiento de Vadinho. No sólo hizo frente a todos los gastos del almuerzo, ¿dónde habría conseguido tanto dinero y de una sola vez? (sólo la labia de Vadinho era capaz de tal milagro...), sino que ese día no se embriagó, bebiendo con moderación, atendiendo a los invitados, muy en dueño de casa. Y cuando el cantor tomó la guitarra, sin hacerse rogar, queriendo en verdad tocar y cantar en casa de sus amigos, cuando agradeció el almuerzo dirigiéndose a doña Flor: «Florcita, mi hermana...», Vadinho fue a sentarse junto a ella y le tomó la mano. A doña Flor se le subieron las lágrimas a los ojos, era una emoción demasiado intensa. ¿Cómo vivir sin él? Sin él, ¿dónde encontrar la gracia y la sorpresa, cómo acostumbrarse? En aquella ocasión leyó en el diario vespertino la noticia de la llegada del cantor para una breve temporada en el Pálace y en el Tabaris. Por invitación de la Municipalidad también daría una serenata en Campo Grande, para que todo el pueblo tuviera oportunidad de verlo y oírlo y cantar con él. ¿Habría ido Vadinho a esperarlo o no tenía noticias de su llegada? Al volver de Río, unos meses antes, sus labios no cesaban de pronunciar el nombre de Silvio Caldas, no hablaba de otra cosa. Le había prometido un almuerzo

preparado por doña Flor. Algo absurdo... Un tipo tan famoso, que aparecía en los titulares de los diarios y en la tapa de las revistas, y que venía a Bahía por una semana... No le iba a alcanzar el tiempo ni siquiera para los compromisos y para las invitaciones de los ricachos; y, aunque quisiera, ¿de dónde sacaría el tiempo necesario para ir a comer a casa de un pobre?

«Figuras de la alta sociedad organizan una serie de homenajes para festejar la presencia entre nosotros del gran artista», anunciaba el diario. Desde luego, nada le gustaría tanto como hacerse cargo de todo el trabajo necesario para preparar el almuerzo; e incluso estaba dispuesta a gastar sus escasos ahorros - escondidos en una pata de la cama de hierro- , a derrochar el dinero del mes, a contraer deudas si fuera necesario, para recibir en su casa a un convidado así, y ofrecerle la verdadera comida bahiana. No dudaba de las cordiales relaciones establecidas en Río. ¿Acaso no era el cantor una presencia firme en las mesas de juego? Pero de ahí a que una celebridad así viniera a su casa mediaba gran distancia. Aunque para Vadinho no existían las distancias ni ninguna clase de obstáculos; para él nada era imposible en la vida, todo era fácil. Con cierta melancolía, doña Flor comentó el asunto con doña Norma:

- Locuras de Vadinho... Inventa cada una..., un almuerzo a Silvio Caldas..., ¿te das cuenta?

Doña Norma, sin embargo, estaba entusiasmada:

- ¿Quién sabe? A lo mejor viene. Chica, iba a ser como para que cerrara el comercio...

Doña Flor se contentaba con mucho menos:

- Yo me contento con ir a la serenata... Y eso si tuviera compañía... Si no, ni eso...

- Por la compañía no te preocupes, porque yo voy a ir de todos modos. Si Sampaio no quiere ir, entonces que tenga paciencia, se va a quedar sólito en casa. Voy con Artur...

En el programa de las diecinueve horas el noticiario radial anunció el debut del cantor, que tendría lugar esa misma noche, con una función para las familias en el elegante salón del Pálace Hotel, junto a las salas de juego; y a las dos de la mañana se presentaría en el Tabaris en una función para los bohemios y las mujeres de la vida. Doña

Flor se limitó a pensar que en relación con todo ese movimiento en torno al cantor, sólo una cosa era segura: esa noche era inútil que esperase a Vadinho. Estando Silvio Caldas en la ciudad sería como si ella no tuviese marido. Cuando ellos, de madrugada, saliesen del cabaret, aún los aguardaba el último repliegue de la noche de Bahía con los misterios del Pelourinho, los caminos de las Sete Portas, el mar y los *saveiros* de la Rampa do Mercado.

Se durmió y tuvo un sueño. Un sueño confuso en el que se mezclaban Mirandáo, Silvio Caldas y Vadinho con su hermano Héctor, su cuñada y doña Rozilda. Estaban todos en Nazareth das Farinhas, en donde doña Flor socorría a la cuñada, embarazada y atada con una cadena al paraguas de la suegra. Las noticias de los diarios, la radio, y la carta del hermano se habían juntado en ese revoltijo, ¡qué sueño más raro! Furiosa, doña Rozilda quería saber cuál era el motivo de la presencia de Silvio Caldas en Nazareth. Y éste le respondía que se había descolgado por allí con el único propósito de acompañar a Vadinho en una serenata dedicada a doña Flor. «Las serenatas me dan asco», vociferó doña Rozilda. Pero él tomaba la guitarra y su voz de pétalo y terciopelo despertaba a la gente de Recôncavo en la noche del Paraguacu... Doña Flor sonreía, arrullada por la canción.

Sube la voz en la calle, y va despertando a doña Flor; pero el sueño es seguido de un milagro y la canción se hace cada vez más cercana. ¿Sueño o realidad? Ya se levanta la gente, acudiendo a oír. Doña Flor, aprisa, se pone una bata y se asoma a la ventana.

Y ahí están ellos: Vadinho, Mirandáo, Edgard Coco, el sublime Carlinhos Mascarenhas, el pálido Jenner Augusto de los cabarets de Aracaju. Y entre ellos, guitarra al pecho, la voz de Silvio, rompiendo a cantar para doña Flor:

*... Al son de la melodía apasionada,
en las cuerdas de la guitarra sonora...*

Hubo la serenata, con la calle alborozada; el almuerzo - el domingo- , del que hablaron hasta los diarios; el lunes, Silvio vino para preparar la cena, trayendo de todo: se puso un delantal, fue a la cocina... y sabía cocinar de verdad. En

los días siguientes aparecía a cualquier hora, entraba y salía como por su casa y una vez fueron todos juntos a una *capoeira*. Pero entre todo lo que aconteció aquella semana, no hubo nada comparable al festival popular celebrado el martes, víspera de la partida de Silvio para Recife. En la noche de luna llena, desde lo alto del estrado del Campo Grande, cantó para la multitud, con el pueblo reunido en la plaza.

Doña Flor ni siquiera le había preguntado a Vadinho si iba a ir; él no se separaba del amigo para nada. Se limitó a comunicarle su decisión de ir en compañía de doña Norma y de don Sampaio, pues el dueño de la zapatería, con motivo de la serenata, hasta se había olvidado de su eterno cansancio.

¿Cuál no sería, pues, la sorpresa de doña Flor cuando inmediatamente después de la cena llegaron a la puerta de casa, en el taxi de Cígano, Silvio y Mirandáo con Vadinho? Venían a buscarla. «¿Y la comadre?», le preguntó ella a Mirandáo. Había ido antes con los chicos, ya debía estar allí. Mientras doña Flor terminaba de acicalarse, ellos prepararon un batido de limón.

Ella y Vadinho ocuparon asientos reservados para las autoridades. El gobernador no fue porque estaba en cama con gripe, pero instalaron un altoparlante en las inmediaciones del palacio para que Su Excelencia y señora pudieran oír. En los asientos se instalaron el intendente de la ciudad y su esposa, el jefe de la Policía con su madre y hermanas, el director de Educación, los jefes de la Policía Militar y del Cuerpo de Bomberos con sus familiares el doctor Jorge Calmon y otros hidalgos. Doña Flor, en medio de todo aquel señorío, se reía diciéndole a Vadinho:

- Qué pena que mamá no vea esto..., no lo creería. Nosotros dos sentados con el Gobierno... - Vadinho se rió con su risa zumbona y le dijo:

- Tu madre es una vieja chocha, no sabe que en la vida sólo valen el amor y la amistad. El resto no es más que superchería, presunción, no vale la pena...

De repente se oyó un acorde de guitarra y cesó totalmente el alegre rumor de la plaza. La voz de Silvio Caldas, la luna llena, las estrellas y la brisa, los árboles del parque, el silencio del pueblo: doña Flor cerró los ojos, reclinando la

cabeza en el hombro de su marido.

¿Cómo vivir sin él, cómo atravesar este desierto, trasponer este crepúsculo, levantarse de este pantano? Sin él, todo es superchería, presunción, nada que valga la pena de vivir.

20

Recostada en la cama de hierro, un solo pensamiento aplasta a doña Flor, la lanza contra el fondo de sí misma, hecha jirones: nunca más lo tendría a su lado, en pleno alborozo, a su Vadinho. Nunca más. Esa certidumbre la hiere y la desgarras; es un puñal ponzoñoso que le hiende el pecho y le envenena el corazón, ahogando sus ansias de sobrevivir, su juventud ávida de subsistir. En la cama de hierro, al borde del suicidio, doña Flor. Sólo la sustentan su deseo y la persistencia de su memoria. ¿Por qué lo espera, si es inútil? ¿Por qué surge en ella el deseo como una llamarada, un fuego que le quema las entrañas, que la mantiene viva? Si es inútil, si él ya no volverá, amante impúdico, a arrancarle las enaguas o el camisón, o la bombacha de encaje; ya no volverá él a exponer su desnudez sin vello, diciéndole cosas tan locas que ella no se atreve a repetirlas ni en el recuerdo; tan locas e indecentes, pero tan lindas. ¡Ay! Ya no vendrá a acariciarle el cuello, las caderas y el vientre, despertarla y adormecerla con un temporal de deseo, un huracán que la arrebatara y la enceguecía, una brisa de ternuras, un céfiro de suspiros, y luego el desfallecimiento para el nuevo volver a despertar. ¡Ay!, ¡nunca más! Sólo el deseo y la memoria la sustentan.

«Andaba como un alma en pena, por la casa húmeda y lúgubre como una tumba.» Olor a moho en las paredes, en las tejas y en el piso, un frío abandono a la espera de las arañas y de las telarañas. «Una sepultura en la que ella se enterró con el recuerdo de Vadinho.» Doña Flor, toda de negro, de duelo por dentro y por fuera, deshecha. Su amiga doña Norma le decía:

- Esto no es posible, Flor. No es posible. Ya va a hacer un mes y sigues como alma en pena, dando vueltas por la casa. Y tu casa, que era una fiesta, se está llenando de

moho. Dios me perdone, pero más parece una sepultura en la que te encerraste. Reacciona, acaba con eso, alivia ese luto...

Las alumnas se sentían como perdidas en aquella atmósfera en que las risas y las bromas sonaban a falso. ¿Cómo mantener la cotidiana cordialidad de las clases, la agradable sensación de pasatiempo, motivo del éxito principal de la Escuela de Cocina: Sabor y Arte, si la profesora sólo reía por compromiso y con esfuerzo? En sus lejanos tiempos de alumna, doña Magá Paternostro, la millonaria, declamaba, con pose cómica de recital escolar, desde el rellano del primer piso, un pastiche del *Estudiante alsaciano*..

*Salve a la escuela risueña y sencilla
y a su joven y traviesa profesora...*

Desde entonces habían aumentado las solicitudes de inscripción, porque cada una de las señoras le hacía publicidad gratuita, la recomendaban a las amigas: «Es formidable, cocina como nadie, sabe enseñar y es un encanto de persona. Las clases son tan divertidas, son dos horas de risa continua, de anécdotas, de bromas. No hay nada mejor para pasar el tiempo.»

A veces se veía obligada a rechazar alumnas, tantos eran los pedidos para las vacantes trimestrales en los dos cursos. Ahora, sin embargo, tres jóvenes habían abandonado ya el curso y hasta circuló la noticia del próximo cierre de la escuela. ¿Dónde estaba aquella «joven y traviesa profesora»? ¿Dónde estaban las «dos horas de anécdotas y bromas»? En la mitad de la clase, cuando las muchachas reían, de pronto doña Flor se quedaba como ausente, la mirada perdida, el rostro lleno de ansiedad. ¿Y a quién le gusta cargar con el difunto de los otros, días y más días a vueltas con ese muerto, como si no existieran los cementerios?

Su comadre Dionisia de Oxóssi vino a visitarla, trayendo consigo al diablito del ahijado. Vino vestida de oscuro como exigen los ritos de la cortesía, pero ya sonreía, pues había pasado casi un mes y con aquella visita completaba una serie de tres. El aspecto de tristeza de doña Flor la

preocupaba, si la comadre seguía con esa melancolía iba a acabar mal.

- Entierre al tocayo de una vez, comadre..., si no va a comenzar a heder y va a consumir todo lo que hay aquí, incluso usted...

- No sé qué hacer. Sólo tengo descanso cuando me acuerdo de él...

- Pues junte todo lo que sea recuerdo del tocayo, junte la pesadumbre que le dejó y entiérrelo en el fondo del corazón. Junte todo, lo bueno y lo malo, entiérrelo todo y después acuéstese y duerma tranquila...

Con sus libros siempre bajo el brazo, vestida con un fresco y vaporoso vestido de verano que mostraba sus pecas y su salud, doña Gisa, su consejera, la reprendía:

- ¿Qué es eso? ¿Cuánto tiempo va a durar esa exhibición?

- ¿Qué puedo hacer? No es que yo lo quiera...

- ¿Y su fuerza de voluntad? Dígase a sí misma: mañana comienzo una vida nueva; cierre las puertas al pasado, vuelva a vivir.

El coro de las comadres murmuraba, como en una letanía:

- Ahora, sin esa peste de marido, es cuando ella puede vivir feliz... Debía dar gracias a Dios...

En el patio del convento, don Clemente Nigra, contra el inmenso mar verdeazul, le dio una palmadita en la cara triste, contemplando su luto cerrado, desgarrador, su flacura, su abatimiento. Doña Flor iba a verlo para encargarle una misa con motivo de cumplirse un mes del fallecimiento.

- Hija mía - susurró el marfileño fraile- , ¿qué desesperación es ésa? Vadinho era tan alegre, le gustaba tanto reír... Siempre que lo veía me daba cuenta de que el peor de los pecados mortales es la tristeza, es el único que ofende a la vida. ¿Qué diría si la viese así? No le gustaría, no le gustaba nada que fuese triste. Si usted quiere ser fiel a su memoria, enfrente la vida con alegría...

Las chismosas voceaban en el barrio:

- Ahora sí, ahora sí que ella puede estar alegre; ahora que ese perro se fue al infierno.

Las figuras se movían en el fondo de la habitación como en un ballet: doña Rozilda, doña Dinorá y las beatas con su tufillo de sacristía; y doña Norma, doña Gisa, don

Clemente, y Dionisia de Oxóssi sonriendo con su chico:
- Entierre la pesadumbre del tocayo en el corazón, comadre, y acuéstese y duerma.

Pero su cuerpo no se conforma, lo reclama. Ella reflexiona, piensa, oye a las amigas y les da la razón, es preciso poner término a esto, dejar de estar muriéndose todos los días, cada vez un poco más. Mas su cuerpo no se conforma y lo reclama desesperadamente. Sólo la memoria se lo devuelve, se lo trae, a su Vadinho, con su atrevido bigote, su risa zumbona, sus palabras feas pero tan lindas, su cabellera rubia y la marca del navajazo. Quiere irse con él, volver a tomar su brazo, irritarse con sus trastadas, ¡y eran tantas!, y gemir sin pudor, desfalleciente, en un beso. Pero, ¡ah!, es necesario reaccionar y vivir, abrir su casa y sus labios apretados, airear las salas y el corazón, tomar la carga de dolor que le dejara él, entera, y enterrarla bien hondo. ¿Quién sabe si así, a lo mejor, se calmaría su deseo? Siempre oyó decir que una viuda debe ser inmune a tales apetitos, a esos pecaminosos pensamientos, que su deseo debía marchitarse como una flor seca e inútil. El deseo de las viudas se va a la fosa con el cajón del finado, se entierra con él. Sólo una mujer muy zafada, que no hubiese amado a su marido, podía seguir pensando todavía en esas desvergüenzas. ¡Qué horrible! ¿Por qué Vadinho no se habrá llevado consigo la fiebre que la consumía, la desesperación que le entumecía los senos, haciéndole doler el vientre insatisfecho? Era tiempo de que enterrase de nuevo a su muerto y con toda su carga: sus malos tratos, sus maldades, sus desvergüenzas, su alegría, su gracia, su generoso ímpetu, y todo cuanto él plantó en la mansedumbre de doña Flor, las hogueras que encendió, esa dolorida ansiedad, esa locura de amor y ese ardiente deseo, ¡ay!, ¡ese criminal deseo de viuda deshonesto!

Pero antes, por lo menos una vez, una última vez, ella lo busca en la memoria y lo encuentra, y se va con él del brazo. Va muy paqueta, como en los tiempos de soltera, cuando ella y Rosalía, dos pobretonas, iban a fiestas en casas de burgueses opulentos y eran las mejor vestidas, dándose el gusto de superar en lujo a todas las demás.

¡Ah! ¡Principalmente una noche, más bella y terrible que todas, llena de novedades y sorpresas, de miedo y

exaltación, de humillación y triunfo! ¡Con las emociones del salón de baile y del salón de juego, los nervios rotos, el corazón en fiesta! ¡Qué noche más maravillosa!

Por última vez con él, despacito. Paso a paso fue reconstruyendo el absurdo itinerario de aquella noche sin estrellas: la salida de casa, ellos dos, con doña Gisa, la cena, el tango, el espectáculo de las mulatas cimbreándose, el canto de las negras, la ruleta, el bacará, la fatiga, la ternura; la vuelta a casa en el de Cícano como en los viejos tiempos, y Vadinho besándola con impaciencia, allí mismo, a la vista de doña Gisa, que sonreía. Con un frenesí tal que le arrancó y destruyó el lujoso vestido nada más entrar en el dormitorio:

- No sé qué es lo que tienes hoy, querida, estás hecha una tentación y estoy loco por ti. Vamos, apúrate... Vas a ver lo que es gozar..., como tú nunca gozaste. Hoy es el día, prepárate. Te di lo que pediste, ahora vas a tener que pagar...

Caída en la cama de hierro, doña Flor se estremeció. Aquella noche la hiel se había transformado en miel y el dolor volvió de nuevo a convertirse en un supremo placer; nunca fuera una yegua tan violentamente montada por su fogoso garañón, ni nunca poseída una perra en celo tan licenciosa; era una esclava sometida a su lascivia, una hembra recorriendo todos los caminos del deseo, campiñas de flores y dulzuras, selvas de húmedas sombras y prohibidos senderos, hasta el reducto final. Noche en que fueron cruzadas las puertas más estrechas y cerradas, en que rindió el último bastión de su pudor. ¡Oh! *iDeo gratias*, aleluya! Fue la vez en que la hiel se transformó en miel y el dolor en raro, exquisito, divino placer: una noche de mutua, total entrega.

Fue en el cumpleaños de doña Flor, no hacía mucho, en diciembre último, en las vísperas de Navidad.

*Paréntesis con el negro Arigof y el hermoso
Zéquito Mirabeau*

Vadinho se despertó tarde, después de las once. Había

llegado a casa de madrugada, con una mona fenomenal. Mientras se afeitaba notó que había en la casa un silencio desacostumbrado, se sentía la ausencia de las alumnas de la mañana. ¿Por qué no habría clase ese día? Entre las muchachas había una mulatita dorada, erguida y frágil, que le ponía ojos tristes y le hablaba con voz mimosa. Vadinho ya había decidido llevarla a dar un paseo en cuanto tuviera ganas y tiempo. Mientras tanto, que siguiera en la fila, esperando a que le tocara el turno. Por el momento se dedicaba a satisfacer las exigencias erótico- sentimentales de Zilda Catunda, la más insinuante de las tres despabiladas hermanas Catunda; pero presentía que se aproximaba el final de ese enconamiento, la engreída pretendía controlar sus pasos, dominarlos, y hasta le había dado la manía de tener celos, incluso de doña Flor, la muy atrevida. Pero si no era día santo ni feriado, ¿por qué no había clases? A la salida del baño se encontró con una atmósfera festiva: doña Norma ayudaba en la cocina, tía Lita limpiaba los muebles y Thales Porto se había instalado en la perezosa, con los diarios y una copa de licor. Había en el aire un perfume de almuerzo conmemorativo... ¿A qué se debería esa conmemoración sin causa aparente?

Fue un almuerzo abundante, con la casa llena de amigos, una de esas francachelas dominicales que constituían uno de los placeres preferidos de Vadinho. Si sus finanzas fueran menos desastrosas, él repetiría con mayor frecuencia *rabadas* y *sarapatéis*, *manteabas* y *vatapás*. Apenas tenía una racha de buena suerte ya estaba programando una *feijoada*, una carne charqueada con pirón de leche, un *mólhopardo de conquéns*, sin hablar del clásico *carurú* de Cosme y Damián, en septiembre, y del loco y el *jenipapo* de San Juan.

Pero ¿y este almuerzo cuyo olor fluctuaba en el aire, sin aviso ni invitación, qué diablos de fiesta era ésta? Doña Norma le dio la respuesta a los gritos:

- Vadinho, ¿usted todavía no se anima a preguntar? ¿No recuerda que hoy es el cumpleaños de su mujer?

- ¿De Flor? ¿Qué día es hoy? ¿Diecinueve de noviembre? La vecina, rezongándole, en broma:

- Usted no tiene la menor vergüenza... Vamos, diga qué es lo que le compró, qué regalo le va a hacer a esta santa...

«Nada..., doña Norma...» No había comprado nada y bien se merecía el reto, la censura por el olvido; mas ¿era él acaso un hombre que pudiera recordar aniversarios, elegir regalitos en las tiendas? Era una lástima, había perdido la oportunidad de quedar bien trayéndole un obsequio. Doña Flor se hubiera enloquecido de alegría como en aquel otro aniversario, cuando él le había dado a doña Norma, incluso con anticipación, un montón de dinero encargándole que comprase «un recuerdo formidable, sin olvidarse de un frasco de perfume Royal Priar, que le gusta mucho».

¡Qué pena haberse descuidado! Sobre todo ahora, cuando estaba pasando por un período de suerte excepcional, ganando en firme desde hacía cuatro o cinco días. No sólo en la ruleta, en el bacará y en los dados, sino también en la quiniela; había comenzado la semana acertando el millar dos días seguidos.

Tan lleno de dinero estaba que rescató un pagaré con amenaza de protesto, para cumplir el compromiso de un tercero, salvando así su crédito y buen nombre. Y el cretino ni siquiera era amigo suyo; era un charlatán, una simple relación de bar y cabaret. Por lo demás, había sido justamente en el Tabaris donde el pájaro, durante una borrachera, aceptó con ánimo generoso y raro entusiasmo la idea de avalar el pagaré firmado por Vadinho a treinta días.

Un mes y pico después, Vadinho era convocado al escritorio del gerente del banco en que se había descontado el documento. Acudió rápidamente a la cita, pues mantenía una hábil política de buenas relaciones con los gerentes y subgerentes de los establecimientos bancarios, de los cuales dependía tanto.

- Caballero Vadinho - dijo el verdugo, que por otra parte era un buen tipo, don Jorge Tarquinio- . Tengo aquí un papel suyo, vencido...

- ¿Mío? Si yo no le debo a nadie... A ver...

- Pues mire y pague... - y le mostró el pagaré. Vadinho reconoció su firma y la del garante:

- Pero, don Tarquinio, si el documento tiene garante. ¿Por qué me da este susto diciéndome que estoy en deuda?.. Bastaba con cobrarle a Raimundo Réis, el hombre está podrido de rico, tiene estancia, ingenio azucarero, estudio

de abogado, viaja a Europa todos los años..., es a él a quien tiene que citar...

- Naturalmente, primero lo citamos a él, es la garantía..., pero dice que no paga de ningún modo. Se niega...

Ante semejante descaro Vadinho pasó del asombro al escándalo:

- ¿Dice que no paga, se niega? Pero vea usted, don Tarquinio, es alguien que puede tener en este mundo todo lo que quiera... ¡Qué individuo más cínico y sinvergüenza...! En el cabaret se la pasa presumiendo de riquezas: que tiene leguas de tierra, que tanto ganado y más azúcar, que hace y deshace, que una vez se acostó con tres mujeres juntas en París; es un millonario fanfarrón, y claro, uno se confía, cae en el cuento del estafador y acepta su aval como si fuese un tipo derecho. Resultado: un documento vencido sin pagar, mi crédito puesto en duda, y usted citándome a mí...

- Pero, Vadinho, finalmente fue usted quien tomó prestado el dinero...

- Vea, señor Tarquinio, por el amor de Dios..., si ese especulador no tenía intenciones de hacer frente a la garantía, ¿por qué se ofreció a hacerlo? Al fin y al cabo él asumió - ¿o no?- la responsabilidad; ¿asumió o no el compromiso de pagar la deuda si yo no lo hiciera? Lo asumió, y yo me quedé tan tranquilo y confiado... Y ahora esto... No hay derecho... Son sujetos así los que lo hacen quedar mal a uno ante los bancos... Cuando el punto avala un pagaré es porque está dispuesto a pagar, señor Tarquinio. Este Raimundo Réis debía estar en la cárcel, es un estafador, un atorrante...

Toda esa absurda indignación, pensó Tarquinio, ya derrotado, no tenía otro fin que ablandarlo, prepararlo para que le prorrogase el documento. ¿Cuál no sería su asombro cuando Vadinho metió la mano en el bolsillo y sacó el increíble fajo de billetes?

- Ya ve, señor Tarquinio, los perjuicios que ese tipo me está causando. Esas son las consecuencias de meterse uno con esos charlatanes... Y yo que siempre elegí mis garantías con lupa... Raimundo Réis, ¿quién iba a decirlo?... Se vive para aprender...

Pero no sintió el «desfalco»: la marea de la suerte lo seguía

favoreciendo sin solución de continuidad y el dinero entraba a carradas, en fichas de color, y salía en billetes y monedas; una semana de grandes cenas, de mucha bebida, de farras monumentales.

Fue un derroche de suerte que había culminado en magna apoteosis el día anterior. Vadinho, que había soñado con Zé Sampaio, no se tomó el trabajo de consultar el libro de los palpitos. ¿Para qué? Seguro que salía el oso. Y así fue: el oso irrumpió en la centena, en la decena y en el grupo. Las ganancias se multiplicaron después en el Tabaris, en la «liebre francesa» y en el bacará. Noche negra para la banca, pues Vadinho la pasó entera ganando, sin exageración pero con firme persistencia, mientras el negro Arigof, con el diablo en el cuerpo aquella madrugada, levantó noventa y seis *contos* en menos de diez minutos, en la ruleta.

El negro apareció hacia el final de la noche, cuando ya el croupier estaba a punto de cantar la última bola. Venía del antro de Tres Duques con el rabo entre las piernas, pues había perdido a la ronda las últimas monedas. Después pasó por el Abaixadinho y por la ratonera de Cardoso Pereba, terminando allí, en el Tabaris, último puerto del aquel lamentable derrotero.

El Tabaris era una especie de esquina del mundo, medio casino, medio cabaret, explotado por los mismos concesionarios del Pálace Hotel. Actuaban allí los buenos artistas contratados para el Pálace, y también otros de segunda categoría, entre los que había de todo, desde viejas ruinas ya al final de su carrera hasta muchachitas apenas púberes, unas y otras protegidas por don Tito, administrador con carta blanca. Las primeras le daban pena, nada hay más melancólico y trágico que una actriz vieja sin contrato. A las otras las entrenaba y las probaba en su sucio escritorio; si no servían para el tablado, trabajarían sólo como ramera, sin acumular las dos funciones. En el transcurso de la noche el Tabaris iba recogiendo a los frequentadores del Pálace, en general gente adinerada y de posición, así como la ralea de las diversas tascas, del Abaixadinho, tugurio con pretensiones de casino, y del antro escondido de Paranaguá Ventura. Allí iban todos a terminar la noche, en un intento final, con una

última esperanza. Entró Arigof y vio a Vadinho en plena gloria, rodeado por un círculo de curiosos que apreciaban su clase soberbia en el bacará, con Mirandáo a su izquierda sacándole de cuando en cuando una ficha, y varias damas a su derecha, entre otras las hermanas Catunda. «Pronto, mi hermanito, pásame una ficha, rápido que ya van a cerrar», pidió Arigof con voz patética. Vadinho echó mano al bolsillo, y sacó una ficha sin fijarse siquiera de cuánto. Era de las pequeñas, de cinco mil- réis, pero el negro no pedía más. Corrió a la ruleta y puso la dádiva al 26, que se dio, repitiéndose el número otras dos veces. Diez minutos después terminaba el juego: Arigof había ganado noventa y seis contos y Vadinho doce, sin contar un conto y trescientos mil- réis guardados en el bolsillo solidario de Mirandáo. Aquélla fue la magnífica noche en que el negro Arigof, con su elegancia británica y sus modales de gran duque, encargó y pagó por adelantado la tela y la hechura de seis trajes del mejor lino blanco inglés. Desde hacía mucho le debía sesenta mil- réis a Arístides Pitanga, un sastre loco por las mesas de ruleta pero con mucho miedo a jugar. La avaricia no lo dejaba hacer más de una o dos modestas apuestas por noche. Rondaba las mesas, vibrando con las puestas de los otros, sugiriendo palpitos, mironeando y haciendo comentarios sobre la buena y la mala suerte.

Hacía tiempo que el sastre había rezado por el alma de aquel resto de deuda, que ya diera por «muerto», pero ante la espectacular «proeza» de un cliente exigente y mal pagador, perdió la calma y la ética, desenterró la deuda del libro de pérdidas y ganancias y se propuso cobrarle allí mismo, a la vista de sus compañeros y de las cortesanas, una barbaridad. El negro no se alteró:

- ¿Sesenta mil- réis? ¿De aquel traje...? Y dígame, Pitanga, ¿cuánto está cobrando usted ahora por un traje de lino blanco?

- ¿Lino común?

- Inglés S 120, «cascara de huevo». Del mejor que haya en plaza.

- Más o menos... alrededor de unos trescientos mil- réis... Arigof sacó unos billetes de quinientos:

- Pues ahí van dos contos... Hágame seis trajes nuevos.

Cóbrese los sesenta mil- réis y quédese con el sobrante por haberse tomado el trabajo de venir a cobrar la cuenta de un cliente en la mesa de juego...

Tiró el dinero a la cara del sastre y le dio la espalda mientras el otro, aturdido, recogía los billetes del suelo, entre las burlas de las mujeres.

Este Arigof era un hidalgo en el vestir y en las maneras, y como buen hidalgo no había hecho otra cosa en su vida que jugar; pobre como Job, era un negro retinto, maestro de *capoeira*, con la entrada prohibida en el Pálace Hotel, en donde cierta vez había armado una mayúscula cuando un gracioso hijito de papá, con whisky racista, al ver al negro Arigof impecable, de punta en blanco, se rió y le dijo a su gente: «Vean el macaco que se escapó del circo.» El salón quedó hecho trizas y el ingenioso farrista tiene todavía hoy una flor abierta a navajazos en la cara.

Los dos amigos celebraron la suerte con una cena, bajo la ilustre presidencia de Chimbo. Se sentaron a la mesa Mirandão, Robato, Anacreon, Pé de Jegue, el arquitecto Lev Lengua- de Plata, los periodistas Cúrvulo y João Batista, y el bachiller Tiburcio Barreiros, además de los anfitriones y de un distinguido ramillete de mundanas, y - digamos-artistas, para dar satisfacción a la exigencia de las hermanas Catunda, celosas de su arte y cogollo de la brillante sociedad reunida en el burdel de la gorda Carla. Estas hermanas Catunda - «artistas de talento polimorfo», según escribió en *O Imparcial* el plumífero Batista- eran tres retoños salidos de la misma madre, Jacinta Apanha- o- Bago, y de padres diferentes. La más vieja era casi negra y la más joven casi blanca, habiendo salido la del medio una preciosa de mulatita; sólo tenían en común la progenitura y la desafinación. Eran mediocres cuando gorjeaban, pero excelentes en la cama, en donde eran realmente polimorfas, según testimonio del mismo João Batista, que gastaba su sueldo del periódico y algunos centavos reunidos aquí y allá con las emprendedoras hermanas; a pesar de conocer bien el trío, una por una, el redactor todavía no había podido decidir cuál de ellas era la más perita y politécnica. La del medio, Zilda, tenía debilidad por Vadinho.

Lev Lengua de Plata y el abogado habían querido llevar

también, para que la cena fuese más brillante, a las «The Honolulú Sisters», pero no lo lograron. Las «Sisters» no eran hermanas ni siquiera por parte de madre, y tampoco procedían de Honolulú; eran dos negras norteamericanas muy oscuras de color pero de plástica perfecta: la fascinante Jó, una frágil corza, y la musculosa Mó, una diestra pantera. Tenían en común, además de sus cuerpos irreprochables, su agradable voz y su extraño comportamiento: no aceptaban invitaciones a pasear, a almuerzos, a serenatas, a baños de mar en Itapoá, o a contemplar la luna en la Lagoa do Abaeté, no bebían en la mesa de ningún cliente. Ni siquiera el banquero Fernando Goes, alto, buen mozo, elegante, solterón, lleno de dinero, a cuyos pies se arrojaban las mujeres, ni siquiera él las consiguió, aunque fue al Pálace sólo para verlas e hizo derroche de champán francés. Jó y Mó cantaban espirituales y música de *jazz*, danzaban mostrando los senos y las nalgas, pero permanecían juntas y solitas hasta la hora de entrar en escena, semiocultas en una mesa apartada, en un rincón, tomadas de las manos y bebiendo en la misma copa. Después de su número subían a su cuarto sin entablar conversación con nadie.

La cena fue grandiosa, con vinos y champán, mostrándose las hermanas Catunda en la cumbre de sus dotes artísticas. La euforia era general, con excepción del joven bachiller Barreiros, todavía molesto por el rechazo de las norteamericanas, «unas marimachos babosas», y que bebía con rabia, indiferente a los gorgoritos de la gorda Carla, que le ofrecía consuelo y poesía. A la hora de pagar, Arigof se peleaba con Vadinho, por negarse a que éste contribuyese, aunque fuese con una parte simbólica, al pago de los gastos. El negro, todavía con el demonio en el cuerpo, declaró que consideraba un grave insulto a su honor cualquier propuesta de cooperación financiera.

El cumpleaños de doña Flor cayó en esa semana de tanta pompa y fortuna. Vadinho estaba forrado de billetes, tanto que anunció la intención - y luego cumplió- de dar algún dinero para los gastos de la casa, acontecimiento raro y excepcional. Doña Norma, regañándole, insistía en saber:

- ¿Qué le va a regalar a su mujer?

Vadinho le dedicó una sonrisa, respondiéndole:

- ¿Qué le voy a regalar a Flor? Pues le voy a dar lo que me pida, sea lo que fuere..., lo que ella quiera...

Doña Norma fue en busca de la agasajada: «Hija mía, elige lo que quieras.» Doña Flor volvió de la cocina secándose las manos en el delantal:

- ¿Es verdad, Vadinho, que me vas a dar lo que quiera? ¿No estás burlándote de mí?

- Vaya pidiendo...

- ¿No vas a echarte atrás? ¿Puedo elegir?

Cuando yo prometo algo ya sabes que cumplo, querida...

- Pues el regalo que yo quiero es ir a cenar al Pálace contigo.

Lo dijo casi temblando, ya que él jamás había querido mezclarla con su ambiente. De toda la gente que trataba en el juego, ella sólo tenía relaciones amistosas con su compadre Mirandão, el único que con frecuencia visitaba la casa. A algunos los conocía de vista, de los oíros sólo había oído sus nombres inquietantes. El mismo Anacreon, a quien Vadinho tanto estimaba, no había ido de visita a la casa más que cinco o seis veces durante aquellos siete años, y en cuanto a Arigof sólo fue un domingo a almorzar. El mundo de doña Flor era su calle, su barrio, sus alumnas y ex alumnas, abarcando Río Vermelho, la Ladeira do Alvo y Brotas; sólo estaba relacionada con gente de bien; nada tenía que ver con la vida irregular del marido. Vadinho no permitió jamás que doña Flor entrara en las sospechosas regiones del juego, en los territorios de las ruletas y los dados. La esposa era para el hogar, ¿qué diablos tenía que hacer en semejantes ambientes?

- Para mal hablado basto y sobro yo. Tú no eres para ese ambiente.

De nada le servía a ella recordarle que el Pálace Hotel era conocido como un centro elegante, un punto de reunión de la más alta sociedad. Cenar en su ostentoso salón, bailando al ritmo de la mejor orquesta del estado, y presenciar la actuación de astros de la radio y del teatro procedentes de Río y San Pablo era un programa de muy buen tono. Allí, las señoras de la Graca y de la Barra exhibían los últimos modelos, y algunas con excesivo atrevimiento, arriesgaban unas fichas a la ruleta. La sala de juego era como una continuación del salón de baile y un amplio pasaje en forma

de arco establecía la inexistente frontera con la ruina.
¿Por qué tan obstinada negativa? ¿Por qué, Vadinho? Doña Flor pasaba del ruego a la exigencia, de las súplicas a las broncas:

- Tú no me llevas para que yo no descubra a tus nenas...

- No quiero verte en esos lugares...

¿No iba doña Norma al Pálace, más de una vez, con don Sampaio, cuando se presentaba alguna atracción sensacional? En cuanto a los argentinos ceramistas, éstos no faltaban ningún sábado, a pesar de que Bernabó era enemigo de cualquier clase de juego. Iban a comer, bailar y aplaudir a los artistas. Pero Vadinho nunca se había dejado convencer, y cuando se le acababan los argumentos salía con una vaga promesa:

- No ha de faltar ocasión...

Y he aquí que había surgido, finalmente, esa ocasión tan aplazada. Doña Flor no podía creerlo... cuando él, tomado de sorpresa y sin pretextos para desdecirse, aceptó, aunque contra su voluntad:

- Si eso es lo que deseas..., alguna vez tenía que ser...

Y, habiéndose decidido, comenzó a desarrollar el proyecto, ampliando la invitación a los tíos, a doña Norma - y por su intermedio a Zé Sampaio- y a doña Gisa. Tía Lita lo agradeció pero no aceptó: no le faltaban ganas, pero ¿de dónde iba a sacar el vestido de noche, la *toilette* a la altura del Pálace? Más muerta de ganas estaba doña Norma, pues una noche en el Pálace era la cumbre de lo supremo, pero don Sampaio fue inflexible: doña Flor era una vecina excelente, una persona a quien estimaba, y también le era simpático el mismo Vadinho. Agradecía la invitación, pero que le perdonasen, no podía aceptarla. Los días de semana don Sampaio se acostaba a las nueve de la noche, pues estaba de pie desde las seis de la mañana en medio del tráfico de su zapatería. Si hubiera sido una *soirée* de sábado, o el domingo por la tarde, iría con placer. A su vez doña Norma, ir al Pálace sin que él la acompañara, como sugirió doña Flor, que disculpasen: era una hipótesis absurda, ni pensarlo. La frecuentación de ambientes como ése, de juego y de copas, se caracterizaba por la mezcolanza de lo mejor y de lo peor, en una promiscuidad que incluía a fulanas y libertinos que no tenían el menor

respeto a las familias.

Una de las pocas veces que el comerciante estuvo allí, arrastrado por doña Norma - ansiosa por oír a un mariquita francés (don Sampaio nunca había visto un marica más afeminado, y sin embargo las mujeres suspiraban por él)- , sucedió un incidente desagradable. Bastó que don Sampaio abandonara la mesa por un momento, apremiado por la necesidad de ir al mingitorio, para que apareciera un atrevido que quiso entrar en conversación con doña Norma, invitándola a la pista de baile y elogiando su *toilette* y sus ojeras como si ella fuese una cualquiera. Don Sampaio no le dio una lección al grosero sólo porque conocía a su familia, a la madre, doña Belinha, y a sus dos hermanas, gente de la mayor distinción y buenos clientes de su tienda; por lo demás, también lo era el mismo zafado, un *habitué* del juego y de la bohemia: Zéquito Mirabeau, más conocido entre las mujeres de la vida como el «Hermoso Mirabeau».

Así, pues, los acompañantes se redujeron a la profesora Gisa, feliz con la invitación (por la oportunidad de oír a las «The Honolulu Sisters» y de poder escrutar con su ojo sociológico y psicoanalista el denigrado mundo de la timba, y elaborar una metafísica concluyente sobre el mismo).

Doña Flor pasó el resto del día en plena barabúnda, eligiendo, con la ayuda de doña Norma y de doña Gisa, el vestido y la estola, los guantes y el sombrero, los zapatos y la cartera. Esa noche tenía que ser la más bella de todas, la más elegante de todas en los salones del Pálace, sin que ninguna otra pudiese competir con ella, compararse con ella, ni las señoras hidalgas de la Graca, con vestidos de Río, ni las queridas de algún banquero o hacendado del cacao, con aderezos de París. Esa noche iba, por fin, a cruzar la puerta prohibida.

22

Cuando doña Flor, temblorosa, cruzó del brazo de Vadinho la puerta del salón del Pálace Hotel, por singular coincidencia la orquesta estaba ejecutando el mismo antiguo y nunca aventado tango que ellos habían bailado al

compás de Joãozinho Navarro, la primera vez que se encontraron, en la casa del mayor Tiririca, durante las fiestas de Río Vermelho, en la semana de la procesión de Yemanjá. El corazón de doña Flor latía con violencia cuando dijo a su marido, sonriéndole:

- ¿Te acuerdas...?

La sala estaba envuelta en una semipenumbra de luces camufladas, sobre cada lámpara un velador de papel de color: la perfección del mal gusto. Doña Flor lo encontraba todo lindo, la semioscuridad, las mesas con flores de papel crepé y los veladores, ¡qué amor, Dios mío! Vadinho miró en torno suyo sin poder localizar ningún recuerdo. Todo aquello le era íntimamente familiar, pero nada había allí que estuviese relacionado con doña Flor.

- ¿De qué recuerdo hablas, querida?

- De la música que están tocando. Es la misma que bailamos el día en que nos conocimos... en la fiesta del mayor, ¿te acuerdas?

Vadinho se sonrió: «Es verdad...», dijo, mientras ocupaban la mesa reservada, sobre la pista, justo enfrente de la arcada que unía los dos salones, el de baile y el de juego. Desde allí, sentadas, doña Flor y doña Gisa podían observar todo lo que ocurría, las evoluciones de los bailarines y la animación de los jugadores. Todavía de pie, Vadinho examinó la pista, ocupada sólo por dos parejas, pero dos parejas de tangueros tan sobresalientes que nadie se atrevía a competir con ellos. Las damas eran dos de las hermanas Catunda.

La negra, la mayor, tenía como caballero a un tipo alto y romántico, vestido a la última moda, con aire de galán de cine sudamericano, aire de gigoló. Vadinho supo después, cuando se lo presentaron, que se trataba de un paulista de paseo por Bahía, llamado Barros Martins, honesto editor de libros, y, como es obvio tratándose de un editor, riquísimo. Un endiablado en el tango, con aire y competencia de profesional, que, como se acostumbra a decir, dibujaba en el piso, ejecutando impecablemente los complicados pasos del baile.

La blanca, la más joven, estaba en brazos de Zéquito Mirabeau, el mismo «Hermoso Mirabeau» de los burdeles y del enredo con Zé Sampaio. El bahiano no le iba en zaga:

los ojos mirando hacia lo alto, mordiéndose los labios, pasándose de vez en cuando la mano nerviosa por el pelo suelto, se quebraba en el tango con la mayor suavidad, retando al paulista con floreos y refinamientos de tango barroco.

Vadinho contempló la escena y, todavía sonriendo, tendió la mano hacia doña Flor y le propuso, ayudándola a levantarse de la silla:

- Querida, ¿vamos a darles una lección a esos papanatas? ¿Vamos a enseñarles cómo se debe bailar el tango?

- ¿Sabré todavía? Hace tanto tiempo que no bailo, tengo duras las articulaciones...

Hacía más de seis meses que no bailaba. La última vez fue cuando Vadinho, milagrosamente, la llevó a una fiesta en casa de doña Emina, una farra de cumpleaños. Vadinho era un eximio bailarín y doña Flor bailaba bien, y le gustaba bailar. Uno de sus motivos permanentes de disgusto consistía en el hecho de que nunca bailase con ella, debido a que sólo muy de vez en cuando la acompañaba Vadinho a las fiestitas en casa de las amigas. Y ella, sin el marido, se limitaba a participar en los animados comentarios, los chismes, las incursiones a las mesas de dulces; ni siquiera le pasaba por la cabeza la subversiva idea de bailar con otro caballero, cosa que una mujer casada sólo puede hacer con el expreso consentimiento de su señor esposo y en su presencia.

Vadinho sí que se esparcía a su gusto, sin control, por ese mundo de Dios, en cabarets y bailongos, en salas de meta y ponga y en cubiles, en el Pálace, en el Tabaris, en el Flozó, con perendangas y pellejos.

En las casas de los vecinos habían hecho juntos verdaderas exhibiciones de sambas y foxtrots, rancheras y marchas. El doctor Ives y doña Emina intentaron acompañarlos - las pretensiones y el agua bendita son de todo el mundo- , pero en seguida desistieron: movían bien los pies, pero eran demasiado tiesos para poder competir con doña Flor y con Vadinho.

Es que una cosa es bailar en una fiestita de cumpleaños y otra muy diferente en el salón del Pálace, y con las complicaciones de un tango arrabalero. ¡Y tan luego ése! Todo había comenzado cuando, hacía siete años, él la sacó

a bailar ese mismo tango en casa del mayor Pergentino. ¿Sabría bailarlo todavía, después de tanto tiempo, y, además, en esta noche casi mágica en la que por primera vez estaba en el Pálace? No sospechaba que esa primera vez sería la última, que no habría segunda vez, que era una noche que no iba a repetirse.

Sólo ahora, a solas con su memoria y su deseo, se daba cuenta ella de la importancia que tenía cada detalle, por más ínfimo que fuese, de aquella noche quimérica: desde la entrada al salón de baile hasta el último minuto de placer infinito, de desvergonzada lubricidad en la cama de hierro, donde él le había cobrado, en la raíz de su cuerpo, el regalo de cumpleaños, la invitación al Pálace.

Dos gestos de Vadinho, ambos igualmente tiernos e imperiosos, marcan para doña Flor el comienzo y el fin de aquella noche de sortilegio. El primero cuando, al invitarla a bailar, sonriendo, le dio la mano y la llevó a la pista de baile. El otro, en la cama deshecha, cuando, en plena tempestad, él la dio vuelta, poniéndola de espaldas... Pero eso quiere recordarlo después: ese gesto tremendo quiere recordarlo a su debido tiempo, en el curso de esta recorrida con Vadinho a través de la noche de aquel cumpleaños. Porque quiere ir despacio, paso a paso, detalle por detalle, demorándose en cada peldaño; ya irá arribando a cada puerto de alegría, de miedo o de lujuria. Ahora, en la pista de baile, el brazo de Vadinho la envuelve y ella siente su cuerpo leve en la cadencia de la música. Busca entonces, dentro de sí, a aquella muchachita de vacaciones en Río Vermelho, calladita, sin festejante, tímida, como la presentaba el retrato del pintor sergipano, recogiendo flores en el jardín de tía Lita y floreciendo ella misma súbitamente en las noches de kermesse, cuando la mano de Vadinho le encendía los senos y los muslos, y su boca la quemaba para siempre.

En el salón del Pálace los dos iban a bailar un tango dulce y voluptuoso, tan de jóvenes e inocentes enamorados y a la vez tan de lúbricos amantes. Era como si hubiesen retornado a la fascinante noche en la casa del mayor, al impacto del primer encuentro, de la primera mirada, de la risa, del embeleso inicial; y al mismo tiempo siendo los maduros amantes de siete años después: un tiempo largo

para padecer y amar. Doña Flor, de casta doncella, de candida mocita, había pasado a ser desflorada mujer y hembra ardiente a manos de Vadinho, su marido. Jamás se había bailado un tango como éste, tan transparente de ternura, tan oscuro de sensualidad. Hasta la gente del salón de juego se acercó a mirar.

El paulista de los libros, a pesar de sus experiencias en los cabarets de San Pablo, Río y Buenos Aires, y Zéquito Mirabeau pese a su presunción, se dieron por vencidos y abandonaron la pista dejándola libre para doña Flor y Vadinho en su apasionada noche.

¿Quién era la dama de Vadinho?, se preguntaban los *habitués*. Algunos lo sabían, y la información se difundió con celeridad: «Es su esposa, y es la primera vez que viene aquí...» La más graciosa de las hermanas Catunda, la del medio, hizo una mueca de desprecio, mordida por los celos. Terminado el tango volvieron a la mesa, en donde Vadinho, una vez encargadas la cena y las bebidas, respondió a las preguntas de doña Gisa, informándola sobre cosas y personas mientras en el salón persistía la curiosidad en torno a doña Flor, flotando en el aire, como si un halo de miradas furtivas y apagados cuchicheos la rodease, como si ella no tuviese cabida en la atmósfera de la sala, hecha a la medida de las señoras de la flor y nata de la sociedad, las baronesas de la Graca, y las no me toques de la Barra, y las cortesanas más caras y a las que menos se les notaba la profesión.

Doña Flor sentía una especie de vértigo lejano, sentada allí, en el salón. Se encontraba un poco sonsa, pasando de la alegría al miedo, insegura en cuanto al significado de aquellas miradas de reojo, de aquellos gestos esquivos; esas sonrisas, ¿eran de simpatía o de burla? Apenas si escuchaba las informaciones que iba dando Vadinho:

- Tiene más de sesenta años..., no juega más que al bacará y sólo pone fichas de cinco contos. Hubo noches en que perdió más de doscientos... Una vez vinieron los hijos - dos ordinarios y una pelandruna, acompañada del marido- y quisieron llevárselo por la fuerza, armando una de todos los diablos. La hija era la peor, una víbora, atizando a los hermanos y al cornudo del marido... Ahora están haciendo un juicio para probar que el viejo está chocho,

reblandecido, que ya no sirve para administrar su dinero... Doña Gisa alarga el cuello para atisbar mejor al anciano de finos cabellos blancos, casi sólo piel y hueso, pero de piernas firmes, apoyado en un bastón de bambú, tenso el rostro, y con una última luz ávida en los ojos, como si solamente la inspiración del juego lo mantuviese vivo.

- Finalmente, ¿no fue él quien trabajó y ganó todo el dinero? - preguntaba Vadinho, furioso contra la familia del viejo- . ¿Qué hicieron los hijos, aparte de gastar?, Son unos vividores, nunca sirvieron para nada. Y ahora quieren darle diploma de demente a su propio padre, quieren encerrar al infeliz en su casa o en el hospicio... Yo metería en la cárcel a todos esos canallas, comenzando por la vaca de la hija, y con orden de darles una paliza de padre y señor mío.

Doña Gisa disentía: ese asunto del dinero tenía serias implicaciones. El viejo, en su opinión, no era tan dueño como parecía de dilapidar su fortuna en el juego, pues la familia poseía derechos legales...

La lección de economía política de doña Gisa fue interrumpida al acercarse el paulista para saludar a Vadinho y a doña Flor.

- Vadinho, este amigo mío quiere conocerlo; oyó hablar mucho de usted y lo vio bailar..., es un personajón de San Pablo... - Zéquito Mirabeau los presentó, y, dirigiéndose al forastero- : Usted sabe, Vadinho es... - la presencia de doña Flor hizo que se contuviera...- , bien, es un amigazo... Vadinho, con voz casi solemne, presentó a las señoras:

- Mi esposa y una amiga, doña Gisa, norteamericana, un pozo de sabiduría...

Doña Flor ofreció la punta de los dedos, sintiéndose de repente como una rústica cualquiera.

El paulista se inclinó y le besó la mano:

- José de Barros Martins, para servirla. Mis felicitaciones, señora, pocas veces he visto bailar tan bien un tango... ¡Admirable!

A continuación besó la mano de doña Gisa y, como la orquesta comenzase una samba de éxito, le preguntó:

- ¿Baila la samba? ¿O como norteamericana prefiere un *blue*...?

Vadinho echó a perder toda la finura del paulista:

- ¿Cómo?... , esta gringa se contonea que es una maravilla...

- Vadinho, qué es eso..., compórtate - lo reprendió doña Flor, sonriendo burlonamente.

Doña Gisa no lo dudó; en vez de enojarse, salió del brazo del industrial, requebrando las delgadas caderas y confirmando las palabras del zafado. En eso, el rostro de Vadinho se ensombreció y doña Flor descubrió en seguida la causa: una de las tres mulatas de la mesa de Zéquito Mirabeau, una lindeza que daba gusto verla, se había acercado a la mesa. Medía a doña Flor de arriba abajo, como en desafío, mientras interpelaba a Mirabeau, ofreciéndose, insinuante.

- ¿Qué pasa, querido, es nuestra samba? Te estoy esperando, ven en seguida...

Una mirada de desdén a doña Flor, una de furia hacia el lado de Vadinho, la sonrisa más angelical y tentadora para Zéquito:

- Vamos, negrito...

Doña Flor evitó mirar a Vadinho. Entre ellos se alzaba un silencio incómodo; ella, vuelta hacia la pista de baile con los ojos cerrados, él, mirando fijamente hacia la sala de juego. ¿Por qué se empeñó ella en venir?, se preguntaba Vadinho. Por cosas como ésa siempre se negó él a traerla. Y ahora, tan luego en la fiesta de su cumpleaños, en vez de estar alegre, la pobre mordía los labios para no llorar. La burra de Zilda se lo iba a pagar caro. Vadinho acercó su silla a la de ella y tomando la mano de doña Flor con una ternura que ella sintió que era verdadera, le dijo:

- Mi bien, no estés así. Tú quisiste venir, éste no es un lugar para ti, mi bichito loco... ¿Será que ahora te vas a poner a enfrentarte con estas atorrantas, preocuparte por ellas? Tú viniste para estar alegre conmigo, hazte cuenta que aquí sólo estamos nosotros dos y nadie más... Olvídate de esa zorra, que yo no tengo nada que ver con ella...

Doña Flor se dejó convencer fácilmente, quería creerle, y mientras le saltaban las lágrimas dijo con voz quejumbrosa:

- ¿No tienes nada que ver con ella, de verdad?

- Es ella quien anda detrás de mí, ¿no ves? Olvídate de eso, querida, esta noche es nuestra, sólo de nosotros dos, ya vas a ver cuando lleguemos a casa... Hoy ni siquiera voy a jugar, sólo para estar junto a ti...

La mulatita pasaba cimbreado, ceñida al «Hermoso Mirabeau», él casi en trance, mordiéndose el labio, mirando al techo. Doña Flor pidió:

- ¿Vamos a bailar también nosotros?

Bailaron la samba, y luego un pasodoble. Después ella quiso conocer la sala de juego y Vadinho la llevó, dispuesto a satisfacer sus caprichos. Doña Gisa fue con ellos, dando saltitos y queriendo informarse de todo, ¡infernally! No conocía ni el valor de las cartas y nunca había visto un dado en su vida.

Doña Flor iba silenciosa, con ese recogimiento de quien penetra en un templo secreto, prohibido a los no iniciados. Finalmente había conseguido llegar y entrar al misterioso territorio en el que Vadinho era millonario y mendigo, rey y esclavo. Sabía bien que eso era sólo una franja de la zona nocturna, una orilla de ese mar plumizo: eso era el comienzo de las etapas de sueño y de aflicción. Las salas del Pálace eran la rica y luminosa capital de ese mundo, de esa secta, de esa casta. Más allá, en los senderos nocturnos de la noche, ese territorio de juergas y angustias, de fichas y mujeres, de alcohol y estupefacientes (cocaína, morfina, heroína, opio, marihuana, doña Flor se estremecía sólo al recordar los nombres), se prolongaba en los cabarets, en las casas de juego, en los prostíbulos, en las pensiones de mujeres, en los antros ilegales, en *la zona* inmunda y pululante como un mosquerío, en los sombríos escondrijos de los fumadores de marihuana. Por esos vericuetos se movía a sus anchas Vadinho. Doña Flor, ante la mesa de la ruleta, tocaba con humildad la orilla de ese mundo.

Más allá del Pálace, con su ambiente «estrictamente familiar», como decían los avisos, con sus luces y sus sombras - un velador en cada mesa - , las arañas de cristal, la orquesta de primera, las señoras de la alta sociedad, las fulanas de lujo, las mantenidas y las independientes, los *coroneles* del cacao, los mozos bohemios y los estafadores: allá, mucho más allá del Pálace, hasta las encrucijadas de la noche pobre y desnuda de oropeles, llegaba el misterio de Vadinho, su última verdad. Doña Flor, en rápida transición, auscultó esa loca geometría, mar de sus lágrimas, valles y montañas de su tensa espera, de su sufrido amor. Doña Gisa, por el contrario, se demoraba, fascinada

por los semblantes de los jugadores, por sus gestos. Uno de ellos hablaba solo, evidentemente furioso consigo mismo. Si fuera por su gusto, la profesora no se iría más. Pero el mozo, por deferencia a Vadinho, compinche suyo, vino a avisarles que la cena estaba servida y que iban a comenzar las atracciones.

Volvieron al salón de baile y se encontraron con Mirandáo, que acababa de llegar. ¿Qué milagro era ése, su comadre en el Pálace? ¿Venía para hacer saltar la banca?

¿Que era su cumpleaños? ¡Dios mío! ¿Cómo había podido olvidarlo? Al día siguiente le pediría a la patrona que fuese a verla con el ahijado y un regalo. «Basta con la comadre y el chico», le dijo doña Flor, para librarlo del compromiso, y además porque en ese aniversario ya había tenido su regalo y no quería ningún otro: allí estaba con Vadinho, no quería nada más.

La comida no era gran cosa, arroz sin sal, carne sin gusto, pero icon qué delicadeza la servía Vadinho, alcanzándole a la boca los mejores trozos de su pollo! Doña Flor ya no sentía miedo, ni estaba tiesa.

Las luces se apagaron totalmente para de inmediato volverse a encender de nuevo, y Julio Moreno, el maestro de ceremonias, anunció los números. Primero fueron las Hermanas Catunda - lástima de voz- con sabia exhibición de senos y caderas:

*Voy a bailar la noche entera,
Ranchera...
Ranchera...*

La atrevida era la más bien conformada y graciosa de las tres, doña Flor no podía dejar de reconocerlo, no podía negar aquella verdad casi desnuda. Pero Vadinho ni siquiera miraba a las mulatas, más interesado en saborear los postres. Ahora era doña Flor quien miraba con desdén; tomó la mano del marido y los dos estuvieron conversando y riéndose mientras las gentiles hermanas se desplegaban entre el juego de luces, senos en azul, caderas en rojo.

Venían después las «The Honolulu Sisters», con un canto poderoso y triste, un lamento de negros encadenados, oración de esclavos, dolor y rebelión de hombres

humillados. Hasta el sexo era triste, hasta aquellos cuerpos tan bellos, pensó doña Flor. Las mulatitas Catunda, desafinadas y modestas, parecían un repiquetear de castañuelas, un trino de pájaro, un rayo de sol, unos cuerpos exuberantes de salud, en comparación con Jó y Mó, con su lamento sin esperanza. Las Catundas bailaban en ofrenda a los *orixás*, los alegres e íntimos dioses negros procedentes de África y cada vez más vivos en Bahía. Las negras norteamericanas, en cambio, dirigían su súplica a los austeros y distantes dioses blancos de los señores, impuestos a los esclavos a latigazos. Unas eran la risa desatada, las otras el llanto desolado.

- Fíjense en ellas..., son amantes - informó Vadinho.

Doña Flor ya había oído hablar sobre la existencia de mujeres así, pero nunca lo creyó; y aun entonces pensó que se trataba de una broma de Vadinho, invenciones absurdas, pavadas.

- ¿No hay hombres invertidos, querida? Pues también hay mujeres a las que sólo les gustan las mujeres...

- Una pena - dijo Mirandáo- , dos hembras como éstas y no querer trato con los hombres.

Doña Gisa lo confirmaba: Se trataba de casos «bastante frecuentes en los países más civilizados». «Vaya uno a saber, quizá no sean más que muchachas serias...», intentaba defenderlas doña Flor. Quería oír el canto puro y doloroso, sin mezclar su grandeza a la tara de las mujeres, a su enfermiza condición, a su destino. Música de sangre derramada por un látigo de fuego.

- Querida, voy hasta ahí, vuelvo ya, sólo un minuto...

Vadinho cruzó rápidamente hacia la sala de juego, dejando a doña Flor solita con el desgarrado canto de los esclavos.

Se encendieron las luces, se oyeron los aplausos y doña Flor vio cómo Mó le daba la mano a Jó y juntas se retiraban hacia su amor maldito. El paulista volvió a bailar y Zéquito Mirabeau se unió a los jugadores.

Ya le gustaría a Mirandáo ir con Vadinho y Mirabeau, pero el compadre lo había dejado haciéndole compañía a las señoras y no podía abandonarlas, y esa profesora seguía con sus preguntas idiotas; ¿cómo diablos iba a saber él si el juego era o no factor de impotencia sexual? Oiga, querida señora... Mirandáo había nacido prácticamente en una

mesa de juego y lo único que podía decirle es que le aseguraba que él era hombre y muy hombre y nunca había oído decir que el juego convirtiese en flojo a nadie. Doña Flor observaba a Vadinho, en la otra sala, moviéndose ante la mesa de la ruleta, apostando, rodeado de hombres y mujeres. La mulatita se le había puesto al lado, y en cierto momento dejó una mano sobre el hombro de él, manteniéndola allí mientras Vadinho, tenso, seguía el rodar de la bolilla en la hora solemne y decisiva. Casi se levanta de la silla, indignada. Esa noche se sentía capaz de todo, del escándalo y la violencia, de actuar, si fuese necesario, como la más rea y perdida prostituta callejera. Pero de inmediato se sonrió, porque Vadinho, después que el croupier cantó el número fatal, se dio cuenta del gesto insolente de Zilda Catunda y retiró el hombro. Y algo desagradable debió decirle a la descarada porque desapareció como si la hubieran llevado los diablos. Vadinho, después de mirar a doña Flor, vino caminando en su dirección con las manos llenas de fichas. En la mesa, Mirandão, enredado en las preguntas socio- económico-sexuales de doña Gisa, se consolaba de su ignorancia con los restos de un vermut dulce..., ¡un asco! Vadinho se inclinó, hablándole al oído a doña Flor:

- Escucha, querida, sólo dos o tres puestas más y nos vamos. No tardo nada, ya le mandé decir a Cígano que espere con el coche. Prepárate, que hoy te voy a dar una paliza en la cama... Y, acercando todavía más su boca, le dio un mordisco y un lengüetazo en la oreja, brisa y llamarada.

Doña Flor sintió que le corría el cuerpo un húmedo escalofrío y exhaló un suspiro. ¡Aha! ¡Qué Vadinho éste, tan irreflexivo, tan sin arreglo!

- No te demores...

El volvió a instalarse en su lugar, en la mesa de ruleta, frente al croupier, las manos apretando las fichas. Algo curvado, los cabellos rubios, el atrevido bigote, la sonrisa insolente. Compadrito.

Doña Flor, ahora en el recuerdo, se quedó mirando largo rato a su Vadinho. Después fue repasando cada detalle de aquella noche y cada instante de su vida con él, sin que faltara ninguno, tanto los dolorosos como los alegres.

Desde la ruleta, Vadinho le hizo una señal: era la última puesta; el taxi, de Cícano estaba ya esperando..., sólo unos minutos. «No, querido, ya no volveré más contigo a la fiesta de aquella noche, cuando la gota de hiel se deshizo en miel, y todo fue un darse a mares el uno al otro.» Doña Flor grabó para siempre la imagen de Vadinho ante la mesa de juego, la ficha puesta al 17. Y entonces juntó toda su pesadilla y la enterró en su corazón. Se dio vuelta, y, de bruces en la cama de hierro, durmió al fin con sueño sosegado.

23

Al cumplirse un mes de la muerte de Vadinho, luego de asistir a la misa, doña Flor se encaminó al Mercadito de las Flores, en Cabeça. Salía de su casa por segunda vez desde aquel singular domingo de carnaval en que recibió el golpe de la muerte. La primera fue con motivo de la misa del séptimo día.

Volvió caminando desde la iglesia, entre la curiosidad de la gente. Al pasar frente al bar, Méndez la saludó desde el mostrador, y don Moreira, el portugués del restaurante, llamó a gritos a su mujer, que estaba ocupada en la cocina: «Rápido, María, ven a ver a la viuda.» En la calle, tres o cuatro hombres, entre los cuales se encontraba el elegante argentino Barnabó, la saludaron quitándose el sombrero.

En la carnicería de la esquina, la negra Vitorina se puso de pie detrás de su puesto de *abarás* y *acarajés*.. «¡Salve, mi iaia, atótó, atótó.!. En la puerta de la Droguería Científica, el doctor Teodoro Madureira, el farmacéutico, se inclinó en grave reverencia, con el ademán exacto del pesar y la aflicción. El profesor Epaminondas Souza Pinto, presuroso y aéreo como siempre, con los libros y cuadernos junto al sudor del sobaco, le extendió la mano:

- Mi querida señora..., la vida..., lo inevitable...

Los bebedores de la taberna, que tomaban el aperitivo matinal, los clientes del almacén - el hacendado Moysés Alves, que estaba eligiendo especias para sus insignes almuerzos- salían a verla y se inclinaban en silencio. El santero Alfredo, un amigo del tío Thales, establecido cerca

de allí con su portal de imágenes, abandonó la madera que estaba tallando y se puso a su disposición:

- Buenos días, Flor. ¿Puedo serle útil?

Acudieron los vendedores con la mercadería. Compró rosas y claveles, palmas y violetas, dalias y nomeolvides.

Un negro alto y flaco, de perfil agudo y rostro enigmático, relativamente joven todavía, a quien estaban escuchando con atención y respeto los mecánicos y choferes de la parada de taxis, al conocer la identidad de doña Flor y el destino de las flores que adquirió, se aproximó a ella y le pidió algunas, «sólo por un momento». Un poco sorprendida, doña Flor se las dio, ofreciéndole el colorido ramillete en el que él mismo eligió, con cuidadoso ritual, tres claveles amarillos y cuatro nomeolvides rojas. ¿Quién sería este hombre y por qué le pedía esas flores?

El negro sacó del bolsillo de la chaqueta un cordón de paja de la costa, trenzada, un *mokan*, y ató con él los claveles y nomeolvides en un pequeño ramito.

- Desátelo cuando baje a la tumba de Vadinho. Es para que su *egun* se apacigüe. - Y agregó en *nagó*, bajando la voz- : *iAku abó!*

Era el *babalaó* Didi, guardián de la casa de Ossain, mago de Ifá; sólo mucho tiempo después iba doña Flor a saber su nombre y conocer sus poderes, su fama de adivino, su cargo de *Koriacoé Ulukótum* en el altar de los *eguns*, en Amoreira.

Doña Flor estaba vestida de negro, de la cabeza a los pies, de luto cerrado, pues sólo había transcurrido un mes desde la muerte del esposo. Pero ya no cubría su cara el pequeño velo que antes llevaban sus retintos cabellos casi azules y ya no marcaba su rostro una expresión de angustia suicida. Aún seguía triste, pero no desesperada y ausente. Circundada por el aire leve de aquella mañana transparente, de luz tan hermosa y tan a la medida humana que era un privilegio vivirla, doña Flor, alzando la vista del suelo, volvió a mirar y a ver el espectáculo de la calle y el color del día. A su paso los hombres se descubrían o se inclinaban, e iba recogiendo gestos y palabras de consuelo y simpatía, en medio del bullicio de la ciudad, de la gente que pasaba, conversando, riendo, mientras ella caminaba con su ramo de flores destinadas al sepulcro de

Vadinho. Caminaba en dirección al cementerio, pero en realidad estaba entrando de nuevo en la vida. Estaba de regreso, aunque todavía convaleciente.

No era la misma doña Flor de antes, desde luego. Había enterrado algunas emociones y ciertos sentimientos, el deseo, el amor, los asuntos de la cama y del corazón, pues era viuda y respetable. Pero vivía, era capaz de sentir la luz del sol y la dulzura de la brisa, reconciliada con la risa y la alegría, resignada.

III. *Del tiempo de medio luto,
de la intimidad de la vida en su recato
y en su vigilia de mujer joven
y necesitada; y de cómo llegó a su
segundo matrimonio honesta
y apaciguada, cuando la carga
del difunto ya se le hacía pesada
sobre los hombros*

ESCUELA DE COCINA
«SABOR Y ARTE»

GUISO DE TORTUGA
Y OTROS PLATOS DESUSADOS

Hace unos días alguien preguntó (pienso que debe haber sido doña Nair Carvalho, pues a ella le gusta ofrecer lo mejor de lo mejor), qué se podía servir a un huésped refinado, de paladar *snob*, muy exigente, en fin, un artista que requiere delicadezas, manjares raros, algo fuera de lo corriente. Pues bien, aconsejo que en ese caso se sirva una delicia: guiso de tortuga; para lo cual daré una receta que me enseñó mi maestra de salsas y condimentos, doña Carmen Dias, receta que hasta ahora fue mantenida en secreto. Pueden copiarla del cuaderno. Debo agregar que, si recuerdo bien, la tortuga es una comida de *orixá* en el *candomblé*, habiéndome dicho mi comadre Dionisia, hija de Oxóssi, que la tortuga es el plato predilecto de Xangó.

Además de la tortuga, recomienda la caza en general, y, en particular, un guisado de carne de lagartija tierna, perfumada con cilantro y romero. De ser posible, presentar, envuelto en hojas aromáticas, un cerdo montes asado entero, iah, el rey de los grandes platos!, el chanco salvaje, carne con sabor a selva y libertad.

Pero si vuestro huésped quiere alguna caza más despampante y fina, si busca el non- plus- ultra, la cumbre de lo superior, ¿por qué no le sirven entonces una viuda joven y

bonita, cocinada en sus lágrimas de duelo y soledad, en la salsa de su recato y de su luto, en los ayes de su carencia, en el fuego de su deseo prohibido que le da gusto a culpa y a pecado?

¡Ay! Yo conozco a una viuda así, de miel y pimienta, cocinada a fuego lento cada noche y a punto para ser servida.

GUISO DE TORTUGA

(Receta de doña Carmen Dias, tal como ella se la dio a doña Flor, habiendo ésta permitido a sus alumnos copiarla y probarla.)

«Se toma una tortuga, después de muerta por el procedimiento (bárbaro) de aserrarla por los lados, cuidando de que no se dañe la caparazón. Colgar al bicho por las patas traseras, cortarle la cabeza y dejarlo así durante una hora para que se desangre. Después, poner el animal con el vientre para arriba y cercenarle los pies, cuidando de conservar las piernas (o «botas») y separando de ellas la piel gruesa que las recubre. Entonces se le extrae la carne, los menudos (hígado y corazón) y los huevos (si los hubiera), tirando las tripas, operación que requiere especiales cuidados, debiendo hacerse cada cosa por separado. Lavar todo, carne y vísceras, que, una vez maceradas con los condimentos que se indicarán habrán de ponerse a fuego bajo hasta que tomen un color de oro oscuro y exhalen un aroma particular. Los condimentos: sal, limón, ajo, cebolla, tomate, pimienta y aceite, aceite suave a voluntad.

Este plato debe servirse con patatas del reino cocidas en agua y sal, o con harina de mandioca blanca recubierta de cilantro.»

Al cumplirse los seis meses de viuda, doña Flor alivió el luto, hasta entonces cerrado, que la obligó a llevar, tanto en la calle como en la casa, negros vestidos sin escote. Un

único matiz en tanta negritud: las medias color humo. Por eso aquella mañana las alumnas (una nueva promoción, numerosa y simpática), al verla con una blusa clara con guirnalda oscuras, un collar de perlas falsas al cuello y un leve toque de color en los labios, prorrumpieron en aplausos entusiastas a la «traviesa profesora». Todavía tenía que esperar seis meses más para poder usar el verde y el rosa, el amarillo y el azul, el rojo y el habano, así como los nuevos y sensacionales colores de moda: azul rey, azul *pervanche*, hortensia, verde mar.

La «traviesa profesora», sí. Como en el verso de doña Magá Paternostro, la ricacha. Porque, en verdad, doña Flor había aligerado también el luto interior, se había desprendido de los velos de la muerte, desde que, en la víspera de la misa del primer mes, enterró dentro de sí toda la pesadumbre del difunto. Por respeto a las costumbres y a los vecinos mantuvo el rigor del negro, pero volviendo a ostentar, sin embargo, su risa serena, su atenta cordialidad, su interés por las circunstancias diarias, su condición de esmerada dueña de casa. Todavía cierta sombra melancólica le daba de vez en cuando un aire pensativo que agregaba una nueva calidad a su doméstica hermosura, con un cierto encanto nostálgico; pero al mismo tiempo se la veía llena de curiosidad por la vida que transcurría en torno suyo e imprimiendo vigoroso aliento a la «Escuela de Cocina», cuyo prestigio había descuidado durante el primer mes.

No volvió a aparecer en su boca el nombre del finado; parecía haberlo olvidado por completo, como si después de la crisis y la obsesión pensara, igual que doña Dinorá y sus comparsas, que la muerte del granuja era para ella una carta de emancipación, habiendo llegado por fin a un acuerdo la viuda y las beatas. Al menos eso parecía.

En ocasión de la misa de aniversario, al regreso de la visita a la tumba, en la que había depositado las flores y el mandato del adivino, el *mokan* de Ossain, abrió las ventanas de la sala de recibo, permitiendo, finalmente, que la luz del sol iluminara la casa y barriera las sombras y los espectros. Tomó la escoba, el plumero, los trapos y los cepillos y se entregó al trabajo. Doña Rozilda se disponía a ayudarla, pero la limpieza fue total: también ella hubo de salir de la casa, de regreso a Nazareth das Farinhas,

cuando el hijo y la nuera ya comenzaban a alimentar las clásicas esperanzas de mejores días. Pues se había ido a la casa de la hija viuda, ya que, en fin, ¿quién estaba más necesitada de su compañía permanente, del afecto y la ayuda de la madre, sino la hija, viuda reciente e inconsolable? Doña Flor estaba solita, indefensa, expuesta a los múltiples peligros de su ingrata situación... Era justo que doña Rozilda, madre experimentada e intrépida, fuese a vivir con la hija desamparada, para ayudarla en las tareas de la casa y en la solución de innumerables problemas. A lo mejor, quién sabe, sucedía un maravilloso milagro y la pareja y la ciudad de Nazareth se verían libres de la madre y de la suegra, tanto más suegra que madre. Con tal fin, Celeste, nuera y esclava, hizo una valiosa promesa a la Virgen de las Angustias. Pero sus ruegos no tuvieron eco: el santo de doña Flor fue más fuerte, defendida como estaba, sin siquiera saberlo, por los *axé* y *pejis* de los *candomblés*, por la fuerza del Rey de Ketu, Oxóssi, *orixá* de su comadre Dionisia (*iOké!*). Así que fue la viuda quien se vio libre de doña Rozilda, la cual, por lo demás, no se marchó antes sólo por mala educación, por cascarrabias, de pura tirria a los vecinos, pues a éstos les había dado por querer dominarla, por imponerle condiciones de convivencia.

En la capital, por otra parte, vivía sin comodidades, en una casa pequeña, sin cuarto para ella sola, durmiendo sobre un catre en la sala en que doña Flor daba las clases teóricas, sin armario propio para sus pertenencias, mientras que la casa del hijo era tan amplia y con tanta sobra de comodidad. Además en Nazareth - y esto era lo más importante- , ella, doña Rozilda, era alguien. Lo era no sólo por ser la madre de Héctor, funcionario de categoría del ferrocarril (a quien obsesionaba el dibujo: era capaz de copiar el rostro de cualquier ser viviente y reproducía a lápiz los cromos de las publicaciones) y segundo secretario del Club Social Farinhense, que tenía una de las mejores salas de la ciudad para jugar a las damas y al chaquete, en la que había surgido la frustrada vocación del finado don Gil. Pues bien, allí, en Nazareth, ella era importante por sí misma, siendo ornamento y ejemplo de la mejor sociedad, en la que hacía ostentación de sus relaciones metropolitanas: la familia Marinho Falcão, el doctor

Zitelmann Oliva y doña Ligia, el periodista Nacife, doña Magá, el industrial Nilson Costa con sus posesiones en el Matatu, y, antes que nadie, su compadre el doctor Luis Henrique, el «cabecita de oro», orgullo de la tierra.

En cambio en la capital, ni siquiera en el mundo de aquella pequeña burguesía de tan sólo un buen pasar, circunscrito a unas pocas calles entre el Largo 2 de Julho y Santa Teresa - ni siquiera allí- , le prestaban atención y le daban importancia; por el contrario, le habían tomado aversión. Las amigas más íntimas de su hija, doña Norma, doña Gisa, doña Emina, doña Amelia Ruas, doña Jacy, no tuvieron escrúpulos en responsabilizarla con el desalentador estado de la viuda, echándole la culpa a su mal de hígado, a sus recriminaciones e insultos, a su absurda querella con el muerto. O cambiaba de actitud, dejándose de habladurías y maldiciones al muerto, o que se fuera de una vez. Todo un ultimátum.

Y por eso mismo, como reacción a tan indecible mala intención, doña Rozilda prolongó su visita, a pesar de las incomodidades de la casa y la inquina de la vecindad. (Doña Jacy incluso había buscado una criada para doña Flor, Sofía, una mugrienta ahijada suya.) Pero después de la misa de aniversario se apresuró a hacer el viaje, al tener noticias, por su compadre el doctor, de que había sido designada por el reverendo Walfrido Moraes para el alto cargo de tesorera de la Campaña en Beneficio de las Nuevas Obras de la Catedral de Nazareth, en cuyo Consejo Directivo brillaban la esposa del juez (presidenta), del intendente (primera vicepresidenta), del delegado (segunda vice) y otras eminencias sociales del lugar. Hacía mucho que doña Rozilda deseaba pertenecer a la Comisión de Damas, aunque fuera como la última vocal de la lista; y de pronto era designada nada menos que tesorera. Sin duda el Divino Espíritu Santo iluminó al padre Walfrido, antes tan impermeable a sus embestidas.

Muchas vacilaciones y dudas le había costado al sacerdote semejante decisión, pero el influyente coterráneo al que había recurrido para obtener el pago de importantes partidas estatales puso como condición a su ayuda decisiva el nombramiento de doña Rozilda para un cargo codiciado en la piadosa congregación de las beatas. Miserable

chantaje, pensó el vicario, inclinándose ante él, sin embargo, pues necesitaba con urgencia la cantidad y sin la intervención del doctor Luis Henrique, ¿cómo apresurar el engranaje burocrático?

En la antevíspera, doña Gisela, con quien a veces el doctor discutía sobre los destinos del mundo y las imperfecciones del ser humano, le comunicó:

- Si doña Rozilda no se marcha, la pobre Flor no va a tener descanso ni para olvidar..., y ella necesita olvidar, está acomplejada; es un curioso caso de morbosidad, querido doctor, que sólo el psicoanálisis puede explicar. Por lo demás, Freud da un ejemplo...

Doña Norma, que había ido con ella, la interrumpió:

- Haría usted una obra de bien, doctor., eche lejos de aquí a esa peste, mándela a Nazareth, que ya nadie aguanta más...,

«Pobre Héctor, pobre Celeste, pobres criaturas...», se condolió el doctor y padrino. Pero entre doña Flor, viuda y freudiana, y la pareja, que ya había embarcado con doña Rozilda hacía años, no tuvo ninguna vacilación: sacrificó al ahijado y a su gentil esposa, en cuya casa almorzaba, y siempre bien, en sus frecuentes viajes al Recóncavo.

«Cada cual con su cruz», decidió; doña Flor cargó con la suya siete años seguidos: aquel marido, aquel pesado madero. No era justo que ahora, en la senda de la viudez, se le echase encima a doña Rozilda, un calvario completo: cruz, corona de espinas, vinagre y hiel.

Ausente doña Rozilda, las arpías de la vecindad sólo muy de cuando en cuando mencionaban el nombre del maldito, de acuerdo con las exigencias de doña Gisa, y además porque doña Flor retomó el curso normal de la vida después de atravesar las infinitas arenas de la ausencia. No era una vida como la anterior, sino un vivir sosegado, pues ahora no estaba presente el esposo, con sus implicaciones: los sustos, los disgustos, las peleas, la desesperación. Todo eso había acabado, y doña Flor se acostumbró a dormir la noche entera de un tirón. Se acostaba relativamente temprano, después de la charla habitual con doña Norma en la rueda de amigas, sentadas a la puerta de calle, comentando sucesos, programas de radiotelefonía y películas. A veces iba al cine con doña Norma y don Sampaio, con

doña Amelia y con Ruas, con doña Emina y el doctor Ives, aficionado entusiasta a las películas del Far West. Los domingos iba a almorzar a Río Vermelho, con los tíos; tío Porto con su eterna manía de los paisajes; tía Lita comenzando a envejecer, pero manteniendo el jardín y los gatos en todo su esplendor. No quiso doña Flor adherirse a la animadísima rueda de brisca y *trés-setes* en casa de doña Amelia (hasta doña Enaide venía desde Xame- Xame a pasar la tarde carteando); las fanáticas de la brisca, las devotas del *trés-setes*, hicieron lo posible para conquistarla, pero sin resultado, como si el finado hubiese gastado toda la cuota de juego de la familia, no quedándole nada a ella. Sólo se conocía un enemigo de la timba más grande que ella: el porteño de la cerámica, don Bernabó. Su mujer, doña Nancy, se volvía loca por una manita de brisca, pero el déspota era irreductible: a lo sumo, y como una gran concesión, permitía los pacientes juegos solitarios y nada más. Así transcurría la vida de doña Flor, tranquila, entre las clases de cocina, con sus dos turnos cada vez más concurridos, y las actividades sociales que la prudencia permitía a su estado. No eran pocos compromisos, como puede parecer a primera vista; le ocupaban todo el tiempo, no sobrándole ocio para pensamientos tristes. Sin hablar de los encargos que le hacían - imposibles de rechazar - , preparación de almuerzos para fiestas, cenas elegantes, banquetes y recepciones que la obligaban a estar en la cocina trabajando hasta la madrugada. Y, como era muy exigente en cuanto a la calidad de sus platos, al cansancio se sumaba la preocupación. La ayudaba una muchacha, una adolescente, ya moza de diecisiete años, hija de otra viuda, doña María del Carmen, heredera de tierras y plantaciones de cacao, que vivía en el Areal de Cima desde que finalizaron los pasados carnavales y que se incorporó de inmediato a la tertulia de doña Norma. La morenita Marilda - una esperanza en salsas y condimentos- le había tomado afecto a doña Flor y no se separaba de ella, aprendiendo platos y postres en las horas que le dejaban libres sus estudios. Doña Flor sonreía al verla andar por la casa, cantarina, la cabellera alborotada, con su rostro de adolescente tropical que se desmayaba en quiebros y mimos; de tan bonita, una pintura. Si el bandido viviese,

todos los cuidados serían pocos, pues él no tenía prejuicios con respecto a la edad. Como queda visto y demostrado, no le faltaban quehaceres en su vida de viuda, y era tan corto el tiempo de que disponía que a veces no alcanzaba a cumplir con los compromisos. Tanto trabajo, un mundo de cosas, todo el día atareada: a veces, por la noche, al vestirse y echarse en la cama a dormir, estaba realmente cansada, sentía que necesitaba un sueño reparador. Se dormía de inmediato, apenas ponía la cabeza sobre la almohada. Si estaba tan llena su vida, ¿cómo explicar su constante sensación de vacío, como si todo aquello, toda esa actividad que la tomaba, la dominaba y la ponía en movimiento fuese inútil y vana? Si dentro de su modestia y parquedad tenía lo suficiente para vivir con decoro e incluso para esconder, siguiendo su hábito antiguo, algunos ahorros, si su vida era tranquila e incluso alegre, ¿por qué, entonces, esa sensación de vacío, de inanidad?

2

En las calles de los alrededores sobraban las chismosas, viejas y jóvenes, pues para ejercer tal oficio no se exige una edad determinada. Doña Dinorá era la primera de esas correveidiles; obtuvo tales éxitos en su actividad que se le atribuyó fama de vidente. En esta crónica ya hemos visto en acción a doña Dinorá, a través de quejas, denuncias y enredos, pero, no obstante, no se habló de ella misma con la debida extensión, permaneciendo hasta ahora casi en el anonimato, como si fuese tan sólo una intrigante común en la especie de las beatas. Quizá porque la insólita presencia de doña Rozilda - al fin, y felizmente, exiliada en el Recóncavo- , no le daba una oportunidad a las rivales. Pero siempre se está a tiempo para corregir un error y reparar una injusticia. Para muchos, doña Dinorá pasaba por ser la viuda del comendador Pedro Ortega, rico comerciante español, desencarnado hacía unos diez años. En realidad, no se había casado nunca; tampoco conservó la doncellez durante mucho tiempo; apenas llegada a la pubertad se fue de su casa para dar comienzo a su movida y, en cierto modo, brillante existencia..., toda una crónica picante. Sin

embargo - ¡alabado sea Dios!- , nadie más moralista y celoso de las buenas costumbres que ella a partir de su feliz encuentro con el gallego, cuando, habiendo pasado los cuarenta y cinco, doña Dinorá miraba el futuro con aprensión: con un miedo pánico a la pobreza, con una necesidad imprescindible de bienestar. Sin haber sido jamás realmente bonita, poseía cierta gracia obscena, responsable de su éxito con los hombres, que se fue apagando con los años y las arrugas. Tuvo entonces la increíble suerte de dar con el comendador, «un billete premiado con el gordo», según dijera en aquella oportunidad doña Dinorá, confidencialmente, a las amigas. El español le brindó respetabilidad y seguridad, sin hablar de la casita en las vecindades del Largo 2 de Julho en que la instaló.

Quizá a causa del miedo que había sentido a verse vieja y pobre, con la amenaza de tener que dedicarse abiertamente a la prostitución, doña Dinorá, al amparo del comerciante, se convirtió rápidamente en todo lo opuesto a lo que fuera hasta entonces: en una respetable matrona, guardiana de la moral. Tendencia que se acentuó cada vez más después de la muerte de Pedro Ortega. Cuando él se fue, entre oraciones y coronas fúnebres, la antigua aventurera pasaba de los cincuenta años - cincuenta y tres para ser más exactos- , y, en los ocho de amancebamiento, se aficionó a la virtud y a la vida hogareña.

El marido, probo baluarte de las clases conservadoras, agradecido a la amante por la fidelidad y por la revelación de un mundo de ignorados placeres (¡qué idiota había sido al perder los mejores años de su vida en el mostrador de la pastelería y en el cuerpo insustancial de la santa y acre esposa!), le dejó en testamento - además de la casa propia, nido de los pecaminosos amores- algunas acciones y obligaciones del Estado y una módica renta; lo bastante, sin embargo, para asegurarle una vejez sin sobresaltos, dedicada por entero al servicio de la difamación y la intriga. Y hete aquí a doña Dinorá, con más de sesenta años: de voz estridente, enervante carcajada, constante agitación. En apariencia, la más solidaria y comprensiva viejecita; en realidad, «un frasco de veneno, una cascabel adornada con plumas de pájaros», según la casi poética frase de Mirandáo, víctima eterna de esta clase de comadres. Esa

fue la definición que de ella le dio el periodista Giovanni Guimarães cierta vez que vieron pasar a la sesentona, muy viuda ella y columna de la moral, en ocasión de almorzar en casa de doña Flor durante la visita de Silvio Caldas. Y la completó, con tono de filósofo moralista:

- Cuanto más puta de joven, más sería de vieja. Una mezcla de virgen y yiranta...

- ¿Ese desecho? ¿Quién es?

- No es de nuestro tiempo, pero fue muy conocida. El que habla mucho de ella es Anacreon, que bebió en ese pellejo. Tú ya oíste hablar de ella, seguro. Se la conocía por Dinorá Sublime Culo.

- ¿Eso? ¿Ése es el tan recordado Sublime Culo? ¡Dios mío! Prueba de la vanidad de las cosas de este mundo, reflexionaron ambos humildemente, ante tal exhibición de virtudes y tan triste físico de acarreo: retacona, de tronco fuerte, piernas cortas, vientre bajo, cabezota desastrada. Vestía de luto, como una viuda de verdad, al cuello el medallón con la fotografía del comendador, como si hubiera sido realmente su esposa y él el único hombre de su casta vida. Y ahora los tipos como Anacreon - vergüenza del género humano - eran como si no existieran para ella: simplemente los ignoraba.

Era ladina, nunca iba directamente al grano, no acusaba de frente; por el contrario, ponía en la picota a los demás con la máxima suavidad, fingiendo comprenderlo y disculparlo todo, elogiando a unos, compadeciendo a otros. De ahí su fama de bondadosa y simpática y las alabanzas cosechadas en su camino de maledicencias: «¡Qué buena persona es ésa...!» Cuando por azar era sorprendida en flagrante intriga, se hacía la víctima. Ella quiso hacer un favor y en recompensa recibía la más negra ingratitud.

Zé Sampaio, un hombre timorato, que se iba a la cama temprano, con sus achaques imaginarios y los diarios del día y viejas revistas (adoraba leer revistas y almanaques antiguos), al oír el vocerío de doña Dinorá se llevó con pánico las manos a los oídos, diciéndole a doña Norma con la voz vencida, pero no resignada, de quien renuncia a discutir:

- Esa mujer es una hija de puta, la mayor hija de puta que haya por aquí...

- Eso es tenerle demasiada antipatía... Pero si es una buenaza...

Esto demuestra la habilidad de doña Dinorá: había conseguido que se olvidara aquella intriga acerca del hijo de Dionisia, cuando su prestigio bajó a cero, volviendo a obtener el favor de doña Norma. Pero no el de don Sampaio.

- Una buena hija de puta... Por favor, a ver si consigues que no meta la nariz aquí, en el dormitorio. Dile que estoy durmiendo, que estoy descansando... Dile que me he muerto...

'Mas ¿quién era doña Norma para impedirle a doña Dinorá que metiese la nariz donde se le antojara? Entraba sin más, como una íntima de la casa, de todas las casas de gente respetable y de dinero... Con los pobres era bondadosa, con una bondad altiva y distante, muy de protectora con los desamparados, pero manteniéndolos en el lugar (inferior) que les correspondía, sin darles alas. Ya se metía por el pasillo, ya entraba en el cuarto:

- ¿Me permite, don Sampaio? - Don Sampaio odiaba aquella oxigenada cabezota, «cabeza de elefante, la más grande de Bahía», su dentadura de caballo, su voz, su modosidad- . ¿Siempre enfermito, don Sampaio? Yo siempre digo: don Sampaio, con todo ese corpachón, es muy delicado de salud. Por cualquier cosita ya está temblando en la cama, rodeado de remedios. Y siempre pienso: «si don Sampaio no se cuidara tanto, un día de éstos estiraba la pata...».

Impresionable como era, a don Sampaio le entraban ganas de echarla a patadas:

- Tengo una salud de hierro, doña Dinorá...

- ¿Y entonces por qué se queda en cama, don Sampaio, por qué no viene a ilustrar a la gente con su conversación? Un nombre de tantas letras..., todo el mundo dice que usted no se licenció porque... Bueno, usted sabe..., la gente dice tantas tonterías... Si uno fuera a hacerles caso... Yo no presto atención..., lo que andan diciendo por ahí me entra por un oído y me sale por otro...

Don Sampaio sabía adonde quería llegar ella: a su disoluta juventud de hijo de papá, disipador y malandra. El padre, disgustado, le había cortado la mesada, retirándole de los estudios y poniéndolo a trabajar en la tienda, de empleado.

- Déjelos hablar, doña Dinorá, no les haga caso...
- ¿Usted cree que no nos debe importar lo que dicen de nosotros los demás? ¿Realmente? - Y abría sus ojos enormes de buey, muy atenta, como si don Sampaio fuese el oráculo de los nuevos tiempos.

- Yo, por lo menos... - y, hartos ya, de repente- : ¿Quiere saber una cosa, doña Dinorá? Lo que yo quiero es paz, tranquilidad... Y para tener un poco de paz, vivo dándoles la razón a los que no la tienen. Y ni así consigo... No venga a molestarme aquí... Con su permiso...

Y tomando el diario o la revista le dio la espalda a la visita.
«Sampaio es más bruto que un caballo - reflexionaba, avergonzada, doña Norma- ; ¡y con doña Dinorá, tan bonachona...!»

Por lo demás era inútil la acritud, pues doña Dinorá no se consideraba expulsada, y persistió, socarrona:

- ¿No supo lo que le pasó a don Vivaldo?

¡Ah, qué mujer más diabólica, la desgraciada! ¿No estaba consiguiendo despertar su interés? Y don Sampaio dejaba el diario, derrotado:

- ¿A Vivaldo? No sé nada. ¿Qué pasó?

- Ahora le digo... Don Vivaldo, un hombre recto, buen mozote, ¡hum...!, parece un gringo, todo colorado...

Según ella, don Vivaldo, el de la funeraria, sin el menor respeto por las lápidas y los ataúdes, los sábados por la tarde reunía, tras las cortinas rojas con adornos color plata, un grupo de herejes para jugar al maldito póker, con elevadas apuestas y gran dispendio de coñac y de ginebra.

- ¿No le parece que es una falta de respeto? Podían encontrar otro lugar, los viciosos... - una ligera pausa- . ¿Usted no piensa, don Sampaio, que el juego es el peor de los vicios?

Zé Sampaio no pensaba nada y nada quería pensar... no quería más que algún sosiego. Pero doña Dinorá ya había disparado el chorro: resulta que don Vivaldo, sin duda honesto contribuyente, excelente esposo e inmejorable padre de familia, estaba poniendo todo eso en peligro, pues el que es jugador, si no es un día es otro, pierde el control y apuesta hasta la mujer y los hijos. Y cuando no los apuesta, los deja a la buena de Dios, en el abandono, con cruel indiferencia. ¿Qué mejor ejemplo que el de doña Flor?

Mientras vivió el marido, un esclavo de la timba, pasó las de Caín, maltratada, abandonada, sufriendo horrores... Hoy, en cambio, qué diferencia: al fin liberada, puede gozar de la vida sin sobresaltos, sin angustias,

Y hablando de doña Flor, don Sampaio, y usted, Normita querida, ¿qué opinan? Tan joven y hermosa, ¿no es una injusticia que continúe viuda, y de un difunto tan poco recomendable? ¿No les parece? ¿Por qué doña Norma, su amiga del alma, no la aconsejaba? Mientras tanto, ella, doña Diñará, iba a estudiar el caso en la conjunción de los astros, a través de la bola de cristal y también con los naipes de su baraja de echadora de cartas aficionada.

Aficionada en el sentido de que no cobraba dinero, leyendo el futuro gratis, por amistad, o por hacer un favor, porque en lo demás muy pocas profesionales poseían sus dotes de adivina. Por lo menos para descubrir vilezas de cualquier especie tenía una intuición, un sexto sentido, un olfato único. Un don adivinatorio que alcanzaba el refinamiento de la profecía.

¿No era ella quien pronosticara, con más de un año de anticipación, el tremendo escándalo de la familia Leite, gente de mucho dinero y de más orgullo, retirada tras los muros de una noble mansión sobre el mar, en la Ladeira da Preguica? ¿Lo leyó en los grasientos naipes, lo vio en la bola de falso cristal o simplemente lo había sentido su sádico instinto?

En cuanto la angelical Astrud, con su cándido aire de interna del Sacré- Coeur, llegó de Río para vivir con la hermana, ella previo el drama, sin ninguna razón aparente:

- Eso va a acabar mal...

Lo profetizó nada más ver a la moza pasar en automóvil con su cuñado, el doctor Francolino Leite - el «sátiro Franco», para el restringido círculo de los íntimos- , abogado de las grandes firmas nacionales y extranjeras, bebedor de whisky, hacendado del sertáo y miembro del Consejo de Administración de prósperas empresas, señor muy hidalgo y arrogante. Al volante de su gran coche *sport* norteamericano, con pipa y bufanda, el causídico no notaba los movimientos de la gente simple del Sodré, del Areal, de la calle de la Forca, del Cabeca, del Largo Dois de Julho. Pero doña Dinorá sí se fijaba en el abogado, no lo perdía de

vista: estaba al tanto de los menores detalles de la vida en la mansión señorial, era íntima de las cocineras, las mucamas, las niñeras, el jardinero y el chófer, y así seguía los pasos del cuñado y de la cuñada con mirada cargada de presentimientos:

- Eso va a acabar mal, vaya si va... Pólvora junto al fuego... No la conmovía el aspecto inocente de la colegiala:

- Moza que mira bajito es una descarada en espera de ocasión...

Parecía tan injusta y absurda que hasta fue mal tratada, con ásperas palabras y gestos de repulsa, por un muchacho vecino, Carlos Bastos, poco amigo de dimes y diretes y acaso un tanto hechizado por la dulce Astrud:

- No manche la pureza de la joven con la baba de la calumnia...

Cuando estalló el escándalo, casi dos años después (Astrud, con su aire ingenuo y la barriga preñada de cinco meses, fue expulsada del techo familiar por la furiosa hermana, después que el sátiro Franco se había dado el gusto), fue un plato succulento para toda la ciudad. Y doña Dinorá se vengó del romántico Carlos Bastos (quizá enamorado todavía):

- ¿Vio, bobalicón? A mí nadie me engaña... La baba de la calumnia no le hace un hijo a un moza, lo que le hace el hijo es la desvergüenza...

Tenía ojos para ver y para prever, y un olfato de perdiguero; nadie escapaba de la vigilancia de sus sentidos. Además, los mismos vecinos se encargaban de contarle los detalles más íntimos de su vida sin darse cuenta, cuando pedían a la adivina que les echase las cartas, o consultase la cristalina bola de las evidencias. Para ella, pasado, presente y futuro eran cartas a la vista, de fácil lectura.

Poseyese o no reales y profundos conocimientos de magia, fuese o no una falsa diletante sin mayor intimidad con los astros o verdadera maestra en las ciencias ocultas de Oriente, debe reconocerse, en honor a la verdad, que fue la primera en anunciar el nuevo casamiento de doña Flor, cuando la viuda apenas había aliviado el luto y reiniciado su vida normal, sin sobresaltos ni problemas, una vida recatada, lejos de cualquier idea o pensamiento relacionado con el matrimonio.

Anunció las bodas y dio señas del novio mucho antes de que se hablara de noviazgo; antes, ciertamente, de que se percibiera cualquier síntoma o interés. Y, en caso de existir de parte del individuo un remota inclinación por doña Flor, nunca lo había sospechado nadie y quizá ni él mismo se lo confesara. Pues bien, créase o no, doña Dinorá lo describió meticulosamente: un señor moreno, de mediana edad, alto, robusto, distinguido, un soberbio cuarentón de modales serios y afables, que llevaba en su mano derecha, por el tallo, un capullo de rosa color vino. Así lo atisbo ella en la bola de cristal. Las damas y los reyes, las sotas, los ases de espada, los bastos y copas le habían confirmado los rasgos fisonómicos y la honesta disposición al casamiento, agregando el as de oros la posesión de dinero, la estabilidad económica y el título de doctor.

3

Bien que moreno, el «Príncipe» no era de mediana edad y mucho menos un señor robusto y alto, un soberbio cuarentón. A su modo, era un distinguido y guapo mozo, pero de un modo muy extravagante. En consecuencia, es difícil enmarcarlo, aun con la mejor buena voluntad, como coincidiendo con el retrato del futuro novio que doña Dinorá viera en la bola de cristal y que ella revelara a las masas populares del Largo Dois de Julho, provocando un clima de excitación, casi de subversión, en el combativo sindicato de las correveidiles.

Delicado, pálido, con la palidez de los poetas románticos y de los gigolós, de cabellos negros y lisos, con brillantina y perfume a todo pasto, una sonrisa entre melancólica y persuasiva, sugiriendo un mundo de sueños, elegante en el cuerpo y en el vestir, de grandes ojos suplicantes, las palabras justas para describir al «Príncipe» tendrían que ser ampulosas: «marmóreo», «lívido», «meditabundo», «pulcro», «la frente de alabastro y los ojos de ónix». Pasaba de los treinta años pero aparentaba poco más de veinte, y la tristeza que ponía sombras en su rostro formaba parte de sus instrumentos de trabajo, así como la palabra fácil y la mirada subrepticia, siendo un profesional

competente y de éxito en su curiosa y rara especialización. Apresurémonos a informar que se especializaba en viudas, habiendo seguido todos los cursos y poseyendo una larga práctica.

Generalmente conocido por el apodo de «Príncipe» en el ambiente de los estafadores y en los medios policiales (¿y dónde están los límites, si existen, que separan esos dos mundos, opuestos en apariencia, idénticos en realidad?), se ganó el mote por sus buenos modales, su llaneza de trato, su prosapia, su altivez. En la afectuosa intimidad de los burdeles, en los círculos restringidos de las damas de la vida, lo denominaban, sin embargo, con el místico apodo de «Señor del Calvario», alusión a su rostro macerado y a su flacura. En realidad se llamaba Eduardo y era uno de los más eficaces y simpáticos malandrines de la ciudad. Un eximio realizador del cuento del tío. No citaremos aquí su apellido por no ser necesario para la buena marcha de la historia de doña Flor y de sus dos maridos, para su enredo y desenredo.

El «Príncipe» ocultaba su apellido. La policía tampoco lo divulgó cuando tuvo un trato más cercano con el extraño mozo, y los diarios, al promoverlo en sus columnas dando noticias de su paso (en general rápido) por la gayola, tampoco imprimían su patronímico, sustituyéndolo por la vaga expresión «De Tal»:

«Fue detenido ayer, en la Praca da Sé, el delincuente Eduardo De Tal, conocido en el bajo mundo del crimen por el alias de «Príncipe», bajo la acusación de haber abusado de la buena fe de la viuda Julieta Filliol, con residencia en el Barballo, engañándola mediante el noviazgo y las promesas de casamiento para así frecuentar su casa y hacer desaparecer de ella las joyas y dos contos de réis de la crédula enamorada.»

Todos eran discretos en homenaje a la familia del gatuno, un hogar tradicional y renombrado de la Feira de Sant' Ana. Si de tal modo obraban las autoridades, la prensa oral y escrita y el mismo *papa- resto- de- defunto*, ¿por qué han de ser estas discretas letras excepción sensacionalista? ¿Por qué atraer con la denuncia tanto el público desprecio como la perrada del chismerío y del escándalo sobre la honra y el nombre del egregio clan que merece de los

demás tanto respeto? Imagínese lo horrible que sería si doña Dinorá y su ejército de beatas se enterasen de quién formaba la parentela del cuentero; ni los biznietos conseguirían en ese caso limpiar el nombre de los abuelos, para siempre «envuelto en lodo, hundido en el pantano de la infamia» (como diría enfáticamente el profesor Epaminondas Souza Pinto).

Pero las beatas fueron cautivadas por los modales del «Príncipe» y por su languidez. La misma doña Dinorá ¿no intentó en cierto momento modificar los rasgos dibujados en su profecía para hacerlos coincidir con las características físicas del embaucador? Las otras quedaron sumidas en la tristeza cuando Miran- dáo, habiendo aparecido con la esposa y dos o tres hijos para visitar a su comadre doña Flor, suministró la ficha completa del individuo: «Ese de gente sólo tiene el aspecto...»

Toda la historia del «Príncipe» y su patrullaje por el barrio, con su elegante truhanería, fue confusa y embrollada desde el principio al fin. Por lo demás, ésa era su atmósfera habitual, la atmósfera que prefería para moverse y actuar.

Las amigas y las chismosas aún comentaban con risas y excitación la descripción que del futuro novio había hecho en trance doña Dinorá, siendo transmitida luego de boca en boca entre el indócil comadraje, cuando el «Príncipe» apareció por la calle dando pasos y suspiros de enamorado. Se reían entre bromas doña Norma, doña Gisa, doña Amelia Ruas y doña Emina; y las beatas murmuraban, buscando infatigablemente al galán descrito por la adivina. Debe hacerse constar que no fueron sólo las comadres quienes se entregaron a la infructuosa búsqueda. La misma doña Gisa lanzó su mirada psicológica sobre la humanidad masculina de los alrededores para descubrir al «soberbio cuarentón»; en cuanto a doña Norma, no será necesario decir que después de un velorio seguido de un entierro de primera, nada apreciaba tanto como un folletín de noviazgo y casamiento. Era incontable el número de muchachas y muchachos cuyo matrimonio había empollado ella, llevándolos al juez y al cura, venciendo dificultades, superando escollos, malos entendidos, recias oposiciones familiares. En realidad, sólo fracasó con Valdeloir Rego, un indeciso sin igual, y con una gentil vecina, María, apagada

por demás. Pero ni así perdió la esperanza de colocar a María, acaso, ¿quién sabe?, con el mismo Valdeloir.

Beatas y amigas buscaban con afán al culto pretendiente que coincidiese con la amplia descripción de virtudes físicas y morales dada por doña Dinorá, que no era una vidente avara, de ésas que hacen profecías parciales. Cuando describía al futuro novio no escatimaba pormenores, y con tanto placer como abundancia de detalles trazaba un vasto panorama de cualidades y rasgos fisonómicos. Tal vez por eso mismo, por ser tan completo y fiel el retrato del caballero, era difícil descubrirlo. ¿A quién atribuir tan numeroso conjunto de particularidades?

Examinaban las beatas a cada ciudadano, por la vecindad y más allá, sin encontrar quien coincidiera con todos los términos de la incógnita. Unos eran universitarios y poseían algún dinero, pero no tenían la edad exacta que se requería, y otros, en cambio, la tenían, pero carecían del color moreno y el anillo de graduado, además de otros detalles secundarios. Aun así, aparecieron numerosos candidatos, pues cada comadre presentaba el suyo, cuando no más de uno para mayor seguridad.

Doña Flor se burlaba de tanta locura, sonriendo apaciblemente: sólo en la cabeza de doña Dinorá, que no tenía en qué pasar el tiempo, sólo en su cabeza, verdaderamente, podían surgir esas ideas tontas del noviazgo y del casamiento. No en la de doña Flor, aunque sólo fuese por no haber transcurrido siquiera un año del fallecimiento del marido, plazo mínimo para que una viuda lamente y honre la ausencia.

Por lo demás, si alguna decisión firme resolvió tomar, al cumplirse los ocho meses de luto, era la de no casarse de nuevo. ¿Para qué, si tenía lo necesario, si con las clases de cocina ganaba para comer y para vestirse; si las amigas, tantas y tan buenas, le daban el consuelo de su fino trato y de su grata compañía; si no sentía la necesidad del calor de un hombre - esas eran cosas ya muertas para siempre - , por qué casarse?

Con la sonrisa un tanto melancólica y con firmeza de tan irrevocable propósito, enfrentaba las cordiales provocaciones, las embestidas de doña Norma y de doña Gisa, que le presentaban - ellas también - , en la bandeja de

la amistad, las cabezas de los posibles candidatos.

El de doña Gisa era el culto profesor Epaminondas Souza Pinto, solterón empedernido, maestro de chiquillos en institutos particulares e historiador en las horas libres. Siempre apurado y sudoroso, incómodo en su temo blanco, con chaleco y polainas, un tanto aéreo, ido, debía andar por los sesenta años. Doña Flor lo conocía y lo estimaba, pero si tuviese que romper su firme determinación de permanecer viuda no sería ciertamente para dar su mano como esposa al profesor, demasiado castizo y retórico para su gusto sencillo (sin hablar, por discreción y elegancia, de lo destartado que estaba el gramático). Doña Flor se reía y bromeaba: aunque viuda y pobre, todavía no estaba tan deteriorada.

Se reían las amigas: doña Norma, indecisa entre tantos como conocía; doña Amelia, alrededor de otros tantos; doña Emina luchaba por Mamede, un compatriota sirio, anticuario y colega en viudez, vecino de presencia poco continua, pues se demoraba en el interior del Estado comprando santos carcomidos, sillas cojas, cristales rotos y hasta orinales viejos. ¿Mamede? Era feo como una desgracia; todavía peor que el profesor Epaminondas, según doña Flor.

Hasta doña Enaide vino desde Xame- Xame con un pretendiente en el bolsillo, un cuñado suyo, notario en un lugar perdido del río Sao Francisco, moreno, de cuarenta y cinco años, calvo y un tanto narigudo, pero alegre y divertido, que había juntado un dineral..., todo un partidazo, llamado Aluisio. De todos ellos, era el más parecido al descrito por doña Dinorá, por lo menos si se creía en la palabra de doña Enaide. Incluso casi poseía el título de doctor, ya que fue picapleitos con clientela antes de meterse en política.

Un único defecto: sólo era soltero por la Iglesia; por lo civil era casado. Se llevaba mal con la esposa y se separó de ella hacía más de diez años. Cuando mozo era masón y anticlerical, y desdeñó el casamiento por la Iglesia, pero ahora estaba dispuesto a aceptarlo si la novia no se opusiera. ¿Por qué no se iba a dar por satisfecha doña Flor con que los casara un cura, que por lo demás para mucha gente era el único casamiento válido, pues contaba con la bendición de Dios, mientras que el acto civil no pasaba de

ser un simple contrato firmado ante el juez, casi un negocio? Doña Enaide hasta llegó a escribir una carta al pariente, llena de loas a la belleza y a la bondad de doña Flor. «¡Qué mujer loca!»; si no me quiero casar, menos voy a querer arrimarme, con o sin la bendición de Dios.» Y todavía encima teniendo que ir a vivir donde el diablo perdió el poncho, en las márgenes del río Sao Francisco y de la selva. Doña Flor fingía indignación: en suma, doña Enaide, que se decía su amiga, venía del Xame- Xame a proponerle algo vergonzoso y degradante. Todo eso no era más que una broma, algo para reír y nada más.

Cada candidato poseía algunas de las características que lo asemejaban al modelo de doña Dinorá. El «Príncipe», sin embargo, era el que menos parecido tenía: ni el dinero, ni el título de doctor, ni la edad, ni la robustez y la altura. Cuando se hizo presente en la calle, midiendo con inquietos pasos la acera de la casa del argentino, frente a las ventanas de la Escuela de Cocina: Sabor y Arte, doña Flor pensó que la poética aparición era un festejante de alguna de sus jóvenes alumnas o una aventura de alguna casada sin vergüenza.

Era frecuente que alguna de las muchachas llegara a la escuela en compañía del cortejante y el enamorado volvía a aparecer en la esquina antes de que terminara la clase, esperando a la pizpireta. Otras, casadas, utilizaban la escuela como una pantalla para su descaro, y tras ella atornillaban un par de cuernos en la cabeza de los maridos, utilizando el conveniente horario de la clase para divertirse con menos riesgos. Asistían a una de las clases y saltaban la siguiente, o si no, asistían apenas al comienzo de las lecciones, tomando notas del dictado de doña Flor sobre los ingredientes de los manjares, para de ese modo probar en la casa su asistencia y aplicación. En realidad, estaban media hora en la escuela y una hora y media en el hotel.

Por lo tanto, cuando lo vio parado junto al farol, melancólico, fumando sin cesar, en actitud de espera, doña Flor imaginó que se trataba del pololo de cualquiera de las muchachas, de una de las más jóvenes probablemente, pues su propia cara era de mozalbete.

Al ir pasando los días sin haberlo sorprendido en compañía de ninguna alumna y verlo siempre allí, en las horas más

diversas e incluso por la noche, mirando hacia sus ventanas, ante esos absurdos horarios, sacó la conclusión de que no había nada que relacionase la insistencia del bobo con las estudiantes del horno y del fogón. Si sus pasos no estaban dictados por alguna alumna de la escuela, entonces ¿cuál era el objetivo de sus miradas y suspiros?

Marilda, con seguridad; no podía ser otra la causa de su presencia.

Como la muchacha pasaba más tiempo en casa de la profesora que en la suya propia, el fulano habría imaginado que era una hermana o una sobrina de doña Flor: las dos tenían el mismo pelo suave, de un negro incomparable, y un color rosa té, un tono de piel mate, delicado, resultado de la mezcla de sangre indígena con negra y blanca, que había creado ese primor de mestizaje.

¿Le daba Marilda cuerda al suspirante, o lo despreciaba? Estaba ya en la maravillosa edad del enamoramiento; dentro de dos años terminaría sus estudios y estaría apta para el noviazgo y el casamiento. Por su parte, ya había advertido el interés del individuo, pero lo atribuía a otra cualquiera; a la desconfiada María, a las bonitas hijas del doctor Ives, acaso a la maestrita Balbina, ¿quién sabe? Pero ninguna de ellas vivía frente al farol, desde el cual no podían verse sus ventanas y sí, en cambio, las de la sala de recibo de doña Flor, en donde únicamente se quedaba Marilda, oyendo la radio o leyendo novelitas de la colección «Para niñas y jóvenes». ¿Sería ella la causa de la vigilia y de la melancólica pinta del lánguido empecinado?

Las dos espionaron los movimientos del tipo por una rendija de la ventana: «Es buen mozo», suspiró Marilda, cuyo inconstante corazón estaba ya dispuesto a sacrificar su enamoramiento con Mecenas, un compañero de estudios, un gallito de su misma edad. Doña Flor estaba de acuerdo: «Una preciosura de muchacho»; muy joven todavía, no tendría más de veintitrés o veinticuatro años, lo adecuado para la futura maestra. Era necesario informarse, saber si ejercía alguna profesión liberal y rendidora, o si tenía un buen empleo en algún banco u oficina. Quizá fuese rico, como lo hacía parecer el hecho de no tener horario para aparecer en la calle, apoyándose contra el farol, frente a la casa de doña Flor.

Fue inútil que Marilda derrochara sonrisas. No fue correspondida. Salía por la puerta en dirección al Largo o bien iba a sentarse, pensativa, en la balaustrada del patio de la iglesia de Santa Teresa; jamás hubo ni habrá un sitio tan ideal para las declaraciones y juramentos de amor, un sitio tan idílico: arriba, el cielo, cercano y azul, y abajo el mar verde oscuro y las paredes seculares del templo, y, además, con toda seguridad, la comprensiva bendición de don Clemente a cualquier furtivo beso herético.

Pero el «Príncipe» no fue tras ella, ni al tumulto del Largo ni a la paz y el silencio del mirador sobre las aguas. No abandonaba el farol, como si estuviera atado a él, fijos los ojos en las persianas de la Escuela. Entonces, si tampoco era Marilda el objeto de sus suspiros, ¿a quién atribuirlos sino a la propia doña Flor? Eso concluyeron las comadres y amigas, e incluso Marilda, a pesar de su poca edad y experiencia:

- Creo que es a usted a quien le ha echado el ojo, Flor.

- ¿A mí? ¿Estás loca?..

Días después, yendo de compras con doña Norma a las tiendas de la calle Chile, él las siguió, tomando el mismo tranvía, fumando un cigarrillo tras otro y siempre sonriendo tiernamente, como pidiendo cariño. Doña Norma casi se enfada al darse cuenta, sospechando que doña Flor tenía secretos para ella.

- Muy bonito..., tienes un pretendiente y no me dices nada...

- Ni sé quién es..., vive plantado enfrente de casa desde hace unos días, nunca vi antes a nadie más pesado. Pensé que se trataba de alguna alumna, pero no. Me dije, y así lo parecía, que iba con Marilda la cosa, pero tampoco. La pobre incluso se quedó triste. No sé qué decir...

Sumamente excitada, doña Norma examinó al petimetre con largas y ostensibles miradas que ella creía discretísimas miradas casuales:

- Es guapo el tonto..., sólo que parece un poco demasiado joven... - Y después de observarlo nuevamente rectificó- : No es tan joven como parece y a decir verdad es demasiado lindo para mi gusto...

- Lindo o feo, no me interesa...

Bajaron del tranvía y el tipo las siguió. En un segundo,

doña Norma improvisó un complicado itinerario para comprobar si el relamido venía o no siguiéndoles el rastro. No tardó en ser algo patente y claro. No intentó aproximarse ni dirigirles la palabra, manteniéndose a prudente distancia con su sonrisa insinuante y sus ojos suplicantes, no perdiéndolas de vista un solo momento. Si entraban en una tienda, él las esperaba a la puerta; si doblaban una esquina, él las seguía; si se detenían ante una vidriera, él las observaba situándose frente a la vidriera más cercana. ¿Cómo seguir dudando?

Las comadres venían, solitas o en grupo, para verlo desde allí, instalado al pie del farol. Como era lindo y parecía desdichado - parecía suplicar ternura, pedir la limosna de una mirada, de una sonrisa, de una esperanza- , todas se ponían de su lado, a su favor, intentando incluso adaptarlo a la visión que del novio había revelado la bola de cristal. ¿Acaso no era él moreno y distinguido, tal vez doctor y adinerado? En cuanto a la edad y otros atributos físicos, quizá la diferencia se debiera a la miopía de doña Dinorá, encontrando madurez en donde debiera ver juventud, un tronco fuerte en donde había un talle delgado, una salud de hierro en lugar de la pálida languidez. Lo mejor, en opinión de todas las comadres, era que la vidente consultase de nuevo el cristal y los naipes, poniendo fin a todas aquellas oscuras contradicciones. Así lo hizo doña Dinorá, ante la expectación del barrio en ascuas, mientras una onda de creciente simpatía y solidaridad rodeaba a Eduardo, el «Príncipe de las Viudas», anclado en la columna de la luz eléctrica, la mirada fija en la casa de doña Flor, su próxima escala, puerto de aguada y abastecimiento. Sucedió, sin embargo, que la bola de cristal y la lectura de los naipes volvió a repetir el perfil enérgico del soberbio cuarentón, con su anillo de graduado y su rosa color vino. Debido a que la visión se presentaba envuelta en niebla, como sucede siempre en el misterio de las revelaciones, doña Dinorá no podía precisar la calidad de la piedra del doctor, para aclarar así de una vez su profesión. Pero podía, con absoluta seguridad y con cierta lástima por el pálido y suspirante joven de la esquina, garantizar que el verdadero pretendiente, el futuro novio que aún no había aparecido, no tenía nada en común con él. Por más que se esforzó,

inclinada sobre el límpido cristal o sobre los vistosos naipes, concentrándose en los efluvios hindúes del Ganges, en las secretas leyendas de los templos del Tíbet, nada obtuvo: las fuerzas ocultas de la magia oriental persistían en la firme decisión de negarle paso al Príncipe Eduardo

(De Tal). Lo mismo sucedía en los *ebós* de los *candomblés*, con sacrificios de *conquerís*, palomos, gallos, y un chivo negro, *despachos* encomendados por Dionisia de Oxóssi para defender a su comadre doña Flor de los maleficios y de los malvados; Exu cerraba los caminos, ponía obstáculos en sus encrucijadas al galante seductor, especialista sin rival en dar consuelo a las viudas robándoles sus solitarios corazones, y, de paso, sus pertenencias y ahorros, cobres y platas, anillos y joyas.

4

Los ocho meses de viudez siguientes al primero, tan lleno de aflicción, doña Flor los pasó en un remolino de quehaceres y de inocentes pasatiempos. Hasta que no alivió el luto salió muy poco - algunas visitas a los tíos en Río Vermelho, o a las amigas más íntimas- , ocupando el tiempo con la escuela, los encargos, los vecinos. En junio hizo sus frascos de *canjica*, sus bandejas de *pamonha*, sus *manués*, y filtró los licores de frutas, su famoso licor de genipa. No pudo abrir sus salas en las noches de San Antonio y San Juan, y ni siquiera en la de San Pedro, patrono de las viudas, pues sólo había guardado luto tres meses. Los chicos del barrio encendieron una fogata frente a su puerta y ella los invitó con maíz tostado; la acompañaban doña Norma, doña Gisa y otras tres o cuatro amigas, en la intimidad, sin ninguna fiesta. Todos esos platos de *canjicas*, las bandejas de *pamonha*, las botellas de licor, los preparó para hacer regalos a los tíos, los amigos y las alumnas en las celebraciones de junio, mes de la fiesta del maíz.

Desde el sexto mes hasta la aparición del «Príncipe», en diciembre, sus actividades sociales aumentaron mucho. En septiembre alivió el luto, en las vísperas del primer

domingo, fecha sagrada del *carurú* anual de Cosme y Damián, los gemelos, devoción del finado; en vida de él, los festejos comenzaban de mañanita, con alborada de cohetería, terminando, ya alta la noche, en una farra rumbosa, con la casa abierta tanto para los amigos como para los extraños.

Manteniendo el precepto de los *Ibejes*, doña Flor cocinó el *carurú* y lo repartió reservadamente entre algunos vecinos y amigos, cumpliendo así la promesa del difunto. Mirandao fue con la esposa y los hijos, Dionisia de Oxóssi sólo con el chico, pues el tocayo andaba tragando polvo por los caminos, llevando carga a Aracaju, Penedo y Maceió. Las amigas la arrastraban, la llevaban de compras o a pasear, al cine, a hacer visitas; asistió a dos espectáculos de Procopio cuando el intérprete se presentó con su compañía en el teatro Guaraní. Al primero fue con doña Norma y don Sampaio, y al segundo con el doctor Ives y doña Emina, riéndose sin parar, tanto en uno como en otro.

A veces se quedaba en casa, rechazando insistentes invitaciones, pues tantas solicitudes la fatigaban; y esta fatiga, pensaba, era la causa de cierta desagradable sensación difícil de definir: como si el movimiento, el trabajo y la risa no bastasen para llenar su vida, se sentía súbitamente desanimada, como si todo eso fuese extremadamente cansador. No se trataba de un cansancio físico, que siempre sería útil y bienhechor, pues la haría dormir la noche entera con un sueño profundo y reparador, sin pesadillas. No. Se trataba de cierto agotamiento interior, de cierta insatisfacción.

No se debía a ninguna pena y tampoco era una melancolía permanente; su vida era alegre y agradable como jamás lo fuera. Salía, paseaba, estaba ocupada en mil cosas, sin olvidar la escuela, que era para ella una divertida responsabilidad. Era un desánimo que la dominaba de cuando en cuando, como una nube pasajera, en sus días claros y de jovial agitación. Tenía las amigas, los tíos queridos, y la constante compañía de Marilda, una especie de hermana menor, casi una hija, que le confiaba sus sueños y su ambición de cantar en la radio; tenía los paseos y los programas radiales con música y novelas y audiciones humorísticas; tenía las novelas para señoritas en

cuya lectura la había iniciado la normalista, los dimes y diretes de las comadres, las adivinaciones de doña Dinorá, montones de candidatos a su mano en las palabras y en el deseo de las vecinas. ¿Qué dirían los seudopretendientes si llegaran a enterarse de la existencia de ese nuevo mercado de esclavos, de esa farsa reidera en que se los ofrecía a la elección de doña Flor, con una exhibición ruidosa y un análisis pertinaz de sus virtudes y defectos, entre comentarios y bromas, en un fluir de carcajadas? Unos candidatos sin saberlo ni desearlo, y que además eran sistemáticamente rechazados:

- Don Raimundo de Olivera... ¿Cuál? ¿Ese ayudante de santero que trabaja con don Alfredo? Perdone, Jasy, es una buena persona, pero con esa cara triste y esa manía de vivir en la iglesia... Busque otro, por favor...

Tampoco le gustaban los otros; los que reunían a la vez las dotes de belleza masculina y las cualidades del ciudadano, ¡ah!, ésos eran todos casados, no había uno solo libre ni para un remedio: el profesor Henrique Oswald, de la Escuela de Bellas Artes, pariente de una familia del Areal; el arquitecto Chaves, un figurín que hacía una obra por allí cerca; don Carlitos Maia, con una precaria agencia de turismo; el español Méndez; don Vivaldo, el de la funeraria; y aquel por quien suspiraban las mozas en secreto, pues doña Nair no admitía coqueteos con su marido ni en pensamiento, Genaro de Carvalho, más buen mozo que cualquier artista de cine, si ha de creerse a la opinión del mujerío.

Doña Flor tomaba esa historia de su nuevo casamiento tan de broma, que al poco tiempo el juego fue declinando y se abandonaron los proyectos y los candidatos.

Así iba transcurriendo su vida, con serenidad y, al mismo tiempo, llena de interés, cuando al llegar el verano, en un cálido día de diciembre, llegó también el «Príncipe», plantado al pie del farol como si hubiese echado raíces.

A partir de la gira de compras con doña Norma por la calle Chile, ninguna duda quedó con respecto a cuál era la musa que le inspiraba al pálido mozo sus profundos suspiros y lánguidas miradas. Doña Flor sintió que ardía, de tan ruborizada, como si el interés de él significase una grave ofensa a su estado o como si ella no hubiera sabido

mantenerse en las fronteras de la modestia y de la prudencia exigidas a una viuda. ¿Sería ella una viuda tan risueña y con tanta desenvoltura que cualquier atrevido podía sentirse con derecho a rondar su puerta y pasarse horas con los ojos clavados en sus ventanas? Era un insulto, una vergüenza... Además, ¿con qué intenciones?

Con las peores, seguramente, se lamentaba doña Flor, trancando puertas y ventanas, mientras doña Norma le aconsejaba que no obrase con precipitación. Ella, doña Norma, no simpatizaba con el citado elemento, es cierto, pareciéndole sospechosa su lívida lindeza, su cara de niño y cierto aire de ladino. Pero ¿quién garantizaba que no estuviesen equivocadas las dos y los propósitos del tipo fuesen los mejores y más puros, y que se tratase de un hombre de bien, correcto, merecedor del aprecio y hasta de la mano y del cariño de doña Flor?

Merecedor o no, la viuda estaba contenta con su vida y no tenía intenciones de casarse de nuevo, y mucho menos estaba dispuesta a mantener un aspirante frente a sus ventanas, y a dejarse cortejar como si fuese una de esas viudas livianas que cubrían de vergüenza la sepultura del marido, desprendiéndose del luto en los cuartos de los hoteles.

Doña Norma procuraba calmarla. ¿Por qué esa reacción violenta, ese rencor contra un joven que por lo menos hasta ahora era respetuoso, y no salía de los límites de las miradas y del seguimiento a distancia? Al fin y al cabo doña Flor no era una niña ingenua, no podía imaginarse que estaba al margen de los galanteos, de los deseos, de los designios, decentes o deshonestos, de los hombres. Joven, bonita, solita, ¿por qué no habían de desearla e intentar obtener sus favores? En cierto modo era un homenaje a su hermosura, una prueba de sus dotes y de sus encantos. Pero doña Flor era irreductible en su decisión de mantenerse viuda. Muy bien; pero doña Norma no estaba de acuerdo con semejante idiotez, aunque no iba a discutirla ahora. Mas ¿qué motivo tenía para maltratar a quien se acercaba a ella con respetables propósitos de matrimonio? ¿Por qué no rechazarlo gentilmente?: «Me siento muy honrada, pero soy una cretina, mi cuerpo ya no funciona, sólo sirve para hacer pipí, no quiero saber nada de

casamiento.»

Se reía doña Flor de la lengua desatada de su amiga, pero al principio, llevada por su indignación, al regresar de las compras, siempre con el suplicante detrás, le cerró las ventanas violentamente en la cara. Humillado y desconsolado, luego de unos momentos de indecisión mirando para uno y otro lado, el muchacho emprendió la retirada.

Apostadas tras las rendijas de sus ventanas, las comadres presenciaban la escena, todas en desacuerdo con el gesto de doña Flor. Incluso doña Gisa, testigo de lo acontecido; doña Gisa, tan sabida, por la lectura de los libros y el estudio de los textos, y tan ingenua y hasta tonta en cuanto se trataba de personas. «¡Oh!», murmuró retándola, al ver cómo las manos de doña Flor realizaban un acto tan enérgico, y su exclamación era como un bálsamo destinado al injuriado don Juan. «Pobre mozo, víctima del hábito feudal, del prejuicio y del atraso.»

El pobre mozo no deseaba otra cosa; allí mismo, en la calle, en lacrimosa y vehemente confidencia, abrió su corazón a la gringa y depositó en manos de ella sus honestas pretensiones, su arrebatado amor y su terrible pena. Se presentó: Otoniel López, su servidor, a sus órdenes, comerciante en Itabuna, con negocio de haciendas y crédito en los bancos, teniendo en plantación, como complemento, unas tierras destinadas a cacao. Soltero pero ansiando casarse, pues, en fin, ya había llegado a los treinta años. En visita a la capital, más de paseo que de negocios, vio por casualidad a doña Flor y desde entonces su espíritu ya no volvió a tener paz ni descanso; andaba como loco, desvariaba, estaba tan apasionado que la vida le parecía inútil si ella no escuchaba sus súplicas. Sabía que era viuda y seria, con eso le bastaba: lo demás no tenía importancia. Si fuese pobre, mejor todavía: los bienes de él, Otoniel, alcanzaban y sobraban para que los dos pudieran vivir confortablemente.

Doña Gisa se embarcó encantada en el cuento del tío. El «Príncipe» era mañoso, estaba lleno de tretas y fue sonsacándola hasta que doña Gisa agotó sus informaciones. Doña Flor era pobre, es un modo de decirlo; no era ninguna millonaria pero tampoco una miserable mendiga. Con la

escuela y sin el marido, que antes le sacaba las ganancias, tenía su alcancía, algún dinero ahorrado que ella, como sucedía con tantas hormiguitas, prefería guardar en casa en vez de invertirlo o de ponerlo a interés en el banco. Gente de mentalidad atrasada, sentenció doña Gisa, incapaz de esconder su pensamiento y contener su crítica ante los errores y los disparates. «Un día algún ladrón se enterará de la existencia de ese dinero y va a venir a robárselo, y hará muy bien.» Sólo un canalla repugnante pensaría en robarle a doña Flor, respondió el «Príncipe», expresando que el modo de obrar de la viuda era una prueba de su buen carácter, de su desinterés por los bienes materiales, de su falta de ambición. El buscaba para esposa y compañera exactamente una mujer así, recta y sencilla. Poco a poco, en el regusto de la conversación, doña Gisa le fue dando al cuentero la ficha completa de doña Flor, mencionando inclusive su pequeño ajuar; el collar de turquesas europeas; los pendientes de oro con brillantes verdaderos, una pieza antigua, el único bien que había poseído doña Lita, además de los gatos, del jardín y de las acuarelas del marido. Como jamás se los ponía y pensaba dejarlos de herencia a la sobrina, los puso en sus manos pidiéndole que los guardase, así doña Flor los podía usar cuando quisiera. No se los regalaba ya, por ser esos pendientes la única prenda de garantía que tenían los dos viejos para un caso de necesidad, tal como una enfermedad prolongada, con hospital y cirugía, o el incendio de la casa, en fin, algún desastre, pues ¿quién está libre en el mundo de una necesidad inesperada?

Doña Gisa terminó por ser procuradora y abogada del far-sante. Ella iba a poner todo su empeño en que doña Flor recibiese y escuchase al seudoitabunense, aunque sólo lo hiciera para dar una rotunda negativa a sus proposiciones de noviazgo y matrimonio. El «Príncipe» sólo pedía ser recibido: en su soberbia se tenía una total confianza; estaba seguro de su experiencia en lisonjas y del gran estilo de sus intrigas; jamás le habían fallado. Si conseguía hacerse oír, podía considerar que era pájaro en mano el noviazgo y suyo el dinero de la viuda, pues hasta ahora ninguna pudo resistir su elocuencia.

Al llegar la noche, después de las clases, Marilda encendió

la luz de la sala de recibo en casa de doña Flor, puso la radio y abrió la ventana, pero no vio junto a la columna del alumbrado al infaltable galán. Entonces llamó a su amiga: el paisaje estaba libre de pretendientes.

Doña Flor le contó los últimos sucesos: el tipo se había ido expulsado, ella le cerró la ventana en las narices. Mientras hablaba, doña Flor miraba subrepticamente hacia la calle. Un tanto desilusionada: bien frágil el interés del muchacho, viniéndose abajo al primer obstáculo. Cosas mucho peores le hizo doña Flor a Pedro Borges, en sus tiempos de soltera. El paraense había sufrido en sus manos: cartas devueltas, obsequios rechazados, verdaderas insolencias, y él, firme con la alianza en el bolsillo. Aquello sí que era una pasión verdadera. Este de ahora se iba con un simple ventanazo... A medida que pasaba el tiempo y como quien no quiere la cosa, doña Flor se acercó a la ventana unas tres o cuatro veces, constatando la eficacia de su gesto: el individuo había desaparecido para siempre.

Al acostarse, doña Flor se encogió de hombros, en señal de indiferencia: mejor así. Si realmente no deseaba casarse de nuevo, ¿por qué, entonces, se preocupaba por la frágil condición del tipo, por la debilidad de sus sentimientos? Era una vanidad impropia de su estado de viudez. Por vez primera en todos esos meses no se durmió de inmediato, no cayó en un sueño reparador. Se quedó pensando, con los ojos abiertos. ¿Sería en verdad tan firme como se imaginó su decisión de no volver a casarse, de vivir su vida en paz, sin emprender una nueva aventura matrimonial? Lo decidió y basta: se acabó. Ni siquiera quiso prolongar aquella discusión consigo misma, ya que por lo demás no tenía ninguna duda o divergencia que aclarar. Estaba tan dispuesta a cumplir su resolución que se reía libremente con las amigas y bromeaba con las comadres cuando unas y otras le proponían candidatos, o cuando doña Dinorá trazaba la silueta del «soberbio cuarentón». ¿Cómo, entonces, perdía el sueño a causa de la simple presencia de un tonto de esquina?

Al día siguiente, siendo aún muy temprano, entró doña Gisa en la casa, llena de novedades, relatando con detalles y entusiasmo su conversación con el seudocomerciante *grapiúna*. No había podido venir el día anterior, como era

su deseo, ya que también por la noche tenía alumnos de inglés, tres veces por semana, en un curso intensivo, matador.

Doliéndole la cabeza, por haber dormido mal, doña Flor escuchó el relato. ¿Recibirlo y oír sus proposiciones? Pero eso no tenía sentido: si estaba resuelta a no casarse ¿para qué perder tiempo con pretendientes? Doña Gisa se deshizo en argumentos y alegatos, obteniendo por fin que aplazase la negativa. En atención a la amiga, doña Flor prometió reflexionar sobre la respuesta, y no despachar al individuo con un mensaje brusco. Al final de la conversación llegó doña Norma en busca de levadura para una torta y entró de lleno en la conspiración. ¿Comerciante próspero en Itabuna? Miren cómo se engaña una... Doña Norma no hubiera dado nada por ese amarillento tipo que ahora resultaba ser serio y establecido, bien provisto, un partido de primera. ¡Quién lo hubiera dicho! También, con aquella cara color de mierda...

- Disculpe, Flor, si la ofendí... Pero ¿no le parece? Mierda de niño chiquito...

Por la tarde el «Príncipe» volvió a ocupar, firme, su puesto de vigía, sonriente, mirando hacia las ventanas. Una, dos o tres veces avistó a doña Flor, con un lazo coqueto en el pelo, una buena señal. Ese día las alumnas encontraron extraña cierta nerviosidad de la profesora, habitualmente risueña y serena. Había pasado una noche pésima, con insomnio, dolor de cabeza, palpitaciones, una jaqueca de las peores. Doña Dagmar, una alumna bonita y revoltosa, sin pelos en la lengua, deslenguada, comentó con malicia:

- Querida la jaquecas de las viudas se deben a que necesitan un hombre a la hora de dormir. Tiene fácil remedio, se compra con el casamiento...

- ¿Casamiento? Dios me libre y guarde...

- Tampoco es obligatorio..., puede tomar el remedio sin casarse. Lo que menos falta por ahí son hombres, querida.

Y se reía, la tonta. Se reía también toda la clase. Doña Flor sintió que se le subía a la cara el mismo rubor de la víspera, como si fuera una ladrona pescada en flagrante o una mentirosa a quien acaban de desenmascarar. ¿Será que, mientras creía conducirse con la decencia y el recato de una viuda, mostraba en realidad tener deseos de

hombre, apuro por conseguir un novio, como una mujer de la calle, una buscona de las que andan ofreciéndose por ahí? ¿Acaso porque bromeaba, riéndose con las comadres, burlándose de los candidatos, de las adivinaciones, de los chismes, imaginaban que estaba loca por meterse en la cama con un marido o con un amante? ¡Qué injusticia!... Ninguna viuda era más honesta, más totalmente exenta de culpa que ella.

Pasó un día inquieto, evitando aproximarse a las ventanas, a las que ya no se asomaba espontáneamente para dar un grito, llamando a doña Norma o a Manida, pues ahora sabía que era ella misma el motivo de la presencia del sujeto, y además porque nunca se había sentido tan atraída por las ventanas, como si de repente la calle estuviese llena de novedades excitantes. ¡Qué confusión!

De modo que cuando doña Amelia vino a invitarla para que fuese con ella y con don Ruas a ver una película francesa muy picante y realista, y por eso mismo de gran éxito polémico, aceptó alborozada, temerosa de pasar otra larga noche de insomnio. Siempre que volvía del cine se caía rendida de sueño, ya venía adormeciéndose en el tranvía. Los buenos vecinos no podían haber elegido una ocasión mejor para la invitación, sin hablar de la película, que era objeto de controversias y comentarios en los diarios y en la vecindad. A doña Emina le parecía adorable, al doctor Ives detestable..., ¡pura pornografía! Doña Norma daba chasquidos con la lengua al recordar algunas partes:, «... hay unas escenas, nena, junto al lago, en que él le arranca el vestido a ella y deja a la vista los senos de la bichita y los dos se agarran y hacen de todo, por así decir, a la vista de la gente. Ahí estaban ellos, enroscados, ella sin ropa, mostrando las tetas duras y la muchachada gritando cada cosa...». Marilda, rabiosa porque la censura no le permitía (ni tampoco doña María del Carmen) ver la película, prohibida para menores de dieciocho años. Era una medida fascista contra la juventud.

Como sucedía siempre que iban a cualquier parte con don Ruas, llegaron muy retrasados. Ya se estaba dando el noticiero y la sala estaba repleta. Consiguieron sitio con mucha dificultad, sentándose los tres en filas diferentes y distantes. Doña Flor muy al fondo de la sala en una butaca

del extremo, al lado de una pareja, probablemente novios, pues tenían las manos entrelazadas y las cabezas juntas. El griterío de los estudiantes comenzó de inmediato, con las primeras escenas de la película francesa, cuya acción transcurría en un cabaret de Pigalle, lleno de mujeres semidesnudas. Doña Flor, intentando no hacer caso de los besos, los suspiros y las caricias de la pareja vecina, se esforzaba por seguir la compleja trama de la película. De repente sintió en el cuello el calor de un aliento de hombre, y una voz que era toda delicadeza, que se imponía sobre los gritos como un dulce susurro junto a su oído, le decía frases como versos, unas declaraciones de amor como nunca le habían hecho cuando estuviera enamorada, con loas a sus ojos, a sus cabellos, a su hermosura. No necesitó darse la vuelta para saber a quién pertenecía esa voz acariciadora y esos lindos piropos. La respiración del hombre, su tibio aliento, le hacían cosquillas en la nuca. Aquella voz con sus alabanzas y súplicas era como un tierno arrullo junto a sus oídos.

Doña Flor se echó hacia adelante en su butaca, para poner distancia entre ella y la fila en que el «Príncipe» había conseguido asiento; sólo logró perturbar a los enamorados: el tipo avanzó también su busto, insistiendo en su ardiente declaración. Doña Flor no lo quería oír, ni tampoco quería ver el lascivo espectáculo de la pareja, indiferente al público que la rodeaba; sólo ansiaba seguir el desarrollo de la película y entender el argumento, una difícil trama de sexo y violencia.

El público gritaba cada vez más, pues comenzaba la excitante escena del lago: la estrella, sensual y casi desnuda, con los senos a la vista, y el actor, un gigante con cara de tarado, echado sobre ella como un furioso macho cabrío; una desvergüenza casi tan grande como la de la pareja vecina. Doña Flor nunca había visto otra con menos vergüenza y decencia.

Y la voz del tipo atrás, hablándole de amor, proponiéndole el noviazgo, suplicándole la limosna de una sola visita para informarla sobre su posición, sus cualidades, sus propósitos, y poniendo a sus pies, pequeños y adorados, la surtida tienda itabunense y un corazón fiel que se consumía en el fuego de la pasión.

El suave aliento del hombre en su nuca, el rumor de su voz, las frases que parecían estrofas de un poema, las palabras que eran como caricias... ¡Ah!, ¡qué espectáculo imposible! El público a los gritos, los artistas unos desvergonzados, esa descarada y gozosa pareja que se estaba abrazando, y la invisible presencia perturbadora a sus espaldas: doña Flor se sentía cercada, mareada, sin salida. ¡Ay!, ella era una viuda honesta y recatada.

Apenas si lo entrevió a la salida, en la puerta, acechándola, suplicante. Con la cabeza baja, doña Flor salió en compañía de los Ruas. Doña Amelia estaba indignada con la película y el marido apoyaba sus objeciones, pero sin convicción; sólo lo habían indignado las chiquilladas de los jóvenes estudiantes, unos mequetrefes. ¿Qué opinaba doña Flor? Ojalá no hubiese venido, todos esos gritos y risotadas la habían atontado, dejándola casi enferma; apenas si pudo seguir el hilo de la película, y, además, esos dos sinvergüenzas sentados a su lado - una mujer madura y un muchachito, los vio al encenderse la luz comportándose como unos desvergonzados... Llegó cansada del cine - y de la noche anterior sin dormir, larga e insomne - y tomó un sedante para adormecerse. Pero ni en sueños logró verse libre del galán, de su aliento, de su voz y sus insinuaciones, así como de los problemas relacionados con los hombres y con el casamiento, soñando con ese tema toda la noche. ¡Sueño más disparatado, sin pies ni cabeza!

5

Se veía doña Flor en una plaza, en el centro de una ronda como la del juego infantil; pero la rueda estaba formada por adultos, por los múltiples candidatos a su mano, sugeridos por las

amigas y las comadres. Estaban todos: desde el sudoroso y castizo profesor Epaminondas Souza Pinto hasta Mamede, el árabe de las antigüedades; desde el santero Raimundo Oliveira hasta el picapleitos Aluisio, cuñado de doña Enaide - éste, con dos caras: en un momento la de un tipazo bien entrazado, y al siguiente la de un torpe paleta. En primer plano estaba el citado comerciante de Itabuna, el bien

provisto Otoniel López, o sea, nuestro querido «Príncipe de Tal», «Eduardo de las Viudas», que iba abriéndose infatigablemente, como se ve, un camino hacia el solitario corazón de doña Flor y hacia el toco de dinero (él lo entreveía abultado y recubierto de joyas); un dinero que ella, en buena hora, inspirada por loable prudencia, prefería guardar en la seguridad de la casa en vez de tenerlo, peligrosamente, rindiendo intereses en alguna empresa o banco.

Todo transcurría dentro de una gigantesca bola de cristal; del lado de afuera estaba doña Dinorá, mostrando su dentadura y sus anteojos, observando la escena y dirigiendo el espectáculo. La ronda giraba lentamente y los propios pretendientes marcaban el ritmo, cantando y danzando en torno a doña Flor:

*Ay Florcita, ay, Florcita,
entrarás en la rueda
y quedarás solita...*

Desde el Centro de la ronda, examinando a los pretendientes uno por uno, doña Flor respondía:

*Sola no me quedo
ni me he de quedar,
pues ya tengo el profesor
que será mi par...*

Con un fuerte ombligazo eligió al profesor Epaminondas Souza Pinto como un compañero y él, intempestivamente, salió a danzar frente a ella, desarticulado, cantando torpemente:

*Yo fui al Tororó
a beber agua y no la hallé,
hallé una bella morena
que en el Tororó dejé.*

Le ofrecía en dote sus bienes: una gramática expositiva, un ejemplar de *Los Lusíadas* con anotaciones hechas a lápiz, el Dois de Julho y la Batalla del Riachuelo. A más de eso

todavía poseía de reserva algunos feriados nacionales, un general en buen uso y un barco dentro de una botella («En él saldremos a navegar, señora doña Flor»). Pero se enredó en sus propias polainas color hielo y allá se fueron su elegancia de bailarín y su paraguas, mientras doña Flor se hacía pis de tanto reír al verlo trastabillar. Y es que resultaba ridículo por demás: verdaderamente, sólo la gringa, que no tenía el menor tacto, ni el respeto debido al grave y solemne profesor, era capaz de proponerlo como candidato.

En cuanto a doña Flor, no parecía la misma; se reía sin control ni piedad por el viejo farsante que andaba a tropezones en la ronda, intentando robarle a la novia el velo y las virginales flores de naranjo. Como una hermosa morena en medio del mayor libertinaje, le dio otro barrigazo, terminando de una vez y para siempre con las pretensiones del profesor a su virgo. Pues había recuperado su virginidad, al tiempo que perdía el recato y el pudor. Toda de blanco, llena de encajes, tules y terciopelos, con la pureza del velo y la guirnalda, ella, con la larga cola del flotante vestido nupcial envolvía a toda la ronda, haciendo que los candidatos quedasen prendidos en su rastro de mujer que se ofrece, en el olor de su doncellez.

Con ansiedad y premura les proponía casamiento a todos y a cada uno de ellos, exhibiéndose como si fuera una doncellona en las convulsiones de la ansiedad, sin esperanza de casorio. Iba de un talludo en otro, invitándoles a danzar con ella en la rueda de la zaranda, zarandeándose a su vez, en desafío y reto:

A ver, ¿cuál de ellos era capaz de arrebatarle las flores de naranjo y la virginidad, deshojando a la guirnalda y a doña Flor? Con certificado matrimonial, naturalmente: una joven doncella no anda por ahí dando así como así su tesoro.

Los desafiaba a la vez con su canción de oferta y con su danza de meretriz, meneando las caderas, las nalgas y el busto con lascivos contoneos de ramera, y los traía con sus ombligazos, uno por uno, al centro de la rueda, como la más incitadora de las mujeres fáciles. Una cínica, una libertina, ofreciéndose como una puta que de tanto insistir causa enfado y pena.

Ella restregaba contra la panza de Mamede ya su ombligo,

ya su trasero y se lo llevaba como pareja y caballero, y él bailaba, zarandeándose en pleno disloque, algo inesperado en un señor tan serio. Llevaba en una de las manos un viejo candelabro y en la otra un orinal de porcelana de Macao, con un paisaje inglés en azul y una casi invisible rajadura, una pieza perfecta (y el candelabro era de plata verdadera). Ofrecía las dos a cambio de la virginidad en venta, reclamando tan sólo un pequeño vuelto, algunos mil- réis, unos cuatrocientos cincuenta. ¿Pero cómo podría tomar las flores si tenía las manos ocupadas con sus anteriores posesiones? Doña Flor danzaba a su alrededor, arrimándosele, rozando su barriga de anticuario, sacudiéndole el polvo secular..., una doña Flor entregada a la risa y a la burla.

Don Raimundo de Oliveira también tenía habilidad y gracia para bailar. La dote que aportaba era: un cortejo de profetas, la Biblia, santos viejos y modernos, además de los animales sagrados, el jumento y los peces, y, a modo de bonificación las once mil vírgenes; pero en eso había cierto desfalco: faltaban unas tres o cuatro que había regalado a don Alfredo, santero en el Cabeza y patrón suyo. Don Raimundo no quiso vender las otras, todas intactas y perfectas, a pesar de las altas ofertas en metal contante y sonante, que le hicieran Mario Cravio, el arquitecto Lev y el ingeniero Adauro Lima, todos ellos en busca de buenas secretarias. Si don Raimundo poseía tantas vírgenes, ¿por qué diablos quería otra más? ¿Era un apetito desmedido o lo movía un oculto interés? ¿Era tan grande su *garfonniére* y con tanta clientela?

«Mi *garfonniére* es el cielo, ¡oh doña Flor!, y yo sólo quiero depositar un ósculo en su boca de pitanga: soy un pecador antiguo, vengo del Antiguo Testamento y voy derecho al Apocalipsis.» Pues vaya corriendo, contestó ella.

Vino luego don Aluisio, un bien trajeado rústico del interior, hombre honrado del sertón, muy correcto en su modo de bailar y en su elocuencia; un cazurro que pedía su mano con buenos modos, que casi se apodera de la guirnalda, y que casi toma la flor agreste de doña Flor. Pero doña Flor, que no era tonta, que, muy al contrario, era una expertísima malandra, no se dejaba atrapar y marear por la conversación del notario picapleitos, una conversación

graciosa y comedida.

- Señora mía, vamos a la iglesia, ya he preparado todo: las amonestaciones y la bendición episcopal, y hasta me confesé y fui absuelto de mis pecados.

- Señor mío, no me enrede, si quiere gozar la peladita venga con el juez y el sacerdote.

- ¿No bastará sólo con el sacerdote, con la bendición de Dios y de la religión? ¿De qué sirve la ley de los hombres cuando está Dios a nuestro alcance?

- Señor doctor, guárdese su bendición, su sacerdote y su confesión. Sin la licencia del juez, discúlpeme su señoría, no gozará mi peladita, no deshojará la flor de la viudita.

«Viudita mía, viudita mía», susurraba galantemente, pasando al centro de la ronda, el muchacho lindo, pálido y delgado, lánguido y suplicante, envolviéndola en su aliento suave, adormeciéndola con su canción de amor:

*Retira tu pie chiquito
y ponlo aquí, junto al mío,
y no me digas después
que te has arrepentido.*

Y bailaba que ni un artista de cabaret; era un baile conocido, ¿cuál sería? Girando en torno a doña Flor, decía con su voz seductora:

*Aprovecha bella viuda
que una noche no es nada
que si no duermes
ahora dormirás de madrugada.*

De madrugada, virgen o viuda. Súbitamente, he aquí que doña Flor está sin velo de novia, sin el blanco vestido de doncella casta y casadera, sin las flores virginales de naranjo. Ahora viste de viuda, de luto cerrado; sólo las medias son de color humo, el resto todo negro, el velo cubriéndole el rostro, la mantilla en la cabeza: tristeza y cenizas. Llevaba sólo una flor, una rosa tan roja que era casi negra.

Tan encariñada como estaba con su vestido blanco, su traje de novia; no lo pudo usar a su debido tiempo, pues cuando

firmó el acta matrimonial ya había perdido el virgo, flor deshojada en la brisa de Itapoá. Con los candidatos de las amigas y las comadres, con las adivinanzas de doña Dinorá, podía jugar, bromear, presentándose como virgen sin mácula, sin deterioro, sin marca, sin señal de hombre, pues todo eso no pasaba de ser chirigota para divertirse. Pero no sucedía lo mismo con el galante joven de la esquina, un Príncipe, un hidalgo, que parecía tan mocito y era ya tan rico, y que a pesar de que había tantas muchachas gimiendo y suspirando por él, sin embargo gemía y suspiraba por doña Flor, viuda y pobre. Del próspero comerciante de Itabuna, buen partido para cualquier doncella, cuanto más para una viuda, no era posible mofarse, burlarse: su respiración ardiente le había penetrado en la carne, y su calor había desterrado su indiferencia, disuelto su hielo, resucitándola cuando ya se creía muerta para siempre con respecto a tales cosas. Su aliento había reverdecido su deseo marchite y seco, perdiendo doña Flor su paz. De él no se podía reír, ni podía ignorar su presencia: no era un candidato en broma, como los demás, ficción de sus amigas, intriga de comadres, sino una realidad clavada al pie del farol, entrando en su sala con los ojos: bastaba un paso más para instalarse en la casa de la viuda y en sus brazos. La seguía por la calle, la encendía con su aliento y sus palabras en el cine, firme en su resolución de avivar en ella la brasa del deseo. Ahora sabe doña Flor por qué a pesar de tanta agitación, tanto trabajo y pasatiempo, se siente inútil y vacía, deprimida. El pretendiente danza a su alrededor..., «dormirás de madrugada». Es una danza que ella conoce bien, una danza de bailongo y cabaret, y no de ronda ingenua. Pero, Dios santo, ¿qué danza es ésta, de dónde la conoce doña Flor? No importa cuál sea la música ni la danza, la hora ni el lugar: doña Flor se arranca el velo de un tirón, extiende su mano al novio y se rompe la bola de cristal: «Soy una morena hermosa, no seguiré sola, ven, joven pálido, casémonos pronto, pronto, hidalgo mío, mi Príncipe encantado.»

Y de repente se acuerda, sí, ya sabe: esa música es la del tango arrabalero que ella bailó de jovencita en casa del mayor y siete años después en el Pálace Hotel, y el que

está delante de ella no es un muchacho pálido, suplicante, un pretendiente. Ése se desvaneció en el aire, desapareció junto con la bola de cristal y con doña Dinorá. Quien está delante de ella es el finado, cuya memoria no está siendo honrada por ella. Ante ella, de pie, su marido: alza la mano, indignado, y la abofetea. Doña Flor cae sobre el lecho de hierro y él le arranca sus ropas de viuda y le deshoja la guirnalda y el velo de novia; él, el finado de su marido. Él la quiere desnuda, en pelo, la peladita. «¿En dónde se vio yogar sin desvestirse?» ¡Ah! ¡Qué déspota! ¡Qué déspota sin remedio! Desesperada, doña Flor hace un esfuerzo y logra despertar, rodeada por la noche, llena de pánico. (Maullidos de gato en celo por los techos y las quintas.) ¡Ay! ¡Sueño sin pies ni cabeza! ¡Ay, su paz perdida!

6

Toda la noche pensando: pesas y medidas, soledad y risas, la cumbre del deseo y una lágrima al nacer el día. Muy temprano todavía, con la aurora rompiendo los contrafuertes de su duda, doña Flor se sentó ante el espejo para vestirse y peinarse. Fue a buscar los perfumes, trajo los pendientes de tía Lita y se los puso, probándose adornos, blusas y faldas, otra vez coqueta como en los tiempos de la Ladeira do Alvo, cuando salía con pilchas de ricacha. De mañanita y ya acicalada, la coqueta: más de una vez había sucedido que el pálido muchacho apareciese antes del almuerzo. Además era domingo, día de misa con sermón de don Clemente. El que apareció antes del almuerzo y se quedó a comer, visita poco frecuente, fue Mirandão, con la esposa y los hijos, uno de los cuales, el ahijado de doña Flor, le ofrecía zapotes y *cajas*, además de una gargantilla de croché, fino trabajo de la comadre. ¿A qué venía todo esto, por qué tantos regalos? Pero, comadre, piense, ¡no va a decirnos que no se acuerda! ¿No es acaso el diecinueve de diciembre, día de su cumpleaños? Pero, compadres, ¡cuánta bondad y amabilidad! Se había

olvidado de la fecha, ya había dejado de pensar en los aniversarios. La esposa de Mirandáo no lo podía creer:

- ¿No se acordaba? Pero, entonces, ¿por qué está la comadre tan *chic*, vestida de fiesta desde la mañana...? Mirandáo recordaba, con un toque de nostalgia:

- ¿Se acuerda, comadre? Hoy hace un año de aquella noche en el Pálace, no me voy a olvidar nunca de la fecha de su cumpleaños...

Hacía un año, justo un año. Y allí estaba doña Flor, muy elegante, peinada, un lazo en el pelo, pendientes de diamantes en las orejas y un perfume de aroma intenso en el pecho, sin que al menos pudiera atribuir tanto capricho al cumpleaños, pues lo había olvidado. Pero no lo olvidaron los tíos, ni tampoco doña Norma, doña Gisa, doña Amelia, doña Emina, doña Jacy, doña María del Carmen; fueron llegando todos con presentes, cajas de jabón, frasquitos de agua de colonia, sandalias, un corte de tela.

- Flor, estás hecha una hermosura... ¡Qué elegante! - comentó doña Amelia.

- El año pasado sí que estaba linda... - dijo doña Norma, recordando ella también la ida al Pálace- . Incluso se ganó un regalo...

- Este año también se está ganando un buen regalo... - se oyó decir a la chismosa de doña María del Carmen.

- ¿Qué regalo? - preguntó la esposa de Mirandáo. Entre risas, doña Emina y doña Amelia le bisbisearon el secreto.

- No me diga...

- Un hombre recto - sentenció doña Gisa- , un hombre de bien.

Mirandáo había ido hasta el bar de Cabeça, en donde se formaba una rueda dominical de ilhenses ricos, que bebían whisky bajo el comando del hacendado Moysés Alves. En la sala, las amigas hacían comentarios y se reían, mientras doña Flor vigilaba el almuerzo en la cocina, con un delantal que protegía su elegancia, ayudada por Marilda. El «Príncipe» no vino hasta el atardecer a recoger el fruto de la amplia siembra de la víspera: la intervención de doña Gisa y la declaración en la oscuridad del cine. Era un esplendor de vestimenta y de palidez, de pasión incontenible y de impaciente esperanza. Nunca fuera tan semejante en el martirio al Señor del Calvario.

La noche pasada le decía a Lu, un enamoramiento reciente en cuya compañía loca y divertida gastó los últimos centavos de la viuda anterior, doña Ambrosina Aruda, un histérico mastodonte:

- Mimosa, hoy asalto la fortaleza, entro en la sala y no paro hasta estar en la cama con la viuda.

Lu acomodó su cabeza sobre el tísico pecho del «Señor del «Calvario»:

- ¿Es tan fea como la otra?.. ¿O es bonita?

Celosa, no comprendía el rígido código, la ética del «Príncipe»; no estaba a la altura necesaria para convivir con un profesional tan competente y estricto en sus principios.

- Fea o linda, ya te lo dije, tonta, es lo mismo. ¿No ves que es un negocio, una operación financiera y nada más? Lo que me interesa no es el rabo de la viuda, burrita mía, es que ella tiene algún dinero y algunos abalorios...

Fue doña Emina quien lo vio primero, al pie de la columna. Y corrió a avisar a los demás, ahogada por la risa:

- Ya llegó...

Tanto ruido, tanta excitación y movimiento de las mujeres, perturbaron la feliz modorra de Mirandáo, después de un almuerzo abundante, con fritangas y gallina de parturienta. Despertándose, se dirigió también a las ventanas, en donde las vecinas se sucedían en un va y viene. Y entonces vio en la acera de enfrente, en su puesto de guardia, al otro lado de la calle, en la vereda de don Bernabó, con su lánguida apostura, al bellaco Eduardo de Tal, el «Príncipe», que se limpiaba las uñas con un palito de fósforo y sonreía muy galante.

- ¿Qué es lo que el «Señor del Calvario» anda haciendo por aquí?

- ¿Quién es el «Señor del Calvario?» - preguntó curiosa doña Norma.

- ^Quiero decir el «Príncipe», conocido estafador, un ladrón de siete suelas...

Iba a agregar: «El rey de las viudas», pero observando el pesado silencio de las comadres, lo comprendió todo. Sin embargo, como si no se hubiera dado cuenta de nada, prosiguió risueñamente, con aquella delicadeza suya de bahiano:

- Ese embaucador es un cuentista del tío, vive de engañar a

los bobos con el cuento del billete premiado, del dinero para entregar a un hospital, en fin, todas esas estafas que se publican en los diarios...

- Ese sujeto no me engañó nunca..., me bastó verle la cara... - dijo doña Norma.

- Debe tener el propósito de robar a alguien de por aquí, quizá al argentino u otro cualquiera - concluyó Mirandao.

- Seguramente al argentino, yo los vi a los dos conversando... - mintió con fervor doña Norma, tan bahiana ella también, con la mayor finura para todo lo que requiere comprensión y sentimiento.

Dejándolas que siguieran mascullando en torno a las desilusiones de la vida, doña Flor se sumió en el silencio, escondiendo una lágrima, una sola, más no valía esa humillación, aquella porquería. Mirandao, como quien no quiere la cosa, cruzó la calle en dirección al cuentero. Desde las rendijas de las ventanas cerradas con violencia, las comadres lo vieron hablar con el embaucador. El «Príncipe» no dejó de sonreír en ningún momento, ni siquiera cuando se perdió en confusas explicaciones.

Mirandao, con un gesto enérgico, señaló la pendiente de la ladera, que descendía hacia la ciudad baja. Las comadres vieron desde los resquicios de la ventana una escena de cine mudo. El «Príncipe» sabía aceptar una derrota, no era hombre de perder la cabeza y de insistir como un cretino ante el riesgo de la cárcel o de una paliza. ¡Qué mala suerte de todos los diablos!: había ido a meterse con la comadre del maestro Mirandao, y se sintió feliz de poder escabullirse con los huesos íntegros, incólume. Era sincero cuando afirmó su ignorancia: si él lo hubiera sabido, incluso habría evitado pasar por la calle, y mucho menos...

Y se encaminó hacia el mar, sin siquiera alzar los ojos hacia la casa de doña Flor, descendiendo a prisa por la Ladera de la Pereza. Aún no llegara a la Ciudad Baja cuando divisó a lo lejos una viuda, caminando devotamente hacia la iglesia de la Conceição da Praia, toda de negro y envuelta en velos. Aceleró en seguida el paso rumbo al cercano puerto nuevo, lánguida la sonrisa, suplicante la mirada..., el «Príncipe de Tal» se disponía a seguir ejerciendo su laborioso oficio.

Junto con el «Príncipe», al que nunca se volvió a ver por aquellos lados, se fueron también los comentarios, los rumores, las risotadas, los candidatos de la videncia y del chismorreio, de la broma y la burla en torno a las nuevas bodas de doña Flor. Si antes se había reído de todo eso, que la divertía y alegraba, ahora rehusaba cualquier conversación sobre el asunto, sin esconder su disgusto y desagrado cuando oía la más ligera referencia a la viudez y a su casamiento, tomándolo como insulto y grosería. Durante cierto tiempo no se volvió a tocar ese tema, como si las amigas y las comadres hubiesen firmado un tácito protocolo, pareciendo estar todos de acuerdo con la viuda en su terminante veto al novio y al matrimonio. Cuando alguna de las viejas más chismosas sentía que le cosquilleaba la lengua con las ganas de discutir el gran tema, bastaba el recuerdo de la imagen del «Príncipe» al pie del poste para que su boca se cerrase como con candado: como si el cuentero siguiese ahí, riéndose de toda la calle. Sin hablar de la violenta prohibición impuesta por doña Norma, presidente vitalicia del barrio, quien en general ejercía un gobierno liberal y democrático, pero cuando era necesario imponía una dictadura sin entrañas. Las semanas que siguieron a aquel confuso aniversario fueron quizá las más agitadas de su existencia: doña Flor no tuvo en ellas ni un segundo de descanso. Sucediáanse las invitaciones, y todos querían distraerla y mostrarse amables con ella. Vio una serie de películas seguidas, una tras otra; hizo visitas a medio mundo, y recorrió las tiendas de compras con las amigas. Por la tarde, finalizado su horario de clases, ella misma se buscaba un compromiso:

- Normita, mi negra, ¿por qué se vistió así, tan paqueta? ¿Por qué se va así tan calladita, sin decir nada?
- Un entierrito inesperado, mi santa. Acaba de llegar el aviso, con un atraso tremendo. Estiró la pata don Lucas de Almeida, un conocido que incluso es algo pariente de Sampaio, de un ataque al corazón. Sampaio no va, tú sabes, es una vergüenza. No te llamé porque no conocías al

muerto. Pero si quieres, vale la pena ir, va a ser flor de entierro, de los buenos...

Fue con doña Norma a velar muertos, y la acompañó a cumpleaños y bautismos. Tanto en la tristeza como en la alegría, la amiga tenía siempre la misma eficacia, los mismos ánimos, asegurando el éxito de cualquier fiesta o funeral a que asistiera. Se apoderaba del timón, trazaba la ruta, era comandante de las risas y de las lágrimas: consolando, ayudando, conversando, comiendo con ganas, bebiendo con gusto (y con medida), riendo casi siempre, llorando si era necesario. Nadie era igual a doña Norma, nadie tan ecléctica y tan dispuesta para reuniones de cualquier tipo, incluso para los latazos de las conferencias. «Es un coloso», decía de ella doña Enaide; «Un monumento», según Mirandao, admirador suyo; «Una santa», en opinión de doña Amelia; «La mejor amiga», para doña Emina y para muchas otras.

- Un huracán... - gemía Zé Sampaio, contrario a tanto movimiento.

- Usted se casó con la mejor mujer del mundo, don Sampaio; Normita es la madre del barrio... - replicaba doña Flor.

- Pero es que yo no aguanto a tanto hijo, doña Flor, y tantas molestias... - decía con pesimismo don Sampaio. Escoltando a doña Gisa, fue con frecuencia al Templo Presbiteriano en Campo Grande - donde la gringa cantaba himnos en inglés con la misma enfática convicción con que leía a Freud y a Adler, discutía los problemas socioeconómicos o danzaba la samba, lo cual le valió una reprimenda de don Clemente, una afectuosa reconvención:

- Me dijeron que usted cambió de creencia, Flor, ¿es verdad?

- ¿Cambiar? ¡Qué absurdo! No hice más que acompañar a la amiga dos o tres veces, por simple curiosidad y para matar el tiempo; es tan largo y vacío el tiempo de las viudas, capellán.

Se fue de excursión con los Ruas en un divertido viaje por tren, pasando un fin de semana en Alagoinhas, de donde provenían los vecinos. Asistió con doña Dagmar a una clase de yoga dada por una graciosa mujercita, un frágil *bibelot* que contorsionaba su cuerpo como si fuese la mujer- rana

del circo. Como el horario coincidía con el de la Escuela de Cocina, doña Flor no pudo, a pesar de lo mucho que le hubiera gustado, inscribirse en el curso y aprender los difíciles ejercicios que según la seductora propaganda impresa mantenían el «cuerpo ágil y esbelto y la mente limpia y sana», proporcionando un «exacto equilibrio físico y mental, un perfecto acuerdo entre la materia y el espíritu». Equilibrio y acuerdo sin los cuales la vida no pasaba de ser un «repugnante pozo de excrementos», según decía la literatura del folleto y tal como últimamente venía constatando doña Flor: cuando luchan el espíritu y la materia, la vida se convierte «en un infierno dantesco».

Junto con doña María del Carmen acompañó a Marilda cuando se inscribió en secreto como concursante en el programa para aspirantes «Se Buscan Nuevos Talentos», en el que los domingos, durante tres meses, los muchachos y muchachas podían participar en el concurso por el título: «Revelación de Radio Sociedad», con opción a un contrato. La bella normalista cantó con mucho sentimiento y mala pronunciación una guarania paraguaya, saliendo, por lo demás, bastante bien, con un segundo puesto consolador y prometedor. Tenía la ambición de hacer un programa propio y ver su retrato en las revistas. Lo malo era la oposición de doña María del Carmen, que no veía con buena cara tales proyectos ni tampoco los estudios y auditorios radiales. Sólo después de mucho insistir y mucho rogar consintió en que participase aquella vez, y eso porque conocía al doctor Claudio Tuiuti, jefe de la emisora. No había sido fácil convencerla, derrotar sus arraigados prejuicios, contra los cuales de nada valían los argumentos lógicos de doña Gisa ni las razones sentimentales de doña Flor. Sin embargo, al ver a su hija ante el micrófono, tan graciosa, con su voz en el aire, sobre la ciudad, se le cayeron las lágrimas de orgullo y emoción. Le indignó la decisión del jurado, y casi llegó a agredir al animador del popular programa, el locutor Silvio Lamenha - o simplemente Silvito- , pues a juicio suyo Marilda había merecido el primer premio, que perdió sólo por la protección injusta de que disfrutaba un tal João Gilberto, un desafinado sin ninguna categoría.

Doña Flor se puso de acuerdo con su comadre Dionisia para

asistir a la fiesta de Oxóssi, en el *candomblé* del Axé Opó Afonjá, y llevar consigo a doña Norma y a la gringa (llena de curiosidad), pero no pudo ir a causa de un fuerte resfriado y de cierto recelo; recelo que transformó el resfriado en peligrosa gripe. En estos misterios de la *macumba* y del *candomblé* lo mejor es no moverse, pues las calles están llenas de hechizos y despachos, evós de mucha potencia, mandingas peligrosos, como es sabido; el que quiera creer que crea, el que no quiera que no crea..., doña Flor prefería no intervenir. Dionisia le dijo un día:

- Comadre, su ángel de la guarda es Oxum.

- ¿Y cómo es Oxum, comadre Dionisia?

- Pues le diré que es el *orixá* de los ríos; es una señora de semblante muy sereno y vive en una casa muy lejana; en apariencia es la misma mansedumbre. Pero hay que tener cuidado, es una casquivana llena de dengues y de melindres; por fuera es agua remansada, por dentro un remolino. Bastará que le diga, comadre, que esa hipócrita estuvo ya casada con Oxóssi y con Xangó, y que, aunque su ámbito es el agua, vive consumida por el fuego.

Tanto corretear, tanto movimiento... Todo se debía a que con el «Príncipe» se había ido también su paz, su tranquilidad, aquella vida amena y sin problemas, aquel dormir sin pesadillas todas las noches, de un tirón, con un sueño reparador. Desde el absurdo sueño de la ronda, no volvió a tener sosiego. Poco a poco, día a día, la inquietud de doña Flor fue en aumento, hasta convertirse en una ansiedad permanente que iba creciendo a medida que transcurría su tiempo de viudez. Nunca más, a partir de aquella noche en el cine y de ese sueño, volvió del todo a la tranquila indiferencia de antes, a la plena sensación de vida. Tal vez vacía, pero plácida. Nunca más a los días en que doña Flor se sentía llena de paz en un rincón, en su trabajo. Aunque su vida era en apariencia reposada y agradable - un agua quieta- , ya no volvió a tener un día entero de descanso: el fuego consumía su pecho.

Era una viuda honesta, pero ahora tenía que esforzarse para defender su recato. No contra la insolencia de una propuesta indecorosa; ¿quién, conociéndola, se atrevería siquiera a un piropo? En cuanto a los desconocidos, a los osados postulantes, a los galanes de esquina, éstos, en

general, enmudecían al verla tan discreta y seria. Pero si aun así arriesgaban alguna frase al verla pasar, con elogios a su modo de caminar («¡Qué contoneo de nalgas!»), y a detalles de su cuerpo («¡Ay, qué tetitas tan duras!»), o le hacían descaradas invitaciones («¿Vamos a hacer un nene, preciosa?»), perdían su inspiración, su gracia o su indecencia, así como su tiempo: doña Flor seguía adelante como si fuera ciega, sorda y muda, con su modestia y su orgullo, obligada a defender su recato contra sí misma, contra los errantes pensamientos, los viles sueños, contra el vivo y ardiente deseo de su carne agujoneada. Había perdido el «perfecto equilibrio entre la mente y el cuerpo» necesario a toda vida sana, según la erudita expresión del folleto de yoga, «la justa armonía entre el espíritu y la materia». Y en ella la materia y el espíritu estaban en guerra sin cuartel: por fuera, viuda ejemplar y honrada; por dentro, toda fuego, ardiendo y consumiéndose.

Al principio, sólo de cuando en cuando, y nada más que de noche, soñaba con imágenes lascivas; eran sueños que la conducían a un mundo prohibido a las vírgenes y las viudas, y que hacía temblar sus cimientos de mujer, avivando sus instintos y su ansiedad. Se esforzaba por despertarse hasta conseguirlo, la mano en el pecho, seca la boca. Tenía miedo a dormir.

Durante el día se distraía con tantas ocupaciones, con las tareas de la escuela, la lectura de novelas y la radio, y era más o menos fácil apartar los malos pensamientos, ahogar los latidos de su pecho. Pero ¿cómo contenerse y refrenarse en las noches, cuando quedaba indefensa, sujeta a la voluntad de los sueños incontrolables?

Con el correr del tiempo comenzó doña Flor, también durante el día, a entregarse a extrañas fantasías, viéndosela pensativa y melancólica, suspirando desconsoladamente. Lo más peligroso era cuando se quedaba sola: de inmediato la invadía una cohorte de recuerdos, e incluso los más líricos e inocentes parecían empujarla hacia la cama de hierro y fuego, ansiosa por ofrecerse. ¿Y su pudor de viuda?

Últimamente se había dado a imaginar escenas enteras, mezclando fragmentos de novelas con sucesos leídos en los periódicos o con las historias de las comadres y los recuerdos de su vida de casada. Desde que sintió el aliento

del «Príncipe» en el cine, como un hálito abrasador sobre su cuello, le entró en el cuerpo el soplo del deseo; se le había metido en la sangre y la exponía a la tortura de ansiar lo imposible, mucho peor que la del «infierno dantesco» de la literatura yoga.

A partir de cierta época tuvo que abandonar, por excitante, la lectura de todas las novelas para muchachas, alimento espiritual de la joven Marilda, que suspiraba con las condesas y los duques en la languidez tropical de la hamaca. Pues bien, doña Flor descubría malicias en las páginas más ingenuas, y veía el impulso sexual en ese barato y bajo sentimentalismo, dándole una nueva dimensión a tan sosas, a tan insípidas naderías.

Pervertía el argumento, transformando dramones y personajes, transformando a las vírgenes pastoras en lúbricas cortesanas; a su vez, los afeminados mancebos, casi eunucos, se convertían en brutales garañones. Y en vez de la «Colección para Niñas y Jóvenes», lectura para adolescentes, surgían novelas pornográficas, literatura de alcoba.

Lo mismo ocurría con la excitante crónica de la ciudad, ya fuese en el comentario de las comadres o en las páginas de los diarios. Sentadas a la puerta de calle, en la tertulia nocturna, las amigas relataban y discutían el último crimen pasional, el de la mucamita desflorada por el patrón; ella de quince años y con once hermanos, él de cincuenta y tres y con cinco hijos, dos doctores y tres jóvenes ya casadas, para no hablar de la esposa y de varios nietos. El padre, carpintero, empuñando un arma para vengar su honra: tres tiros en el corazón del baluarte de la sociedad, del puntal del civismo y de la moral, del líder de los conservadores; una herida de muerte, el criminal preso, metido en la gayola, después de una paliza para calmarle los nervios; la honra quedó lavada con sangre, y el pueblo exigía justicia, la libertad del vengador. Todas, amigas y comadres, daban razón al padre, que se encegueció al ver a la hija embarazada y su honra perdida entre copas de champán. Todas menos doña Dinorá, siempre a favor de los ricos: «esas negritas se meten en la cama de los patrones para después chantajear». Pero doña Flor sólo conservaba en la memoria los detalles escabrosos, sólo retenía en su pecho y

en su degradado pensamiento la visión de la muchachita en los brazos del infame, gimiendo de gozo, satisfecha. El resto, el amplio panorama de los horrores, en el fondo le era indiferente por más que se declarase solidaria con la cólera de las comadres.

De este modo cada día eran menos las horas en que su recato íntimo se mantenía incontaminado. Mientras tanto, quien la viese moviéndose en las clases, en el fogón o con las amigas, andando de un lado para otro, de compras, de visitas (pero sin ir jamás a las fiestas, que le estaban prohibidas por su condición de viuda), no podría imaginar la batalla que tenía lugar en su intimidad, la loca bacanal en que se consumía por la noche. Porque nadie parecía más respetable y honesta, y sus labios jamás pronunciaban el nombre de un hombre con interés, ni siquiera al hacer referencia casual a sus atributos y virtudes. Si antes se había burlado de los supuestos candidatos, bromeando con las comadres, ahora no toleraba que se pronunciaran sus nombres, como si de verdad hubiera muerto en ella la posibilidad de realizar un nuevo matrimonio. Viuda como ella, discreta y recatada, no la había ni en su barrio ni en toda la ciudad, y si en el mundo hubiese alguna no sería más discreta y honesta que ella. Modelo de viudas, doña Flor. Por fuera, era el recato en persona. Su rostro sereno y distante parecía la misma mansedumbre; por dentro, ardía en deseos, «consumida por el fuego». Como Oxum, su *orixá*. ¡Ah, Dionisia, si supieses cómo el fuego de Oxum abrasa las noches de tu comadre, su cuerpo moreno, su vientre pelado, le harías darse un baño de hierbas o le traerías un marido! Doña Flor estaba cada vez más inquieta en sus noches de sueño y de soledad. Cuando conseguía dormir tranquila una noche entera, ¡ah, eso era una bendición de Dios! Su reposo casi nunca iba más allá de un principio de sueño apacible: pronto surgían las pesadillas, con sus degradantes obscenidades, y doña Flor pasaba la noche dando vueltas en el colchón, el pecho oprimido, dolorido el sexo. Cada vez era menos el tiempo en que lograba dormir y descansar, aumentando cada noche el de los sueños y el deseo, el tiempo de crujir de dientes. «Es la materia, que está predominando sobre el espíritu», según le informaba la culta propaganda yoga.

Impúdica, licenciosa, ¿dónde estaba en los sueños su recato de viuda? Nunca le había sucedido eso: incluso de casada y en la cama con el marido, jamás se entregara fácilmente, viéndose él obligado a vencer su pudor cada vez, a quebrar cada vez el decoro de su casta idiosincrasia. Pues bien, ahora, en los sueños, ella salía a la calle a ofrecerse a unos y otros, y a veces ni siquiera era una viuda, sino una mujer de la vida que se vendía por dinero. ¡Ay!, ¡qué vergüenza! Ya le había sucedido despertarse en mitad de la noche y deshacerse en lágrimas sobre las ruinas de su antiguo ser, de aquella doña Flor púdica, envuelta en su pudor, cubriéndose con la sábana incluso en las noches de amor con el marido. Y ahora, llena de lujuria, en la desfachatez de sus sueños, era una voraz y cínica ramera, una loba ululante, gata en celo, puta. A veces, de tan cansada del trajín del día se quedaba dormida en el cine o cabeceaba mientras hablaban las amigas, muerta de sueño. Pero le bastaba ponerse el camisón para perder todas las ganas de dormir: se le iba el sueño y su pensamiento errabundo ya no podía contenerse en los límites de la decencia y de lo cotidiano, en, por ejemplo, los detalles de las clases, una compra, un paseo, la enfermedad del vecino o el conocido, o el asma de tía Lita, que le causaba tantas molestias. La pobre vieja pasaba, como ella, las noches sin cerrar un ojo, amenazada de asfixia por la implacable enfermedad. Doña Flor también se ahogaba, carcomida por el deseo. Su mente ya no le obedecía: cuando quería pensar en los problemas de Marilda y en su obstinación por cantar en la radio, con sus invencibles obstáculos..., de pronto veía ante sí al lívido «Príncipe», repitiéndole aquellas frases sonoras como versos, aquellas palabras de amor en la oscuridad del cine. ¿Dónde estaban Marilda y su problema, su canto prohibido, su voz de pajarito?

La fama que tenía el galán entre las prostitutas había llegado a doña Flor. Dionisia, que nada sabía de la ridícula aventura, creyendo que su comadre conocía al cuentero a través de las noticias de los diarios, se divertía contándole anécdotas del lánguido «Señor del Calvario». Cuando Dionisia se inició como ramera, el estafador gozaba de un gran prestigio entre las mujeres de la vida. Por su lindeza

pálida, su voz romántica, su mirada lánguida y su notable actuación en la cama. Un cachondo de verdad, un mico rijoso, al decir de las expertas. Había despertado dramáticas pasiones y cierta vez dos fulanas se trenzaron por su culpa a los golpes y a los mordiscos, yendo una a parar al hospital, herida por un navajazo, y la otra a la cárcel como autora de heridas leves.

En el sueño, doña Flor era la segunda, borracha y agresiva, alzada la navaja contra Dionisia, entre groseros insultos: «Ven si eres mujer, inmunda, que te voy a rajar la cara y la concha.» Pero Dionisia se dislocaba de risa y todas las ramerías se reían de doña Flor, de la viuda loca. ¿No le habían dicho ya que el hermoso mozo, el «Príncipe de las Viudas», sólo quería de ellas el dinero y las joyas? Ni casamiento, ni desvergüenzas en la cama. Sabiéndolo, ¿por qué venía doña Flor hecha una furia desmandada, desenfrenada, a ofrecerle desnuda su cuerpo pelado? Era una vergüenza, ¿dónde había dejado su pudor de viuda?

Recurrió a las píldoras soporíferas, que prometían hacerla dormir toda la noche. En la Droguería Científica, en la esquina de Cabeça, consultó al farmacéutico, el doctor Teodoro Madureira. El doctor Teodoro, aunque era sólo farmacéutico, podía dar más de una lección - según decía doña Amelia con la aprobación general- a muchos médicos; competente en su profesión, nadie mejor que él para achaques corrientes: sus recetas daban siempre en el blanco, eran garantía de curación. ¿Insomnio, nerviosidad, sueño agitado? Seguro que se debía a un exceso de preocupaciones: nada grave; diagnosticó el amable boticario, aconsejándole que tomase ciertas grageas, inmejorables para combatir los efectos de la fatiga; hacían descansar el cerebro, equilibraban los nervios y proporcionaban un dormir tranquilo. Doña Flor podía tomarlas sin temor; no le iban a hacer mal, no contenían estupefacientes ni excitantes como algunas drogas caras y modernas, muy de moda. «Peligrosísimas, señora mía, tanto como la morfina y la cocaína, si no más.» Era una enciclopedia el farmacéutico, y atento, un tanto ceremonioso, con muchas zalamerías al despedirse. Sobre todo, que no se olvidase doña Flor de comunicarle el resultado.

Ningún resultado, doctor Teodoro. Durmió de un tirón toda la noche, es cierto, despertándose sólo cuando la criada, asustada, llamó a la puerta, casi a la hora de comenzar las clases del turno matutino. Un largo sueño, sí, pero igual que los otros: la misma obsesión, el delirio sensual, la fiebre nocturna, la orgía desenfrenada; era peor que antes, pues no podía despertarse e interrumpir la pesadilla, crucificándose en ella la noche entera, en un sueño sin fin con el sexo atormentado por el hambre y la sed, como una herida dolorosa, una llaga abierta. Por la mañana se caía a pedazos, de cansancio. Con píldoras o sin píldoras el sueño encendía en ella la hoguera del deseo. Estaba obsesionada. Alucinada. Alucinada, debatiéndose en la locura. Durante el día, con todo el tiempo ocupado, era ciega y sorda al llamado del sexo que andaba suelto por la ciudad: a las palabras, a las miradas cargadas de deseo, a las frases galantes o indecentes, al libidinoso deseo del macho que la desnudaba, que se la comía con los ojos en un suspiro al cruzar la calle. Viuda honesta, ejemplo de viudas en el trabajo, en el paseo, en el teatro. Pero durante la noche se arrastraba por el suelo y la basura buscando la voz de los hombres, la mirada posesiva, el suspiro cínico, el indecoroso susurro, el silbido soez, la palabrota grosera, la invitación a la cama. Cuando no era ella la que invitaba, la que se ofrecía impudicamente a los machos, vagando por la zona de las mujeres de la vida y siendo ella la más puta, la más barata y fácil. Un sucio pozo de excrementos. Sin embargo, ningún macho la alcanzó ni la poseyó. Cuando estaba a punto de poseerla, ya en las orillas de su sexo abrasado, entonces doña Flor lo rechazaba, despertando súbitamente, llena de ansiedad y desesperación.

Nadie se daba cuenta de la maldita confusión en que vivía. Todos creían que su vida transcurría en calma, sin problemas, llena de atractivos, incluso alegre. Antes había sufrido mucho con el marido, un mal sujeto, un jugador. Ahora era una viuda conforme con su estado, contenta con su vida, y que sentía la mayor indiferencia hacia todo posible nuevo matrimonio, y el mayor desprecio por los hombres. Tan poco inquieta que causaba admiración y provocaba comentarios. Cuando aparecía por la calle Cabeza, altiva y seria, los parroquianos del bar discutían

sobre ella:

- Ésa sí que es una viuda derecha. A pesar de ser joven y bonita, nunca mira a un hombre...

- Honesta por demás. Tal vez no lo sea por virtud...

- ¿Entonces por qué?

- Honesta por naturaleza, por ser de naturaleza fría. Fría como el hielo, inmune al deseo. Hay mujeres así, que son como bellas estatuas, para ellas no existe el deseo. En su castidad, no hay virtud, sino frialdad. Son icebergs. Ella es una de éstas, seguramente.

- ¿Será o no, quién sabe? De cualquier modo, por virtud o por lo que sea, es la viuda más recta de la ciudad...

El otro insistía, escéptico y declamatorio, un pseudoliterato atroz:

- Fría como un témpano, puede estar seguro. Marmórea. Álgida. Glacial.

Y doña Flor seguía con paso prudente, vestida con elegancia y discreción, con su sencilla y modesta hermosura, sin desviar la mirada hacia los lados, respondiendo al alegre saludo del santero Alfredo, a las sonoras buenas tardes de Méndez, el español; al respetuoso saludo del farmacéutico, a la sonrisa acogedora de la negra Vitorina desde su puesto de *abarás* y *acarajés*. Le costaba mucho esfuerzo esa decencia tranquila, ese ambiente sereno, estando como estaba nerviosa, cansada de haber dormido mal durante la noche y de la lucha sin gloria contra el deseo que la abrasaba. Por fuera agua remansada, por dentro una hoguera encendida.

8

- Fuiste demasiado ruda... Fue una grosería... - le dijo doña Norma, con sinceridad- . Enaide está enojada y con razón... En la mañana soleada y perezosa del domingo que siguió a aquella tumultuosa y festiva noche del sábado en que se celebró el cumpleaños de Zé Sampaio, las amigas rodeaban a doña Flor, que todavía mostraba restos de irritación.

- No tolero atrevimientos...

- Él bromeaba nada más..., tú lo tomaste a mal...Doña

Amelia no vio nada malo en el comportamiento del doctor Aluisio.

- Una broma de mal gusto..

Con energía, doña Norma expresó el pensamiento de las amigas:

- Disculpa, Flor, que te lo diga, pero estás hecha una no-me-toques. Por cualquier cosa te enfadas, te sientes herida..., tú nunca fuiste así, tan engreída... Yo no estaba presente, pero incluso aunque él haya exagerado un poco, era jugando, no tenías que exaltarte por eso...

Doña Gisa desarrolló toda una tesis científica para explicar la personalidad y las actitudes del notario de Piláo Arcado:

- Don Aluisio es un típico hombre del sertón, patriarcal, acostumbrado a tratar a las mujeres como si fuesen propiedad suya, como una cosa, un animal, una vaca...

- Eso es... - interrumpía doña Flor- . Una vaca.. Para él todas las mujeres no son más que eso..., y él es un caballo...

- Usted, Flor, no me entiende y tampoco entiende a don Aluisio. Hay que comprenderlo en función del medio en que vive. Un medio agropecuario... Es un señor feudal...

- Es un descarado, eso es lo que es..., un mal educado..., toma confianza con una y abusa de ella...

- Norma tiene razón, Flor, usted está muy quisquillosa...

- El doctor Aluisio lo único que hizo es tomarle la mano... - opinó doña Jacy.

- Para leer su destino... - confirmaba doña María del Carmen- . ¿Por qué será que todos los tipos malandras vienen con esa historia de leer la mano?

- ¿A usted también le parece que él es un sinvergüenza?

- ¿Ese tal de..., de... doctor Aluisio? Vaya si lo es... - Y planteando otro problema:

- En fin, ¿es o no doctor?

¿Don Aluisio o doctor Aluisio? Doña María del Carmen planteaba sin querer un grave problema de tratamiento y protocolo.

En la región del Sao Francisco, desde Juazeiro a Junuaria, de Lapa hasta Remanso y Sentó Sé - zona en donde había ejercido la abogacía con retórica oratoria, en calidad de rábula autorizado- era doctor a todos los efectos. Pero en la capital, por carecer de diploma universitario, le sustraían

el impropio título. En el deseo de que este relato sea equidistante entre la ciudad y el sertón, usaremos indistintamente los dos tratamientos, teniendo así en cuenta a los rígidos formalistas y a los indiferentes liberales. En cuanto a las amigas reunidas en la sala de doña Flor, a ninguna le interesaba el problema:

- Doctor o no doctor, es un pico de oro, sabe hablar, tiene miel en la lengua..., es astuto... - resumía doña Emina, que había permanecido callada.

Estaban comentando los acontecimientos - casi un pequeño escándalo- ocurridos en la noche del cumpleaños de don Sampaio. Como el dueño de la zapatería era opuesto a toda fiesta y conmemoración, doña Norma se limitó, contra su voluntad, a preparar una comida abundante e invitar a los amigos y vecinos. Don Sampaio, que aunque parsimonioso era glotón, discutió la idea (como lo hacía todos los años) proponiendo a la esposa que no hiciera nada en casa, y que en cambio salieran a comer, los dos y el hijo, a un restaurante. Comerían bien, sin mucho gasto y sin barullo ni confusión. Y, como sucedía también todos los años, desde el casamiento, doña Norma reaccionó frente a tan prudente y parca sugestión: lo menos que podían hacer sin desdoro era ofrecer una comida *americana* «al vasto círculo de sus amistades». Desde la cama, con el dedo gordo metido en la boca, don Zé Sampaio agotó los últimos argumentos, haciendo un alegato que a su juicio era indiscutible:

- Estoy en contra por varias razones, todas ellas válidas.

- Vengan esas razones, pero no me salgas con la vieja historia de que están bajando las ventas de zapatos, porque yo vi las estadísticas...

- No se trata de eso..., escucha sin interrumpir. Primero que no me gusta ese asunto de la comida *americana*, con todo el mundo de pie. Me gusta comer sentado a la mesa. Con ese intríngulis americano que ustedes inventaron ahora, todo el mundo se queda alrededor de la mesa, y yo, como soy tímido, acabo comiendo las sobras; cuando me voy a servir ya acabaron con todos los fritos, ya no hay más pechuga de pavo, sólo quedan las alas. Tercero: esto peor por ser mi casa; como dueño de casa tengo que servirme el último, y cuando lo hago no encuentro nada,

me quedo con las manos vacías, como poco y mal... Cuarto: en el restaurante no sucede eso; uno se sienta, elige los platos... Y como se celebra el cumpleaños, cada uno puede elegir dos...

Esos dos platos eran su conmovedora concesión a la familia y a la gula. A doña Norma le costaba aguantar hasta que terminara su razonamiento:

- Sampaio, hazme el favor, no seas ridículo. Primero: todos nos invitan a las fiestas de sus cumpleaños...

- Pero yo nunca voy...

- Algunas veces vas... y cuando vas comes por cinco... Segundo: no me vengas con eso de que en la comida americana te sirves poco y de que eres tímido. En el cumpleaños de don Bernabó», al que fuiste sólo porque el hombre es extranjero, te serviste en el plato casi la mitad del soufflé de langostinos, sin hablar de las empanadas..., un atracón...

- ¡Ah! - suspiró don Sampaio- , la comida de doña Nancy es una maravilla...

- La mía también..., no tiene nada que envidiarle. Tercero: aquí en casa nunca te sirves el último, eres el primero en servirte, un mal educado, nunca vi otro igual. Una grosería..., el dueño de casa... Cuarto: en una cena mía nunca falta comida, alabado sea Dios. Quinto: la comida de restaurante...

- Basta... - suplicó el comerciante cubriéndose totalmente con las sábanas- . No puedo discutir, tengo la presión alta...

Una comida de doña Norma era un banquete; si tenía veinte invitados, hacía comida para cincuenta; con razón, pues todos los pobres de los alrededores venían a limpiar los sobantes de las bandejas y a beber lo que quedaba en las botellas. En esa ocasión, para el cumpleaños de don Sampaio, trajo toda la vecindad a su casa, incluso a los Bernabós (doña Nancy procurando engranar en la rueda de las amigas y don Héctor hablando de negocios y haciendo alardes sobre el progreso de la Argentina). Era un terrible patriota porteño este señor Bernabó, que estaba permanentemente haciendo comparaciones entre la Argentina y el Brasil, y siempre, claro, con ventaja para su patria, destacando en las conversaciones y las discusiones el

desarrollo argentino, las riquezas, el clima - con las cuatro estaciones bien definidas, y no este calorazo que hay aquí todo el año- , con ferrocarriles ejemplares, y no este embrollo de aquí con trenes sin horario; con frutas finas, europeas, vinos, pan de trigo puro y carne abundante y jugosa, de ganado de raza. Doña Nancy, que se alarmaba cuando el marido se desbocaba en argumentos cívicos, rompió su silencio para contenerlo:

- Pero, Bobó, acá también hay cosas buenas..., mirá los ananases, por ejemplo..., buenísimos ² -le volvía loca el ananá y además temía ver al marido en un conflicto, andando a los sopapos con algún patriota brasileño de los bravos, algún militante del «orgullosismo» nacional, cosa que por otra parte ocurrió más de una vez. En cierta ocasión, en uno de esos debates geo-económicos, don Chalub, el del mercado (hijo de sirios, brasileño de primera generación y por eso mismo un chauvinista exaltado), perdió los estribos:

- Si la industria de ustedes es mucho mejor, si allí la vida es tan formidable, ¿por qué entonces vino usted a montar aquí su horno de ladrillos? - De esta manera, el brasileño rebajaba de categoría la fábrica de cerámica del argentino. También el pintor Carybé (el que hizo el retrato de Dionisia de Oxóssi vestida de reina, empuñando el *ofá* y el *erukeré*), una vez que fue a consultar con el argentino la posibilidad de cocer en su horno unas piezas folklóricas, se vio envuelto con él en una polémica en torno al tango y la samba, y acabó por explotar:

- Nada..., una tierra en donde no hay mulatas, en donde no hay más que puras blancuchas, es un lugar en donde no se puede vivir... ¡Hágame el favor!

En el cumpleaños de don Sampaio, el temerario defensor de la grandeza argentina estuvo cordialísimo. Si bien es cierto que exaltó a su tierra, no lo hizo en detrimento de las cosas brasileñas. Por el contrario, tejió un verdadero himno al pueblo de Bahía, a su modo de ser, su amabilidad, su bondad. Así que la fiesta del tendero fue un éxito social, sólo empañado por el incidente entre doña Flor y don Aluisio (cuya repercusión, por otra parte, quedó limitada al

² Transcripción del original (subrayado del Traductor)

círculo de las amigas y las comadres).

Doña Flor tuvo sus dudas acerca de si podía o no asistir a la celebración de su cumpleaños. Tratándose de una comida con tantos invitados, ¿no adquiriría carácter de fiesta, algo incompatible con su luto? Todavía no había pasado un año de la muerte del marido. En realidad faltaban sólo unos días, pero una viuda debe ser rígida en sus principios, ya que la ideología de la viudez es sectaria y dogmática, y al menor desvarío, la jauría de las comadres se abalanza sobre la transgresora, condenándola y vituperándola.

Doña Norma se rió de sus escrúpulos: ¿desde cuando una cena, una simple cena de cumpleaños, era algo prohibido a las viudas? No se trataba de un baile, ni siquiera de «un asalto»; y aunque Artur y sus amigos, muchachos y muchachas estudiantes, pusieran algún disco y bailasen una samba, eso no pasaría de ser diversión de jóvenes, un inocente pasatiempo que no estaba en contra del rigor de los plazos en la etiqueta del luto, en el ceremonial de la viudez, y que no iba a escandalizar al difunto en su fosa. Por lo demás, doña Flor pasó el día prácticamente dedicada al aniversario de don Sampaio. En su cocina, y con la ayuda de Marilda, hizo el *vatapá* - una caldera- y la *mokeka* de pescado, una delicia, mientras doña Norma preparaba los otros manjares. Convencida, doña Flor asistió a la reunión. Ojalá no hubiera ido, se habría evitado el disgusto. Cuando estaba ya la casa llena de gente y se estaba sirviendo la mesa, llegó doña Enaide desde el Xame- Xame, trayendo en una bandeja de *quindins*, una corbata para don Sampaio y las disculpas del marido, que los sábados por la noche era un infalible asistente a una rueda de póker, y siempre rechazaba ese día cualquier otro compromiso. En compensación trajo con ella a don Aluisio, para muchos el doctor Aluisio, el ya citado rábula y notario de las márgenes del río Sao Francisco, aquel que era soltero a medias y al que su parienta proponía como candidato a la mano de doña Flor. Llegó enfundado en un traje flamante, de tono oscuro y cálido, pimpante, con su nariz ganchuda y fuerte, la calva reluciente, los ojos vivaces y escrutadores, y saturado de agua de colonia y talco. Un maniquí. Doña Enaide puso énfasis en las presentaciones, orgullosa del cuñado influyente en el sertón:

- Aluisio, quiero presentarte a doña Flor Guimarães, la viuda más bonita de Bahía...

- Enaide, no haga bromas...

El doctor Aluisio se inclinó para besarle la mano y una ola de perfume quedó en el aire cubriendo a doña Flor:

- Señora mía, éste es un momento emocionante de mi vida. Mi cuñada me escribió sobre usted, contando maravillas..., pero veo que se quedó corta; sólo un poeta podría describirla, señora...

Al mismo tiempo desnudaba a Flor con una mirada lenta y ávida, arrancándole el vestido y la combinación, el corpiño y la bombacha. Doña Flor nunca se sintió tan desnuda; aquella mirada le medía las curvas de las nalgas, la dureza de los senos, la rosa del vientre. Su mirada fue transformándose y pasó del análisis a la aprobación, y la sonrisa amable y cortés se desplegó en una risa de satisfacción.

Todo ello sin soltar su mano, aprisionándola en la suya mientras la desvestía y la juzgaba; la juzgaba, sí: iba valorando a un tiempo su cuerpo y su espíritu, concluyendo que estaba ante una presa fácil y segura. Con su experiencia de Don Juan del interior, calificó a doña Flor como una mujer que fingía, y mucho. Él conocía esas mujeres de apariencia tranquila: casi todas unas impostoras, unas hipócritas que en la cama eran un demonio suelto, unas desenfrenadas.

En las pequeñas ciudades del Sertón, donde las mujeres carecían de derechos y eran siervas dependientes de la voluntad del marido, su señor, y su vida estaba limitada por las fronteras del hogar, don Aluisio había sorprendido más de una vez en el fondo de unos ojos humildes y detrás de un discreto comportamiento la ardiente respuesta a su impúdica invitación.

¡Ah!, estas aguas mansas esconden tempestades; bajo el aparente decoro y la reserva del luto, ¿en qué tormenta interna no se estaría debatiendo doña Flor, mujer joven y sana? El doctor Aluisio recordaba otras que tenían la misma modesta apariencia, sumidas en la oscuridad de sus casas, encadenadas por un código de honor medieval, pero que en cuanto surgía una ocasión propicia dejaban a un lado, con incomparable ingenio, las objeciones y los temores,

revelándose verdaderas expertas en la tarea de ponerles cuernos a los terribles guardianes. Y de cuando en cuando algún esposo traicionado debía imponer su ley con unos tiros o unas puñaladas.

En sus horas de ocio - la mayor parte del tiempo, pues el escritorio le daba poco trabajo- el notario se dedicaba a las mujeres, a su estudio y conocimiento «cuando era posible, íntimo», hasta el punto de que el juez de Piláo Arcado, el doctor Vival Pitongo, lo clasificó como «sicólogo emérito, sutil confidente del alma femenina y erudito lector de los clásicos». Las lecturas clásicas de Aluisio se reducían a traducciones nacionales o portuguesas de la mitología griega y a aspectos, en general licenciosos, de la vida en el Imperio Romano. Con referencia a las mujeres, tenía un ojo clínico, lo que le había facilitado algunas aventuras y una amplia fama de seductor irresistible, terror de los maridos. A pesar de la calva y de la narizota, algunas mujeres enfrentaron por él el pecado, el código feudal, las leyes de la venganza.

Pues bien, esa mirada de lince del Casanova del Río Sao Francisco captó de entrada lo más mínimo de doña Flor, el contenido de sus pensamientos, apoderándose de sus secretos después de haberla desvestido de ropas y adornos. Su descarado modo de mirar no tenía otro sentido: don Aluisio la desnudaba por fuera y por dentro, y acabó por concluir que le gustaba, que la encontraba conquistable e incluso fácil.

Para él doña Flor no era la viuda más recta y honesta de Bahía, título concedido por los bebedores del bar de Cabeça, aquélla por la cual hasta las más malignas de las comadres ponían la mano en el fuego en la seguridad de que podían retirarla sin quemarse.

Y hablando de mano, el rábula seguía reteniendo en la suya la de doña Flor, apretándola suavemente, en una caricia casi imperceptible. Doña Flor se dio cuenta a la vez de cómo el tipo la desvestía, del concepto que le merecía y de la mano tomada como un anticipo de posesión. Palurdo atrevido, lleno de petulancia y seguro de sí mismo: si ella no reaccionaba de inmediato, si no le cortaba en seguida las alas, más adelante sería capaz de cualquier intolerable osadía. Bruscamente, poniéndose ceñuda, le retiró la mano.

No se dio por avisado el seductor de Catundas:

- Permítame una confesión, estimada amiga..., aunque tengo que resolver unos asuntos en la capital - de la repartición que dirijo- , y parientes a quienes visitar, antes que todo fue el deseo de conocerla lo que me trajo a Salvador... Enaide, en sus cartas...

Pero doña Flor, viendo entrar en la sala a doña Dagmar, alumna suya y amiga de los Sampaio, dejó plantado al maestro Aluisio:

- Con su permiso..., tengo que hablar con aquella amiga... Doña Dagmar, una desbocada sin inhibiciones, le preguntó de inmediato:

- ¿Quién es ese papagayo pelado? ¿Un pretendiente? . .

- Déjeme en paz, mujer..., es el cuñado de Enaide, un doctor Aluisio, jefe político de no sé dónde...

- ¡Ah!..., es ése... Oí hablar de él... Dicen que es un mandamás en el Sao Francisco..., nena, déjame comer algo...

En el comedor, los invitados asaltaban las mesas en medio del estrépito de platos, cubiertos y bandejas, antes repletas de comida, que volvían vacías a la cocina.

La cena de cumpleaños de don Sampaio fue todo un éxito. La casa abarrotada por gente del comercio, colegas del Clube dos Lojistas, parientes, vecinos y amigos de doña Norma, formando grupos en las salas y en el balcón; también la cocina estaba llena de los ahijados y comadres de doña Norma y los pobres del alrededor. En un rincón de la sala, junto a la mesa principal, el festejado, don Zé Sampaio, comía con avidez y a prisa, lanzando miradas de reojo a la mesa con el absurdo temor de que se acabara la comida antes de que él pudiera repetir el plato. Medio escondido, para que no viniesen a trabar conversación con él, perturbándolo. Pero el argentino Bernabó, con los labios amarillos por el *dendé*, eructando de puro harto, felicitaba al dueño de casa:

- *Macanudo, amigo. La comida, deliciosa...* ³

Durante un rato, doña Flor estuvo ayudando a doña Norma y a las empleadas (todas las de la vecindad), pero, al disminuir el movimiento, consiguió una silla en un rincón

³ Transcripción del original (subrayado del Traductor)

del balcón, desde donde observaba las peripecias de la cena: don Vivaldo, el de la funeraria, ya iba por el cuarto plato; el doctor Ives se atragantaba de postres, don Aluisio, con un palillo de dientes en la boca, se fue acercando como quien no quiere la cosa hasta apoyarse en la balaustrada del balcón junto a doña Flor:

- Un festín romano... - sentenció.

Doña Flor, por un instante, estuvo a punto de no responder, pero finalmente lo hizo; no tenía motivos para ser desconsiderada.

- Cuando Normita da una cena no escatima la comida...

Don Aluisio miraba hacia los lados interrumpiendo la conversación, dejándola languidecer. Doña Flor se volvió para observar el movimiento de la sala. Fue entonces cuando oyó la susurrante voz del notario que le decía, en un murmullo:

- Dígame una cosa, preciosa...

- ¿Cómo? - dijo ella sobresaltada.

- ¿Qué le parece si salimos de aquí y vamos a ver la luna en la Lagoa de Abaeté? Usted va saliendo y me espera en el Largo...

Pero doña Flor ya estaba de pie, con un nudo en la garganta:

- ¿Por quién me toma?

El doctor Aluisio sonrió tranquilamente, como si él supiese muy bien lo poco que significaba esa indignación; estaba acostumbrado a esas primeras y bruscas reacciones.

- Un paseo, nada más...

Doña Flor ni siquiera pudo responder; la angustia le hacía arder el rostro, le oprimía el pecho. ¿Estaba tan a la vista su necesidad de un hombre, su desatinado deseo? Casi corriendo, entró en la sala.

- ¿Qué te pasa, Flor? - le preguntó Marilda, al verla tan nerviosa, con las manos temblando.

- No sé, tengo palpitaciones... No es nada...

- Siéntate aquí..., voy a buscarte un vaso de agua...

- No es necesario..., voy a conversar con tu madre...

En el círculo de las amigas, oyendo burlas y comentarios sobre la gula de algunos invitados, doña Flor se fue reponiendo del lance, olvidando la sonrisa cazarra y las palabras ofensivas del atrevido. Un cínico... ¡Invitarla a ver

la luna en una noche cerrada como aquélla, que parecía de alquitrán! Al rato comenzó a participar en la conversación, divirtiéndose con las observaciones que hacían doña Amelia y doña Emina. Doña María del Carmen nunca había visto antes a don Sampaio en plena acción, durante un almuerzo o una cena: estaba apabullada. En un momento dado, cuando la conversación era más ruidosa y alegre, he aquí que el insistente galán sanfranciscano, del brazo de su cuñada doña Enaide, se entremetía preguntando:

- ¿No hay lugar para dos? ¿O se habla de algo prohibido para hombres?

- Siéntese...

Doña Flor no se dio por enterada de la presencia del notario, el cual, poco después, ya estaba leyéndole la mano a doña Amelia, haciéndola reír con sus picardías. El tipo era ingenioso, la misma doña Flor se rió una o dos veces con sus dichos. Le anunció a doña Amelia viajes y riquezas. Después le tocó el turno a doña Emina. Muy serio, le anunció un hijo más, para muy pronto.

- Renegado sea el diablo..., ¿no basta con Anita, que llegó tan fuera de tiempo?... ¿Otra vez la mala suerte?...

- Esta vez va a ser un chico..., no fallo nunca...

Después de leerle la mano a doña Emina miró a doña Flor como si antes no hubiera pasado nada entre ellos; sus ojos la desvestían de nuevo, mientras se pasaba la lengua por los labios, en un gesto tan descarado que ella sintió que el corazón dejaba de latirle; ¿hasta dónde pensaba llegar ese tipo? Felizmente, las otras no se dieron cuenta. Extendiendo la mano para tomar la de doña Flor, dijo:

- Le llegó su turno...

- No quiero saber nada con eso. Puras tonteras...

Pero las otras lo exigieron entre carcajadas. ¿Qué iban a pensar ellas si se seguía negando? Sería peor. Y sin más aceptó. El doctor Aluisio se sonrió, victorioso; el especialista en almas femeninas no se equivocaba nunca.

Puso sobre su mano la mano izquierda de doña Flor con la palma hacia arriba. Con uno de los muy cuidados dedos suyos iba marcando las líneas reveladoras, con un roce muy suave y sutil. Doña Flor estaba rígida y tensa.

- Tiene una excelente línea de la vida..., va a vivir más de ochenta años... - se quedó callado un instante, como

examinando atentamente la mano de la viuda- . Veo grandes novedades...

- ¿Novedades? ¿Cuáles? - preguntaron, excitadas, las amigas.

- En la línea del amor... veo un nuevo amor..., un caso, toda una pasión...

- Disculpe... - dijo doña Flor, queriendo apartar su mano. Pero don Aluisio la retuvo entre las suyas:

- Espere..., todavía no acabé..., oiga lo que falta.., un señor del interior...

Bruscamente, doña Flor se levantó, arrancando violentamente su mano de entre las del rábula.

- Yo no le di motivos para su atrevimiento... Y salió de la sala como una tromba, dejando a las amigas aterradas y a doña Enaide sumamente ofendida:

- Qué manteca derretida... Díganme, ¿acaso Aluisio se propasó? ¿Estuvo grosero? Si era sólo una broma para divertirse..., yo no tolero esa clase de gente, que hace esas estupideces. Porque, en fin, ¿quién se cree que es?, ¿una princesa?

Sólo el notario conservaba la calma, disculpando a doña Flor:

- Pobre..., lo comprendo, está tan nerviosa..., es una enfermedad que yo conozco: la que afecta a todas las viudas jóvenes que no se han vuelto a casar. Es el camino hacia la histeria..., las ciudades chicas están llenas de casos así..., solteronas y viudas que se ofenden por cualquier cosa, que lloran, que viven entre desmayos y arrebatos. Cuando llegan a viejas se convierten en locas, pero no peligrosas...

Doña María del Carmen lo interrumpió:

- Mire que yo también soy viuda, doctor, y me voy a ofender...

El rábula la estudió con ojos de entendido: era una mulata con los cascos aún en buen estado, bien conformada, compacta, que podía aguantar unos trotes. El doctor Aluisio no era hombre que perdiese el tiempo; borrando a doña Flor, le dijo:

- Muéstreme su mano izquierda, por favor, quiero aclarar algo...

Tomó la mano de doña María del Carmen entre las suyas, la miró en los ojos, con aquella su mirada de pícaro rústico y

le preguntó:

- ¿Puedo decirle la verdad o prefiere que le mienta?

Doña Flor se había ido, y Marilda y doña Norma fueron a verla a la casa; allí estaba, bañada en llanto, en un estado tal de nerviosidad que doña Norma le dijo, repitiendo al maestro Aluisio, de Piláo Arcado:

- ¿Qué es eso, Flor, te estás volviendo histérica?

9

Llamado de doña Flor, en clase y divagando

Déjenme en paz con mi luto y mi soledad. No me hablen de esas cosas, respeten mi condición de viuda. Vamos al fogón: el *batapá* de pescado (o de gallina) es un plato delicado, fino, el más famoso de toda la cocina de Bahía. No me digan que soy joven; soy viuda; estoy muerta para esas cosas. *Batapá* para servir a diez personas. (Y para que sobre, como es debido.)

Traigan dos cabezas de *garoupa* fresca; puede ser también de otro pescado, pero no sale tan bien. Tomen sal, cilantro, ajo, cebolla, algunos tomates y el jugo de un limón. Cuatro cucharadas soperas del mejor aceite suave, tanto sirve el portugués como el español; oí decir que el gallego es todavía mejor, pero no lo sé. Nunca lo usé porque no lo he visto en los comercios. Y si encontrase un novio, ¿qué haré? ¿Si viene alguien que avive de nuevo mi muerto deseo, enterrado con la pesadumbre del difunto? ¿Qué saben ustedes, nenas, de la intimidad de las viudas? Deseo de viuda es deseo de libertinaje y de pecado; la viuda que es seria no habla de esas cosas, no piensa en esas cosas, no conversa sobre esas cosas. Déjenme en paz, en mi fogón. Rehoguen el pescado con todos esos condimentos y pónganlo a hervir con muy poca agua, sólo un poquito, casi nada. Después, se filtra y se lo deja aparte. Y continuamos. Aunque mi lecho sea sólo una triste cama para dormir, sin otra utilidad, ¿qué importa? Todo en el mundo tiene sus compensaciones. Nada mejor que vivir tranquila, sin sueños, sin deseos, sin consumirse en llamaradas, con el sexo abrasado por el fuego. No puede haber vida mejor que

la de la viuda seria y recatada, una vida pacata, libre de ambiciones y deseos. Pero ¿y si mi lecho no fuera sólo una cama para dormir, sino un desierto sin salida, al que hay que cruzar sobre las ardientes arenas del deseo? ¿Qué saben ustedes de la intimidad de las viudas, de su cama solitaria, de la pesadumbre dejada por el difunto? Aquí vinieron a aprender a cocinar, no a saber el precio de la renuncia, el precio que se paga, en ansia y soledad, para ser una viuda honesta y recatada. Continuemos la lección.

Tomen el rallador, elijan los cocos y rállenlos. Rallen con ganas, vamos, rallen, a nadie le hizo nunca mal un poco de ejercicio (dicen que el ejercicio aparta los malos pensamientos, no lo creo). Junten la masa blanca bien rallada y caliéntenla antes de exprimirla: así la leche será más gorda, leche pura de coco sin ninguna mezcla. Déjenla aparte.

Una vez conseguida esa leche primera, la gorda, no tiren la masa, no sean despilfarradoras, que los tiempos no están para derrochar. Tomen la misma masa y denle un hervor en un litro de agua. Después exprímanla para obtener la leche floja. Ahora sí, tiren la masa sobrante, pues ya es sólo bagazo.

La viuda es sólo bagazo, limitación e hipocresía. ¿En qué país entierran a la viuda junto con el marido? ¿En qué país queman su cuerpo junto con el cuerpo del difunto? Es mejor así, ser quemada de una vez, reducida a cenizas, y no consumirse en fuego lento y prohibido, quemarse por dentro en la ansiedad y el deseo: por fuera hipocresía, el recato de las ropas negras, los velos que cubren una penosa geografía de miedo y de pecado. La viuda es sólo bagazo y pena.

Descortecen ese pan duro y una vez descortezado pónganlo a ablandar en la leche. En la máquina de picar carne (bien lavada), pongan a picar el pan así ablandado en coco, picando también almendras, langostinos secos, castañas de cajú, jengibre, y no olviden la pimienta rabiosa a gusto del paladar (a unos íes gusta un *batapá* cargado de pimienta, otros lo prefieren con sólo una pizca, una sombra de picante).

Una vez molidos y mezclados estos condimentos, pónganlos con el ya hervido jugo de *garoupa*, uniendo condimento con

condimento, el jengibre con el coco, la sal con la pimienta, el ajo con la castaña, y pongan todo al fuego hasta que se espese el caldo.

¿No influirá el *batapá* sobre la gente? La fuerza del jengibre, la pimienta, las almendras, el poder de estos lascivos condimentos ¿no dará calor a sus sueños? ¿Qué sé yo de tales necesidades? Jamás necesité ni jengibre ni almendras: eran su mano, su lengua, su palabra, sus labios, su perfil, su gracia..., iera él quien me descubría apartando las sábanas, apartando el pudor, para dar lugar a la loca astronomía de sus besos, para encenderme en estrellas, en su miel nocturna! ¿Quién me desvestirá ahora, apartando los velos del pudor, en mis sueños de viuda solitaria en la cama? ¿De dónde me viene este deseo que me quema el pecho y el vientre si faltan su mano, sus labios, su perfil de luna, su risa agreste, si falta él? ¿Por qué este deseo que nace dentro de mí? ¿Por qué tanta pregunta, por qué este interés por saber lo que pasa en lo más íntimo de una viuda? ¿Por qué no dejan que los negros velos del luto cubran mi rostro; velos de prejuicio, que ocultan mi faz, mi vida dividida entre el pudor y el deseo? Soy una viuda, y no está bien que hable de tales cosas; ni siquiera hablar de ellas condice con mi estado. Una viuda cocinando en el fogón al *batapá*, midiendo el jengibre, las almendras, la pimienta. Y sólo eso.

A continuación agreguen leche de coco, de la gruesa y de la floja, y finalmente el aceite de palma, dos tazas bien medidas: flor de aceite de *dendé*, color oro viejo, el color del *batapá*. Dejen cocer todo bastante tiempo, a fuego lento, y revuélvanlo constantemente con una cuchara de madera, siempre hacia el mismo lado; no dejen de remover porque si no el *batapá* se agruma. Muevan, remuevan, vamos, sin parar, hasta llegar exactamente al punto justo.

Mis sueños me consumen a fuego lento; no tengo culpa, soy sólo una viuda partida por la mitad: por un lado una viuda honesta y recatada, por el otro una viuda lasciva, casi histérica, que se deshace entre desmayos y arrebatos. Este manto de pudor me asfixia, y de noche recorro las calles en busca de marido, de un marido a quien servir el *batapá* dorado de mi cuerpo cobrizo, de jengibre y miel.

Ya está a punto el *batapá*. ¡Vean qué belleza! Para servirlo

sólo falta verter un poco de aceite de *dendé* en la cima, crudo. Sírvanlo acompañado de *acaca* y los maridos y los novios se chuparán los dedos.

Y hablando de novio, avisen a todos, para que todos lo sepan: hay una viuda joven, con cierta gracia suave y cierta hermosura, la piel de color mate, hecha de oro y cobre, gran cocinera, tan trabajadora, honesta y bien hablada como no hay otra igual en toda la ciudad y en el Recóncavo, una viuda de primera con una cama de hierro, un pudor de virgen y un fuego que le abrasa el vientre.

Si supieran de alguien interesado, mándenselo corriendo, a cualquier hora, de mañana, de tarde, a medianoche, por la madrugada, con sol o con lluvia, pero mándenlo con el juez y el cura, con papeles de matrimonio. Mándenlo con urgencia, con la máxima urgencia.

Lanzo este llamado a los cuatro vientos, al capricho de las corrientes submarinas, de las fases de la luna y la marea, en la estela de cualquier navegación de altura o de cabotaje, pues soy un puerto difícil de descubrir, un golfo recóndito, un fondeadero de naufragios. Quienes sepan de un soltero en busca de viuda para casarse, díganle que aquí está doña Flor al fogón, junto al *batapá* de pescado, consumida en el fuego y la maldición.

10

Un día no pudo más y se desahogó con doña Norma: «Por fuera honesta continencia, por dentro un pozo de excrementos.» El deseo nacía de ella, de su pecho, del silencio, de la divagación, de la soledad, del sueño. Sin motivo, sin punto de partida, sin semilla ni raíz. Nacía de ella - «de mi misma maldad, Normita»- , de su cuerpo afiebrado, creciendo en aquella carne abonada de ausencia, de penuria, de maldiciones; un ansia plantada en el estiércol de su condenación:

- Estoy condenada, Normita; no quiero pensar en eso, y pienso; no quiero ver y veo; no quiero soñar y sueño toda la noche. Todo en contra de mi voluntad, todo sin querer. Mi cuerpo, el maldito no me obedece, Normita.

El folleto de yoga, leído y releído, le había informado que se trataba de la «batalla crucial entre la inmunda materia y el espíritu puro», que luchaban en su intimidad, cosa temible. La aborrecible materia de su cuerpo abalanzándose con una furia maldita contra el pudor de su espíritu, quebrando la placidez de su vida, de su equilibrio. Ya no había ninguna clase de armonía entre su voluntad y sus instintos. Todo era confuso: de un lado una viuda que era ejemplo de dignidad, del otro lado una hembra joven y necesitada. Caso grave, que exigía, de acuerdo a la receta del folleto, «una fuerte concentración de pensamiento y ejercicios diarios».

Ningún resultado le dieron ni la mística literatura ni los penosos ejercicios; todavía más penosos para doña Flor, que era gordita y aun algo rechoncha. Para ver si lograba el elegiaco equilibrio prometido, realizó durante unas dos semanas las contorsiones más absurdas. Doña Dagmar, a pedido suyo, dio algunas lecciones y doña Flor se sometió a sus instrucciones llena de paciencia y esperanza. Doña Dagmar no regateaba elogios a los métodos yogas, iformidables!, ella logró adelgazar cuatro kilos. Pero con doña Flor fue un fracaso total: ni siquiera adelgazó. En vez de calma y equilibrio, lo único que consiguió fue cansarse, quedar con el cuerpo dolorido y no por eso menos ávido y audaz, menos urgido por su necesidad.

Tampoco quedó satisfecha con los brillantes análisis científicos de doña Gisa, abarrotada de nombres ininteligibles, un embrollo para doctores: complejos, libido, subconsciente, represiones, tabúes.

- Para usted, Flor, viuda llena de represiones y complejos, el sexo es tabú.

Tabú o no tabú, consciente, inconsciente o subconsciente, a causa de la represión y del complejo o por simple deseo de mujer, lo cierto es que esto era una desesperación que duraba la noche entera, con sueños eróticos que la arrastraban a la bacanal, y la conversación de la gringa no le servía para nada. Pues si resolviera seguir las indicaciones que expresaban sus latines, lo que debería hacer es salir por las calles a fornicar con el primer macho que encontrase, destruyendo sin más toda clase de represiones y complejos, estrangulando en la cama de

hierro al miserable tabú, deshonrándose ella y deshonrando la memoria del difunto para siempre.

Doña Norma, en cambio, tenía la buena sabiduría popular, la experiencia viva, la comprensión humana. Fue directamente al asunto:

- Eso quiere decir que necesitas un hombre, mi santa. Eres joven, no tienes ninguna enfermedad grave, y que yo sepa no estás castrada, ¿qué quieres? Hasta las monjas se casan para poder soportar la castidad - se casan con Cristo- y aun así hay algunas que le ponen cuernos a Jesús - y, sonriendo al acordarse- : ¿Recuerdas aquella monja del Desterro que quedó embarazada del panadero y terminó siendo artista de teatro? Hace tiempo, ¿te acuerdas? No se hablaba de otra cosa...

Ni siquiera la imagen de la monja en un escenario de teatro divertía a doña Flor, que, dramáticamente obsesionada por su problema, no prestaba atención a las digresiones de su amiga:

- Pero, Normita, yo soy una viuda...

- ¿Y eso qué? ¿O tú crees que las viudas no son mujeres? Una viuda, que yo sepa, también piensa en los hombres, sueña con los hombres, mira a los hombres..., por ejemplo ésa...

- Bien sabes que yo no soy de esas que viven empeñadas en casarse. Una vez hasta me criticaste, calificándome de grosera...

- Así fue. Sé que tú no eres ninguna casquivana..., pero te voy a hablar claro: tú eres una viuda calentona y te estás poniendo insoportable. Ya has cumplido un año de viuda y en vez de mejorar estás empeorando, como si hubieras enviudado ayer. Antes todavía te reías si uno te hablaba de noviazgo y casamiento. Pero desde hace un tiempo no quieres ni escuchar una broma, te da por enojarte...

- Tú sabes bien por qué... Hasta que apareció el timador...

- ¿Y sólo porque el tal «Duque» - «Duque» o «Príncipe»- anduvo rondando por aquí te volviste peor que una monja? Si a él le dio por buscarte es porque le pareciste un buen bocado. Ahora bien, sólo porque don Aluisio te haya hecho un avance, un tanteo, te trancas en casa, casi no sales, no enfrentas a ningún hombre, como si los hombres fuesen animales feroces... Después de todo, don Aluisio sólo

quería...

- Yo sé lo que él quería...

- Quería dormir contigo, querida... Está claro... Son muchos los que quisieran, los que andan por ahí probando cualquier cosa... Tú eres una viuda despampanante... y hay muchos gavilanes en acecho...

- Será que yo tengo cara de sinvergüenza para que esos atrevidos se animen a...

- ¿Y quién dice que ellos necesiten que una mujer sea descarada para querer acostarse con ella? A pesar de tu cara de verdugo...

- Pero, Normita, ¿qué puedo hacer yo?

- Mujer, tú necesitas apagar ese fuego... Si no duermes bien, si no descansas, si no tienes sosiego, es porque te está ardiendo el rabo en un fuego infernal...

- Cálmate, Normita, renegado sea el diablo...

- Pero ¿no es eso mismo? ¿No es verdad?

- ¿Y qué quieres que haga? ¿Que me desgracie y me convierta en una indecente? No soy ninguna desvergonzada, no nací para tener amante. Para mí esas cosas sólo con mi marido..., sólo porque sueño con esas tonterías ya me dan ganas de morir... Debo parecer una mujer de la vida, para que tú me digas eso...

- No seas tonta, ¿qué te dije yo para que te ofendas?...

- ¿Tú no dijiste...?

- Dije y repito que te está ardiendo el rabo, o, como le decía una hija de una amiga a la madre: «Mamá, mi cosa se convirtió en una hoguera, está ardiendo.» Tú estás más o menos así. Pero eso no quiere decir que no seas seria..., al contrario..., eres seria y mucho, si no, con todo ese fuego, ya habrías abierto las piernas... Eres seria y hasta demasiado, pareces una fiera..., no te das cuenta de la cara que pones cuando un hombre te mira...

- ¿Debo sonreír y decir: «Venga a dormir conmigo...»? Prefero morirme. Sólo fui a la cama con mi marido...

- Y sólo debes ir con tu marido...

- Mi marido murió...

- Murió el primero... Nada impide que tengas otro. Eres joven, Flor, no llegaste a los treinta...

- Los voy a cumplir a fin de año...

- Una chica todavía... Hija mía, para lo que tú tienes, que

no es enfermedad ni locura, sólo hay dos remedios: o el casamiento o la desvergüenza. O si no entrar de monja en un convento. En ese caso hay que tener cuidado con los panaderos, los lecheros, los jardineros y los curas, para no ponerle los cuernos a Dios Nuestro Señor.

- No bromees, Normita.

- No estoy bromeando, Flor. Si fueras una descarada podías continuar viuda, vestida de luto, yendo por ahí, de uno en otro, divirtiéndote, desahogándote. Pero como no eres nada de eso, como eres realmente seria, entonces tienes que casarte, no puedes hacer otra cosa...

- El deseo de una viuda, Normita, se entierra con el difunto; la viuda no tiene derecho ni siquiera a los recuerdos cameros, a recordar las noches en que yogaban, cuanto más las ilusiones de noviazgo y casamiento, de otro marido. Todo eso no pasa de ser un insulto a la memoria y a la honra del finado.

El deseo de una viuda es tan vivo como el de una doncella o el de una casada si no más, loca; de este modo le respondía, enérgicamente, doña Norma. Casarse de nuevo no es ningún insulto a la honra del difunto; cualquier mujer puede reverenciar la memoria del marido muerto y al mismo tiempo ser feliz en compañía de un segundo esposo. Sobre todo ella, doña Flor, cuyo primer casamiento había sido tan inusitado y no siempre alegre, para no decir lo peor.

Fue una conversación larga y beneficiosa, a solas las dos amigas, con esa intimidad que sólo es posible cuando hay verdadera estimación. Dos hermanas no se entenderían tan bien. Y doña Flor quedó finalmente convencida. Quizá ya lo estuviese antes, tras el cruel debate consigo misma. Pero no lo hubiera confesado jamás, sin embargo, si doña Norma no le arrancase los velos del prejuicio, de un falso luto podrido de deseo...

- Pero, Normita, ¿qué adelanto con estar de acuerdo? ¿Quién me va a querer de novia? Nadie quiere ser el que come las sobras del muerto, y yo no voy a salir a ofrecerme..., me voy a morir consumiéndome...

- Quítate el cartel y apuesto a que antes de seis meses...

- ¿Qué cartel?

- Ese que llevas en la cara: «Soy viuda para siempre, no

existo para la vida y para el casamiento.» Decídete, vuelve a reír, a ser igual a todo el mundo y te juro que en menos de seis meses...

Esta conversación tuvo lugar unos días después del carnaval, que aquel año cayó muy tarde, siendo ya marzo, más o menos un mes después del primer aniversario de viuda de doña Flor.

En la mañana de aquel fúnebre aniversario, doña Flor estuvo en el cementerio con lágrimas y flores, demorándose junto al túmulo largo tiempo, como si allí encontrase alivio y calma. Fue uno de los días más tranquilos entre todos los de su confusa época de viuda; sólo se sentía triste por el recuerdo del difunto, con una nostalgia profunda y sedante. Los días de carnaval le resultaron más penosos. La música y las canciones, muchas de las cuales eran las mismas del carnaval anterior, le traían recuerdos de aquel terrible domingo. Al acodarse en la ventana para presenciar el paso de una comparsa, una murga, un conjunto, una agrupación, recordaba a Va- dinho, muerto en el suelo del Largo Dois de Julho, entre serpentinas y confetis, vestido de bahiana. Cuando el *Afoxé* de los Hijos del Mar, desfilando en todo su esplendor, se detuvo frente a la Escuela de Cocina: Sabor y Arte, obedeciendo al silbato de Camafeu, y la negra Andreza de Oxum alzó el estandarte de la reina de las aguas y danzó un paso deslumbrante - las ventanas llenas de gente, la calle abarrotada, los aplausos entusiastas- , doña Flor se deshizo en llanto, y todo el dolor, toda la ausencia se derribaron de golpe sobre ella. Hacía un año, con el cuerpo del finado extendido sobre la cama de hierro, todavía tuvo ánimos para espiar el paso del *Afoxé* sobre los hombros de doña Norma y doña Gisa, con el pecho lleno de vida y de muerte a la vez.

Tan brusca y reciente fuera la muerte que aún contenía cierta ilusión de vida. Sólo con el correr del tiempo habría de darse cuenta doña Flor, definitivamente, del vacío irremediable, de la ausencia definitiva.

En el carnaval anterior, con el muerto allí, pudo, sin embargo, ver el *Afoxé* por lo menos subrepticamente.

Pero en este carnaval no podía soportar la gloriosa visión de los Hijos del Mar, marchando al ritmo de los atabales. Aun ignorando que esa detención del conjunto frente a su

casa, esa interrupción del desfile, y la danza, las ondulaciones de Andreza cual un barco sobre las olas, eran el homenaje del *Afoxé* al siempre recordado socio y amigo, fallecido hacía un año, aun así, doña Flor no pudo contenerse: sólo veía su cuerpo desnudo y exangüe, muerto para siempre.

Le resultó difícil aquel carnaval, toda su vida era cada vez más difícil. Era como si el difunto aprovechara esa estruendosa alegría para mezclarse con la angustia de su deseo insatisfecho; y su sufrimiento fue aumentando hasta ser tanto y tan grande que doña Flor ya no pudo soportarlo más en silencio y soledad. No le fue posible seguir guardando su secreto por más tiempo, el pecho desgarrado, la cabeza embotada, exhausta. Doña Flor era un desecho. Y fue entonces cuando se confió a doña Norma.

Doña Norma le garantizó noviazgo y casamiento a breve plazo si de verdad estaba dispuesta a ello, sin máscara ni tapujos. Buscaron la aquiescencia de doña Gisa, pero la gringa le daba muy poca importancia al noviazgo y al casamiento, ridículas exigencias legales e inhumanas; había estado leyendo al príncipe Kropotkine y terminó mezclando el anarquismo con el psicoanálisis.

Con matrimonio o sin matrimonio, en opinión de la profesora de inglés, doña Flor tenía un «complejo de culpa» que la estaba torturando, y del cual se liberaría sólo cuando rompiese los tabús, «realizándose de cualquier modo». ¡Qué consejo más absurdo!: practicar el amor libre, arrimarse, tener un enamoramiento, una aventura, en fin, pero inmediata. Ni que doña Flor fuese una loca de atar o la más cínica y deschavetada de todas las viudas.

Doña Norma sí servía de ayuda y de consuelo: que doña Flor dejara de confundir el recato con el odio al mundo, la honestidad con el prejuicio, y doña Norma era capaz de apostar dinero a que en menos de seis meses verían a la viuda con un nuevo anillo en el dedo, por lo menos de novia.

Doña Gisa no apostaba: ¿por qué tenía doña Flor que esperar seis meses, soportando horrores? ¿Para qué esa tontería habiendo tanto hombre suelto por el mundo? Pero, de haber apostado, hubiese perdido: casi siempre, entre la

sabiduría de los libros y la sabiduría de la vida, quien acierta es la vida.

Ya fuese que doña Flor se humanizó, yendo más allá de la seca urbanidad en su trato cortés, volviendo a sonreír y a conversar con uno y otro, gentil y atenta aunque siempre discreta, o fuese por simple casualidad (como es más probable), un mes después de su conversación con doña Norma y de la discusión con doña Gisa, se hicieron evidentes, y constituyeron un motivo de público debate, la proba inclinación y las honestas intenciones que ella despertó en el doctor Teodoro Madureira, socio de la Droguería Científica, de la esquina de Cabeca. Vibrante y victoriosa, doña Dinorá exigía reconocimiento:

- Lo adiviné hace muchos meses, lo vi en la bola de cristal y se lo dije a todo el mundo: un señor distinguido, hombre de bien, doctor y con dinero. ¿No salió verdad? ¡Mis albricias, señora doña Flor!

- Un gran partido, ¡qué suerte la tuya! - sentenció unánimemente el coro de amigas y comadres en medio de un delirio de bisbiseos.

11

Nadie sabe en qué momento comenzó a interesarse el farmacéutico. No es fácil determinar la hora y el minuto exactos en que comienza el amor, sobre todo ése que es el definitivo amor de un hombre, el amor de su vida, lacerante y fatal, independiente del reloj y del almanaque. Tiempo después, en un instante de mutuas confidencias, el doctor Teodoro le confesó a doña Flor, con cierto risueño estiramiento, que la venía mirando hacía mucho, desde antes que enviudara. Desde el pequeño laboratorio situado en los fondos de la farmacia la veía cruzar el Largo, siguiendo sus pasos por Cabeca, contemplándola absorto. «Si alguna vez decidiera casarme lo haría con una mujer así, bonita y seria», monologaba junto a los tubos de ensayo, junto a los frascos de drogas. Un sentimiento puro y platónico, naturalmente, no era hombre de inquietarse por una mujer casada y dedicarle otros pensamientos

menos nobles, poniéndole ojos golosos, o, mejor dicho (para repetir la misma expresión utilizada por el farmacéutico, exacta y elegante, adornando con sus galas estas letras vulgares y populacheras), con «los culpables ojos de la concupiscencia».

La que primero notó la inclinación del farmacéutico fue doña Emina, señora que por lo demás se preocupaba poco por la vida ajena: estaba enterada estrictamente de los chismes necesarios para no quedar atrasada con respecto a los sucesos que ocurrían a su alrededor. Al lado de las otras, ávidas por cualquier rumor, doña Emina era discreta y timorata.

Ocurrió el día del «trote», en que los principiantes de las facultades, a comienzos de abril, se desbandan por las calles y avenidas conmemorando la iniciación del curso lectivo. En larga procesión, bajo la batuta de los veteranos, los novatos - con la cabeza afeitada a navaja, envueltos en sábanas, amarrados unos a otros por una cuerda, como una hilera de esclavos- llevaban pancartas criticando al Gobierno y a la Administración, con ironías sobre la carestía de la vida y la incapacidad de los políticos.

Procedente de la Facultad de Medicina, en el Terreiro de Jesús, el desfile cruzó la ciudad en dirección a la Barra, deteniéndose en ciertos lugares, tales como la plaza Castro Álvés, Sao Pedro y Campo Grande. En esos puntos de máxima concentración de curiosos, los veteranos hacían la delicia de los asistentes con disparatados discursos, pronunciados desde el lomo de los burros.

Los moradores de las adyacencias del Largo Dois de Julho y de Cabeça, en cuanto oyeron las cornetas y los clarines anunciadores, que sonaban por la Ladeira de Sao Bento, se encaminaron a Sao Pedro. Iban juntas en alegre grupo doña Norma, doña Amelia, doña María del Carmen, doña Gisela, doña Emina, doña Flor.

Según la información de doña Emina, precisa y concreta, el doctor Teodoro estaba muy en lo suyo, junto al mostrador de la farmacia (indiferente a los clarines y al trote de los asnos, vestidos de profesores y de hombres públicos), conversando con el empleado y la muchacha de la caja, cuando las avistó. Se puso tan nervioso que doña Emina, pareciéndole raros los visajes del doctor, estuvo

observándolo, pudiendo seguir paso a paso sus sospechosas andanzas. El farmacéutico, un señor de ánimo pacato y maneras comedidas, apenas vio a las amigas abandonó aprisa la cómoda postura, la actitud pachorra en que estaba, y se apartó del mostrador poniéndose casi rígido para saludarlas, con un buenos días sonoro y cordial. Un detalle importante: extrajo un peine del bolsillo del chaleco y lo pasó por sus negros cabellos, por otra parte sin necesidad, pues el peinado resplandecía inalterable bajo capas de brillantina. Desapareciendo su cortedad, el boticario comenzó a agitarse como un adolescente. «Pensé que se iba a poner la chaqueta sólo para saludarnos», dijo doña Emina, preguntándose por la causa de tanto afán y tanto celo.

De inmaculada camisa blanca y chaleco ceniza; con gruesa cadena de oro formando una curva pronunciada desde un bolsillo al otro, de la que pendía un sólido patacón también de oro, herencia paterna; perfecta la raya del pantalón, los zapatos en el colmo del brillo, el anillo de graduado: todo un tipazo, alto y simpático. Se inclinó, saludando al grupo. Las amigas respondieron amablemente; el farmacéutico era una personalidad notable en los alrededores, bien visto y estimado. Siempre según el testimonio de doña Emina -rico en minucias, como se ve-, los ojos del doctor Teodoro sólo miraban a doña Flor, ciego para las otras; una mirada que si no era de concupiscencia, por lo menos era de codicia. «Te comía, te devoraba con los ojos», así es como la hábil observadora le describía a doña Flor la exacta expresión de aquella mirada.

Cuando ya no las podía ver desde atrás del mostrador, se puso delante; después fue a la vereda del establecimiento, y finalmente, luego de una breve indecisión y haciendo una advertencia a los empleados, salió calle adelante tras el alegre grupo. Se situó cerca de las amigas, en las inmediaciones del gran reloj de Sao Pedro, disimuladamente. Tomando la cadena de oro, sacó el reloj y se sonrió, satisfecho de la precisión suiza de su cronómetro. Doña Norma y doña Amelia, para no perder detalle del «trote», se subieron a un banco del pequeño jardín; las otras se situaron alrededor de ellas, alzándose sobre la punta de los pies. Desde donde estaba, medio escondido

por la base del reloj, el doctor Teodoro seguía con devoción cada movimiento de doña Flor. Dona Emina, que lo controlaba, manifestó que el farmacéutico no había visto nada del divertido «trote»: los novatos, pintados de anaranjado, bailando una danza macabra; los veteranos reclamando cerveza y gaseosas en los bares y almacenes. Si el doctor Teodoro se sonreía, era acompañando la sonrisa de doña Flor, y sus aplausos eran copia de los de la viuda, mirándola embobado. Doña Emina le tiró de la falda a doña Norma que estaba aplaudiendo, de pie en el banco, los disparates que decía un estudiante montado en un burro (el animal aprovechaba la parada para mordisquear restos de basura entre la suciedad de la calle). Al principio doña Norma no comprendía el palpitante mensaje que le enviaba su amiga con los ojos y los dedos. Pero finalmente, localizando al farmacéutico en mangas de camisa y en éxtasis, compartió, pasmada, su alborozo.

- Chica... - le dijo- . ¡Qué cosa...!

Doña Amelia y doña María del Carmen fueron advertidas de inmediato acerca de la sorprendente actitud del doctor Teodoro: medio escondido detrás del reloj, con la mirada prendida en doña Flor. Sólo doña Gisa se mantenía distante, entregada a la lectura de los carteles estudiantiles; según ella, las manifestaciones de los estudiantes contenían un precioso material para el estudio del alma colectiva. Doña Gisa no perdía ocasión de estudiar, había nacido con el destino de saberlo y explicarlo todo (a través de la ciencia más moderna). Pero para las otras el material más precioso e ilustrativo era el extraño comportamiento del boticario.

- Chicas..., hay que ver para creer...

El desfile continuó hacia la Piedade y ellas lo siguieron. Pero doña Norma, pretextando tener que transmitir un recado, se quedó atrás, dando una vuelta a la manzana: «Vamos a poner esto en limpio y ahora mismo.» Por un instante el doctor Teodoro permaneció indeciso, a los pies del monumental reloj, pero terminó por irse tras ellas, caminando despreocupadamente como quien va sin prisa y al azar, por placer.

Doña Norma y las demás amigas, excepto doña Flor - totalmente ajena a lo que sucedía- , y doña Gisa, que divagaba

sobre la «vocación de los jóvenes para la causa pública», estaban tentadas por la risa. De pronto detuvieron su marcha, y doña Norma fue a dar el mencionado recado, a la puerta de una casa particular. Tomado de sorpresa, a pocos metros de distancia, el doctor Teodoro se vio obligado a proseguir. Pasó junto a las amigas evitando mirarlas, fingiendo que no las veía, pero tenía tan poca experiencia en esas cosas que daba pena: estaba sobresaltado, imaginaba ser objeto de risa y miradas de burla, sin saber dónde meter las manos, un desastre. Hasta que perdió la cabeza y se lanzó hacia la primera esquina, que dobló casi corriendo. A su paso, doña María del Carmen no se contuvo y dejó escapar una risa apagada.

- ¡Chiss...! - indicó doña Norma.

- ¿Adonde va con tanta prisa el doctor Teodoro? - preguntó doña Flor, al verlo desaparecer por la callejuela.

- ¿Quiere decir que no se enteró, tontita? ¿Qué es lo que pasa? ¿Lo va a mantener en secreto o lo va a contar a sus amigas? ¿O es que no tiene confianza?

- ¿De qué se trata, mujer? Ustedes viven inventando cosas... ¿Qué es esta vez?

- No me diga que aún no se dio cuenta...

- ¿De qué, por el amor de Dios?

- De que el doctor Teodoro está chocho por usted...

- ¿Quién? ¿El farmacéutico? Ustedes tienen el meollo reblandecido, son una banda de locas..., dónde se habrá visto..., el doctor Teodoro, el hombre más ceremonioso..., es un disparate...

- ¿Disparate? Ya perdió todas sus ceremonias, querida, anda deschavetado...

Continuaron tras el desfile, broma tras broma, mofándose, riéndose, y la pobre doña Flor sintiéndose en el potro del tormento. Pero cuando regresaron, doña Norma se encontró a solas con ella en la casa de la viuda y le habló en serio. Había estado observando el comportamiento del farmacéutico, una persona que, como decía con razón doña Flor, estaba llena de etiqueta y de formalidades: nunca se oyera decir que mirase intencionadamente a las dientas y mucho menos que hubiese seguido a alguna por la calle, en mangas de camisa, pasándose antes el peine y escabulléndose detrás del reloj público como un turbado

adolescente. No apartó los ojos de doña Flor, no la perdió de vista un momento. Y esto no eran charlas de comadres ni invenciones; doña Norma incluso se había negado a participar en las chanzas, pues, tratándose de un hombre de bien y tan circunspecto, no se debía tomar a la ligera un asunto tan serio, entre burlas y mofas. Un partido así, hija mía, se encuentra muy raramente: un ciudadano maduro, en buena edad para doña Flor, licenciado, un doctor con título y anillo, dueño de una farmacia, rebosante de salud, no lo harían mejor si lo inventasen.

- ¿Tú crees, Normita, que él tiene algún interés? Yo no creo de ningún modo que esté interesado: ¿quién va a querer comer pan de ayer, carne masticada, sobras de difunto? Nadie quiere eso...

Doña Norma la miró de arriba abajo:

- Dios te bendiga... - dijo con una mueca de aprobación.

En aquel momento, doña Flor, un tanto excitada por la novedad, entre curiosa y azorada, lo que menos parecía era pan viejo, pan de la víspera con gusto ácido, y menos aún carne con aspecto de podrida; muy por el contrario: una tez suave de *cabo verde*, de un cobre antiguo y perfecto, sobre una faz lozana y fresca; carne perfumada y joven, con aroma de pitanga, un espléndido pedazo de mujer. Usada, sin duda; tuvo marido, se acostó y yogó con él en la cama de hierro; sin embargo, era más apetecible que muchas doncellas de alfeñique, pues el virgo no lo es todo, ni mucho menos, aunque goce de tanta estimación y tanta fama. En el fondo no es casi nada, una frágil película, una gota de sangre, un ¡ay!, y sobre todo un viejo prejuicio; si alcanza un valor tan alto es porque se beneficia con una publicidad milenaria y cuenta con el ejército y el clero, la policía y la prostitución, todos dedicados a convertir el tapón de la mujer en el rey del mundo. Pero ¿qué es una doncella, con su deseo bobo, ignorante, comparada con una viuda, cuya ansiedad está formada por el conocimiento y la ausencia, la contención y la penuria, el hambre y el ayuno, lúcida y atrevida en su deseo? «Déjame decírtelo, Flor: por sobras así no sólo suspira el doctor Teodoro, sino, ciertamente, además de él, muchos otros que no sabemos.» Lo que doña Norma quería saber era otra cosa:

- ¿Y tú qué dices? ¿Qué te parece? ¿Serás capaz de

amarlo?

Al principio ni siquiera quiso considerar el problema de sus sentimientos antes de tener la certeza de que por parte del farmacéutico existía tal inclinación, y de que todo aquello no era más que una burla o un equívoco, pues no estaba dispuesta a cometer errores otra vez y a ser humillada nuevamente, como sucedió antes con el asunto del «Príncipe» y con la actitud de don Aluisio. Pero ante la presión de doña Norma, que le exigía con amable impertinencia una rápida respuesta, doña Flor confesó que no le disgustaba el boticario. Caballero de finos modales, un primor de distinción, y hombre de buen ver, que daba gusto mirarlo, le recordaba a un artista de cine muy en boga; era un parecido ligero pero lo suficiente para que le resultara simpático. En fin, si realmente fuera verdad todo eso, era posible, e incluso probable, que doña Flor llegara a sentir por él... ¿lo que había sentido por el finado? Eso no, era distinto..., ella era otra, no era la misma de ocho años antes, casi nueve, cuando conoció al tarambana en la fiesta del mayor y repentinamente, sin sopesarlo ni reflexionar, le dio su corazón. (Y de inmediato, alegremente, su senos y sus muslos, en el fragor del Largo y en la oscuridad de la playa.) Loca por él, perdida hasta el punto de entregarse, de darse por entero y sin garantía cuando él lo pidió, refregando en la cara de doña Rozilda, que se había convertido en enemiga del enamoramiento y prohibido el matrimonio, la perdida virginidad.

Ahora era una viuda reposada y reflexiva, incapaz de desenfrenos, de sentimientos y acciones precipitados, perdonables en una jovencita que está en edad de noviar, pero inadmisibles en una señora que anda por los treinta y lleva velos de luto (aunque por dentro la está quemando una hoguera). Si algo de todo eso fuese cierto, ya verían cómo con el tiempo brotaría en ella un sentimiento amoroso, con la tranquila medida de la ternura y la comprensión, sin las violencias juveniles del delirio en los rincones oscuros o en el pasillo de la escalera. Quizá llegara a surgir un sentimiento así, un amor maduro y apacible, a partir de un idilio discreto. A doña Flor incluso le parecía posible que así fuese, pues, como ya había dicho, el doctor Teodoro no era antipático ni feo, y no le tenía aversión,

pareciéndole atrayente, cosa que ahora percibía. Y hete a doña Norma viendo ya el noviazgo y el casamiento, previendo una doña Flor feliz, como siempre había merecido y nunca fuera.

- ¡Ah, mi santa, qué lindo va a ser! Ahora no seas estúpida, no te atranques en la casa, no frunzas el ceño...

Pues doña Flor, si bien confesaba su interés por el boticario, en seguida agregaba su decisión de no salir a demostrarlo, a ofrecerse, a contonearse frente a la droguería, exhibiendo sus necesidades, sus ojeras de cuaresma, de dura abstinencia, de ayuno forzoso. Eso jamás, Normita.

- Pues yo no voy a admitir que pierdas una ocasión así...

Mucho tiempo le costó a doña Norma persuadir a la viuda: que no fuese tonta ni se las diera de indiferente. Quien, como doña Flor, estaba ardiendo en brasas vivas, con necesidad de casarse, y casarse pronto para no terminar histérica o loca, o para no salir por ahí y entregarse a cualquiera, haciendo vida de burdel, de viuda a quien le costaba poco llenar de cuernos la calavera del difunto, poniendo una selvática y viciosa plantación de guampas en su honrada sepultura. ¡Ah!, estando como estaba tan declaradamente ansiosa por el calor de un hombre, de un meneo de cama, no podía presumir de viuda fiel hasta la muerte, con luto eterno y amurada hendidja, con la concha enterrada con el vínculo del fallecido, como una mustia flor a los pies del muerto, inútil y marchita:

- Sirviendo sólo para hacer pipí...

Era mejor resolverse de una vez a aceptar un nuevo marido y vivir con él una vida decente y honesta, renovada por el amor y la alegría, manteniendo honrada, limpia y tranquila la tumba, la memoria y el esperpento del primero. Sin hablar mucho de él, para no ofender al sucesor. Además, en los últimos meses doña Flor parecía haber olvidado el nombre y el apellido del finado. Antes, por llevarles la contraria a las comadres, que maldecían y cubrían de insultos su recuerdo, doña Flor andaba con él en los labios el día entero. Después lo encerró dentro de sí, como una joya preciosa y rara, cuando las amigas y las vecinas lo dejaron en paz en su sepultura (si se acordaban de él no lo decían). Entonces, sólo se trataba de continuar así, retirando de la sala, de un modo natural, el retrato del

granuja, con su sonrisa de clínica desfachatez (y también, ¿a qué negarlo?, con su gracia irresistible), y guardarlo en el fondo de un baúl y en el corazón. En la pared de la sala (y en el sexo) la presencia del segundo... ¡Y qué segundo, hija mía!, una belleza de hombre en la fuerza de la edad y ¡qué distinguido!

Casarse pronto, tener marido, vivir con él una vida decente y honesta como era propio de su carácter y como era su obligación, en vez de quemarse en sueños solitarios, mordiendo los labios, crujiendo los dientes, conteniéndose solamente por miedo y prejuicio. Ella, doña Norma, no permitiría que doña Flor perdiese tan magnífica oportunidad; una oportunidad única, imposible otra mejor, ¡y que la perdiese por falso recato, por tontería, por estupidez! ¡No, tres veces no!

Así pues, al terminar la clase vespertina, durante la cual doña Flor enseñó a las alumnas la receta de un dulce de gelatina y coco llamado «Crema del Hombre» (nombre que provocaba chistes - «¡Ay!, ¡qué crema tan sabrosa!»), doña Norma vino a buscarla y la arrastró al Cabeca, con el pretexto de ir a comprar más flores. Una compra bien difícil: una docena de angélicas de «difícil» elección. Doña Norma no se apuraba a componer el ramo, siempre insatisfecha - ante el asombro del vendedor, el viejo negro Cosme de Omulu- ; demora que se debía al doctor Teodoro, pues éste, sumido en las profundidades de la farmacia, no se hacía visible. A las flores siguieron los *acarajés* de Vitorina... y nada..., el farmacéutico no aparecía en el mostrador. Pero doña Norma no era de las que se dan por vencidas: entró embistiendo farmacia adentro, arrastrando a una doña Flor desconcertada, y pidió al empleado un paquete de algodón. Doña Norma le preguntaba casi a los gritos, furiosa, si es que quería meterse bajo tierra. «¿En dónde se vieron tantos escrúpulos?»

En el pequeño laboratorio del fondo, por detrás de los grandes frascos azules y rojos, como en un grabado de libro de alquimia, vieron al doctor Teodoro moliendo sales y venenos en un mortero de piedra; llevaba puestos los lentes y pesaba con mucha atención lo ya molido - cantidades mínimas de polvos y sales- en una pequeña balanza de juguete. Concentrado en el misterio de la

preparación de la receta no se dio cuenta de la presencia de las señoras en el establecimiento, como si no llegara hasta él la voz de doña Norma contando un suceso publicado en los diarios.

Dejando la balanza, el boticario puso en un tubo de ensayo el polvo de los minerales molidos, en ínfimas porciones, agregándole veinte gotas exactas de un líquido incoloro, después de lo cual todo quedó envuelto en una humareda anaranjada que circundaba de ciencia y de magia la cabeza morena y fuerte del doctor.

Doña Norma no perdió la oportunidad y su voz resonó, aduladora:

- Fíjate, Flor, querida, si el doctor Teodoro no parece un brujo, todo rodeado de azufre..., irenegado sea el diablo!

Estremecióse el doctor al oír el nombre, no el suyo, el de doña Flor: mirando por encima de los lentes (útiles tan sólo para distinguir algo de cerca), constató la presencia de la poesía entre los remedios y sintió conmoverse sus cimientos más profundos, con un escalofrío en el bajo vientre. Quiso levantarse, pero estaba tan atolondrado y entontecido que hizo un mal movimiento y fue a parar al suelo, partiéndose el tubo de ensayo en mil pedazos. Y el remedio casi terminado (una medicina para calmar la tos de doña Zezé Pedreira, una viejita de cristal, de la calle de la Forca) se convirtió en una mancha oscura extendida por el suelo, mientras la humareda color sangre persistía en tomo al austero rostro del doctor.

- ¡Ay!, Dios mío... - exclamó doña Flor.

Y nada más sucedió ni se dijo una palabra más. Doña Norma pagó la cuenta del algodón, riéndose, pues la figura del droguista no podía ser más cómica, semierguido en la silla, la mano en el aire como si todavía sostuviese el tubo de vidrio, los anteojos resbalándole por la nariz, mudo y estupefacto.

Toda confundida, muerta de vergüenza, salió doña Flor puerta afuera mientras doña Norma lanzaba una mirada de complicidad al romántico boticario, como quien echa una cuerda a un náufrago. El doctor Teodoro intentó articular una palabra, pero no pudo.

Doña Norma alcanzó a doña Flor en la esquina: ¿le quedaba todavía alguna duda sobre el estado de ánimo del

farmacéutico? ¿O acaso quería - exigencia absurda en una viuda carcomida por el deseo, gimiendo en la cárcel del luto- un candidato de mejor estirpe, clase y complexión? Imposible un partido mejor, mi santa: doctor con diploma y con anillo de amatista verdadera, propietario establecido, buen mozote, muy compuesto con su chaleco y su oro, de salud robusta, de hábitos morigerados, un señor de bien, un soberbio cuarentón.

12

Un soberbio cuarentón: iba saliendo punto por punto, sin faltar detalle, todo cuanto la bola de cristal y las grasientas cartas le revelaran a doña Dinorá aquella tarde la profecía; así hubieron de reconocerlo las amigas y comadres en la figura del doctor Teodoro. El dinero y el título universitario, la complexión y el talle, la silueta, el porte digno, los buenos modales, todo; y sin embargo, cuando en su momento buscaron por las calles y las plazas, entre afanosas carcajadas, un rostro que correspondiese a la descripción de la vidente, nadie pensó en el farmacéutico. ¿Cómo explicar semejante absurdo, si estaba a la vista, si bastaba mirar para verlo? ¿Ceguera de las comadres y amigas o simulación de este pormenorizado relato, error fatal para más jolgorio de la crítica adversa? Ni error ni engaño; sí, en cambio, una especie de obcecamiento colectivo que impidió a las comadres y amigas descubrirlo en los discretos fondos de la farmacia, las lentes sobre la nariz, la cadena de oro, inclinado sobre las drogas, mezclando venenos para transformarlos en remedios, y distribuir salud a domicilio y a precios módicos.

El cronista de los casamientos de doña Flor, de sus penas y alegrías no hizo más que ser fiel a la verdad al no incluir al doctor Teodoro en la lista de los pretendientes cuyas candidaturas proponían las comadres, pues ninguna de ellas se acordó del boticario, no apareciendo su nombre en el baile, al son de las sabrosas habladurías en torno a la viudez de doña Flor, cuando todas querían distraerla. Por lo demás, poco perdió el doctor con tal olvido; en el mejor de

los casos sólo habría logrado participar en aquel sueño de doña Flor cuando ella se vio en la ronda, rodeada de palurdos que aspiraban a su mano. Mejor para él: ni en sueños le tocó hacer un papel ridículo, y de este modo no se desgastó en la estimación de la viuda.

Pero ¿por qué tal ceguera, por qué lo olvidaron, por qué no lo descubrieron en el mostrador de la farmacia, junto a los vidrios azules y rojos, envuelto en olor a medicinas, con la aguja de la inyección pronta para pinchar los brazos y las nalgas de todas las vejanconas dientas suyas? Viéndolo y tratándolo tanto, ¿por qué no se habían fijado en él?

Por considerarlo irremediablemente opuesto al casamiento. Por esa razón, al hacer la lista de los solteros de la calle no pusieron en la cuenta al boticario, como si fuera casado, con mujer e hijos. Ni siquiera doña Norma, en su meticulosa búsqueda de novio para la desvaída María, su vecina y ahijada, se acordó de él en ningún momento. ¿El doctor Teodoro? Ese no se casó ni se casará, no vale la pena fijarse en él, es perder el tiempo, aunque quisiera construir un hogar, no podría, ¡qué lástima, pobre!

Y como se trataba de una verdad tan sabida y aceptada, se explica que no haya sido blanco de las burlas y los chismes, como lo fueron los otros célibes conocidos, en toda esta historia de la viudez de doña Flor.

Doña Dinorá, emperatriz de las intrigantes y adivinas, pasaba diariamente frente a la Droguería Científica, y dos veces por semana mostraba allí su flácido trasero. ¡Ah!, ¡qué fugaces son las vanidades y las grandezas humanas!: ese mismo trasero ahora flojo había sido loado por los versos de rimas satánicas de Mestre Robato, cuando era un adolescente vate de la escuela demoníaca; por entonces, verlo y tocarlo costaba cheques y fajos de billetes a los ricos señores del comercio; hoy lo descubría ante el farmacéutico para que le pusiera la dolorosa inyección contra el reuma. Pero ni así fueron sus ojos de vidente capaces de prever el futuro, de adivinar que el moreno señor que agarraba su piel flácida era el soberbio cuarentón de la profecía. Porque ella sabía, y mejor que nadie, hasta qué punto le era imposible tomar esposa.

No por afeminado, por impotente o por doncel a quien repugnasen las mujeres. Por Dios, ni pensar que pueda surgir

una sospecha de esa especie, pues el doctor Teodoro, hombre pacífico, amable, de buen vivir, sería muy capaz de salirse de su habitual comedimiento y dar sobradas pruebas de su masculinidad rompiéndole las narices al canalla que lo injuriase al poner en duda su condición de hombre entero.

De hombre con mucho servicio de macho, aunque discreto. Si alguien exigiera sobre este asunto un testimonio preciso e indiscutible bastaría entrevistar en el Beco do Sapoti a la pujante y pulcra pardusca Otaviana das Dores (o Tavita Languidez) y romper con unas monedas la reserva debida a su selecta clientela: dos magistrados de segunda instancia, tres comerciantes de la Cidade Baixa, un padre secular, un profesor de medicina y nuestro excelente farmacéutico.

Por sus manifiestas cualidades de limpieza, de discreción y de seriedad - parecía más bien una señora que recibía acogedoramente a sus amistades en su casa- , Otaviana mereció ser elegida y frecuentada por el doctor Teodoro, infaltable los jueves después de la cena. Los clientes de Tavita, una élite preclara y sigilosa, tenían día fijo (o noche marcada), cada uno con sus hábitos y gustos distintos, con sus preferencias - a veces muy exquisitas, como las del magistrado Lameira, casi coprófilo- , y ella los atendía a todos con competencia y soltura, dándoles total satisfacción. A unos y a otros, a los varones normales y sin problemas, como el doctor Teodoro, y a los viejos sátiros reblandecidos, come- boñigas y chupa- ombligos, dejando a todos contentos y regalados.

A las veinte horas en punto, todos los jueves, el doctor Teodoro cruzaba el umbral de la puerta, siendo recibido con especial estimación y cortesía. Instalado en una mecedora, frente a Otaviana, que tejía escarpines de nene, bebiendo algún licor de fruta, una especialidad de las hermanitas del convento de Lapa, el doctor Teodoro y la mundana mantenían un provechoso diálogo, pasando revista a los acontecimientos de la semana, a las noticias de los diarios. Acostumbrada a convivir con señores ilustrados, Tavita había adquirido cierto barniz de erudición, era de agradable conversación, toda una intelectual, y en el Beco do Sapoti la consultaban con cualquier motivo. Además era muy moralista, criticaba las costumbres actuales, esos

disparates que se ven por el mundo, esa juventud incrédula y desenfrenada.

Así pasaba el farmacéutico la hora de la digestión, escuchando y compartiendo los edificantes conceptos de la mulata... «Este mundo está perdido, señor doctor, no hay santo que lo arregle.» Iban después al dormitorio, oloroso a hojas aromáticas, y el doctor Teodoro entraba con Otaviana - en una cama de sábanas blanquísimas- con derecho a bis. ¿Y cómo seguir dudando de su machismo si sabemos que él hacía casi siempre uso de tal derecho y repetía gallardamente el buen jolgorio?

Sin aumento de precio, digámoslo, pues Tavita Languidez no cobraba por vez sino por noches; por la noche entera, incluso cuando el cliente, limitado en su libertad por el control familiar, salía apurado, utilizando sólo el breve margen de tiempo que puede justificarse con una mentira cualquiera. Precio salado, tarifa alta, placer caro; pero el refinamiento en el trato y tanta gentileza y competencia valían el derroche.

El doctor Teodoro permanecía algunas veces hasta la medianoche, echando de cuando en cuando un sueñecito en aquella cama con colchón de parturienta, blando y cálido, mientras la gentil Otaviana velaba su reposo. Antes de irse todavía le ofrecía un *mungunzá*, o un dulce de arroz, o maíz tostado, o una nueva copa de licor para «restaurar las fuerzas», como le decía susurrando, con una sonrisa mimosa, la parda y digna fulana.

Las comadres no lo inscribieron en sus listas ni lo tuvieron en cuenta en sus bromas matrimoniales porque sabían que sólo se dedicaba a la madre, una anciana paralítica para quien el hijo lo era todo. La anciana había tenido un derrame, y en esa circunstancia el doctor Teodoro, recién licenciado, le prometió mantenerse soltero mientras ella viviese. Era lo menos que podía hacer para probarle su gratitud. Perdió el padre cuando tenía dieciocho años y se preparaba para el examen preliminar en la Facultad de Medicina.

Quiso interrumpir los estudios y residir para siempre en la ciudad de Jequíé, donde vivía, y hacerse cargo del pequeño negocio de haciendas, único bien legado por el padre además de montones de deudas y una amplia fama de

hombre bueno. Pero la viuda, mujer resuelta, aunque de frágil apariencia, no admitió el sacrificio: la única ambición que tuvo el finado era que el hijo se licenciase, y el joven Teodoro demostraba ser un óptimo estudiante al que los profesores pronosticaban grandes éxitos. Que se presentara a los exámenes y siguiese la carrera, que ya la madre se encargaría del negocio. Sólo hubo un cambio: en lugar de medicina siguió farmacia, que duraba tres años menos.

Sólita, trabajando noche y día, permanentemente fatigada, la viuda administró la casa y el negocio, pagando las deudas y garantizando la mensualidad al hijo universitario. Más de una vez intentó él emplearse, pero la madre se opuso: su tiempo para los estudios era sagrado, tenía que dejar el trabajo para después de licenciarse.

Cuando lo vio hecho un doctor, de anillo y diploma, envuelto en la toga negra y en la solemnidad de la colación de grados, no soportó tanta alegría: esa misma noche, de regreso al hotel, tuvo el derrame. Se salvó por milagro, pero quedó paralítica para siempre.

El joven farmacéutico, viéndola al borde de la muerte, en un gesto de héroe de dramón, aunque sincero, le juró que estaría siempre a su lado y que seguiría soltero mientras ella viviese. Al día siguiente lo primero que hizo fue romper su compromiso con Violeta Sá y no volvió a tener otra novia. Como única alegría y diversión le quedó el fagot, instrumento que aprendió a tocar cuando todavía era un alumno de secundaria, en la Lira Municipal.

Al licenciarse, vendió el negocio de Jequié, y adquirió, en sociedad con otros, una parte de una decadente farmacia de Itapajipe, propiedad de un médico que tuvo triste fin: víctima de una celebridad prematura cometió los mayores desatinos, obligando a la familia a internarlo. El doctor Teodoro alquiló casa cerca de allí y vivió exclusivamente dedicado al trabajo y a la madre tullida, inmovilizada en una silla de ruedas, la mirada perdida, la voz ronca y dificultosa, celosa del hijo. Por las noches se sentaba junto a ella y ensayaba solos de fagot para aliviar la terrible soledad de la enferma. Así permaneció durante años y años, saliendo muy poco del barrio, en el que era popular y estimado. Cuando conoció al músico Agenor Gómez, ingresó con su fagot en la orquesta de aficionados que

reunía, en torno al competente maestro, a unos cuantos médicos, ingenieros, abogados, un juez, un dependiente y dos comerciantes. Todos los domingos se juntaban para tocar en casa de uno de ellos, felices con sus instrumentos y sus composiciones. Bajo la dirección del joven titular, la farmacia volvió a su antigua prosperidad y la fama del doctor Teodoro, como hombre recto y bueno, fue imponiéndose y creciendo con el tiempo. Fueron muchas las pretensiones que surgieron en torno al fagot del joven farmacéutico, pero éste, serio e incapaz de hacerle perder el tiempo a una joven casadera, no entretuvo ni dio esperanzas a ninguna. Todas las finezas propias del noviazgo las reservó para la paralítica: flores, cajas de bombones, delicados regalos y hasta una sonata compuesta por el maestro en homenaje a esa devoción filial, titulada «Tardes de Itapajipe con el amor materno». El médico trastornado se murió y el doctor Teodoro atendió los problemas de la sucesión, resolviéndolos como si se tratara de los bienes de su familia. Tal vez por eso la viuda concibió la idea de casarlo con la hija más joven, una atorranta que daba miedo. Por suerte para el doctor Teodoro la promesa no se lo permitía, porque de lo contrario podría haberse visto de pronto casado con la pelandusca (hasta tal punto era dominadora la viuda, que ya había llegado a tratarlo como si fuera su suegra, disponiendo de su vida). Alarmado, el doctor Teodoro sólo tuvo un recurso: traspasar su parte de la sociedad, retirándose de la farmacia y de la amenaza de noviazgo.

Cuando estaba preguntándose qué hacer con el dinero recibido se encontró con un conocido suyo (suyo y nuestro, pues ya lo hemos visto en otra ocasión, al volante de su auto en la calle Chile, casi atropellando a doña Rozilda, y encima soltándole regios exabruptos), el experto representante de productos farmacéuticos Rosalvo Medeiros, quien le dio un dato de primera: un próspero establecimiento, la Droguería Científica, situado en un punto formidable, era causa de una de esas sórdidas luchas entre herederos de una sucesión en litigio, una torpe pelea familiar. Excelente oportunidad para quien tuviese dinero; podía hacer una compra estupenda.

Y así lo hizo el doctor Teodoro, adquiriendo las partes de

dos de los cinco herederos, abonando algo al contado y el resto a plazos. Emprendía de este modo algo grande, adquiriría un patrimonio. En los comienzos pasó momentos de apuro, rescatando documentos que pagaban elevados intereses. En aquellos primeros tiempos le fue muy útil su relación con el banquero Celestino, a quien lo recomendará otro miembro de la orquesta de aficionados, el doctor Venceslau Pires da Veiga, que era casi tan buen violín como famoso bisturí. El portugués percibió en seguida que se trataba de un hombre serio: tenía vista y olfato, no se engañaba nunca. Y le facilitó la renovación de los pagarés, aliviando así su situación.

Hombre de pocos gastos (sus lujos se reducían a una enfermera competente para la madre, el fagot y la visita semanal a Tavita Languidez), el farmacéutico, gracias al apoyo del banquero, cruzó sin mayores riesgos aquellos primeros tiempos en Cabeça, cuando aún estaba endeudado. Un año antes de sentirse atraído por doña Flor había pagado, con un suspiro de alivio, el último vencimiento.

Ahora ya no era más el socio de una pequeña farmacia en Itapajipe, sino de una droguería en el centro de la ciudad. Y, aunque socio menor, poseía las dos quintas partes del capital y hacía y deshacía en el negocio, pues los tres hermanos no se entendían y era muy raro que pusieran los pies en la Científica (a no ser para pedir un adelanto a cuenta de los dividendos).

Además, como farmacéutico titular del establecimiento y por la atención diaria del mismo, le correspondía una participación mayor en las ganancias. Esperando que más pronto o más tarde podría comprar las otras partes, cuando los hermanos, una caterva de inútiles haraganes, acabasen por tirar en la buena vida el resto de la herencia, el doctor Teodoro fue ganando paulatinamente el respeto y la estimación del barrio; incluso de las comadres.

Cuando llegó a Cabeça, irreprochable en su traje oscuro, serio y competente, un solterón rondando los cuarenta, las comadres, apenas verlo, se pusieron en campaña. Escudriñaron su vida íntima, evaluaron su ciencia - «qué mano más delicada para las inyecciones», «receta mejor que muchos médicos»- , pasaron por un peine fino los

menores detalles de su biografía, desde los estudios costeados con el trabajo de la madre, al frente del negocito de Jequié, hasta los solos de fagot - arte y placer del célibe- y las lágrimas del capítulo dramático del derrame, cuando el doctor Teodoro jurara no amar a ninguna mujer para atender mejor a la paralítica.

Doña Dinorá, escrupulosa y exacta, obstinada en la averiguación de los menores detalles, amplió su campo de investigaciones hasta Itapajipe, en donde entrevistó a la enfermera que había cuidado a la viejecita en su sillón de lisiada. Su dedicación de hijo merecedor de una sonata - melodía y poema- se impuso a la maledicencia de las comadres, quienes dejaron al boticario en paz con sus austeros hábitos y su madre enferma.

Estaban tan acostumbradas a verlo a través de su solemne compromiso filial que ni se dieron cuenta del profundo cambio cualitativo ocurrido meses antes, cuando la madre del doctor Teodoro murió en su sillón de ruedas, en el que había vivido durante más de veinte años, quedando el hijo libre de su fatal promesa. Libre para casarse. Pero es que para las comadres el farmacéutico no existía como tema de chismes y rumores. Chismorreaban sobre todo el mundo menos sobre él, «el doctor Teodoro es un hombre recto».

Cuál no sería su asombro, pues, cuál no sería su estupefacción - el fin del mundo- cuando estalló la noticia del interés que tenía el droguista por la profesora de cocina. ¡Ah, traidor! Las comadres, en formación de combate, ocuparon todas las posiciones estratégicas entre la Droguería Científica y la Escuela de Cocina: Sabor y Arte. El doctor Teodoro tenía que cruzar, con su paso medurado, su saco gris- ceniza o azul, y su austera compostura, por entre las miradas y las sonrisas de las vecinas, cuando pasaba ante la ventana desde la que doña Flor respondía con una sonrisa breve y amable al respetuoso pero apasionado saludo del pretendiente. ¡Ah, traidor!, icazurro!, isimulador...! - se decían con las miradas y los gestos las intrigantes- . Continuaba viviendo en la misma lejana casa de Itapajipe, pero ya no se apresuraba a tomar el tranvía primero y el elevador luego apenas cerraba las puertas de la Droguería: ya no lo esperaba más, con nerviosa impaciencia, la madre entenada. Tomó la costumbre de

almorzar y cenar en el restaurante del portugués Moreira, y rondaba por Cabeça, Maciel, Sodré, como si no pudiera abandonar las cercanías de la viuda. La cortejaba de lejos, discreto, sin imponerle su presencia. Pero ¿cómo actuar con discreción, en los límites de la reserva, con tanto comadrerío en torno, tropezando a cada paso con una de las beatas, escuchando las insinuaciones de doña Dinorá?

El doctor Teodoro, hombre de actitudes francas, enemigo de fraudes y embaucamientos, se sentía incómodo. La situación se le fue haciendo insoportable. Doña Norma se dio cuenta:

- Me da pena...

Doña Flor se sonreía con simpatía:

- Pobrecito...

- Esto no puede continuar así..., voy a dar un paso...

Doña Norma decidió tener una sincera conversación con el apasionado farmacéutico para resolver aquello de una vez. La misma doña Flor tampoco podía ya ocultar que también estaba interesada, refiriéndose a él con afecto, firme en la ventana a la hora en que el doctor pasaba por la calle.

- Voy a hablar con él...

- ¿Estás loca, criatura? Va a pensar que yo te mandé, que soy una perdida, una que se anda ofreciendo por ahí...

- No seas tonta..., déjame a mí...

Pero doña Norma no llegó a tomar la iniciativa, pues aquella misma tarde doña Flor se presentó en la casa de ella casi sin aliento, llevando en la mano las hojas y el sobre de una carta. Papel azul con orlas de oro y perfume de sándalo, un primor.

Declaración en regla, frases de galanteo en selecto portugués, relación de bienes y de cualidades, puestos unos y otros a los pies de la dama; honestas intenciones, nobles palabras y el soplo de una pasión verdadera que trasponía los rectilíneos límites de la reserva dándole a ese documento - en el que se revelaba todo un carácter- el tono de un alegato de amor, tembloroso y vivo. - ¡Fabuloso...! - dijo doña Norma, leyendo con avidez y entusiasmo- . ¡Es un coloso!

Así como el primer casamiento de doña Flor hubo de realizarse a toda prisa, en rápida y restringida ceremonia, en el segundo todo sucedió como debe ser, muy ordenadamente y hasta con cierto brillo. El primero no fue precedido por el noviazgo, yéndose derechamente desde el cortejo (impúdico) al matrimonio, pasando por la cama (antes de hora). Porque se había celebrado en aquella desagradable y embarazosa situación de urgencia debido a la necesidad de cubrir con el aval del Estado y de la Iglesia el virgo destapado anticipadamente por el festejante, y de este modo restaurar, si no elpreciado pellejo, por lo menos el buen nombre de la familia.

Esta vez el casamiento se hizo con participaciones e invitaciones impresas, con noticia en la columna de «Sociales» de *A Tarde* - con una elogiosa referencia al doctor Teodoro, «nuestro estimado y conspicuo suscriptor»- , música, y gran iluminación, y gente, mucha gente en la iglesia de Sao Bento, donde el celebrante, don Jerónimo, pronunció uno de sus más elocuentes sermones; a su vez, en la ceremonia civil, el juez, doctor Pinho Pedreira, con los elegantes conceptos que lo caracterizan, vaticinó a la nueva pareja, en un breve y amable discurso, una vida de paz y armonía «bajo el signo de la música, voz de los dioses». El enjuto y preclaro juez era colega del novio en la orquesta de aficionados reunida bajo la batuta del maestro Agenor Gómez, siendo distinguido clarinete de la misma.

Tuvo así el segundo casamiento de doña Flor cuanto le faltó al primero. Organizado con escrupulosa eficacia por doña Norma a pedido de los novios, cada cosa estuvo en su lugar a la hora prevista, todo de muy buena calidad y a precio accesible, habiendo contribuido al éxito la ayuda entusiasta de toda la vecindad.

¿Qué es lo que no podía conseguir doña Norma? Incluso logró la presencia de doña Rozilda y su total reconciliación con la hija. Vinieron también, de Nazareth, el hermano y la cuñada de doña Flor, registrándose sólo la ausencia de Rosalía y Antonio Moráis, pues el mecánico mantuvo su resolución de no volver a Bahía hasta que la suegra se hubiese ido a tomar «vacaciones permanentes en el

infierno».

Esta vez doña Rozilda no encontró nada que criticar: era un casamiento a su gusto, tanto la ceremonia como el yerno. Al fin un yerno que se acercaba al modelo soñado en los lejanos días de la Ladeira do Alvo; no del todo, naturalmente, no era el príncipe perfecto, el ideal casi alcanzado con el estudiante Pedro Borges. Pero, en fin, era un doctor, con recursos, socio de una farmacia bien surtida y situada. Hombre probo y de mundo, alguien en la vida, no un pobre diablo que ganaba el pan rastreando bajo los automóviles de los otros, lleno de grasa, como el marido de Rosalía; y mucho menos un vago atorrante, un charlatán como el primer esposo de Florípedes. A este doctor Teodoro ella podía exhibirlo sin menoscabo ante sus relaciones de élite, era un hombre de pro, un yerno con solidez, con recursos.

En el segundo casamiento lo único que faltó fue el período de festejo, y con razón, pues no queda bien que una viuda se deje cortejar en una esquina o en el escondido rincón de un portal, con abrazos y desenfrenos: besitos, apreturas, toca- aquí- toca- allá, las manos de él en sus pechos o recorriendo sus muslos. Descaros y desvergüenzas tolerables en el noviazgo de una doncella siempre que sean serias las instituciones del cortejante, lo cual le da derecho a algunos anticipos, pero insoportables e inmorales cuando se trata de una viuda.

He ahí por qué al declararse el doctor Teodoro a través de tan noble epístola, se resolvió entre las partes - con el consejo y la aprobación de parientes y amigos- un respetuoso y breve período de compromiso durante el cual podrían doña Flor y el doctor Teodoro conocerse mejor y apreciar mutuamente sus cualidades y defectos, para decidir o no casarse. La amarga experiencia de doña Flor - al decir de Sampo, embajador plenipotenciario- no le permitía dar un paso tan serio sin amplias garantías de éxito.

Un paso tan serio: ni siquiera doña Norma, con toda su buena voluntad y su no menor capacidad, se animó a dar por su cuenta un consejo a la amiga sobre el tenor de la respuesta a las hojas azul y oro que trascendían a perfume de sándalo y a pasión. Para ella, íntima y fraternal amiga

de doña Flor, al tanto de sus secretos, de su necesitada situación de joven hembra presa en las redes de la viudez, no cabía duda que ese casamiento era la solución perfecta para todos los problemas de la amiga. Pero la respuesta a la ardiente y cortés declaración no podía reducirse a una palabra: «Acepto.» ¿Y después?

Era necesario aprovechar la ocasión para poner todo en su lugar, precisando actitudes, condiciones y plazos, de forma que doña Flor no fuese víctima de la condenación de las gentes, ni tampoco se prolongase demasiado la ridícula imagen que ofrecía ahora el inexperto farmacéutico, hombre bien considerado y de respeto, que de repente se veía convertido en payaso y en motivo de burlas por parte de las comadres que espiaban su paso por la calle y describían sus miradas y suspiros, divirtiéndose a costa suya. He ahí por qué doña Norma no sólo convocó a su entrañable amiga doña Gisa, letrada y sabionda, sino que también quiso oír a don Sampaio y apoyarse en él. Al principio pensó en Nazareth das Farinhas o en Río, en la madre y en los otros parientes de doña Flor.

Pero tanto ella como la viuda concordaron en que era inútil la presencia de los bondadosos viejos en los debates preliminares del caso. Si llegase el momento solemne del compromiso, entonces sí, harían salir de su jardín a la tía Lita y al tío Porto de sus coloridos paisajes para recibir la petición del pretendiente y comprobar sus intenciones.

Aquella fue una noche complicada para doña Norma, que tuvo que pedirle a doña Amelia que la sustituyera en la cabecera de una prima suya, en quinto o sexto grado, que recién acababa de dar a luz:

- Esta Normita no tenía por qué haberse ofrecido a acompañarla, la joven está llena de parientes,..., se ofreció de puro entrometida, ¡qué mujer más atolondrada...! - protestaba doña Amelia, camino del hospital contra su voluntad.

También doña Gisa hubo de deshacer un compromiso: una reunión musical en casa de unos amigos alemanes, donde, a media luz, se oían discos de Beethoven en devoto silencio, sorbiendo alguna copita. En cuanto a don Sampaio, fue de mala gana, a la fuerza: no estaba en sus costumbres meterse en la vida ajena y mucho menos entrar en el terreno de los palpitos a propósito de un asunto tan

personal como el casamiento. Pero tratándose de doña Flor, criatura a quien realmente estimaba, viuda honesta ¡y qué churro, qué postre! (don Sampaio no podía reprimir sus malos pensamientos), se decidió a salir, resolviendo dejar sus ocios y sus principios para atender el pedido.

Tras una nueva lectura de la carta, hecha en voz alta y con comentarios, don Sampaio comenzó aquella histórica conferencia en la cumbre (como diría la prensa de hoy):

- Me gusta, es un hombre de elevados sentimientos - opinó el dueño de la zapatería.

Se oyó a continuación el tímido asentimiento de doña Flor:

- Sí, pienso que sí... ¿Por qué no? Me parece simpático...

- ¿Simpático? Es un pedazo de hombre, un *zorro* - protestó doña Gisa, dispuesta a usar la jerga bahiana en su media lengua de gringa.

Finalmente, por sugestión de doña Norma, resolvieron darle plenos poderes a don Zé Sampaio para que en nombre de la viuda hablase con el farmacéutico sobre los trámites necesarios, dándole el sí pero no sin condiciones. Debían terminar de inmediato las demostraciones, e iniciar un noviazgo discreto, precedido de un encuentro con los tíos de doña Flor en el que se oficializaría el compromiso.

Hecho esto, el doctor Teodoro podría frecuentar la casa de la prometida tres veces por semana, los miércoles, sábados y domingos. Los miércoles y los sábados debía llegar después de la cena, permaneciendo hasta las diez de la noche; todos los encuentros, como es natural, debían suceder en presencia de terceros, para no dar lugar al más mínimo rumor sobre la responsabilidad de la viuda. El régimen era más suave los domingos, que debían comenzar con un almuerzo en Río Vermelho, en casa de los tíos, y terminar con una función de cine en compañía de los Sampaio o de los Ruas. No es posible cerrar el acta de aquella memorable reunión sin hacer constar en ella el descontento y el desacuerdo de doña Gisa con tales limitaciones. Se había opuesto con énfasis a la mayoría de tan ridículas y tontas exigencias, normas retrógradas que en su opinión no eran más que restos de la Edad Media, feudales y penosos. Pero el mismo Zé Sampaio, hombre de experiencia, las consideraba necesarias para preservar sin mancha el buen nombre de la vecina.

Todo indicaba que el doctor Teodoro era un hombre de bien - como sugerían su comportamiento anterior y los elevados conceptos de su carta- , pero aun así debía protegerse a la viuda contra cualquier abuso, no fuese que el boticario, después de estar día y noche en casa de la indefensa doña Flor, después de pasearla de un lado para otro en giras y excursiones, quizá a lugares distantes, nadie sabe dónde, los dos solos, saliera luego el bribón escapándose de repente, como tantas veces había sucedido en semejantes casos. ¿Dónde irían a parar entonces la honra y el límpido buen nombre de la vecina? Si sucediera eso, doña Flor pasaría, de ser considerada como una viuda ejemplar por su seriedad y comportamiento, a ser vista como orinal de difunto, en el que cualquiera hace pis y se marcha. Doña Gisa, con su sapiencia, podía reírse de esas costumbres, pero él, José Sampaio, celoso de la salud moral de doña Flor, opinaba que...

¡Edad Media, feudalismo, Santa Inquisición...! ¿Dónde se vio que una mujer de treinta años, viuda, dueña de hacer su gusto, dueña de su dinero, ganado con su trabajo idóneo, necesitase testigos para recibir la visita del novio, un caballero que pasaba los cuarenta? Sólo en el Brasil era posible semejante atraso..., en los Estados Unidos todo el mundo se reiría...

Don Sampaio escuchaba en silencio a la gringa, observándola, dándole la razón en lo más recóndito de su pensamiento: todas esas precauciones, esos testigos, eran una gran tontería, ya que finalmente quien da lo que es suyo se lo da a quien quiere y cuando mejor le parece... ¡Y qué bueno sería si la gringa, con tanta chachara y tanto futurismo, resolviese darle a él algo para poner en práctica sus teorías, su desprecio por los convencionalismos, por esas chiquillerías...! ¡Pero nada! Tanta palabra, tanta indignación, tanta ciencia y tantas letras, y después era una roca. Por lo menos hasta que hubiera pruebas en contra. Si se entregaba era en secreto. ¡Y qué secreto más absoluto! Nadie, ni siquiera doña Dinorá, tuvo jamás la menor sospecha, ni un solo gesto; ni siquiera se le conocía un pretendiente. Muchas habladurías, sí, pero todo en vano, todo concluía desvaneciéndose en la nada. Y la gringa se reía, feliz de la vida, con todos los síntomas físicos y

morales del sexo satisfecho, bien servido, mientras las comadres seguían despistadas, sin descubrir una paja por más que escarbasen.

Vaya usted a saber, a lo mejor no se daba y era seria de verdad..., lo cual, finalmente, era consuelo, reflexionaba melancólicamente don Sampaio, mientras daba por finalizada la conferencia. Al día siguiente, contrariando una vez más sus hábitos, don Sampaio tardó en salir camino de su zapatería: estaba esperando la hora de la cita con el doctor Teodoro en la Droguería, deseando desembarazarse pronto del encargo.

Fue una conversación cordial, aunque al principio un tanto difícil, hilvanada con azoramientos y reticencias. Don Sampaio no sabía cómo abordar el tema y el doctor Teodoro se estrenaba en tan delicada faena. Sin embargo, llegaron a entenderse gracias a su mutua buena voluntad: el tendero lleno de simpatía por la causa, el farmacéutico dispuesto a cualquier acuerdo siempre que en él se incluye el casamiento con la viuda, guiado por su pasión definitiva de hombre maduro. El encuentro tuvo lugar en el laboratorio, en los fondos de la botica, que en apariencia estaban al abrigo de las miradas y de los oídos indiscretos. Nada más que en apariencia, pues en esa hora matinal, doña Dinorá, en guardia permanente, observó el cauteloso abordaje de don Sampaio, su sospechosa demora en el retiro del laboratorio (ni un tratamiento de sífilis tardaba tanto), y decidió asomar la cara por allí con el pretexto de su inyección contra el reumatismo (cuando la verdad no tenía que dársela hasta el día siguiente y por la tarde).

El susto de los conspiradores al ver el rostro de la entrometida equivalía por sí solo a una confesión; pero además ella ya había escuchado un fragmento de la conversación, una reveladora afirmación de comerciante de calzados:

- Siendo así, mi querido doctor, mis felicitaciones a las dos partes, a usted y a ella..., ambos merecedores...

La noticia corrió rápidamente de boca en boca, circulando por todas las calles de los alrededores, y doña Flor comenzó a recibir felicitaciones incluso antes de conocer el éxito de la misión tan brillantemente llevada a cabo por don Zé Sampaio (que además fue nombrado padrino del acto religioso, en agradecimiento).

El sábado por la noche, a la espera del encuentro del pretendiente con la viuda, se hizo una pequeña y animada velada frente a la casa de doña Flor: las comadres se apostaron sin la menor vergüenza en la acera del argentino, espiando desde allí la sala de recibo de la Escuela de Cocina. Dona Flor aguardaba, sonriente y apacible, la excitante visita; la rodeaban, como es de rigor, sus parientes próximos, en este caso, sus tíos y sus amigos más íntimos (incluso dona Dinorá, que amenazó con declarar una guerra sin cuartel si no se la invitaba), tres o cuatro parejas, doña María del Carmen y la joven Marilda (tan nerviosa como si se tratara de la petición de su mano), y, en el mejor sillón, el doctor Luis Henrique, personalidad de la Administración Pública y de las letras patrias y amigo de la familia, una especie de pariente rico. Afuera, los no invitados aumentaban en cantidad e importancia.

El doctor Teodoro llegó a la hora exacta, con la precisión de su cronómetro suizo, con una elegancia que había que verlo: de flor en el ojal, un espléndido personaje que estremeció a todas las comadres. Ceremoniosamente recibido por tía Lita, luego de saludar a todos los presentes se dirigió al lugar que se le había designado de acuerdo a un riguroso protocolo: en el sofá, al lado de doña Flor.

Doña Flor estaba resplandeciente con su nuevo vestido, hermosa y simple en su rubor y su recato, toda cobre y oro. Nadie podría adivinar, viéndola tan tranquila, de ánimo tan firme, hasta qué punto estaba por dentro muerta de angustia, oprimida y afligida, hasta qué punto creciera su ansiedad en esos días de esperanza y de duda. Al fin iban a pasar los tiempos duros, las negras noches, el desierto de luto y soledad: iba a emprender de nuevo la cabalgata del placer, iba a gozar del amor.

Sentóse el doctor Teodoro en el borde del sofá y todo fue silencio y espera, un minuto solemne, inolvidable y muy incómodo. El farmacéutico recorrió con los ojos la sala llena, encontrándose con la animadora sonrisa de doña Norma. Entonces, volviendo a ponerse de pie, se dirigió a doña Flor y a los tíos y dijo cuán feliz sería «si ella quisiera hacerle la merced de aceptarlo como novio y futuro esposo en breve plazo, resolviendo ser su compañera en el sendero de la vida, ruta pedregosa, llena de obstáculos y tropiezos

que se transformaría en un paraíso si él contara con su apoyo y su bálsamo...».

Una arenga de orador, era una retórica digna de un bachiller o de un político, toda una faceta inédita del doctor Teodoro. «¡Cuántas virtudes tiene este hombre!», pensó doña María del Carmen, que de todos los presentes era la que menos trato tuviera con el pretendiente. Prosiguió su discurso afirmando que ya se sentía en los umbrales del paraíso por el hecho de estar allí, entre los tíos y los amigos más dilectos de la que era el motivo de su vida; era una pena que no estuvieran presentes también la hermana y el hermano, la cuñada y el cuñado, y, sobre todo, la venerable anciana, la santa madre de doña Flor...

Tan imprevista mención a doña Rozilda casi hace atragantarse a doña Amelia, a quien se le atravesó una carcajada en la garganta: «Espera a conocerla y ya verás qué santa es la viejita», se dijo, tapándose la boca y desviando los ojos para intercambiar una mirada con doña Norma o doña Emina. En resumen, el doctor Teodoro deseaba solicitar la mano de doña Flor, su mano de esposa, en presencia de tantos valiosos testigos. Tan lindamente habló que doña Norma no se contuvo y aplaudió, con gran indignación de don Sampaio: «¿Dónde se vio aplaudir en momentos así, cuando se impone los más discretos modales?» Pero doña Flor restableció el orden y la armonía poniéndose de pie también y tendiendo su mano hacia el pretendiente:

- Yo también deseo casarme con usted...

El doctor rozó apenas la mejilla de la novia con un beso y luego hubo una confusión general de abrazos, felicitaciones, parabienes y besos de las mujeres, mientras los invitados, que habían permanecido afuera, penetraron en la casa, regañando al doctor Teodoro:

- Don simulador, santo falso...

Una mesa cubierta de dulces y saladitos atrajo a las indómitas comadres. Marilda y la criada servían licores caseros: de huevo, de violeta, de grosella, de *umbú* y de *araca*, cuyo paladeo fue causa de que el farmacéutico cometiera una risueña equivocación:

- ¡Ah!, estos licores son excelentes... Los hacen las hermanas del convento de Lapa, ¿no?

Y es que el sabor le había resultado conocido, idéntico al de

otros licores gustados en alguna otra casa también acogedora, también de una agradable calidez humana. Los demás se rieron de su afirmación, pero no quisieron aceptarla ni siquiera como hipótesis, considerándolo casi un insulto: ¿acaso no tenía él noticia de las dotes de doña Flor? No sólo era una cocinera insuperable y una repostera sin rival, sino también una maestra en licores; los de las hermanitas de Lapa, del Destierro o de los Perdoneos son mejunjes, jarabes de farmacia, señor doctor, no se pueden comparar con los de su novia ni de lejos...

No, no tenía noticia de su don para los licores; confundido, en actitud de autocrítica y penitencia, ofrecía su mano para recibir el castigo. Hasta él había llegado, eso sí, la fama de su regia cocina, que aseguraba que doña Flor no era profesora de condimentos por azar sino por competencia, por ser una verdadera artista. Nunca tuviera antes ocasión, desdichadamente, de probar esas delicias; pero le había llegado la hora del desquite. Con toda seguridad iba a engordar mucho.

Y así pasó la alegre fiesta del compromiso. En una de esas vueltas que da el mundo, el doctor fue a parar a la antesala del lecho de doña Flor, en la orilla de su esperanza. Se sentía torpe, pues no tenía experiencia en noviazgos y conquistas, ya que su trato más íntimo con una mujer se reducía al encuentro semanal con Otaviana. Si alguna vez el farmacéutico había percibido, tras la hetaira, la sutileza de Tavita Languidez, y le ofreció, además de las monedas contantes y sonantes, la gentileza de una palabra suave, con el correr del tiempo ese tráfico de sentimientos se redujo a las habituales cordialidades y amabilidades, las cortesías atenciones, con dulces y licores y conversación en la cama, todo libre de galanteos y ternuras de noviazgo o de enamoramiento.

Cuando él se despidió, doña Flor le ofreció nuevamente la mejilla para el casto ósculo que, entre temeroso y tímido, pero sobre todo tieso, le dio el comprometido novio. Doña Flor alcanzó a sentir el temblor de su mano al rozar sus dedos húmedos. Y pensó que el doctor Teodoro también ardía por dentro, lo mismito que ella.

Esa noche doña Flor soñó con él y sólo con él, viéndolo como un gigante moreno, fuerte, invencible, de amplio

pecho («una mosca blanca», como decía doña Gisa chasqueando la lengua), que venía y la raptaba.

Así fueron los esponsales de doña Flor. En las calles de los alrededores no se comentaba otra cosa. Por lo demás, sin discusiones ni habladurías, con unánime aprobación. No surgió una sola voz que discordase: todos simpatizaban con el noviazgo del boticario y la viuda, los cuales, en la opinión general, estaban hechos el uno para el otro.

Primero doña Flor estableció un plazo de por lo menos medio año para la fecha de casamiento. Ésa fue una de las pocas cláusulas que el novio discutió. ¿Por qué tanto tiempo, preguntó el doctor Teodoro, si no tenían que preparar el ajuar ni problemas que resolver? Las amigas y las comadres estaban de acuerdo con él, y la misma doña Flor acabó por darle la razón, reduciendo a tres meses aquella etapa pudorosa, de sofrenado deseo.

Fueron tres meses de bonanza, una vez que se acostumbraron (fácilmente) el uno al otro y vieron que se llevaban bien, cada día mejor. Durante ese período, en las veladas de prolongadas conversaciones, con la participación de doña Norma o de alguna otra amiga, decidieron todos los detalles de su próxima vida en común.

Acordaron residir en casa de doña Flor no sólo porque era más cómoda para el doctor Teodoro - quedaba cerca de la Droguería- , sino porque doña Flor se había negado terminantemente a clausurar las actividades de la Escuela, como él proponía. La farmacia le daba lo bastante como para que pudieran vivir bien, con un modesto pasar - argumentó el doctor Teodoro- ; ¿para qué quería continuar con su fatigosa labor? Pero doña Flor se había acostumbrado a ella y en verdad no sabría vivir sin sus alumnas, sin los revoltosos grupos, las risotadas, los diplomas, la disertación y las lágrimas de fin de curso con la entrega de títulos, y algún dinero propio. De ninguna manera, ni hablar de eso.

En todo lo demás, de acuerdo: ni siquiera fue motivo de discusión la cama de hierro, por la que ella sentía secreto apego, pues le agradaba su forma antigua. La novia había temido por su suerte, pensando que quizá el doctor no quisiera dormir en ella, donde el primer esposo la poseyera tantas veces. Cuando hicieron el inventario de lo que

debían comprar para arreglar la casa a su satisfacción (por ejemplo, un escritorio en el que el farmacéutico pudiera tomar sus notas y guardar sus papeles), recorrieron pieza por pieza, examinando las cosas y tomando decisiones; al llegar al dormitorio él propuso que se comprara un nuevo colchón, ya que el viejo estaba lleno de montículos, de altos y bajos. Había unos colchones de elásticos, una novedad reciente, magníficos. Él mismo tenía uno, pero de una plaza.

En cuanto a la cama, ¿no sería mejor pintarla, ya que iba a hacer pintar la casa y algunos muebles? Y eso fue todo.

Se iban acostumbrando el uno al otro y doña Flor ya sentía ternura por aquel hombre tranquilo y bueno, un tanto solemne y sistemático, que exigía que todo estuviese en su lugar y a la hora exacta, pero incapaz de una indelicadeza, lleno de atenciones y, sin duda, muerto de amor por ella. Ahora, tanto al llegar como al despedirse (y venía diariamente, pues acabaron con aquella bobería, tan criticada por doña Gisa, de visitarla sólo tres veces a la semana), ya la besaba ligeramente en los labios. Con su fuerte boca apenas tocaba los labios de la viuda. Ella sentía ganas de morderlo, dándole un beso de verdad.

Cierta noche en que fueron al cine llegaron tarde, como sucedía cada vez que salían con los Ruas, y ya había comenzado la función; en la sala, casi llena, no encontraron lugar para sentarse juntos los cuatro en la misma fila, quedando doña Flor y el doctor Teodoro allá delante, incómodos. Incómodos para ver la película porque la pantalla estaba muy cerca, pero solitos en la fila y con las manos entrelazadas. En un momento dado él le rozó suavemente los labios, pero ella abrió los suyos y lo besó profundamente. Ése fue el primer beso cambiado entre ellos, en una caricia de hombre y mujer, pues los anteriores fueron ósculos y no besos. Faltaba una semana para que se acabasen los esponsales, para presentarse ante el juez y el cura. Ese beso era como la inauguración de su intimidad, destruía el pudor y la vergüenza que convirtiera sus relaciones en el más ceremonioso de los noviazgos.

Doña Flor soñaba todas las noches con ese beso de verdad, y en sus vigiliass le daba razón a doña Gisa: puesto que iban a casarse dentro de unos días, ¿por qué diablos no matar

de una vez el hambre y la sed que los devoraba? No lo hicieron, claro, ni hablaron jamás de eso, y ni siquiera lo insinuaron. De ese beso, sin embargo, nacieron otros, y las manos permanecieron apretadas y las cabezas juntas en la oscuridad del cine. Esa noche doña Flor durmió sin sobresaltos; descansando, al fin, después de muchos meses de pesadillas.

Y así llegó doña Flor, honrada y en calma, al día de su segundo casamiento. La casa lucía hermosa, parecía nueva, pintada al aceite, con un chispeante rebrillar de colgajos y la placa de la escuela reluciendo. Los antiguos muebles estaban dispuestos de otro modo, completándose con los recién adquiridos, como el escritorio y su correspondiente sillón giratorio; en la cama de hierro (ahora azul) ya se había puesto el colchón de elástico - exquisitez de exquisiteces- , un *xispeteó*. En la pared de la sala ya no colgaban los retratos en color de doña Flor y del primer esposo. En su lugar, en la víspera del casamiento, se puso la fotografía del grupo que se licenció junto con el farmacéutico, en la cual, en medio de sus colegas, estaba él, sonriente, con la toga negra y vestimenta de doctor.

No hubiese quedado bien que el finado continuara presidiendo la casa, le susurró doña Norma a doña Flor. Tenía razón, pero doña Flor no quiso que en la pared estuviera sólo su retrato: un retrato de cuando era jovencita, de la muchachita que ella fuera. Sin juicio, una tonta, tristona chiquilla en la edad de sufrir: la mujer del jugador, no la doña Flor de ahora, un poco más gordita y más reposada, la esposa del doctor, madura para la conquista de la felicidad.

Lo decían todos sin excepción - el mundo de invitados que llenaba la iglesia- , incluido el banquero Celestino, que, siempre tan ocupado, llegó con retraso, como ocurrió en el primer casamiento; lo decían todos al concluir la ceremonia en la iglesia de Sao Bento. En el principio de aquella noche de luna, cuando ya los novios iban a entrar al taxi que los conduciría fuera de la ciudad para celebrar las nupcias en la quietud de Sao Tomé de Paripé, en el golfo verde azul de la Bahía de todos los Santos, con innumerables estrellas, música de grillos y coro de sapos..., todos lo decían, incluso doña Rozilda:

- Esta vez sí que acertó; va a ser feliz.
Esta vez sí: lo decían todos, sin excepción.

IV. *De la vida de doña Flor, en orden
y en paz, sin sobresaltos
ni disgustos, con su segundo
y buen marido, en el mundo
de la farmacología y de la música
de aficionados, brillando
en los salones mientras el coro
de los vecinos proclamaba su felicidad*

(con el doctor Teodoro Madureira en un solo de fagot)

LA ORQUESTA DE AFICIONADOS «HIJOS DE ORFEO»
tiene el alto honor de invitar a Su Excelencia y a Su
Excelentísima Familia al concierto conmemorativo del sexto
aniversario de su fundación, a realizarse en los jardines del
palacio de los esposos Taveira Pires, en el Largo de Graca,
número 5, el próximo domingo a las 20,30 horas.

PROGRAMA

Primera Parte

1. BERGER. Amoureuse. Vals.
2. FRANZ SCHUBERT. Marche Militaire.
3. E. GILET. Loin du Bal. Vals.
4. FRANZ DRDLA. Souvenir. Solo de violín con
acompañamiento de piano. Solista, doctor Venceslau
Veiga. Al piano: señor Helio Basto.
5. ÓSCAR STRAUSS. El sueño de un Vals. Potpurri.

Segunda Parte

1. FRANCIS THOME. Simple Aveu.
2. OTHELO ARAUJO. Solo de violoncelo con acompañamiento
de orquesta. Solista: señor Comendador Adriano Pires.
3. GRAZIANO- WALTER. Gemitto Appassionato.
4. AGENOR GÓMEZ. Arrullos de Florípedes. Romanza con

solo de fagot y acompañamiento de orquesta. Solista:
Dr. Teodoro Madureira.

5. FRANZ LEHAR. Viuda alegre. Potpurri.

Dirección y piano: MAESTRO AGENOR GÓMEZ.

1

Habiendo comprobado una vez más el orden absoluto y el irreprochable aseo que reinaba en el lugar, doña Filó fue saliendo despacito, con sus lerdos pasos de obesa:

- No se molesten, angelitos... No necesito decirles que les deseo que tengan una buena noche...

Hasta cuando se proponía ser maliciosa era solamente bonachona y maternal. Había conocido al doctor Teodoro cuando éste era todavía un estudiante, compañero y contemporáneo de su hijo, el médico João Batista.

- Contándolos a ustedes, ¿saben cuántas parejas pasaron la luna de miel en esta habitación, desde que estamos aquí en Sao Tomé? Diecisiete... ¿o dieciocho? Ya ni lo sé, tendría que volver a hacer la cuenta...

Una caricia en la mejilla de doña Flor, una guiñada al farmacéutico:

- Que duerman de un tirón toda la noche, apaciblemente...

- Su risa franca, que le hacía temblar los mofletes, resonó por toda la casa; en respuesta, se oyó el comentario que en el cuarto de enfrente hacía el doctor Pimenta, con tono de reproche: («Ahí está Filó, jorobando a los huéspedes.»)

- Ven a dormir, mujer..., déjalos en paz...

- Sólo vine a ver si falta algo... - y, echando una última mirada a la puerta- : Pichoncitos...

Doña Flor y el doctor Teodoro quedaron frente a frente en el enorme cuarto, turbados, inhibidos. La inhibición se había ido acumulando durante el día con las bromas de las comadres, las salidas de las alumnas, los chistes idiotas, las chanzas de los vecinos. Tanto en el acto civil como en la iglesia, cada invitado procuraba ser más ingenioso e insistente en su malicia que los demás. El banquero Celestino dijo cada cosa que daba miedo, ese portugués

boca sucia; el taxi ya estaba en marcha y él todavía continuaba la orgía de burlas. Así son siempre las bodas de las viudas, sazonadas con los comentarios torpes, con la sal de los dichos ordinarios. Pero si hasta doña Filó, la persona más buena y más acogedora, hasta ella misma perdía su seriedad y bromeaba, recomendándole prudencia al boticario. Muertos de vergüenza, ellos permanecían mudos sin mirarse, como dos aldeanos.

El doctor Teodoro se acercó a los grandes ventanales que daban sobre el jardín, con la visible intención de cerrarlos. A través de ellos la noche entraba entera en el cuarto; la luna, las estrellas, el croar de los sapos, el rumor de los cangrejos y los *aratus*, el brillo de los peces como una lámina de acero en la oscuridad del mar, y la mariposa azul marino con manchas de oro, obstinada en torno a la araña de la luz. La brisa venía por entre los cocoteros y las *mangueiras* y se oía el golpe sordo de los zapotes que los murciélagos hacían caer al chocar con ellos en un vuelo rasante de sombras y fantasmas sobre el charco poblado de grillos y ranas.

Doña Flor, en un impulso repentino - era preciso saltar esa barrera que los separaba, esa paralización inicial y tonta- , se acercó al marido poniéndose de bruces sobre el pretil de la ventana. El doctor Teodoro, venciendo su timidez, la abrazó contra su pecho; con la mano libre señaló la noche de luna, apuntando a la lejanía.

- ¿Ves, querida? - decía «querida» todavía con timidez, costándole- . Allá, en lo alto... Es la Cruz del Sur...

Y ella, que siempre había deseado reconocerla, desde niña.

- ¿Dónde? ¿Dime dónde, querido mío...? Alzó la voz para decir «querido mío...». La cara del doctor Teodoro se iluminó:

- Allí..., fíjate..., mi querida...

¿Por qué, querido, ese miedo, ese temor? ¿Por qué no me tomas en tus brazos, no me besas en la boca, no me llevas a la cama? ¿No ves con qué impaciencia espero, no adviertes el hambre en mi cara, no oyes los sobresaltos de mi corazón, no adivinas mi ansia? También eran para doña Flor una revelación las estrellas de su íntimo cielo nocturno, de su secreta astronomía.

En la ventana, junto a ella, teniéndola contra su pecho, el

doctor Teodoro reflexionaba sobre el modo de actuar para no lastimarla, para no herir su pudor como un sinvergüenza o un descarado cualquiera. Cuidado, Teodoro, no seas atropellado, no te apresures, eres capaz de echarlo todo a perder por falta de tacto; a esta criatura tan recta puedes darle una impresión de la que jamás se repondría. En la cama, no vayas a confundir a tu esposa con una mujer de la vida, con una impúdica fulana, con una meretriz que cobra para satisfacer al hombre, entregada al vicio, y de la cual se abusa y con la que se puede obrar sin tener en cuenta la compostura y el pundonor. Para la lujuria están las mujercuelas, con su triste oficio. Las esposas están reservadas para el amor. Y el amor, tú lo sabes, Teodoro, está hecho de mil cosas diferentes e importantes. Entre ellas el deseo que corresponde tanto al espíritu como a la materia: cuidado con no convertirlo en sórdido y obsceno. La esposa merece prudencia, sobre todo en relación con cosas tan delicadas, y la noche de bodas es siempre el punto de partida decisivo para una vida feliz o infeliz. Y más aún cuando la esposa pasó por la amarga experiencia de un primer matrimonio desastroso. De acuerdo con lo que te contaron, su primera experiencia no sólo fue amarga sino dolorosa, cruel, llena de sufrimientos y humillaciones.

Por eso mismo, Teodoro, tienes que ser un marido tan delicado y tierno que consigas arrancar del lacerado corazón de la esposa hasta el último recuerdo de toda villanía o falta de respeto padecidos. Sí, él le proporcionaría cuanto le había faltado, sin darle jamás motivo para sufrir o sentirse humillada.

En esa hora de contenida ansiedad en la que ambos buscaban mutua comprensión y ternura, cada uno con sus errores, atrapados en una red de equívocos de la que procuraban encontrar a tientas una salida, se lanzaron al cielo azul temerarios astronautas y de esta forma pudieron encontrar en la órbita de las estrellas la serenidad necesaria y cierta intimidad.

El doctor Teodoro estaba familiarizado con la carta del cielo, con el mapa del universo; conocía los nombres de las constelaciones, satélites y cometas, el número y el tamaño de los astros en las galaxias. Le mostraba con el dedo, en los rincones del infinito, la estrella más pura, y luego la

acercaba, como si con su saber y su mano grande la trajera hacia allí para depositarla en el borde de la ventana, sobre la pequeña mano de la esposa.

En la noche nupcial él le dio lo que jamás puede ofrecer un amante a su amante: un collar de astros con su luz divina, y con los volúmenes, pesos y medidas, posición en el espacio, elipses y distancias exactas. Su dedo doctoral los iba eligiendo en el cielo ordenadamente, de acuerdo a su tamaño. Y los astros translúcidos refulgían en el regazo de doña Flor.

Aquella estrella grande para tus cabellos, esa otra casi azul, en la línea del horizonte, la que más brilla, la mayor de todas, ¡ah!, mi querida, es el planeta Venus, impropriamente llamado estrella de la tarde o vespertina cuando se enciende con el crepúsculo y la noche, y estrella de la mañana o matutina, o estrella del alba, cuando irrumpe con la aurora sobre el mar. En latín, ¡oh! mi amor, se dice *stella- maris*: estrella que guía a los navegantes...

No era una lección de cosmografía, pedante e ingenua, no, era un galanteo ardiente, era su modo de vencer la timidez y ofrecerle la magia de la noche y su amor. Doña Flor, toda envuelta en estrellas y ciencia, la cabeza reclinada en el pecho del doctor, estaba ahora más sosegada. Saboreando el placer que le proporcionaban tales conocimientos, preguntó:

- ¿No es Venus también la diosa del amor? ¿Una que no tiene brazos?...

Era algo muy distinto lo que hubiera querido decirle: «Su luz refulge sobre nuestro lecho, es nuestra buena estrella; no tengas miedo, mi querido, no me ofendería si me tomaras, lleno de ardor, si en un arrebató arrancarás ansiosamente este vestido que Rosalía me mandó de Río, si me dejaras desnuda, sólo cubierta por las estrellas, y si cabalgaras sobre mí para irnos, yegua y garañón, por esos campos de *mangueiras* y *cajús*, por ese mar de canoas y *saveiros*.

Pero ¿cómo juntar coraje para decírselo?

Sonriente, el doctor, en osado gesto, le apretó la mano; la suya temblaba. «Sí, era la diosa del Amor en la mitología griega, y la célebre escultura era una creación del genio clásico...»

Doña Flor comprobó de nuevo que también a él le faltaba intrepidez para ser violento y loco, para derribar el muro que los separaba. Semejante hombre con semejante sabiduría y no sabía cómo tomarla y poseerla. En cuanto a ella, ¡ah Teodoro!, por más que lo deseara, no le correspondía tomar la menor iniciativa. Ya casi había sobrepasado los límites de lo correcto, pues la esposa no tiene el deber de ofrecerse a la excitación de su esposo sin parecer una desvergonzada que compite con las mujeres de la vida, una descocada. Eso compete al marido, Teodoro mío.

Él iba a trancas y barrancas, esforzándose. Habiéndole dado antes por adorno un collar de astros, le ofrecía ahora la riqueza de los monopolios de este mundo y, de yapa, la lucha de los pueblos contra los *trusts*:

- Dicen que por aquí hay una capa subterránea de petróleo inmensa, una riqueza tal que bastaría para que el nuestro fuese un pueblo poderoso...

Ríos de petróleo, torres, perforaciones, pozos, todo a los pies de doña Flor. ¿Qué no le daría él esa noche de bodas?

- Ya me lo habían dicho..., fue tío Porto, que solía andar por aquí...

Doña Flor volvió a reclinar la cabeza en el pecho del marido. Afuera la noche seguía perfumada de jazmín, esa misma noche que los acompañó en el taxi, camino de la casona del doctor Pimenta y de doña Filó, en las lejanías de Sao Tomé de Paripé. Noche de luna en un cielo bajo y fulgurante en el que las estrellas parecían nacer las unas de las otras, anónimamente, pero eran inmediatamente clasificadas por la polimórfica erudición del farmacéutico («Sólo doña Gisa podría hacer pareja con él en cuanto a sabiduría») - ...justo ahí arriba, sobre la genipa, las Tres Marías...

La luna llena se hundía en la oscura y densa agua del mar - una negrura de petróleo- , un mar de golfo en tranquila masedumbre. Los faroles de los *saveiros*, cometas errantes y rojos, pasaban rumbo a las plantaciones de caña y de tabaco, en las márgenes del río Paraguacu, donde agonizan ciudades y villas de la Antigüedad.

Un mar interior, de dulce bonanza, tibio y quieto. Una brisa suave circulaba entre la *jaqueira* y el árbol del pan. Doña

Flor contempla la belleza de la luna sobre las aguas, las arenas, las canoas, los *saveiros*. Un mar de calma y paz.

No el mar océano, barra afuera, feroz y peligroso, con oleaje, corrientes submarinas y traidoras mareas, libre mar de vientos desencadenados, de tremendos temporales, mar de tempestades, desplegándose en dirección a las casitas reservadas de Itapoá, donde el amor irrumpe en aleluyas. Un mar de violencia desatada; no con este dulce perfume de jazmín, sino con el olor de la marejada, el ardiente olor de los sargazos, las algas y las ostras, con gusto a sal. ¿Para qué recordar?

¿Para qué recordar si la noche de Paripé era tan amena, con las estrellas, la luna llena, el mar negro y tranquilo, y la paz del mundo sobre los turbados esposos?... Teodoro, muéstrame en seguida más estrellas, aplasta con tu voz y tu sabiduría los recuerdos de un tiempo oscuro, muerto y enterrado. Traza en tu luminosa constelación nuestro largo y apacible camino, ese río en calma, ese remanso, esa vida de la bahía, la vida feliz que hoy inauguramos lentamente. Doña Flor se estremece, sus ojos se humedecen.

- Tienes frío, estás temblando, mi amor. Qué locura exponerte así, al sereno; es peligroso, puedes engriparte, resfriarte. Entremos, cerremos el ventanal. - Y el doctor Teodoro sonreía, con su sonrisa llena de bondad, al preguntarle, un tanto indeciso- : ¿No te parece que ya es hora, querida?

Ella también se sonrió, medio escondida tras él, jugando, entre maliciosa y recatada: «Eres tú quien mandas, mi señor.» Era tan simpático y gentil, un gigante bondadoso; ella sentía su apoyo, su protección. Le dio el brazo, era su esposo: un hombre de bien, fuerte y tranquilo, como ella necesitaba. Un marido de verdad, sin vueltas.

Como este mar de golfo, sin violencia, sin rompientes, pero ¿quién sabe?, quizá con ocultas estrellas, con insospechadas, imprevistas riquezas.

Entre los dos pusieron las trancas de madera en la ventana. En el cuarto, la noche se hizo pequeña e íntima, recogida, a la medida de la timidez de los dos esposos. ¿Qué pasará ahora, Dios mío? - se preguntó ella cuando terminaron.

Por hacer algo, doña Flor fue poniendo su ropa y la de él en los armarios. A los pies de la cama los dos pares de pantu-

flas; sobre la colcha el vistoso pijama amarillo del doctor y el camisón de encaje y volados, regalo de doña Enaide a la novia, una obra maestra de bordado. Doña Enaide era una artista y con esa finísima labor había hecho las paces con la amiga, poniendo en la cuenta del olvido aquel asunto con el doctor Aluisio, rábula y zafado, un doctor de pacotilla.

El doctor Teodoro - ¡ah!, ése sí que era un doctor de verdad, de *canudo* y anillo- observaba su ir y venir. Ella le mostró el camisón, tomándolo por los hombros. «Bonito, ¿no te parece?», y él, al mirarlo y aprobarlo, sintió un escalofrío en la nuca. «Cuidado, amigo mío, no vayas a echarlo todo a perder con un gesto brusco, una palabra fuerte...», se recomendó el novio una vez más. Era preciso ser prudente, tener tacto, durante los siete días de luna de miel que iban a pasar en el paraíso de Sao Tomé, en las lejanías de Paripé, en casa de los Pimenta. Sólo siete días de mar y jardín, de pereza y voluptuosidad; pero la luna de miel iba a durar toda la vida.

Tenía ganas de decirle a doña Flor: «Nuestra luna de miel va a durar toda la vida.» ¿Por qué tan tímidos e inhibidos? Era como si de repente hubieran gastado toda la intimidad que a duras penas conquistaran en el noviazgo. Sin embargo estaban casados, con la bendición del monje de Sao Bento y las felicitaciones del juez enjuto y músico, y antes del casamiento habían intercambiado algunos besos, ávidos y temblorosos, en el cine y en casa, y sentido la ansiedad y la fiebre, arrebatados por un deseo sin disimulos. ¿Por qué entonces esta turbación; por qué se quedaban así, inmóviles y enmudecidos, como dos palurdos, cuando por fin estaban a solas en la hora de ser totalmente marido y mujer? Él hubiera querido decirle a su amor: «Nuestra luna de miel va a durar toda la vida», pero sólo dijo, con la intención de desatar aquel nudo de angustia y de silencio:

- Mientras tú te cambias, yo voy a entrar...

Y entró al cuarto de baño llevando el pijama y las pantuflas, casi huyendo.

Doña Flor se cambió rápidamente ante el espejo mientras oía correr el agua en el baño, perfumándose con agua de colonia y aroma de heliotropo (doña Dagmar le había dicho que era el más indicado para su color). Sobre el cuerpo

desnudo, sobre el vientre pelado, sólo el perfume y el encaje del transparente camisón bordado. Cierta brillo de deseo casi impúdico pugnaba por imponerse sobre su honesto pudor, haciéndole bajar los ojos, trémula y medrosa. Cubrió a la vez el deseo y la hermosura, los encajes y los volados transparentes, con la casta sábana en que el espliego dejara su olor familiar e inocente.

El doctor Teodoro regresó, de amarillo, fascinante; con el pijama, parecía haber crecido. Doña Flor pensó: «¡Qué enorme es!» Una vez que colgó el traje nuevo, de casamiento, pantalón a rayas y saco de *mezcla*, apagó las luces de la araña de cristal, dejando sólo el vacilante e íntimo brillo de la lamparita de aceite ante los santos, en el oratorio secular.

«No me va a ver cuando me quite el camisón.» No iba a ver su cuerpo joven, igual al de una joven virgen, sus senos de doncella - pues no habían amamantado- , su vientre sin las deformaciones de la gravidez, sin la marca del parto, y su rosa de cobre y de terciopelo.

Pero ¿qué importa? Ya vería él su cuerpo cuando terminase la cabalgata, al despuntar de la aurora, en la velada claridad matinal. Ahora lo único que tenía importancia es que lo sintiera joven y ardiente y suyo para siempre. Adivinando su proximidad, doña Flor cerró los ojos, con el corazón sobresaltado.

Al mismo tiempo imaginaba cómo sería, pues ya había estado casada, e incluso antes de estarlo había ido a yogar en un lecho que trascendía a mar y tempestad. Sabía con certidumbre cómo iba a ser, guardaba un recuerdo fiel, exacto, tanto en su mente como en cada rincón de su cuerpo. Un instante más y él, su nuevo marido, cruzando las fronteras de la esmerada educación y del pudor, apartaría la sábana y el camisón, en un tropel de caricias y palabras, y en medio de un desenfreno, de un vendaval de hambrientas bocas y sabias manos, la rescataría de la pudibundez y la vergüenza, llegando al territorio de su húmeda verdad. Sintió el cuerpo del marido junto al suyo, en la cama. Siempre fue necesario conquistarla de nuevo cada vez. Se encogía, se parapetaba tras un manto de vergüenza que recubría de nudosa corteza la pulpa del deseo. Era necesario trasponer esa barrera, sacando a la

superficie su avidez de hembra, su recóndito deseo. Ahora, sin embargo, después de tantos meses de viuda honesta (¡ah!, joven y necesitada), meses que fueron una permanente noche interminable y en vela, cuando no llena de sueños desgarradores que la llevaban a una calle de busconas; una noche angustiosa, una vigilia mortal; ahora, después de todo eso, la dura corteza de pudor se había transformado en frágil y delgada superficie, incapaz de resistir al menor llamado.

Con el corazón sobresaltado, cerrados los ojos, espera el gesto brusco del marido, arrancándole la sábana y el camisón, descubriéndola por entero. Pues, según había aprendido a costa de su perdido pudor, ¿dónde se vio yogar en camisón, con el cuerpo vestido o incluso sólo cubierto por el más leve encaje transparente? ¿Dónde se ha visto tal absurdo?

Mas no tardó en verlo, no como algo absurdo, sino diferente. En vez de descubrirla, se cubrió él también, y, bajo las sábanas, la envolvió en sus brazos. Atrajo hacia él su cabeza (la cabellera, de tan negra, casi azul), y la puso sobre su pecho amplio como el muelle de un puerto, besándole la cara, primero con ternura y después, al fin, la boca, en un beso como el que doña Flor había presentido y esperado.

Tomada de sorpresa, se abandonó y con ese beso se quebró la frágil y delgada corteza de su vergüenza. La mano de esposo descendió de la cadera a la pierna, por encima del camisón, llegó a los bordes del encaje, y, sin dar tiempo a que doña Flor se desinhibiese del todo y se liberara de su recato, le alzó los bordados y los volados. Sin perder tiempo en desvestirla y en desvertirse, o en lujuriosas caricias de cama de burdel, siempre bajo las sábanas, se puso sobre ella y la poseyó con voluntad, fuerza y gozo. Todo fue muy rápido y pudoroso, por así decir; muy diferente a lo que antes conociera doña Flor, y por eso mismo se perdió, no logrando alcanzarlo en tan silenciosa y casi austera posesión. Apenas comenzaba a andar suelta por el pasto del deseo cuando oyó el canto victorioso del marido en el otro extremo de la campiña. Doña Flor quedó desorientada, el corazón oprimido, con ganas de llorar.

En ocasión de tanto desencuentro pudo medir, con el metro de la pena y la ansiedad, toda la gama de sentimientos, toda la delicadeza del doctor Teodoro.

Como es sabido, era soltero y no tenía ninguna experiencia en la vida de cama con una esposa, y casi ninguna con una amante o un *flirt*, ya que sólo había frecuentado mujeres de la vida para no arriesgarse a un compromiso capaz de hacerle romper su promesa. Ni siquiera la parda y limpia Otaviana, durante largo tiempo la única puerta abierta a su deseo, el pozo en que cada semana depositaba su virtud de hombre, ni siquiera ella significó jamás una ligazón tierna, o un ardiente capricho, sino tan sólo una amable respuesta a su necesidad, un hábito agradable a la naturaleza monógama del doctor.

Por lo demás, debe decirse también que debido a sus firmes principios y convicciones ideológicas el farmacéutico rezaba según un catecismo, hoy superado (*iDeo gratias!*), que presentaba a la esposa como una flor sensitiva, hecha de castidad e inocencia, merecedora del máximo respeto; para la desvergüenza, para el gozo desenfrenado, para el placer del cuerpo, están las putas y para eso cobran. Con ellas sí, pagándoles, se pueden liberar los frenos de la lujuria sin causarles ofensa o pena, pues son tierras yermas, áridas para el sembradío. Con la esposa nunca, con ella la discreción, el amor puro, bello y digno (y un tanto soso): la esposa, según ese catecismo, es sólo la madre de nuestros hijos.

Pero aun así, atrapado en esos dogmas ya absolutos, a pesar de tantas limitaciones, de tanta ignorancia, se dio cuenta de que había dejado a doña Flor insatisfecha y tensa. Mas, como se ha dicho anteriormente, en la visita semanal a Otaviana el doctor repetía con frecuencia el acto alegremente. Lo mismo hizo con doña Flor en el monumental lecho de Jacaranda, macizo y con olor a espliego, durante la noche de bodas en la casa de los Pimentas; debe agregarse, por otra parte, que lo repitió con el mayor gusto, no por obligación, sino contento por tener la oportunidad de un bis. Pero ahora atento y responsable, para no dejarla de nuevo al borde del placer. Y lo consiguió. Lo consiguió a pesar de ser tan poca su experiencia en esos sutilísimos cálculos y medidas, pues jamás le había

interesado saber si Otaviana u otra cualquiera quedaba satisfecha al mismo tiempo que lo satisfacía a él con pericia, ya que buscaba y pagaba su placer y no el placer de la mujerzuela.

Supo seguir el ritmo con que se entregaba doña Flor, causándole el juego un goce extremado, un placer como jamás había sentido, ni siquiera cuando - más para satisfacer el capricho de Tavita en noches de malicia que por propia iniciativa- se había entregado a ciertas prácticas licenciosas, de éstas que un hombre puede permitirse con una mundana o una prostituta, pero jamás con la esposa. Con la esposa es diferente, para ella se reserva una amor hecho de materias limpias, una posesión serena, casi secreta, digamos pura, recatada. Pero no por eso menos placentera, como comprobó el doctor Teodoro al oír a doña Flor, suspirando de agradecimiento, pronunciar su nombre:
- Teodoro, amor mío...

Él se apresuró para alcanzarla, llegando a tiempo, pues al terminar se encontraron unidos en un estrecho abrazo y en un beso hondo. Envueltos en ayes y suspiros, en languidez y en frío, ya que la sábana, en el ardor de la lucha, había resbalado de la cama, dejando a los esposos destapados: doña Flor como brotando de la miel, mostrando las vergüenzas. ¡Y qué preciosura de vergüenzas!, observó, atisbando con timidez de reojo, el doctor Teodoro.

Agradecido a tantos bienes y goces la besó en la cara afiebradamente y abrigó su cuerpo con una púdica y una cálida colcha. Y por fin pudo el feliz esposo decirle todo cuanto la quería, con toda la fuerza de su alma:

- Nuestra luna de miel va a durar un tiempo infinito... Toda mi vida te seré fiel, querida mía, jamás miraré a otra mujer, te amaré hasta la hora de la muerte.

- ¡Amén! - respondieron a una los sapos y las ranas en la noche de luna y bodas de Paripé- . ¡Amén! ¡Amén! - como en un solo de fagot.

- Yo también, toda la vida - afirmó ella, convencida de su afirmación, satisfecha, liberada de su ansiedad mas no cansada; muy por el contrario, capaz de emprender nuevas correrías, si él quisiera espolearla.

Pero el doctor Teodoro se vestía ya, bajo la sábana y la colcha, comentando:

- Gracioso..., cuando doña Filó hace poco nos quería obligar a comer, no tenía hambre. Y ahora sería capaz de probar un dulce, qué tontería...

- Si quieres voy a buscarte alguna cosa. Tiene tantos dulces y tanta fruta..., voy...

- De ningún modo..., ni lo pienses...

Acababa de darse cuenta: no era hambre, era que estaba acostumbrado al plato con golosinas que le ofrecía Tavita antes de despedirse, al finalizar la noche, y el estómago, por puro vicio, lo reclamaba. Pero ¿cómo profanar las relaciones con la esposa conservando un hábito adquirido en una casa pública, de mujer de la vida? Dios me libre y guarde. Con un último (y casto) beso se despidió:

- Duérmete, querida, debes estar muerta de cansancio, con un día tan fatigoso...

Casi le dijo: «... con una noche tan fatigosa...», pero, todavía temeroso de ofenderla, guardó para sí la malicia, se acomodó y en seguida quedó dormido.

Doña Flor tardó en conciliar el sueño; en realidad había contado con pasar la noche en claro, hasta la madrugada, entre las hogueras del campamento, y recorriendo kilómetros de lecho en la montería de su cuerpo. Junto a ella resonaba la densa respiración, el potente resoplido del doctor Teodoro. Ese ronquido completaba su condición de hombre; fuerte, noble y hermoso hombre, su esposo.

Rozó con su mano el ancho pecho y el rostro plácido, con una caricia leve, para no despertarlo. Tenía ganas de envolverse en él, de dormir entre sus brazos, presa entre sus piernas. No se atrevió. Cada hombre era distinto, no había dos iguales: se lo aseguraron ciertas alumnas de vasta experiencia, como la licenciada María Antonia, que proclamaba:

- No hay dos hombres que sean iguales en la cama, cada uno tiene su manera, su preferencia, su prepotencia; unos son experimentados y otros no. Pero si una los sabe aprovechar, ¡ah!, todos son buenos, y con cualquiera, tonto o sabio, bruto o delicado, se mata la pulga y se riega la flor...

Éste era otro hombre, diferente, opuesto al anterior. Lleno de tacto y comprensión, tan afectuoso, ¡qué delicadeza! Correspondía a la esposa adaptarse a los modos y a la

voluntad del marido. Atenerse a él exacta y enteramente. Mucho más difícil fue la otra vez, con el otro, y sin embargo, ella lo consiguió. ¿Por qué no ahora, que era tanto más fácil? Ambos tenían, tanto el doctor Teodoro como doña Flor, todo cuanto se necesita para la más dulce y más feliz de las vidas. No sólo lo decían todos, unánimemente: doña Flor también lo sentía así.

El perfume del jardín entraba por las rendijas del ventanal. Fuera, la noche serena del golfo, sin los rudos vientos, sin las imprevistas tempestades, sin el tumulto, sin lo insólito; un golfo de bonanza. Una vida feliz, de equilibrio y seguridad, sin necesidades ni padecimientos. Por fin, después de tantas vueltas y andanzas, doña Flor va a conocer el sabor de la dicha.

- Teodoro... - murmuró, con el corazón alegre y confiado- . Va a ser verdad, va a ser cierto, muy cierto...

El concierto de los sapos en los fagots brujos, concordaba repitiendo:

- ¡Amén! ¡Amén!

Era la noche de Paripé, con estrellas y faroles de *saveiros*. Doña Flor fue siempre considerada, y ella misma se consideraba así, una buena dueña de casa, ordenada, puntual, cuidadosa. Buena dueña de casa y buena directora de su Escuela de Cocina, en la que acumulaba todos los cargos, contando sólo con la ayuda de la palurda y floja empleada y la asistencia amistosa de la pequeña Marilda, con su curiosidad por las recetas y los condimentos. Nunca le ocurrió que una alumna presentara una reclamación, incidente que empañaría el sosiego de las aulas. A no ser, claro está, lo sucedido cuando vivía el primer esposo, pues el finado, como estamos hartos de saber, no tenía el menor respeto por el horario, por el trabajo ajeno o por melindres de alfeñique; sus audacias con las alumnas, más de una vez le habían creado dificultades y problemas a doña Flor, causándole dolores de cabeza, cuando no se le ponía en ella adornos de dura cornamenta.

¡Ah!, en verdad, ella, doña Flor, no tenía noción de lo que son reglas y métodos, había estado lejos de tener en orden la casa y la escuela, y ni siquiera su misma existencia - medida y pauta de todo- como debiera. Fue necesario que viviera con el doctor Teodoro para darse cuenta de que su

orden era anarquía, sus cuidados pobres e insuficientes, y que todo andaba más o menos a la buena de Dios, al azar, sin ley ni control.

El doctor Teodoro no se apresuró a decretar ninguna ley, a ejercer ningún severo control; ni siquiera habló de ello. Tratándose de un hombre tranquilo y suspicaz, de esmerada educación, no sabía imponerse y no se imponía; pero lo obtenía todo sin alboroto, sin que los demás se sintieran forzados; era un «jodemansito» nuestro caro farmacéutico.

¡Había que ver la casa un mes y medio después de la luna de miel! ¡Qué diferencia! También doña Flor era diferente, procurando adaptarse a su marido, su señor, y dar con justeza y precisión la medida que se requería de ella. Si en ella el cambio había sucedido por dentro, y era más sutil, menos visible, en la casa se hacía evidente, bastaba con mirar.

Comenzó por la empleada. Doña Flor la tomó como muca-ma, apenas quedó viuda, por insistente consejo de los vecinos: «¿Desde cuándo una viuda joven y seria vive solita en una casa, sin nadie que la acompañe, indefensa contra un ratero o un vagabundo?» No fue feliz en la elección cuando tomó, a pedido de doña Jacy, a esa Sofía, de obtusa apariencia, en el fondo una resabiada, una relajada que tomaba en broma el trabajo, con la total despreocupación de quien se siente seguro: sabía que doña Flor era incapaz de despedir a nadie, cuanto más a alguien recomendado por una vecina y amiga. A pesar de estar descontenta con su haragana, doña Flor se iba arreglando con ella, por compasión hacia la infeliz. Era una inútil, es cierto, pero no era mala de corazón.

Así las cosas, al quinto día de haber regresado de su luna de miel en las soledades de Paripé - aquella semana de tierna convivencia- , tuvo que salir doña Flor toda apurada para Río Vermelho, pues doña Lita tenía un ataque de asma. Esa noche el doctor Teodoro la llevó y de paso visitó a la enferma. Pero como la tía estaba muy enferma y era sábado (los sábados no había clase), doña Flor decidió quedarse para cuidar a los viejos. No regresó hasta el domingo por la tarde, cuando la crisis había cedido y la tía Lita retornó a su jardín.

La ausencia de doña Flor duró menos de tres días y en ese breve tiempo la casa se transformó hasta parecer otra. Comenzando por la criada, que realmente era otra. En vez de Sofía, sucia y pardusca; con su aire triste de idiota, ocupaba el puesto una oscura Magdalena, mujer de cierta edad, limpia y fuerte. Si no fuese por el subido negro de la piel y el pelo ensortijado, pasaría por parienta del doctor, pues era alta y bien conformada como él, y como él cortés en el trato y firme en el trabajo.

El doctor Teodoro le explicó, con su voz firme pero amable, que se había visto obligado a despedir a Sofía: además de ser una pésima empleada no le había obedecido, respondiendo con gestos de no importarle y con insolentes rezongos a sus órdenes categóricas para que hiciese una limpieza seria de la casa, que siempre estaba mal barrida. No había consultado a doña Flor para no importunarla con esa tontería, cuando ella se consumía de pena al pie de la tía enferma; se vio en la necesidad de expulsar en el acto a la desagradecida por no poder soportar más las torpezas y las groserías de la doméstica. Cuando le dio la orden de barrer la casa, la muy puerca salió por el pasillo murmurando y llamándole Doctor Purgante.

Doña Flor se sintió desconcertada, jamás le había pasado por la cabeza la idea de echar a Sofía, a pesar de su negligencia y de sus desplantes.

- Pobrecita...

Le daba pena y además ¿cómo despedirla, sin darle explicaciones a doña Jacy que se la recomendó? Al mismo tiempo, ¿cómo no reconocer que el doctor Teodoro tenía razón a carradas? No era posible que el marido, hombre respetable y de posición, tolerase ciertas groserías de la criada, que ella, doña Flor, con más paciencia por ser mujer, podía pasar por alto.

- ¿Pobrecita? - exclamó el doctor Teodoro- . Es una atrevida, indigna de tu bondad, amor mío... A veces, Flor, una persona acaba siendo tonta por querer ser bondadosa... ¿Doña Jacy? Si alguien debía disculparse era doña Jacy, por haber tenido la desfachatez de pedir trabajo para una tipa como ésa, que no contenta con abusar de la bondad de la patrona quiso poner en ridículo al patrón.

Doña Flor comprendió que el doctor no hablaba del tema

con la intención de discutirlo; no hacía más que informarla de cómo resolvió el asunto: en la casa había un hombre, dueño y señor, pensó. Se sonrió: «Mi marido, mi señor.» Hizo bien, ella tampoco estaba dispuesta a admitir ninguna falta de respeto a su marido. «Doctor Purgante»: ¿dónde se ha visto tal grosería?

Por otra parte había un punto sobre el cual no se podía discutir: la nueva sirvienta era un portento. El doctor Teodoro no la tomó a pedido de ninguna vecina; exigió buenas referencias, por escrito, y las controló por teléfono. Eso sí que era orden y eficacia.

No sólo se observaba una limpieza ejemplar, obra de la nueva empleada; también estaba cada cosa en su lugar, pero realmente en su lugar definitivo, no hoy aquí y mañana allá sin que nunca se supiera dónde encontrar los objetos de uso más frecuente, en cuya búsqueda se enredaba doña Flor durante las clases:

- Marilda, hijita, ¿viste el libro de recetas? Sofía no sabe dónde lo puso, no lo encuentra. Preparando la salsa, reclamaba:

- Sofía, ¿en dónde pusiste la batidora? Dios mío, en esta casa desaparece todo...

El doctor eligió un lugar para cada cosa, con rara competencia y buen gusto, y dio órdenes precisas a la criada: al finalizar las clases, después de la limpieza de la cocina, quería que cada objeto fuese puesto en su sitio, marcado por él con un rótulo en el que escribió con historiados caracteres tipográficos: «Cuchillo de pan», «Cortador de huevo», «Rallador», «Mortero», etc.; pero no sólo ordenó los objetos de la escuela, sino también los de la casa, con cartelitos indicadores de los lugares en que debían ponerse: «Radio», «Florero», «Licoreras», «Cajón de las camisas del doctor Teodoro», «Cajón de la ropa íntima de la señora».

- ¡Dios mío! - exclamó doña Flor ante tanta eficiencia- , y yo que pensaba ordenar la casa..., era un lío, un desbarajuste. Teodoro, querido, hiciste un milagro...

- No hay tal milagro, querida, sólo se necesitaba un poco de método. Sucede que como mi madre quedó paralítica tuve que tomar las riendas de la casa y me acostumbré al orden. Y en nuestra casa es más necesario ser metódico, por ser

vivienda familiar y escuela al mismo tiempo..., puesto que te empeñas en seguir con la escuela. Por mí, ya te lo dije, se terminaría con esa esclavitud... Tú no lo necesitas, yo gano lo suficiente para...

- Ya lo hemos discutido, Teodoro, y resolvimos no volver a hablar del asunto. ¿Para qué volver a discutirlo?

- Tienes razón, Flor, disculpa por insistir..., no volveré a tocar ese tema a no ser que tú me lo pidas. Quédate tranquila, querida, y perdóname, no quise molestarte... - Era un constante «querido» y continuo «querida» con afecto y urbanidad, pues el doctor Teodoro opinaba que el trato gentil y la cortesía son complementos imprescindibles del amor. Jamás se dirigía a la esposa sin hacerlo atenta y afectuosamente, esperando de ella la misma afable delicadeza de trato. En esa circunstancia, concluyendo la escena, le dio un beso en la mejilla, pidiéndole perdón por haber traído a colación el desagradable tema.

Siendo novios todavía, le propuso a doña Flor - como ya se ha contado al pasar- , el cierre de la escuela, dejando clases y alumnas, diplomas y recetas, los turnos de la mañana y de la tarde. Con un detallado balance de sus haberes y de su situación en la firma de drogas y medicinas, el doctor Teodoro le demostró, como dos y dos son cuatro, la inutilidad de conservar la escuela; pues doña Flor ya no necesitaría obtener dinero para sus gastos y caprichos; felizmente él estaba en condiciones de garantizarle lo indispensable y lo superfluo, y hasta cierto lujo honesto, sin larguezas de derrochador, pero sin aprietos de tacaño. Ella no necesitaba trabajar: el boticario, al pedirle la mano, estaba resuelto a sustentarla y a cubrir todos sus gastos. Lo que por lo demás era bien fácil, pues no se trataba de una mujer dada al derroche y la disipación.

Pero doña Flor no aceptó. Se mantuvo en sus trece y conservó la escuela, suspendiendo las clases solamente durante los breves días de la luna de miel en Sao Tomé. Aprovechemos la ocasión para señalar que al regreso de la pareja las burlonas alumnas pusieron a la profesora en la picota, con un continuo chacoteo de risas y chistes a veces maliciosos, a veces pícaros, y en el caso de María Antonia desagradables, pues la descomedida preguntó cuál de los

dos maridos poseía «mejor chirimbolo, o instrumento más poderoso y suave».

Pero volvamos a la conversación con el doctor en la época del noviazgo. En aquel entonces doña Flor dio por terminada la cuestión: prefería continuar viuda a cerrar la escuela. Acostumbrada a trabajar desde chica, adquirió desde muy temprano el hábito de disponer de dinero propio. Si no fuese por eso, ¿cómo se habría arreglado durante el primer casamiento, y después, durante la viudez?

Cuando se fue de su casa tenía algunos ahorros y fue con ellos con lo que pagó los muebles, los trámites del casamiento, el contrato de alquiler y los gastos de los primeros días. Y si no fuera por la escuela, ¿qué habría hecho cuando enviudó de repente? El finado no dejó más que deudas: no había una sola sucursal de banco en Salvador en la que no hubiera «un *muerto* que levantar» con su garbosa firma al pie, ni tampoco un amigo o conocido al que el pájaro no hubiese sableado. Además, desapareció en pleno carnaval, época de grandes y fatales gastos.

A no ser por la escuela doña Flor hubiera quedado en blanco, sin un centavo para el entierro y para todo lo demás. Era la causa de que le diese tanta importancia a su trabajo, a sus ahorros, a las monedas que guardaba en secretos escondites. Nada de cerrar la escuela, querido, si me quieres es con la Sabor y Arte funcionando; ten paciencia, santa paciencia, no puedo darte ese gusto, pide otra cosa cualquiera, te doy mil besos, me echo en tus brazos, pero no te doy la escuela como dote: es mi seguridad. ¿Comprendes, Teodoro?

El trabajo no era tanto como para matar a nadie. Al contrario, era un placer, un entretenimiento que la ayudó a soportar el tiempo vacío de la viudez, así como antes, ¡ah!, antes, en los años del primer matrimonio, la salvó de la desesperación. En las clases y en las alumnas encontró consuelo para sobrellevar aquellos días negros y confusos. ¿Cuántas excelentes amigas no hiciera junto al fogón y el libro de recetas, amistades más valiosas aún que el dinero? No, no soltaba la escuela, sus únicos ingresos, su honesto pasatiempo.

Mientras el doctor permanecía en la farmacia (salía antes de las ocho, volvía para el almuerzo y la siesta y luego se iba nuevamente, quedándose allá hasta después de las seis de la tarde), la escuela era una agradable y lucrativa ocupación. Sin las clases de cocina, dígame, señor doctor, ¿en qué iba a emplear el tiempo libre? ¿En chismes y rumores con las comadres, bajo las órdenes de doña Dinorá, en el torpe oficio de Juez del Mundo, de entrometida en la vida ajena? ¿O acodada en la ventana, como un maniquí en una vitrina, para recreo de los que pasaban, oyendo tonteras, conversando con unos y otros, y al poco tiempo andar en boca de todos, con fama de alcahueta? Hay gente a la que le gusta ese ostentoso oficio, ese modo de destacarse. En esta misma calle, justo en la esquina, pasaba su tiempo doña Magnolia enmarcada por la ventana. Era una mulata metida a rubia a costa de tintura, con una sonrisa inmóvil de bebé de celuloide, un lunar en la mejilla izquierda y ojos de cabra muerta. Allí estaba todo el día, en exhibición, pendiente del engatusamiento y de la calentura silenciosa de los que pasaban. Era una vecina reciente, hacía poco que llegara al barrio con su marido, un agente secreto de la policía, que lucía su jactancia y sus hermosos cuernos. Según doña Dinorá y otras comadres de olfato fino e información exacta, el detective era su amante y no su marido: habría heredado a la oscura rubia Magnolia de una línea de antecesoras de diversa posición y diversa calidad, pero todos ellos, sin excepción, igualmente cornudos, con una constancia y coherencia digna de todas las alabanzas.

Así pues, si doña Flor no podía nunca ser ventanera ni intrigante, ¿en qué emplear su tiempo, doctor mío? ¿Qué prefería él? ¿Que estuviera con las alumnas en la escuela o que fuera a mostrarse por la calle Chile, camino seguro, corto atajo para los burdeles cercanos, en las transversales de la calle Ajuda? Que guardase sus argumentos, que no volviera a hacer semejante propuesta; doña Flor estaba orgullosa de su escuela, de su fama, de su buen concepto. Ese renombre le costó esfuerzo y perseverancia, todo un capital.

Hubo de conformarse el doctor, pero dejando, desde luego, claramente establecido y aprobado que a él, y sólo a él, le

correspondían todos los gastos de la casa y los personales de doña Flor. Las ganancias de la escuela eran exclusivamente de ella y él no admitía que se emplearan en las necesidades de la pareja. Además, el doctor tomó otras medidas con respecto a ese dinero. Era absurdo tenerlo en casa, una invitación a los ladrones; ponerlo ahí, entre las válvulas de la radio o metido en una vieja caja de zapatos o por detrás del espejo del peinador o bajo el colchón, era hacer como los gitanos, tener costumbres de gente pobre. Sobre todo ahora, cuando ese dinero al que no se tocaba crecía mensualmente, siendo una cantidad respetable. El doctor Teodoro llevó a doña Flor a la Caja de Ahorro y abrió allí una cuenta a nombre de su esposa, en la que ella fue depositando sus economías.

- De este modo te rinde intereses, querida, el tres por ciento, siempre es algo. Y en la caja tu dinero está seguro, sin peligro de que te lo roben.

¿Qué hacer con ese dinero guardado en el banco, por amor de Dios? De pronto doña Flor sintió que el dinero era una cosa inútil, pues ahora no lo tenía a mano, no podía sacarlo de detrás de la radio para hacer una compra, dar una limosna o efectuar un pago. Pero doña Norma, experta en esas cosas, se rió del prejuicio bancario de la vecina. Su dinero en la caja iría acumulándose; en cuanto a los gastos, que corriesen por cuenta del marido. Mientras poseyera su libreta y el talonario de cheques no dependería del doctor cada vez que quisiera comprar un alfiler, o cuando se encaprichase con un vestido, o quisiera hacer un derroche adquiriendo un sombrero. No tendría que vivir persiguiendo al esposo, inventando argucias para sacarle algunas monedas destinadas a esos pequeños y múltiples gastos; el dinero obtenido así, con súplicas, tiene un humillante sabor a dádiva.

Doña Norma conocía ese gusto amargo, ya que Zé Sampaio era bastante rezongón y algo mezquino. Por eso mismo, mediante una gimnasia presupuestaria digna de un brillante financiero, con aprietos, pichinchas, cálculos, economías, diversas tretas, alteraciones de las cuentas, de las sumas y restas de los totales, veinte mil- réis por aquí, cincuenta por allá, cien por el otro lado, y, si era preciso, la mano nocturna en el bolsillo del marido, doña Norma también era

poseedora de una robusta alcancía, que le permitía ciertos refinamientos elegantes, así como atender a su enorme clientela de compadres y ahijados, viejos desvalidos, enfermos, obreros sin trabajo, borrachitos y vagos, así como decenas de chicos, sus preferidos.

- Por ejemplo, mi santa: el doctor cumple años y tú no tienes ni medio centavo partido por la mitad. ¿Le vas a pedir dinero a él para comprarle un regalo? Imagínate: «Teodoro, hijito, ¿me das algo para comprarte unos calzoncillos como regalo de cumpleaños?» Yo, mi linda, no me atrevo a tanto con Zé Sampaio.

Doña Flor estaba de acuerdo, claro; lo que no la conformaba es que el dinero estuviese en el banco, que fuese una cifra inscrita en una libreta, y no moneda contante y sonante, al alcance de su mano. De pronto la media de los ahorros desaparecía de su vista; ¿cómo manejarlo en esa fría libreta, en ese depósito a interés? Sin embargo, debía cambiar sus costumbres, pues al decir de la amiga sus antiguos hábitos eran de pobretona, de mujer de un mísero funcionario que encima era jugador y le derrochaba las entradas de la escuela, viviendo en la práctica a costa suya, siendo más su gigoló que su marido. Eran costumbres de viuda sin ningún apoyo, que se mantenía con el dinero que le producía su trabajo, sacando de él para comer, vestir y hacer frente al alquiler de la casa y a los otros gastos. Costumbre gitana, de gente pobre, como dijera el doctor; costumbres de la pobreza, cuando no hay dinero para llevar al banco, con sus intereses y su talonario de cheques, confirmaba doña Norma.

Pero ahora la posición social y la fortuna de doña Flor eran distintas. Si no era rica como para desperdiciar, tampoco era la pobretona de antes; por lo menos, y siendo muy modesto, tenía un pasar, y un buen pasar. Había subido de golpe varios peldaños, desde el suelo de los pobres a las alturas vecinas, a los escalones más altos: los argentinos de la cerámica, el doctor Ives con su consultorio médico y su empleo público, los Sampaíos con su buena tienda de zapatos, los Ruas con sus envidiables representaciones, estando, en fin, al par con la aristocracia de los alrededores, para regodeo de doña Rozilda, que al fin tenía un yerno de acuerdo a sus ambiciones. Según don Vivildo,

el de la funeraria, un informante respetable, siempre curioso de la situación financiera de los amigos, el doctor Teodoro, equilibrado, serio y trabajador, llegaría lejos:

- No va a tardar en tragarse la farmacia entera...

Así fue como se abrió la cuenta de doña Flor en la Caja de Ahorro, aumentando todos los meses, y así dio comienzo a una segura ordenación de principios en su vida.

Como muy bien decía el farmacéutico, la irregularidad, el barullo, los hábitos desordenados, provocan discusiones y desacuerdos en las parejas, y constituyen el primer paso hacia la desarmonía conyugal, hacia los roces y el distanciamiento entre los esposos. Doña Norma lo consideraba un poco sistemático y metódico por demás, cuando exigía que cada cosa estuviera en su lugar y sucediera exactamente en el día marcado, cuando rechazaba la improvisación y la sorpresa, único «pero» («pero», según la opinión de doña Norma) en un hombre de tantas cualidades, recto, bueno, de esmerada educación, y que tenía a su mujercita como a una reina. Mejor que fuera así, sin embargo, rígidamente sistemático, que dislocado como doña Norma, siempre atrasada, al margen de las agujas del reloj, una madre del desorden.

Doña Flor se reía oyendo a la amiga elogiar, en medio de su constante agitación sin medida ni horario, el equilibrio y el orden del doctor: «Un marido como ése, felizota, no anda dando ventajas por ahí; cae del cielo.» Incluso doña Gisa, cruda verdad científica ilustradora del barrio cuando lo acusaba de feudal, reconocía sus cualidades:

- Para ti, Florcita, que buscas antes que todo seguridad, no hay nada mejor.

Realmente, viviendo en un orden que daba gusto, bajo la dirección y el amparo de su buen marido, con todos los puntos puestos sobre las íes, un día para cada cosa y con puntualidad, doña Flor se imponía como un modelo a toda la vecindad.

Su vida transcurría en calma y sin imprevistos, serena y suave; una vida sin vacíos, con el tiempo cuidadosamente planificado: un perfecto organigrama. Una vez por semana, los martes, iban al cine, a la función de las veinte horas. Si se daba otra película que causase furor en la opinión general y en la de *A Tarde*, iban dos veces, pero muy

raramente, y jamás a las funciones vespertinas, pues el doctor no soportaba el alboroto que armaban las muchachas y los muchachos, la ruidosa juventud.

Dos veces por semana, por lo menos, después de la cena, él ensayaba con su fagot, preparándose para la tarde de los sábados - sagrada- , cuando se reunía la orquesta en casa de alguno de los músicos. Eran unas reuniones de lo más alegres y cordiales, en torno a la abarrotada mesa de la merienda - la dueña de casa siempre desviviéndose por atender a los aficionados- , con refrigerios y jugos de fruta para las damas, abundante cerveza para los caballeros, y a veces una *cacharí*, si el tiempo era frío o si era caluroso. Sentábanse los invitados, admiradores del compositor o de los intérpretes, una «selecta asistencia» de amigos que acudían a oír sonatas y gavotas, vales y romanzas, a sentir la emoción de las fugas y de los pizzicatos, de los graves y de los agudos, de los estudiados solos. Una excelsa hora de arte.

En las noches libres restantes hacían visitas o las recibían. En su primer matrimonio, doña Flor había abandonado sus relaciones, pero ahora, en cambio, las cultivaba con absoluta regularidad. Por ejemplo, dos veces por mes, en un día predeterminado, era infalible la presencia de la pareja en la casa del doctor Luis Henrique, llevándoles doña Flor a los chicos un *páo- de lo*, un *manué de milho*, un plato con *cocadas brancas* o *quindins*, cualquier cosa, una golosina.

Hinchado de orgullo, el doctor Teodoro se incorporaba a la eminente tertulia que se reunía en la sala del ilustre amigo, formada por gente de la más alta distinción, como el doctor Jorge Calmon, ex secretario de Estado; el doctor Jayme Baleeiro, abogado de la Asociación Comercial; el historiador José Calazans, de la Academia y del Instituto; el doctor Zezé Catarino (basta con citar su nombre), el doctor Ruy Santos, político, profesor y literato, y otros prohombres de la Administración, del Instituto Histórico, de la Academia de Letras del Estado.

Para el doctor Teodoro eran gratas aquellas noches de placer espiritual en que podía conversar con «figuras representativas», oyéndolas respetuosamente y participando a su vez con prudencia en la erudita

conversación sobre los profundos temas que se debatían. Según él, «en esos torneos de sublime elevación, en ese diálogo de privilegiados intelectos, las ideas refulgen en el esplendor de las frases centelleantes». Mientras tanto, doña Flor, en el círculo de las esposas, discurría sobre temas de costura o cocina, o comentaba los últimos crímenes de que daban cuenta los diarios.

Para el doctor Teodoro, las visitas al doctor Luis Henrique eran el summum, mientras que las preferencias de doña Flor se inclinaban por las noches en el palacete del García, el *bungalow* de doña Magá Paternostro, la ricacha, figura por excelencia de la élite y ex alumna suya. Allí se encontraba doña Flor en medio del trato y el refinamiento de las señoras más empingorotadas, discutiendo sobre modas, protocolos y acontecimientos sociales, con agradables incursiones en la vida ajena. Pero no la vida de cualquier vecina, sino la de los figurones de la élite, de la hidalguía y del señorío: contándose cada historia, cada porquería ique no te puedo decir! Era una podredumbre de primera calidad en todas sus partes, sin excepción.

De los hábitos antiguos, procedentes del primer casamiento, el único que se conservó fue el del almuerzo dominical en Río Vermelho con los tíos (claro que en los tiempos del primer casamiento casi no tenían hábitos, todo era una barahúnda, todo era imprevisible).

Con las nuevas costumbres, la vida no sólo fue adquiriendo animación, sino también estabilidad, haciéndose plácida y entretenida. Una vida feliz, según la opinión general de la vecindad y de acuerdo a la sonrisa de doña Flor. Los miércoles y los sábados a las diez de la noche, minuto más, minuto menos, el doctor Teodoro poseía a su esposa con honesto ardor e invariable placer, siendo seguro el bis los sábados y optativo los miércoles.

Doña Flor, recordando el desorden de ciertos hábitos anteriores, al principio le chocaba, extrañaba la discreción que circundaba y regía la porfía de amor que se celebraba en la cama de hierro sobre el nuevo (y espectacular) colchón de elástico. Pero pronto su pudor congénito y el propio recato de su carácter fueron ajustando sus necesidades de hembra, sus ansias de mujer, a la manera conveniente y puntual, casi podría decirse respetuosa y distinguida, con

que el doctor la cubría, al abrigo de las sábanas, pero con firme deseo y lanza en ristre.

En la cama de un matrimonio (en opinión del doctor Teodoro), el deseo no impide el pudor, el amor no se opone al recato, pues el deseo y el amor de los esposos están hechos de materias puras, aun en la secreta intimidad conyugal.

Los miércoles y los sábados, sin falta, a la misma hora, doña Flor vislumbraba los discretos y repetidos movimientos del esposo en la oscuridad. Así, semierguido para ponerse sobre ella, la sábana sobre los hombros y los brazos abiertos, le parecía un paraguas blanco y enorme que protegía su vergüenza de mujer, que la amparaba incluso en aquel supremo instante de abandono. Un paraguas, ¡qué visión más sin gracia, qué imagen inhibidora, qué chasco!

Cerrando los ojos para no mirar, doña Flor imaginaba a su Teodoro como a un pájaro de alas inmensas y potentes garras, águila o cóndor en vuelo rasante sobre ella, que la tomaba, la alzaba por los aires y la poseía. Abríase doña Flor para que en ella se posara el ave de rapiña. Al sentirse penetrada, con una garra desmedida en sus entrañas jugosas, presa y liberada a la vez, se alzaba con ella hacia un cielo de bronce, en un goce compartido.

Aunque no era un goce totalmente casto, pues doña Flor, al desatarse, soltaba también su pensamiento y allá se iba.

Así eran las noches de amor de estos buenos esposos, con un bis seguro los sábados y optativo los miércoles...

3

Doña Rozilda, al regresar a Nazareth das Farinhas después de larga permanencia en Bahía, dio testimonio minucioso de los primeros tiempos de la nueva vida matrimonial de doña Flor, habiendo antes confiado a doña Norma sus preocupaciones e incertidumbres.

El doctor Teodoro era un yerno estupendo bajo todos los aspectos. Sobre eso no le cabía ninguna duda. Pero ¿estaría doña Flor a la altura de un consorte de tantas cualidades?

¿Por qué no? - preguntó suspicazmente doña Norma, leal amiga que no admitía la más leve crítica. En su opinión, doña Flor era digna del marido más perfecto, del más hermoso y rico.

Pero en doña Rozilda no se encendía la llama del mismo ardiente entusiasmo. A pesar de ser la madre, y por lo tanto inclinada a disculpar y a favorecer a la hija, no veía en ella el impulso necesario para la escalada, posible al fin; no la sentía ávida de influencia social, capaz de aprovecharse de la posición del marido, de su prestigio, de su responsabilidad, de sus relaciones. Si hubiera salido a doña Rozilda, ahora, apoyada en el brazo del doctor, treparía fácilmente hacia las salas, los jardines, la intimidad de los palacetes de la Graca y de la Barra, conviviendo con la mejor gente de Bahía, la élite, un sueño de la vieja señora. ¿No había sido ya doña Flor presentada a los Taveiras Pires? ¿No le había besado la mano el millonario Adriano, comúnmente denominado Caballo Pampa? ¿No la había distinguido con una asquerosa y complaciente sonrisa doña Inmaculada, la primerísima dama de la sociedad, dictadora de la elegancia?

¿Qué hacía, sin embargo, doña Flor para corresponder a esas oportunidades que debía al título del doctor, a la floreciente droguería, al delicado fagot?

Nada, tres veces nada. Al contrario, continuaba dando clases de cocina como una pobretona cualquiera, a pesar de que su actividad repercutía negativamente sobre el prestigio social del marido (un marido cuya mujer trabaja, o le va mal en la vida o es un sórdido avaro, rezaba la cartilla de doña Rozilda); y la hija continuaba en aquella casita, cuando podían tener un domicilio mucho más amplio y en una calle distinguida.

Que doña Norma la disculpase, pues ella no decía esto con intención de humillar a nadie, pero las calles de la vecindad, si alguna vez fueron elegantes, en otros tiempos incluso aristocráticas, en la actualidad eran arterias de gente de medio pelo, con unas pocas excepciones. En esas callejuelas podían contarse con los dedos - manifestaba venenosamente la intrigante- las señoras representativas y de sociedad. La mujer del argentino, doña Nancy, era realmente de clase y de buena raza, pero ¿quién más? -

preguntaba, mirando provocativamente a la amiga de doña Flor- . El resto... es chusma...

Mas, volviendo al guisado, ¿cuál era la situación de la nueva pareja? El doctor Teodoro andaba loco por mudar de casa, y ella, doña Flor, la idiota, obstinada en seguir allí, firme en aquel agujero. Doña Rozilda meneaba la cabeza:

- El que nace para diez centavos no llega nunca al peso...

Por lo demás, a ese asunto del cambio de domicilio se debió el súbito regreso de doña Rozilda a Nazareth. Cierta mañana, doña Flor la interpeló:

- Mamá, ¿qué idea es ésa de ir a decirle a Teodoro que yo quiero mudarme? Sepa de una vez por todas que tanto él como yo estamos muy satisfechos con nuestra casa y no nos vamos a mudar.

Doña Rozilda, olvidándose de sus maneras de gran dama, escupió hacia un lado con gesto arrabalero.

- ¿Qué me importa? Cada puerco en su chiquero... Doña Flor hizo un esfuerzo para contenerse:

- Oiga, mamá. Yo sé de dónde viene esa historia de una casa más grande. Usted quiere meterse para siempre, pero puede quitárselo de la cabeza. Yo no estoy de acuerdo. Puede venir cuando quiera a pasar unos días. Pero vivir con nosotros, eso no. Le hablo con franqueza: usted, mamá, nació para vivir solita..., le voy a decir...

Doña Rozilda salió hecha un estampido, sin querer oír el resto, que por lo demás era la parte agradable del discurso, pues doña Flor, para compensar a la madre de tan ruda franqueza, había decidido darle una pequeña suma mensual. «Dinero para sus alfileres, mamá, para las obras de caridad», como finalmente pudo comunicarle cuando la acompañó hasta el muelle de la Bahiana, días después.

Una vez más le fallaron a doña Rozilda los planes de establecerse con su hija; antes, de viuda, no la quiso con ella, y tampoco la quería ahora de recién casada. Si la primera vez doña Rozilda se mostró ofendida, rompiendo prácticamente su trato con doña Flor, ahora se tragó la afrenta, pues la tentación de estar ligada de algún modo a la nueva vida de la hija, con sus brillantes relaciones y saraos, era demasiado poderosa. Es cierto que se volvió a Nazareth, pero sus visitas a la capital menudearon. Cuando lo hacía se hospedaba en aquel «culo del mundo» de Río Vermelho,

pero venía muy temprano, antes del almuerzo, a casa de la hija, y a chismear por los alrededores, asumiendo la jefatura de la banda de intrigantes. Se quedaba en Río Vermelho unos ocho o diez días, tiempo que bastaba para hacerse insoportable y reñir con la hermana. Y allá se iba de nuevo a convertir en un infierno la vida del hijo y la nuera, en el Recôncavo. En Nazareth, a sus diversas ocupaciones, se añadía la de describir el fausto social que rodeaba a doña Flor («vive entre banquetes y fiestas, es íntima de doña Inmaculada Taveira Pires»), cantando loas al yerno doctor y a todo lo referido a él, desde las dotes de su inteligencia al envidiable estado de sus finanzas, desde la dignidad de sus modales hasta el inusitado fagot. Y narraba detalladamente los ensayos semanales de la orquesta de aficionados, derritiéndose en sonrisas, cayéndosele la baba al recordarlo:

- Eso sí que es música...

Lo decía en alabanza de las arias, las romanzas, los conciertos de exquisito repertorio en los que Haendel, Lehar, Strauss, coexistían con Othelo Araújo y el maestro Agenor Gómez, compositores locales menos conocidos por esos mundos, pero no por eso menos inspirados. Lo decía también como una demostración de desprecio a la otra música, la de las sambas y canciones, las *modinhas*, la de la chusma - aquí una escupida de desprecio- , y a la gentuza de los violines y las guitarras, las gaitas y los tamboriles, una caterva de atorrantes. Al hablar así establecía una distancia, señalaba una diferencia entre la orquesta de aficionados, a la que pertenecía el doctor Venceslau Pires de Veiga, eminente cirujano; el doctor Pinho Pedreira, juez de la capital, y el millonario y comendador del Papa, Adriano Pires, «El Caballo Pampa», dueño de una firma mayorista, con palacete en la Graca, automóvil con chófer, marido de la noble Inmaculada, «la que está antes que la primera, la primerísima, la cúspide opalescente» (según la feliz expresión de Silvinho Lamenha, locutor de radio y redactor de «Sociales» en el diario del temido Odorico Tavares): doña Inmaculada Taveira Pires, con su cara de caballo viejo y sus impertinentes de gobernanta suiza. Y así quedaba marcada la diferencia con los vagos que andaban dando serenatas y

provocando desórdenes, unos borrachos, gente de mal vivir. En los tiempos del primer casamiento de su hija (si es que aquello se podía llamar casamiento) tuvo que soportar la *cachaca* y las necesidades de esos «valdevinos», pura canalla, imagen de la depravación y de la orgía: Jenner Augusto, Carlinhos Mas- carenhas, Dorival Caymmi. De vez en cuando, algún universitario de buena familia se juntaba con esa caterva y en seguida se volvía el peor de todos, como aquel doctor Walter da Silveira, cuyo rostro regordete doña Rozilda recordaba con odio. En Nazareth había oído elogiar los conocimientos jurídicos del tal Silveira: una eminencia en derecho, e incorruptible. Que lo creyera quien quisiese, no ella, doña Rozilda, que lo vio tocar en la gaita el paso del *Siri- Bocéta*. ¡El infame!

Debido a esa escoria de la sociedad se volvió tan antimusical que reaccionó violentamente cuando por primera vez le hablaron de las dotes del yerno. «Un sujeto que no tiene arreglo, un tocador de birimbao.» Una vez más, seguramente, la idiota de la hija, sin tono y sin vergüenza, se iba a atar a algún malandrín al que tendría que mantener y llevar a cuentas, financiándole los vicios y las amantes con su sudor, con el dinerito de la escuela. Recordaba con tanta rabia las serenatas y las canciones que ni siquiera el título de doctor en torno al cual doña Norma, conocedora de sus debilidades y preferencias, había armado gran estruendo en la carta que le comunicara el noviazgo de la viuda, ni siquiera el anillo universitario, la había conmovido. «Un doctor de reconocida sabiduría», decía en su misiva la vecina, pero doña Rozilda no se entusiasmó:

- Otro borracho de ésos..., toda la noche por las calles en plena juerga y desvergüenza con el dinero de la tonta... Todavía va a resultar que también es jugador. Lo que quiere es vivir con la tripa llena..., ella en el trabajo y él en el vicio. - En cuanto al título de doctor, tenía sus reservas:

- Farmacéutico... ¡Bah!... Un doctor a medias...

Establecía diferencias entre las diversas jerarquías universitarias. No todas poseían, a su modo de ver, la misma clase y categoría:

Doctores de verdad, de primera, son los médicos, los abogados, los ingenieros civiles. Pero los dentistas y los

farmacéuticos, los agrónomos y los veterinarios, todos éstos son doctores de segunda, poca cosa, unos doctorcitos..., gente que no tuvo cabeza ni aptitud para estudiar hasta el final...

Toda esa mala voluntad para el futuro yerno a quien todavía no conocía personalmente y, sin embargo, criticaba tanto, procedía de saber que era un músico aficionado. Sólo después, en Bahía, al comprobar la buena situación financiera del farmacéutico, socio de un establecimiento tan sólido como la Científica, en la esquina de la calle Carlos Gómez y Cabeça (ya el lugar valía una fortuna), su respetabilidad, sus modales y aptitudes, el espléndido y vasto círculo de sus relaciones, se desvaneció su falsa impresión inicial, dejando así de confundir al erudito fagot con el vulgar birimbao de *capoeira* y la Orquesta de Aficionados con la serenata al claro de luna.

Entonces el yerno ascendió mucho y rápido en su opinión. No era el perfecto Príncipe Encantado, entrevistado un día en Pedro Borges, el estudiante paraense, con sus ríos, islas y cauchales, con su riqueza de las mil y una noches. ¿Qué más podía pedir, sin embargo, una viuda pobre, a los treinta años de edad? Doña Rozilda, satisfecha más allá de toda expectativa, le confesaba a doña Norma:

- Con éste hasta yo me casaba... Un ciudadano respetable...

¡Y qué modales! Esta vez acertó. También..., ya era tiempo... ¡Es un señor muy educado!

Una educación finísima: el doctor Teodoro, cordial y respetuoso, se dirigía a ella tratándola de «mi querida suegra», y preguntando a cada momento si precisaba algo. Le traía pastillas para la tos y un jarabe para el catarro crónico, y le regaló un paraguas nuevo cuando la oyó lamentarse de haber perdido el suyo - viejo, del tiempo de don Gil- en la confusión que se produjo al desembarcar en el puerto.

Doña Rozilda venía para asistir al casamiento y quedarse por unos días. Pero al comprobar las cualidades del yerno se dio cuenta de las perspectivas que le brindaría la vida en compañía de la pareja, decidiendo instalarse allí definitivamente, abandonando Nazareth das Farinhas, las obras piadosas del reverendo Walfrido Moraes, el club, la iglesia y la presidencia del sabroso y cruel chismerío del

municipio.

En la pequeña ciudad, como ya se dijo, se sentía a sus anchas. Allí era alguien, un personaje influyente, podía intrigar libremente e imponer sus caprichos y enojos a la nuera, que ya había llegado al límite de la paciencia y perdido las esperanzas en los milagros de los santos: Nuestra Señora de los Dolores permaneció ciega y sorda a sus ruegos y promesas, sólo la muerte podía ya liberarla. Entiéndase: la muerte de la suegra. A veces, la buena de Celeste se ponía a pensar en tan jubiloso acontecimiento, ¡ah!, ¡qué velorio más impacientemente esperado! Sería la velada más alegre de Nazareth. Se hablaría del cuidado del cuerpo y los responsos y misas por el alma de la anciana señora en todo el Recóncavo, y los ecos llegarían hasta la capital. Celeste estaba dispuesta a no escatimar gastos ni molestias.

En Nazareth se encontraba bien, pero, con este nuevo yerno, prefería Salvador, y para quedarse en él trazó doña Rozilda todo un plan de acción. Fue adúltera e insinuante, servicial y bondadosa, devota del farmacéutico. Al principio el doctor Teodoro se conmovió. Hablando con su amigo Rosalvo Medeiros, el representante de los laboratorios, le confesó haber ganado con el casamiento no sólo la más perfecta de las esposas, sino también una segunda madre, su suegra, aquella santa viejecita.

- ¿Quién? - el próspero Rosalvo no podía creer a sus oídos. - ¿Quién es la santa viejecita? ¿Doña Rozilda? - preguntó, y se echó a reír, como doña Amelia el día del noviazgo. Se oía cada cosa..., ¡doña Rozilda una santa criatura!... Pobre Teodoro, con su ingenuidad...

Pero ni el mismo doctor Teodoro se engañó por mucho tiempo: la costumbre de meter en todo la cuchara, la capacidad de intriga y la permanente irritabilidad de doña Rozilda pronto relegaron a segundo lugar sus sonrisas melosas y sus cautivantes palabras, y el yerno comenzó a comprender el porqué de la risa incontenible y divertida de doña Amelia y de Rosalvo. Fue entonces cuando doña Rozilda le habló, con muchas vueltas, de los inconvenientes que tenía una casa pequeña, con tan poca comodidad. ¿Por qué no alquilar una residencia más a tono con sus posibilidades y relaciones? ¿Más amplia, con mayor número

de habitaciones?

Con mucha habilidad sugirió que doña Flor no estaba satisfecha con aquella casa tan poco comfortable, llena de malos recuerdos. Y que solamente por no importunar al marido callaba su disgusto.

El doctor Teodoro encontró extraña la sugestión fabricada por la suegra y todavía más extraño el pretendido disgusto de la esposa. ¿Acaso no fue doña Flor la primera en destacar las conveniencias y ventajas de residir allí? Un alquiler bajo, el mismo desde hacía ocho años, la buena situación de la casa, a dos pasos de la droguería, además de ser la dirección conocida de la Escuela de Cocina: Sabor y Arte, con una cocina adaptada a la enseñanza, con horno de gas y fogón de leña... ¿Para qué una casa mayor si eran ellos dos solos? ¿Para qué más trabajo y gastos si allí estaban contentos ella y el marido, si tenía espacio suficiente para que se cumplieran sus deseos de felicidad? Estos habían sido los argumentos de doña Flor, modestos y sensatos, cuando aún era novia.

¿Por qué entonces este cambio repentino? ¿Por qué irse de allí a un innecesario caserón, que daría más trabajo cuidarlo y sería costoso? ¿Para qué esos lujos que estaban más allá de sus posibilidades? ¿Sólo por vanidad?

Doña Rozilda, en su confuso alegato, había mencionado el prestigio y el «buen tono». Al doctor Teodoro le afectó el argumento, siendo como era celoso del prestigio y de la consideración de los demás, pues temía las críticas de la sociedad. Pero a doña Flor no le preocupaban esas cosas, argumentando - cuando discutieron sobre la escuela- que el valor de un hombre no se mide por la figuración, por sus apariencias, sino por lo que él es realmente, por lo que vale.

Si era así, ¿por qué se mostraba contrariada ahora, por qué esas quejas y reivindicaciones? El doctor Teodoro escuchó con atención las ñoñeces de la suegra, pero no quiso discutir el asunto:

- No sabía, cara suegra, que mi querida esposa tuviera esa idea y no deseo discutirla. Pero puedo adelantarle que todo será resuelto a satisfacción de Flor.

Y dejando a doña Rozilda llena de optimismo se retiró, taciturno, camino de la droguería. Si el cambio de opinión

de doña Flor fue para el doctor Teodoro una sorpresa, su procedimiento lo disgustaba. ¿Por qué no le habló ella misma, con lealtad y franqueza? ¿Por qué mandar en lugar suyo a doña Rozilda? El farmacéutico no quería que hubiese ninguna duda, ningún malentendido, por más mínimo que fuera, entre él y la esposa. Estaba dispuesto a darle todo cuanto estuviera a su alcance, a satisfacer sus deseos aun cuando le pareciesen caprichosos, dentro de los límites de sus posibilidades e incluso con algún sacrificio. Pero exigía sinceridad, llaneza, confianza. ¿Por qué tenía que haber terceros, intermediarios, entre ellos, si eran marido y mujer? El doctor Teodoro, en los fondos de la farmacia, manejando la espátula y triturando sustancias, pesando cantidades ínfimas en la balanza de precisión, se sentía apenado, triste. ¿Por qué esta falta de confianza? Entre marido y mujer no debe haber secretos, ni nadie que medie en sus relaciones. Subnitrato de bismuto, aspirina, azul de metileno, nuez moscada, las cantidades exactas, ni un grano de más ni uno de menos. Así debe ser el casamiento. Y resolvió poner en claro la cuestión cuanto antes.

Por la noche, ya en el cuarto, a solas con la esposa mientras se cambiaba tras la cabecera de la cama de hierro, le dijo:

- Querida, deseaba pedirte una cosa... Doña Flor ya estaba acostada, esperando el beso del marido para cerrar los ojos y dormir:

- ¿Qué, Teodoro?

- Me gustaría que tú, cuando tengas que decirme algo, me hables personalmente, sin mandar a nadie en tu lugar...

En la voz del doctor no se observaba enojo, su acento era más bien melancólico. Doña Flor se incorporó, sorprendida. Apoyándose en el codo, volvióse hacia el marido, que estaba poniéndose los pantalones del pijama:

- ¿Qué es esa historia?, ¿cuándo mandé yo...?

- Yo pienso que el marido y la mujer deben ser francos el uno con el otro, que no necesitan correveidiles...

- Teodoro, querido, por favor, dime pronto de qué se trata, no entiendo nada...

Ya vestido con su pijama a rayas, él se acercó a la cama, sentándose en ella:

- Si quieres cambiar de casa, ¿por qué no me lo dices tú

misma?

- ¿Cambiar de casa? ¿Yo? ¿Quién te dijo eso?

- Pues tu madre, doña Rozilda. Me dijo que tú andabas quejándote, descontenta con la casa, disgustada...

Doña Flor se quedó mirando fijamente al marido, sentado en el borde de la cama, muy serio, con un asomo de tristeza en los ojos. Le dieron ganas de reír: «Semejante hombrón y tan sin malicia.»

- ¿Mamá? ¿Y tú pensaste que yo la había mandado? Tú no conoces todavía a mamá, Teodoro. Yo sé lo que ella anda buscando... ¿Para qué iba a querer yo una casa más grande? Quien la quiere es ella, con un cuarto en el que instalarse de una vez por todas, ¡Dios me libre y guarde!

- Pero si es eso, querida, si se trata de hospedar a tu madre, tal vez pueda... - doña Flor continuó riéndose y miró al marido bien de frente:

- Debemos ser francos el uno con el otro, acabas de decir tú, Teodoro. Dime, pero dime la verdad, no mientas: ¿a ti te gustaría que la vieja viviera con nosotros para siempre?

No era el doctor Teodoro hombre capaz de mentir, pero tampoco de ofender a los demás y menos todavía a la madre de doña Flor:

- Es tu madre, es mi suegra, y si ella quiere y tú estás de acuerdo...

- Pues has de saber, querido, que yo no quiero ni estoy de acuerdo. Es mi madre, le tengo cariño, pero tenerla aquí, viviendo con nosotros, ni por todo el oro del mundo. No hay quien la aguante, Teodoro, tú todavía no la conoces bien.

Tomó la mano del esposo:

- En esta casa, querido, sólo tú y yo, nadie más. De aquí sólo saldríamos para nuestra casa propia. Además, cuando podamos, lo mejor es comprar esta misma...

El farmacéutico respiró con alivio. Por doña Flor hubiera sido capaz de cualquier sacrificio, hasta de aguantar a doña Rozilda con sus tramoyas. Felizmente, todo quedó claro. Doña Flor no había cambiado, seguía siendo modesta en sus ambiciones, prudente en los gastos, sensata. Pero su opinión en cuanto a doña Rozilda evolucionó definitivamente y la santa viejecita convirtiéndose en ponzoña. No en vano su cuñado, el tal Moráis, no se movía de Río, estando dispuesto a volver a Bahía sólo cuando la vieja

estirase la pata (otro más cuya única esperanza residía en la muerte, pues en el caso de doña Rozilda, en su opinión, no cabía otra alternativa). Aun así, el doctor Teodoro, con menos experiencia en el trato de la suegra y siendo mucho más afable y de esmerada educación, todavía dijo con una última amabilidad:

- Cosas de vieja, pobre..., a su edad... Ella acarició mimosamente la mano del marido, ese hombre tan bueno:

- No se trata de la edad, querido..., fue siempre así..., es mi madre, no debo hablar mal de ella, una hija no puede..., pero siempre tuvo el mismo carácter, desde jovencita... Ni mi padre la soportaba, y era un santo. Si ella se metiera aquí, Teodoro, terminaríamos peleándonos.

- ¿Nosotros? Nunca, querida mía, jamás... Y la miró casi conmovido, lleno de ternura:

- Nunca reñiremos..., ni tendremos secretos el uno para el otro, sea el que fuere. Nos contaremos todo, todo... El la besó en los labios, suavemente.

- Todo... - repitió doña Flor en un susurro.

El doctor Teodoro sonrió, totalmente satisfecho, se levantó y fue a apagar la luz. «¿Todo, Teodoro? ¿Crees que es posible? ¿Incluso los pensamientos más recónditos, incluso aquellos que uno se oculta a sí mismo, Teodoro?» Doña Flor contemplaba el torso fuerte del esposo bajo el pijama, los amplios omoplatos, el recio cuello, los músculos del brazo. Mordiéndose los labios trató de apartar sus pensamientos, pues, como era lunes, no correspondían esas cosas... El doctor, hombre sistemático, mantenía con respecto a eso, igual que para todo, el más perfecto orden. Pero era tan bueno y generoso, tan delicado y atento, estaba tan rendido por ella, hasta el punto de disponerse a soportar a doña Rozilda... Tanta devoción compensaba su sistematización, su rigor para los horarios, las reglas y las etiquetas.

«Todo no, Teodoro, tú no sabes qué oscuro pozo es el corazón de uno.»

Del brazo de su marido, doña Flor descubrió mundos desconocidos e insospechados, en los que penetró con él, llegando a ser figura destacada, «gracioso ornamento», como escribiera sobre ella, justo y gentil, reseñando la fiesta de los Taveiras Pires, nuestro exigente Silvinho, a quien hay que referirse siempre inevitablemente. Nunca se le había ocurrido a ella que existiese un universo constituido solamente por farmacéuticos, hermético y fascinante: con sus propios problemas, su peculiar visión de la vida, su lenguaje de casta, su atmósfera de nitratos y calomelanos. El universo cuya capital y cumbre era la Sociedad Bahiana de Farmacia, con sede propia, un piso entero, limitando con otros mundos más o menos importantes como el de los médicos, una casta suficiente y poderosa que se beneficiaba del trabajo de los demás. Sí, ¿para qué servirían los médicos - se preguntaban los líderes de la farmacología- si no existiesen los farmacéuticos? ¿Por qué entonces esa altivez, esa arrogancia? Eran igualmente presuntuosos los representantes de los laboratorios; a la hora de vender eran corteses y hasta humildes con los grandes, pero desatentos con los pequeños, y a veces groseros a la hora de cobrar una cuenta atrasada. Más simpáticos eran los representantes viajeros, con sus valijas llenas de remedios y las últimas anécdotas del interior. Toda esa gente, la de la universidad y la del comercio, con sus títulos, su dinero, su orgullo, se alzaba sobre una amplia capa de profesionales y despachantes de farmacia con míseros sueldos.

Al pasar frente a la Droguería Científica, al cruzar su umbral, al adquirir un tubo de pasta dentífrica o un jaboncillo, nunca había percibido antes doña Flor el fuerte hálito de aquel mundo de las drogas, nunca lo había respirado.

Un mundo en el que moraba su marido, apoyado en el *canudo* de doctor (y más todavía en los conocimientos resultantes de la larga práctica en los laboratorios y mostradores), en su capacidad de trabajo y en su honradez, y en el que procuraba asegurarse una situación financiera y cierto renombre científico. Tenía en ese mundo una situación modesta, un modesto renombre, lo suficiente como para que se le abriesen a doña Flor las puertas de

aquel territorio de yodo y sulfatos; para que se beneficiase con los programas culturales y recreativos de la Sociedad Bahiana de Farmacia: las asambleas que se realizaban en su sede propia, la lectura y debate de tesis y trabajos sobre temas científicos o profesionales; las comidas, en días festivos, toma de posesión del nuevo directorio, el Día del Farmacéutico...; comilonas en torno a las cuales se juntaban directores y socios (con sus familias), en ruidosa «confraternización de profesionales», como decía siempre el doctor Ferreira en su infaltable discurso. Sin olvidar el baile de fin de año, en diciembre, antes de Navidad. Doña Flor frecuentaba con cierta asiduidad, aunque sin exageración, las tesis y las comidas. Se relacionó con las esposas de los colegas del marido visitando a algunas de ellas y siendo visitada por ellas a su vez, trueque de cortesías que le dejó como saldo tres o cuatro amigas y sólo una alumna.

Eran esas señoras, doña Sebastiana, esposa y brazo derecho del doctor Silvio Ferreira, secretario general de la sociedad y su principal animador: mujerona alegre que tenía una voz de tromba y una risa contagiosa; doña Rita, señora del doctor Tancredo Vinhas, de la Farmacia Santa Rita, constituía con su marido una pareja flaca y agradable, él fumando cigarrillo tras cigarrillo y ella con una tosecita de tisis aguda; doña Neusa, la rubia Neusoca de los ojos alegres, era la mujer de R. Macedo & Cía.: la compañía estaba formada por los vendedores, y a doña Neusa le atraía siempre el nuevo empleadito: los coleccionaba, los iba bautizando con los nombres de los remedios más en boga (hubo un elixir de Ñame, un oscuro mulato; un Bromil que parecía un niño de tan jovencito y frágil, todavía imberbe e inocente, joya preciosa para la más rara colección; hubo un lindo muchacho, llamado Emulsión de Scott, campesino recién llegado de las tierras de Galicia, con su cara de manzana; el pequeño Freasa fue llamado Salud de la Mujer, tocándole acompañarla cuando ella estaba convaleciendo de una hepatitis; asimismo hubo el Regulador Gesteira, el Jabón Indígena, un negrito casi azul, ¡ay, Virgen Santa!; un ímpetu Seguro y un Cura Milagrosa, este último significaba una traición de doña Neusa a la activa clase de los vendedores de farmacias, a la cual se

había dedicado hasta entonces en exclusividad, pues se trataba de un galante seminarista que estaba de vacaciones en la vecindad, y que para la ávida Neusoca tenía el doble sabor del pecado contra la ley de los hombres y contra la Ley de Dios).

Doña Paula, esposa del doctor Angelo Costa, de la Farmacia Goiás, vino a estudiar culinaria en la Sabor y Arte, mostrando bastante vocación. Era la única alumna que provenía de las huestes de la farmacia. Hubo otra, doña Berenice, que inició el curso, pero desistió pronto debido a que era incapaz de distinguir un filete de un pernil de buey. Con doña Gertrudes Becker, esposa del doctor Frederico Becker, propietario de la red de Droguerías Hamburgo - cuatro en la ciudad alta, una en la ciudad baja, otra en Itapajipe- , representante de grandes laboratorios extranjeros, presidente más o menos perpetuo de la Sociedad, y rey de la magnesia y de la urotropina, doña Flor no intercambió visitas. Doña Gertrudes sólo descendía de su trono una vez al año, con motivo del baile de diciembre, cuando hacía la concesión de rozar con la punta de los dedos las manos de la pequeña burguesía laboriosa y sufridora con la que su marido tenía en común apenas los negocios. En cuanto al doctor Frederico, si bien no asistía a los almuerzos con vino y gaseosas de Río Grande, no faltaba a las reuniones de la Sociedad que él presidía y en las que decía la última palabra sobre cualquier tema.

Era un alemán más bien bajo, de ojos azules y suaves, y áspero acento. Corrían rumores con respecto a su forma y a su título de farmacéutico, otorgado por una lejana facultad alemana cuando él era ya dueño de tres farmacias. Adoraba a los niños y se paraba en las calles para darles bombones, que sacaba de sus bolsillos siempre provistos.

Hacía sólo dos meses que doña Flor se había casado cuando subió por primera vez las escaleras que conducían a los salones de la Sociedad Bahiana de Farmacia, en el segundo piso de un edificio colonial del Terreiro de Jesús. En el piso de abajo funcionaba el Centro Espiritista Fe, Esperanza y Caridad, en feroz competencia con los farmacéuticos, pues los médium y la hermandad astral obtenían curas radicales para todas las enfermedades a base de recetas metafísicas, prescindiendo de medicinas, drogas e inyecciones.

Así tuvo doña Flor la oportunidad única de ser testigo del sensacional debate que se iba a entablar esa noche en la reunión de la Sociedad Bahiana de Farmacia, en torno al trabajo que presentaría el doctor Djalma Noronha, tesorero del gremio, titulado: «De la creciente aplicación por la clase médica de productos manufacturados, con la consiguiente declinación de las recetas a preparar y de las imprevisibles consecuencias resultantes».

El gremio de los boticarios se hallaba dividido. Unos eran partidarios entusiastas de los remedios fabricados y envasados en los laboratorios del Sur y otros de las medicinas tradicionales, pacientemente dosificadas en los fondos de las farmacias, con las fórmulas escritas y pegadas a los frascos y cajas, todas ellas productos garantizados por el farmacéutico con el aval de su firma.

El doctor Teodoro no habló de otra cosa durante toda la semana, ya que él mismo era uno de los campeones de la escuela tradicional. «¿Para qué servirá el farmacéutico cuando sólo existan productos manufacturados? No pasará de ser un vendedor, un simple despachante en su farmacia», declaró patéticamente en la reunión.

En el campo opuesto, defendiendo la industrialización de los remedios (e incluso su nacionalización) de acuerdo con los tiempos modernos y la técnica avanzada, doña Flor tuvo ocasión de oír al doctor Sinval Costa Lima - cuyos descubrimientos en relación con las propiedades medicinales de la *jurubeba* le habían dado amplio renombre- , así como la palabra fluida y arrebatada del célebre Emilio Diniz. Aunque adversario suyo en este debate, no negaba el íntegro doctor Teodoro el talento fulgurante del profesor Diniz:

- ¡Es un Demóstenes! ¡Un Prado Valadares!

También era fuerte en intelectos el partido en cuyas combativas filas científicas se alineaba nuestro caro Madureira; para demostrarlo bastará citar el nombre del doctor Antiógenes Dias, ex decano de la Facultad y autor de varios libros, un viejecito de ochenta y ocho años que todavía tenía fuerzas para afirmar:

- En mi farmacia no entra un remedio hecho a máquina...

Pero él no tenía que ver nada con su farmacia. Hacía más de veinte años que los hijos no sólo compraban y vendían

remedios manufacturados, sino que además eran representantes en Bahía de poderosos laboratorios paulistas. «El viejo está caduco», decían.

Quizá tuviesen razón los ingratos, pues el viejo estaba un tanto lelo, se reía solo. En cambio, eran lúcidos y competentes los doctores Arlindo Pessoa y Melo Nobre -idos cabezas de primera!-, y el propio doctor Teodoro, cuyo nombre no debe olvidarse injustamente, sólo porque sea el preclaro héroe de esta modesta crónica de costumbres. Sobre todo si se tiene en cuenta que él confesó a la esposa que poseía un total dominio de la materia en discusión, haciendo resaltar una vez más la importancia de la asamblea: doña Flor debía considerarse felicísima por tener ocasión de presenciar el histórico debate.

Histórico y puramente académico, pues como el propio doctor Teodoro decía a su mujer, ni él ni ninguno de los más ardientes defensores de las recetas a elaborar dejaban de adquirir para sus farmacias los productos de los laboratorios. ¿Cómo hacer frente a la competencia si sus establecimientos quedaran desprovistos de esas malditas drogas tan de moda? De ahí que su posición en el debate fuese estrictamente teórica, gratuita, técnica, sin nada que ver con las exigencias prácticas del comercio, «pues no siempre, mi querida Flor, es posible conciliar la teoría con la práctica, ya que la vida tiene sus aspectos sórdidos».

No quiso doña Flor ahondar en esa contradicción entre la teoría y la práctica, aceptando sin más la afirmación del doctor: «Exactamente por eso es todavía más de elogiar la posición de los que defienden las recetas tradicionales.» Tocante a ella, era persona de pocos remedios y mucha salud, sin recordar la última vez que estuviera enferma (a no ser su insomnio de viuda).

Fue aquélla, realmente, una noche memorable, como dijo el doctor Teodoro y registró el diario. Una crónica abreviada, sintética - se quejó nuestro doctor, al ver sus decisivas intervenciones, igual que todas las otras, reducidas a una frase incolora, y con los nombres incompletos- : «Intervienen en la discusión, entre otros, los doctores Carvalho, Costa Lima, E. Diniz, Madureira, Pessoa, Nobre, Trigueiros.» Sólo destacaba el discurso del doctor Frederico

Becker, con elogios a su «claridad expositiva, sus valiosos conocimientos y la lógica de su razonamiento». ¿Por qué tanto desprecio de la prensa hacia la cultura, por qué semejante economía de espacio - protestaba el doctor Teodoro- , cuando sobran páginas para los crímenes más repugnantes y para los escándalos nudísticos de las estrellas de cine, con sus divorcios absurdos y su pésimo ejemplo para nuestras jovencitas?

En cambio, se publicó una amplia información y un extenso análisis del debate en la *Revista Brasileira de Farmacia*, de Sao Paulo (Año XII, volumen 4, páginas 179 a 181). Financiada por los grandes laboratorios, la *Revista* no ocultaba su posición en favor de los productos manufacturados. No dejó, sin embargo, de destacar con justicia «las brillantes intervenciones del doctor Madureira, intransigente y docto adversario a quien rendimos nuestro homenaje». «Intransigente y docto»: lo dice, con toda autoridad, la *Revista Brasileira de Farmacia*, y no nosotros que somos incondicionales del doctor.

Mucho se esforzó doña Flor por seguir y entender el impetuoso debate, pero, en honor a la verdad, debe decirse que no le fue posible. Por amor al esposo y por amor propio le hubiera gustado mantener su atención concentrada en los oradores, pero, como desconocía tesis y fórmulas y le resultaban pesadas aquellas palabras y frases en lenguas muertas, no consiguió comprender los discursos.

Su pensamiento divagaba, perdiéndose en temas menos filosóficos, pasando de los problemas de la escuela a los chismes de María Antonia, tan divertidos (sonrió al recordarlos, en medio de los recios argumentos del doctor Sinval Costa Lima, el de la *jurubeba*); además estaba inquieta por Marilda, cada vez más obstinada e impaciente en su decisión de actuar ante el micrófono, un ejemplo - según el doctor Teodoro- de la pésima influencia de las actrices del cinematógrafo sobre la juventud. Se había vuelto respondona y desobediente, entrando en relaciones con un sujeto del ambiente radial, Oswaldinho Mendonca, festejante que la embaucaba hablándole de programas y *cachets*. Doña María del Carmen, a su vez, ejercía un control total sobre cada paso y gesto de la estudiante, castigándola, prohibiéndole salir de la casa.

Cuando menos lo esperaba doña Flor, quien estaba ante el micrófono no era Marilda, sino el doctor Teodoro. Intentó seguir su dialéctica y comprender los argumentos con que él confundía a los adversarios. El rostro grave, el semblante circunspecto, los gestos corteses aunque fogosos, todo en él correspondía a la imagen de un hombre digno, del íntegro ciudadano que estaba cumpliendo con su deber; en este caso su deber de farmacéutico, honrando su diploma de doctor (aunque fuese contra sus intereses comerciales). Siempre cumplía con su deber, siempre era un ciudadano íntegro. En la víspera, por la noche, había cumplido en la cama, con la misma competencia y sesudez, su deber de marido. Como estaba nerviosa, con la sensibilidad a flor de piel a causa de Marilda, que se había presentado en casa de doña Flor, dominada por una crisis de lágrimas y sollozos, hablando de suicidarse - «o cantar en la radio o morir», era su fanático lema- , le insinuó al marido, entre dengues e incitaciones, su deseo del bis, dado que era una noche optativa, por tratarse de un miércoles.

Sintió por un instante la vacilación del doctor, pero como ella ya había roto la timidez y la pacatería, hizo demostraciones de su deseo, insistiendo. Sin dudar más, el doctor atendió su pedido y cumplió gustosamente su deber por segunda vez.

Ahora comprendía doña Flor, en el salón de debates, la causa de la indecisión del esposo: había querido evitar la fatiga, mantener el cuerpo y el cerebro descansados para el acto de la noche siguiente en la Sociedad. Él dividía su tiempo y su esfuerzo entre sus diferentes deberes.

Pero el bis de la víspera no lo había fatigado, pues allí estaba, firme en la tribuna, soltando latinajos (¿o sería francés ese idioma?): «la natablucósida C igual a etanoico más glucosa más 3 digitoxosía más digoxigenólida», fórmulas que suenan al oído como versos bárbaros.

Viéndolo tan solemne y grave, con su griego y su latín, el dedo en alto, mientras los colegas lo escuchaban con atención y deferencia, doña Flor se daba cuenta de la importancia de su esposo. No es un cualquiera, como bien decían doña Rozilda y los vecinos, y con razón. Debía estar orgullosa de él, dar gracias a la Divina Providencia que le había otorgado un marido tan bueno, un regalo del cielo.

Además, llegó a tiempo, cuando ya no podía soportar más su condición de viuda, y estaba a punto de dar cuerda y ánimo a cualquier audaz, a punto de abrir las puertas de la casa y los muslos al primer atorrante pálido y suplicante, como el Príncipe Eduardo de las Viudas. ¡Válganos Dios, de lo que se había salvado!

Si el farmacéutico no hubiese aparecido en el mostrador de la Droguería Científica el día del «Trote de los Novatos», ella, doña Flor, en vez de estar allí, rodeada de consideración, en aquel salón en que los ilustres doctores discutían eruditos temas, probablemente hubiera rodado de mano en mano por los hoteles, sumida en el libertinaje y la depravación, habiendo perdido la honra, las amigas y las alumnas, terminando quién sabe dónde... Se estremecía ante el horror que le causaba el sólo pensarlo. Su aplauso, al finalizar el discurso del doctor Teodoro, no significaba apenas entusiasmo, sino también gratitud. Era su salvador, y un hombre respetable. Debía estar orgullosa del marido.

Desde la mesa presidencial a la que había vuelto el doctor Teodoro buscaba con los ojos a la esposa y recibía de ella el estímulo de una sonrisa, verdadero premio mayor para su esfuerzo y brillantez. Proseguía la discusión: ocupaba ahora la tribuna el doctor Nobre, cabeza de mucho meollo, sin duda, pero con una voz monótona y neutral, en tono menor, que invitaba irresistiblemente a dormir.

Doña Flor quería reaccionar, pero sus párpados le pesaban cada vez más. Su última esperanza fue puesta en el doctor Diniz, tribuno famoso desde los tiempos de estudiante, profesor notable, autor de *Galénica Digitalis - communia & stabilisata*, un tratado definitivo-. Pero ni él ni los otros que le sucedieron en el debate consiguieron evitar los cabeceos de doña Flor. Y no sólo de doña Flor. Doña Sebastiana dormía profundamente: su busto imponente subía y bajaba, y el aire salía de su boca en un silbido. Doña Rita tenía los ojos cerrados y de cuando en cuando alzaba un párpado, despertándose sobresaltada. Doña Paula resistió cierto tiempo, pero después se entregó, reclinando su cabeza en el hombro del marido. Sólo doña Neusa, con sus profundas ojeras, estaba fresca y campante. Ella era la única que no sentía la modorra ni la monotonía de las fórmulas y de los conceptos, como si toda

aquella ciencia le fuese familiar. Sus ojos seguían los vaivenes del muchachote empleado de la Sociedad, que estaba llenando una copa de agua en la tribuna para los oradores. Ya le había puesto un sobrenombre: 914, una inyección de mucha fama, que había dado en el blanco contra la sífilis.

Doña Flor cabeceaba, el sueño le subía por la nuca. Le parecía oír, muy a lo lejos, la voz del marido. Hizo un esfuerzo para prestar atención y sí, allí estaba el doctor Teodoro discursando por segunda vez. No entiendo nada de todo eso, querido mío, fórmulas de química y botánica, sesudos argumentos. Perdóname si no consigo resistir el sueño, soy una vulgar ama de casa, una burra, demasiado ignorante, no estoy hecha para estas alturas.

La despertaron los aplausos, y también ella aplaudió, sonriéndole al marido y enviándole un beso con la punta de los dedos.

La sesión duró poco tiempo más y después las mujeres, liberadas, se reunieron formando un sonriente grupo mientras se despedían.

- El doctor Teodoro estuvo magnífico... - comentó doña Sebastiana. (¿Cómo lo sabe, si durmió todo el tiempo?)

- ¡Qué portento el doctor Emilio! - dijo doña Paula, repitiendo conceptos oídos en anteriores reuniones-. Y el doctor Teodoro, ¡qué cabezota!

Al descender por la escalera, del brazo del marido, doña Flor le dijo:

- Todo el mundo te elogió, Teodoro. Te cubrieron de alabanzas. Gustaste a todos y dijeron que estuviste muy bien...

Él sonrió con modestia:.

- Es una amabilidad de los colegas..., pero es probable que haya dicho alguna cosa útil... Y a ti, ¿qué te pareció?

Doña Flor apretó la mano grande, honrada del marido, atrayéndolo hacia sí:

- Un amor. No entendí mucho, pero me pareció adorable. Y me hincho toda cuando te elogian...

Casi le dijo: «No te merezco, Teodoro»; pero quizá él, con todo su griego y su latín, no lo hubiese entendido.

Si el mundo de los farmacéuticos era un imprevisible descubrimiento, cabe imaginarse lo que sería el secreto y casi cabalístico universo musical de la orquesta de aficionados en el que doña Flor ingresó por la puerta estrecha del fagot.

Aquellos graves y respetables señores, todos ellos bien asentados en la vida, con títulos universitarios o con comercios, empresas, escritorios - todos menos Urbano Pobre Hombre, melodioso violín, simple empleado de la Tienda Beirute- , constituían una especie de comunidad cerrada, con características de secta religiosa. («La sublime religión de la música, el misticismo de los sonidos, con sus dioses, sus templos, sus fieles y su profeta, el inspirado compositor y maestro Agenor Gómez»), según decía el reportaje de Flavio Costa, joven periodista que hacía gratuitamente su aprendizaje en las páginas de *El Comerciante Moderno*, del generoso Nacife (no le cobraba nada al novato por el aprendizaje). El reportaje sobre los aficionados ocupaba toda la última página del *Tendero*, con un cliché en el centro, a tres columnas, de la orquesta completa, de *smoking*, en los jardines del palacete del comendador Adriano Pires. Éste, por otra parte, recibió al día siguiente la simpática visita de su director, que iba a hablarle sobre las innumerables dificultades que debía enfrentar un diario serio como el suyo. Era imposible sobrevivir si no se contaba con la comprensión de hombres como el del título del Vaticano, de corazón y cartera sensibles a esos dramas de la prensa. Mostraba el pasquín con el reportaje. («Un muchacho inteligente el redactor, un talento, pero es uno de esos chicos, comendador, que hoy en día cobran una fortuna por mes»); y el millonario abría la bolsa, enternecido al verse con su violoncelo en medio de sus hermanos de la secta. Una secta que tenía sus obligaciones, sus hábitos, un ritual estricto y una alegría semanal de pájaros: el ensayo en las tardes de los sábados. Viniendo de las alquitaras, los morteros, los pildoreros, los pots de porcelana con óxidos y venenos, con mercurio y yodo, doña Flor ingresaba en los trinos,

pizzicatos, pавanas y gavotas, solos y suavísimos, en la estela del violoncelo y el oboe, de los violines y del clarinete, de la flauta y de la trompeta, de la batería, del fagot del marido, obedeciendo todos al piano conductor del maestro Agenor Gómez. «¡Qué persona más simpática!» Pasaba así de doña Sebastiana, doña Paula, doña Rita y la voraz Neusoca, llena de avidez por los empleados, a la convivencia todavía más elegante con las damas de la flor y nata, las esposas de estos señores. A propósito de ellos, acostumbraba a decir el banquero Celestino, cuando se veía obligado a oír un concierto suyo (¡ah!, la vida de un banquero..., hay gente que supone que es un constante disfrutar de delicias, sin imaginar los aburrimientos, los latazos...):

- Cada desafinación de uno de esos maniáticos vale millones...

Esos grandes señores, los sábados por la tarde, se transformaban en alegres y despreocupadas criaturas, libres de compromisos y obligaciones, de clientes y negocios, del dinero a conquistar con prisa y apetito. Ponían a un lado las distancias sociales, confraternizando el mayorista con el ingeniero de la prefectura, de bajo salario, el famoso cirujano con el modesto farmacéutico, el honorabilísimo juez o el dueño de los Emporios Nortistas - ocho tiendas en la ciudad- , con el empleado del pequeño negocio.

Asimismo, esas señoras de tanta alcurnia y distinción abrían la intimidad de sus casas a las esposas de los otros músicos, sin medir su fortuna y origen social, recibéndolas a todas con la misma afabilidad, incluso a ña Maricota. (¿Por qué ña y no doña? Porque ella misma alardeaba: «yo no soy doña, soy solamente ña Maricota y gracias».)

Por lo demás, ña Maricota casi nunca aparecía, pues no tenía los vestidos apropiados ni su conversación estaba a la altura de aquellas «hidalgas de mierda», como explicaba a los vecinos en una esquina de la calle, donde se juntaban Lapinha y Liberdade:

- ¿Qué voy a hacer yo allí? Sólo se habla de fiestas, de recepciones, de almuerzos y cenas, todo es una comilonería que hasta la angustia a una. Y sin hablar de los chicos que dejamos en casa y que no pueden comer lo que debieran, lo que se llama comer... Cuando no hablan de comida y

bebida, se conversa sobre porquerías: que la mujer de Fulano está metida con Zutano, que la otra se entrega a Dios y al diablo, que Fulanita fue vista entrando en un hotel. Al parecer esas señoras sólo saben comer y moverse en la cama. Nunca he visto...

En medio de su ira, doña Maricota. («Yo no soy dueña de nada, cuando mucho llámeme ña Maricota como a cualquier criada, que no soy más»), o sea, ña Maricota no medía las palabras, dando rienda suelta a su lenguaje áspero y realista:

- Todos son lujos, sedas, paquetería... Que se queden ahí, en lo alto de su mierda, con sus cacareos, que yo no las necesito... Urbano va porque no puede vivir sin el ensayo... Si por mí fuese, él no pisaría la casa de ningún ricacho, tocaba aquí mismo, en la taberna de don Bié, con Bobo Sapo y don Bebe- Y- Escupe - decía, abriendo los brazos con gesto de impotencia- . Pero ¿qué le voy a hacer...? Es un pobre hombre...

De tanto repetir ella la despreciativa calificación, don Urbano fue finalmente conocido como Pobre Hombre. El apodo humillante procedía de ella. En cuanto a Bobo Sapo, era un maestro gaitero, y Bebe- Y- Escupe poseía una vieja zanfona: los domingos, ambos tocaban sus «modas» y tragaban su *cachaca* en el boliche de don Bié, punto de cita de la más elegante sociedad de aquellos rincones. Don Urbano también aparecía por allí y algunas veces se hacía aplaudir tocando el violín, si bien aquel público daba clara preferencia a la gaita de Bobo Sapo y a la zanfona de Bebe- Y- Escupe. Ña Maricota, que no entendía nada de música, rezongaba por tener que planchar, para los ensayos, el único y viejo traje azul del marido (los pantalones ya comenzaban a ser transparentes en las asentaderas):

- Si no pueden ensayar sin él, por lo menos debieran pagar el almidón... Esa Orquesta de Tal sólo causa gastos, no veo que el pobre hombre gane nada con ella. .

Sí, ganaba. Ganaba la paz del espíritu: en la música se desvanecía la agria Maricota, con su olor a ajo, sus verrugas y su cháchara. Los sábados, en el ensayo, repitiendo las mismas partituras de siempre, iniciando el estudio de alguna que otra melodía nueva para ampliar el selecto repertorio, Urbano Pobre Hombre olvidaba la

mezquindad de la vida, lo mismo que todos los otros señores de la orquesta, los copetudos, los hombres ricos. Unos con sus graves modales, otros desprendiéndose de toda solemnidad al ponerse en mangas de camisa para el ensayo, todos, al tomar los instrumentos, revelaban la misma alegría interior y una inspiración pura borraba de su pensamiento las miserias y pobreterías cotidianas.

El doctor Venceslau Veiga, el egregio cirujano, después de los primeros acordes y el primer vaso de cerveza, se sonreía contento con la vida y con la humanidad. Toda la fatiga de la semana en la sala de operaciones, abriendo pechos y barrigas, atendiendo enfermos, inclinado sobre la muerte en una lucha incesante, cruel y vana, todo ese cansancio acumulado desaparecía con los primeros acordes, apenas vibraba el arco del violín. El doctor Pinho Pedreira rompía las cadenas de su soledad de soltero misántropo, volviendo a encontrar en su flauta el recuerdo de un amor de adolescente, de unos ojos glaucos y simuladores. Adriano Pires, el Caballo Pampa - manchas blancas de vitíligo pintarrajeaban sus manos y su cara- , el millonario, el gran mayorista, el socio de bancos, el director de empresas e industrias, el comendador del Papa, estaba allí humildemente con su poderoso violoncelo, compensando así una semana de ambiciones feroces y feroces golpes, de pleitos con los clientes, los competidores, los empleados - todos ellos unos ladrones!- , con el afán de ganar cada vez más, con miedo a ser robado, con las angustias del poco tiempo que tenía para tanta ansia de dinero y de poder, y también con la obligatoria convivencia junto a doña Inmaculada Taveira Pires, una catástrofe. Allí estaba no sólo humilde, sino también generoso y humano, sonriéndole al paupérrimo empleado que estaba junto a él: el uno libre de la excelentísima doña Inmaculada, el otro liberado de ña Maneota.

Al igual que ña Maricota, la comendadora raramente iba a los ensayos. No por falta de vestidos y conversación, claro; por falta de tiempo, ya que tenía ocupadas sus horas por mil compromisos, pues era la primera en importancia entre las damas de la alta sociedad, y también porque no le hacían gracia esos ensayos, infinitamente monótonos, una eterna repetición de acordes, siempre las mismas partituras

durante meses, iinsoporable!

Era mejor que no estuviese presente, así no tenían que contemplar su máscara angulosa, recubierta de cremas, el busto lleno de joyas y pellejos y sus infectos impertinentes. Así le era más fácil a don Adriano borrarla de los ojos y de la memoria. A ella, a las hijas y a los yernos. Las hijas, unos fracasos: dos pobres infelices para quienes la vida se reducía a los vestidos y los bailes. Los yernos, dos gigolós, a cual más inútil y zafado, uno derrochando en Río, el otro tirando en Bahía el dinero de don Adriano, su sudor, su sangre, su vida. Allí, con la orquesta, el mayorista olvidaba todo eso, descansando de los afanes que le causaban los millones acumulados, y la gente que se presentaba en busca de un acuerdo porque no podían pagar, o los que se declaraban en quiebra, así como del vacío, el egoísmo, la tristeza de su gente. Allí descansaba con su violoncelo. Al lado de don Urbano, iguales los dos, como iguales eran, en su íntima verdad, la excelsa doña Inmaculada y la andrajosa ña Maricota, las dos unos horribles adefesios.

Estos conspicuos caballeros se reunían sin falta todos los sábados, entregándose a la música y a la cerveza, despreocupados y risueños, cada sábado en un domicilio distinto, y la dueña de casa les ofrecía una nutrida merienda, una mesa bien puesta a media tarde. Siempre venían dos o tres esposas de los músicos, algunos amigos y otros tantos admiradores, pues «hay gustos para todo» (como murmuró Zé Sampaio, al regresar de una de esas tenidas sabáticas a la que asistiera para corresponder a las musicales invitaciones del farmacéutico). Doña Flor, que en los primeros tiempos era infatigable, fue acogida con amable cordialidad, brillando por su dulzura y afabilidad.

En el selecto mundo de la música erudita - y usamos este adjetivo cualquiera que sea el valor que se le quiera dar: doña Gisa no lo aprobaba, como más adelante se verá- ; en ese ambiente impregnado de insignes sentimientos, no tenían lugar ni ocasión las desigualdades de dinero y origen social; allí se diluían las diferencias de clase y de fortuna, formándose la super- casta de los Hijos de Orfeo, hermanos en el arte. Todos se trataban con fraternal intimidad - incluso Pobre Hombre, que allí era Violín Genial- , por los nombres y apodos: Lalau, Pinhozinho, Azinhavre, Raúl das

Meninas, Caballo Pampa, y casi lo mismo ocurría con las señoras. Se trataban de Elenita, Gildoca, Sussuca, Toquinho, y le decían «mi santa, morena linda, preciosita», a doña Flor, pidiéndole consejos culinarios. Ellas no tenían culpa si algunas veces doña Flor quedaba al margen de la conversación, por desconocer ciertos temas gratos y constantes en ese medio. En fin, no sabía jugar al bridge, no era socia de los clubes, ni su presencia en sociedad era obligada. Cuando se producían esas lagunas de silencio, los ojos de doña Flor buscaban al marido, que seguía soplando en su fagot, con semblante plácido y feliz. Y entonces sonreía, importándole poco la conversación de las señoras, dejando de sentir el peso del aislamiento.

Cuando el doctor Teodoro le anunció que habían elegido su casa para el próximo ensayo, puso manos a la obra: no iba a ser menos que ninguna. Cuando el marido se dio cuenta ya había invitado a Dios y al diablo, dispuesta a gastar incluso sus economías en un derroche de comida y de bebida. Le costó trabajo contenerla: quería demostrar a aquellas ricachas que también en la casa de los pobres se sabe recibir.

El doctor Teodoro intentó reducir la comilona: que sirviese como máximo dulces y saladitos, además de la cerveza de rigor. Si quería ser gentil y atenta con el maestro, podía preparar un sabroso *mungunzá*, un plato por el que sentía especial predilección don Agenor:

- Además se lo merece..., tiene una sorpresa para ti... ¿Y qué sorpresa!

Aun así, a pesar de las advertencias del marido, doña Flor sirvió un *lunch* opíparo en la casa abarrotada de invitados. La mesa soberbia: *acarajés, abarás, moquecas de aratu* en hojas de banano, *cocadas, acacas, pés- de- moleque, bolinhos de bacalhau, queijadinhas*, y no se sabe cuántas más cosas; *iguarias* y *pitéus* a elegir. Además del caldero de *mungunzá* de maíz blanco (¡un espectáculo!). Los cajones de cerveza se pidieron al bar de Méndez, así como las gaseosas de limón y de fresa y guaraná. El ensayo fue un éxito. Aunque sólo asistieron dos de las esposas de los aficionados, doña Helena y doña Gilda, la casa se llenó de gente: los vecinos con mucha vergüenza, nerviosas las alumnas y delirantes las comadres. (Doña Dinorá, después,

casi se muere de la indigestión.)

La orquesta se instaló en el aula, en la que además de los músicos se sentaron sólo algunas personas de elevada condición: don Clemente, doña Gisa, doña Norma, los argentinos (doña Nancy se vistió de gala, con una elegancia que había que verla), el doctor Ives, muy fantasioso y como siempre queriendo saberlo todo, cagando reglas musicales, citando óperas, mencionando a Caruso: «ésa sí que era voz». Hubo un instante de suspenso: cuando el maestro Agenor Gómez, batuta en mano, dijo que tenía algo que comunicar, una sorpresa para la dueña de casa, una dedicatoria. Esa tarde, por vez primera ensayarían una composición de la que era autor, una romanza inédita y reciente, especialmente creada «en homenaje a doña Florípidas Paiva Madureira, adorable esposa de nuestro hermano en Orfeo, el doctor Teodoro Madureira». Todos los asistentes sintieron un escalofrío y se hizo un silencio total en la sala hasta entonces irrespetuosamente alborotada por las risas y las conversaciones.

Sonrióse para sí el buen maestro: esos músicos aficionados eran como una prolongación de su familia; con pavanas y gavotas, valeses y romanzas, conmemoraban los faustos de sus vidas, las grandes alegrías, las hondas tristezas. Si moría el padre o la madre de uno de ellos, si les nacían hijos, si alguien tomaba esposa, como sucedió con el farmacéutico, el maestro dejaba libre su inspiración y componía una solidaria página musical para el amigo dichoso o apenado.

- *Arrullos de Florípidas* - anunció el maestro- , con el doctor Madureira en un solo de fagot.

Verdaderamente, una maravilla. Pero un ensayo es un ensayo, no es un concierto, ni siquiera un espectáculo. Hasta tratándose de piezas para las cuales se consideraba que la orquesta estaba ya a punto, el maestro, aun en esos casos, interrumpía ora a uno, ora a otro; pero en esta obra inédita todo fue desarrollándose paso a paso, o, mejor dicho, nota a nota, incluida la parte del doctor Teodoro, solfeando en su fagot. No era fácil seguir la melodía, sentir su gracia, su belleza suave como la de la homenajeada, tierna y apacible. A pesar de eso, doña Flor se conmovió: con el gesto del maestro y con la devoción del

farmacéutico, casi temblando en la búsqueda de la escala perfecta para brindarla a la esposa. Con la partitura por delante, él estaba en plena tensión nerviosa, casi rígido, la cabeza bañada en sudor, las manos frías, pero dispuesto a expresar en los sonidos graves del fagot su alegría de hombre triunfante, de vida plena y realizada: con su dinero, su farmacia, su saber, su oratoria, su paz, su orden, su música, su esposa bonita y honesta, y el respeto general. Buscaba ese acorde, tenía que lograrlo. Doña Flor bajó la cabeza, sintiéndose confusa y perturbada por tanta honra. Felizmente llegó la hora del intervalo, el maestro se regaló con la comida, repitiendo el *mungunzá*, y los demás se dieron un hartazgo con aquellas sabrosuras, además de cerveza, gaseosas y jugos. Todo perfecto.

6

Rondó de las melodías

Doña Flor se deslizaba, serena y cortés, por los mundos de la farmacia y de la música de aficionados, otra vez paqueta, extremadamente elegante, para no quedar mal ni pasar vergüenza en los ambientes que su nueva situación la obligaba a frecuentar. Cuando joven, antes de su primer matrimonio, como invitada pobre a casas ricas, a los palacetes de los copetudos, había sido la mejor vestida de las muchachas, con caprichoso buen gusto, y sólo Rosalía, su hermana, se le podía comparar. Ninguna otra, por más rica y fantasiosa que fuera.

Ahora eran otros ambientes, otros problemas y conversaciones, relaciones nuevas. Tenía exigencias, compromisos, de vez en cuando un obligado té, una visita, un ensayo. En la residencia de un dirigente de la Sociedad de Farmacia o de un hidalgo de la orquesta de aficionados. Y allá iba doña Flor, entre las exclamaciones del vecindario, soberbia en su acicalamiento, con soltura en su donaire, una locura de mujer. Había engordado un poco y a los treinta años, lozana y *chic*, era un pedazo de morena, que daban ganas de comérsela:

- Una jamona... - musitaba entre dientes don Vivaldo, el de la funeraria- . Las carnes se le afirmaron, la popa se le redondeó..., es un postre... Ese doctor Jarabe está comiendo un manjar de rey...

- La trata como a una reina, le da de todo, la tiene como a una princesa - decía doña Dinorá, que había anunciado al previsto doctor Teodoro en la bola de cristal y le era fiel sin desvíos- . ¡Y qué estampa de hombre...!

La vecina reciente, doña Magnolia, ventanera acérrima y perita en cálculos sobre la capacidad de los transeúntes, advertía:

- Oí decir que todo es grande en él, tiene una pata- de-mesa...

¿Quién se lo había dicho? Nadie: ella echaba el ojo y de inmediato sabía las proporciones, como resultado de una práctica constante y efectiva.

- Pues ambos están parejos, tanto en la figura como en la bondad - se oía decir a doña Amelia- . ¿Dónde se vio un casamiento más acertado? Estaban hechos el uno para el otro y, sin embargo, tardaron tanto tiempo en encontrarse...

Pero doña Flor no quería medir ni comparar nada, quería vivir su vida, al fin una vida decorosa y regalada, que el buen trato hacía placentera. ¿Por qué no la dejaban en paz? Antes venían a aumentar su pena, entre quejas y conmisericordias, compadeciéndose de su suerte. Ahora todo eran loas y encomios al acierto, a la admirable solución que significaba ese casamiento, a la felicidad de los esposos ejemplares.

Toda la calle seguía de cerca los pasos de doña Flor: sus vestidos, sus relaciones con la alta sociedad, el nuevo orden de su vida, las visitas, los paseos y funciones de cine y el próximo pleito electoral en la Sociedad de Farmacia. Pero, sobre todo, la vecindad se conmovió con la música, tema palpitante por los opulentos ensayos de la orquesta de aficionados y por Marilda, la estudiante de pedagogía, cuestiones que entraron al baile casi a un tiempo. Al principio la polémica se limitó a la expresión de conceptos académicos y pretenciosos, en medio de una discusión apasionada y violenta surgida entre el doctor Ives, fanático de las óperas, y la exigente doña Gisa, dos cumbres de ba-

rrio. Contribuyó a hacerla más animada, desbocada y agria doña Rozilda, que llegó entonces en una de sus visitas. Pero quien puso en el debate la nota dramática y emocionante fue la joven Marilda, sacándola del plano puramente intelectual a la realidad del choque entre generaciones, entre padres e hijos, entre lo viejo y lo nuevo (como diría un filósofo de la generación más joven).

Mientras doña Gisa, después del ensayo de la orquesta de aficionados, rechazaba la calificación de «música erudita» (tan grata a los prejuicios antiguos de doña Rozilda), empleada por el doctor Ives para referirse a los vales, las marchas militares y las romanzas, la joven Marilda se encontraba clandestinamente - conspirando contra la paz de la familia y el sosiego de la calle- con el tal Oswaldinho y con un señor Mario Augusto, director de la Radio Amaralina, recién inaugurada, en busca de talentos a bajo precio.

Para doña Gisa sólo merecía llamarse erudita la gran música inmortal de Beethoven y Bach, de Brahms, de Chopin, de algunos raros y sublimes compositores: las sinfonías, las sonatas, la música para oír en silencio y recogimiento, la que interpretan las grandes orquestas, los famosos directores, los intérpretes de clase internacional. Una música para los espectadores capaces de oír y entender. Ella se había iniciado en esa música, y, para su sectario fanatismo, para su extremado formalismo, todo lo demás era una porquería apta «para quien no posee educación musical».

Por lo demás, debe entenderse que en esa definición violenta - «todo lo demás es una porquería»- no incluía doña Gisa a la llamada música popular, a la expresión ardiente y pura del pueblo. Las sambas y las *modinhas*, los *spirituals*, los *cocos* y las rumbas, merecían su respeto y estimación y era frecuente oírla asesinar con su terrible acento la letra de la última samba de moda. Eso sí, no toleraba la fatuidad de esa otra música sin fuerza ni carácter que estaba hecha, en su opinión, para el mal gusto de la clase media, incapaz de sentir la belleza y conmoverse con los grandes maestros. Doña Gisa se conmovía al oírlos en grabaciones de calidad, a media luz, en casa de los amigos alemanes, en aquellas noches de

tanto gozo espiritual (y, de yapa, un buen trago y algunas anécdotas).

El doctor Ives abría la boca, alarmado: ¡Qué pedantería qué gringa de porquería! ¿Dónde ponía las óperas - dígame, profesora- : *El Rigoletto, El barbero de Sevilla, El payaso, El guaraní*, de nuestro inmortal Carlos Gómez - oiga, doña Gisa, nuestro, brasileño, nació en Campiñas- , que llevó el nombre de la patria amada a los escenarios del extranjero, entre ovaciones? ¿En dónde poner esas maravillas, con sus arias, sus dúos, sus barítonos y sus bajos, sus *prima donnas*? Si eso no era música erudita, entonces ¿cuál era?, ¿acaso las sambas y las rumbas, las *modinhas* y los tangos?

Así que, señora Gisa, váyase calmando, porque en esa materia, «como en cualquier otra», el doctor Ives es una autoridad. Alzando la voz, le preguntaba con ademán victorioso: ¿Dónde encontró ella algo más refinado que una buena opereta, como *La viuda alegre, La Princesa del Dólar o El Conde de Luxemburgo* ?

De modo concreto, la cultura musical del clínico era resultado de un conocimiento vivo de la materia, pues en su época de estudiante había ido a Río con una excursión y asistido, desde el gallinero del Teatro Municipal, con entradas gratuitas, a algunas óperas montadas y cantadas por la Gran Compañía «Musicale Di Nappoli». Y quedó deslumbrado con los espectáculos, las melodías, las voces de los barítonos y las sopranos, los tenores y los contraltos. Él no los había oído a través de los discos, sino en persona, viendo brillar sobre el escenario, en el esplendor de su genio, a Tito- Schippa, a la Galli- Cursi, a Jesús Gaviria, a la Bezanonni, cantando *La Traviata, Tosca, Madame Butterfly, II Schiavo* (también de nuestro Carlos Gómez, cara mía). Además había visto todas las maravillosas películas, sin perder una sola, sobre las mejores operetas, interpretadas por Jan Kepura y Marta Egerth, con Nelson Eddy y Jeanette MacDonald. ¿Acaso los había visto doña Gisa? ¿Todos, sin perder ninguno?

Lleno de entusiasmo, el doctor Ives tartamudeaba fragmentos de las arias más conocidas y hasta llegó a ensayar un paso de ballet. Con él no se jugaba, había que saber en firme, que no le viniesen con discos y con tonteras, pues en

cuanto a cultura musical no le iba en zaga a nadie...

- ¡Le llaman cultura a eso! - exclamaba doña Gisa alzando las manos al cielo, ofendida en sus más legítimas opiniones, pero no en sus bríos-. La cultura es otra cosa, señor doctor, algo más serio..., y también lo es la música, la verdadera, la grande..., una cosa muy diferente.

Doña Norma, designada arbitro, se mantuvo neutral, confesando:

- Yo no entiendo nada..., a mí no me saquen de la samba, la marcha, la música de carnaval, éstas sí que las sé todas.. Si me sacan de ahí, soy un cero a la izquierda... Vi una ópera, cuando pasó por aquí en busca de unas monedas la Compañía Billoro- Cavallaro, ya casi sin figuras, daba pena. Ni siquiera daba una ópera entera, sólo unos fragmentos de *Aída*.

- También yo fui... - comentó el doctor Ives, para apuntarse otro tanto.

- No entiendo nada, pero lo oigo todo, porque cualquier cosa me divierte. Hasta me parece lindo el toque de difunto de una campana. Soy muy dada para todo: conciertos, óperas, no digamos las operetas, y me enloquece cualquier programa musical de la radio. Sin embargo, estoy segura de que no hay nada igual, nada que pueda compararse con una *modinha* de Caymmi. Pero para mí sirve todo, todo me divierte y me hace pasar el tiempo, incluso los ensayos del doctor Teodoro..., con tal de que una no preste mucha atención...

Para Rozilda era una blasfemia que se comparase la música de la orquesta de aficionados, manjar selecto para oídos delicados, con ese bochinche de mocosos con guitarra. Doña Norma es buena persona, sí, bien casada y rica, pero sus gustos son de gentuza... En cuanto a la profesora, sólo por el hecho de ser norteamericana se metía a catedrática. Puede ser que doña Gisa hubiese conocido allá en su país algo mejor, más erudito, superior a los Hijos de Orfeo. Ella, doña Rozilda, no lo sabía, pero lo dudaba. A su juicio, ellos eran el *non- plus- ultra*, hasta que se demostrara lo contrario. ¡Unos señores como éstos, de la más alta distinción...!

Sonriente y silenciosa, doña Flor seguía el hilo del debate, abriendo la boca sólo para defender los ensayos de la

orquesta de aficionados, considerados por doña Gisa como «la cumbre del aburrimiento».

- No sea exagerada...

- ¿Y no es así? Y así tiene que ser, pues se trata de un ensayo. ¿Dónde se vio invitar a la gente para oír un ensayo?

- Ellos no tienen la culpa, la culpable soy yo por haber invitado... Cuando ensayan asiste el que quiere, los amigos, las personas de la familia. Cuando den un concierto la voy a invitar y ya va a ver usted...

Doña Gisa seguía pesimista:

- En un concierto... puede ser. Pero aun así pienso que estos aficionados, con su perdón, Flor, no valen gran cosa... Pero valían, y mucho, si ha de creerse a los redactores de los diarios y a los críticos musicales, que, en fin, están obligados a saber del tema. Éstos, en cada presentación de la orquesta - en una estación de radio o en el auditorio de la Escuela de Música- , se deshacían en elogios. Uno de los críticos, un tal Finerkaes, nacido, por así decirlo, en la cuna de la música, pues era de procedencia alemana, en un arrebató de entusiasmo comparó a los Hijos de Orfeo con las «mejores orquestas del género en Europa, a las cuales nada tienen que envidiarle, muy por el contrario».

Cuando llegó de Munich, el tal Finerkaes era bastante sobrio en sus opiniones; pero el trópico lo conquistó totalmente, perdió la continencia y nunca más regresó a su helado invierno.

El doctor Teodoro tenía un álbum en el que coleccionaba los programas de los conciertos, las noticias y elogios, los artículos, todo cuanto se publicara sobre la orquesta, un montón de tinta impresa. Después del casamiento era doña Flor quien cuidaba el archivo de los acontecimientos, los comprobantes de la pequeña gloria del marido. La última de las noticias allí pegada anunciaba que el maestro Agenor había compuesto una romanza en homenaje al matrimonio Madureira, su obra maestra, actualmente en ensayo. Los Hijos de Orfeo proyectaban estrenarla. «A propósito de los Hijos de Orfeo, cabe preguntar cuándo nos regalará esta excelente orquesta con un concierto que insistentemente reclaman los amantes de la buena música en Bahía», interrogaba el periodista. Como se ve, los aficionados

tenían amigos fieles, numerosos y fanáticos.

Atenta a la polémica en torno a la orquesta, doña Flor descuidó los problemas de Marilda, también relacionados con la música y el canto y las prohibidas melodías. Supo la última novedad sobre el conflicto entre madre e hija por la boca de la misma joven. Había ocurrido un hecho de cierta significación:

Marilda, por intermedio de Oswaldinho, conoció a un tal Mario, de la emisora benjamina, la Amaralina, y el citado fulano le prometió oírla cantar, y, si le agradaba la voz, contratarla para un programa semanal. Oswaldinho, desdichadamente, no podía conseguirle nada en Radio Sociedade.

Doña Flor no se enteró de los sucesos posteriores. Esos días estuvo muy ocupada y no pudo prestarle a Marilda la debida atención. Por lo tanto, sólo después del drama supo del éxito de la adolescente en su prueba ante el micrófono. Mario Augusto se quedó embobado con la voz y (más todavía) con la belleza de la joven, y se decidió a contratarla para un programa de categoría, en buen horario, los sábados a la noche. El *cachet* era bajo, pero ¿qué más podía esperar una principiante? Con el borrador del contrato en la cartera, Marilda fue corriendo a su casa, embargada por la emoción.

Doña María del Carmen rompió el papelucho: «Yo te eduqué para que fueras una mujer honesta, para que te casaras. Mientras yo esté viva...»

- Pero, mamá, usted me prometió... - Marilda recordaba la promesa hecha por la viuda el día en que la vio cantar en un programa de aficionados - . Usted me dijo que cuando yo tuviera dieciocho años...

- Todavía no los cumpliste...

- Faltan sólo tres meses...

- No te dejaré nunca, mientras vivas bajo este techo. Nunca.

- ¿Bajo su techo? Pues ya verá.

- ¿Ver qué? Vamos, dime.

- Nada.

Y se fue en busca de doña Flor, cálido pecho amigo, en busca de consejo y consuelo. Pero la vecina había salido al terminar la clase de la tarde y Marilda estaba apurada, pues

estaba llegando la noche y la tiranía materna se le hacía ya insoportable. Y se escapó de la casa. Reunió algunos trapitos, unos pares de zapatos, la colección de la *Revista de Modinhas*, los retratos de Francisco Alves y Silvio Caldas, lo puso todo en una valija y se fue a tomar el tranvía aprovechando que la madre estaba en el baño. Fue directamente a Radio Amaralina. Cuando Mario Augusto se enteró que había abandonado a la familia y la vio llorando, sabiendo que era menor de edad, pensó en su responsabilidad y se alarmó, y ni siquiera le permitió seguir en el edificio de la emisora: que se marchara cuanto antes, no deseaba dolores de cabeza. Salió Marilda calle adelante y anduvo vagando en busca de Oswaldinho. Fue de una dirección a otra, de Radio Sociedade al escritorio de una firma comercial en donde él tenía cita con unos patrocinadores, los poderosos Magalhães. ¿Oswaldinho? ¿El de la radio? Ya se había retirado, probablemente se dirigió a los estudios. ¿Sabía la dirección? Allá se fue nuevamente a Radio Sociedade, en la calle Carlos Gómez. Subió en el Elevador La Cerda, caminó por la calle Chile, y, atravesando la plaza Castro Alves, se detuvo por fin, transpirada y mareada, ante la puerta de la radio. Oswaldinho no estaba, pero el portero la dejó esperar allí y hasta le ofreció una silla. Cansada y con cierto miedo, pero todavía llena de rabia y dispuesta a todo, permaneció allí horas sin moverse, viendo pasar ante ella artistas conocidos y cantores famosos, entre ellos Silvinho Lamenha, con una flor en el ojal y un inmenso anillo en el dedo chico. Algunos la miraban, ¿quién sería esa chica tan linda? El portero, de cuando en cuando, le sonreía (quizá con el propósito de confortarla, condolido por su tristeza y su juventud):

- Todavía no llegó, pero no puede tardar. Ya es su hora de llegar...

Alrededor de las ocho, ya de noche, sintiendo que le ardían los ojos y muy asustada, le preguntó al portero dónde se podría tomar un café y comer un sandwich. Que entrase al bufet de la misma radio. Allí, viendo y oyendo a los cantores y a las actrices, sus ídolos, recobró fuerzas, decidiéndose a esperar toda la vida si era necesario para cumplir su destino de estrella. De nuevo en la portería, reflexionó: «a estas horas mamá, la pobre, ya debe estar

muriéndose de preocupación», mezclando en su pensamiento la rabia y la intrepidez con los remordimientos. Poco después el portero de la tarde se despidió y el sustituto le dijo a Marilda que no creía que Oswaldinho volviera:

- ¿A esta hora? Ya no viene...

Eran casi las nueve y media, y cuando ya a duras penas podía contener el llanto, llegó un sujeto desdentado que se apoyó en el mostrador de la portería y, después de mirarla con insistencia, se puso a conversar y a reír con el portero, contándole anécdotas de juego ocurridas allí cerca, en el Tabaris. De pronto Marilda oyó que el sujeto mencionaba a Oswaldinho y supo que su amigo estaba jugando desde las últimas horas de la tarde en la ruleta. Muy contento según decía el desdentado.

- ¿Tabaris? ¿Dónde queda eso?

El tipo se rió mientras la escudriñaba golosamente, con descaro:

- Aquí cerquita... Si quiere la acompaño...

Estaba dispuesto a acompañarla, muerto de curiosidad por presenciar el escándalo, por darse el gusto de ser testigo de las lágrimas y las recriminaciones que imaginaba, pues Oswaldinho era la perdición de las muchachas.

Cruzaron la plaza mientras el desdentado le iba dando conversación, procurando saber si Marilda era la esposa, la novia o una enamorada... A la puerta del cabaret tropezaron con Mirandao, que se retiraba camino del Pálace. Al pasar miró a Marilda de reojo y siguió andando. Pero súbitamente la identificó y se dio vuelta con rapidez:

- ¡Marilda! ¿Qué diablos estás haciendo aquí...?

- ¡Ah!, señor Mirandao. ¿Cómo está usted? Mirandao conocía de sobra al desdentado:

- ¡Aliento- de- Onza, ¿qué estás haciendo con esta muchacha?

- ¿Yo? Nada... Ella me pidió... - ¿Que la trajeras aquí? Mentira... - respondió, con ira, Mi-

Marilda intercedió, disculpando al otro: sí, ella se lo pidió.

- ¿Que te trajera aquí, al Tabaris? ¿Y para qué? Dime.

Ella le contó todo, finalmente, y él la llevó de vuelta a su casa, que no quedaba tan lejos. Doña María del Carmen estaba como loca, dando alaridos, deshecha en llanto,

tirada en la cama, clamando por la hija. Y a su lado, doña Flor, el doctor Teodoro, doña Amelia. A su vez doña Norma había asumido el comando del grupo de exploración y salvamento, asistida por doña Gisa. Habían arrancado a Zé Sampaio de la cama (rabioso) y partieron rumbo a la Asistencia Pública, la Policía, la Morgue. Al ver a la hija, doña María del Carmen se echó en sus brazos, acariciándola, en medio de un llanto convulsivo. Lloraban las dos, dándose besos y haciéndose mutuos pedidos de perdón. Furioso, el doctor Teodoro se retiró casi con brusquedad, pues, aun contrariando a doña Flor, estuvo de acuerdo con doña María del Carmen en su primera e implacable resolución de darle a la

fugitiva una paliza de esas que levantan roncha. En cambio, doña Flor intentó convencerla, ganarla para la causa de Marilda; ella también había toma esa medicina cuando era jovencita, y de nada le sirvió el tratamiento. ¿Por qué se obstinaba doña María del Carmen en contrariar la vocación de su hija?

«¡Qué vocación ni qué vocación!», exclamaba el doctor Teodoro, poniéndose de parte de la viuda; la chica lo que necesitaba era una lección que le devolviese el juicio y enseñara a obedecer. El marido y la mujer casi llegaron a exaltarse por su mutua intransigencia: doña Flor en defensa de Marilda, ipobrecita!, y el doctor Teodoro en defensa de los principios, de los deberes de los hijos para con los padres - causa sagrada- , pero no prosiguieron la discusión, pues el doctor no tardó en controlarse y decir:

- Querida, tú tienes tu opinión sobre el asunto aunque yo no comulgue con ella. Yo tengo la mía, fui educado así y es la que me cuadra; sigamos cada uno con nuestra opinión. Pero no debemos discutir por eso, pues no tenemos hijos. «Y no los tendremos», hubiera podido agregar, ya que siendo todavía novios doña Flor le confesó su condición de mujer estéril.

No quedó entre ellos el menor rastro de acritud, inclinándose ambos ante el dolor de la viuda, que quería morirse si la hija no llegaba pronto.

Llegó Marilda y ocurrió lo que ya se dijo. El doctor Teodoro, vencido, se retiró. También se fueron Mirandao, doña Amelia y doña Emina, quedándose doña Flor, en compañía de la

madre y de la hija, y resolviéndose el caso de una vez por todas: Marilda conquistó su derecho al micrófono. Doña Flor se quedó apenas un minuto en el cuarto, lo suficiente para garantizar el acuerdo y la bendición materna a los proyectos de la futura estrella, y después fue a encontrarse en la sala de recibo con su compadre Mirandao.

- Compadre, ¿por qué desapareció? Nunca más se le volvió a ver por aquí. Ni a usted, ni a la comadre con el chico. ¿Qué le hice yo para ofenderlo tanto? Quiero preguntárselo incluso antes de agradecerle el favor que les hizo a María del Carmen y a Marilda. ¿Por qué está enojado conmigo?

- No estoy enojado, ¿por qué había de estarlo, comadre? Si no vine es porque estuve en ocupaciones...

- ¿Sólo por eso, por sus ocupaciones? Discúlpeme, compadre, pero no le creo.

Mirandao contempló la noche transparente, el cielo lejano:

- La comadre sabe: entre marido y mujer nadie debe meterse; hasta una sombra, hasta un recuerdo puede ser malo. Yo sé que mi comadre vive contenta, que todo marcha bien. Eso es lo único que deseo. Bien merece todo eso y mucho más. No porque yo no aparezca por aquí será menor nuestra amistad.

Tenía razón, y doña Flor, sonriéndose, se acercó al compadre:

- Hay una cosa que deseo pedirle...

- Mande, no pida, comadre...

- Pronto será el día del *carurú* de Cosme y Damián, fecha de aquella promesa...

- Yo también me acordé y todavía el otro día le preguntaba a la patrona: «¿Habrás este año *carurú* en casa de la comadre?»

- ¿Qué opina usted, compadre? ¿Qué piensa?

- Pues le diré, comadre, que nadie puede andar por dos caminos al mismo tiempo, uno de ida y otro de vuelta. La obligación no era suya, sino del compadre, y quedó enterrada con él; los *ibeyes* se darán por satisfechos...

Luego hizo una pausa y prosiguió:

- Si usted opina lo mismo, comadre, entonces quédese tranquila que no está obrando mal con los santos ni dejando de cumplir el precepto...

Doña Flor lo escuchaba pensativa, absorta como si

estuviera sopesando elementos vivos:

- Tiene razón, compadre, pero no es únicamente con los santos con quien una tiene cuentas que arreglar. Yo estoy resuelta a mantener la obligación - su compadre miraba con mucha seriedad el mandato, hay cosas que la gente no puede borrar.

- ¿Y entonces, comadre?

- Pues pensé que podría hacer el *carurú* en la casa del compadre. Yo iría allá ese día a ver al chico, llevo lo que sea necesario, hago el *carurú* y comemos. Invito a doña Norma y a nadie más.

- Pues que sea así, comadre, como usted quiera. La casa es suya, ordene. Si yo estuviera seguro de tener dinero para esa fecha, le diría que no llevase ningún condimento. Pero ¿quién puede adivinar qué noche se gana y qué noche se pierde? Si lo supiera, estaría rico. Lleve entonces su cesta, es más seguro.

Ya serenado, apareció el doctor Teodoro. Conocía a Mirandáo de nombre y tenía noticias de su fama y de sus hechos. Se saludaron cortésmente.

- Es mi compadre, Teodoro, un buen amigo.

- Tiene que venir más a menudo...

Pero las palabras del doctor no eran una invitación, no pasaban de ser una frase amable: si llegaba de visita, paciencia. Y Mirandáo regresó de nuevo a su vida airada mientras Manida concertaba con la padre la visita de Mario Augusto, al día siguiente, para discutir juntos las condiciones del contrato y la fecha de la presentación.

- Vamos, querida mía... - dijo el farmacéutico.

Se había hecho tarde, no obstante lo cual, para olvidarse de tantas emociones y disgustos, el doctor Teodoro fue a buscar el fagot y la partitura. Doña Flor tomó asiento en una silla y se dedicó a arreglar los puños y cuellos de las camisas del doctor, que todos los días mudaba su ropa blanca.

En la sala quieta y tibia el doctor Teodoro ensayaba el solo de la romanza compuesta en homenaje a doña Flor. Inclínada sobre la costura ella escuchaba, un tanto distraída, intentando poner en orden sus confusos pensamientos. Estaba abstraída, con la mente lejos de allí, en otra música.

Procurando dominar en el instrumento las notas en fuga, captar el sonido más puro y ardiente, vencer las escalas de la difícil melodía, ya totalmente calmado, el doctor Teodoro sonríe: finalmente, ¿qué le importaba la forma, correcta o equivocada, en que doña María del Carmen educase a su desobediente hija? Él no era el látigo del mundo y sería idiota enojarse con su mujercita, tan hermosa y buena, por locas razones ajenas. Entonces vuela el acorde justo, late en el aire, solo, armonioso y puro.

Mas doña Flor venía de otra música, no de las altas notas clásicas de Bach y Beethoven, de las sinfonías y sonatas, como doña Gisa, en la refinada media luz del alemán. Ella venía de las melodías populares, de las guitarras de las serenatas, de los guitarrillos bohemios, de las gaitas de risa cristalina. Ahora debía habituarse a la orquesta de aficionados, a la grave melodía de los oboes, de las trompetas, los violoncelos y los conspicuos acordes del fagot. Debía apartar de la memoria esa otra música que distraía su atención, que la hacía perderse en oscuros caminos, en el misterio de las encrucijadas. En los ensayos del fagot, en las escalas de la orquesta, debía sepultar los recuerdos de las melodías muertas, de un tiempo ya extinguido, de lo que había sido y ya no era. Sobre las camisas del doctor vibraba el son del fagot.

7

Asuntos con mujeres, solamente dos. Por lo menos éstos son los que llegaron a oídos de doña Flor. Pero ella ponía las manos en el fuego por su marido, no creía en la existencia de otro asunto de faldas en la vida del doctor. Y uno de esos dos, por lo demás, el referido a Mirles Rocha de Araújo, no llegó a nada. No pasó de ser un equívoco y una decepción. Una decepción muy efímera, pues la atrevida no era de las que pierden el tiempo en lamentaciones. Se sacudió los hombros y siguió adelante. Casada con un funcionario de banco al que trasladaban a Bahía, con más sueldo y mejor cargo, Mirtes se lamentó a

sus amigas íntimas, se sentía desdichada - dijo- por ese exilio a una ciudad carente de atracciones masculinas y sin la libertad de Río de Janeiro, en donde conquistara cierta reputación en el ejercicio del adulterio. Sin nada en qué ocupar sus horas libres, sin hijos ni quehaceres, dedicaba su tiempo y su natural predisposición a tan agradable diversión. Eran tardes placenteras, en compañía de benévolo muchachos, muy capaces y de cautivante físico, sin correr peligro alguno, todo dentro de la más amable discreción.

En cambio en Bahía, ¿en dónde encontrar la misma cualidad masculina de un Serginho, por ejemplo, «un sueño», y la confortable seguridad del *rendez- vous* de doña Fausta?

Una de las amigas, Inés Vasques dos Santos, bahiana orgullosa del progreso de su tierra, se sintió ofendida ante tanto desprecio, viendo su ciudad relegada a la condición de lugarejo en que ni siquiera había alguien con quien traicionar al marido ni en dónde hacerlo con seguridad. ¿Por qué insultaba Mirtes a Bahía sin conocerla? Después de todo, Salvador no era una minúscula aldea, ni estaba tan atrasada...

En ella inicia Inés su siembra de cuernos y podía afirmar, con pleno conocimiento de causa, que existían condiciones propicias para el ejercicio de la buena labranza, con garantía segura de cosecha abundante. Discretísimas casas de citas, *bungalows* ocultos entre los cocoteros, en las playas salvajes, y la brisa del mar..., ¡una divinidad! En cuanto a muchachos..., ¡había cada uno!

La mirada perdida, mordiéndose los labios con sus pequeños dientes, Inés Vasques dos Santos se sumía en los recuerdos..., ¡cuánta nostalgia! Sobre todo recordaba cierto granuja petulante, un perdido, un jugador; pero ¡qué espectáculo a la hora del combate, qué andante caballero! Inés, corazón voluble pero eficiente, había conocido, en desnuda intimidad, muchachos a granel. «Pues te digo, chiquita, que no encontré hasta hoy ninguno igual a él; todavía conservo el gusto de su piel y aún siento detrás de la oreja la punta de su lengua y oigo su risa al recibir mi dinero.»

- ¿Recibir dinero?

Mirtes siempre quiso conocer a un gigoló. Inés, magnánima, le dio las informaciones del caso y la dirección: Escuela de Cocina: Sabor y Arte, entre Cabeça y el Largo Dois de Julho. La profesora, su mujer, no era fea, era una buena moza, con sus cabellos lisos y su color de cobre. Todo lo que tenía que hacer Mirtes era entrar como alumna - las clases, además, ayudaban a matar el tiempo- , y el rijoso no tardaría en echarle el ojo, la mano y, ¡ay!, su canto de sirena.

Y que no se olvidara después de escribirle, contándole y agradeciéndole. Inés no tenía dudas sobre las deleitosas consecuencias del connubio, por lo demás útil a todas las partes, incluso al marido, que no dejaría de recibir su premio: con su diploma de doctora en culinaria, Mirtes estaría capacitada para servirle los más sabrosos manjares bahianos. La profesora era de primera, una maestra en su arte, tenía manos de hada.

Doña Flor no sospechó nunca, ni antes ni ahora, que hubiese habido una aventura entre el finado y esa Inés, que por entonces era una flacucha enjuta, muy atenta a los condimentos. A no ser por la posterior indiscreción de la furiosa Mirtes, nunca hubiera llegado a conocer esta otra tropelía del difunto. Una más o una menos..., habían sido tantas..., y ahora doña Flor estaba casada con un hombre de otra índole, con otras normas de conducta intachable.

En cuanto a Mirtes, apenas instalada en Bahía buscó la escuela para inscribirse. Doña Flor procuró convencerla de que esperase la iniciación del nuevo curso, pues el actual iba ya por el *carurú*, habiéndose dado el *efó* y el *vatapá*, para no hablar de algunos postres como el dulce de coco, el *beiju* y la *ambrosía*.

Pero Mirtes estaba apurada, le era imposible esperar. Inventó un próximo regreso a Río, iba a estar poco tiempo en Salvador y no tendría otra oportunidad para aprender por lo menos algunos platos, su marido se volvía loco por la comida de *dendé*. Y la boba de doña Flor hasta le prometió enseñarle en los descansos, por lo menos el *vatapá*, el *xinxim* y el *apelé*.

No llegó a enseñarle ni eso ni otros manjares, tan breve fue el paso de Mirtes por la escuela. No habiendo visto al marido de la profesora durante los primeros días, al tercero

preguntó por él a una condiscípula, quien le dijo que era difícil ver al doctor en las horas de clase, pues debía atender la farmacia en el mismo horario. «¿Doctor? ¿En la farmacia?» No sabía que era farmacéutico, la loca de Inés sólo le habló de las cualidades deportivas del bahiano, nada le dijo acerca de su trabajo fuera de la cama. Incluso se había hecho ilusiones: por fin iba a conocer a un verdadero gigoló.

Por casualidad, ese mismo día el doctor Teodoro necesitó un documento y fue a la casa a buscarlo. Pidiendo miles de disculpas, muy solemne y atropellado, pasó entre las alumnas.

- ¿Quién es? - preguntó Mirtes.

- El doctor Teodoro, el marido. Yo diciéndole lo difícil que era verlo aparecer... ¿y quién llega?.. Él en persona...

- ¿El marido de ella? ¿De la profesora? ¿Ése?

- ¿Y de quién si no...?

Todavía disculpándose, con el papel buscado en la mano, el importuno salió hacia la Droguería. Mirtes meneó la cabeza, con sus cabellos sueltos «rubio- platino» (a la última moda): o Inés estaba loca de atar o algo había pasado. Seguramente la profesora se cansó de las trapisondas del gigoló y le dio el pasaporte, o era él quien se había ido con otra. Fuera como fuese, doña Flor cambió sus preferencias por el tipo opuesto, el del hombre serio y respetable, en opinión de Mirtes un sujeto inútil e imposible, un individuo que daba vómitos; el calzonazos ni se fijó en el fulgor de sus cabellos, pasó a su lado sin mirarla siquiera. Claro que mejor así... El idiota no le servía ni para marido, era capaz de ser un cornudo sin clase, sin *fair play*, de esos que vengán la honra a tiros y cuchilladas, obsoletos y melodramáticos.

No volvió más a la escuela ni creyó necesario darle explicaciones a la profesora. Además ella era de las que pican, de las de poco comer (para mantenerse delgada, en forma, en su tipo de *Vamp*) Poco después, le bastó mover un dedo para enterarse de la muerte del fogoso garañón de Inés y del nuevo casamiento de la viuda con ese tipo cegato. Ciego, sí señora, y de la peor ceguera, la del que cierra los ojos a la vida, incapaz de distinguir la luz del sol y unos cabellos color plata.

Doña Flor vino a saber los detalles de aquella farsa por su amiga Enaide, a su vez amiga de Inés Vasques dos Santos desde los tiempos de estudiante, y, por ese motivo, confidente de los equívocos bahianos de Mirtes Rocha de Araújo, la cual resumía su decepción en una frase casi literaria:

- Es mi aventura con un difunto..., algo que me faltaba en la lista.

Frase que al mismo tiempo era una queja: para conocer al doctor Teodoro, «iesa insipidez de hombre, ese pasmado!», tuvo que quemarse los dedos en el horno de doña Flor, aprendiendo a cocinar la fritada de *aratu*. ¡Qué ridiculez!

Pero para doña Magnolia, siempre ventaneando en su ventana, ¡oh, qué ventanera más intrépida!, el hecho de ser serio y responsable no le restaba interés al doctor, dándole incluso cierto sabor picante, cierto no sé qué. En su siembra de cuernos, siendo una labradora tan eficiente como la pedante carioca, la putuela del policía secreto había aprendido a variar sus enamoramientos - cambiando de color, de aspecto, de edad- , por asco a la monotonía. Mientras Mirtes, secretaria, sólo pensaba en jóvenes sin juicio, Magnolia, la antidogmática, no se limitaba a una fórmula, a un molde. Hoy un moreno, mañana un rubio, después uno oscurito y tras un inquieto adolescente un cincuentón ceniciento. ¿A qué repetir platos que tenían el mismo condimento, por qué atenerse a una sola receta? Doña Magnolia era ecléctica.

Por lo menos cuatro veces al día, al ir y venir de la casa a la farmacia y viceversa, el «soberbio cuarentón» (según la bola de cristal de doña Dinorá) pasaba ante su ventana, en la que doña Magnolia, en descotado batón, apoyaba sus senos insolentes, que mostraba en todo su tamaño y redondez. Los muchachos del Instituto Ipiranga, situado en una calle próxima, habían cambiado sus itinerarios para desfilar, unánime y reverentemente, junto a la ventana donde crecían aquellos senos capaces de amamantarlos a todos juntos. Doña Magnolia se enternecía: tan lindos, con sus uniformes de colegiales, los más chicos alzándose en puntas de pie para alcanzar la alegría de ver, el sueño de palpar. «Deja que sufran para que aprendan», reflexionaba, pedagógica, doña Magnolia, acomodándose para exhibir

todavía más los senos y el busto (que lo demás, desdichadamente, no estaba permitido mostrarlo en la ventana).

Los chicos del colegio sufrían, gemían los artesanos de las cercanías, los repartidores que transportaban compras, los jóvenes como Roque, el de las molduras y los viejos como Alfredo, a vueltas con sus santos. Venían de lejos, de Sé, de Jiquitáia, de Itapagipe, de Tororó, de Matatu, en peregrinación, sólo para ver aquellas mentadas maravillas. A las tres en punto de la tarde, bajo el sol, el pordiosero atravesaba la calle:

- Una limosna para un pobre ciego de los dos ojos...

La mejor limosna era la divina visión de la ventana: incluso corriendo el peligro de ser desenmascarado, se sacaba los anteojos negros, y, con los ojos como dos tentáculos, se regalaba con aquellos dones de Dios, propiedad del policía. Aunque el policía lo persiguiera y lo metiese en el calabozo, acusado de impostor, de falso mendigo, aun así, se daría el cieguito por recompensado.

Sólo el doctor Teodoro, encorbatado, con su pomposo traje blanco, pasaba sin siquiera alzar los ojos al cielo que se exponía en la ventana. Inclinando la cabeza, cumpliendo con las buenas maneras, alzaba el sombrero para dar los buenos días o las buenas tardes, indiferente al plantío de senos que doña Magnolia rodeaba de encajes para obtener mayor efecto, para sacudir a aquel hombre de mármol, para destruir aquella insultante fidelidad. Sólo él, el morenazo, el guapetón, seguramente un *pé- de- mesa*, sólo él pasaba sin mostrar señales del impacto, de la alegría, del éxtasis: sin ver, sin mirar siquiera aquel mar de senos. ¡Ah!, era demasiado, un ultraje intolerable, un insoportable desafío.

«Monógamo», sentenciaba doña Dinorá, conocedora de todos los detalles de la vida del doctor. Ése no era de los que traicionaban a la mujer; ni siquiera lo había hecho con Tavinha Manemolência, mujer pública aunque de clientela limitada. Sin embargo, doña Magnolia tenía confianza en sus encantos: «Mi querida cartomántica, tome nota, escriba lo que le digo: no hay hombres monógamos, nosotras lo sabemos, usted y yo. Mire bien en la bola de cristal, que si es de fiar le mostrará al doctor en la cama de un hotelito -

el de Sobrinha, para mayor exactitud- , teniendo a su lado, muy pimpante, a ésta su servidora, Magnolia Fátima das Neves.»

¿Que el doctor no se conmovía ante los desmayados ojos de la vecina, ante la voz insinuante con que respondía sus saludos, con los senos plantados en la ventana, creciendo a la sombra y al sol con el deseo de los chiquillos y con el gemir de los viejos? Doña Magnolia se reía de eso, ella tenía otras armas y las iba a usar, pasando de inmediato a la ofensiva.

Así, cierta tarde de bochorno, con un tiempo pesado, que pedía brisa y *cafuné*, caricias de cama y canciones de cuna, doña Magnolia traspuso los umbrales de la farmacia llevando en la mano una caja de inyecciones, para tentar de nuevo a San Antonio. Con ropas de verano - un vestido de tela ligera- , iba mostrando al pasar todas sus riquezas, en un verdadero derroche.

- ¿Me puede poner una inyección, doctor?

El doctor Teodoro estaba pesando nitratos en el laboratorio; la bata almidonada le hacía aún más alto, dándole cierta dignidad científica. Sonriéndole, ella le tendió la caja de inyecciones. Él la tomó, depositándola sobre la mesa, y diciendo:

- Un momento...

Doña Magnolia permaneció de pie, contemplándolo. Cada vez le gustaba más. Un tipazo, en la edad mejor, la de la fuerza y la valentía. Suspiró, y él, dejando los polvos y la fórmula, alzó los ojos hacia la ventana.

- ¿Algún dolor?

- ¡Ay, doctor...! - y sonrió como queriendo darle a entender que sufría de angustias y que él era el causante.

- ¿Inyección? - preguntó, examinando la ampolla- . Hum... Complejo vitamínico... Para mantener el equilibrio... Estos remedios nuevos... ¿Qué equilibrio, señora mía?

Y le sonreía amablemente, como si le pareciese una pérdida de tiempo y de dinero ese tratamiento de inyecciones.

- De los nervios, doctor. Soy tan sensible, usted ni se imagina.

Tomaba él las agujas con una pinza, retirándolas del agua caliente, atento al paso del líquido a la jeringa, sereno, sin prisa, cada cosa a su vez y en su lugar. Sobre la mesa de

trabajo colgaba un díptico que era una declaración de principios claramente expresada: «Un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar.» Lo leyó doña Magnolia, que sabía de una cosa y de un lugar, y observó con malicia la cara del doctor..., iqué hombre más seguro de sí mismo, todo un figurón!

Luego de empapar en alcohol un pedazo de algodón, suspendió en el aire la jeringa:

- Retire la manga...

Doña Magnolia aclaró, con voz mimosa, maliciosa:

- No es en el brazo, no, doctor...

Él bajó la cortina y ella se levantó la falda, mostrando ante los ojos del doctor una riqueza mucho mayor aún que la otra exhibida diariamente en la ventana. Era un culo y pico, de museo.

Ni sintió el pinchazo. El doctor Teodoro tenía la mano suave y segura. El algodón apretado contra su piel por el dedo del doctor le dio una agradable sensación de frío. Una gota de alcohol le corrió por los muslos y ella suspiró nuevamente.

Y una vez más el doctor Teodoro se equivocó al interpretar el suave gemido:

- ¿Dónde le duele?

Todavía sosteniendo el borde del vestido, ostentando las caderas que hasta entonces demostraran ser irresistibles, doña Magnolia lo miró de lleno en los ojos:

- ¿Será que no entiende, que no entiende en absoluto?

Desde luego, no entendía:

- ¿Qué cosa?

Llena de rabia, soltó el borde del vestido cubriéndose las despreciadas ancas y diciendo entre dientes:

- ¿Será verdaderamente tan ciego que no puede verlo?

La boca entreabierta, la cara inmóvil, fijos los ojos, el doctor se preguntaba si no se habría vuelto loca. Doña Magnolia, ante semejante monumento de estulticia, terminó su pregunta:

- ¿O es rematadamente lelo?

- Señora mía...

Ella alargó la mano, tocó el rostro de la luminaria de la farmacología, y, con voz nuevamente desmayada y melindrosa, lo soltó todo:

- ¿No ve, tonto, que estoy perdida por usted, babosa,

loquita? ¿No lo ve?

Y se le fue acercando, proponiéndose atrapar allí mismo al cauteloso, por lo menos para los preliminares; ni una criatura se engañaría al verla ofreciendo los labios, lánguida la mirada.

- ¡Apártese! - exclamó el doctor en voz baja pero con acento terminante.

- ¡Mi mulato lindo! - dijo ella arrimándose.

- ¡Salga! - El doctor rechazaba aquellos brazos ávidos, aquella boca voraz, plantado en sus principios, en sus convicciones inconmovibles- . ¡Fuera de aquí!

Majestuoso en su inflexible virtud, con la jeringa y la bata blanca, si el doctor hubiera estado sobre un pedestal sería el monumento perfecto, la fulgurante estatua de la moral victoriosa sobre el vicio. Pero el vicio, o sea, la descompuesta y humillada doña Magnolia, no contemplaba al impoluto héroe con ojos de remordimiento y contricción, sino con enojo, con ira, con furia:

- ¡Bruto! ¡Capado! ¡Me las vas a pagar! ¡Impotente! ¡Viejo cabrón! - y salió, comenzando ya a maquinar intrigas.

Pobre doña Magnolia, víctima del desprecio y de la mala suerte, realmente hundida en un mar de yeta, pues no pudieron ser más imprevistos los resultados que tuvo su intriga, haciendo fracasar sus planes de venganza. Ofendida (en su pudor, en su honra de manceba seria), se quejó enfáticamente al policía de la «persecución de ese chivo inmundo, el farmacéutico», un desvergonzado que le hacía proposiciones, insistiendo con sus piropos, invitándola a ir con él a contemplar la luna en las arenas de Abaeté. El canalla merecía que le diesen una lección, unos sopapos oportunos, tal vez una temporadita en gayola, con postre de látigo para que aprendiera a respetar a las mujeres ajenas.

Nunca había dicho nada hasta ahora para evitar el escándalo y para no causar un disgusto a su mujer, tan buenita. Pero ese día el tipo había exagerado... Cuando fue a la farmacia a ponerse una inyección, el zafado intentó ponerle la mano en los pechos y tuvo que salir corriendo... El policía oyó el relato en silencio y doña Magnolia, que lo conocía bien, notaba cómo iba creciendo la ira en el rostro de su hombre: el doctor le pagaría cara la ofensa, por lo

menos una noche de calabozo. Pero esa misma tarde el policía había reñido con un colega como consecuencia de errores de cálculos en un asunto de unos mil- réis coimeados a los quinieleros. En el diálogo un tanto áspero que precedió a las bofetadas y los golpes, habiéndole el amante de doña Magnolia llamado ratero al colega, éste le hizo asombrosas revelaciones: «Prefiero ser ladrón - le respondió- a ser cornudo consentido como tú, caro amigo.» Y a continuación dio como prueba los detalles de ciertas peripecias recientes de doña Magnolia. En síntesis le informó que, sólo entre los colegas de la policía, sumaban cinco los que se relevaban en la tarea de decorar la testa del distinguido amigo. Para no hablar del inspector de Moralidad Pública. Si le pusieran una lámpara en cada guampa podría iluminar media ciudad, desde el Largo da Sé hasta Campo Grande. No sería ladrón, pero era la vergüenza de la policía. Y se fueron a los sopapos. Lavada la honra en la pelea, hizo las paces con el cofrade y escuchó de los labios de los otros informaciones tremendas; ¿oyera hablar de una tal Mesalina? No, no era de *la zona*, pertenecía a la Historia, y fue una tal. Pues al lado de doña Magnolia era una pura doncella...

Agobiado, avergonzado, el policía juró venganza, como si plagiera, por otra parte, la amenaza de doña Magnolia al farmacéutico:

- ¡Zorra! ¡Me las vas a pagar!

Por lo tanto, oyó con escepticismo todo aquel bla- bla sobre el boticario, y, apenas acabó doña Magnolia de mencionar sus propios senos, defendidos con tanta dignidad de las presuntas audacias del doctor, el detective le dio una bofetada y le exigió una confesión completa.

Fue una paliza dada por un perito, por alguien que obraba con experiencia y gusto. Doña Magnolia terminó contando lo que hizo y lo que no hizo, incluso casos antiguos, sin relación ninguna con el policía, y, de yapa, la verdad íntegra sobre sus relaciones con el doctor Teodoro, íntegra hasta cierto punto, pues, para restarle gravedad, no dejó de opinar sobre el doctor: impotente, con mucha pinta pero no servía para nada, pues a ella nadie le había hecho jamás la injuria de resistirse a su trasero levantado en guerra.

El alboroto ganó la calle, fue todo un jaleo. Los golpes, los

gritos, las palabrotas, atraieron hacia el frente de la casa del policía a una curiosa y excitada banda de vecinos, comadres y alumnos del instituto. Las comadres, y en general la vecindad, aplaudían la paliza, bien merecida y bien aplicada. No reprochaban más que una cosa: que hubiese tardado tanto. Los muchachos del colegio sentían cada bofetada, cada sacudón, como si fuera en carne propia, por ser aplicados sobre aquella carne tierna y mimosa, poseída por todos ellos en sus solitarios lechos de adolescentes. Hubo noches en que ella durmió, hembra ubicua, omnipotente pastora de chiquillos, maestra de amor, en más de cuarenta camas juveniles a un mismo tiempo, en un mismo sueño, en un mismo arrebol...

Pero en la casa del policía sólo entraron doña Flor y doña Norma, contentándose los demás con aplaudir o criticar, pues nadie quería reñir con el esbirro de la policía.

- Señor Tiago, ¿qué hace? ¿Quiere matar a la desdichada? Vamos, déjela... - gritó doña Norma.

- Bien merecía que yo acabase con ella, esta zorra... - respondió el deportista, dándole unos últimos golpes.

- Pobrecita... Usted es un monstruo... - dijo doña Flor, inclinándose sobre la molida víctima del destino...

- ¿Pobrecita? - el «tira» no podía aguantar tamaña injusticia- ¿Sabe lo que esta pobrecita inventó sobre su marido?

- ¿Sobre mi marido?

- Pues vino a contarme que el doctor anda tras ella y que hoy quiso poseerla en la farmacia, a la fuerza. Cuando yo la apreté confesó que todo era mentira, que había armado esa patraña para que yo riñera con él, y que fue ella quien se le echó encima, pero él la rechazó. Eso para no hablar del resto.

Y con voz dolorida preguntó:

- ¿Sabe usted cómo me llamaban?: «La vergüenza de la policía».

Esa noche, mientras se preparaban para ir al cine, doña Flor, poniéndose polvos de arroz ante el espejo, le dijo sonriendo al doctor Teodoro:

- Así que el doctor anda intentando meterle mano a las dientas que van a la farmacia a ponerse una inyección..., quiso agarrar a doña Magnolia...

Él la observó y se dio cuenta de la broma: doña Flor no hablaba en serio, considerando que todo el asunto era más bien cómico. Por más que quisiera enternecerse con la lealtad del marido, no conseguía apartar las imágenes del doctor Teodoro, jeringa en mano, y la tetuda Magnolia, la muy descocada, intentando besarlo. Ése era un marido recto, correcto de toda corrección. Pero ¿qué le iba a hacer si la historia se le antojaba divertida, más ridícula que heroica?

- Chiflada... ¿Con qué derecho se le ocurrió que yo iba a profanar mi laboratorio, abusar de una diente?

- En este caso no era abuso, querido, ella misma se ofrecía. Él bajó la voz (nunca perdió del todo la timidez frente a su esposa en asuntos como ése):

- ¿Cómo podría yo mirar a otra mujer teniéndote a ti, querida?

Ningún homenaje podía ser más leal y correcto, y doña Flor le ofreció los labios, besándola él levemente.

- Gracias, Teodoro, yo pienso lo mismo con respecto a ti.

En la calle, en las esquinas, a la hora del aperitivo en el bar de Méndez, los hombres comentaban la zurra, sus causas y efectos. Doña Magnolia fue recogida en casa de unos parientes: la tenían en salmuera, el secretario le había hinchado la cara a golpes.

Don Vivaldo, el de la funeraria, planteó la cuestión: ¿Era o no impotente el doctor Teodoro? No sólo lo afirmó la fulana en voz alta (a los gritos), sino que además -convengámoslo-, únicamente un eunuco sería capaz de rechazar, como lo hizo él, a la tentadora Magnolia y sus opulencias. Era como para dudar de su hombría, desde luego. Moisés Alves, el hacendado del cacao, se exaltaba en defensa del boticario:

- ¿Flojo? Es una mentira de esa desvergonzada. Es que es un hombre serio, con responsabilidad... ¿Usted quería que se revolcase con la pecadora sobre los remedios?

Aun así, don Vivaldo no podía comprender:

- Desperdiciar semejante bocado... En la farmacia, o en donde fuese... Si ella se presentase allá, en «El Paraíso de la Flor», con ganas de entregármese, allí mismo le daba, en un ataúd.

Estuvieron de acuerdo en un detalle: fuese por impotente o

por austero, el doctor Teodoro se había portado mal al expulsarla sin darle una cita:

- Dios da pan a quien no tiene dientes...

Los ecos de estas discusiones, recorriendo esquinas y bares, avivadas por la cerveza y la *cachaca*, así como los elogios unánimes de las amigas y las vecinas, llegaron a oídos de doña Flor:

- Si todos los maridos fuesen así, valía la pena...

La calumnia contra su marido la indignaba, y le dijo a María Antonia, una ex alumna suya desparramadora de alcahueterías, que fue a visitarla y a chismear:

- Si alguien quiere saber si él es verdaderamente hombre que venga aquí, que yo le mando a él que le muestre...

- ¿Se lo mandaría de verdad? - se rió María Antonia, jara-neando, en chacota.

Doña Flor se irritó también. A pesar de lo que la irritaban los chismes, no pudo contener la risa imaginando lo grotesco de la situación.

Cierta mañana, un tiempo después, apareció Dionisia de Oxóssi con su nene - gordita la criatura- , al que traía para que lo bendijese la madrina. Últimamente venía poco, muy de cuando en cuando. Le contó el disgusto que había tenido al descubrir un asunto de faldas en la vida del marido: andando por esos caminos con su camión, parando en un sitio y en otro, se había metido con una tipa en Joazeiro. Dionisia encontró una carta de la perversa e hizo un escándalo, amenazando con dejar al traidor. Era sólo una amenaza, mi comadre, pues ¿qué hombre no tiene sus líos con mujeres, qué hombre no le pone guampas a la esposa? Pero lo sintió mucho, hasta había enflaquecido; ahora comenzaba a sentirse mejor, pues el marido no sólo cortó con la tipa, sino que ya no dormía más en Joazeiro.

Doña Flor la consolaba: ¿quién no sufre esas contrariedades? Ella, doña Flor, todavía no hace mucho, también hizo un desagradable descubrimiento que la había herido, que le causó dolor.

- ¡Cómo...! ¿También el doctor anda prevaricando? ¿Hasta él? Bien le dije que ningún hombre está libre de un tropezón con una mujer...

- ¿Quién? ¿Teodoro? No, mi disgusto fue por algo distinto. Comadre Dionisia, Teodoro es la excepción que confirma la

regla... Es un hombre serio, por él pongo las manos en el fuego...

Diose cuenta de pronto doña Flor, y casi se lo había confesado a Dionisia, que, de las dos historias femeninas relacionadas con el doctor Teodoro, la única concreta, con principio y fin, y la única que la hería y le dolía profundamente, no había ocurrido con el segundo, sino con el primer esposo: ese viejo asunto, que no supo hasta ahora, entre Inés Vasques dos Santos y el difunto. Tan pronto como doña Flor se acordaba de Magnolia o de Mirtes, en seguida la flaca y la sonsa Inés se erguía ante ella, iperra hipócrita, buscona!

8

Los ensayos de la romanza duraron cerca de seis meses, hasta que el exigente maestro consideró que estaba en perfectas condiciones de ejecución. El maestro fue más exigente aún en aquel caso, pues era autor de la obra y ésta estaba dedicada a la gracia y a la bondad de doña Flor, siendo los *Arrullos de Florípedes* la niña de sus ojos.

Todos los sábados por la tarde, con sol o con lluvia, en una casa o en otra, allá se reunían ellos repitiendo acordes para el próximo concierto, que ya tenía fecha y local: dentro de una semana, en la residencia de los Taveira Pires.

Esos meses transcurrieron en la paz del Señor, sin incidentes notables y dignos de ser especialmente registrados, con excepción, tal vez, de la presentación de Marilda «en los micrófonos del pueblo, los de Radio Amaralina, la estación sanjuanina, la más joven y la más escuchada», acontecimiento que alborotó a la vecindad y causó conmoción en los alrededores. Era como si todas aquellas calles y callejuelas hicieran también su debut, a través de la moza, en los aires de la ciudad. Tal era la agitación y el nerviosismo.

Doña Norma era la capitana que comandaba la banda de la hinchada, una ruidosa delegación que se hizo presente en la emisora el día de la fiesta. En una colecta realizada entre

los vecinos se había logrado juntar un paco apreciable, destinado a la compra de un recuerdo; en las manos de don Samuel das Jóias - vendía joyas y cuanto cosa hubiera en este mundo: casimires, tropicales, telas, muebles, perfumes, todo de contrabando y todo barato- se transformó en un reloj de muñeca que era un amor, moderno y original, con seis meses de garantía. «Suizo, diecisiete rubíes, una ganga», afirmaba el señor Samuel, dando la impresión de venderlo apenas para hacer un favor a su buena clienta doña Norma.

Por la noche, don Sampaio, a quien le mostraron la excepcional compra, constató que la esposa había sido estafada otra vez por el viejo chamarilero, cosa que venía sucediendo desde hacía veinte años y seguiría sucediendo hasta que uno de los dos, ella o don Samuel, estirara la pata:

- Y si fuera ella quien muriese primero, el viejo Samuel es capaz de venderle, cuando esté en la agonía, una extremaunción de contrabando...

Ni era suizo ni estaba tan abarrotado de rubíes: fabricado en San Pablo, mas no por eso era un reloj malo: «Hay que acabar con esa manía de hablar mal de la industria brasileña, tan buena como cualquier otra», sentenciaba don Zé Sampaio.

El día de la presentación, como es natural y comprensible, a doña María del Carmen le dio una llantina al ver a su hija frente al micrófono mientras el locutor anunciaba sus cualidades, su «voz *canora* de pájaro tropical». También enjugó unas lágrimas doña Flor: sentía por Marilda una ternura de madre, habiendo luchando para verla ahí, y en cierta ocasión incluso se había enojado con el doctor Teodoro por su causa. Si bien la victoria de Marilda pertenecía a toda la vecindad, era principalmente un triunfo de doña Flor. Para celebrarlo, hizo los dulces destinados a la mesa servida en casa de la moza, en donde aquella noche hasta abrieron una botella de champán (regalo de Oswaldinho).

Al estreno de la joven cantora, saludada con simpatía por la crítica de radio y por el público, se juntó el repentino viaje de doña Gisa a los Estados Unidos, que dio lugar a abundantes comentarios. Ni siquiera doña Dinorá, con su

olfato para adivinarlos entretelones de todos - ni siquiera ella- , pudo imaginar jamás esa noticia: había fallecido en Nueva York cierto Mister Shelby dejándole en herencia sus bienes a doña Gisa. ¿Quién era ese Mister y por qué legaba sus riquezas a la profesora de inglés que hacía tantos años estaba radicada en Brasil? No se lo pudieron preguntar a doña Gisa, pues se había embarcado de la noche a la mañana, sin previo aviso y sin el protocolo de las despedidas.

Surgieron los rumores más extravagantes sobre el muerto y su fortuna. Lo designaron marido, divorciado o no, una antigua pasión, un caso de amor; las versiones eran múltiples, honestas o indecentes. En una cosa coincidían: doña Gisa apañaba su fortuna colosal, heredaba a un millonario, pero un millonario norteamericano, rico en dólares, no en mil- réis.

El chismerío se desmoronó cuando el cartero le trajo una carta por vía aérea a doña Norma, quien antes de abrirla examinó largamente aquellos sellos de extranjería y la letra, tan familiar, de doña Gisa, fuerte y enrevesada como caligrafía de médico.

Escribía desde Nueva York y anunciaba su próximo regreso: había arreglado sus asuntos y llevado flores al túmulo del primo, «¿primo?, que cada cual crea lo que quiera... Era el marido, si no era otra cosa», cuchicheaban en las esquinas y en los bares las comadres y los ociosos.

Realmente, había heredado - era la única parienta- , pero la herencia se reducía a un automóvil usado, algunos objetos de uso personal y de la casa, unas pocas acciones de compañías petroleras del Medio Oriente (convulsionado, las acciones en peligro). Vendió todo y lo que sacó apenas le alcanzó para pagar los gastos del viaje. Como herencia verdadera del dudoso primo sólo le quedaba Monseigneur, un *basset* de pura raza, que pronto estaría en las calles de Bahía, pues doña Gisa ya estaba haciendo los trámites para traerlo.

Eso es todo cuanto sucedió durante aquellos meses, que pueda considerarse asunto de esta crónica de doña Flor y sus dos maridos. Aparte de eso, estaban los ensayos, las sesiones de la Sociedad de Farmacéuticos, las clases de la escuela, las visitas a parientes y amigos, las salidas al cine,

el amor los miércoles y los sábados.

Doña Flor ya no asistía a los ensayos con la misma asiduidad que al principio, sin que por ello los considerara pesados y latosos, como algunas de las esposas de los miembros de la orquesta, cuya opinión era pública y notoria. Por más amiga que fuese del marido, y solidaria con sus obligaciones y sus gustos, de vez en cuando escabullía el bulto al ensayo y hacía la rabona. Porque realmente, en verdad, sólo ellos, apasionados por la música, tenían la aptitud necesaria para extraer de aquella monótona repetición de melodías tanta paz interior e infinito placer.

Tampoco era infaltable su presencia en las doctas reuniones de la Sociedad de Farmacéuticos con sus tesis y debates. ¿Para qué forzarse a ir? ¿Para estar toda la noche luchando contra el sueño traidor y fatal, procurando prestar atención, y finalmente tener que rendirse y caer en la vergüenza del cabeceo? No pudo aguantar una sesión entera ni siquiera cuando el doctor Teodoro presentó su discutida tesis sobre los barbitúricos: «De la sustitución de las infusiones por productos orgánicos en el tratamiento del insomnio.» Y sin embargo, aquélla fue una noche apasionante, de violentos debates, en la que se puso en juego la reputación científica del doctor. Claro que la discusión duró hasta la madrugada y cuando el esposo, trémulo y feliz, le ofreció el brazo, ella, despertada por los aplausos, casi le pidió disculpas por haber dormido a pierna suelta, como si hubiera ingerido dosis de infusiones y barbitúricos como para un caballo. Alcanzó a decir:

- ¡Querido mío...!

Pero él, de tan eufórico, ni percibía sus ojos enrojecidos, su cara abotargada.

- Gracias, querida. ¡Qué gran victoria!

Había arrasado, de una vez para siempre, con los barbitúricos, cumpliendo su deber de ciudadano y de farmacéutico. En la droguería tenía que vender esos peligrosos tóxicos, obteniendo con ellos pingües ganancias, pues estaban de moda, hacían furor. Sin embargo, siendo un farmacéutico erudito y estudioso y al mismo tiempo un propietario de farmacia capaz y próspero, al doctor no le perturbaba, ni veía duplicidad en la posible contradicción de su conducta al

observar con la misma conciencia inflexible la noble moral del científico y la no menos digna moral del comerciante.

El concierto de la orquesta de aficionados Hijos de Orfeo en la fiesta celebrada en el palacete del comendador del Papa y virtuoso del violoncelo fue todo un acontecimiento que tuvo repercusión en las columnas de los diarios. Fue también comentado en los altos círculos, conmoviendo a las casas de costura, tiendas de modas y sastres, y su registro se hace aquí obligatorio (en una de esas vueltas que da el mundo, ¿quién sabe si un día no tendremos que recurrir al comendador Adriano Pires, dueño del dinero?).

Describir aquella nochaza de arte con todo su esplendor nos parece tarea imposible, por encima de nuestras fuerzas y de este pobre estilo. Si alguien quiere tener noticia, por ejemplo, de los vestidos de las señoras, de su belleza y de sus *chic* incomparable, lo remitimos a la colección del itinerario del poeta Tavares, en donde podrá leer la crónica hecha por el siempre brillante Silvinho Lamenha, arbitro en tan delicada materia. En cuanto al concierto propiamente dicho, los interesados pueden consultar las opiniones expresadas en los diarios por los críticos Finerkes y José Pedreira, además de la crónica de Helio Basto, hombre orquesta, ya que además de ser pianista se dedicaba a las letras y a las bellas artes. Doña Rozilda coleccionó en Nazareth todos los recortes, pues en general se referían con alabanzas al doctor Teodoro y a «su primorosa interpretación en el difícil solo de fagot de la Romanza de Agenor Gómez, uno de los puntos altos del concierto» (Coqueijo, «Pizzicatos de un concierto», en *Gazeta de Bahía*).

Esa noche doña Flor ascendió a la cima, llegando al más alto grado de la escala social, siendo destacada por los comentarios: «gracioso ornamento..., ¿qué modisto parisiense firma su vestido de *moiré fauve*, de escote drapeado, que dejó chiquitas a tantas figuras importantes?», como escribió Silvinho, el «Niño Jesús» de la sociedad. Estaba presente toda la flor y nata del gran mundo, la gente más importante de Bahía, los personajes de la política, del dinero, de la intelectualidad, desde el arzobispo primado al jefe de policía; y entre ellos, esnobs y aburridos, algunos cuenteros que habían aplicado con éxito

el timo del baúl, comenzando por los yernos del comendador.

De las inmediaciones del Largo Dois de Julho, además del doctor Teodoro, sólo recibió invitación don Sampaio, colega de Caballo Pampa en el Club dos Lojistas y antiguo compañero suyo de colegio. Pero se negó a ir:

- ¡No! Por Dios... Déjenme en paz, ando mal del brazo, necesito reposo... Ve tú sola, Norma, si quieres...

Naturalmente, doña Norma fue, pero no sola, sino con doña Flor y el doctor. (¿Cómo despreciar una invitación que era un privilegio? Sólo podía hacerlo su marido, obcecado y antisocial, un animal salvaje.)

El comendador le había dicho a doña Inmaculada:

- Quiero que todo sea lo mejor de lo mejor...

Y así fue, doña Inmaculada podía ser una prueba cruel para un hombre, pero hay que hacerla justicia, sabía recibir. Contrataron, a peso de oro, los servicios del arquitecto Filberbet Chaves para la decoración de los jardines en donde iba a tocar la orquesta.

- No mida los gastos, joven, quiero algo bueno, con escenario y todo. Gaste lo que sea necesario... El comendador, avaro con la gente de servicio y los gastos menudos, abría los cordones de la bolsa, empuñaba talonario de cheques. Al maestro Chaves sus palabras le supieron a miel: eso de no medir los gastos era propio para él. Gastó una fortuna, pero ¡qué maravilla! El jardín parecía un jardín de cuento de hadas, y el pequeño teatro era de una audacia arquitectónica nunca vista en Bahía. «Gilberbet - aprendan el nombre tal como es: Gilberbet y no Gilberto o Gilbert, como pronuncian ciertos rastracueros- reveló su genio ultramoderno» (Silvinho, una vez más, y con seguridad no será la última).

Doña Flor, al entrar, se quedó con la boca abierta, admirada, pasmada. Doña Norma sólo pudo articular una palabra:

- ¡Diablos...!

Doña Inmaculada y el comendador recibieron a los invitados: ella emperifollada con sus trapos de procedencia europea, empuñando sus impertinentes; él, desgarrado a pesar del *smoking* y de la camisa con pechera almidonada, con cuello de palomita. Al ver al doctor Teodoro con el fagot bajo el brazo, en su rostro cruzado de manchas blancas se

desplegó una sonrisa:

- ¡Mi querido Teodoro! Hoy vamos a dar la nota... - saludó al boticario, feliz con el retruécano y con el concierto.

Muy tiesa, doña Inmaculada ofrecía la punta de los dedos al beso de los hombres y a la inclinación de las mujeres, como si unos y otras viniesen a pedirle la bendición.

- ¡Qué palo de escoba...! - comentó doña Norma en cuanto se alejaron de los impertinentes de la comendadora.

- Sin embargo, es muy caritativa... Es presidenta de la Sociedad de Ayuda a los Gentiles de África y Asia... Incluso me escribió a propósito de eso.

El doctor Teodoro había recibido hacía mucho tiempo una circular firmada por la comendadora en la que se le pedía ayuda para las misiones católicas en aquellos continentes.

En eso vieron a Urbano Pobre Hombre, reluciente con su *smoking* recién salido del sastre (pagado por el comendador al enterarse de que el violinista no podía ir al concierto por falta de traje adecuado), con su violín al brazo. (Salió de su casa en medio de las burlas de su mujer y ahora procuraba esconderse entre los árboles y pasar desapercibido.) El doctor Teodoro lo arrastró al anfiteatro, donde dejaron sus instrumentos. Aunque estaba anunciado para las ocho y treinta, el concierto no comenzó hasta pasadas las nueve, cuando el maestro Agenor Gómez consiguió reunir a sus músicos.

Los invitados, de copeo en las salas o en el jardín, no parecían tener prisa. Fue necesario que el propio comendador tomara el micrófono y gritara enojado, la voz cortante:

- Va a comenzar el concierto, ocupe cada uno su sitio..., vamos..., vamos...

¿Quién dejaría de obedecer aquel llamamiento, que era una orden, no una invitación? Fueron cesando los ruidos y los caballeros y las damas ocuparon las sillas, permaneciendo de pie muchos hombres con la esperanza de poder escabullirse. Un verdadero desfile de elegancia: las mujeres exhibían sus joyas valiosas, sus escotes audaces; todos los caballeros estaban de etiqueta y el maestro lucía su frac. En primera fila, próximas a doña Inmaculada, estaban sentadas doña Flor, doña Norma y el arzobispo primado, en vísperas, según decían todos, del cardenalato.

El maestro Agenor Gómez, emocionado de la cabeza a los

pies («ya debía tener el cuero curtido, pero en cada nuevo concierto no sabía dónde poner los pies, como si fuese la primera vez»), alzó la batuta.

La primera parte fue oída con atención y aplaudida. La marcha de Schubert interpretada con énfasis y justeza, y después el primoroso violín del doctor Venceslau Veiga en la melodía de Drdla, arrancaron palmas, y hasta bravos, de ciertos aficionados y entendidos, como el doctor Itazil Benicio, «*double* de médico y de artista» (Silvinho). Sudaba, feliz, el maestro Gómez.

En el intervalo, los convidados, como bárbaros hambrientos que no hubiesen comido desde hacía meses, se abalanzaron sobre el regio bufet, donde, por primera vez en sus vidas, doña Flor y doña Norma vieron y probaron el caviar.

A doña Flor, con su paladar de maestra de cocina, el tan mentado caviar - cada gramo una fortuna- le supo bien: «Es raro..., pero me gusta.» Doña Norma no pensaba lo mismo y, haciendo una morisqueta, le dijo a la amiga, entre risas (lo que sí le gustaba era el champán, y ya había bebido dos copas):

- Esta cosa tiene un dejo..., no sé de qué...

También se rió doña Flor, y como el doctor Teodoro se apartara para ir en busca de Urbano Pobre Hombre y obligarlo a servirse, recordó un dicho de su finado primer esposo, al regresar de Río. En el curso del viaje, doña Flor no recordaba dónde, se dio un hartazgo del tal caviar, y cuando ella le preguntó qué gusto le encontró, él le respondió:

- Tiene gusto a vulva... ¡Es muy bueno!

Doña Norma, un poco atontada por el champán, se desternilló de risa: qué loco era el finado, una boca sucia que no tenía arreglo, pero tan alegre, inolvidable! «Chica, el difunto tenía gracia y era un entendido en esos sabores...»

Ya volvía el doctor Teodoro trayendo del brazo a Pobre Hombre y doña Flor se apresuró a prepararle un plato, sin olvidar una porción de caviar.

Fue un tanto difícil volver a juntar a los invitados frente al estrado para la segunda parte del concierto. Los amantes de la música ocuparon pronto sus lugares, pero eran minoría entre aquella masa de gente que no tenía más que

riqueza, y que se dedicaba a comer y a beber. Pero el comendador dio órdenes enérgicas a los empleados y finalmente el maestro y la orquesta atacaron el *Simple Aveu*.

Después de la música de Francis Thomé llegó el momento culminante del concierto: el solo de violoncelo ejecutado por el comendador Adriano Pires, el Caballo Pampa. Ése sí que fue un silencio de verdad: incluso cesaron de trabajar en la despensa y en la cocina, y los mozos dejaron de servir bebidas hasta que terminó el número. Doña Inmaculada había dado personalmente órdenes para que hubiera el más estricto silencio.

Olvidado de todo, del mundo y de sus habitantes, el comendador del Papa, el seco millonario, en ese momento, con el violoncelo, se consustanciaba con la alegría y la bondad y, súbitamente, era un ser humano.

Al concluir, hubo aplausos interminables. De pie en el anfiteatro, señalando al maestro y los colegas de la orquesta, don Adriano agradecía. Gritaban «bravos» y «bis» no sólo los entendidos, los de la chochera por la música. Gritaban todos, destacándose, por la fuerza con que batía palmas y gritaba los «bravos», el usurero Alirio de Almeida, que no entendía jota de música: sus negocios dependían de una palabra de Caballo Pampa.

Como dijo después Pobre Hombre, el número del comendador debiera haber sido el último del programa, ya que después muchos convidados abandonaron a la orquesta en el jardín y se fueron a las salas a beber y a conversar. Los que estaban sentados no se atrevieron a irse, oyendo el resto del concierto sin prestar atención, y varios, incluso, daban muestras de impaciencia. De vez en cuando alguno se llenaba de coraje y se largaba pidiendo disculpas a los vecinos, encaminándose al interior del palacete para regalarse.

Los Hijos de Orfeo, sin embargo, ni siquiera percibían las deserciones, sosteniendo la misma afinación, la misma calidad. Los devotos de la música sí que se incomodaban con el movimiento y el creciente cuchicheo. Doña Norma chistó imperiosamente, dándose vuelta hacia los de atrás, cuando el doctor Teodoro inició su solo de fagot (con los ojos mirando a doña Flor); doña Inmaculada, atenta

anfitriona, se volvió también, con los impertinentes dirigidos a los inquietos. Bastó con eso: se hizo el silencio y ya nadie tuvo la osadía de levantarse. El son del fagot se expandía en el aire, sobrevolaba el jardín, iba a tejer un halo en torno a los cabellos de doña Flor, azules de tan negros. Ella, con los ojos entrecerrados, oía y reconocía, a través de aquel solo de Romanza, cuánto le había dado él, su buen marido. Allí estaba ella, donde nunca se imaginara, sentada en los jardines de la casa más aristocrática de Bahía, mientras, a su lado, escuchaba a su marido con complacencia Su Eminencia el Señor Arzobispo Primado, con su púrpura y su armiño. ¡Tanto le había dado, tanto!: paz y seguridad, tranquilidad, orden y confort, representación, cuanto ella pudo desear y él adivinar. Y ni un sobresalto. Ahora iba a buscar en el delgado vientre del fagot la grave nota de su amor, de su devoción. No se podía pedir marido mejor.

Cuando se iniciaron los aplausos, doña Norma miró a la amiga: por el rostro de doña Flor corría una lágrima. «Llora de felicidad», pensó sonriendo la bondadosa vecina, contenta ella también con el éxito del doctor:

- El doctor Teodoro tocó divinamente...

La misma doña Inmaculada, desde la silla próxima, se dignó hacer el elogio.

Su marido estuvo muy bien.

En la gran sala de recepciones las danzas comenzaron apenas terminaron los acordes finales de la orquesta, del *pot-pourri* de *La viuda alegre*, último número. En el jardín, los oyentes, el primado al frente, felicitaban al maestro y a los músicos, rodeando al comendador. Doña Flor no había enjugado todavía las lágrimas y el doctor, al verla emocionada, se sintió recompensado por los seis meses de ensayo.

De la sala vinieron a buscar a Helio Basto para que desgranase al piano sambas y fox, tangos y boleros, improvisando un bailecito. El doctor Teodoro, fagot al brazo, propuso la retirada: pasaba de la medianoche... Pero doña Norma pidió cinco minutos más para vaciar otra copa de champán: «¡Lo adoro...!»

Bebió dos copas, y en el taxi se reía sin saber por qué, contenta de la vida. Doña Flor tomó entre sus manos las de su

marido, su buen marido. Hicieron comentarios sobre el concierto y la fiesta, magníficos ambos. Tanta comida, tanta bebida, todo de lo mejor, el comendador había gastado un dineral.

- Una exageración... - decía el doctor- , hasta caviar... del verdadero, ruso...

Doña Norma, con la euforia del champán, le guiñó un ojo a doña Flor y se dirigió al doctor Teodoro con una malicia que sólo ellas dos podían comprender:

- ¿Y el caviar le gusta, doctor?

- Sé que es un bocado de dioses; hoy lo probé, porque no se debe perder una ocasión como ésta cuando se puede comer tan caro manjar. Pero le voy a confesar, doña Norma, que mi paladar no se puede acostumbrar a su gusto...

- ¿Y qué gusto le encuentra usted al caviar?

Doña Norma se sonrió con picardía, llena de euforia. Doña Flor bajó la cabeza, no se sabe si para ocultar una sonrisa burlona. El doctor Teodoro buscaba con qué comparar el sabor todavía reciente de la golosina, no encontrando nada adecuado:

- Para ser franco, no recuerdo nada que tenga el mismo gusto. Aquí entre nosotros, que nadie nos oiga..., iqué gusto más feo!

- ¿Feo? - doña Norma se desternillaba de risa- . Yo pienso lo mismo... Pero hay quien lo encuentra bueno... ¿No es cierto, Flor?

Pero doña Flor no se reía. Su rostro seguía circunspecto, en la sombra, ¿quién sabe si triste o solamente conmovida? Contemplaba la noche, como si no oyera la risa de la amiga. Apretando la mano del marido, le dijo a media voz:

- Preciosa la música y tu interpretación, Teodoro.

- No lo sé hacer mejor... Soy un aficionado nada más.

¿Para qué mejor? ¿Quién soy yo para exigirte nada, querido mío? ¿Qué te traje yo, qué bienes puse en mi plato de la balanza conyugal que pueda compensar el tuyo, tan lleno: desde el dinero a la Romanza en el fagot, desde la sabiduría a la educación esmerada, y esa limpidez, esa decencia? Nada te traje, en nada te enriquecí, y yo no soy transparente y constante, no tengo esa meridiana luz tuya, estoy hecha también de sombras, de materia oscura y

pasajera. Soy tan pequeña para tu altura, Teodoro.
Bajo el toldillo de la pared de tranvía, esperando un medio de transporte, Urbano Pobre Hombre los vio pasar. Llevaba en sus manos el violín enfundado y un paquete con dulces y salados para ña Maricota.

9

El profesor Epaminondas Souza Pinto, circunspecto y carcamal, amaba los proverbios y las frases hechas, viendo en esos dichos un resumen de la sabiduría de los siglos, la expresión de las verdades eternas. «La felicidad es inenarrable, con una vida feliz no se hace una novela», respondió cuando Chimbo, aquel pariente importante del finado, le preguntó por doña Flor, a la que no veía hacía años, desde el absurdo carnaval («¿cuántos años hace, dos o tres?») del entierro del calavera.

- Pues volvió a casarse y es feliz... Hace un año, más o menos, que unió su suerte a la del doctor Teodoro Madureira...

- ¿Se sabe algo más de ella?

- No tuve más noticias... - y, para no darle ocasión, colocó el adagio- : Como bien dice el pueblo, la felicidad es algo inenarrable.

Chimbo, hombre de experiencia, estaba de acuerdo:

- Así es. Cuando pasa algo es casi siempre para causarle preocupaciones a uno... Si le contara... Escuche...

Y abrió su pecho al amigo: a su edad proveya, ¡profesor!, se había ido a meter con una joven de diecinueve años..., no, no una doncella, pero casi. Un canalla, haciéndole el cuento del casamiento, la había desflorado, pero torpemente, con apuro, dejando unos restos de pellejo que Chimbo, en trance de consolarla y protegerla, hizo desaparecer... Resultado, mi pobre profesor: la moza quedó gruesa y él con esa responsabilidad...

El profesor Epaminondas Souza Pinto, de vida inmaculada, no podía dar consejo ni consuelo para la inquietud del ilustre hombre público, y, a falta de palabras más oportunas, lo felicitó por la «auspiciosa gravidez».

Tampoco nosotros tenemos consuelo o prudente consejo que dar al caballero Chimbo, y hasta nos falta tiempo y espacio para ello; así que de todo el incidente sólo utilizaremos la verdad contenida en el refrán: en efecto, en la feliz existencia de doña Flor y del doctor Teodoro nada ocurrió que merezca destacarse, no siendo nuestro propósito alargar esta crónica, ya extensa, con el relato de su diaria placidez, monótona e insípida materia antiliteraria. La misma doña Flor, que daba noticia de todas las peripecias en su correspondencia familiar, en una carta a su hermana Rosalía, en vísperas del primer aniversario de su matrimonio con el farmacéutico, le decía que nada importante tenía que contarle.

Llenó la carta con noticias de los parientes y vecinos (durante esos años Rosalía había ido conociéndolos a todos a través del epistolario de la hermana). Le hablaba de tía Lita y sus achaques, tío Porto no envejecía; doña Rozilda seguía siempre en Nazaret, ipobre Celeste!; Marilda iba de éxito en éxito, ahora en Radio Sociedade y con la promesa de grabar un disco. De doña Norma contaba una historia divertidísima (tienes que conocer a doña Norma personalmente, vale la pena): un martes doña Flor la invitó a ir a un bautismo el sábado siguiente y se disculpó de no poder ir «debido a que el sábado ya estoy comprometida para ir a un entierro». «¿Cómo puedes saber el martes que el sábado hay un entierro, Normita?» Verás cómo... Resulta que un conocido suyo estaba a punto de estirar la pata y... seguramente lo haría en la noche del viernes al sábado para así aprovechar la semana inglesa y tener un entierazo...

Doña Gisa, de regreso, trajo de Nueva York un cachorrito, de esos «que son exactamente una longaniza», y un lindo regalo para doña Flor, un broche. Pero «imagínate, Rosalía, lo que la chiflada de la gringa trajo para Teodoro: una camisa toda estampada con mujeres desnudas. ¿Te das cuenta lo que parecería el doctor poniéndose un chirimbolo de ésos? Como es tan educado no dijo nada e incluso le dio las gracias sin dar muestras de enojo, pero yo guardé la camisa en el fondo de mi ropero, para que él no estuviera viéndola a cada rato y le tomara rabia a Gisa, que es así, pero muy buena». Quien está enferma, sin poder salir de

casa, es doña Dinorá: «Imagínate cuánto sufre, le duelen las articulaciones, un reumatismo bravo, y encima teniendo que enterarse de las cosas por terceros.» Lo único que podía hacer era echarles las cartas a las visitas y prever desgracias para todos, furiosa. Incluso amenazó a doña Flor, después de consultar los naipes: «Me dijo que tuviera cuidado, pues no hay bien que dure cien años... Nunca vi boca tan sucia, te juro.»

Aparte de esas cosas de rutina nada tenía para contar: «no sucede nada, siempre es la misma vidurria sin ninguna novedad». El doctor estuvo a punto de comprar la casa en que vivían, pero uno de los herederos de la droguería decidió vender su parte para irse a vivir a Río, y el marido le preguntó a doña Flor: «¿Qué me parecía mejor y más razonable: adquirir la casa o la parte de la farmacia?» Al mismo tiempo le daba su opinión: con esa parte adquiriría el control de la firma, se convertía en socio mayoritario; con respecto a la casa, en cuanto pudieran, más adelante, la comprarían. El propietario no tenía otra salida que la de vender, pues la renta que le daba el alquiler era una ridiculez. En realidad, el doctor ya había formado su opinión y decidió qué era lo mejor, y si le pedía consejo a doña Flor lo hacía por gentileza y buena educación: «El tiempo no hace cambiar al doctor: la misma delicadeza, el mismo sistema, el mismo trato, siempre igual, un día tras otro. Puedo decir lo que va a suceder a cada instante, según las horas, y hasta sé por anticipado cada palabra, porque hoy es lo mismo que ayer.» Así transcurría la vida, suave y tranquila, con lento e invariable ritmo. ¿Cómo temer una mudanza, cómo tomar en serio las previsiones de la cartomántica, de tres al cuarto y paralizada, más entregada a sus barajas y adivinanzas que el comendador Adriano Pires al violoncelo?

En cuanto a ella, doña Flor, incluso no le parecería mal que sucediera algo, cualquier imprevisto que rompiera la monotonía de los días, invariablemente felices y sosegados. «Hasta es un pecado, hermana, hablar así cuando se tiene la vida que yo tengo, después de pasar las del purgatorio, pero la misma cosa todos los días es algo que cansa, incluso cuando es lo bueno, lo mejor. Aquí, entre nosotras, te digo, hermanita, que a pesar de esa vida tan feliz,

envidiada por los otros, a veces me entra una angustia tan sin pie ni cabeza que no puedo explicármela.., un no sé qué... Es la mala índole de esta tu hermana que no sabe apreciar como es debido cuanto recibió del cielo sin haberlo merecido: una vida tan tranquila y un buen marido.»

Por aquel entonces, un domingo que fue a misa en la iglesia de Santa Tereza, con sermón de don Clemente («¿Por qué, Señor, la paz no habita el corazón de los hombres?»), después del oficio, se dirigió a la sacristía con la intención de invitar al sacerdote a la fiesta del primer aniversario de su casamiento. No iba a ser una fiesta propiamente dicha, sólo una reunión con los amigos íntimos en torno a una copa de licor y unos dulces, conmemorando, al mismo tiempo, la elección del boticario como segundo tesorero de la recién designada junta directiva de la Sociedad Bahiana de Farmacia.

- Allí estaré, con mucho placer, para felicitaros por este año de armonía conyugal, un ejemplo de unión bendecida por Dios...

Despidióse doña Flor, y el marfileño padre, reprochándose su sermón un tanto pesimista, sonrió alegre: he ahí alguien, doña Flor, en cuyo corazón moraba la paz, he ahí un ser humano satisfecho y feliz con su vida, desmintiendo su sermón, lleno de sombras y dudas.

Hacia la mitad del corredor, doña Flor se detuvo frente al extravagante grupo formado por la imagen barroca de Santa Clara y por la antigua talla popular en que estaba esculpido aquel ángel cínico y candoroso, tan igual al finado, con la misma insolencia y la misma gracia irresponsable.

Pobrecita, la santa: su santidad, por mayor que fuera, por más defendida que estuviese, por más fuerte que fuera su virtud, no podría resistir la mirada picara del tinoso: la pobre bienaventurada tenía que rendírsele, entregarle su pudor y su vida, perdiendo por él su ya ganada salvación, porque sin él ¿para qué le servirían el paraíso o la vida?

Allí, ante el insólito grupo escultórico de madera y de chulería, doña Flor se detuvo largo tiempo. Y la nave de piedra y cal, como un barco inmenso, levantó el ancla y partió, singlando los aires en un mar azul, entre nubes, cielo adentro.

Tanto se esmeró doña Flor que la fiestita fue de la más notables, un éxito completo que vino a coronar el primer aniversario del «feliz connubio de dos almas gemelas», como dijo con acertado estilo el doctor Silvio Ferreira, secretario general (reelecto) de la Sociedad Bahiana de Farmacia, levantando su copa para brindar por los esposos, «por nuestro estimadísimo segundo tesorero y por su digna consorte, dona Flor, ejemplo de prendas y de virtudes».

Doña Flor había anunciado a don Clemente que sólo estarían «algunos de los amigos más cercanos», pero al franquear la puerta, el padre se encontró con la casa llena, y no sólo con los vecinos. El prestigio del doctor Teodoro y la simpatía de doña Flor atrajo a la fiesta íntima a un número considerable de personas: dirigentes del gremio de los farmacéuticos, colegas de la orquesta de aficionados, representantes comerciales, alumnas y ex alumnas de la Escuela: Sabor y Arte, además de viejos amigos, algunos de ellos importantes, como doña Magá Paternostro, la ricacha, y el doctor Luis Henrique, el «cabecita de oro». Don Clemente, antes incluso de felicitar a la pareja, abrazó al «celebrado hombre de letras»: su *Historia de Bahía* acababa de obtener un premio del Instituto, «codiciado lauro consagratorio de un valor auténtico» (vide Junot Silveira, «Libros & Autores», en *A Tarde*).

En materia de cultura, además del discurso del doctor Ferreira, rico en figuras de retórica, hubo algo de música. El doctor Venceslau Veiga ejecutó dos arias en su violín, siendo aplaudido. Hubo también aplausos, y muchos, para la joven cantante Marilda Ramosandrade, «la voz hechicera de los trópicos», a pesar de no tener más acompañamiento que el ritmo de un pandero, marcado por Oswaldinho.

En la improvisada hora de arte, el doctor Teodoro se apuntó un tanto con un número que causó verdadera sensación: tocó, en el fagot, todo el himno nacional, siendo ovacionado al terminar. Aparte de eso, comieron y bebieron, se rieron y

conversaron. Los hombres se plantaron en la sala de recibo y en la otra sala se instalaron las mujeres, a pesar de las protestas de doña Gisa, para la cual esa separación de sexo era un absurdo «feudal y mahometano». Sólo ella y otras dos o tres señoras se arriesgaron a participar en la rueda masculina, en la que corría la cerveza y se sucedían las anécdotas, sujetas a la censura de doña Dinorá, todavía maltrecha y dolorida, pero impertérrita:

- Esa María Antonia es una desvergonzada... Se queda en medio de los hombres escuchando groserías... y encima arrastra con ella a doña Alice y a doña Misete... En cuanto a la gringa, ésa es la peor de todas..., miren cómo alarga el pescuezo para oír...

En compensación, miren a doña Neusa Macedo (& Cía.), ejemplo de buen comportamiento, en la rueda de las mujeres, ponderada y discreta, escuchando a Ramiro, un mocito de diecisiete o dieciocho años, hijo de los argentinos de la cerámica. Si no fuese por ella, el adolescente no tendría con quién entretenerse, pues los otros jóvenes cercan a Marilda y le piden sambas, vales, tangos y rancheras, mientras que él sólo desea hablar de pesca: «Atrapé un *vermelho*..., itenía cinco kilos!»

- ¡Oh! - exclamaba ella en éxtasis- . ¿Cinco kilos?, ¡qué coloso! ¿Y qué más pescó? (¿Qué apodo ponerle a un pescador audaz? «Aceite de hígado de bacalao» le iría bien..., y los ojos de Neusoca se iluminan.)

El argentino, al llegar con la esposa y el hijo, se encontró en la puerta con don Vivaldo, el de la funeraria «Paraíso en Flor». Juntos fueron a felicitar a los dueños de casa, y, de regreso a la sala de los hombres, el porteño Bernabó, con su franqueza un tanto incivil, comentó la elegancia de doña Flor, cuyo vestido hacía morir de envidia a las mujeres presentes; y de yapa el inquieto Miltinho, un mariquita que hacía las veces de ayudante - por lo demás excelente- en casa de doña Jacy, que lo había prestado para la fiesta, agregó: «Doña Flor hoy se superó, está de rechupete.»

- El dinero es lo que hace bonita una mujer... - dijo don Héctor Bernabó- ; mire la elegancia de doña Flor y qué hermosa está...

Don Vivaldo se fijó; por lo demás, le gustaba observar a las mujeres, medir los contornos, las curvas, las concavidades.

- A decir verdad, siempre fue elegante y graciosa, aunque no tan bonita, es cierto. Ahora es más mujer, una jamona, pero no creo que sea el dinero... Es la edad, querido, ella está en el punto exacto. Son chiflados los que prefieren las chiquilinas: ni diez juntas se pueden comparar con una señora en la fuerza de la edad, de las que hacen estallar el vestido...

- Miré qué ojos... - comentó el argentino, por lo visto también él un experto.

Ojos desmayados, perdidos en la distancia, como entregados a voluptuosos pensamientos. Don Vivaldo se preguntaba por qué inspiraba el farmacéutico pensamientos tan tiernos como para darle a su mujer un aire tan soñador mientras iba de una sala a otra, atendiendo a sus invitados, gentil y placentera, una perfecta dueña de casa. Pero eso lo hacía mecánicamente.

Don Vivaldo tomó del brazo al argentino: no es el dinero lo que hace bonita a una mujer, don Bernabó, es el buen trato, es la paz del espíritu, la felicidad. Esos ojos desmayados y esas caderas que se balancean se deben a la alegre serenidad de su vida.

Curiosa la expresión de su mirada... ¿Cuándo la había visto antes con aquella misma mirada perdida, como si mirase a su propio corazón? Don Vivaldo buscó en su memoria hasta recordar: era la misma mirada que tenía durante el velorio del finado. Con la misma expresión distante con que hoy recibía las felicitaciones, había recibido entonces los pésames con los ojos fijos más allá del tiempo, como si en torno a ellos no hubiese lágrimas de luto ni risas de fiesta, soledad. Su belleza, percibió don Vivaldo, también le venía de adentro, en una proporción imprecisable.

En la sala en que estaban las mujeres el tema de la actual vida feliz de doña Flor se impuso una vez más. Algunas señoras presentes, las de la orquesta y las de la farmacopea, poco sabían de aquel primer desastroso casamiento y del vil marido.

No deseaban otra cosa las vecinas y las chismosas sino contar y comparar: y contaron y compararon a placer. Para ellas ninguna diversión era mejor: ni las anécdotas picantes que narraban los hombres (y las sinvergüenzas como María Antonia) y que los hacían reír a carcajadas, en la otra sala,

ni rodear a Marilda y pedirle en hora dedicada a la nostalgia viejas sambas y antiguos valeses, como hacían doña Norma, doña María del Carmen, doña Amelia y los jovencitos (todos locos por Marilda): nada se podía comparar con el placer del parloteo. El primer casamiento, sépanlo, queridas amigas, fue un infierno de vida.

Esta felicidad del segundo matrimonio se hace aún mayor y más preciosa, tiene más valor, por comparación y por contraste con el error del primero, una prueba a la que la sometió Dios, un desastre, ¡una desgracia! Cuánto sufrió la pobre mártir en las manos de aquel monstruo plagado de vicios y maldades, un satanás: hasta llegó a pegarle.

- ¡Dios mío! - dijo doña Sebastiana, afligida, llevándose la mano al amplio pecho.

¡Cómo había sufrido! Todo lo que puede sufrir una esposa delicada, humillada, en un calvario de amarguras, trabajando para mantener la casa y además las juergas del desenfrenado, siendo que el juego, como es público y notorio, es el peor de todos los vicios y el más caro. Si ahora es feliz..., ¡qué desdichada fue antes!

Doña Flor escuchaba esos recuerdos de su vida como desde las nubes, los ojos perdidos en una bruma distante. Estando doña Gisa en el círculo de las anécdotas y doña Norma en la rueda de las cotorras, nadie se encontraba allí que pudiese abrir la boca para defender al difunto.

A eso de la medianoche se despidieron los últimos invitados. Doña Sebastiana, todavía emocionada por el relato de aquel martirologio que había durado siete años, ¿cómo pudo soportarlo, pobrecita?, dijo acariciando cariñosamente el rostro de doña Flor:

- Qué bueno que haya cambiado todo y que usted tenga al fin lo que merece...

Marilda, ofuscando con su luz de estrella a los jóvenes estudiantes, se lanzó a entonar un tango- canción, de serenata, ése que dice: «Noche alta, cielo risueño, la quietud es casi un sueño...», ...el tango de doña Flor, enterrado en el mundo del difunto.

El doctor Teodoro, con una sonrisa de satisfacción, acompañaba hasta la puerta a los últimos convidados, un grupo ruidoso, enzarzado en una discusión inacabable sobre los efectos de la música en el tratamiento de ciertas

enfermedades. El doctor Venceslau Veiga y el doctor Silvio Ferreira disentían. Para no perderse el final de la polémica, el dueño de casa acompañó a los amigos hasta el tranvía. Ya no se oía el canto de Marilda.

Doña Flor, a solas, dio espaldas a todo aquello: los dulces, las botellas, el desarreglo de las salas, los ecos de las conversaciones en la acera, el fagot mudo y grave, en un rincón. Fue hacia el dormitorio, abrió la puerta y encendió la luz.

- ¿Tú? - dijo con voz cálida, pero sin ninguna sorpresa, como si lo hubiese estado esperando.

En la cama de hierro, desnudo, tal como doña Flor lo viera en la tarde de aquel domingo de carnaval, cuando los hombres de la Morgue trajeron el cuerpo, allí estaba Vadinho, acostado, a sus anchas; sonriendo, le hizo señas con la mano. Respondió doña Flor, sonriendo también, ¿quién podía resistir la gracia del perdido, aquella expresión de inocencia y de cinismo, esa mirada lasciva? Ni una santa de la Iglesia pero cuanto más ella, doña Flor, una simple criatura.

- Bien mío... - dijo con su voz querida, perezosa, lenta.

- ¿Por qué viniste justamente hoy?

- Porque me llamaste..., y hoy me llamaste tanto y tanto que vine... - como si dijera que sus llamadas habían sido tan insistentes e intensas que llegaron a borrar los límites de lo posible y lo imposible- . Pues aquí estoy, mi bien, llegué ahora mismito... - y, semiincorporándose, le tomó la mano.

Atrayéndola hacia sí, la besó. En la mejilla, porque ella apartó la boca:

- En la boca, no. No se puede, loquito.

- ¿Y por qué no?

Sentóse doña Flor en el borde del lecho y Vadinho de nuevo se tendió con libertad, entreabriendo las piernas y mostrándolo todo, todas aquellas prohibidas (y hermosas) indecencias. Doña Flor se enterneecía con cada detalle de ese cuerpo: no lo había visto desde hacía tres años, pero estaba igual, como si no hubiera pasado el tiempo.

- Estás igual, no cambiaste ni un poquito. Yo engordé.

- Tú estás bien..., ni te lo imaginas... Pareces una cebolla carnosa, jugosa, de ésas que da gusto morder... El que

tiene razón es el zafado Vivaldo... Le echa cada mirada a tu pandero, ese crápula...

- Saca de ahí la mano, Vadinho, y déjate de mentir... Don Vivaldo nunca me miró así, siempre fue respetuoso... Vamos, saca la mano...

- ¿Por qué, mi bien...? ¿Sacar la mano... por qué?

- ¿Tú te olvidas, Vadinho, que soy una mujer casada y sería? Sólo me puede meter mano mi marido... Vadinho le guiñó un ojo, insinuante:

- ¿Y yo qué soy, mi bien? Soy tu marido..., ¿ya te olvidaste? Yo soy el primero, tengo prioridad...

Ése era un problema nuevo. Doña Flor no había pensado en él y no supo qué contestar:

- Tú inventas cada cosa... No das pie para que una razón...

En la calle, de vuelta, resonaban los pasos firmes del doctor Teodoro.

- Allí está él, Vadinho, vete ya... Me alegra, no sabes cuánto me alegra haberte visto... Fue más que bueno... Vadinho, muy tranquilo, siguió a sus anchas.

- Vete ya, loco, que él está entrando, va a cerrar la puerta.

- ¿Y por qué voy a irme, dime?

- Va a aparecer él y verte aquí, y ¿qué le voy a decir?

- Tonta... Él no me va a ver..., sólo puedes verme tú, flor de mi perdición...

- Pero él se va a acostar en la cama...

Vadinho hizo un ademán de pena e impotencia:

- No lo puedo impedir, pero, apretándonos un poco, cabe-mos los tres...

Esta vez ella se enojó realmente:

- ¿Qué es lo que piensas de mí? ¿O ya olvidaste cómo soy? ¿Por qué me tratas como si fuera una mujer de la vida, una meretriz? ¿Cómo te atreves? ¿Ya no me respetas? Tú sabes bien que soy una mujer honesta...

- No te enojas, mi bien... Fuiste tú quien me llamó...

- Sólo quería verte y conversar contigo...

- Pero si aún no hemos hablado...

- Vuelve mañana y entonces conversaremos...

- No puedo estar yendo y viniendo... ¿O piensas que es un viaje de juguete como ir de aquí a Santo Amaro o a la Feira de Sant'Ana? ¿Crees que basta con decir «voy a tal parte,

ahora vuelvo»? Mi bien, ya que vine, me instalo de una vez...

- Pero no aquí, en el dormitorio, en la cama, por el amor de Dios. Mira, Vadinho, incluso aunque él no te vea, yo me quedo como muerta, sin saber qué hacer. No tengo cara para eso - dijo con voz entrecortada... (él nunca quiso verla llorar).

- Está bien, voy a dormir en la sala, mañana resolveremos eso. Pero antes quiero un beso.

Él doctor ya estaba lavándose en el cuarto de baño, se oía correr el agua. Ella ofreció la mejilla, pudorosa.

- No, mi bien... En la boca, si quieres que me vaya...

El doctor aparecería de un momento a otro... ¿Qué otra cosa podía hacer sino satisfacer la exigencia del tirano, ofrecerle los labios?

- ¡Ay, Vadinho, ay...! - Y no dijo nada más, labios, lengua y lágrimas - ¿de vergüenza o de alegría?- , enjugados por aquella boca voraz y sabia. ¡Ah, ése sí que era un beso!

Él se fue totalmente desnudo como estaba, itan bello y tan viril! El dorado vello le cubría brazos y piernas, una mata de pelos rubios en el pecho, la cicatriz del navajazo en el hombro izquierdo, el bigote insolente y la mirada de chulo. Salió dejándole el beso, que le quemaba en la boca (y en las entrañas).

Trasponiendo la puerta, el doctor Teodoro le hizo los debidos elogios:

- Una fiesta de primera, querida. Todo en orden, no faltó nada, todo perfecto. Así es como me gusta, sin un error - dijo. Y fue a cambiarse tras el respaldo de la cama, mientras ella se ponía el camisón.

- Felizmente, todo salió bien, Teodoro.

Para celebrar el aniversario se puso el camisón de encajes y volantes de la noche de bodas en Paripé, obra de doña Enaide, guardado desde entonces. Se contempló en el espejo, sintiéndose bonita y deseable. Y tuvo ganas de que la viese Vadinho, aunque fuera sólo una ojeada.

- Voy adentro a beber un vaso de agua, vuelvo en un minuto, Teodoro.

Era posible que el otro se hubiera quedado dormido, fatigado por el largo viaje. Para no despertarlo, entró al corredor caminando de puntillas. Sólo quería verlo un instante,

acariciar su rostro si estaba dormido y mostrarle (de lejos), si estaba despierto, el camisón.

Llegó justo a tiempo para verlo salir a través de la puerta, desnudo y apurado. Se quedó inmóvil, helada, sintiendo que le dolía el corazón; ¿se habría ofendido decidiendo irse de vuelta y dejándola sola para siempre? Nunca más vería su rostro delicado para posar en él sus labios, nunca más se podría exhibir en camisón ante él (para que él extendiese la mano y se lo sacase, riéndose). Nunca más. Se había ido ofendido.

Mejor así, quizá. Seguramente mejor así. Era una mujer recta..., ¿cómo mirar a otro hombre, aun a ése, cuando su marido la esperaba en la cama, con el pijama nuevo (regalo de aniversario del casamiento)? Mejor así, mejor que Vadinho se hubiera ido para siempre. Ya lo había visto, ya lo había besado, no deseaba nada más. Mejor así, repetía, mejor así.

Pudo marcharse de allí e irse al dormitorio. ¿Por qué partiría él de regreso tan pronto? ¿Por qué se fue tan de repente si para venir hubo que atravesar el espacio y el tiempo? Quién sabe..., a lo mejor no se fue para siempre.

Quién sabe, quizá salió a pasear, echar una ojeada a la noche de Bahía, ver cómo andaba el juego, cómo lo habían cultivado en su ausencia..., habría salido sólo a inspeccionar, de ronda, del Pálace al carteado de Tres Duques, del Abaixadinho a la casa de Zé da Meningite, del Tabaris al antro de Paranaguá Ventura.

V. *De la terrible batalla
entre el espíritu y la materia,
con singulares acontecimientos
y pasmosas circunstancias, que sólo
podían ocurrir en la ciudad
de Bahía, y crea lo que aquí
se cuenta quien quisiere*

(con un coro de *atabaques* y *agogós* y
con Exu lanzando una cantiga picaresca:
*Ya cerré la puerta,
ya la mandé abrir*).

ESCUELA DE COCINA «SABOR Y ARTE»

*Lo que les gusta a los orixás
y lo que les repugna*

(Información suministrada por Dionisia de Oxóssi)
Todos los miércoles Xangó come *amala*, y en los días de respeto come tortuga o carnero (*ajapá* o *agutan*). A Ewa, *orixá* de las fuentes, le repugnan la *cachaca* y la gallina. *Iyá Massé* come *conqué*m. Para Ogun, reservar el chivo y el *akikó*, que así se llama al gallo en lenguaje de iniciado. *Omolu* no soporta el cangrejo.

De espejo y abanico, de melindre y mimo, a Oxun le gusta el *acara* y el *ipeté* hecho con ñame, cebolla y camarones. Para acompañar a la carne de cabra, su carne predilecta, servirle al mismo tiempo: harina de maíz con aceite de palma y miel de abejas.

Oxóssi, a quien le encanta ser muy respetado, rey del *Ketu*, cazador, está lleno de repugnancias. En la selva enfrenta al jabalí, pero no come pescado si éste tiene piel, no tolera el ñame ni el frijol blanco y no quiere ventanas en su casa; su ventana es la selva.

A la guerrera que no teme a la muerte ni a los *eguns*, a

Yansá, no le ofrezcan calabaza, ni le den lechuga o zapote, ella come *acarajé*. Frijoles con maíz para Oxumaré, y para Nanan *carurú* bien sazonado. (El doctor Teodoro es de *Oxalá*, se le ve en seguida por su seriedad y compostura. Cuando luce temo blanco y lleva su fagot, es igual a un *paxoró*, parece *Oxolufan*, *Oxalá* viejo, el mayor de los *orixás*, el padre de todos.) Las comidas de *Oxalá* son *ojojó* de ñame, *despacho* de maíz blanco, girasol y *acaca*. A *Oxalá* no le gustan los condimentos, no usa sal ni tolera el aceite.

(Dicen que fue el *Asobá* Didi quien hizo los conjuros para el finado y los *búzios* los confirmaron tres veces: el santo de Vadinho era *Exu* y no otro. ¿Será *Exu* el diablo, como se afirma por ahí? Quizá sea Lucifer, el ángel caído, el rebelde que enfrentó a la ley y se vistió de fuego.)

Es comida para *Exu* todo cuanto la boca prueba y come, pero bebida es una sola, la *cachaca* pura. *Exu* espera las encrucijadas, sentado en la noche, para tomar el camino más difícil, el más estrecho y complicado; según dicen todos, el mal camino, pues *Exu* sólo acepta el reinado. ¡Qué *Exu* más reinador el de Vadinho!

1

No tardaría el croupier en anunciar la última bola: habían llegado la madrugada y el cansancio. Desesperada, Madame Claudette iba de jugador en jugador, extendiendo su mano pedigüeña de uno en otro. Ya ni siquiera conseguía dar a los ojos y a la voz el tono de convite, el toque de malicia, la promesa de un dulce pago. Ya no le quedaba ni un resquicio de amor propio, sólo miedo al hambre, a morir de hambre. Ya no decía, con su puro acento parisiense: «mon chéri», «mon petit coco», «mon chou»; sólo suplicaba - la voz saliéndole de entre los dientes podridos- una ficha, al menos una de las más chicas, de cinco mil- réis. No para jugar, sino para cambiarla, asegurándose así la comida del día siguiente. Si la hubiesen atendido cuando entró, burlando la vigilancia

del portero, o conmoviéndolo (había orden de no dejarla pasar), hubiera puesto la ficha en la ruleta para que se multiplicase - con toda seguridad- , obteniendo así dinero para el alquiler, vencido, de la pocilga en el conventillo de Pelourinho, donde vivía junto a los ratones y las cucarachas (unas cucarachas negras y cascarudas, que se subían a la cama, un asco). Cada mañana la despertaban los gritos y carraspeos, las amenazas de desalojo inmediato de Pestilente, cobrador de la señora doña Inmaculada Taveira Pires, propietaria de aquel y de otros muchos tugurios, cuya renta íntegra le había dejado el comendador para sus caridades.

En cuanto al alquiler..., ¿quién sabe?, tal vez pudiese conseguir otro plazo, por un día o dos, si el Pestilente se sintiera dispuesto a «aliviar la materia», como él decía, y ella satisficiera sus necesidades. Precio terrible, al decir de quienes conocían a Pestilente (aun conociendo también a Madame Claudette y su extremada decadencia: comparada con él, ella era perfume y flor).

Cercana a los setenta - si no los tenía ya- , casi calva, apenas con unos pocos pelos, le quedaban restos de los dientes, y tenía cataratas en los ojos. Ya no estaba en condiciones de ejercer el honrado oficio en el que un día fuera excelsa majestad, cuando los clientes hacían cola en la sala de la pensión- de- mujeres en donde lo cumplía con refinamiento. Había desembarcado en San Salvador cuando poseía toda la fuerza y el encanto de los cuarenta años, pareciendo de veinticinco - vía Buenos Aires, Montevideo, San Pablo, Río- , «sensación de París» y del alto meretricio de Bahía. Hacía tanto tiempo, que Madame Claudette no guardaba de él sino un débil recuerdo, de modo que la remembranza de todo aquel fausto ni siquiera le servía como fuente de alegría.

Fue descendiendo poco a poco, calle a calle, desde la Pensión Europa, en la Praga do Teatro, cumbre suprema de lo *chic*, donde los coroneles del cacao tiraban billetes de quinientos y aprendían, en cursos intensivos, las gálicas finuras del placer; de allí fue bajando de jerarquía y de precio hasta llegar, tras un viaje de años y años, implacablemente, a la última inmundicia en la falda de las laderas, el arroyo de Juliáo, al del Pilar, el callejón de la

Carne Podrida. Y por último, ni tampoco eso. Desde entonces fue aguantando su hambre amarga en los cuartos más miserables. Trotadera a escondidas, se ofrecía por dos gordas en las esquinas más lúgubres, «miché de París, mon coco». Cierta vez, un negro que andaba en los comienzos de la borrachera, le dijo, casi afectuosamente, dándole una moneda:

- Vaya a criar a sus nietos, abuelita, usted ya no sirve para puta.

No tenía nietos, ni un pariente, ni un amigo, ni nada. Tampoco le quedaban vestidos elegantes para ponerse, y sus últimos trapitos eran una mezcla de remiendos y suciedad. Había vendido, pieza por pieza, todo cuanto poseyera. De la última joya, la que conservara por más tiempo (herencia de la familia), se había desprendido cierta madrugada, hacía unos diez años (más o menos, pues Madame Claudette hace mucho que dejó de contar meses y años), cuando, ya en la decadencia, ejercía en la calle San Miguel *miché* barato. Vadinho, cofrade insensato pero galante, le había ofrecido montones de dinero y se llevó el collar azul-turquesa.

En ese instante, allí, ante la mesa de la ruleta, en el momento exacto de hacer juego, al girar la última bola, Madame Claudette, sin fichas, sin un vintén, y sin esperanzas, se acordó de Vadinho. Con ganancias o pérdidas, en noche de suerte o de mala sombra, jamás dejara él de ofrecerle por lo menos una ficha de diez *tostóes* y un palpito. En una ocasión él casi hizo saltar la banca en el Casino Tabaris, saliendo con los bolsillos abarrotados de dinero y yendo a festejarlo con una panda de amigos, en un itinerario de copas, de lugar en lugar. En cada uno de ellos, al llegar, distribuía, como un rey de cuentos de hadas, billetes de cinco y diez mil- réis, y algunos de veinte y cincuenta. Fue un delirio, las atorrantas lo llevaban en andas.

Si Vadinho viviese, si estuviera allí, al menos le daría una ficha, asegurándole el bife con frijoles y el paquete de cigarrillos, y además lo haría con aquella traviesa sonrisa suya, con su insolente gracia, mientras decía: «A su disposición, Madame, a su servicio.» Madame respondía: «Merci, mon chou», y se iba a jugar. Pero, ¡ah!, había

muerto joven, en un carnaval, si no le fallaba su borrosa memoria.

Sucedió exactamente en el momento en que lo recordaba, justamente entonces: Chastinet, el croupier perfecto, iba a recoger y pagar la última bola, con las manos llenas de fichas - de cien, de doscientos, de quinientos: las de quinientos eran grandes, de madreperla, una belleza- , cuando sintió algo, una angustia, como si le atravesaran el cuerpo. Soltó un grito ronco y breve, le cayeron los brazos abriéndosele las manos y las fichas rodaron por la alfombra.

Los malandras se precipitaron rápidamente y hubo una confusión de hombres y mujeres agachándose y disputando. Sólo Madame Claudette, de puro confundida y desesperada, no tuvo fuerzas para entrar en el remolino y se quedó quieta hasta que Chastinet, ya repuesto, se arrodilló para recoger lo que quedaba. También Granuzo, jefe de sala, venía corriendo para salvar lo que se pudiese. Sobraron fichas para todos menos para ella, atónita.

De pronto, Madame Claudette sintió que una mano le ponía en el flácido pecho una de las grandes, de las de quinientos, de las de madreperla, dinero de sobra para pagar el cuarto y garantizarle una quincena de almuerzos.

«A su disposición, Madame, a su servicio», le pareció que decía una voz como aquella otra, llena de astucia y picardía. «Merci, mon chou», respondió ella, siguiendo la antigua costumbre. Tomó el camino de la caja para realizar su fortuna, pues era demasiado vieja y curtida para buscar una explicación al misterio. Probablemente alguno de los jugadores, con generosidad y rapidez, le había puesto en el escote una de aquellas fichas robadas. «Merci, mon vieux...», fuera quien fuese.

2

Doña Flor despertó sobresaltada. El doctor Teodoro ya se había bañado y afeitado y comenzaba a vestirse.

- Dormí demasiado...

- Es natural, querida, debes estar muerta de cansancio. No

es un juego preparar una francachela como la de anoche y además recibir y atender a la gente... Necesitas descansar. ¿Por qué no te quedas en cama? La empleada preparará todo...

- ¿En cama? Si no estoy enferma...

Y se levantó, arreglándose a toda prisa: todas las mañanas desayunaban juntos, y a toda costa quería ser ella quien pusiese el *cuscuz* a calentar; sólo ella sabía preparar la masa al gusto del marido, leve y esponjosa. Para conseguirlo le ponía una pizca de tapioca en polvo.

Estaba cansada, sí, pero no por la fiesta; tenía el cansancio de una noche de insomnio, el oído alerta, como en otros tiempos, esperando los pasos conocidos en la calle, a altas horas. Además de otra inquietud: ¿había notado Teodoro, por casualidad, alguna diferencia en ella cuando se celebró el festejo principal con que cerraron las brillantes conmemoraciones del aniversario? No era miércoles ni sábado, pero doña Flor tenía puesto el camisón nupcial y el doctor dijo:

- ¡Qué recuerdo más gentil, querida! Hay ocasiones que se imponen, perdóname si hoy abuso sin hacer caso al calendario...

Él era siempre así, tan prudente y delicado, ¿qué mujer no quedaría cautiva de su educación? Aceptó doña Flor, pero con los sentimientos en desorden. Sus labios dolidos, la boca hecha una brasa, la lengua un fuego, conservaban el gusto picante de Vadinho, su ardiente sabor; y el beso con que el doctor, invariablemente, daba principio a sus transportes, le supo a fofo e insípido.

Llena de confusión, se perdió en el camino, rompiéndose la coordinación justa y perfecta que los unía en el placer, casto pero impetuoso. En su turbación, no pudo acompañar al marido paso a paso como de costumbre, y allá se fue él primero, mientras que doña Flor, en el bis (pues hubo bis), consiguió liberarse de la prisión de sus tensos nervios. Jamás se había dado así, con tanto desacierto, casi repitiendo los errores de la noche de Paripé. Por suerte, aunque él la hubiese notado extraña y esquiva, seguramente atribuyó el desencuentro y el comportamiento a la fatiga, al ajetreo de la fiesta de cumpleaños.

De mañanita, cuando la primera luz, todavía confundida

con la noche, comenzaba a extenderse por las paredes, doña Flor oyó unos pasos a lo lejos, y sólo entonces se quedó dormida, con un sueño pesado, como si hubiera tomado estupefacientes.

Ahora se ponía las chinelas, la bata floreada sobre el camión, se pasaba el peine por el pelo y se encaminaba a la cocina. Pero al llegar a la sala descubrió al perverso, tendido sobre el diván, en toda su impúdica desnudez. Tenía que despertarlo sin falta antes de condimentar el *cuscuz* (desde la cocina llegaba el suave aroma del café, que el ama estaba colando). Doña Flor tocó el hombro de Vadinho y él abrió un ojo, rezongando:

- Déjame dormir, acabo de llegar...
- No puedes dormir aquí, en la sala...
- ¿Qué tiene de particular?
- Ya te dije, me turbas...

Él hizo un gesto de impaciencia:

- ¿Y yo qué tengo que ver...? Déjame en paz. .
- Ya comienzas con tus modales de bruto... Por favor, Vadinho...

Él volvió a abrir los ojos y sonrió perezosamente:

- Está bien, boba. Voy al dormitorio... ¿Ya salió mi colega?
- ¿Colega?
- Tu doctor... ¿No nos hemos casado contigo los dos, no somos tus maridos? Colegas de concha, mi bien... - Y la miraba con complicidad e impudor.
- ¡Vadinho! No te admito esas groserías...

Había alzado la voz, y de la cocina se oyó a la empleada:

- ¿Me hablaba, doña Flor?
- Decía que ya voy a hacer el *cuscuz*...
- No se enfurruñe, mi bien... - dijo Vadinho levantándose. Tendió la mano para agarrarla..., ioh, qué desnudez más indecente!..., pero ella huyó.
- No tienes juicio...

Los dos hombres se cruzaron en el comedor, y, viéndolos pasar, uno que salía, otro que entraba, doña Flor sintió ternura por ellos, tan diferentes, pero ambos maridos suyos ante la iglesia y el juez. «Los dos colegas», se acordó riéndose de la graciosa picardía. En seguida se contuvo: «Dios mío, me estoy volviendo de un cinismo que ni Vadinho.» Además, el cínico le estaba haciendo una

guiñada de entendimiento mientras sacaba la lengua en dirección al doctor, haciendo con la mano un gesto pornográfico. Doña Flor se disgustó.

No, eso no estaba bien, y ella no podía tolerar esas indecencias, esas bromas sucias, esas maneras de granuja, esas groserías y abusos. Ya era tiempo de que Vadinho aprendiese a comportarse en una casa respetable.

El doctor, afeitado al ras, de chaleco y chaqueta, reluciente, le decía:

- Hoy estamos un tanto atrasados, querida...

- Dios mío, el *cuscuz* - exclamó doña Flor corriendo hacia la cocina.

3

Al finalizar la clase del turno de la mañana, cuando las alumnas estaban echando a suertes para ver quién se llevaría la compotera de *baba- de- moca* para su casa, doña Flor sintió su presencia ya antes de verlo.

Aún no se había acostumbrado al hecho de que sólo era visible para ella, y, al encontrarlo junto a la mesa, exhibiéndose completamente desnudo, se estremeció. Pero como las alumnas no reaccionaban ante el escándalo, recordó su privilegio: para los demás, su primer marido era invisible. Mejor así.

Las alumnas continuaron riendo y bromeando como si entre ellas no estuviese un hombre desnudo en pelo, que las estudiaba de arriba abajo con ojo clínico, demorándose en las más bonitas, el abusador. Ahí estaba otra vez perturbando las clases, metiéndose con las alumnas igual que antes. A propósito, Vadinho le debía ciertas explicaciones, la rendición de algunas viejas cuentas atrasadas: lo de aquella pérfida Inés Vasques dos Santos, la esquelética.

Muy suelto de cuerpo, a sus anchas, con paso ligero, casi un paso de danza, dio tres vueltas en torno a la exuberante Zulmira Simões Fagundes, criolla augusta, de opíparas caderas, de sueltos, independientes senos de bronce (por lo menos lo parecían), secretaria privada del poderoso

magnate señor Pelancchi Moulas, muy privada al decir de la gente.

Habiendo aprobado sus ancas con preferencia y alabanza, Vadinho quiso poner en claro de una vez por todas el enigma de los senos: ¿serían realmente de bronce o solamente de una extraordinaria firmeza? Para salir de dudas se elevó en el aire, los pies hacia arriba, la cabeza hacia abajo y escudriñó en el descote de la princesa de la nación *nagó*.

Doña Flor se quedó muda, aterrada: todavía no lo había visto nunca en vilo, tan a su arbitrio en el aire como en tierra firme, manteniéndose en él del modo que mejor le conviniese: vertical o extendido horizontalmente, inclinado o de cabeza para abajo, como en aquel momento estaba, espionando los pechos de la soberbia moza.

A las alumnas no les era dado verlo, es cierto, pero algo debían sentir en la atmósfera, pues estaban nerviosas en demasía, riéndose y hablando sin ton ni son, con una especie de presentimiento. Doña Flor se fue poniendo furiosa, Vadinho estaba sobrepasando todos los límites.

Y realmente los sobrepasó cuando, no satisfecho con escudriñar, metió la mano escote abajo para averiguar, definitivamente, de qué materia prima estaban hechas aquellas divinas creaciones: ¿eran de carne y sangre, o eran un milagro?

- ¡Ay! - gimió Zulmira- , me están tocando... Doña Flor perdió la cabeza ante tanta canallada y explotó, gritando:

- ¡Vadinho!

- ¿Quien? ¿Qué ¿Cómo? ¿Qué le pasa? ¿Qué fue? - Atontadas, excitadas, las alumnas rodeaban a la compañera y a la profesora- . ¿Qué fue lo que dijo, doña Flor? ¿Y usted, Zulmira?

Zulmira explicó, suspirando mimosamente:

- Sentí que algo me tocaba y palpaba el seno..

- ¿Le duele?

- No... Fue más bien agradable...

Doña Flor se repuso con esfuerzo... Vadinho había desaparecido al oír su indignada exclamación.

Al atardecer, Vadinho le insistió dos o tres veces, con tono zumbón, sonriendo burlonamente:

- Vamos a ver quién puede más, mi santa... Tú con tu doctor y tu orgullo, o yo...

- ¿Tú con qué?

- Yo, con mi amor...

Era un desafío, y doña Flor, fortalecida por la promesa que él le hiciera poco antes (no la tomaría por la fuerza, sólo a las buenas, con su consentimiento), se apuró a aceptarlo, dispuesta a correr el riesgo, pues para eso poseía un carácter íntegro y un ánimo valeroso. «Quien atravesó, arrogante mío, sin quemarse el infierno de la viudez, no le tiene miedo a fantasmas ni a seductores»:

- Pongo mi honestidad por encima de todo... Vadinho se echó a reír:

- Estás hablando lo mismito que el doctor, mi bien. De un modo estrambótico, muy engolada, pareces un profesor... Ahora le tocó a ella reír:

- Soy profesora, ya lo era antes de conocerlo a él y de conocerte a ti. Y por más señas una profesora muy cotizada...

- Profesora de manjares y de presunción...

- ¿Crees de verdad que me volví presuntuosa? ¿Que cambié?

- Tú nunca vas a cambiar, mi bien. Tu única presunción es tu honra. Pero ya la gocé una vez y la voy a gozar otra... Por más profesora que seas, mi bien, en el yogar eres mi alumna. Y yo vine aquí para acabar de formarte...

Siguiendo el juego, entre risas y bromas, tiernamente, se quedaron conversando hasta la hora del almuerzo. Doña Flor, llena de aires y de jactancia: jamás lograría doblar Vadinho su voluntad de mujer honesta y vencer su virtud de casada. La otra vez era una adolescente cohibida, no supo regular las emociones del primer amor y allá se le fue la honra, en la brisa del Itapoá. Pero ahora era una mujer experimentada en el dolor y en la alegría y conocía el precio y el significado de cada cosa. Vadinho se iba a cansar de esperar.

Mas él no creía que la resistencia de ella fuese invencible:

- Vas a entregármelo cuando menos lo esperes... Como la otra vez..., ¿y sabes por qué?

- ¿Por qué?

Arrogante, insolente, él contestó:

- Porque te gusto y porque en el fondo, allá muy en el fondo, donde ni tú misma puedes ver, estás loquita de ganas de entregarte a mí...

Vadinho estaba lleno de ardides y de compadraditas. Doña Flor, firme en su decencia fundamental, le respondió:

- Esta vez vas a perder... el tiempo y la serenata...

Fue un atardecer sereno y lleno de encanto, a pesar de sus comienzos difíciles y desagradables. Cuando, después de las clases vespertinas, doña Flor salió del baño y se estaba perfumando y peinando ante el espejo, semidesnuda, con sólo el sostén y la bombacha, sintió un murmullo de aprobación que procedía de alguna parte del aposento. Sin embargo, antes de entrar y de salir del baño, había revisado el cuarto, comprobando la ausencia de cualquiera de sus dos maridos: el doctor estaba todavía en la farmacia y Vadinho no volvió a aparecer desde el escándalo del primer turno. Pues bien: allí estaba el tinoso, sobre el ropero, balanceando las piernas. Borroso en la penumbra, parecía hecho de la misma madera que el ángel colocado en el corredor de la iglesia de Santa Tereza. Su mirada caía sobre los hombros de doña Flor, tan libidinosamente, que su gula parecía que iba a resbalar como un aceite sobre ella, sobre su cuerpo húmedo. ¡Dios mío!, exclamó doña Flor, tomando la bata para vestirse a todo lo que daba.

- ¿Y eso por qué, mi bien? ¿Es que yo no te conozco, toda, todita entera? ¿Hay alguna parte que no te haya besado? ¿Qué tontera es ésa?.., ¡qué estupidez...!

Con un salto de bailarín - ¡qué ligereza de movimientos!- su cuerpo desnudo atravesó la luz y la sombra y vino a aterrizar con elegancia sobre la cama de hierro, sobre el nuevo colchón de resorte:

- Hijita, este nuevo colchón es una nube, es más que bueno... Mi enhorabuena...

Y se estiró con indolencia. Un rayo de luz destacaba la sonrisa satisfecha en su rostro sensual y tentador. Doña Flor, en la sombra, lo contemplaba.

- Ven aquí, Flor, ven a acostarte conmigo, vamos a yogar

un poquito. Acuéstate aquí, vamos a rodar en este colchón fabuloso...

Todavía con rabia por lo acontecido con las alumnas - por aquel despropósito de Vadinho metiéndole mano a los senos de Zulmira, y a la apestada le gustó, pues aun sin percibir al sinvergüenza, se derretía toda, en desmayado ademán- , doña Flor reaccionó con brusquedad:

- ¿Te parece poco lo que hiciste? Y no contento con eso ¿todavía vienes a esconderte para espiarme? En todo este tiempo no has mejorado tu modo de conducirte, podías haber aprovechado...

- No te pongas así, mi bien... Acuéstate aquí, juntito a mí.

- ¿Aún tienes coraje para pedirme que me acueste contigo? ¿Qué es lo que piensas de mí? ¿Que no tengo honra ni carácter? Vadinho no quería discutir:

- Mi bien, ¿por qué ese enojo? No hice nada exagerado... Sólo dejé que los ojos se regalaran en la anatomía de la moza... Nada más que por curiosidad, para saber cómo están hechos esos caprichos de Pleancchi Moulas. Dicen que él mama en esos pechos... - Se rió y después dijo en voz baja- : Venga, mi bien, siéntese aquí junto a su maridito, ya que no quiere acostarse, ya que tiene miedo. Siéntese, para hablar dos palabras..., ¿no fuiste tú misma quien dijo que necesitabas hablar?

- Si me siento vas a querer tomarme por la fuerza...

- ¡Ah, si yo pudiese!..., ¿así que crees que si yo pudiera tomarte por la fuerza, sin tu consentimiento, estaría aquí adulándote, perdiendo el tiempo? Por la fuerza, mi bien, jamás te voy a poseer: toma nota de eso, que es palabra de Vadinho...

- ¿Tienes prohibido forzarme?

- ¿Prohibido? ¿Y por quién? No hay Dios ni diablo que me prohíba nada. ¿No lo sabes tú? ¿Acaso no has vivido conmigo siete años?.. ¿Y todavía no me conoces?

- ¿Y por qué, entonces?

- ¿Alguna vez te tomé a la fuerza? Dime.. una sola...

- Nunca...

- ¿Y entonces? Yo mismo me lo prohibí, nunca necesité forzar a una mujer, y una vez que Mirandáo quiso apoderarse de una negrita por las malas, en el arsenal de la União, yo no lo dejé... Este fulano, querida, sólo toma lo que le dan y

cuando se lo dan de buen grado, de corazón... A la fuerza, ¿qué gusto puede haber que no sea malo?

La contempló largamente, volviendo a sonreír.

- Tú vas a dárteme, Florcita linda, y yo estoy loco porque llegue pronto la hora de gozar tu peladita... Pero eres tú misma quien te me vas a dar, quien va a abrir las piernas, pues yo sólo quiero cuando tú también quieres. No te quiero con gusto a odio, mi bien.

Ella sabía que ésa era la pura verdad: el orgullo crecía en el pecho del (primer) marido como una aureola, como un resplandor. No precisamente de santo, sino de hombre, de hombre macho y derecho. Entonces doña Flor se sentó al borde del lecho; Vadinho, tendido junto a ella, la miraba. Sintió relajarse sus nervios y se abandonó, desarmada frente a él. Apenas se sentó y ya la mano del bandido le descendía por la cintura al ánfora del vientre. Se levantó indignada:

- Verdaderamente, no tienes arreglo... Me hiciste creer que hablabas de corazón, que eras un hombre de palabra. Pero en seguida te desmientes, y comienzas a meter mano...

- ¿Y acaso te estoy obligando, tomándote a la fuerza? ¿Sólo porque puse la mano en tu ombligo? Siéntate aquí y escucha, mi bien: no te voy a forzar, pero eso no quiere decir que no haga todo, todo, que no use todos los recursos para que tú te me des por tu propia voluntad. Siempre que te pueda tocar te voy a tocar, cuando pueda darte un beso te lo voy a dar. No te engaño, Flor mía, voy a hacer todo, todo, y a prisa, porque estoy loco por comerte todita, vine muerto de hambre.

Era un reto: su honra de mujer honesta contra la fascinación de Vadinho y su labia, su jactancia y su picardía.

- No te engaño, Flor, te voy a envolver, y cuando ese doctor tuyo menos se lo piense tendrá una corona de cuernos en la cabeza. Además, mi bien, con esa cabezota y alto como es, va a quedar lindo, va a ser un pedestal de la mejor calidad para la cornamenta.

¿La desafiaba? Pues muy bien, mi señor primer marido y garañón de fama en las casas de cita y en la zona, sutil seductor de solteras y casadas, el menda, el bigardo: por más astuto que seas no vas a gozar otra vez mi peladita. Con toda tu astucia, con toda tu labia, con tu prosopopeya

entera, mi bigardo, no me dejaré vencer ni burlar: soy una mujer honesta, no voy a manchar mi nombre ni el de mi marido. Acepto el desafío.

Luego de reflexionar de ese modo, tomó una decisión y volvió a sentarse al borde del colchón:

- No hables así, Vadinho, es feo... Respeta a mi marido..., no digas esas palabras, vamos a hablar de cosas serias. Si yo te llamé, como tú dices, fue para conversar contigo. No era con mala intención. ¿Por qué tienes una idea tan baja de mí?

- ¿Yo? ¿Cuándo pensé mal de ti?

- Fui tu mujer durante siete años..., tú andabas suelto por la calle... y no sólo en el juego. Vivías en la cama de todas las mujeres perdidas de Bahía, te metiste con muchachas y con mujeres casadas, unas tipas todavía peores que las de la vida... Y ya que hablamos de esas estúpidas, acabo de descubrir que anduviste liado con Inés, una tísica que iba a la escuela hace ya mucho tiempo...

- ¿Inés? ¿Flacucha? - Buscó el nombre y la figura en su memoria excelente, de sablista, y allí encontró a la esbelta Inés Vas-ques dos Santos, con su hocico y su apetito voraz- . ¿Eso? Puros huesos y pellejo. Nada importante, no te preocupes por eso, mi bien. Un pasatiempo y de los peores. Además, hace tanto que sucedió..., ¿por qué sacas a relucir eso, un asunto tan viejo, algo ya pasado?

- Asunto viejo, algo ya pasado, pero yo no lo supe hasta el otro día... ¿Te imaginas qué vergüenza, Vadinho? Tú muerto y enterrado, yo casada de nuevo, y tus fechorías persiguiéndote todavía... Por eso y por otras cosas iguales es por lo que te llamé, porque todavía tenemos cuentas que ajustar. No te llamé para lo que tú piensas...

- Pero, mi bien, fuera para lo que fuese me llamaste, y ya que estoy aquí, ¿qué mal hay en que yoguemos un minutito? Aprovechemos y démosle gusto al cuerpo. Tú andas algo necesitada; yo, ni digamos...

- Tú debías conocerme, saber que no soy mujer capaz de engañar a su marido. Durante siete años me hiciste toda clase de diabluras, me engañaste de todas las maneras. Todo el mundo lo sabe y se comenta hasta en la calle...

- ¿Y tú haces caso a esa porquería de alcahuetas?

- Tú me engañaste y no poco, fue algo serio... Si yo fuese

otra te hubiera largado, o te hubiera llenado de cuernos y de vergüenza. ¿Hice eso? No, aguanté firme porque soy una mujer recta, Vadinho, gracias a Dios. Nunca miré a ningún hombre mientras tú vivías...

- Lo sé, mi bien...

- Y sabiéndolo, ¿cómo quieres que engañe a Teodoro, que es tan marido mío como tú, y un hombre serio que nunca me traicionó con otra? Nunca, Vadinho, nunca. Una vez, hasta... - Pero se contuvo.

- ¿Hasta qué, mi bien? - le pidió él con voz muy suave- , cuenta el resto...

- Pues hubo muchas mujeres que andaban tras él, y él ni medio...

- ¿Fueron verdaderamente tantas? No exageres, mi bien, sólo una, y era Magnolia, la zorra mayor de Bahía, y él hizo un papelón. En dónde se vio que un nombre grande, doctor y todo, se portase como un chico virgen, sintiera miedo de una mujer..., sólo le faltó pedir socorro. Una vergüenza..., ¿sabes cómo le llaman después de ese fiasco? Doctor Lavativa, mi bien...

- Vadinho, no sigas... Si quieres conversar seriamente, muy bien, pero venir aquí para burlarte de mi marido, eso no... Has de saber que me gusta mucho, que sé apreciar el trato que me da y nunca voy a manchar su nombre...

- Fuiste tú quien sacó la conversación, palomita mía. Pero di la verdad..., ¿quién te gusta más? No mientas... ¿Yo o él?...

Puso la cabeza en el regazo de doña Flor y ella le acarició los cabellos. Meditabunda, no respondió a la comprometedor pregunta.

- Nunca lo voy a engañar, Vadinho, él no lo merece...

Vadinho respondió aliviado, sonriendo inocentemente, como una criatura. Ella le acariciaba el pelo, una mata de pelos rubios, una dulce tibieza. Lo que él le decía ahora no era ya una pregunta, era una afirmación:

- A ti te gusto más yo, mi bien... Estoy seguro.

- Él sólo merece que le dé amor...

La mano de doña Flor se detuvo en la cicatriz del navajazo: le gustaba sentir el recuerdo de esa pelea, ocurrida antes de haberse conocido, el tajo ancho y hondo, ganado en una riña de adolescentes, inmediatamente después de haberse

fugado del colegio. ¡Qué Vadinho más fanfarrón y granuja!
¡Y tan buen mozo!

La dulzura de la tarde entraba en el cuarto en penumbra, con una brisa imperceptible.

- Mi bien - dijo él- , yo tenía una nostalgia tan loca de ti, tan grande, que pesaba en mi pecho como una tonelada de tierra. Hace tiempo que quería venir, desde que me llamaste por primera vez. Pero tú me habías atado con el *mokan* que te dio Didí y hasta ahora no pude librarme de él y venir... Porque sólo ahora me llamaste de veras, con ganas, necesitándome verdaderamente...

- Yo también tuve nostalgia todo el tiempo... De nada sirvió que tú fueras malo, Vadinho, casi me muero cuando tú falleciste...

Doña Flor sentía dentro de ella algo así como ganas de reír, o de llorar, da lo mismo, pero en sordina, muy bajito. Era tan suave la caricia de la mano de Vadinho en su brazo, en su cuello, en su cara, mientras la cabeza de él descansaba en su regazo, moviéndose en busca de una posición más cómoda, sintiendo en los muslos su peso y su calor, adormeciéndola. Linda cabeza de cabellos rubios. Doña Flor fue bajando el rostro poco a poco. Vadinho alzó el suyo, y, de repente, le dio un beso y no por la fuerza.

Desprendióse doña Flor del beso y de los brazos en los que ya se sentía desfallecer.

- ¡Dios mío! ¡Ay! ¡Dios mío!...

No era un desafío cualquiera. No podía permitirse un solo minuto de abandono, ni el menor descuido, si no quería que el tinoso la embaucase.

Silbando, muy campante, con una sonrisa burlona, Vadinho se levantó y comenzó a revolver los cajones del armario. Acaso de puro curioso, o, ¿quién sabe?, para dejar que doña Flor buscara por el cuarto, sin sentirse coartada, los restos de su fuerza de voluntad, de su proclamada resolución.

Cuando llegó el doctor a la hora de la cena, doña Flor ya se

había reintegrado totalmente a su innata decencia, fortaleciendo aún más su decisión de conservarse digna del marido, preservando su limpio nombre y su fama, y defendiendo la limpidez de su frente, en la que refulgían las ideas y bullían los conocimientos. «Jamás deshonraré el nombre que me ofreciste, ni pondré cuernos en tu testa, Teodoro: antes prefiero morir.»

Lo importante era no facilitarle las cosas, no darle oportunidades, no permitir que el muy astuto conmoviera sus sentidos, obteniendo la complicidad de la materia vil y despreciable, materia capaz - como le enseñara la propaganda de yoga en los tiempos hambrientos de la viudez- de traicionar sus sentimientos impolutos y comprometer su honor. Si Vadinho pretendía seguir viéndola tenía que contenerse en los límites del decoro, de las relaciones platónicas, pues no podía haber otras entre ella y su anterior marido.

No ocultaba doña Flor - ni siquiera intentaba hacerlo- su ternura por el ex finado, su primero y gran amor. Él fue quien la despertó a la vida, convirtiendo a la mocita alocada de la Ladeira do Alvo en una hoguera de altas llamaradas, y enseñándole la alegría y el sufrimiento. Sentía por él una honda ternura, una emoción, un no sé qué, una mezcla de lo bueno y lo malo, era un sentimiento difícil de precisar y ella misma no podía explicarlo.

Estaba contenta, feliz de ver al malvado, de hablar con él, celebrar sus salidas, y reírse con sus locuras; feliz, incluso, con los ayes de su corazón, nuevamente esperándolo ansiosamente en la noche inacabable, atenta a sus pasos en el silencio de la calle, insomne; con él en las buenas y en las malas, como antes. Pero ahora, todo eso no iba más allá de una amistad amorosa, sin otras implicaciones, sin mayores compromisos, sin indecencias de cama. La cama, ¡ah!, ¡he ahí el peligro! Suelo lleno de trampas, territorio de derrotas.

Ahora, casada de nuevo, feliz con el segundo esposo, sólo podía mantener con el primero relaciones castas, como si aquella impúdica y desmedida pasión de su mocedad se hubiera convertido, con la muerte de Vadinho, en una púdica turbación de románticos enamorados, despojada de la violencia de la carne para ser puro espíritu inmaterial (lo

que además se imponía por ésas y por todas las otras razones). La cama y el gozo del cuerpo, sólo con el segundo, con el doctor Teodoro, los miércoles y los sábados, con bis y dulce afecto. A Vadinho bastaba con darle el tiempo que debía dedicar a dormir, único tiempo vacío en medio de tanta felicidad, o quizá, de tanta felicidad sobrante... Si Vadinho estuviera de acuerdo en encarar así la situación, y respetara el convenio, muy bien: ese platónico sentimiento lleno de dulzura y la presencia discreta y alegre del muchacho serían la gracia y el perfume en la vida de doña Flor, tan ordenadamente dispuesta, compensando cierta monotonía insulsa que al parecer es parte integrante de la felicidad. Mirandáo, filósofo y moralista (como hartamente se comprobó aquí), manifestó cierta vez en su castizo dialecto bahiano:

- La felicidad es bastante jodida, aplastadora: en resumen, un aburrimiento...

Pero si Vadinho no quería mantenerse en esos límites, doña Flor no lo vería más, rompiendo de una vez por todas esas relaciones, borrando esos sentimientos, incluso ese afecto espiritual tan inocente que no llegaba a ser pecado, ni tampoco una desconsideración, una amenaza a la relumbrante testa de su íntegro y respetado esposo.

Tranquilizada con estas meditaciones, fuerte el ánimo y habiendo saboreado una pastilla de menta para quitarse de la boca el gusto a pimienta y miel que le dejara aquel beso impúdico, doña Flor recibió al doctor Teodoro con la misma afectuosa mansedumbre, con el mismo tierno ósculo de todas las tardes, haciéndose cargo de la chaqueta y el chaleco y trayéndole el fresco saco del pijama. El doctor, para cenar, para sus estudios en el escritorio y para sus ensayos de fagot, vestía el saco del pijama sobre la camisa y la corbata, poniéndose cómodo.

Durante la comida, doña Flor notó en la voz y en los modales del esposo una gravedad mayor de la acostumbrada, al borde de la solemnidad. El boticario, como se sabe, ya era muy formal de suyo. Pero esa tarde, su rostro impenetrable, su silencio, su modo de comer sin prestarle atención, revelaban preocupación e inquietud. Doña Flor observó al marido mientras le pasaba la fuente del arroz y le servía el lomo relleno (con *farofa* de huevos,

longaniza y pimentón). El doctor debía tener algún problema serio, sin duda, y doña Flor, esposa buena y solidaria, se inquietó de inmediato ella también.

Cuando llegó el café (acompañado de bollos de tapioca, un maná del cielo), el doctor Teodoro dijo al fin, y eso con cierta reticencia:

- Querida, deseo conversar contigo sobre un asunto muy importante, de interés para los dos...

- Dilo pronto, querido...

Pero él tardaba, cohibido, buscando las palabras. ¿Qué asunto sería ése, se preguntaba doña Flor, tan difícil que hacia que el doctor se sintiera tan inseguro? Preocupada por la inquietud del marido, se había olvidado totalmente de sus propios problemas, los de su doble matrimonio.

- ¿Qué es, Teodoro?

Él se quedó mirándola, tosió y le dijo:

- Deseo que hagas lo que quieras, que decidas lo que mejor te parezca, lo que creas más conveniente...

- Pero ¿qué es, Dios mío? Habla de una vez, Teodoro...

- Se trata de la casa... Está en venta...

- ¿Qué casa? ¿Esta en que vivimos?

- Sí. Tú sabes que yo había juntado dinero para comprarla, como era tu deseo. Pero cuando ya íbamos a cerrar el negocio, cuando todo estaba arreglado...

- Ya sé, la farmacia...

- ...surgió la oportunidad de adquirir una parte más de la farmacia, exactamente la que me daba la mayoría, garantizándome la propiedad de la Científica... Yo no podía dudarla...

- Hiciste muy bien, obraste con acierto... ¿Qué te dije entonces? «La casa queda para después.» ¿No fue así?

- Lo que ahora sucede, querida mía, es que la casa está en venta y por una suma ridícula. .

- ¿En venta? Pero si teníamos la opción...

- Sí, teníamos...

Dio detalles del asunto: el propietario se metió a explotar una hacienda en Conquista y comenzó a criar ganado, enterrando cantidades de dinero en el cebú. ¿Sabía doña Flor lo que era «la carrera del cebú»? ¿Había oído hablar? Pues bien, en esa carrera se había ido también la soñada casa propia. El propietario la ponía en venta por una ínfima

cantidad. En cuanto a la opción, según él, debiera corresponderle a la antigua inquilina, pero doña Flor había perdido todo derecho a invocarla cuando desistió de comprarla después de estar casi cerrado el trato, en la fase de los documentos. El dueño no podía quedarse a esperar a que el doctor Teodoro terminase de apoderarse de todas las cuotas de los herederos de la farmacia, antes de decidirse a comprar la casa. Tenía la intención de venderla de inmediato. ¿Para qué servía un inmueble alquilado por una cantidad ridícula en el que los Madureiras vivían gratis? El buen negocio era criar el fuerte ganado cebú, por cuyo kilo de carne daban un dineral. No pudiendo abandonar la hacienda, encargó la venta de la casa al Departamento Inmobiliario del banco del amigo Celestino. Y con seguridad no faltarían candidatos, ante el estimulante precio fijado. ¿Cómo sabía el doctor Teodoro todo aquello? Muy simple: Celestino se lo había dicho, en su despacho, en la casa central del banco. Citó al farmacéutico por teléfono: «deje esas drogas y venga aquí, urgente»; le expuso la situación y luego le preguntó: ¿por qué no hacía un esfuerzo y compraba la casa? Era un negocio redondo, imposible una transacción mejor, el loco ofrecía el inmueble prácticamente por nada - lo necesario para un lote de terneros- , embarcado como estaba en la aventura del cebú.

- Cuando el cebú deje de correr en el mercado, maestro Teodoro, se va a fundir mucha gente buena... De aquí del banco no sale ni un vintén para esa especulación... Compre la casa, caro mío, no discuta.

Tenía razón el portugués en lo que decía sobre la casa y el cebú..., también el doctor desconfiaba de aquella locura por los terneros, vacas y toros. Pero ¿de dónde iba a sacar el capital si todavía hacía poco que pusiera todos sus ahorros en la adquisición de la cuota de la farmacia, más dinero pedido al banco, que le prestara el mismo Celestino, con documentos de vencimiento riguroso?

El banquero observaba al boticario, un tipo honesto, lleno de escrúpulos, incapaz de estafar a nadie. No era hombre que corriese el riesgo de una operación bancaria sin la absoluta certeza de que podía responder... El doctor Teodoro no jugaba nunca. Celestino se sonrió: ¡qué

sorprendente era la vida! La apacible doña Flor, con su tímida presencia y sus insuperables condimentos, se había casado con los dos hombres más opuestos, el uno lo contrario del otro. Se imaginó a sí mismo ofreciendo dinero prestado a Vadinho como ahora lo hacía al boticario. Las nerviosas manos del muchacho hubieran tomado la pluma y firmado cuanto papel se le pusiera delante con tal de que las firmas le dieran unos cuantos mil- réis para la ruleta.

- Reúna algún dinero y yo le consigo el resto sobre una hipoteca de la misma casa. Vea...

Tomó el lápiz e hizo cuentas. Si el doctor conseguía unos pocos *contos*, no tenía que preocuparse por el resto: la hipoteca sería a largo plazo, a bajo interés, con todas las facilidades. Lo que el portugués le proponía era un negocio como se hacen entre padre e hijo: Celestino conocía a doña Flor desde su primer casamiento, había comido en su casa, le tenía estimación. Igualmente estimaba al doctor Teodoro, hombre de bien, de carácter recto. En su alocución se cuidó de citar a Vadinho, en deferencia al segundo esposo y porque el granuja estaba muerto. Pero en ese instante recordaba su perfil y su picardía, y el recuerdo lo hacía sonreír con complacencia y dilatar otros seis meses los plazos de la hipoteca.

- Le agradezco su oferta. No olvidaré su generosidad, mi noble amigo, pero en este momento no dispongo en absoluto del dinero necesario para completar el capital. Ni tengo tampoco a quién pedírselo. Es una gran pena, porque Florípides tenía muchas ganas de adquirir la casa. Pero no hay forma...

- Florípides... - murmuró Celestino para sí mismo, «nombre absurdo»- . Dígame una cosa, doctor Teodoro, usted, en su casa, ¿la llama Florípides?

- En la intimidad, no. La llamo Flor, como todos, por lo demás.

- ¡Ah, bueno.. ! - Frenó con un ademán las explicaciones que iba a darle el doctor; su tiempo era un tiempo precioso, de banquero- . Pues, caro mío, según me informaron, doña Flor o doña Florípides, como usted quiera, tiene unos ahorros bastante abultados en la Caja Económica... Más que suficientes para completar, con la hipoteca, lo necesario para la compra de la casa...

El doctor ni se había acordado del dinero de la esposa:

- Pero ese dinero es de ella, jamás lo tocaré, es un dinero sagrado...

Una vez más volvió el banquero a medir de arriba abajo al farmacéutico sentado frente a él: Vadinho le sacaba las monedas a la mujer para ir a jugar, y a veces se las arrancaba a la fuerza, brutalmente. Hasta la pegaba, según le dijeran.

- Hermosos sentimientos, mi doctor, dignos de la cabalgadura que es vuesa merced... - Él portugués pasaba de la mayor finura a la grosería total- . Lo que es usted es un burro, un burro como un compatriota de esos que cargan con un piano y parten piedras en la calle... ¿Quiere decirme para qué sirve el dinero de doña Flor puesto en una libreta en la Caja? Ella deseando tener casa propia y aquí el caballero, por unos escrúpulos de mierda - de mierda, sí señor- , deja pasar una ocasión única. ¿No están casados con comunidad de bienes?

El doctor Teodoro se tragó en seco lo de la cabalgadura, el burro y la mierda. Conocía bien al portugués y le debía demasiados favores.

- No sé cómo hablarle a ella del asunto...

- ¿Qué es lo que no sabe? Pues aproveche la hora de la cama, que es la mejor para discutir negocios con la esposa, caro mío. Yo sólo discuto estos asuntos con la patrona cuando ya estamos los dos acostados y siempre me dio buen resultado. Escuche: le doy veinticuatro horas de plazo. Si mañana a esta misma hora usted no aparece, mando vender la casa a quien dé más... Y ahora, déjeme trabajar...

- Por mi gusto, tú no tocabas ese dinero de la Caja, Flor...

- ¿Y de qué me sirve?

- Para tus gastos... personales...

- ¿Qué gastos, Teodoro, si tú no me dejas pagar nada? Ni siquiera la mesada de mi madre... Tú pagas todo y hasta te enojas cuando yo protesto. En todo este tiempo no hice más que poner dinero en la libreta; sólo hice dos retiros, un poco cada vez, para comprarte dos chucherías. ¿Para qué guardar ese dinero que no es de ninguna utilidad? Únicamente para mi cajón, cuando me muera...

- No digas bobadas, querida... La verdad es que a mí, como

marido, me cabe la obligación...

- ¿Y por qué no voy a tener yo derecho a contribuir a la compra de nuestra casa? ¿O es que tú no me consideras tu compañera para todo? ¿Es que sólo sirvo para arreglar la casa, cuidarte la ropa, hacer la comida e ir contigo a la cama? - doña Flor se excitaba-. ¿Una criada y una mantenida?

Ante tan inesperada explosión el doctor Teodoro se quedó sin palabras, sintiendo como si tuviera una piedra en el pecho, manteniendo en alto el tenedor con el trozo de bollo. Doña Flor, ahora, bajaba la voz, como quejándose:

- A no ser que no me ames, que me desprecies tanto que ni quieras que te ayude a comprar nuestra casa...

Quizá el doctor Teodoro, en todo el tiempo que llevaba casado, no se haya nunca conmovido tanto como en aquella cena. En un repente de tímido, exclamó:

- Tú sabes que te amo, Flor, que tú eres mi vida. ¿Cómo lo dudas? No seas injusta.

Ella, todavía exaltada, proseguía:

- ¿No soy tu mujer, tu esposa? Pues bien, mañana tú no vas al banco, soy yo quien va a ir y cierro el negocio con el señor Celestino...

El doctor Teodoro se levantó, se arrimó a ella y la abrazó estrechamente, apasionadamente. Se sentaron en el sofá, doña Flor sobre sus rodillas, las caras juntas, con una ternura casi sensual.

- Tú eres la más recta, la más seria y la más bonita de las esposas...

- La más bonita, no, Teodoro mío...

Lo miró en sus ojos bondadosos, bañados de felicidad.

- Bonita no... Pero te aseguro, eso sí que te lo aseguro, que soy seria, que soy una mujer recta.

Y habiendo dicho esto buscó con los labios la boca del doctor y la cubrió con la suya en un beso de amor: su buen marido, el único que merecía su ternura y el goce de su cuerpo. La noche entró entera en la sala. En la oscuridad, Vadinho, que contemplaba con inquietud la escena, se pasó la mano por la cabeza, se dio la vuelta y salió a la calle, descontento.

A partir de esa conversación entre doña Flor y el doctor Teodoro, los acontecimientos comenzaron a precipitarse con un ritmo cada vez más acelerado y confuso.

Sucedieron entonces en la ciudad cosas tales que podían asombrar (y asombraron) hasta a las criaturas más familiarizadas con el prodigio y la magia (como la vidente Aspasia, que todas las mañanas - acababa de llegar de Oriente, su verdadero *habitat*- , a las Portas do Carmo, en donde era «la única que empleaba el sistema de la ciencia espiritual en movimientos»; como el célebre médium Josete Marcos («fenómenos de levitación y de ectoplasma»), cuya intimidad con el más allá es de sobra conocida; como el Arcángel Sao Miguel de Carvalho, con su tienda de milagros en el Beco do Calafate; como la doctora Nair Sacá, «diplomada por la Universidad de Júpiter», que curaba cualquier enfermedad con pases magnéticos en la calle de los Quince Misterios; como Madame Deborah, del Mirador de los Afligidos, que detentaba los secretos de los monjes del Tíbet, y estaba en permanente gravidez como resultado del coito espiritual con el Buda Viviente, siendo ella misma una «revelación suprema del futuro», y capaz, con sus dones de adivina, de «prever y garantizar casamientos de fortuna a corto plazo y revelar los números que saldrían premiados en la lotería»; sin hablar de Teobaldo, Príncipe de Bagdad, ya un tanto caduco. Y no sólo se asombraron estas autoridades. El asombro alcanzó incluso a los que más íntimamente tenían tratos con el misterio de Bahía, a aquellos que lo crean, lo preservan y son sus depositarios a través del tiempo: *madre y padres- de- santo, yalorixás y babalorixás, babalaós y iakarés, obás y ogás*. Ni la misma *Mae Senhora*, sentada en su trono en el *Axé do Opó*; ni *Menininha do Gantois*, con su corte en el *Axé lamassé*; ni la tía Massi de la Casa Blanca, del venerado *Axé la Nassó*, ni siquiera ella, con la sabiduría de sus ciento tres años de edad; ni Olga de Yansá, danzando, soberbia y arrogante en su *terreiro* del Alaketu; ni Nézinho de Ewá; ni Simplicia de Oxumaré; ni Sinhá de *Oxóssi, hija- de- santo* del fallecido padre Procopio del Ilé Ogunjá; ni Joáozinho do Caboclo

Pedra Preta; ni Emiliano de Bogum; ni Marieta de Tempo; ni el indio Neive Branco en la Aldeia du Zumino Reanzarro Gangajti, ni Luis de Muricoca: ninguno de ellos pudo controlar la situación y explicarla satisfactoriamente.

Ellos vieron estallar la guerra de los santos en las encrucijadas de los caminos, en las noches de macumba, en los *terreiros* y en la vastedad de los cielos, en *ebós* sin precedentes, despachos nunca vistos, hechizos cargados de muerte, conjuros y brujerías de todas las esquinas. Los *orixás*, hechos una furia, se unieron todos en un solo bando, con todas sus especies y naciones; en el otro bando estaba *Exu*, sólito, amparando al *egun* rebelde, ya que nadie había ofrecido ropas coloridas, ni la sangre de gallos y ovejas, ni un cabrito entero, ni siquiera una *conquém* de Angola. *Exu* estaba revestido con los ropajes del deseo, con los oropeles de la pasión que no muere, y como único sacrificio en su homenaje pedía la risa y la miel de doña Flor. Ni siquiera *Yansá (iepa hei!)*, la que expulsa las almas, la que no teme a los *eguns* y los enfrenta, la que manda en los muertos, la guerrera cuyo grito hace madurar las frutas y destruye los ejércitos, ni siquiera ella, la autoritaria, la temeraria, consiguió imponerse, pues ese *babá* de *Exu* le arrebató el alfanje y el *eruexim*. Todo estaba revirado, todo al revés, era el tiempo de lo contrario, el mediodía durante la noche, el sol entero a la madrugada.

Prosternados, a la hora del *padé*, las *yalorixás* y los *babalorixás*, a partir de cierto momento ya no quisieron intervenir más: correspondía a los encantados llegar a una decisión en el ardor de la batalla. Sólo intervino el *babalaó* Didi, porque era Asobá de Omolu, mago de Ifá, guardián de la casa de *Ossain*, y sobre todo, porque debido a su puesto de *Korikoé Ulukótum* en el terreiro de los *eguns*, en la Amoreira, hubo de intentar otra vez atar con las pajas del *mokan* el *egun* despertado de su sueño por el amor. Lo hizo a pedido de Dionisia de Oxóssi, pero fue en vano, como se verá más adelante. Sin embargo, no puede decirse que Cardoso y S.^a se haya asombrado; no es él un ciudadano capaz de asombrarse, ni tampoco de asustarse y espantarse fácilmente. Pero sufrió un sacudón, iah, sí que lo sufrió!, no se puede ocultar la verdad... y al decir que Cardoso y S.^a se sorprendió, está definitivamente dicho

todo y queda dada la medida del insólito, del absurdo clima de la ciudad. Fue por aquellos días cuando la gente, con rabia y lucidez, atacó la sede del monopolio extranjero de la energía eléctrica, exigió la nacionalización de las minas y del petróleo, puso en fuga a la policía y cantó la *Marsellesa* sin saber francés. Todo comenzó en aquella ocasión. Al principio doña Flor no se dio cuenta de la situación, al contrario de Pelancchi Moulas, cuya sangre calabresa intuyó primero y luego indicó el sentido y dirección de los sucesos la misma noche del *lasquiné*. Unos pocos días bastaron para convencer a Pelancchi. Aterrado - sí, aterrado, ese hombre sin miedo y sin entrañas, ese bandido de la Calabria, ese gángster moderno a la manera de Chicago, ese duro jugador- , mandó a Aurelio, su chófer y hombre de toda su confianza, al *terreiro* de la madre Otávia Kissimbi *yalorixá* de la nación congo, y él mismo fue en busca del filósofo y místico astrólogo Cardoso y S.^a, únicos seres capaces de socorrerlo en tan terrible emergencia, de salvar su reino y su cetro. Sí, reino y cetro, pues Pelancchi Moulas era soberano del más poderoso *trust* de Bahía: rey del juego y del delito, bancaba legalmente la ruleta, la liebre francesa, el bacará, el *lasquiné*, en el Pálace, el Tabaris, el Abaizandinho; en las casas grandes y en las chicas, en las que sus agentes vigilaban con atención los dados y las barajas, los croupiers y jefes de sala, y le traían la diaria y gruesa recaudación de la ronda, el veintiuno y el siete- y- medio. Muy raras casas escapaban a su control, sólo alguna que otra: la de Tres Duques, la de Meningite y el antro de Paranaguá Ventura. Sobre todas las otras extendía sus garras ávidas y ganchudas (y bien tratadas, por una manicura exclusiva, una mulatita procreada por Barreiro - el padre de Tiburcio, el abogado- , un especialista: había modelado treinta y siete mulatas en diferentes madres, cada cual más gallarda y fabulosa). ¿Y qué decir del inmenso imperio ilegal (en apariencia) de la quiniela? Sólo Pelancchi podía bancar en ella con permiso policial, y, si algún inconsciente se atrevía a hacerle la competencia, las celosas autoridades en seguida aplicaban al infame contraventor el máximo rigor de la *dura lex, sed lex*.

No existía en todo el estado de Bahía hombre de más

poder, civil o militar, obispo o *padre- de- santo*. Pelancchi Moulas hacía y deshacía a su antojo.

Administrador, gobernante del más complejo y rico de los imperios, el del juego, al frente de un ejército de subordinados, de maestros de sala, croupiers, fiscales, banqueros, soplones, proxenetas, espías, policías y guardaespaldas, era el Papa de una secta con millares de creyentes sumisos, fanáticos y esclavos. Con sus dádivas sustentaba y enriquecía a ilustres figuras de su administración, la intelectualidad y el orden público, comenzando por el propio jefe de policía. También contribuía para la realización de obras pías y la construcción de iglesias.

A su lado, ¿qué eran el gobernador y el alcalde, los comandantes de tierra y mar - o de submarinos- , el arzobispo con su mitra y su anillo? Ningún poder en la tierra podía amedrentar a Pelancchi Moulas, viejo italiano de cabellos blancos, de risa afable y ojos duros, casi crueles, siempre fumando un eterno cigarrillo en boquilla de marfil y leyendo a Virgilio y a Dante, pues, aparte del juego, sólo le gustaban de verdad la poesía y las mulatas.

El negro Arigof andaba abatido: tanta mala suerte era demasiado. Hacía casi un mes que le había caído encima: desde que tropezó con el paquete del *ebó* al descender desprevenido por la escalera del altillo en que tenía su cuarto de soltero. Mandinga fuerte, hechizo puesto en su camino para arruinarle la vida. El papel se rompió y se desparramaron el engrudo amarillo, las plumas negras de gallina, las hojas rituales, dos monedas de cobre y pedazos de una corbata suya de punto, todavía en buen uso. La corbata le dio la pista segura: era una venganza de Zaíra, *iaba* sin corazón, incapaz de sufrir un insulto sin dar en seguida la respuesta.

Cierta noche en que perdió su calma y su elegancia de hidalgo, le dio un par de bofetadas en pleno Tabaris, para enseñarle modales de persona y para que no le jorobara más la paciencia. Zaíra era de la nación de los *mucurumim*, pero seguía los ritos *caboclo* y *angola* y tenía poderes ante

los *inkices*.

Era un hechizo de los más fuertes, un bozó tremendo, ¿quién le prepararía a Zaíra un despacho tan fatal? Con seguridad algún entendido en lo que está escrito, bueno en las hojas y poderoso en la maldad. No hubo conjuro contra él que diese resultado, el *ebó* prendió la suerte del negro en el fondo de un pozo y él se arrastraba como un mendigo por las casas de juego, perdiendo en todas ellas. Ya había pignorado sus mejores prendas: el anillo de plata verdadera, la cadena de oro con higas de *guiñé* y un pequeño cuerno de marfil, el reloj comprado a un marinero rubio, tal vez robado en el camarote de algún millonario: tan bonito y señorón que el español Do Sete, con todo lo que sabía de joyas, silbó de emoción al verlo, ofreciéndole al negro quinientos mil- réis más si quería vendérselo en lugar de empeñarlo.

Zaíra, criolla mandinguera, nacida en la hechicería, le había secado la suerte. Preocupado, Arigof se preguntaba dónde andaría el resto de su corbata de punto. Seguramente atada a los pies de un *caboclo* o de un *inkice*, junto con su retrato, una fotografía chiquita, sacada para la cédula de identidad: el negro, sonriente, mostrando su diente de oro. Arigof se lo dio a esa *iaba* sin corazón en prueba de amor, y ahora imaginaba su rostro acribillado de alfileres en la hornacina del santo, para que el «despacho» se rehiciera cada mañana, apagándole de un golpe y para siempre su buena estrella.

Ya había tomado un baño de hojas, y Epifania de Ogun rezó por él. La *iyá moró* tuvo que renovar por tres veces el atado de hojas, pues se marchitaban apenas tocaban su cuerpo, tan grande era el peso del maleficio sobre la cerviz de Arigof.

Decaído a causa de semejante mala suerte iba el negro por la calle Chile reflexionando sobre las amargas de la vida. Venía del restaurante y se encaminaba a la casa de Teresa. Waldomiro Lins lo había invitado a cenar, después de una tarde desastrosa en la cueva de Zezé da Meningite, donde el negro perdió los últimos níqueles. Arigof, de rabia, comió tanto que aquello parecía a la vez almuerzo, merienda y cena.

- Estás muerto de hambre, Arigof..., ¿qué te pasa? -

preguntó el otro al ver tan exagerado apetito.

El negro respondió, definitivamente pesimista:

- No sé si voy a volver a comer otra vez...

- ¿Enfermo?

- De mala suerte, hermanito. Me ataron la suerte a los pies de un encantado, de un *caboclo*, si no es de un *orixá* de Angola, que esta peste debe proceder de gente de los *inkices*. Estoy en las últimas, hermano.

Le habló de su mala racha, de cómo se desvanecían los palpitos más infalibles y no acertaba una. Perdía siempre, a los dados, a las cartas, en la mesa de la ruleta. Los parroquianos ya lo miraban de reojo, como si él contagiase la mala suerte:

- Mi mala suerte se pega, hermanito...

Le hizo un relato lleno de pormenores, en la esperanza de que Waldomiro Lins, joven de posibles y alegre compañero, lo ayudase en el apuro, prestándole unos billetes para el juego nocturno. Le falló el golpe, pues el amigo en vez del dinero le dio unos consejos. Sólo hay un modo de rehuir la mala suerte; escaparle al juego por un tiempo. Que no fuese loco; debía dejar que se retirase la marea de la mala suerte, que se extinguiera la fuerza del *ebó*. Si seguía porfiando iba a terminar desnudo, con los calzoncillos empeñados. Él, Waldomiro Lins, aprendió a respetar la mala suerte y el azar, y una vez pasó más de tres meses sin ver una baraja, un dado o una mesa de ruleta.

Subiendo por la calle Chile, Arigof daba la razón al amigo: su terquedad no pasaba de ser pura estupidez, obstinación de tarado. Lo mejor era ir a visitar a Teresa de la Geografía, una blanca que tenía calentura por los negros fuertes y que fuera el motivo de aquellas bofetadas a Zaíra. En la casa de Teresa, tendido en la cama junto a la blanca, sorbiendo una *cachaca* con limón, se olvidaría de tantas derrotas y descansaría de su mala suerte en el tapete. Sí, esta vez el negro Arigof estaba vencido, no le quedaba otro remedio que retirarse vergonzosamente. Tenía razón Waldomiro Lins, hombre de experiencia, buen consejero.

Aunque dispuesto a tomar el rumbo de la licenciada geografía de la Teresa - la negrista- , no iba, sin embargo, muy satisfecho. No era su costumbre ni le causaba placer rehuir una batalla, incluso cuando como ahora, en plena

desesperación, se daba por derrotado anticipadamente. Se acordó de otro Waldomiro, su amigo ejemplar e insustituible: Vadinho, desgraciadamente muerto. Era competente y audaz, inigualable en materia de juego y en general. Él sí que podría ayudarle si estuviera vivo.

Una noche, hacía muchos años, después de semanas y semanas de mala suerte absurda, cuando ya no le quedaba un vintén ni tenía a quién pedírselo, Arigof entró al Tabaris, tropezando con Vadinho, que estaba lleno de altivez y de fichas, y apostaba alto. Le dio al negro una ficha y su ejemplo victorioso: y Arigof ganó noventa y seis contos en unos minutos, nunca se había visto cosa igual. Fue una noche alucinante: Arigof ordenó la hechura de media docena de temos de una vez, tirándole en la cara al sastre los billetes de quinientos. Noche de descomunal orgía en el burdel de Carla, pagando él todos los gastos. Noche legendaria en las memorias del juego de Bahía.

¡Qué curioso!: mientras recordaba a Vadinho y su arrogancia, ¿no le parecía estar oyendo claramente su voz insolente?

- Y, negro cobarde, ¿en dónde está tu valentía? ¿En el culo de la blanca? El que no persigue a la suerte no merece ganar, tú lo sabes. ¿Desde cuándo eres discípulo de Waldomiro Lins? ¿Tú no eras ya profesor cuando él jugó por vez primera?

Arigof se quedó inmóvil en medio de la calle Chile, como un atontado, tan viva y próxima le parecía la voz de Vadiho en su oído. Surgiendo del mar, la luna comenzaba a cubrir de oro y plata la ciudad de Bahía.

- Deja la anatomía de la blanca para después, negro asustado, lo que tienes es miedo del hechizo, pero ¿acaso tú no eres hijo de Xangó? Deja la blanca para después de haber partido la mala suerte por la mitad, que esta noche la vas a celebrar.

Ese Vadinho atolondrado... tenía unos pálpitos tan absurdos, y era siempre el mismo, en la buena y en la mala suerte, siempre con la misma sonrisa maliciosa y desafiante. ¿Quién sabe?, pensó Arigof. Vadinho, desde lo alto de la luna, lo estaría viendo con su mala suerte auestas, sin su cadena de oro, sin el anillo de plata, sin el reloj codiciado por el español Do Sete...

- ¿Dónde está tu coraje, negro? ¿Dónde el negro Arigof, tres veces macho?

Waldomiro Lins, prudente y sutil jugador, le había aconsejado que no insistiera contra la mala suerte, que se achicara, escondido en el lecho de la amante, tan alba y tan resabida: Teresa recitaba de memoria los ríos de China, los volcanes de los Andes, los picos de las montañas. Cuando veía al negro Arigof, enorme y desnudo, ella, muy melindrosa, saludaba al mismo tiempo el pico del Himalaya y el eje de la tierra: iesa desvergonzada de Teresa! Con tanta maldición encima mientras Teresa lo esperaba, realmente sólo un loco volvería esa noche a los naipes.

- Anda, que yo te lo garantizo, negro flojo... - le repetía la voz de Vadinho al oído.

Arigof miró en torno suyo, para ver si estaba por allí, pues hasta creía sentir el vaho de su aliento. Era como si su amigo del pasado lo tomase de la mano y lo condujera por los peldaños del Abaixadinho, cerca de allí.

- Nunca me dieron miedo las cartas... - dijo el negro.

Teresa lo esperaría comiendo chocolates, enredada en los lagos canadienses, en los afluentes del Amazonas. Sin un cobre en el bolsillo, Arigof entró en el Abaixadinho y se fue a las mesa del *lasquiné*.

Antonio Dedinho, el croupier, preparaba el *cahier* de seis barajas para volver a dar juego. A su alrededor, todas las caras eran de perdedores, ninguna reflejaba entusiasmo, la suerte era íntegra de la casa. Arigof no vio un amigo al que pudiese pedir una ficha o dinero. Antonio Dedinho anunció una banca de cien contos y puso boca arriba dos cartas sobre la mesa: la dama y el rey.

- En la dama... - oyó Arigof que ordenaba Vadinho.

¡Y nadie que le prestara por lo menos cinco mil réis! Se fijó en un hombre bien vestido, trajeado con un terno blanco, con unas fichas en la mano y aire de *habitué*, pero desconocido, quizá del interior. Arigof se sacó de la corbata el vistoso alfiler, una llave atravesando un corazón, regalo de Teresa. Pero el oro era metal dorado y los brillantes de vidrio sin valor, según le dijera desmoralizadamente el español Do Sete, negándose a recibirlo de prenda. Mostrándoselo, Arigof se dirigió al ricacho de terno blanco:

- Estimado señor, présteme una ficha, una cualquiera, y

quédese con esta joya en garantía. Ya le pagaré, mi nombre es Arigof, aquí me conocen todos.

El viva la Virgen le dio una ficha de cien:

- Guarde su alfiler, si gana me paga... y le deseo suerte. Puesta la ficha sobre la mesa, Arigof esperó sólito, pues nadie de la rueda quiso arriesgarse, era un desatino. Tampoco se atrevió el hombre de blanco, que prefirió mirar el juego. Antonio Dedinho dio vuelta a la primera carta, que resultó ser la dama. Arigof recogió las fichas y Dedinho echó de nuevo las cartas, que, por casualidad, volvieron a ser la dama y el rey. De nuevo Arigof puso su dinero en manos de la dama.

Antonio Dedinho sacó una carta del *cahier* y, más casualidad todavía, esa primera carta fue de nuevo la dama. Otra vez cartas y la casualidad fue aún mayor, pues ahora ya era algo notable: por tercera vez se vio en la mesa a la dama y al rey. Arigof se mantuvo firme en la dama y el hombre de blanco apostó junto con él. Llegaron los primeros curiosos. Antonio Dedinho sacó el naipe del *cahier*, y, por más increíble que parezca, la primera carta, por tercera vez, era la dama. Para más era de oros, recordando a la rubia Teresa. «Dios mío», exclamó una fulana, nerviosa.

No sólo nerviosa por el hecho de haberse dado tres veces la dama, sino porque seguía siendo la primera carta, además de haber aparecido tres veces seguidas sobre la mesa de juego las mismas cartas: la dama y el rey.

No sólo tres, sino doce veces cayeron sobre la mesa la dama y el rey, y por doce veces consecutivas acudió la dama a la llamada de Arigof, siendo siempre la primera carta que se daba la vuelta. Ahora no sólo apostaba el hombre de blanco, también otros apostaban siguiendo el palpito del negro, que ponía tres contos en todas las paradas, lo máximo permitido.

Mortalmente pálido, con el corazón encogido, Antonio Dedinho preparó un nuevo *cahier*. Lulu, el fiscal de sala, estaba ahora al lado de Dedinho y seguía con atención el barajar de los naipes. En torno a la mesa, el inquieto grupo veía aumentar sus filas. Venía gente del bacará y de la ruleta.

Antonio Dedinho mostró el *cahier* a los jugadores, retirando

de él dos cartas: su palidez se hizo aún mayor y sus manos temblaron, pues las cartas eran la dama y el rey. Arigof sonrió: había quebrado la mala suerte, había roto el *ebó* cuando fue en busca de la buena suerte con manos y dientes. Y con el recuerdo de Vadinho. Si había otro mundo, si los muertos andaban por ahí en el más allá, como decían ciertos especialistas en el asunto, entonces tal vez Vadinho lo estuviera viendo desde lo alto de la luna que se derramaba en oro y plata sobre el mar y el caserío. Con seguridad estaría orgulloso de la valentía de su amigo Arigof, negro macho, vencedor de malas suertes y hechizos. Pero la cosa es que Vadinho estaba verdaderamente allí, en la sala, muy arrimado a Arigof y muy furioso, ya que el negro decidió, después de profundos cálculos cabalísticos, cambiar de carta y cargarle al rey (era imposible que la dama volviera a repetirse, totalmente imposible). En eso oyó la voz severa del amigo, que le daba con dureza una orden:

- En la dama, negro- hijo- de- puta.

Y la mano de Arigof, independientemente de su voluntad, como si obedeciese a una fuerza superior, puso las fichas a la dama.

Apretando los dientes, con pánico en los ojos, Antonio Dedinho retiró la primera carta: dama. Conmoción general, exclamaciones, risas nerviosas, y cada vez más gente que venía a ver lo imposible.

Gilberto Cachorrão, el gerente del garito, con su aire desconfiado de perro ovejero, se apostó al lado de Lulu, dispuesto a descubrir la tramoya (¿qué otra cosa podía ser sino una fullería, y gorda?). En sus mismos hocicos se repitió el absurdo varias veces y la banca de cien contos estalló. Alborozada y alegre, la dama era siempre primera carta. ¿En dónde estaba la trampa, gorda o flaca, Cachorrão?

Antonio Dedinho, vencido, se volvió hacia el gerente esperando órdenes, pero éste no dijo nada, limitándose a mirarlo con desconfianza. El croupier preparó nuevos naipes, pausadamente, a la vista de todos y con el mayor esmero:

- Banca de cien contos...

Dio vuelta a dos cartas: dama y rey. Un silencio de muerte.

Ahora todos querían apostar a la dama. Venía gente hasta de la calle y del Tabaris, adonde ya había llegado la sensacional noticia. Tampoco duró la nueva banca.

Ante una orden de Gilberto Cachorrão, Lulu salió disparado hacia el teléfono. En la sala lo imposible, era algo que ya aburría: la dama salía siempre y siempre era la primera carta. El hombre de blanco dijo en voz alta:

- Me voy ya porque siento que me pasa algo..., mi corazón no aguanta... Hace más de diez años que juego en Ilhéus y en Itabuna, en Pirangi y en Agua Preta. He visto mucha trapacería, fraudes de todos los tipos, pero nunca uno igual a éste. Y digo más: lo veo y no lo creo.

Arigof quiso devolverle la ficha e invitarlo a la cena en casa de Teresa, pero el hombre no aceptó:

- Dios me libre y guarde. Tengo miedo que todo sea un encantamiento, ya que esto es cosa de hechicería. Quédese con la ficha, que yo voy a cambiar las mías antes de que se desvanezcan o se deshagan.

Lulu volvió, no tardando en unirse a él y a Cachorrão la figura circunspecta de un criollo viejo, de anteojos, con mucha calma: el profesor Máximo Sales, principal testaferro de Pelancchi Moulas, su hombre de confianza.

Cuando Lulu le telefoneó, el magnate no podía creer esa historia sin pies ni cabeza. Con seguridad Lulu había vuelto a beber, y esta vez en horas de trabajo, un abuso imperdonable. Con la cabeza canosa reposando en la tibieza de los senos de Zulmira Cimóes Fagundes, en dulce intimidad, Pelancchi mandó a Máximo Sales para que pusiera en claro esa patraña pluscuamperfecta. Lo más probable es que todo eso no pasara de ser otro desmadre de Lulu:

- Si está borracho, profesor, no vacile, por favor, despídalo inmediatamente. Y telefonéeme el resultado...

Mal tuvo tiempo el testaferro de informarse sobre el fenómeno y comprobar la sobriedad de Lulu, cuando allá se fue por los aires la banca de cien contos, en los dedos de Arigof.

Antonio Dedinho, enjugándose el sudor de su frente exangüe, miró al trío que estaba frente a él. Tenía hijos por criar y no servía para otro empleo, ¡ay!, ¡Dios mío! Los tres lo miraban de reojo; el profesor Máximo susurró: «prosiga».

Con su traje azul, sus anteojos sin aro, su anillo de rubí, Máximo Sales parecía un respetable catedrático de ensortijada pelambre blanqueada en el estudio y en las vigiliass científicas. Era tan formal, tan digno, que todos lo trataban de profesor, incluso Pelancchi, aunque sólo se había licenciado en contravenciones, fichas y barajas. Y en esa materia era realmente una autoridad, de gran competencia, de notorio saber, un doctor angélicus.

Antonio Dedinho, víctima del destino, preparó otro *cahier* y todo volvió a repetirse, como en una pesadilla. Como dijo Amesina (su lindo sobrenombre estaba formado por Ame de Américo, su padre, y Sina de Rosina, su madre), meretriz dada a la lectura del *Almanaque del Pensamiento* y de otras fuentes esotéricas, aquello era «la esperada señal del fin del mundo». Máximo Sales hizo algunas preguntas a Cachorrão y a Lulu (cuyo aliento inocente comprobó), y, dejando aquel diluvio de damas, se dirigió al teléfono.

De ahí que apareciese en la sala Pelancchi Moulas, con Zulmira tras él. El grupo le abrió paso para que así pudiese ver bien de cerca cómo se diluía su dinero en el *lasquiné*. La banca de cien contos estalló en su cara.

Con un gesto de rey, Pelancchi Moulas apartó a Antonio Dedinho y a la vista de todos los presentes echó una ojeada al *cahier*: los doce reyes aparecieron acumulados en el fondo de la baraja: eran las últimas cartas. Los tres empleados, Máximo, con su pose doctoral, el ovejero Gilberto y Lulu, fiscal de sala, cambiaron una mirada de expertos. Antonio Dedinho se vio a un tiempo condenado e inocente. Pelancchi Moulas, fríos los ojos, azules de crueldad, miró primero al croupier y a los tres funcionarios, y después a la muchedumbre en torno: rostros ávidos y tensos, jugadores en los límites finales del absurdo. Al frente de todos, el negro Arigof: montaña del Himalaya, altura inmensa, eje del mundo, al decir entendido de Teresa, geógrafa y negrista. Arigof sonreía, cubierto de sudor y de fichas.

También sonrió Pelancchi Moulas (a Zalmira, volviéndose para mirarla), y luego preparó él mismo un nuevo *cahier*, anunciando la banca como si declamase un verso:

- Banca de doscientos contos.

Mas no por ser él Pelancchi Moulas, señor del juego, de horca y cuchillo, majestad y todo lo otro que ya se sabe y

no vale la pena repetir, no por eso cambió la suerte, que ya no era suerte sino prodigio: ahí venían rey y dama, saliendo dama la primera carta. Cuando estalló la banca antes de llegar a mitad del *cahier*, Pelancchi Moulas examinó la caja con el resto de los naipes: allá al final («el fin del mundo...», repetía Amesina la profetisa), estaban juntos los doce reyes inútiles.

Largando las cartas, Pelancchi Moulas susurró algo y Gilberto Cachorrão tradujo en voz alta:

- Se suspendió el juego por hoy...

Arigof se retiró entre muestras de simpatía, seguido por los admiradores y las ardientes damas, que se pegaban a él. Cambió las fichas, compró champán y rumbeó para la casa de Teresa, aquella blanca que le daba por los negros, una autoridad en geografía y en juegos de cama. El negro se fue lleno de aires y de orgullo: con él no podían ni la mala suerte ni el hechizo, ni la cólera de la *iaba bucurumim*.

Pelancchi Moulas se quedó reflexionando. Lulu no sabía qué hacer con las manos; Gilberto Cachorrão no podía explicárselo, pero concordaba con Máximo Sales: allí había trampa, suciedad, una audacia de las grandes. Náufrago en medio de un mar de damas, Antonio Dedinho esperaba la sentencia. Hay que poner todo en claro, decía el solemne profesor. Pelancchi Moulas se encogió de hombros: que hicieran lo que quisiesen, interrogatorios o investigaciones, que llamaran a la policía si era necesario. En cuanto a él, tenía una idea, su sangre calabresa era sensible al misterio, a las emanaciones del más allá.

También lo eran los senos de Zulmira Simões Fagundes, bronce y terciopelo. De repente, la primera- secretaria, la *prima donna*, la favorita de Pelancchi Moulas, comenzó a reírse mimosamente al tiempo que se contorsionaba:

- Siento algo aquí, en los pechos, Pequito, hay algo que me hace cosquillas, ¡ay!, ¡qué cosa más loca...! Hasta parece algo del otro mundo...

Pelancchi Moulas hizo la señal de la cruz.

Fueron aquéllos unos días confusos, de trajín y cansancio, de emociones. El doctor Teodoro y doña Flor tuvieron un ajetreo permanente, yendo de un lado a otro, del banco a la escribanía, de la escribanía a las diferentes oficinas municipales. Ella se vio obligada a suspender las clases hasta el fin de la semana, y él casi no apareció por la farmacia. Celestino, con su habitual franqueza lusitana, aconsejó a doña Flor:

- Si verdaderamente quiere comprar la casa, largue por unos días esa porquería de clases. Si no, adiós...

Había aparecido otro candidato y si no fuese por la buena voluntad del banquero habrían perdido una vez más la oportunidad de realizar el negocio. Otra vez volvía a estar todo prácticamente concluido, faltando apenas firmar la escritura definitiva: la escribanía tardaría unos días en tenerla lista. Pero ya estaba pagada la seña al antiguo dueño, para lo cual emplearon el dinero de la libreta de la Caja Económica, los ahorros de doña Flor.

Del brazo del marido, apoyada en su fuerza y en su saber, aquel fin de semana, doña Flor recorrió medio Bahía. No paró un minuto en casa, apenas el tiempo necesario para comer y dormir, sin tener un solo momento para descansar. ¿Cómo hacerlo con Vadinho allí, apostándose a su lado apenas ella aparecía, y cada vez con mayores atrevimientos, dispuesto a llevarla a la deshonor, al adulterio?

¿Adulterio?.. ¿Cómo adulterio...?, preguntaba el malvado, ¿si soy tu marido? ¿Dónde se vio que una mujer fuese adúltera por entregarse al marido legítimo? ¿No le había jurado ella obediencia ante el juez y el sacerdote? ¿Dónde se vio, mi flor de pasionaria, un casamiento platónico? Era absurdo...

El maldito tenía frases azucaradas, labia fina, lógica y retórica; sabía cómo confundirla con sus argumentos... y su voz era un arrullo:

- Mi bien, ¿no fue para dormir juntos para lo que nos hemos casado? ¿Entonces?

Dona Flor aun sentía en el suyo el peso del brazo del doctor, aún sentía el olor de su transpiración en las cuevas cuando iban en busca de la burocracia. Mas la voz de

Vadinho la perturbaba..., ¿cómo descansar si tenía que estar atenta, si no podía abandonarse ni un segundo sin correr peligro? Peligro de dejarse arrastrar por la música de su voz, embobada por sus palabras, por las caricias de sus manos traicioneras, por sus labios. Cuando quería acordarse, ya la habían aprisionado sus brazos, teniendo que desprenderse de ellos con violencia. Pero no se había entregado y no se entregaría nunca.

No se entregó, o, por lo menos, no se dio del todo, pues algunas cosas le permitió en esos días fatigosos: algunas leves e inocentes caricias. ¿Serían realmente así, tan leves, tan inocentes?

Una tarde, por ejemplo, en que llegara deshecha de andar por las oficinas y la escribanía (pues el doctor tuvo que ir a la farmacia a preparar recetas), doña Flor se quitó el vestido, se sacó los zapatos y las medias y se tendió en la cama, así como estaba, sólo con el corpiño y la combinación. Había silencio y brisa en la casa vacía y doña Flor suspiró.

- ¿Cansada, mi bien? - Era Vadinho, a su lado. ¿De dónde venía, dónde estaba escondido que doña Flor no lo había visto?

- Tan cansada... Nunca pensé que para encontrar un papel en una oficina hubiera que perder una tarde... Vadinho acariciaba su rostro:

- Pero tú estás contenta, mi bien...

- Siempre quise que la casa fuera mía...

- Yo siempre quise darte esta casa...

- ¿Tú?

- ¿No lo crees? Es natural... Pues has de saber que la cosa que más he deseado fue poder algún día darte esta casa. Alguna vez habría de ganar tanto dinero al diecisiete que podría comprarla... Iba a llegar con la escritura, sin decirte nada antes... Pero no hubo tiempo... Si no... ¿Tú no lo crees, no?

Doña Flor sonrió:

- ¿Por qué no te voy a creer?

Sentía la boca de Vadinho a la altura de su rostro y quiso liberarse de sus brazos envolventes:

- Déjame...

Pero él le rogó tanto que le permitiera dejar su rubia

cabeza junto a la suya que consintió en descansar apoyada en su pecho. Inocentemente, claro.

- Jura que no vas a intentar...

- Lo juro...

Fue un momento lleno de dulzura. Doña Flor sentía en su cuello el aliento de Vadinho y las manos de él protegían su descanso: con una le acariciaba la cara, le recorría el cabello, mitigando su fatiga. De tan cansada, se quedó dormida.

Cuando despertó ya habían llegado las sombras de la noche y también el doctor Teodoro.

- ¿Dormiste, querida mía? Debes estar muerta, pobre... Además de gastar tus ahorros, todo este trajín...

- No digas sonseras, Teodoro... - y púdicamente se cubrió con la sábana.

En la penumbra del cuarto, sus ojos buscaron a Vadinho, pero no lo vio. Seguramente se fue al sentir los pasos del doctor, ¿tendría celos de Teodoro?, preguntóse doña Flor sonriendo. Vadinho lo negaba, naturalmente, pero ella tenía sus dudas.

El doctor Teodoro se puso el saco del pijama y doña Flor la bata, levantándose. Él tomó sus manos:

- ¿Qué apurón, eh, querida? Pero vale la pena, ahora tenemos casa propia. Aunque no voy a descansar hasta pagar la hipoteca y depositar en la Caja todo el dinero que pusiste en la transacción.

Juntos, casi abrazados, la mano del farmacéutico en la cintura de ella, salieron del dormitorio para el comedor. Allí encontraron a doña Norma, deseosa de saber novedades sobre la compra de la casa.

- Parecen dos tortolitos... - dijo la vecina al verlos así, tan enamorados, y el doctor se separó en seguida, apartándose de la esposa.

Al día siguiente, por la mañana, doña Norma volvió para hablar con doña Flor sobre cosas de costura. Apuntándole al cuello desnudo, bromeó:

- Esos amores con tu marido se están volviendo escandalosos...

- ¿Eh? ¿Qué es eso?

- ¿Acaso no los vi yo ayer, a ti y al doctor, en pleno idilio, viniendo del dormitorio muy agarraditos?

- ¿Tú estás hablando de mí y de Teodoro? - preguntó, todavía asustada.

- ¿Y de quién había de ser? ¿Te estás volviendo lela? El doctor está perdiendo su seriedad... Y antes de cenar... ¿eh? ¿Continuó después la función? Claro, tenían que festejar la compra de la casa...

- ¡Qué conversación, Normita...! No hubo ninguna función...

- ¡Ah, mi santa, eso no! Tú con todas esas marcas de chupones en el cuello, a cada cual más linda..., y diciéndome que no pasó nada... Yo no sabía que el doctor era del tipo sanguijuela...

Doña Flor se pasó la mano por el cuello y corrió a mirarse en el espejo del cuarto. Unas marcas rosadas que tendían a enrojecer se extendían por todo un lado del cuello. Escandaloso...

¡Ah, Vadinho...! ¡Qué traidor, qué loco, qué malvado...! Ella había protestado al sentir el roce de los labios, pero él le preguntó qué mal había en que le acariciara el cuello, si eso ni siquiera era un beso, apenas si le tocaba la piel con la boca. Mientras la acariciaba, doña Flor se quedó dormida...

¡Ah, qué Va- dinho, no tenía arreglo!

Se apartó del espejo y se puso una blusa de cuello alto para esconder las marcas acusadoras. ¿Qué diría el doctor si viese esas rosadas señales dejadas por unos labios que no eran los suyos, por lo demás incapaces de tales obscenidades y depravaciones? Y regresó a la sala:

- Normita, hija mía, por el amor de Dios, no vayas a hacer bromas con Teodoro sobre estas cosas... Tú sabes cómo es él de vergonzoso... Es tan tímido...

- Claro que no voy a gastarle pullas al doctor, pero, Florcita, es un hecho que está dejando de ser un hombre grave... Tímido lo fue en otros tiempos, mi santa, ahora se soltó... Hasta se va pareciendo a Vadinho, que sólo le faltaba hacer las cosas a la vista de los vecinos...

Doña Flor sintió que alguien se reía, sintió su presencia. Felizmente, doña Norma no podía percibirlo: el malvado apareció suspendido en el aire y para colmo vistiendo aquella camisa que mostraba mujeres desnudas y que doña Gisa trajera de Norteamérica, de regalo para el doctor. La camisa sólo le cubría el tórax, todo el resto quedaba a la vista. Más indecente todavía.

- ¿Qué hay de malo en eso, mi bien? ¿Qué es lo que tiene de malo? Deja que mi mano esté ahí, no te voy a sacar un pedazo, ni a acariciarte; la mano está quieta... ¿qué tiene eso de malo? Y mantenía, discretamente, la mano sobre las redondas caderas; pero, en cuanto obtuvo su mudo consentimiento, la mano no se contuvo más, yendo y viniendo de las ancas a los muslos..., vasto territorio poco a poco conquistado.

Así, con las manos, el aliento, los labios, las palabras suaves, la mirada, la risa, la invención, la gracia; con lamentos, riñas, mimos, Vadinho iba cercando la fortaleza, calificada de irreductible por doña Flor, y echando abajo las murallas de la dignidad y del pudor. Su avance continuo y firme, su obstinado asedio, reducía a cada instante el campo de batalla.

En cada encuentro tomaba una nueva posición, y los bastiones iban cayendo uno tras otro, rendidos por la fuerza o por la astucia: la mano sabia o la palabra con mil promesas, todas en vano: «sólo un beso, mi bien, sólo uno...». Así fueron tomados los senos, los muslos, el regazo, las caderas, las nalgas de satén. Ahora todo eso le pertenecía, era un terreno en que su mano se movía libremente, sin censuras, y lo mismo sucedía con sus labios y caricias. Cuando doña Flor se dio cuenta, tanto su honestidad como la honra del doctor se encontraban acorraladas en un último reducto, que era cuanto le quedaba incólume. Para más, él se había apoderado del ardiente campo de batalla sin que ella se diera cuenta. Doña Flor intentó recriminarlo por las manchas rojas en el cuello, señales obscenas, horribles; estaba resuelta a prohibir más intimidades, pero él la envolvió en un abrazo, disculpándose entre susurros o burlándose de su pudor y de su seriedad, y al rato ya le estaba dando mordiscos en la oreja y acariciándola hasta hacerle sentir escalofríos. Se hacía urgente e imprescindible poner coto de una vez por

todas a esas relaciones equívocas, que ya se habían distanciado tanto del afecto tierno, de la inocente amistad amorosa, del platónico sentimiento que doña Flor imaginara posible cuando Vadinho regresó. Viéndose en creciente peligro, la virtuosa esposa se llenó a la vez de miedo y de bríos, disponiéndose a poner término a aquella absurda situación. ¿En dónde se vio una mujer con dos maridos? Sentada en el sofá, reflexionaba doña Flor sobre asunto tan delicado - tenía que llevar la conversación con mucha habilidad para no lastimarlo, para no ofenderlo, ya que al fin y a la postre él vino en respuesta a su llamada- , cuando el tinoso apareció y la tomó en sus brazos. Mientras doña Flor buscaba el modo de iniciar la conversación, Vadinho metió la mano por debajo de su falda, procurando alcanzar el último reducto, todavía incólume, el cofre fuerte que guardaba su dignidad de mujer y la honra del doctor.

- ¡Vadinho!

- Déjame ver tu peladita, mi bien... Me muero de nostalgias de tu papaya... Y ella se muere por mí...

Levantóse doña Flor en un acceso de cólera, con violencia y furia. Vadinho también se enojó y el diálogo fue áspero y desagradable. Tal vez él no esperase una reacción tan brusca por parte de doña Flor, creyendo que ya estaba totalmente conquistada.

- Sácame la mano de encima, no me toques más... Si aún quieres verme y hablar conmigo ha de ser de lejos, como conocidos y nada más..., ya te advertí que soy una mujer honesta y que me siento muy feliz con mi marido...

Él le respondió, con sorna:

- ¡Tu marido! Ese espantajo, ese tarado... Lo único que tiene es estatura... ¿Qué sabe de estas cosas ese flojera...?

- Teodoro no es un ignorante como tú, no es un fanfarrón, es un hombre de mucho saber...

- Mucho saber... Puede ser que para preparar un jarabe sea un talento... Pero para lo que tiene valor, para yogar, debe ser el ganso mayor del mundo... Basta verlo..., es un capón...

Doña Flor enfrentó entonces a Vadinho resueltamente, nunca la había visto él tan indignada:

- Pues has de saber que estás muy equivocado... ¿quién puede conocer su capacidad mejor que yo? Y estoy más

que satisfecha... No conozco un hombre mejor que él. En todo, y en eso también... Tú no le llegas ni a los pies...

- ¡Puf! - soltó Vadinho, haciendo un ruido irrespetuoso y vulgar.

- Déjame en paz, no te necesito para nada... Y no vuelvas a tocarme nunca más...

Esta vez estaba decidida: no le permitiría más intimididades, ni abrazos, ni los tales besos inocentes, ni que se echase junto a ella «para conversar mejor». Ella era una mujer honesta, una esposa seria.

- Si estabas tan satisfecha, ¿para qué me llamaste?

- Ya te dije que no fue para eso... Y ya me arrepentí de haberte llamado...

Más tarde, a solas, se preguntaba si no había sido demasiado grosera y violenta. Vadinho se quedó furioso, ofendido, humillado. Se marchó y no lo volvió a ver durante el resto del día. Cuando regrese, a la hora del crepúsculo, ella le explicaría sus razones con buenas palabras. Aunque cínico e insolente, Vadinho tenía a veces reacciones inesperadas y era capaz de comprender los escrúpulos de doña Flor de circunscribir sus relaciones a los límites impuestos por el decoro y la honra. Todas las tardes doña Flor, terminadas las tareas cotidianas, después del baño, envuelta en perfume y talco, se echaba unos minutos para reposar. Entonces, invariablemente, Vadinho se tendía junto a ella y conversaban sobre las cosas más disímiles (y mientras hablaban iba él derribando bastiones, estrechándola contra su pecho, quebrando su voluntad). Cuando se disponía a protestar, él la distraía hablando de los lugares de donde regresó, y doña Flor, llena de curiosidad y de preguntas, no tenía fuerzas para prohibirle nada:

- Y la tierra, vista desde allá, ¿cómo es, Vadinho?

- Es toda azul, mi bien.

Y el tentador descendía su mano por la cadera o la alzaba hasta el seno, mientras ella preguntaba:

- ¿Y cómo es Dios?

- Dios es gordo.

- Quitá la mano de ahí, te estás riendo de mí...

Vadinho se reía, la mano siempre puesta en el túrgido seno, los labios buscando la boca de doña Flor... ¿Cómo saber si sus respuestas eran serias o si eran mentiras? Su

aliento abrasaba, era un hálito ardiente como la pimienta, una brisa dulce, suave viento del mar..., ¡ay! Vadinho mentiroso y sinvergüenza... Así la iba él tomando poco a poco, sólo le quedaba el último reducto, su recato final. Pero ese día lo esperó en vano, no vino. Doña Flor, inquieta, se removía en el lecho, debatiéndose entre ansias y dudas. ¿Se habría ido sin más, de vuelta, herido en su orgullo, ofendido? ¿Se habría ido para siempre? Doña Flor se estremeció ante la idea. ¿Cómo vivir nuevamente sin su presencia? ¿Sin su locura, sin su gracia, sin su tentación?

Fuera como fuese, sin embargo, debía pasarse sin él, si es que quería seguir siendo una mujer honesta, recta. Ésa era la única solución viable, no encontraba otra salida para ese atolladero. Terrible determinación, prueba descomunal, pero ¿qué hacer si no? Se imponía una drástica ruptura: si Vadinho continuaba allí, ni su voluntad de ser honesta ni la decisión de ser virtuosa serían capaces de impedir lo irremediable. Ella no se engañaba: ¿qué eran las conversaciones sino un pretexto para las caricias, para esa lucha tan terrible y deliciosa?

¿Cómo resistir la labia de Vadinho? ¿No procuró él convencerla, y doña Flor se dejó convencer, de que a excepción de la posesión total todo lo demás no era más que un juego sin la menor maldad, un juego de primos, que no implicaba deshonor, ni siquiera indecencia? No habiendo posesión, no había deshonor..., y se mantenían intactas tanto su dignidad como la insigne testa del doctor.

Vadinho lograba por segunda vez adormecer sus escrúpulos con la misma canción de cuna, la misma *modinha* con que la había mareado en los días lejanos cuando él la cortejaba en Río Vermelho y la Ladeira do Alvo. Ella se había abandonado al arrullo y cuando abrió los ojos él ya se había comido la breva y la honra de su doncellez junto al mar de Itapoá.

Otra vez estaba Vadinho llegando al muelle de su último puerto, a la fibra más recóndita de su ser. Al menor descuido de ella, en un instante cualquiera de deseo incontenible; ahora él ya no comería solamente su breva de doncella, sino la honra de un marido y la decencia de una esposa.

De una esposa modelo, de un marido que era ejemplo de

buenos maridos. Cuando el pobre menos lo pensase, su testa aparecería florecida de cuernos, y ésa sería la mayor de las injusticias. La semilla de tan injustos cuernos ya estaba plantada por las manos de Vadinho, por los besos de su boca, por su calor de hombre que encendía en doña Flor la gula y el pecado.

Sí, sólo cabía una solución, única y segura; que él se fuera por donde vino; sólo así estarían garantizadas la honestidad de la esposa y la testa del droguista. A doña Flor se le iba a romper el corazón, iba a sufrir mucho, pero ¿qué otro camino había, qué otra salida? Ella le explicaría amablemente sus razones: «Perdona, amor, es imposible continuar así. Todo fue culpa mía, adiós, déjame en paz...» ¿En paz? ¿O en la desesperación? Como quiera que fuese, por lo menos se mantendría honesta, recta, fiel a su marido.

Vadinho no apareció. Ni en el dormitorio a la hora del crepúsculo, ni después en la sala a la hora de la merienda. Contra su costumbre de venir a hacerle carantoñas, obligando a doña Flor a morderse los labios para no echarse a reír cuando, metido en una camisa transparente, salía bailando y exhibiéndose, o a no irritarse al verlo por detrás de la silla del doctor, poniéndole cuernos en la testa, ¡el perverso!

Cuernos inexistentes, pues ella no se había entregado, había mantenido indemne el reducto en que se guarda la verdadera honra (el resto eran sonseras, como le decía Vadinho y como saben cuantos conocen esas cosas).

Esperó hasta la hora de dormir, pero él no vino. Vadinho se había ido, seguramente ofendido. Era orgulloso y duro, capaz de enfrentar con la cabeza erguida la prueba más recia. Quién sabe si no habrá partido para siempre. ¡Ay, Dios mío, ni siquiera se despidió!

La desaparición de Vadinho ocurrió un miércoles por la mañana y doña Flor estuvo todo el día desmadejada, afligida por su ausencia, temiendo haberlo perdido de nuevo, y con

el contradictorio deseo de que así fuese, pues, como ella sabía, sólo su partida definitiva, para siempre jamás, podía salvar la felicidad de su hogar.

Ahora bien, los miércoles por la noche, así como los sábados, tal como ya se dijo repetidamente, el metódico doctor honraba a su esposa y hacía uso de ella, cumpliendo, gozoso, la grata tarea de sus obligaciones matrimoniales. Con bis los sábados (no lo olvidemos), y con el mismo ritual de siempre, en el cual el placer no excluía el respeto, un placer envuelto en pudor, cubierto por el recato (y por la sábana).

Tras el desacierto de la noche del aniversario de casados, la noche del retorno de Vadinho, las relaciones de cama entre doña Flor y el doctor Teodoro volvieron a ser normales, doña Flor dándose al esposo con modestia y con ternura y recibiendo de él plena y total satisfacción, que los sábados era doble.

Por lo demás, doña Flor nunca estuvo tan animada en el placer con el bravo farmacéutico como en los últimos tiempos: a decir verdad, ahora se entregaba con más ternura que modestia, y el doctor la sentía ansiosa y apasionada, perdiendo a veces su discreta contención, gimiendo y suspirando exacerbadamente. Alegrábase el doctor con tales pruebas de amor y satisfacción: el amor de su esposa aumentaba con el correr del tiempo y también él la amaba todavía más, si era posible.

Incluso hubo una noche de placer extra, fuera de la estricta agenda: la del día en que se terminaron los trámites de la compra de la casa en el banco de Celestino y en la escribanía de Marback. El doctor fue feliz cumpliendo esa celebración del acontecimiento, pareciéndole justo romper, con tal motivo, el orden sistemático de la vida nocturna de la pareja.

Esa tarde, al salir del dormitorio para la sala, el brazo en la cintura de doña Flor, la cabeza de la esposa reclinada en su hombro, al percibir la maliciosa sonrisa de doña Norma, él mismo sintió la llamada del amor, que flotaba en el ambiente, procedente de doña Flor, y se conmovió. Ya había él mismo pensado en celebrar la fecha, considerando que «una extravagancia de Pascuas a Ramos no constituye un exceso ni amenaza la salud física y moral de los

cónyuges (siempre que no se convierta en hábito, evidentemente)».

Doña Flor no sabía si fue la compra de la casa lo que influyó sobre ella induciéndola a provocar al esposo y a obtener su aquiescencia y colaboración de la citada extra. Porque el fuego que la quemaba no fue encendido por los trámites bancarios, la hipoteca, los recibos, la escritura. La compra de la casa la unía más aún al doctor y sin duda fortalecía su afecto. Pero lo que la llevaba a exigir el placer y la posesión extemporánea era la hoguera levantada por Vadinho con sus caricias, los mimos de sus manos, los besos de su boca, aquella desvergüenza suya cuando en el crepúsculo le dejó las rojas marcas en el cuello. Ahora, cuando el doctor, encima de ella, la desbordaba, envuelto en la sábana, doña Flor, al cerrar los ojos, ya no veía un pájaro gigantesco: veía a Vadinho, que finalmente la poseía, haciéndola gemir y suspirar. Una confusión de todos los diablos.

Cuidóse doña Flor de no analizar esta nueva complicación, ya le sobraban motivos para mortificarse. El doctor, por su parte, decidió, con toda seriedad, incluir en sus planes una extra cada quince días.

La noche de aquel miércoles, de la discusión con Vadinho, doña Flor se sintió perpleja y agitada, con mucha necesidad de calmar los nervios. Pensaba en Vadinho, que tal vez se había ido para siempre. Era el retorno a una existencia tranquila, el fin del tenso período en que se había encontrado entre dos maridos, ambos con derecho a su amor, y ella sin saber qué hacer, llegando en ciertos momentos a mezclarlos y a confundirlos, en la mayor de las tribulaciones. ¿Podría ahora quizá retornar a la apacible rutina de antes de la vuelta de Vadinho, cuando su cuerpo sólo se despertaba los miércoles y los sábados?

Así, ese miércoles a la noche, escondiendo bajo las sábanas las marcas de los besos de Vadinho en su cuello, y encerrando en su corazón el temor a la ausencia, doña Flor acogió a su esposo Teodoro, iniciando con él el discreto y dulce ritual. Pero apenas el doctor se había tendido sobre ella, cual comfortable paraguas, cuando la risa de Vadinho resonó en los oídos de doña Flor hasta hacerla estremecer. Primero fue la alegría de verlo allí, en equilibrio sobre los barrotes del pie de la cama. No había partido para siempre,

como doña Flor temiera. Después la alegría se convirtió en rabia, al percibir su risa libertina y la expresión compasiva, burlona, zumbona, de su rostro.

El miserable se divertía mientras alzaba la punta de la sábana para ver y mofarse mejor. Doña Flor escuchaba su voz dentro de sí, su risa libertina, de escarnio y burla:

- ¿Y a eso es a lo que llamas tú yogar? ¿Y ése es el doctor Sabelotodo, el maestro de las putas y el rey del relajo? ¿Esa basura, mi bien? Nunca vi algo más insípido... En tu lugar yo le pediría que en vez de eso me diera un frasco de jarabe: cura la tos y es más sabroso... Porque lo que él está haciendo, mi bien, es la cosa más triste que he visto... Ella estuvo a punto de decir: «pues a mí me gusta y mucho», pero no pudo. El doctor llegaba al fin y ella se había perdido entre las risas de Vadinho, muerta de vergüenza (y de deseo).

11

Quedaba doña Flor sumida en la aflicción, enloquecida, temiendo por su honra y por la felicidad de su hogar, ambos en peligro. Pero ¿y qué decir entonces de Pelancchi Moulas? Su imperio se derrumbaba como bajo un terremoto o una revolución.

Nunca se viera nada igual desde el comienzo del mundo y de las apuestas. Se sabía de golpes de suerte extraordinarios, y malas suertes descomunales, y más de una vez algún jugador hizo saltar la banca de un casino. Mas estos acontecimientos eran raros y siempre limitados. Aparte de eso, está la martingala. Pero la trapacería no tarda en descubrirse sobre todo si es persistente, si se repite. En ese mundo de incertidumbres, nada era, sin embargo, más seguro que la fórmula, que las ganancias de los concesionarios de los casinos, de la quiniela, de la timba: ganan a muchos, pierden con unos pocos, son unos grandes señores, viven a sus anchas. Mejor negocio, ubre más rendidora, solamente la Presidencia de la República.

Y sin embargo, las barajas, los dados, las ruletas, se habían sublevado contra Pelancchi Moulas. Nada de lo que ocurría

era explicable. Era absurdo, increíble, imposible; era necesario verlo para creerlo, y aun así, mirando con estos ojos que la tierra ha de comer, mucha gente repetía las palabras de aquel hombre de Ilhéus, cuando presencié el torneo de las damas de Arigof: «Lo estoy viendo y no lo creo.»

En materia de juego, el profesor Máximo Sales había visto en su vida todo lo que hay que ver, incluso un hombre que murió del corazón al acertar un pleno en la ruleta y otro que se mató tragando una píldora de veneno, una muerte horrible. Pero nunca pensó que se iba a encontrar con lo inexplicable; era un escéptico, tenía los pies en la tierra y la cabeza fría. De adolescente había vendido quinielas en Porto Alegre; fue gerente en Manaus de un tugurio clandestino, croupier en Río, cuentero en Recife, banquero en Maceió; vivió del póker en los garitos, conocía los secretos, todas las trampas.

- Entonces, profesor, ¿qué me dice? ¿Cuáles son los resultados de su investigación? En concreto, ¿qué hay? - la voz de Pelancchi, sus ojos malignos y el miedo.

En concreto, nada..., y Máximo Sales ponía la mano para la palmatoria. Los dados y las barajas fueron objeto de los exámenes más minuciosos, así como las mesas y las cajas..., ningún indicio. Vino la policía, un oficial con fama de muy competente, y varios detectives. Interrogaron a los empleados, bajo la dirección de Máximo. Exhaustivamente, sin tener en cuenta el cargo, la edad, o por lo menos sus relaciones íntimas con el patrón. Ni siquiera se hizo excepción con Domingos Propálato, hermano de leche de Pelancchi. Sólo Zulmira se salvó de semejante humillación; pero no por ser quien era estaba libre de la desconfianza del profesor:

- Vaya uno a saber si esa tipa no es de la banda...

Para Máximo sólo una banda, y de las mejores organizadas, podría haber montado aquella martingala extraordinaria. Una banda internacional, pues los tahúres locales no eran competentes para una faena como ésta. Y tampoco los de Río o San Pablo. Sólo especialistas europeos o americanos, de Montecarlo o de Las Vegas, serían capaces de una hazaña como la del bacará: durante dos noches seguidas, en la misma mesa de bacará, en el Tabaris, se dio punto

todas las veces y ni una sola banca, ganando el viejo Anacreón una fortuna. El y todos los demás, pues una verdadera multitud acompañó el juego del suertudo. ¿Suertudo? Para Máximo, Anacreón era sólo un cómplice de los bandidos.

En nombre de la casa estaba al frente de la banca el mejor banquero de bacará de la ciudad, y quizá del norte del Brasil, Domingos Propalato. No era un empleado cualquiera, sino el cofrade, el compadre, el hermano de leche de Pelancchi Moulas. Nacidos en la misma aldea, con diferencia de días, la madre de Domingos había amamantado en su abundante seno al futuro millonario. Hombre capaz de matar o morir por su fraterno Pelancchi, Propalato estaba por encima de cualquier sospecha. Y frente a él, el viejo Anacreón, más que sospechoso.

¿De dónde había sacado el palpito y el dinero para el juego? Todos conocían la mísera situación a que llegara el viejo: tan abajo que se veía obligado a vender quiniela en el café de Raimundo Pita Lima.

Además - sumaba Máximo con los dedos - , el viejo tenía audacia y experiencia. Mucho antes de que Pelancchi Moulas estableciera su imperio en Bahía, ya Anacreón era figura popular en las ruedas del juego clandestino, siendo perseguido y además robado. Era tan hábil tallador de naipes como echador de dados, ¿qué otro tenía más antigüedad y constancia que él en la mesa de la ruleta, frente al bacará o en la suerte de la ronda, el veinte y uno, el siete y medio? Era todo un patriarca.

Pasaban los años, surgían y desaparecían generaciones y sólo el viejo Anacreón se mantenía igual, claro que con sus altos y sus bajos, sus buenas y malas rachas, sin que jamás hubiera ejercido otro oficio que el del juego.

Muchos jóvenes que se hicieron a su sombra ya no jugaban, estaban convertidos en personas serias y respetables, como Zé- quito Mirabeau, Guerreiro, Nelito Castro, Edgard Cúrvolo, y hasta Giovanni Guimarães. Uno de sus primeros camaradas, Bittencourt, ingeniero competente, llegó rápidamente a director de Aguas Corrientes, pero no se olvidó del amigo y le ofreció un empleo seguro, garantía para los días de su vejez. Conmovido, Anacreón lloró al abrazar a Bittencourt, pero

nunca fue a firmar el contrato ni a ocupar el cargo:

- Sólo sirvo para jugar, para nada más...

Algunos (felizmente pocos) ocupaban cargos importantes o estaban casados con mujeres ricas y no se atrevían ni siquiera a recordar aquellos tiempos de juventud y bohemia. Otros murieron en plena adolescencia y Anacreón vivía recordando sus nombres y sus hechos: el alegre Ju, príncipe del chiste, del gracejo, de la picardía sutil; el bello Divaldo Miranda, rico y elegante mestizo; el gordo Rossi, de extremada simpatía, loco por la samba y la *cachaca*: una vez, borracho, orinó en pleno salón del Pálace, a la vista de las señoras, y si no lo lincharon fue sólo porque Anacreón sacó la navaja y hecho una fiera le aseguró la retirada; Vadinho, el inolvidable, su amigo más dilecto, el más loco y divertido, el mejor, el más osado, un tipo macanudo. Macanudo, sí, iel más macanudo! Incluso muerto y enterrado, haría sus buenos tres años, no pudo tolerar que el viejo Anacreón estuviese anotando jugadas de quiniela en el fondo del café, en la miseria, con la moral por el suelo. Apareciéndoselo en sueños - un sueño que más parecía una realidad, pues Anacreón ni siquiera estaba dormido, apenas era un cabeceo después del magro almuerzo- , Vadinho le aconsejó que fuese sin falta al Tabaris, tanto ese día como al siguiente, y que en la mesa de Domingos Propalato apostase al punto, y sólo al punto, toda la noche. Siempre al punto, jamás a la banca. ¿Cómo encontrar dinero? Tomó prestado algún dinero de la caja de Raimundo, sin que él lo supiera; el dueño del café era un buen tipo, no iba a preocuparse por unos mil- réis. Además, al día siguiente, Anacreón, lleno de oro y nuevamente cliente de la quiniela, y no empleado de quinielero, repondría con intereses los centavos del préstamo sacados del fondo de las apuestas en el café de Raimundo.

Anacreón, jugador antiguo y experimentado, respetaba los sueños y daba justo valor a un buen palpito, y todavía más si estaba proporcionado por un amigo tan leal como Vadinho. Dio el golpe final de la tarde, al rendir cuentas, haciendo desaparecer unos billetes, y el bueno de Raimundo no dijo nada.

Después ocurrió lo que sabemos, para asombro y comentario de la ciudad: la sensacional racha en el bacará,

al repetirse el punto sin parar durante dos noches, haciéndole perder la calma a Domingos Propalato, por primera vez en sus largos años de oficio, y obligando a Máximo Sales, con aire de pasmado, a salir corriendo en busca de Pelancchi Moulas.

El mismo Anacreón, con toda su gloriosa crónica de contraventor, nunca viera nada comparable a esa suerte suya y a la mala suerte de la banca. Pero no le competía a él discutir lo que ocurría: el palpito de Vadinho era para que se lo honrase y no para desperdiciarlo en locas discusiones. Hombre de amplios horizontes, Anacreón creía en el destino y en su buena estrella, y para él, en tratándose de fichas y naipes, no existía lo imposible.

Apenas Pelancchi Moulas entró en la sala, vio el pánico en los ojos perplejos de Domingos Propalato. Yendo a colocarse junto al hermano de leche, le oyó decir en un susurro, con desesperación, algo que era como si oyese su sentencia de muerte:

- *iDio cane, Pecchiccio! iSiamo fututi!*

Simple muñeco de la fatalidad, Propalato dio vuelta a la carta y salió punto.

12

«iSono fregato, sono fututo!», repitió Pelancchi Moulas cuando después de Anacreón le llegó el turno a Mirandáo.

De todos los muchachos de su generación, Mirandáo era el único que seguía siendo el mismo jovial bohemio, como si el tiempo no corriera para él, pasando las noches entregado a las emociones del juego.

Un domingo por la mañana, cuando estaba en casa cuidando los pájaros, Mirandáo oyó con toda claridad el mensaje de Vadinho: esa noche, en la ruleta, el 17.

Mirandáo no tuvo un amigo mejor: él y Vadinho fueron como gemelos, inseparables. Tanto era así que el nombre de Vadinho no dejaba de estar en sus labios, ni el recuerdo en su memoria. ¿Cómo lo iba a olvidar si no hubo amigo igual a ése?

Pero aquel día se trataba de algo distinto. El recuerdo de

Vadinho adquiriría la solidez de una presencia, como si él estuviera allí, ayudando a Mirandáo, junto a las jaulas, imitando con su silbido el canto del canario y del *curió*.

La negra Andreza había invitado a Mirandáo a almorzar, a comer un *sarapatel* en su casa. Mientras iba hacia allá, la voz le repitió el palpito, y también lo hizo cuando estaba a la mesa, de mantel blanco e invadida por el perfume del *sarrabulho* y de la salsa de pimienta. El 17 era el número de suerte para Vadinho, pero nunca había favorecido a Mirandáo.

Sólo que ese domingo no tenía un cobre, y entre los invitados de Andreza - el carpintero Waldemar, Zuca, un empleado de servicio rural que no había cobrado aún los sueldos atrasados, el albañil Rufino, el maestro Pastinha... sólo Robato Filho podría quizá disponer de algún dinero para prestarle. El nombre de Vadinho vino al caso y Robato, alzando la copa de cerveza, declamó la oda del poeta Godofredo; pero, en cuanto a dinero, estaba pelado, sin un vintén.

Con el buche lleno y el alma aligerada (nada como un buen *sarapatel* para aliviar el alma en un domingo), Mirandáo se desesperó recorriendo inútilmente las calles en busca de unos pesos. Si encontrase dinero suficiente podría perder algo al 17. Su número era el 3, aunque también lo atraía el 32. Jugar al 17 era tirar el dinero, pero él lo hacía como si depositara flores en la tumba del amigo.

Mas ¿dónde obtener el dinero en domingo? Todo el mundo estaba en el fútbol o en el cine, no había nadie en la calle. Los dos o tres amigos que encontró se negaron a financiarle la suerte, los pesimistas.

Cuando ya iba perdiendo las esperanzas se acordó de doña Flor, su comadre. Nunca había recurrido a ella para sus necesidades de juego, sólo le pidió ayuda alguna vez por enfermedades de los chicos y en una ocasión para arreglar las tejas del techo, pues el dueño se negaba a cumplir las obligaciones de propietario, mostrándose mezquino y desalmado:

- ¿Llueve dentro de la casa? ¿Encima de los chicos? Por mí, señor Mirandáo, puede llover sobre cualquiera; pueden caer las paredes, el tejado, la cumbrera, ¿qué me importa? ¿Es mía la casa? Más bien parece que la casa es de su señoría,

mi caro amigo. Ya va para más de seis años que yo no veo el color de su dinero...

¿Y si estuviese el doctor Teodoro? Desde el nuevo casamiento de la comadre, Mirandáo la visitó sólo una vez, no queriendo imponer su presencia al farmacéutico, quien ciertamente no tendría gusto en verlo, pues él se parecía tanto a Vadinho que podía ser su copia o su retrato; no en lo físico, ya que uno era rubio y el otro mulato, sino en lo moral, o, como dirían algunos, en la falta de moral.

Pero aquella tarde Mirandáo no tenía otro recurso: o molestar a la comadre o renunciar a jugar.

- Mire quién está ahí... - dijo doña Gisa a doña Flor, las dos sentadas a la puerta de calle.

- ¡Dios mío!, también se le apareció a Mirandao... - pensó doña Flor, asustada, pues al lado del compadre venía el ex finado, muy campante y desnudo (no llevaba puesta aquella camisa de mujeres provocadoras).

No, Mirandao no lo percibía. Menos mal. Saludando a doña Flor y a doña Gisa, el compadre preguntó cómo estaba el doctor.

- Está muy bien. Fue a una reunión en la Sociedad de Farmacia.

- Y yo sin saber que tú estabas aquí solita... - dijo Vadinho, aunque sólo doña Flor lo oyó, sin hacerle caso.

Doña Gisa se quedó conversando un poco más y después se fue con el pretexto de que tenía que corregir los deberes de inglés. Mirandao se sentó en la silla que ella dejó libre:

- Discúlpeme, comadre, vine a molestarla porque estoy en un apuro tremendo...

- ¿Alguien enfermo en casa, compadre?

Casi inventa una enfermedad, un hijo con fiebre, la necesidad de comprar remedios o ir al médico... Pero ¿para qué apenar a la comadre, además de birlarle los cobres?

- No, comadre, no se trata de una enfermedad... En realidad, es un asunto de juego...

- Mejor así, compadre.

Y Mirandao se encontró de repente contándole todo con detalles:

- ...La voz de él, igualita, comadre, ordenándome que fuera a jugar hoy, sin falta. Que no dejara de ir...

Doña Flor lo estaba viendo ahí sentado en el borde de la

ventana, bajo la luz de la tarde, Vadinho la miraba con ojos de calavera. Ella hacía lo posible por no mirarlo, pero, aun sin quererlo, su vista se desviaba hacia la desnudez del mozo, la piel blanca y tersa, la pelusa de oro, la cicatriz del navajazo, la boca insinuante.

- ¿Cuánto necesita, compadre?

- Poca cosa...

Fue a buscar el dinero, y Vadinho la acompañó; al llegar al dormitorio la abrazó y le dio un beso. La pobre doña Flor ni gritar podía, con el compadre esperando en la puerta. Su resistencia se desvaneció en el beso.

- ¡Ay, Vadinho...! - gimió finalmente, y ella misma le ofreció entonces los labios, ya perdidos el pudor y la razón.

Vadinho la fue llevando hacia la cama, al tiempo que intentaba desnudarla. De no haber oído los pasos del compadre dentro de la casa, quizá doña Flor hubiese perdido en aquel momento su honor de mujer casada, de esposa honesta. En el último momento volvió en sí, apretó las piernas, se liberó del beso y del vértigo, salió de debajo de Vadinho:

- ¡Qué locura...! Con el compadre ahí...

- Está afuera...

- Está en la sala..., déjame..., ¡qué vergüenza!

Se arregló el pelo con los dedos, y compuso sus ropas, yendo al comedor, donde Mirandao estaba tomando agua. Le dio el billete, empapado por el sudor de su mano.

- Gracias, comadre, no sé cómo agradecerse. Si no gano hoy ya no ganaré nunca. Es algo seguro, es como si el compadre estuviera junto a mí dándome suerte.

Ya en la puerta de calle, Mirandao se rió y reveló su plan.

- Claro que él está empeñado en que yo juegue al diecisiete, pero voy a jugar al tres y al treinta y dos, porque no estoy loco. Una vez, comadre, acerté cuatro plenos seguidos al treinta y dos. Fue sensacional.

- «¡Idiota!»

- ¿Oyó, comadre? ¿Lo oyó hablar? Era la voz de él, ¿no? Dígame...

Doña Flor, sintiéndose desfallecer, el corazón sobresaltado, la boca ardida y seca, habló bajito:

- No haga caso, compadre, a veces también me tienta a mí...

Mirandao no entendió. Ese día, por lo demás, todo estaba embarullado, nada tenía explicación ni sentido. Lo mismo ocurría con la noche, que estaba llegando de repente, súbitamente, del lado del poniente, adelantada la hora, sin esperar los rojos colores del crepúsculo, una noche totalmente azul. El reloj de Mirandao marcó la hora del juego: no debía perder una sola puesta, ni una bola siquiera.

- Adiós, comadre, mañana vengo a pagarle...

- No es necesario, compadre. Si gana, compra de mi parte unos bombones para los chicos... - Hizo una pausa y concluyó, bajando la voz- : ...y de parte de su compadre...

El beso de Vadinho le acarició el rostro como si fuera la brisa de aquella noche azul.

- Hasta luego, mi bien... De noche voy a venir a sacarte de la cama... Espérame... Sin falta, espérame...

13

Noche de domingo. Salones abarrotados, la orquesta atacó un fox y las parejas salieron a la pista de baile; entre ellas, Mi- randao reconoció al argentino Bernabó y a doña Nancy. Cambió por fichas en la caja los cien mil- réis de doña Flor. Puso dos de las más chicas en el bolsillo: «Éstas son para el 17 de Vadinho, más tarde.» Dividió las otras en dos grupos iguales: mitad para el 3, mitad para el 32. En la mesa de ruleta saludó con una sonrisa a Lorenzo Mano- de- Vaca, el croupier, viejo conocido suyo. Con mano certera sacó una ficha para el 3 y otra para el 32. Y he aquí que las dos giraron en el aire y fueron a caer juntas sobre el 17, en el mismo momento en que Lorenzo cantaba el juego. Salió, naturalmente, el 17. Y nunca más dejaría de salir siempre y con seguridad, si no fuera porque un poco después de medianoche Pelancchi Moulas ordenó la suspensión del juego con el pretexto de un desperfecto en la taza de la ruleta.

En el departamento de Zulmira, en el regazo de la mestiza, en la bienaventuranza de sus abundantes senos, Pelancchi Moulas escuchaba el relato del profesor Máximo Sales: la taza y la mesa de la ruleta, desmontadas pieza por pieza y sometidas a todas las pruebas, no revelaron ninguna inclinación o defecto, ninguna señal de marrullería.

- Yo ya lo sabía... Es inútil... - gimió el pobre rey.

Allí, en esa dirección que sólo unos pocos conocían, se escondía el gran hombre, el dueño de la ciudad, el jefe del gobernador, huyendo de los cargosos y de las preocupaciones. En su escritorio («Pelancchi Moulas, empresario») había un desfile permanente, de la mañana a la noche: individuos de la más variada especie, comisiones de todo tipo, cada cual con su lista, su carta, su pedido, su problema, su mutilación, su cuento. Todos venían en busca de dinero.

Dinero para construir iglesias, comprar campanas, contribuciones para hospitales y obras de caridad, para asilos de ancianos y reformatorios infantiles, ayuda para excursiones de estudiantes al sur y al norte del país. Periodistas y políticos, ávidos, insaciables, necesitando todos ellos algún dinerito para salvar a la patria, a la moral cristiana, a la civilización y al régimen de la tenebrosa y fatal amenaza de la subversión y del ateísmo. Literatos con proyectos de revistas y originales de libros: «Usted es amigo de la cultura, de las letras y de las artes, de la poesía; es el mismo Mecenaz resucitado.» (Pelancchi tenía ganas de responder: «Mecenaz es la puta que los parió», en vez de eso soltaba un billete de veinte o de cincuenta, según que el sablista fuera un joven genio o un viejo sonetista.) Reformadores, moralistas, católicos, protestantes, ocultistas, todos los que combatían las malas costumbres y la anarquía, el peligro comunista y el amor libre, el inicuo abandono de las reglas de la gramática portuguesa (el pronombre indeterminado al iniciar las frases), y el escandaloso escote de las mallas en las playas (exhibiendo todo, hasta las vísceras). La Asociación de Madres de Familia en Permanente Vigilia contra el alcohol, la

prostitución y el juego («madres de familia» quería decir, principalmente, Antonio Chinelinha, que entonces estaba en los comienzos de su prometedor carrera); la Sociedad Protectora de las Misiones en Oceanía; la Campaña Contra el Analfabetismo, del mayor Cosme de Faría; la Devoción de San Genaro, y el Club Carnavalesco de las Alegres Morenas de Cabula; enfermos de todas las enfermedades, desde la lepra al cáncer, desde la bubónica al beriberi, desde el mal de Chagas al de San Vito, y los batallones de ciegos, de cojos, de mancos, para no hablar de los locos y de los que, simplemente, iban a pedir dinero sin ningún pretexto, con la cara más fresca de este mundo.

De todo eso descansaba Pelancchi en el departamento y en los senos de Zulmira, preciosos refugios, ahora más que nunca: sólo en ellos podía hundir el miedo pánico que lo asaltaba, que lo dominaba. Allí oía a sus auxiliares: unos pesados, unos babosos.

Sin darse por vencido, Máximo Sales exponía un plan audaz y simple: ¿Por qué no aprovechar la ruleta desmontada y poner todo en claro? ¿Cómo? He aquí cómo... Alabeando el plato de la ruleta hasta hacer imposible que la bolita caiga en el sector del 17. Un truco tan viejo como el mismo juego de la ruleta. Sin duda era peligroso y desde luego deshonesto; pero, no siendo así, ¿cómo obtener la última prueba?

Máximo mantenía su posición inicial: todos esos presuntos absurdos, en los que Pelancchi veía la mano del destino, no pasaban de ser un truco monstruoso, obra de una banda - ¡extranjera!- de acuerdo con fiscales y croupiers, y con Arigof, Anacreón y Mirandáo.

«Qué banda ni qué extranjeros..., *isono /regato, sono fatuto!*»

Para Pelancchi Moulas toda esa charla de Máximo Sales era pura pérdida de tiempo, nada más. Ni banda ni martingala. Era mucho peor: sus enemigos, para arruinarlo, echaban mano a las fuerzas sobrenaturales, incontrolables, extraterrenas.

En el curso de su vida, no siempre fácil, Pelancchi había sembrado odios profundos, mortales enemistades. Cuando se hizo necesario, su mano fue pesada y dura, dejando a su paso un rastro de maldiciones y de juramentos de

venganza. Ahora se veía acorralado, entre el hechizo y la brujería.

Pelancchi no temía luchar con los hombres, era un recio adversario. Pero este gángster moderno, este hijo del siglo de las luces y de la técnica, se metía debajo de la cama al primer ronquido del trueno, se moría de miedo ante la fulgurante luz de los relámpagos, y en esos casos se convertía de nuevo en una criatura de Calabria, en un chico campesino, hijo de la superstición y de la miseria.

- *iMaledetto, sono stregato!*

- Pues muy bien - dijo Máximo Sales, que sólo temía a los hombres y no creía en las almas del otro mundo; era librepensador y escéptico, y procuraba encontrar una explicación racional y lógica para todo tipo de fenómeno- ; pues muy bien, pongámoslo en claro. Combemos la ruleta y veamos qué pasa. Está prohibido y es deshonesto, y a usted no le gusta este recurso ni a mí tampoco. Pero se trata de un recurso extremo, y más deshonesto es lo que le está pasando a usted, ¿no le parece? Si una vez alabeada la ruleta todavía se diera el diecisiete - y bien sabe que es imposible que se dé- , yo estaré de acuerdo con usted: entonces es cosa del diablo y confiaremos la solución a los macumbeiros.

Pelancchi Moulas se encogió de hombros: si era para realizar la prueba, y sólo para eso, que Máximo hiciera lo que mejor le pareciese, que alterase la ruleta, pero con el máximo cuidado y discreción.

- Yo mismo me encargo del trabajo, quédese tranquilo.

- Y sólo por una noche.

- De acuerdo, sólo por esta noche.

Restregándose las manos, Máximo fue a realizar su delicada tarea. A Pelancchi Moulas todo eso le parecía inútil. Era tiempo de poner su fortuna y su destino en manos más competentes que las de Máximo y las de la policía. Si había alguien capaz de descubrir la explicación del enigma, ese alguien era Cardoso y S.^a, el carismático filósofo cuya mente sublime se proyectaba en el más allá, en los páramos del infinito: un destello en el espacio cósmico que revelaba el pasado y el futuro, pues él vivía al mismo tiempo en el ayer, en el hoy y en el mañana, en las luminosas cumbres y en los negros abismos.

Zulmira tampoco tenía dudas: era brujería, era el demonio suelto. Ella no se lo había dicho antes para no aumentar sus preocupaciones, pues ya tenía Pequito bastantes motivos de inquietud: en el Pálace, en la víspera, cuando se suspendió el juego, tal como ya le había sucedido anteriormente, un fantasma le palpó los pechos y le hizo cosquillas. Y no contento con eso - ¡qué horror, Dios mío!- se metió bajo sus faldas y le pellizcó las nalgas:

- Mira, Pequito... Fíjate...

Levantó la bata. Por debajo relucía la piel color cobre, en la que él observó las marcas rojiazules de los dedos de Vadinho, definitiva prueba de la intervención de lo ignoto.

- ¡Accidente! - exclamó el calabrés, y sacando fuerzas de flaqueza, se hundió en ese oscuro misterio.

15

¡Insensato e insolente!... Vadinho siempre fue así y no había cambiado en los años de ausencia:

- De noche vuelvo para sacarte de la cama... Espérame...

Como si doña Flor fuese la última de las perdidas, tan disoluta como para entregarse al libertinaje mientras el esposo dormía a su lado. En la cama de hierro, el doctor Teodoro duerme el famoso sueño de los justos, su noble figura en plácido reposo, la respiración uniforme, como si roncase al ritmo del fagot.

Doña Flor contempla el honrado rostro del marido y la embarga una ola de ternura: no existe un hombre mejor, un esposo tan perfecto. Ánimo fuerte, carácter impoluto - también llamado diamantino...- ; doña Flor decide liberarse de una vez para siempre de aquel enredo turbio e insoportable, indigno de su condición y de su honestidad.

Sería mejor esperarlo en la sala, pasar allí la velada. Al mismo tiempo sería más seguro: no corría el riesgo de verse en los brazos de Vadinho en el mismo cuarto en que dormía el otro esposo (el bueno, el probo). Porque ella, esclava de los sentidos, del cuerpo vicioso, de la vil materia, teme entregarse imprevistamente. Su voluntad ya no le obedece, sus fuerzas se desvanecen apenas surge

Vadinho, y, cuando él se arrima, le da un vértigo y queda a merced del seductor. Ya no era dueña de su cuerpo, la indócil materia no obedecía más a su espíritu, sino al deseo de Vadinho.

Aún no se había entregado, es verdad, pero quizá fuese porque Vadinho casi no se dejó ver en los últimos días, de nuevo entregado a la timba, a la vida airada, desaparecido. Así que ésta era la noche. Fue tan categórico, tan incisivo: «Espérame, espérame sin falta, que esta noche te vengo a buscar a la cama.» Ni siquiera tenía para con ella la menor consideración: hizo la promesa de venir y allá se quedaba demorándose en el juego. Si es que no estaba en algún prostíbulo. Doña Flor camina por la sala, abre la ventana, escudriña la calle, cuenta los minutos.

Tantos juramentos de amor, tanta declarada pasión, todo mentira. Allí estaba ella, solita, esperándolo, y él no era capaz de sacrificarle una sola jugada. Hasta puede que venga después de la última bola.

Sin embargo, el juego ya había terminado. Doña Flor conoce bien los horarios, está familiarizada con todos los detalles. Esta vigilia esperando a Vadinho tuvo sus comienzos hacía ya muchos años. ¿Dónde estará ahora, qué fiesta lo retendrá, por quién habrá cambiado la promesa hecha a doña Flor? Vadinho, ¿por qué abusas así de mis sentimientos, por qué no vienes si hiciste la promesa de venir y yo te espero sumida en el desprecio a mí misma? ¿Qué me importa la honra, la decencia, el hogar feliz, el noble marido? Sólo me importa tu presencia. ¿Por qué se la anunciaste a mi deseo?

Por la mañana, en la clase de cocina, doña Flor, nerviosa y abstraída, casi pierde el punto del arroz de *haussá*. En el fondo de la casa se oía a Zulmira Simões Fagundes, que contaba algo, muy excitada:

- Chicas, es cosa de sortilegio, ando con un miedo... ¿Ustedes no se acuerdan que el otro día, aquí, en la clase, sentí que algo me palpaba el seno? ¿Pues saben que la cosa continúa...?

Las alumnas no salían de su asombro:

- ¿Qué? ¿Cómo? Cuenta...

- Ayer por la noche yo estaba en el Pálace...

- Tú no pierdes una *soirée* en el Pálace...

- Forma parte de mi trabajo...
- Un trabajo así es lo que yo querría...
- Cuenta, Zulmira...
- Pues ayer a la noche yo estaba en el Pálace con mi patrón y a la ruleta le pasó algo..., sólo se daba el diecisiete... Doña Flor escuchaba, pensativa.
- En el momento de mayor confusión, sentí que la misma cosa invisible me tocaba los senos y después... - bajó la voz- ...me dio un pellizco en las nalgas...
- ¿Pellizco de algo invisible? No me diga... - dijo dudando una señora poco afecta a los misterios y de trasero inocuo.
- ¿No lo cree? Pues todavía tengo la marca.

Como no estaba dispuesta a pasar por mentirosa, Zulmira levantó la pollera y exhibió un anca que podía causar envidia incluso a las colegas más bien servidas en materia de cuadriles. Un tanto borrosa, allí estaba la marca de los dedos de Vadinho. Silenciosamente, doña Flor salió de la sala. Lo esperó durante todo el día, con tristeza. Vadinho no vino. Tampoco en la segunda noche. Toda su pasión era mentira, su delirante amor sólo era falsedad e hipocresía. Ella en vela, esperándolo, y el trasto tan tranquilo en el juego o bajo las polleras de Zulmira pellizcándole las nalgas. Vadinho, cínico e irresponsable, falsario y desleal, sin corazón... Y doña Flor se sentía libre de toda contradicción, libre a un tiempo del pudor y del deseo. Pero triste.

Al llegar la hora de la victoria, el profesor Máximo Sales no se llenó de soberbia; por el contrario, modestamente, atribuyó el éxito al antiguo proverbio, a la probada fórmula: «a ladrón, ladrón y medio». Era erudito sin soberbia, un verdadero humanista. Pero que no le viniesen con historias de espíritus- del- otro- mundo, ni charlatanerías sobre embrujados y hechizos. Bastó con desnivelar la ruleta para que toda la brujería se disolviese, indicando la existencia de la trampa; ahora faltaba solamente descubrir al responsable, al jefe, al cabecilla de la banda, y ajustarle las

cuentas. Ignorante del complot, Lorenzo Mano- de- Vaca echaba la bolita en el plato de la ruleta: en la víspera sólo se dio el 17, y hoy no había salido una sola vez en toda la noche. El rostro de Pelancchi Moulas estaba menos tenso. Él le temía a lo sobrenatural y a nada más. Pero ¿cómo iba a ser ésa una fuerza cabalística si era incapaz de superar el arreglo de la ruleta? Máximo le había quitado a la martingala su máscara de misterio, y Pelancchi, con su brazo largo e insuficiente, alcanzaría al responsable y le haría pagar con intereses el dinero ajeno, la audacia, la insolencia, y sobre todo las horas de pusilanimidad, el miedo declarado, el pánico que le había roído el corazón. Entre Zulmira y Domingos Propalato, de nuevo en paz con el mundo, Pelancchi sonreía a los jugadores: no podía haber una sonrisa más cordial y afable. Mientras tanto, Mirandáo, desertor y borracho, dormía en el burdel de Carla, en el hermoso y discreto *boudoir* rosa. La noche anterior, cuando Pelancchi Moulas, visiblemente descontrolado, ordenara la suspensión del juego, Lorenzo Mano- de- Vaca, el croupier, y Domingo Propalatos, allí presentes, no fueron los únicos que al fin se vieron liberados de aquella indescifrable pesadilla. No se sintió menos aliviado Mirandáo, en medio de un mar de cifras, tan absurdo y tremendo era el asunto. Mientras en la ruleta se cantaba el 17, Mirandáo se mantuvo entre la euforia y el terror. Euforia debido a su descomunal suerte, terror ante lo ilimitado de esa diabólica suerte suya. Aquella noche se rompieron los diques de la fortuna y todas las fichas de los casinos obedecían a Mirandáo. Pero esa suerte ¿le pertenecía realmente a él? Todo era sospechoso y extraño por demás: oyendo la voz de Vadinho, a partir de la mañana, junto a las jaulas, luego a la hora del *sarapatel* y después por la calle. Más tarde la visita a doña Flor, sus extrañas palabras, sus frases oscuras, y el insulto del finado, que él oyera como si además de Mirandáo y la comadre, también Vadinho tomase parte en la conversación. Y después, el comportamiento mágico de las fichas, yendo a caer en el 17 cuando él las echaba al 3 y 32. A medianoche, Mirandáo quiso hacer una prueba temeraria, apostando de nuevo a sus números predilectos, cargándolos de fichas. Pero todas ellas, por su cuenta y nadie sabe cómo, aparecieron en el

17. Finalmente, ¿qué era Mirandáo? ¿Un jugador o un juguete del destino? Cuando salió del Pálace, convertido en un arrogante millonario, pero con el corazón afligido, se encaminó al burdel de Carla, lugar apropiado para las conmemoraciones de los hechos grandiosos como aquél, y un lugar acogedor en las horas de angustia. Confió su dineral a la gorda italiana, señora de mucha integridad y escrúpulos (autorizándola, claro es, a gastar en la fiesta lo necesario, sin mezquindad). De este modo se precavía del exceso de cariño de las mujeres o del súbito afecto de los múltiples amigos cuando quedase borracho. Porque esa noche Mirandáo se disponía a tomar la tranca de su vida, ahogando en ella los términos del enigma, los fragmentos de tanto desvarío.

La fiesta, regida por la gorda Carla, duró hasta el día siguiente y los más resistentes, como los literatos Robato Filho y Áureo Contreiras (siempre con una flor en la solapa) y el periodista João Balisla, se quedaron a almorzar en el burdel... una *feijoada* genial y arrasadora, con *cachaca* y vino seco. Sólo después de semejante maratón cayó Mirandáo desplomado, llevándoselo en andas las chicas, como si fuese un muerto. Lo desvistieron y le dieron un baño libio, de inmersión, envolviéndolo luego en perfume y talco y tendiéndolo, dormido por fin, en una cama de colchón de *barriguda*, en el *boudoir* reservado a los huéspedes de honor, todo en satén rosa.

Mirandáo y algunos otros invitados sensibles, como la ya citada Amesina (Ame de Américo, su padre, y Sina de Rosina, su madre), sintieron en el ambiente la presencia de una fuerza irreprimible que dirigía la fiesta. ¿Cómo explicar, si no es así, el número de la gorda Carla bailando la danza de los siete velos, espectáculo sublime y monstruoso?

Máximo Sales, aunque escéptico, realista y librepensador, también tuvo la impresión de que lo observaban, cuando, aquella tarde, en la sala de juego (con la sola ayuda de Domingos Propálalo, hermano de leche de Pelancchi), realizaba, con pericia y concienzudamente, con la perfección de un artista, la difícil tarea de examinar la ruleta. Por momentos, la sensación era tan fuerte y extraña que suspendió el trabajo y recorrió la sala con la mirada en busca del invisible testigo.

Alrededor de medianoche, en momentos en que el juego alcanzaba la mayor animación, Mirandáo, desde el fondo de su sueño de piedra, bajo el peso del cansancio y el alcohol, volvió a oír la misma voz de la víspera. Al principio vagamente, luego con claridad; era igual a la de Vadinho y le ordenaba volver a la mesa de ruleta con urgencia: al Pálace, rápido, a jugarle al diecisiete y sólo al diecisiete. ¡Vamos! Al abrir los ojos, Mirandáo se encontró a solas con las sombras de la noche y aquella voz. Encogido bajo las sábanas, muerto de miedo, se tapó los oídos con la almohada. No quería oír. La víspera, en plena fiesta, Anacreón le preguntó: «¿Tú también oíste la voz de Vadinho susurrándole al oído? No hay otro amigo como él. Ni después de muerto se olvida de uno.» Mirandáo no quería oír, pero no podía dejar de hacerlo, oía con toda claridad, estaba poseído, embrujado, con un *egun* monlado en su cuello. Necesitaba ir cuanto antes al candomblé de la Madre Senhora para *rezar o corpo* y ofrecer un gallo a los orixés, o quizá un cabrito.

A través de la almohada, intimidante, proseguía la voz, casi amenazadora. Mirandáo no encontró una salida más digna, menos humillante que gritar a lodo pulmón, clamando socorro y alarmando al burdel. Pidiendo disculpas al meritísimo magistrado, cliente ilustre y lento, que eslava entregado a su competencia, la buena Carla fue a atender al aterrado huésped. Cuando lo tomó en sus brazos y lo escondió en su seno, Mirandáo le juró por el alma de su madre y por la felicidad de sus hijos que jamás volvería a jugar. Jamás en su vida. No habría fuerza humana (o sobrehumana) capaz de hacerle tocar otra vez una ficha.

Cuando sonó el teléfono hacía ya dos horas que Giovanni Guimarães dormía. Después de casado se acostumbró a acostarse y levantarse temprano, hábitos éstos, en opinión de la esposa, extremadamente saludables. Nada tan útil y necesario para gozar de buena salud y tener éxito en la carrera, sobre todo para quien había perdido antes tantas

noches, llevando una vida extravagante y censurable. He ahí un hombre - el conocido periodista Giovanni Guimarães - cuya vida se transformó por completo y en poco tiempo. De un día para otro, como se dice. Una prueba de las excelencias del matrimonio con una mujer dedicada y enérgica, poco dispuesta a aprobar excesos y relajos. Giovanni conservaba su alegría fácil, su risa espontánea, sus mentiras, sus exageraciones. En apariencia era el mismo, el buen conversador, el que conocía todos los pormenores de la vida de la ciudad: políticos, financieros, adulterinos, todos. Pero sólo en apariencia. Porque el bohemio incorregible, el trasnochador, el jugador, ya no existían más, para asombro de muchos.

Cierta vez, cuando era soltero, la familia, alarmada con las noticias que llegaban al latifundio de Urandi, mandó a Bahía a un primo recaudador, con fama de carcamal, para que observara el comportamiento del hijo pródigo. El carcamal se hospedó con Giovanni en el apartamento del célibe, en la Piedade, y, para cumplir mejor su delicada misión, lo acompañó en sus andanzas durante una semana inolvidable. Al volver, resumió su diagnóstico en una sola palabra: «¡Irrecuperable!»

Al menos, eso parecía: despilfarrando lo que ganaba, así como la renta de la herencia, en los antros de juego y por ahí, Giovanni había cambiado el día por la noche, apareciendo por la repartición sólo para cobrar el sueldo. Acribillado de deudas y simpatizante de ideas sospechosas, ¿de qué le servían su prestigio de periodista, el brillo de su inteligencia, la irradiante simpatía que le ganaba la amistad de todos?

Ya reintegrado a sus recaudaciones, en el seno de la religión y la familia, el pariente consideraba extremadamente improbable la regeneración de Giovanni; tendría que ser un imbécil rematado para abandonar esas delicias, y sobre todo una de ellas, gracioso ornamento de la casa de Zazá, llamada Jucundina, más conocida por Cosita Dulce. Cayéndosele la baba, el recaudador comunicaba a la llorosa familia:

- Pierdan las esperanzas... Es un disoluto... No tiene arreglo...

Sin embargo, lo tuvo. Cuando ya se le consideraba un caso

perdido, un incorregible, llegó el amor y en dos meses lo llevó al casamiento. Hubo quienes compadecieron a la novia: «Pobre, va a maldecir el día en que se casó, ese Giovanni es un loco.»

Decían esto porque no conocían a la joven, engañados por su tranquila apariencia, por sus moldes casi tímidos. Seis meses después del casamiento, el carcamal del sertón, otra vez en la capital, dijo meneando la cabeza: «¡Pobre Giovanni!», y salió a toda prisa hacia la casa de Zazá... quizá Cosita Dulce estuviese todavía disponible y le gustase ir a conocer el campo y la vida rural.

Era otro Giovanni: nadie lo vio más en la mesa de juego o en una farra de cualquier clase. Una vez cada dos meses arriesgaba diez tostones a la quiniela, y eso era todo. Ella era una hermosura de mujer, de esas de película... Además, ahora era también un señor muy respetable, un perfecto funcionario; un padre de familia como es debido, dándole el brazo a la esposa cuando iba por la calle, y el otro a su hija Ludmila, un *trem- de- rísco*. ¡Un cuadro conmovedor!

Le había salido un principio de calvicie, tenía ideas conservadoras, hábitos principescos y ambición de tierras y bovinos: como se ve, era un hombre totalmente recuperado para la sociedad, la familia y el latifundio.

Ya hacía, pues, más de dos horas que estaba durmiendo Giovanni cuando sonó el teléfono. ¿Quién sería?

- ¿Es Giovanni? - preguntaron.

- Sí. ¿Quién habla?

- Habla Vadinho, Giovanni. Vente corriendo al Pálace y juega al diecisiete, juega sin miedo, que va a darse, te lo garantizo yo. Pero vente rápido, corriendo...

- Voy ahora mismo.

Se vistió a prisa, procurando no hacer ruido. Mejor que la esposa no se despertara, no tenía tiempo para explicaciones. Con tanto apuro por salir se olvidó las llaves, los documentos y la cartera con el dinero. Por la esquina pasaba un taxi y lo tomó, y sólo cuando iba a pagar se dio cuenta de que le faltaba la cartera.

- Me olvidé la cartera...

- No es nada, doctor... Después voy por el diario a cobrar...

- Giovanni reconoció al chófer, Cígano, siempre en su

puesto a la madrugada.

Reconoció al chófer, pero no se reconoció a sí mismo, Giovanni Guimarães. ¿Qué diablos estaba haciendo ahí frente a la puerta del Pálace, a la una de la mañana? Fue despertado por una llamada telefónica. Era Vadinho, recomendándole el diecisiete. Pero Vadinho había muerto hacía unos cuantos años, antes de que él, Giovanni, se casara. Seguramente se trataba de un sueño, de una alucinación. Pero, sueño o pesadilla, ya que se encontraba allí y el mal estaba hecho - saliendo de su casa por la noche y a escondidas, ¡ay!, imposible evitar las consecuencias- , lo mejor que podía hacer era aprovechar el palpito. Lo envolvía el aire de la noche y de la libertad, y, al subir las escaleras hacia el juego, Giovanni se sintió casi un héroe.

A pesar de la hora tardía había mucho movimiento en el salón, sobre todo en la mesa de ruleta, y fue recibido con saludos cálidos:

- Felices los ojos que lo ven...

- ¿A qué se debe el milagro?

Acercándose a Pelancchi, el periodista consultó:

- ¿Puedo hacer un vale? Salí con tanto apuro que me olvidé la cartera y el talonario de cheques...

- Lo que quiera... La caja es suya...

- Sólo lo necesario para probar un palpito... Soñé con el diecisiete...

- ¿El diecisiete?

La sonrisa de Máximo Sales se acentuó, pero Pelancchi Moulas sintió una corazonada, un presentimiento. Giovanni hizo el vale y tomó las fichas poniendo dos sobre el 17.

- Hoy no se dio una sola vez - comentó alguien.

- No va más... - se oyó la voz de Lorenzo Mano- de- Vaca.

La bolita giró en la bandeja alabeada de la ruleta... imposible que se diese el 17. La cara de Máximo Sales, bienaventurada como la de un santo; la de Pelancchi Moulas, tensa.

- Negro. Diecisiete - anunció Lorenzo Mano- de- Vaca.

Tarde de sábado, de melancolía y lluvia. Se le hacía tan difícil estar a solas con su tristeza. Ni eso conseguía doña Flor. Con paraguas y capa, allá se había ido el doctor Teodoro al ensayo en casa del doctor Venceslau. Doña Flor se disculpó: tenía jaqueca y pocas ganas de hablar sobre figurines y recepciones y sobre la vida ajena. Tampoco la atraía la monotonía del ensayo. Eso no se lo dijo, está claro; por el contrario, se lamentó de no poder oír, una vez más, la nueva composición del maestro Agenor Gómez, tan de su gusto, un lánguido vals en homenaje a doña Gisa, de quien el músico se hiciera amigo: *Suspiros en una noche de luna en el Mississippi*. Además, hacía un rato que doña Gisa la invitara a una demostración de *capoeira*, en unos baldíos que quedaban por el lado de Amaralina: esa gringa pizpireta siempre con novedades. Pero ¿cómo aceptar, si ni siquiera accedió ir al ensayo, caída físicamente como estaba y con el ánimo por los suelos? Lo mismo les dijo al doctor Ives y a doña Emina, fieles a las *matinéas* de los sábados, yendo casi siempre al mismo cinematógrafo. También doña Norma le había hecho una invitación:

- Ven a fisgar la brisca, el juego no impide que se converse.
- Gracias, Normita. Si tuviera ánimos habría acompañado a Teodoro. Lo dejé ir solito... Doña Norma aprobaba:
- Lo vi cuando pasó hacia el tranvía. Iba desolado, con cara de muerto. Ese marido tuyo te adora, Flor.

Era una injusticia no haberlo acompañado al ensayo: el marido le pedía tan poco a cambio de tanto amor y devoción. Mientras que el otro... No quería pensar en el granuja, en el malvado. ¿Por qué será tan contradictorio el corazón de uno? ¿Por qué deseaba ella, finalmente, estar a solas? La alegría más grande del doctor Teodoro era tocar el fagot en los ensayos cuando asistía doña Flor, oyéndolo y animándolo. Y ella no quiso ir... ¿Por qué, si no es por la esperanza de que el otro viniese, aunque fuera haciendo una escapada de su eterna noche de juego?

Quizá era eso, sí, pero para decirle toda la verdad, para echarlo, para romper toda relación con él. ¿Sería así, verdaderamente? ¿Para decirle esa verdad o la otra? ¿Cuál de las dos verdades le diría?: «Tómame, Vadinho, tómame entera, ya no puedo aguantar más.» ¿Cuál de las dos

verdades le diría? ¡Ay!, en la batalla entre el espíritu y la materia, ella era nada más que un pobre ser desesperado. De la casa de al lado llega la voz de Marilda, en un canto de amor. La estudiante de pedagogía era ya casi novia; la joven estrella de la radiodifusión todavía no estaba comprometida oficialmente, porque el pretendiente, con abundancia de cacao y de prejuicios, le exigía que abandonara la radio. Que cantara sólo para él y para nadie más. Mucho le había costado a Marilda llegar ante los micrófonos y cubrir la ciudad con su pequeña voz melodiosa. ¿Por qué pagar por el novio un precio tan elevado? Con toda confianza, le pedía consejo a doña Flor. Pero doña Flor ya no sabía aconsejar a nadie, ni a sí misma, tan perdida estaba en su propia confusión. Ya no era más una única persona, siempre igual, entera e íntegra: estaba dividida en dos, la casta y la lasciva, por un lado su recto espíritu y por el otro las ansias de la materia. Todo un desacuerdo. El doctor Teodoro había salido bajo la lluvia, protegiendo el fagot con la capa, pues para él sólo dos cosas eran sagradas en este mundo: doña Flor y la música. Por la esposa y por el son del fagot, si fuera preciso, sacrificaría la farmacia y las ganancias, las tesis científicas y su situación social. Un hombre recto, ejemplo de maridos. El otro era un tarambana, un vago y nada más. A pesar de haber resuelto deshonrarla por segunda vez, no era capaz de sacrificar nada para conseguirla, ni siquiera un minuto de sus horas de jarana. Lo mismo sucedió la primera vez: no le había dado nada, nada le había concedido... Para doña Flor, nada más que las sobras del libertinaje. «Espérame, voy hasta ahí, ya vuelvo», y no volvía. Era un Belcebú de las trampas y la conversación engañosa.

Manida se arrodilló a los pies de doña Flor:

- Florcita, dime, ¿qué hago? El canto es mi vida, pero mamá dice que mi vida es el casamiento, es tener un hogar, marido e hijos; que el resto son caprichos de chiquilla. ¿Tú qué me dices?

¿Qué podía decir doña Flor? «Vete ya, maldito, déjame ser honrada y feliz con mi esposo», o si no «tómame en tus brazos, penetra en mi última fortaleza, tu beso vale por cualquier felicidad»... ¿Qué decirle? ¿Por qué cada criatura

se escinde en dos? ¿Por qué es necesario siempre desgarrarse entre dos amores? ¿Por qué el corazón contiene a un tiempo dos sentimientos en guerra, opuestos?

- Tienes que decidirte por una cosa o por otra: la carrera o el casamiento.

- ¿Y por qué tengo que elegir, por qué no puedo casarme y continuar cantando, si él me gusta y también me gusta cantar? ¿Por qué escoger si las dos cosas me gustan? ¿Por qué, dime?

¿Por qué, doña Flor? A través de la ventana abierta llega la voz del enamorado en busca de Marilda y a la moza se le ilumina el rostro que ostenta su hermosura de medalla- y sale corriendo. Doña Flor la sigue con la mirada: no era el viento lo que le alborotaba los cabellos y le rodeaba las piernas, era Vadinho...

- ¡Vadinho! Con Marilda, no... ¡No te lo permito!

Riéndose, él se acurruca a los pies de doña Flor, en el sitio dejado por Marilda, y le abraza las piernas, posando su cabeza sobre las rodillas.

- Déjame en paz... - dijo doña Flor enojada.

- ¿Por qué eres así conmigo, mi bien? Siempre enfadada... El muy cínico todavía pregunta por qué. Como si no le hubiese dicho: «en seguida vengo, espérame sin falta». Noches de insomnio, días de amargura, de acongojada espera. La única noticia que tuviera de él, de ese cabeza loca, le llegó escrita en las nalgas de Zulmira. Sí, señor, asimismo. Y todavía pregunta.

- Pero si tú me dijiste que no querías verme más, que me fuera para siempre, ¿no fue exactamente así? Entonces fui a divertirme un poco con Pelancchi, un relajo, casi me muero de risa...

- ¿Con Pelancchi o con su secretaria?

- ¿Estás celosa, mi negra? Hice bien en pensar que si desaparecería por unos días ibas a pedirle a Dios que volviese. Me dije: está loquita por dárseme, no resiste más...

- ¿Quién te dijo? Pues es mentira. Soy una mujer honrada, quita de ahí la mano.

Mano y labios le quemaban la piel, los labios sobre su boca, la mano oculta en su vientre, en su último reducto. Se le hace insoportable la languidez del cuerpo, se le quiebran

las últimas resistencias. Al mismo tiempo que se declara honrada e indoblegable, le entrega su boca sin siquiera cobrarle su ausencia y los suspiros de Zulmira. El vértigo la dominaba y no tenía fuerzas para oponerse a sus avances, para defender el límite final de su honra. ¡Ah! ¡Si al menos tuviera a quién pedir socorro! Vadinho está apurado, tiene que volver al juego, vino con prisa: «Vamos a yogar en la cama, mi amor.» Ella se puso de pie, en los brazos de él..., ya no le resiste..., ¿qué le importan marido y honra? «Donde quieras, mi amor.»

Pero en ese momento Dionisia de Oxóssi cruzaba la puerta y decía:

- ¿Qué le pasa, comadre? Qué pálida está... Sentándose de nuevo, salvada por milagro, doña Flor murmura:

- Dios la mandó, comadre Dionisia. Sólo usted puede ayudarme. Siéntese junto a mí.

- Pero ¿qué es lo que tiene usted, comadre? Está toda temblando...

Doña Flor tomó entre las suyas las manos de la *iawó* de Oxóssi:

- Comadre, necesito que alguien encuentre el modo de librarme de Vadinho, que le ordene irse para siempre y que no lo deje perturbarme. Hace tiempo que me está perturbando, y yo ya no soy yo, ni sé lo que hago, se me acabó la voluntad.

- ¿Mi compadre, el finado?

- Haga que él vuelva a su paz, porque si no, comadre, no sé lo que va a pasar... Ni se lo puede contar... A toda hora quiere que vaya con él; ahora mismo quería que fuese, cuando usted llegó, y me dio una flojera que casi voy... Si esto continúa, acabará llevándome...

Dionisia se tapó la boca con la mano para no gritar:

- ¡Ay, comadre! Tenemos que apurarnos, hay que hacer pronto algo. Ahora mismo voy a hablar con el padre Didí. Por suerte sé dónde está, cumpliendo su mandato. Estas cosas de *egun* no son para cualquiera. Sólo para los que tienen bastón de *ojé*. ¡Ay Dios mío, comadre...!

- ¿Didí? - Y doña Flor se acordó de repente de aquel negro flaco del mercado de las flores que le dio el *mokan* para la tumba de Vadinho- . Vaya, comadre, vaya aprisa. Si hay alguien que pueda salvarme, es él. Si no, comadre, estoy

perdida, va a ocurrir una desgracia irremediable.

- Ahorita mismo...

Y Dionisia se marchó, protegida por su collar de Oxóssi, toda encogida de miedo a los *egun*, pero con el firme deseo de salvar la vida de la comadre: «una desgracia irremediable», ¿qué otra cosa podía ser sino la muerte? Aprisa, Dionisia, más aprisa por los ocultos y estrechos caminos del reino de Ifá: en su encrucijada encontrarás al *babalaó* y sus poderes.

- Mi padre - dijo la *iawó* al besarle la mano- . El finado quiere llevarse a mi comadre, sálvela, amarre al *egun* en su muerte. - Y le contó la historia, la parte de la historia que ella conocía.

En ese mismo instante, empapado, regresaba el doctor Teodoro. A causa de la lluvia no hubo ensayo. Bebió un sorbo de licor, precaución contra la gripe, se puso el saco del pijama y tomando el fagot ejecutó para doña Flor fragmentos escogidos de su selecto repertorio. Mientras lo oía, ella se fue recuperando del susto y de la tristeza, de la rabia contra sí misma por ser una casada de frágil virtud. Ya no tienes nada que temer, Teodoro, yo te amo y soy tuya y solamente tuya; este sábado, con derecho a bis, y mañana y para siempre. Ningún corazón debe tener dos amantes a un mismo tiempo; mandé que me arrancasen la mitad de mi ser, y aquí estoy, de nuevo entera, íntegra, oyendo tu música en el fagot; aquí está, Teodoro, tu honrada esposa.

Al otro lado de la noche de Bahía se encendió un relámpago y dentro de él el *babalaó* hizo el *jogo dos búzios* con el ruego de Dionisia, hija de Oxóssi. Entonces la lluvia se convirtió en tempestad, rugió el trueno, se alzó furioso el mar, y las *orixás*, cabalgando rayos y relámpagos acudieron, uno a uno, en obediencia a la llamada del *Asobá*.

Todos dijeron sí, menos Exu que dijo no.

El mensaje de Pelancchi Maulas le llegó al místico Cardoso y S.^a cuando estaba en la Iglesia do Passo visitando su propia tumba, como lo hacía en cada aniversario de su muerte. De esa muerte suya ocurrida cuando se llamaba Joaquim Pereira, un potentado bahiano fallecido en su solar de Corredor da Vitoria, allá por 1886. Fue aquél un velorio rumboso, un entierro con gran acompañamiento de hermanos masones y de colegas del comercio al por mayor, con asistencia del gobernador de la provincia, y con plañideras y misa de cuerpo presente.

Eran múltiples las tumbas de Cardoso y S.^a; múltiples y esparcidas por el mundo adelante: una monja descubierta en la Gran Pirámide; una verdadera pieza de museo, enterrada en las nieves eternas de los Alpes, cuando él los cruzara en la vanguardia de los ejércitos de Aníbal; otra en las arenas del desierto árabe, siendo él por entonces Zalomar, en su caballo zaino. En Francia murió por lo menos dos veces, y otras tantas en Italia; murió asimismo bajo las torturas de la Inquisición en España, por alquimista y herético; fue rico y pobre, mendigo y cardenal; vendió dátiles en Egipto, a la puerta del mercado, en las márgenes del Nilo, en los tiempos de Ramsés II; contempló las estrellas del hemisferio oriental cuando era un hebreo de barbas de algodón; fue el célebre sabio matemático Allhy Fouché, nacido y muerto antes de Cristo.

En Bahía, además del nicho perpetuo en la iglesia negra del Passo, reposaba también en la iglesia do Baiacu, en la isla de Itaparica, donde murió en 1638 guerreando contra los holandeses, a los treinta años de edad, cuando encarnaba al bello, fuerte y libertino servidor del rey de Portugal, don Francisco Nunes Marinho d'Eca, primer Capitán- Mayor de la Costa, perito en indias.

Toda esa inmensa experiencia - y mucha más, pues harían falta varios tomos para narrar la multiplicidad de sus vidas, todas ellas plenas de hechos y amores- se acumulaba ahora en el frágil esqueleto de Antonio Melchíades Cardoso e Silva (Cardoso y S.^a para los elegidos), modesto funcionario de los archivos municipales, maestro de ciencias ocultas, heredero de la Llave de Salomón, filósofo universal e indostánico y capitán del cosmos.

- Vamos, don Cardoso, que el patrón me dijo que lo llevara

a toda costa. El hombre está hecho un ascua... - dijo Aurelio, chófer de Pelancchi.

- Vamos, yo ya lo estaba esperando...

¿Usted sabía que yo iba a venir?

El sabio se rió de la pregunta, con una risotada clara y desembarazada; no podía haber nadie más satisfecho y alegre, tan plenamente feliz:

- ¿Qué habrá que yo no sepa, Aurelio? Sé lo negativo y sé lo adjunto.

Por su parte, Aurelio no pensaba discutir ni sobre lo negativo ni sobre lo adjunto, pues la simple presencia de Cardoso y S.^a ya lo ponía nervioso. Durante el viaje, junto al chófer, el capitán del cosmos iba saludando a los invisibles.

- Buenas tardes, brigadier...

¿Dónde está el brigadier? ¿Allí, sentado frente al mar, tomando el fresco de la tarde? ¿Dónde, señor Cardoso? Aurelio no consigue ver ningún señor, ni de uniforme ni de civil. No a todos les es dado ver, querido, sólo a algunos.

- Mis respetos, señora mía, a sus pies.

¿Tampoco la ves? Ésa tan elegante, de sombrero de plumas y vestido de cola; fue la más hermosa de su época, en otros tiempos. Por ella se mataron dos jóvenes en la flor de la edad. Ahora van los tres juntos por la orilla, del brazo, entre risas y galanterías. Tus ojos están ciegos, míseros ojos materiales, pues ni siquiera alcanzas a verla a ella, en el esplendor de su realeza.

- Dios me libre y guarde, don Cardoso...

Suelta el maestro una carcajada, la calle se puebla de espectros; al chófer, tenso al volante, no le agrada conducir tanto misterio.

- ¿Así que las cosas no andan bien en el juego? - pregunta Cardoso de repente.

- ¿Usted lo sabía?

¿Será que verdaderamente lo sabe todo? Pero he aquí que Cardoso oculta el rostro y se esconde. ¿De quién? ¿De esa moza rubia y deportiva que va camino de la playa? De ella misma, querido. ¿Sabes quién es? Es Juana de Arco. ¿Y sabes quién es Cardoso y S.^a? Pues no es otro que el cardenal francés Pierre Cauchon, legado del Papa, cuya mano pusilánime firmó la sentencia de muerte de la Doncella. Él la ve en todos sus detalles, con sus ojos

inocentes y su rubio perfil, durante el sacrificio.

- Yo era desconfiado, frívolo, inmoral, cobarde... En el apartamento de Zulmira, Pelancchi espera impaciente al mago del Hindostán, el único capaz de descifrar lo imposible.

- Tardó, señor Cardoso...

- Nunca llego ni antes ni después, siempre en la hora justa. Saludó a Zulmira, envuelta en flotantes gasas; Cardoso la conoce bien de otras épocas, cuando al frente de las Amazonas ella cruzaba el valle en fogosa cacería, al aire el único, opulento seno. Que todavía sigue siendo opulento (lo mismo que el otro), pero no lo muestra; es una lástima, piensa el maestro Cardoso, casi puro espíritu, decantado por tantas encarnaciones, pero que, sin embargo, todavía no había llegado al punto de ser insensible a ciertas exigencias de la puerca vida material en que se cumple la pena.

- Hace dos días que lo busco...

- ¿De qué tiene necesidad? ¿De prisa o de solución?

Los ojos inmóviles, fijos en el más allá, el sudor recubriéndole la amplia frente, los fluidos en derredor suyo. Intenta concentración:

- Se reviró la ruleta, ¿no?

Pelancchi miró a Zulmira, como diciéndole: «Ves, lo adivina todo.» Incluso a la tienda espiritual en que Cardoso habita con su pobreza y sus cinco hijos (jamás cobró un real por hacer el bien), llegaban los rumores de la ciudad, y por aquellos días no se hablaba en ella de otra cosa que de lo acontecido en el Pálace, en el Tabaris, en el Abaixandinho, en las mesas de ruleta y bacará, de *lasquiné*. Misterio o martingala, trampa o milagro, nunca hubo noticia de una mala suerte tan grande como la de Pelancchi Moulas. Los comentarios, a decir verdad, habían llegado a oídos del maestro. Pero, si no los hubiera escuchado, ¿acaso eso le impediría saberlo?

- Hoy de mañana, cuando hablé conmigo mismo, antes de salir de casa, me dije: Pelancchi va a mandar llamarme, está en las tinieblas, necesitando un poco de luz.

- ¿Un poco? No, mucha luz... Me dan ganas de acabar conmigo, de liquidarme de una vez...

Le contó los increíbles sucesos; sentado frente a él, impávi-

do, Cardoso y S.^a oía la relación de los asombrosos acontecimientos. Y meneaba la cabeza, tal vez para confirmar alguna idea o prever una certidumbre. Por entre las finas gasas del *peignoir*, a través de una discreta mirada de reojo, Cardoso y S.^a miraba conmovido un palmo de muslo de Zulmira, atenta a la dramática narración del rey del juego. Semejante visión camal no perturbaba a S.^a, pues la belleza no perturba al sabio, que no es inmoral ni se opone al espíritu. Además, hace descansar la vista.

Vista cansada: sus ojos inmateriales veían a través del espacio, atravesaban el tiempo, fijos en lo que queda detrás, en lo que viene delante. Cuando Pelancchi terminó de contarle sus innumerables golpes de mala suerte, para Cardoso y S.^a ya estaba todo claro, tanto los términos del problema como su incógnita, y ya tenía la respuesta y la solución:

- Son los marcianos... - dijo categóricamente.

Y echó una de sus colosales carcajadas, como si todo aquello no pasara de ser una broma divertida, como si no le estuviese costando una fortuna diaria a los cofres de Pelancchi.

- ¿Marcianos? ¿Qué marcianos?.. Don Cardoso, no me venga con memeces... Confío en usted, no me deje con las manos vacías. ¿Qué tienen que ver los marcianos con esto? Es obra de mis enemigos, eso sí. Es brujería. ¿Quién es el que vio a un marciano? Nadie sabe si existen siquiera. Pero el hechizo existe, y los malos espíritus y el mal de ojo...

- Usted nunca los vio porque es un montón de carne... Son los marcianos, como le dije... Ni enemigos ni brujería. Los marcianos son muy curiosos, en cuanto ven una máquina se ponen a estudiarla, quieren entenderlo todo, y para ellos, mentalidades superiores, no existen la mala suerte ni el azar...

- ¿Marcianos? - preguntó Zulmira, siempre ávida de aprender- . ¿En la tierra? ¿Desde cuándo?

Mas no confundamos ni comparemos a Cardoso y S.^a con esos cartománticos u ocultistas que andan por ahí, a salto de mata, inclinados sobre las bolas de cristal o con los videntes de óptica reducida, o con las adivinas de pacotilla y los quirománticos de tres al cuarto. Cardoso y S.^a era profesor de misterios, un sabio de lo oscuro, un científico

que ya estaba mucho más allá de la astrofísica y de la relatividad.

- Hace mucho tiempo que los primeros marcianos desembarcaron en la tierra. Sólo tres seres humanos asistieron al desembarco...

- ¿Y usted era uno de ellos? Sonrió con modestia, y continuó:

- Un día de éstos se van a mostrar, y entonces la humanidad va a recibir un sacudón... - Y echó otra carcajada, encontrando infinitamente gracioso el susto que se iba a llevar la humanidad- . Por ahora son invisibles... Sólo algunos elegidos...

Zulmira, con afán de saber, preguntó:

- Usted, que los puede ver, dígame, ¿cómo son? ¿Son hermosos?

- Al lado de ellos, nosotros somos unos bicharracos hediondos. Quedóse la mulatita absorta, meditabunda, divagando:

- ¿Quiere decir, señor Cardoso, que fueron los marcianos quienes me metieron mano y me pellizcaron? ¡Ay! ¿Ellos también son así?

- ¿Así? ¿Cómo? - Solícito, Cardoso pidió detalles- . ¿Qué mano, qué pellizcos, en qué parte de su anatomía?

Zulmira le contó lo sucedido, todavía alarmada, inocente víctima del libertinaje interplanetario, del toqueteo de los ectoplasmas.

- Se las mostré a Pequito, él vio las marcas. También se las mostré a las compañeras de la clase de cocina, en la escuela de doña Flor. Doña Flor se impresionó tanto que casi se desmaya.

Las mostró a todo el mundo; sólo a él, Cardoso y S.^a, no se las mostró, ¿por qué esa prevención para con él? Sin un examen *in loco* (como diría el cardenal Couchon) era imposible definir el fenómeno. Un tanto contrariado, Cardoso y S.^a le respondió:

- ¿Los marcianos? No creo... Ellos sólo transmiten el pensamiento.

¿Sólo transmisión de pensamiento? ¡Qué locos..., pensó Zulmira, y prosiguió haciéndose las uñas. Pero Pelancchi aún tenía dudas:

- ¿Marcianos? ¿Y si no fuera eso?

- Déjelo de mi cuenta, que yo lo resuelvo...

Pelancchi confiaba en Cardoso y S.^a. Había tenido ocasión de comprobar la grandeza universal de su saber. Pero, para un asunto tan complejo, quizá valiera la pena no limitarse al místico del Indostán; quizá conviniese consultar otros poderes mágicos, a la madre Octavia, por ejemplo.

Cardoso y S.^a renovó el tabaco de la pipa con la mirada puesta más allá de la ventana y del horizonte, parecía haberse ido siguiendo el rayo de luz. Su voz llegaba de lejos:

- Tengo mucho crédito entre los marcianos..., todavía no hace cuatro días que fui con ellos a Marte. Recorrí todo el planeta. Tienen una ciudad toda de plata y otra toda de oro... Allá los peces vuelan y el mar es un jardín de flores... Ahora ya ni siquiera contemplaba las piernas de Zulmira, ni su opulento seno entre los encajes del escote. Había llegado a Marte en un barco de luz. «Está en trance», susurró Pelancchi respetuosamente, y Zulmira puso en orden el *peignoir* de encaje.

20

Las puertas del infierno se abrieron, y el ángel rebelde traspuso la puerta del dormitorio (y del amor) de doña Flor, encendida su mirada lasciva, incitantes los labios y enteramente desnudo. Si ni siquiera una santa pudo resistir la atracción de esa sonrisa, de ese pecho descubierto, ¿cómo podría hacerlo doña Flor? ¿Dónde estás, comadre Dionisia, con tu collar de Oxóssi, y con el *ebó* compuesto por el *ojé*? Apúrate, Dionisia, apúrate con el *bacalao* y con el *mokan* para amarrar al tinoso en la noche de su sueño. Si él sigue entre los vivos, doña Flor no puede responder por su honra y por la testa del doctor. Toda una vida honesta, de comportamiento ejemplar, de decencia, de respetabilidad, y he aquí que todo ese envidiable capital está en peligro; mañana, el buen nombre de doña Flor, símbolo de virtudes, va a estar en boca de todos, enlodado, despreciado. Mañana será ya otra mujer, a la que señalarán

con el dedo, llena de remordimiento y de vergüenza. Doña Flor acoge la mirada del cachondo en el centro de su ser, encelada; gozosamente, responde al convite, ofreciéndose. Es al mismo tiempo una doña Flor alerta y valiente ante el peligro, honrada y austera, intransigente, y una doña Flor apurada por darse, antes de que sea tarde. ¿Cuál de las dos es la verdadera doña Flor? ¿La que cierra la puerta con estruendo, o la que abre en silencio, un resquicio tras otro, la puerta de su cuerpo? Se oye la lluvia sobre el tejado.

Es la noche del sábado, después de la tarde con jaqueca, el vértigo, la visita de Dionisia, el concierto de fagot: itodo eso parece tan lejano! El tiempo de doña Flor es un tiempo de batalla, ya no se mide por horas y minutos; es un tiempo de rechazo y de deseo, largo y sufrido. Noche de sábado, noche del doctor, con bis: él se prepara en el baño para la discreta y deleitosa fiesta de los sentidos. Doña Flor lo espera descansando, sumisa y apacible. Pero, ¡ah!, en ese instante aparece el pérfido, acomodándose a los pies de la cama y ordenándole, dedo en ristre:

- Tú no vas a dormir con ese bosta, no te voy a dejar ni aunque tenga que hacer un bochinche de órdago.

Era absurdo, un abuso, un despropósito, pero vaya uno a entender el corazón humano..., doña Flor se sintió contenta y a punto de reír y de preguntarle (en vez de expulsarlo, ofendida e indignada):

- Estás celoso de él, ¿eh?.. Hay que ver... ¡Este punto tiene celos!...

- Lo que tengo es ganas de ti, mi bien - respondió con la mayor tranquilidad del mundo, tendiéndose en la cama a sus anchas- . Ya esperé demasiado... ¿Dónde se vio tener que conquistar a mi legítima, con la que dormí durante siete años? Se acabó, no espero más. ¿Cómo voy a tener celos de tu doctor de fórmulas, si no estoy en guerra, en competencia con él? Se casó contigo, es tu marido, y, excepto en el yogar, para lo que no le da el cuero, en lo demás, lo reconozco, incluso es un buen marido. No le niego su derecho. Sólo que hoy tendrá que disculparme: se va a quedar al sereno, el que va a yogar es este punto, que es el que sabe cómo se hace la mazmorra...

- Ya puedes ir esperando, vas a tener que esperar mucho... Totalmente desnudo, ardientes los labios, la mirada

cachonda y la mano siguiendo su curso, él la domina: doña Flor ya es una esclava de Vadinho, sólo es libre de palabra, pura fanfarronería. ¿No había sido siempre así? Su orgullo y su pudor se desvanecían en las manos de él, quedando doña Flor a las órdenes de su marido y dueño. Orgullo, pudor, decencia, moral, dignidad, ¿de qué vale todo eso si él la desea y vino por ella? (bien sabéis de dónde: de donde no se vuelve).

- Yo estaba preso en los abismos, atado de pies y manos; me dio harto trabajo desatarme para venir a verte, mi bien. Pero tú me llamabas y vine, atravesando el fuego y el frío, la nada y lo que no es, y llego aquí y tú me niegas el pan y el agua..., ¿por qué?

- ¡Ay, Vadinho!...

- ¿Por qué me tratas así, como a un perro? Se acabó, mi bien. O hoy o nunca más. Cuando aparezca esa cucaracha tonta le dices que no te sientes bien, que hoy no puedes. Después este punto te va a arar la peladita.

- ¡Ah, eso no!... Soy una mujer seria y honrada, no voy a traicionar a mi marido, ¿cuántas veces te lo dije?

El doctor, saliendo del baño, de pijama limpio, trasciende a jabón de olor. Su aspecto es apacible, sincera su sonrisa, honesta su mirada. Vadinho toma en su mano la rosa azul de doña Flor. ¡Ah, doña Flor!..., ¿cómo puedes ser tan despreciable?

- Teodoro, querido, perdóname, hoy no me siento bien, estoy indispuesta. Lo dejamos para mañana si no te enojas. ¿Enferma? El doctor se inquieta. Ya se había quejado a la tarde. ¿No sería algo más que una simple indisposición? ¿Dónde está el termómetro? ¿Y el jarabe, las píldoras, la caja de los medicamentos? No necesito nada de eso, mi querido, no te aflijas, duerme, mañana estaré bien, estaré bien del todo...

- ...y a tu disposición - dijo, prometedora, doña Flor.

¿Cómo puedo ser, así de pronto, tan carente de sentimientos, tan sin orgullo, sin decencia, sin moral? - se interroga doña Flor, sintiendo por el alarmado esposo una suave ternura al mismo tiempo que cierto gusto por la farsa. Le dio un beso en la mejilla. Pero el doctor Teodoro no se conforma: debe tomar un sello, unas gotas, algún sedante para dormir de un tirón toda la noche y despertar

tranquila y descansada. Va a buscar el remedio y el agua. Apenas sale, doña Flor se siente apresada en los brazos de Vadinho.

- ¡Loco! Suéltame, que ya está volviendo... Vadinho, objetivo e imparcial, reflexiona:

- No es mal sujeto, tu segundo... Muy al contrario, ¿sabes, mi bien?, cada vez me es más simpático... Aquí entre nosotros, tú estás muy servida. Él para atenderte y cuidarte, yo para yogar... El doctor trajo el porrón de agua fresca, dos vasos y una pequeña ampolla con un líquido incoloro:

- Tintura de valeriana, veinte gotas en media copa de agua. Con esto vas a poder dormir y descansar, querida.

Alzó el cuentagotas y con calma y atención mezcló el sedante con el agua. ¿Cambió alguien los vasos en cuanto el doctor se dio vuelta por un segundo? ¿Quién? ¿Vadinho o doña Flor? Pero si así fuera, ¿cómo el doctor, un farmacéutico competente, no reconoció el gusto fuerte de la valeriana? ¿Ocurrió un milagro? Si ocurrió, a esta altura de los acontecimientos, un milagro más o un milagro menos ya no impresiona a nadie ni le causa sorpresa. También puede ocurrir que no hubiese habido cambio, que doña Flor no bebiese el sedante y que el profundo sueño del doctor se debiera solamente a la lluvia en el tejado y a su conciencia tranquila. Apenas tuvo tiempo de darle un beso a la esposa.

- Se quedó corneado... - dijo Vadinho, empleando el término justo- . Ahora nosotros, mi bien...

- Aquí no... - pidió doña Flor, gastando las últimas briznas de pudor y de respeto por el segundo esposo- . Vamos a la sala...

Y en la sala se abrieron las puertas del cielo e irrumpió el canto de aleluya.

«¿Dónde se vio yogar en camisón?» Doña Flor quedó tan desnuda como él, vistiéndose y completándose el uno con la desnudez del otro. Una lanza de fuego la traspasó y Vadinho la deshonoró por segunda vez: una antes, cuando era doncella, otra ahora, de casada (y si tuviera otras honras también se las quitaría). Y allá se fueron los dos por las praderas de la noche, hasta las orillas de la mañana.

Nunca se entregaba de ese modo, tan suelta, tan fogosa, con tan ardiente voracidad, con tanto delirio. ¡Ah, Vadinho!,

si tú tenías hambre y sed, ¿qué decir de mí, sostenida con un régimen escaso y soso, sin sal y sin azúcar, casta esposa de un marido respetador y sobrio? ¿Qué me importa lo que digan la calle y la ciudad; mi nombre digno, mi honra de casada?, ¿qué me importan? Toma todo eso en tu boca ardiente de cebolla cruda y quema en tu fuego mi decencia innata, rasga con tus espuelas mi antiguo pudor, soy tu perra, tu yegua, tu puta.

Fueron y vinieron, partieron y llegaron, y, apenas volvían, ya partían de nuevo, siempre de llegada, siempre de regreso. Tantas nostalgias y tantas metas a cumplir todas alcanzadas, algunas repetidas.

Insolente y bienamada, sucia y linda, la boca de Vadinho le decía tantas indecencias, le recordaba las dulzuras de otro tiempo.

- ¿Recuerdas la primera vez que te sentí? La gente paseaba en la plaza, tú te arrimaste a mí...

- Fuiste tú quien me abrazó, y me metiste la mano.. Él le metió la mano y la exploró:

- Tu rabo de sirena, tu barriga color de cazuela, de barro esmaltado, tus pechos de aguacate. Creciste, Flor, estás más opulenta, estás sabrosa de la cabeza a los pies. Te voy a decir una cosa: he comido muchas brevas en mi vida, una buena cosecha: ninguna como tu peladita, te lo juro, mi Flor...

- ¿Qué gusto tiene? - preguntó doña Flor con impudor y cinismo.

- Tiene gusto a miel y a pimienta, y a jengibre...

Él hablaba y doña Flor se deshacía en ayes: qué Vadinho más loco, más perverso, fuego y brisa a la vez. No te vayas más, nunca más. Si te fueras otra vez me moriría de pena. Aunque yo te lo pida y te lo niegue, no te vayas; aunque yo te lo mande y te lo ordene, no me dejes...

El domingo era día de levantarse más tarde, y cuando doña Flor se despertó, en aquella mañana de domingo todavía

lluviosa, vio el rostro del doctor inclinado sobre el suyo, contemplándola con devoción, la mano puesta sobre la mejilla de ella:

- ¿Dormiste bien, querida? Fiebre no tienes...

Sonrió doña Flor desperezándose, contenta de tener tan buen marido, de sentirse objeto de tantos cuidados; le pasó los brazos por el cuello y le dio un beso de agradecimiento:

- Ya no siento nada, Teodoro... Fue una tontera...

Sentía una modorra..., sentía el placer del ocio, ganas de estar en cama, de seguir disfrutando aquel calorcito y la dedicación del farmacéutico. Mañana sin compromisos, colchón de espuma, la lluvia en el tejado, la devoción del marido, santo esposo. Se recogió en el mimo de sus brazos:

- Qué pereza, querido...

- ¿Y por qué no te quedas descansando? Ayer no estabas bien, descansa hoy hasta más tarde. Si quieres traigo el café aquí. Tan bueno, tan encantador:

- Sólo me quedaré si tú también te quedas, querido. Sólo me quedaré si es junto a ti.

El doctor Teodoro, sin malicia, un bebón, a pesar de la situación social, del saber, de la edad:

- Es que... - se rió, torpemente- ...si me acuesto junto a ti, no asumo ninguna responsabilidad si... Doña Flor, con voz mimosa:

- Corre el riesgo, Teodoro... - y escondió la cara en la almohada.

Estaba un tanto alterada, un seno se agitaba junto al pecho del doctor, la curva del anca resaltaba entre las sábanas, con su color de cerámica antigua. La mirada del doctor, tímida y voraz, la mano contenida.

- Tú te diste algunos golpes en la cama, querida, mira la marca... Más de una... Tuviste un mal sueño.

Ella se encogió, sintiendo que se le paraba el corazón:

- ¿Dónde?

- Aquí... Pobre mi querida... - la mano aprovechadora subía por el muslo y más arriba.

Doña Flor ocultó entre las piernas del marido las huellas del mal o bien dormir (o de no dormir). Sus bocas se encontraron y ella se estremeció: el sabor del beso puro, pero ardiente, el inesperado placer de aquel abrazo, la

llovía en el tejado, el calor de la cama, la timidez del doctor Teodoro, la mano sin experiencia y por eso tal vez más deleitosa, el deseo en los ojos entrecerrados del marido, con el pecho jadeante; y todo a plena luz, ¡oh!, ¡qué vergüenza!... Doña Flor se estremeció de nuevo: una delicia. «Para los trabajos y los cuidados, tu buen marido.» ¿Sólo para eso? «Cada hombre tiene su gusto propio - decía María Antonia, su ex alumna, una experta en machos y cama- , cada uno tiene su característica, unos sabios, otro no. Pero si una sabe aprovechar, ¡ah!, todos son buenos...» Doña Flor se siente anegada por el deseo, un deseo diferente, nacido de la pereza, de la timidez de Teodoro, de su contención.

- Estás en deuda conmigo, querido...

- ¿Yo? ¿Qué?., - preguntó el doctor, sonriendo con inocencia... ¿No era verdaderamente un niño grande y tonto?

Frente amplia, de intelectual, frente de insignes pensamientos, ¡y qué hombre tan bobo! Doña Flor pasó la mano, curiosa, por su frente, y se rió levemente: nunca había sido tan suave y mimosa:

- Pues sí, señor, ayer me falló...

- No seas injusta, quien falló...

- Si soy yo la que está en deuda, entonces páguese, que a mí no me gusta deber - dijo ocultando la cara entre las manos, toda llena de malicia.

¿Qué más podía desear el noble farmacéutico? Contestó con toda seriedad:

- Pues voy a cobrar con intereses...

Hombre metódico, cumplidor de leyes y ritos, el doctor se dispuso a tomar su posición habitual, y se echó la sábana por encima para cubrir el amor con el recato y el pudor que se deben entre esposos. Pero doña Flor no le dio tiempo: de repente, tiró la sábana fuera de la cama y con ella el recato y el respeto, y el doctor se encontró en los brazos de ella. Nunca se iba a olvidar de esa mañana de lluvia, ese domingo bendito, ese día santo y feriado, esa extra sin igual, extra y *super* para decirlo y definirlo todo con exactitud.

Después, doña Flor se hizo un ovillo, adormeciéndose al compás de la lluvia con una sonrisa en los labios, y durmiendo profundamente, tan sosegada y satisfecha que

había que verla.

Nada había cambiado, no se observaba ninguna novedad, ése era un domingo como todos los otros y doña Flor seguía siendo la misma de siempre. Igualita. ¡Y ella había pasado las del infierno, llegando a creer que aquello era el fin del mundo!: uno tiene cada sorpresa en esta vida... Sin embargo, como la Droguería Científica estaba de turno, ese domingo era algo distinto, pues el doctor debía atender la numerosa clientela - una sola farmacia abierta para una población tan grande. Cuando salió del dormitorio, el marido ya no estaba. A pesar de eso, tuvo una de las mañanas más agitadas. Primero llegó Marilda con su noviazgo, en crisis, mientras doña María del Carmen casi estaba en el paroxismo: ¿debía seguir cantando o debía casarse? La opinión de las mujeres de la vecindad era unánime, con excepción de doña Gisa. Pero la norteamericana era conocida por sus ideas estrambóticas, tal vez buenas para los Estados Unidos, pero extravagantes, cuando no peligrosas, para el Brasil. No sólo defendía el divorcio, sino que llegó al absurdo de declarar, en voz bien alta, que la virginidad no pasaba de ser algo obsoleto y hasta perjudicial para la salud: los manicomios, según la gringa, estaban llenos de vírgenes. ¡Imagínense! Las demás repetían, moralmente convencidas, que el casamiento era el único objetivo de la mujer, destinada por Dios a cuidar de la casa, atender al marido, procrear y criar hijos, contenta y conforme. Estaba al frente de este bravo ejército doña María del Carmen, con el deseo de ver a su hija establecida en la vida, como ella misma decía:

- Es preciso que esa chica se establezca, que constituya su hogar. La radio no ofrece garantías y es un peligro.

¿Un peligro? El grupo se exaltaba: no uno, sino múltiples peligros rodean a las cantantes, a las artistas, una raza que ya de por sí es un tanto equívoca y de conducta sospechosa, en opinión de doña Dinorá, una persona, como

sabemos, de moral severa y rígida, cada vez más intransigente en la lucha contra la indecencia y el libertinaje. Se echaba para atrás apenas oía hablar de artistas, escenarios o radio. En cuanto a los directores, a los cantores, a los músicos, eran todos unos perdularios, unos gavilanes que echaban el ojo a los infelices, con las garras afiladas.

Todavía hacía poco que una joven cantante, una joven de excelente familia - con la que estaba relacionada doña Enaide, «gente distinguidísima»- , fuera internada en el hospital, apresuradamente, porque se iba en sangre, y, cuando el médico averiguó la causa de la hemorragia, comprobó que era un aborto muy mal hecho por una aficionada cualquiera. Si la joven no murió fue gracias a los cuidados del doctor Zezito Magalhães, cuya competencia es de todos conocida. No se murió, el médico le devolvió la vida, pero lo que es el virgo, eso ni el buen doctor Zezito, con toda su competencia, puede devolvérselo. Ni él ni nadie, pues, como decía doña Dinorá: «todavía no se inventó una virginidad de repuesto».

- Pero - comentó doña Norma- el que la invente se hace rico. ¿Se imaginan? Bastaría ir a la farmacia, la Científica para no ir más lejos, y pedir: «Déme dos cachuchas nuevas, una para mí y otra para mi hermana... Y una más barata para la criada...»

Todas se rieron, si bien nada de eso tenía que ver con Marilda, que era una joven honesta, según la opinión general de las vecinas. Por eso mismo, no podía dudar entre el casamiento con el hacendado y el magro *cachet* de la radio. En consecuencia, grande fue el asombro cuando ese domingo doña Flor, al ser abordada una vez más por Marilda, le aconsejó que mandase a comer alpiste a ese novio retrógrado y prepotente y que continuara en la radio, en donde no tardarían en ofrecerle mejor salario. Doña María del Carmen, viendo que su hija, fortalecida por tan inesperado apoyo, se inclinaba a romper el noviazgo, fue a pedir explicaciones a doña Flor y casi riñe con ella:

- Si fuera su hija, dudo...

La discusión fue encendiéndose - con participación de las vecinas- , pero doña Flor mantuvo sus puntos de vista:

- Eso es pura carcamalería...

Las dos acabaron llorando y doña María del Carmen quedó vacilando entre el éxito radial de la hija y la seguridad del casamiento. Doña Flor había logrado conquistar la opinión de la mayoría. Doña Norma resumió:

- Que se vaya al infierno a ser el amo. Se acabó el tiempo de la esclavitud.

Doña Flor fue a la cocina a preparar el almuerzo - los domingos en que estaba de turno la farmacia no iba a la casa de los tíos en Río Vermelho- , y allí la encontró Dionisia de Oxóssi.

- Permiso, comadre...

Venía a buscar dinero y traía prisa: el *ebó* estaba en marcha y la rueda de las *iawós* la esperaba para bailar desde el atardecer hasta bien entrada la noche. Y antes de eso tenía mucho que hacer, pues el mandato era de los grandes y complicados preceptos. El *Babalaó* había echado las conchillas y los *orixás* respondieron. Para garantizar su tranquilidad, librarla de mal de ojo y de cualquier otra enfermedad, así como de las amenazas del *egun* descontento, que quería atraerla hacia su muerte, doña Flor debía ordenar un sacrificio importante. No bastaba con un simple «despacho», o con un *ebó* cualquiera. Exu, protector del finado, se alzó en rebelión, en pie de guerra. Dionisia le había dicho al *ojé* que no reparara en gastos. Tratándose de un caso de vida o muerte, y con Exu en armas, oblicuamente y del otro lado, era preciso gastar lo que fuese necesario y proceder aprisa: su comadre doña Flor apenas si podía tenerse de pie. En vista de todo esto, el propio Asobá adelantó dinero suyo para los gastos más urgentes: un carnero, dos cabras, doce gallos, seis *conquerís*, doce metros de paño. Para no hablar del resto, una extensa relación escrita a lápiz en marrón, de envolver, en la que figuraba cada compra con su precio, y veinte mil-réis más destinados al *peji* de Ossain para que abriese los caminos de la selva, donde se esconde Exu.

Pero cuando Dionisia llegó se encontró con una doña Flor tan bien dispuesta, tan contenta de sí misma, que ni siquiera se parecía a la de ayer por la tarde. ¿Habría hecho mal en autorizar tantos gastos?

Había hecho bien, pues en la víspera la misma doña Flor, asustada, le pidió que hiciera esas gestiones.

- Gracias, comadre, por tanto trabajo como le di. Ahora, sin embargo, ya nada importa. Para bien o para mal, todo está resuelto.

- ¿El finado dejó de molestarla?

Doña Flor se sonrió nerviosamente y dijo:

- O yo dejé de asustarme. Ya no necesito nada.

¿Y ahora? Era imposible suspender lo que se había puesto en marcha. Durante la noche anterior y esa madrugada se hizo el sacrificio de los animales, y al primer claror del sol pusieron ante cada *orixá* la primera cuenca con su comida ritual. Todo el domingo, por la tarde y por la noche, los preceptos continuarían cumpliéndose con los *orixás* presentes en el *íerreiro*. Suspender el mandato, detenerlo en la mitad, no proseguir, dar lo hecho por no hecho, es imposible, comadre, en un *ebó* de tanto *axé*. Deshacer lo hecho tendría consecuencias fatales e imprevisibles. ¿Y quién podría escapar con vida al castigo cruel de los encantados? Ni ella misma, Dionisia, a pesar de ser una simple intermediaria.

Ahora no quedaba más remedio que ir hasta el fin. Aunque la comadre se considerase libre de amenazas, el *ebó* era una garantía más para su tranquilidad. El dinero ya estaba gastado; los *orixás* ya bebieron la sangre caliente de los animales durante la matanza, aceptando, al llegar el alba, los pedazos de carne preferidos. Todos ellos se presentaron cubiertos con sus armas y sus emblemas. El grito de Yansá ya había resonado en la selva. Eso le daba a doña Flor la seguridad de que jamás volvería a molestarla el finado, ahora amarrado para siempre a su muerte. Doña Flor le entregó el dinero de la cuenta y algo más, y le dio las gracias a Dionisia nuevamente por tantas molestias como se tomó. Quiso retenerla para el almuerzo: gallina en salsa oscura, lomo de cerdo al coñac y tarta de mandioca; de postre, mangos y zapote. Pero Dionisia tenía prisa por volver al *terreiro*, donde al son de los timbales Oxóssi reclamaba su caballo preferido. Los domingos de guardia, después de almorzar (el doctor comía a las apuradas, sin siquiera notar el gusto de los manjares con la preocupación de volver pronto a la farmacia, que quedaba al cuidado del negro de los mandados), doña Flor se cambiaba de ropa, y, sin hacer caso a las protestas del esposo, lo acompañaba

para hacerle menos pesada la obligación de trabajar en un día de descanso. Se ponía a su lado en el mostrador ayudándolo a despachar, muy paqueta, con un aire y unas maneras de tanta exquisitez como si estuviera visitando a doña Magá Paternostro, la millonaria, o de fiesta en casa de la comendadora Inmaculada Taveira Pires. Tanta elegancia y lindeza estaban dedicadas a él, y el doctor Teodoro se sentía recompensado y más que recompensado. Así sucedió ese domingo: doña Flor, toda donaire y hermosura, hechizo y melindre, ostentaba el antiguo collar de turquesa, regalo de Vadinho. Nada había cambiado, era un domingo igual a tantos otros en tarde de guardia. Todo igual: la calle, la gente, el doctor y ella. Nadie la señalaba con el dedo, nadie se había dado cuenta de nada, nadie la acusaba de adúltera y culpable, ni siquiera doña Dinorá, metida a adivina y ponzoñosa. El mismo sol de antes, la misma lluvia (ahora fina llovizna), las mismas conversaciones y las mismas risas, la misma consideración hacia ella, sin cambio alguno. Ella había pensado que iba a ser el fin del mundo, tanto en la calle como dentro de sí: que iba a romperse su corazón, era preferible la muerte. En lugar de eso, todo seguía igual: cómo se engaña uno en esta vida. Desde el mostrador, mientras atiende a una diente, el doctor Teodoro le sonríe, muy embobado y orgulloso al verla tan hermosa. Ella le sonríe también y, de reojo, observa su frente: ni rastro de cuernos. Qué tontería, doña Flor, ¿qué significa esa repentina afición a la farsa? Nada había cambiado tampoco entre ella y el doctor. Sólo que persistía el recuerdo de esa mañana en la cama, haciendo más íntima la tarde de guardia. En su memoria persiste también el recuerdo de la noche en el sofá, la impúdica cabalgata bajo la lluvia, aleluya de Vadinho. En la tarde serena, en la paz tranquila del domingo, el aguijón del deseo se clava en su cuerpo. ¿Cuándo vendrá de nuevo el tarambana, el tirano, el malvado, el tinoso, su «primer»? A la noche con seguridad, cuando el doctor, cansado del trabajo, duerma el sueño de los justos y felices. En medio de esa dulce paz, la buena esposa, solidaria con el segundo marido, cumpliendo con su deber de ayudarlo en la guardia, espera la llegada de la noche libertina con el primero. Súbitamente la inquieta una idea. La comadre Dionisia dijo que jamás

volvería Vadinho a molestarla: quedaría amarrado para siempre en las cuerdas del despacho. Dios mío, ¿y si fuese así?

23

La madre Otavia Kisimbi «rezó por el cuerpo» de Pelancchi y tanto él como Zulmira tomaron un baño de hojas con jabón de coco. Las plumas de los gallos sacrificados fueron puestas en las encrucijadas de los caminos. La madre Otavia defendía a Pelancchi por los cuatro rincones y por las siete puertas y le dijo que esperase los resultados. Pero el rey de la quiniela tenía apuro y fue a llamar a las puertas de otros cultos. La vidente Aspasia acababa de llegar de Oriente, traída por las auras de la mañana y casi no había terminado de vestir su uniforme de adivina (un tanto gastado) cuando recibió la visita de Pelancchi, dinero en grande por delante. Si bien la pitonisa no era sensible al tintineo del oro - vivía de la gracia de los cielos y en total ayuno de las cosas de este mundo- , ¿cómo rechazar unos billetes, cuando además se le exigía un trabajo tan difícil? Echando mano del «sistema de la ciencia espiritual en movimiento», patente suya, exclusiva, partió hacia el más allá y gimió unas palabras con voz enronquecida, debatiéndose como si intentaran estrangularla. No era un espectáculo de los más agradables, y el profesor Máximo Sales, de naturaleza escéptica, un cabeza dura, tuvo deseos de marcharse. Pero Pelancchi se mantenía firme, con tensa atención, apretando la mano trémula de Zulmira, a quien lo sobrenatural afectaba enormemente desde que los invisibles habían demostrado interés por sus cuadriles (y, ¿quién sabe?, por lo otro). Zulmira, secretaria y confidente, leal, junto al patrón, era consuelo de los afligidos, ¡y qué consuelo! Babeándose toda, con los ojos desencajados, la sacerdotisa del Oriente retornó de las esferas siderales y, al ver a Pelancchi, su cuerpo se contorsionó y de su pecho esquelético - una tabla rasa que daba tristeza ver- partió un grito. Y pidió más dinero, ¡ah!, era un trabajo extenuante, en los círculos del más allá todo

estaba oscuro como alquitrán, itan negra era la suerte de Pelancchi! Un dinerito para verlas. Quizá ese refuerzo de la iluminación bastase para que ella pudiera aclarar toda la intriga. Guardó los billetes en la gaveta, encendió las velas simbólicas, y, a la luz de ellas, sus ojos de vidente reconocieron a los enemigos de Pelancchi:

- Veo tres hombres a la vera de un camino y los tres le quieren mal...

- ¡Ah! - gimió Pelancchi- . Dígame cómo son, señora... Ella se concentró, esforzándose por ver claro. Pero Pelancchi tenía prisa:

- Fíjese si uno es calvo y otro gordo. El tercero...

- Deje que ella misma describa al tercero... - sugirió Máximo Sales, un entrometido de la peor especie- . Si no, ¿qué es lo que le deja para adivinar?

La pitonisa, a pesar de estar en trance, fulminó con la mirada al canalla que le hacía más difícil la limosna: ¿quién dijo que ganaba fácilmente su dinero?

Gruñó, se mordió las muñecas, se dio golpes en la cabeza: ¿era fácil, acaso, sacarle ese dinero a Pelancchi? Difícil y arriesgado:

- El primero de los tres - anunció con voz de ultratumbas - es un hombre calvo.

- Gran novedad... - masculló Máximo, el muy crápula.

- El segundo es un señor gordo, muy gordo...

- ¿Y cómo es el tercero? - exigió el tal por cual de Máximo.

- Al tercero no lo veo bien todavía, está en las tinieblas...

Pelancchi no podía contenerse:

- Eso es, siempre escondiéndose, ¡el maldito! Mire si tiene bigotes y la nariz partida...

La pitonisa parecía no escuchar, estaba en la lejanía, en el más allá, procurando ver:

- Ahora lo veo: tiene bigotes..., tiene la nariz rota...

- Son los Strambi, no cabe duda - dijo Pelancchi, y preguntó qué se podía hacer para apartar de su camino a los implacables Strambi.

Para expulsarlos de Bahía, inculcarles los nobles sentimientos del perdón y llevarlos al más lejano Levante, Aspásia, extenuada, exigió una cantidad un tanto fuerte. Pelancchi ya estaba sacando la cartera, pero Máximo Sales, ese traste inmundo, otra vez se metió donde no lo llamaban y

obtuvo una rebaja sustancial.

Los Strambi se fueron de la mano de Aspásia, pero no se fue la mala suerte en el juego. Y Pelancchi siguió su vía crucis, su peregrinación entre adivinas y ocultistas.

Por lo menos Josete Marcos, comprobó Máximo Sales, era bonita y joven: una excepción en la cofradía, que, en general, estaba formada por los pellejos más repelentes. ¿Por qué - se preguntaba el profesor de contravenciones- el otro mundo utilizaba semejantes espantajos? ¿Por qué eran tan sucias las salas de consulta, los templos de las revelaciones? ¿Por qué tan fuerte el hedor del misterio, el tufo de las almas? El escéptico Máximo concluyó que el más allá era un tanto fétido y sucio. ¡Salve Josete Marcos, esbelta, rubia, limpia! En la salita en que los recibió había un jarro con flores y varias salivaderas. Luego de oírlos, los dejó en compañía de su marido y ayudante y se fue a orar en la sala de levitación y videncia. El marido, Mister Marcos, también joven, con un simpático aire de malandrín diplomado, explicó que Josete no cobraba nada por los beneficios que se distribuían entre la gente, por intermedio de sus facultades de médium. Todo lo hacía gratis, pues los espíritus no aceptaban nada y Josete recibía sólo lo estrictamente necesario para las inyecciones y los remedios (todo es tan caro hoy en día, todo sube de tal modo) destinados a rehacer su salud, que quedaba resentida después de cada sesión; al producir ectoplasma - y ella no hacía economías, como los señores constatarían personalmente- , su organismo, ya de suyo frágil, llegaba a la debilidad más extrema, poniendo en peligro su vida. Pelancchi, lleno de compasión y esperanza, fue generoso, y Mister Marcos embolsó.

En la otra sala, la de los fenómenos, tapizada de paño rojo, la oscuridad era casi total. De bata blanca, tendida en un diván, allí estaba Josete con sus fluidos, y el marido ordenó a los cuatro - Pelancchi, Zulmira, Domingos Propalato y Máximo- que se dieran las manos para establecer la corriente del pensamiento. Una vez que lo hicieron, se apagó la única luz de la sala, una pequeña lamparita.

En seguida comenzaron a tintinear campanitas, se oyeron unos chillidos, una especie de maullidos, y se vio una luz que se movía en el aire, alrededor de la cortina, arrancando

un grito histórico de Zulmira. En cuanto a Pelancchi, ni gritar podía, y Propalato, trémulo, sudaba, apretando los dientes. Esa luz y ese cascabeleo eran el hermano Li U en persona, sabio chino de la dinastía Ming, absolutamente auténtico. Según Máximo Sales - incorregible- , en vez del sabio Li U, la luz y el sonido eran obra de la sabiduría de Marcos, un vivo que gozaba de la buena vida a costa del lindo ectoplasma de su mujer. Pero como Máximo Sales era un deslenguado y un incrédulo, sus opiniones no tienen ningún valor y no merecen mayor crédito, y si las incluimos aquí es para mantener la precisión del relato.

Quien merece crédito y confianza es Josete, transformada en ectoplasma y hablando en un extraño idioma, como de niños, quizá el chino antiguo o el portugués de Macao, pues era necesario cierto esfuerzo para entenderlo. Según el sabio Li U, la causa de toda la confusión era una señora, itálica y rencorosa, a la que Pelancchi había engañado.

- ¿Rubia o morena? - preguntó el calabrés.

- Morena y bonita, de unos veinticinco años...

- ¿Veinticinco? Casi cuarenta, y era una víbora. Yo no tuve la culpa, por favor, cara mía, díglele al chino que yo no tuve la culpa...

Se llamaba Anunciata y parecía una *signorina* ingenua y perseguida en busca de protección: ¡Oh! ¡Qué *putaña* más *putaña*! El, Pelancchi, sí que era entonces un *ragazzo*, *povero ragazzo* de diecisiete años...

Con la impetuosidad de sus desengaños diecisiete años, le había tajeado a la traidora una flor de sangre en la cara, agregando algunos cortes en el mentón, ya por pura saña y maldad. Como Pelancchi era un menor se libró de la cárcel, mientras Anunciata, en el hospital, juraba que se vengaría, muerta o viva. Ahora, después de tantos años, venía a cumplir su promesa de odio en este dramón italiano. Anunciata, su primer amor, itan *carina*, tan *putaña*!

Pelancchi, todavía hoy, no se arrepentía. Una mujer suya no es para compartirla con otro, es suya y de nadie más. Zulmira, en la oscuridad, se encoge..., ¡hay cada peligro en este mundo!

El sabio chino, por unas cajas más de inyecciones, libró a Pelancchi del recuerdo de Anunciata y de su odio. Los detalles materiales, tales como el precio y el pago, se

arreglaron por intermedio de Mister Marcos, mediador de las almas y gerente espiritual de aquella tienda. Y la Anunciata se fue con su flor de sangre y sus cortes en el mentón. Pero no se fue la mala racha.

El arcángel Sao Miguel de Carvalho, envuelto en una especie de sábana, con un turbante en la cabeza, no describió fisonomías ni citó nombres, pero fue positivo y rápido. Tomando las manos de Pelancchi, lo miró en los ojos: en el espacio sideral lo perseguía un enemigo cruel, un hombre al que el calabrés ofendiera gravemente, y que había desencarnado hacía poco. El arcángel lo localizó en seguida, con su linterna angélica:

- Está de pie aquí, junto a usted.

Hubo un principio de retirada general y el mismo Máximo Sales, por las dudas, se colocó junto a la puerta.

- ¿Hace poco que murió?

- Sí. Y la riña fue a causa de una mujer., - prosiguió el arcángel, habiendo respirado a fondo sus mágicos poderes.

Pelancchi identificó a Diógenes Ribas. Le había quitado la esposa, una mulata pretenciosa, una catástrofe de bonita, una manceba espléndida y matrera. Diógenes, propietario perjudicado y disconforme, anduvo por ahí con un cuchillo, profiriendo amenazas. Pelancchi, que ya era un poderoso señor de la timba, para hacerle callar la boca, y a pedido de la mulata - a la que Diógenes perseguía con insultos y calumnias- , mandó que le diesen una zurra, encargando el trabajo a un equipo de especialistas. Cuando salió de las manos de los médicos, Diógenes Ribas desapareció para siempre. Sólo por casualidad vino Pelancchi a saber de su reciente y triste muerte, en la miseria. En cuanto a la mulata, eje del drama, Pelancchi se la cambió a un suizo por una gruesa de barajas.

El arcángel, con su flamígera espada, barrió a Diógenes..., muchas palabras y pocos hechos, un espíritu pobre, de tercera, un cornudo. No cobró mucho, pues no era un explotador de creyentes, sino un benefactor de la humanidad, como les dijo. El cornudo se retiró con sus guampas, pero la mala suerte siguió, cada vez mayor.

La doctora Nair Sabá, médica - clínica y cirujana- , diplomada con distinciones y honores por la Universidad de Júpiter, una cuarentona fea como la desgracia, curaba

enfermos con pases magnéticos. Por una módica cantidad, descubrió en la conjunción de los astros por lo menos a seis enemigos de Pelancchi, inmediatamente identificados por éste sin la más mínima posibilidad de error. La doctora de Júpiter liquidó a los seis en un plazo récord y de propina curó a Pelancchi de una úlcera al duodeno y a Propalato de un reumatismo pertinaz. A lo único que no pudo vencer fue a la mala suerte en el juego.

Madame Deborah era sesentona y a juicio de Máximo no valía lo que cobraba ni siquiera como espectáculo: poco afirmativa, se quejaba de dolores en el vientre (hacía más de treinta años que estaba grávida, pues había concebido iba a parir el Apocalipsis), despedía un vaho que denunciaba la *cachaca*, tenía un catarro crónico y estaba metida en unas ropas de gitana. Sólo hizo referencia a una tal Carmosina, antiguo amor de Pelancchi, abandonada por él sin dolor ni piedad, pues el rey del juego no mantenía clavos. Madame Deborah tuvo dificultades para despachar a la fulana, pero por fin lo consiguió, ayudada por unos tragos de caña que tomó de un frasco de jarabe para la tos. Después quiso venderle a Pelancchi palpitos infalibles para la quiniela. Naturalmente, la mala suerte continuó.

El único que no cobró nada fue Teobaldo, Príncipe de Bagdad, un viejito esmirriado, todo de blanco, los ojos azules y finos, la faz bondadosa, la boca enigmática. No quiso dinero ni contribución de ninguna especie, ni tampoco reveló a un enemigo visible o invisible, macho o hembra. Con ojos lacrimosos, tocando el hombro de Pelancchi, dijo tan sólo:

- Únicamente el Maestro del Absurdo lo puede salvar. Sólo él, nadie más...

- ¿Y dónde puedo encontrar a ese caballero?

Anciano con más de ochenta años, y desde los veinte anunciando el fin del mundo, resistiendo a la incredulidad y a la persecución, a la cárcel y al manicomio, jamás vencido, implacable profeta del Viejo Testamento, Teobaldo, Príncipe de Bagdad, informó:

- Donde menos se espera es donde se lo encuentra... - dicho lo cual cerró los ojos y se durmió.

En el apartamento de Zulmira, en la soledad propicia al pensador, Cardoso ponía en orden los últimos detalles de su plan de campaña: había logrado una cita con los

marcianos, entre los cuales tenía amigos.

- ¿Cómo le fue? - le preguntó a Pelancchi.

Cansado y pesimista, el rey del juego alzó los hombros:

- ¿Usted sabe por casualidad dónde puedo encontrar a un tal Maestro del Absurdo? ¿Oyó hablar de él?

- ¿El Maestro del Absurdo? ¿Quiere encontrarse con él? - y la carcajada del místico sacudió la sala.

- Con urgencia.

- Pues aquí lo tiene, frente a usted. Yo soy el Maestro del Absurdo.

En el bacará, en el *lasquiné*, en el *grande o pequeño*, en la ruleta, Arigof, Anacreón, Giovanni Guimarães y una multitud que había seguido sus palpitos hacían estallar una banca tras otra y jamás perdían. Ni una vez sola.

- ¿Usted? Pues apúrese. Si esto dura otra semana, quiebro.

- Aprisa, Cardosito - suplicó también Zulmira. El Maestro del Absurdo sonrió ante el tratamiento íntimo de la leal secretaria: - Váyanse tranquilos, que ya empiezo. «Mirada de águila, irresistible», pensó Zulmira.

24

Doña Flor y el doctor Teodoro, del brazo, llegaban de la farmacia a la hora de cenar. Él, tras un breve descanso, debía volver al trabajo, pues la guardia se prolongaba hasta las diez de la noche, un latazo.

- Pobre mi querido... - dijo doña Flor.

- Tú hoy vas a dormir temprano, querida, ayer estabas febril - le recomendó el marido.

Y doña Flor tan satisfecha: de repente se sentía entera, unida; no más contradicciones, no más estar partida por la mitad, su espíritu en lucha contra su materia. Sólo un temor: ¿Y si él no volviera, su primero? ¿Si ya no lo viese más?

Pero él vino en cuanto el doctor se fue a la farmacia (de capa y paraguas, ya que de nuevo arreciaba el aguacero). Y he aquí a doña Flor y a Vadinho yogando en la cama de hierro, en el colchón de espuma.

- Estás pálido y cansado, te veo flaco. Es que no duermes,

llevas una vida de juego y de orgía. Necesitas descansar, mi amor.

Se lo dijo en un intervalo de lentas caricias, después del embate de fuego y tempestad. Vadinho, pálido, como si se le hubiera ido la sangre, pero sonriente:

- ¿Cansado? Sólo un poco. Un poquito nada más. Pero tú no te imaginas cómo me reí a costa de Pelancchi. Dentro de un rato...

- ¿Dentro de un rato? ¿Es que vas a jugar? ¿No vas a quedarte conmigo toda la noche?

- La noche nuestra es ahora. Después, mi bien, es el turno de mi colega, tu marido.

Doña Flor se llenó de bríos, volviendo a formular dramáticas decisiones:

- Con él, nunca más... ¿Cómo podría? Nunca más, Vadinho. Ahora somos sólo nosotros dos..., ¿no lo ves acaso?

Él sonrió plácidamente, estirado en la cama a sus anchas:

- Mi bien, no digas eso... Tú adoras ser fiel y seria, ya lo sé. Pero eso se acabó, ¿para qué engañarse? Ni sólo conmigo, ni sólo con él, con nosotros dos, mi Flor engañadora. Él también es tu marido y tiene tanto derecho como yo. Un buen tipo ese tu segundo, cada vez me gusta más... Por lo demás, cuando llegué, te avisé que nos íbamos a llevar bien los tres...

- ¡Vadinho!

- ¿Qué pasa, mi bien?

- ¿A ti no te importa que yo te ponga los cuernos con Teodoro?

- ¿Cuernos? - dijo pasándose la mano por la lívida frente- . No, no hay motivo para que aparezcan cuernos. Él y yo estamos a la par, mi bien, los dos tenemos derecho, ambos nos casamos por el juez y por la iglesia, ¿no es así? Sólo que él te gusta poco, es bobo. Si así lo prefieres, mi bien, el nuestro puede ser un amor perjurio, para que nos parezca más picante, pero es legal como el de él, con certificados y testigos, ¿no es cierto? Y si ambos somos maridos tuyos y con iguales derechos, ¿quién engaña a quién? Sólo tú, Flor, nos engañas a los dos, porque a ti misma ya no te engañas más.

- ¿Que los engañó a los dos? ¿Y a mí no me engañó más?

- Te quiero tanto, ioh! - la voz de celestes acentos

resonando dentro de ella- , con tal amor para verte y tomarte en mis brazos rompí lo que no es y otra vez soy yo. Pero no exijas que yo sea al mismo tiempo Vadinho y Teodoro, pues no puedo. Sólo puedo ser Vadinho y sólo te puedo dar amor, el resto de todo lo que necesitas es él quien te lo da: la casa propia, la fidelidad conyugal, el respeto, el orden, la consideración y la seguridad. Quien te da eso es él, pues su amor está hecho de cosas nobles (y aburridas), y todas te son necesarias para ser feliz. También de mi amor necesitas para ser feliz, este amor hecho de impurezas, equívoco y tortuoso, lascivo y ardiente, que te hace sufrir. Un amor tan grande que resiste a mi vida desastrosa, tan grande que después de no ser volví a ser y aquí estoy. Estoy aquí para darte alegría, sufrimiento y gozo. Pero no para estar siempre contigo, para ser tu compañero, tu atento esposo, para guardarte constancia, para llevarte de visita, para tener día fijo de cine y hora exacta para dormir..., para eso no, mi bien. Eso es cosa de mi noble colega de concha, y no podrás encontrar otro mejor. Yo soy el marido de la pobre doña Flor, el que va a despertar tus ansias y mover tu deseo, escondidos en el fondo de tu ser, de tu recato. Él es el marido de la señora doña Flor, cuida de tu virtud, de tu honra, de tu respeto humano. El es tu rostro matinal, yo soy tu noche, el amante frente al cual no tienes freno ni resistencia. Somos tus dos maridos, tus dos faces, tu sí y tu no. Para ser feliz nos necesitas a los dos. Cuando era yo solo, tenías mi amor y te faltaba todo, ¡cómo sufrías! Cuando era él solo, lo tenías todo, nada te faltaba, y todavía sufrías más. Ahora sí que estás entera, como debes ser.

Crecían las caricias, los cuerpos se quemaban en llamaradas:

- A prisa, mi bien, que nuestra noche es corta. Vamos a yogar rápido, que dentro de poco partiré para la perdición, que es mi destino, y habrá llegado la hora de mi colega en ti, mi socio, mi hermano. Para mí tu ansiedad, tu deseo secreto, tu base de impudor, tu grito enronquecido. Para él el resto, los gastos y la custodia, tu agradecido respeto, el lado noble. Y todo perfecto, mi bien, yo, tú y él, ¿qué más desees? Lo demás es engaño e hipocresía, ¿a qué seguirte engañando?

- Crees que vine a deshonrarte y, sin embargo, vine a salvar tu honra. Si yo no hubiese venido, yo, tu marido, con derechos legales, dime, Flor mía, di la verdad, no te engañes: ¿qué iría a pasar si yo no viniera? Vine a impedir que tomases un amante y arrastrases tu nombre y tu honra por el barro.

»¿Ni siquiera pensaste alguna vez, jamás admitiste siquiera alguna vez la idea de un amante, mujer íntegra, viuda honesta, esposa honrada, fiel a sus maridos? ¿Y qué me dices del «Príncipe de las Viudas», «Eduardo de Tal», también conocido por el «Señor del Calvario»? ¿Ya no te acuerdas de él, parado junto a un poste? Te quedabas en el rincón de la ventana para verlo, y si yo no envió a Mirandáo rápidamente, le hubieras entregado la peladita sobre mi luto, poniendo un jardín de cuernos en mi tumba. Su voz celeste, su sabor, su gusto ardiente, de jengibre, de pimienta, de cebolla cruda, gusto a la sal de la vida (y a la verdad verdadera).

Ahora olvídate de todo, mi bien, es tiempo de yogar, y yogar es cosa santa, cosa de Dios, vamos, mi bien. Qué Vadinho más embrollador, más hereje, más tirano..., vamos. Vadinho, apúrate.

25

Con la cabeza reclinada en los senos de terciopelo y bronce de Zulmira Simóes Fagundes, el místico Cardoso y S.^a... ¿Cardoso y S.^a? Sí, no se trata de engaño o de un error, de un cambio de nombres, sino de una real (lamentablemente) y momentánea sustitución de personas físicas. No era Pelancchi Moulas, el rey del juego, el emperador de la quiniela, el patrón del Gobierno y de Zulmira el que se reclinaba, en uso de sus derechos exclusivos, sobre los senos de la mulata, gozando del calor y del consuelo de tales prendas. Quien lo hacía, y además con una sorprendente desenvoltura, era nuestro siempre insólito Maestro del Absurdo, el intrépido Capitán del Cosmos, ese casi puro espíritu inmaterial. ¿Cómo llegó Cardoso y S.^a a esas alturas y grandezas? Pues rogando. Mientras se

empeñaba en solucionar los problemas de Pelancchi, frecuentando sus salones de juego en conferencias sucesivas con los jefes marcianos (entrevistó incluso al Guía Genial, el tenebroso y benemérito dictador de Marte, hasta entonces inaccesible a cualquier ser humano), le rogaba a Zulmira, le pedía con insistencia y la adulaba, y la antigua fórmula demostró una vez más su eficacia.

Al principio solicitó - sólo por mera curiosidad científica - ver las marcas dejadas por los invisibles en «sus magnas caderas de amazona». Las marcas ya se borraron, respondió ella, sólo quedaba el recuerdo. Aun así quiso Cardoso y S.^a ver el lugar (estudiar el fenómeno *in loco*), sin lo cual era imposible hacer un diagnóstico perfecto. La ciencia es exacta.

Le fue mostrado entonces el ampuloso lugar y él se demoró (la prisa es enemiga de la ciencia), estudiándolo: el color, la solidez, la arquitectura: todo era, en verdad, de primera. Zulmira lo dejaba, entre risueña y avergonzada, pues ¿no era Cardosito casi un puro espíritu, liberado de la vileza de la materia? Casi.

- Es igual a las montañas de Marte, en la conformación y en los abismos - reveló el Geógrafo de los Planetas.

Habiendo saciado (en parte) su curiosidad por dicho territorio y recordando los detalles de lo sucedido con los senos, le rogó que le mostrase tales maravillas, sus vertientes y cumbres, invocando para tan importante pedido razones estéticas, además de las científicas. Habiéndola habituado Pelancchi al culto de lo bello y de la poesía, ¿cómo negarse a una súplica tan insistente como cortés, desprovista de cualquier brizna de lascivia y que provenía de persona tan correcta? - se preguntaba Zulmira... y consintió.

El Maestro Cardoso y S.^a, artista respetuoso, pidió contemplar nada más que por un instante aquellas «obras maestras del Supremo Artífice del Universo», pero, al verlas sueltas, fue tan grande el deleite estético que perdió por completo la cabeza. Si él, que era casi un puro espíritu inmaterial, se entregó a las intemperancias de la materia, ¿cómo exigir de Zulmira, frágil mortal, más rígida conducta?, y así fue como sucedió, entre pedir y dar.

Por lo demás, si Pelancchi Moulas fuese realmente generoso

y quisiera premiar como es debido el esfuerzo descomunal del astrólogo y alquimista en favor suyo, tendría que darle Zulmira de regalo a Cardoso y S.^a, liberándola de cualquier obligación o compromiso con relación al juego y su señor, tanto en la mecanografía como en la recreación, reservando para sí tan sólo los gastos (elevados) de la opulenta. Porque el Gran Capitán, cumpliendo su palabra, había salvado la fortuna del calabrés, librándolo de la mala suerte y de la confusión de los marcianos. Algo, al menos, es cierto e indiscutible: por aquellos días ocurrió la deserción de Giovanni Guimarães, el último en retirarse. El primero fue Anacreón. El viejo patriarca, educador de generaciones, hombre respetable y de canas, dirigió cierta noche sus pasos hacia el cubil de Paranaguá Ventura y en aquel centro de fullería, en el que todas las cartas estaban marcadas, se sintió de nuevo jugador. Porque ganar permanentemente no era jugar, no era una disputa entre él y la suerte, una batalla contra el banquero y la bola de la ruleta, contra la carta y el dado. Y no así, tomar una ficha, ponerla en la carta o en el número y recoger las ganancias. ¿Qué gusto podía tener eso? Sin duda era cosa de magia, pero no tenía gracia. ¿Qué había hecho él, Anacreón, el perfecto jugador, el pedagogo de la ruleta, para merecer el castigo de esta suerte infalible? Eso era ganar, no era jugar. La emoción del juego consiste en no saber, en el riesgo, en la rabia de perder, en la alegría de acertar, en la ganancia y en la pérdida. Es seguir la bola en la fuente de la ruleta, en su girar loco y en el imprevisible número en que caerá, distinto cada vez. Cuando por casualidad se repetía, ¡qué emoción! Ahora Anacreón ya ni miraba la bola que, obediente, iba a caer en el número sobre el que él había puesto las fichas. Y lo mismo en las cartas y en los dados. ¿Qué crimen cometiera él para merecer ese castigo? El viejo Anacreón era hombre de una sola pieza, honesto, decente, jugador por el placer del juego, el placer del no saber, de arriesgarse. Y ahora no corría riesgo, sabiendo el resultado antes incluso de comenzar. Una vergüenza. Juntó las fáciles ganancias y allá se fue al encuentro de Paranaguá Ventura:

- Esto no es el casino de Pelancchi - le dijo el negro- , no me venga con martingalas.

Ambos se echaron a reír; allí se necesitaba más que suerte, había que tener coraje y una mirada alerta para no ser robado. Pero a Anacreón esa noche no le importaba perder, fuese contra el azar o contra los fulleros. Lo único que no quería era tener aquella suerte milagrosa, obtener lucro sin gracia, sin lucha, sin placer. La naturaleza humana es así.

Arigof, que había comenzado antes que los otros, todavía tardó unos días en ir al antro de Tres Duques, al garito de Zezé da Meningite, lugares en donde el juego era juego de verdad. ¿Por qué esa tardanza? No lo ocultemos: las ganancias fáciles estuvieron a punto de corromper el íntegro carácter de Arigof. Le dio la manía de mantener mujer, de gastar con la amante, cosa que era una inversión total de las buenas costumbres. Llenaba a Teresa de regalos, habiéndole comprado un globo terráqueo en relieve y un pájaro cantor para que se durmiera al son de su tonada. Quiso a todo trance hacerse cargo de los gastos del alquiler, del almacén, y de todos los otros.

La geógrafa, frustrada y ofendida, le hizo ver lo absurdo y lo ridículo de la situación: era a ella, Teresa Negritud, a quien correspondía mantener la casa y al negro macho, pues ella tenía que defender su orgullo y su honra. Uno que otro regalo, pase. El pájaro la conmovió, pero de ahí a querer pagar el alquiler, ¡ah!, era un desatino.

Arigof, gracias a Teresa, vio a tiempo el abismo que se abría ante sus pies: ya no iba al casino por el juego, sino por el dinero. ¿Dónde estaba su entereza de hombre y su placer de jugador? Finalmente volvió a encontrarlas en el tugurio de Tres Duques y en el antro de Zezé de Meningite. Y Teresa le abrió de nuevo su mar de espumas, su blanca extensión.

En cuanto a Mirandáo, ya se sabe lo que le pasó, ya se conoce la promesa que hizo en un instante de pánico. Siguió siendo bohemio, poblando la noche con sus historias, su risa y sus largas horas de *cachaca*, pero nunca más jugó. No quiso sentir de nuevo, tan próxima, la presencia de lo sobrenatural. Cuando Giovanni Guimarães volvió a los salones del Pálace, ya no era más el antiguo jugador: estaba convertido en alto funcionario y en hacendado. Por lo tanto, si fuese por su gusto, se pasaría el resto de su vida ganando al 17 e invirtiendo en tierras y bueyes el

dinero de Pelancchi. Pero su esposa y la sociedad censuraron su vuelta al juego, y el simpático periodista, miembro reciente de las clases conservadoras, se inclinó ante el lar y el crédito bancario, volviendo a acostarse temprano. No salió del Pálace para ir al antro de Tres Duques o de Zezé, o al cubil de Paranaguá Ventura. Se fue a su lecho de casado, a su respetabilidad. Lo movieron a ello, sin duda, razones excelentes, pero no del mismo tenor moral que las de Anacreón y Arigof.

Así pues, las tres acciones corrieron paralelas y llegaron juntas a su destino: el acuerdo interplanetario del Capitán del Cosmos con los marcianos, el juego de pedir y dar, inocente entretenimiento con el que se divertían el místico y la amazona para pasar el tiempo, y el hastío de los amigos de Vadinho.

La victoria de Cardoso y S.^a no melló las convicciones materialistas del profesor Máximo Sales, renuente y cabeza dura. Todo estaba claro para él: ese Cardoso, con su aparente extravagancia y sus palabras en las nubes, tenía que ser el jefe de la banda, y Zulmira su cómplice. Sin duda, los dos se conocían hacía mucho y eran amantes, sólo Pelancchi, viejo cornamenta, podía no darse cuenta. De no ser así, ¿cómo explicar entonces lo sucedido? ¡El sorprendente, el insólito Cardoso y S.^a, Cardoso para los íntimos como Zulmira! ¿Quién lo diría tan familiarizado con las cosas del amor? No sólo del amor en nuestro mísero y minúsculo astro, sino también en los planetas más progresistas, en las galaxias más nutridas. Era todo un catedrático en la dulce disciplina que enseñaba a la atenta alumna. Atenta y preguntona:

- ¿Y cómo es en Saturno, dime, Cardosito? ¿Cómo besan si no tienen boca, como tocan si no tienen manos?..

Antes de oírse la respuesta, resonaba la carcajada del Maestro del Absurdo:

- Ahora mismo te voy a mostrar cómo...

Zulmira tenía miedo que Pelancchi descubriera ese afecto espiritual, esa mística ligazón de almas hermanas, viendo maldad y vicio donde sólo había curiosidad científica y deleite estético.

- ¿Y si Pequito entrase ahora y nos viera así? Es capaz de matarnos. Una vez juró...

El Gran Iluminado la tranquilizó:

- Hago así con las manos y nos volvemos invisibles. Hizo así con la mano y le enseñó ciertas costumbres de los habitantes de Neptuno..., icada cosa!

26

Cada día estaba más pálido, más abatido con doña Flor, inclinada sobre su rostro, y preguntándole:

- ¿Qué te pasa, Vadinho?

- Siento un cansancio...

La voz ronca, los ojos desencajados, las manos descarnadas... Para doña Flor era consecuencia de aquella vida sin orden, sin horario. No hay organismo que pueda soportar un desgaste tan grande y tan constante.

La vez anterior sucedió de repente: cuando todos lo creían fuerte y sano, lleno de bríos, de vigor y de energía, Vadinho se desplomó entre las máscaras, en medio del carnaval, con su disfraz de bahiana y en plena animación. Tan joven todavía, joven y hermoso, jactancioso y fanfarrón, y sin embargo tenía el corazón hecho pedazos, estaba totalmente gastado por dentro. Doña Flor había ido hasta allí haciéndose camino entre las máscaras y los conjuntos, apoyándose en doña Norma y doña Gisa. Cuando llegó, lo vio muerto, sonriéndole a la muerte. Junto a él estaba Carlitos Mascarenhas, vestido de gitano, callado el sublime guitarrillo. El luto de la plaza era de cascabeles, lentejuelas y colores vivos.

Pero esta vez la muerte llegaba paso a paso; la muerte o lo que sea. Primero, pálido y descarnado; luego, lívido y fluido. Si fluido y casi transparente. No era la flacura de los enfermos, tampoco tenía dolores ni fiebre. Iba perdiendo densidad, se volvía incorpóreo, iba desvaneciéndose.

Al principio, doña Flor no le dio importancia a la cosa. Como Vadinho era tan chacotero y dado a las bromas, todo un comediante, creyó que era una farsa tramada por él para reírse de su preocupación y burlarse de sus temores. Desde luego que Vadinho no perdió los viejos hábitos, volvió hecho el mismo tramoyista de antes, riéndose de todo y

divirtiéndose a costa de los demás. Y si no que lo dijera doña Rozilda, empavorecida: era un chacotero.

La vieja se presentó de improviso con sus grandes maletas, que anunciaban una estancia prolongada. El doctor Teodoro se tragó la sorpresa, y, de acuerdo con sus buenas maneras, acogió con hidalguía a la suegra, «siempre bienvenida a esta casa». Con el correr de los años la maldad de doña Rozilda se había agudizado y era un pozo de veneno. Apenas llegó y ya la ponzoña coma por la casa y por la calle:

- Tu hermano es un calzonazos, un pocacosa, tiene sangre de cucaracha. La mujer lo domina a ese legañoso. Vine para quedarme.

«Dios mío, dame paciencia», rogó doña Flor, y el doctor Teodoro perdió todas las esperanzas. Ante aquella monstruosa amenaza sólo veía dos soluciones: o envenenar a la apestosa, y no tenía coraje para tanto, o que ocurriera un milagro, y ya no estamos en tiempos milagrosos. Se equivocaba el doctor, como bien sabemos nosotros y pronto lo comprobó.

Menos de veinticuatro horas después de su desembarco, doña Rozilda regresaba a Nazareth, corriendo hacia el vapor, como si el infierno entero le estuviera mordiendo los talones. No sería todo el infierno, pero sí Satanás, o Lucifer, o Belcebú, el Can, el Repugnante, no importa el nombre o el título: el demonio, el peor de ellos, aquel que en otro tiempo fuera su yerno para desgracia suya y de su hija. Le tiraba de los pelos y una vez incluso la derribó. Se pasaba el día diciéndole cosas horribles, lanzándole obscenos insultos, amenazándola con darle bofetadas o puntapiés en el culo y proponiéndole porquerías.

- Esta casa está maldecida, iválgame Dios! No vuelvo a poner los pies aquí... - exclamó finalmente, juntando las maletas.

Pues sucedió un milagro - aunque no es tiempo de ellos- , pensó el doctor con humildad, no creyéndose merecedor de tanta gracia, de semejante merced.

- El maldito anda suelto, quiso matarme... - y dichas estas palabras doña Rozilda se fue a toda prisa, calle adelante.

- Está caduca... - diagnosticó el doctor Teodoro, con tanto alivio como competencia.

Doña Flor se sonrió, en señal de acuerdo con la opinión del doctor, solidaria con su desahogo, y al mismo tiempo en respuesta a la guiñada de ojo de Vadinho. En la puerta, el tinoso se reía a carcajadas, aunque ya un tanto inmaterial y fluido.

Siguió acentuándosele aquella palidez suya, y cada vez era menos material, volviéndose casi gaseoso y transparente, y en cierto momento doña Flor llegó a ver a través de su cuerpo.

- ¡Ay, amor! Te estás desvaneciendo en la nada...

Era la primera vez que doña Flor veía a Vadinho sin fuerzas para reaccionar, desorientado, perdido. ¿Qué se había hecho de su ardor, de su arrogancia, de su picardía?

- No sé, mi bien... Siento que me están llevando... a pesar mío. ¿Será que tú ya no me deseas? Porque sólo tú puedes echarme. Mientras me quieras y me desees, mientras pienses en mí, seguiré vivo y aquí. ¿Qué hiciste, Flor?

Ella se acordó entonces del *ebó*. Ya se lo advirtiera su comadre Dionisia. Ella, doña Flor, tenía toda la culpa por haber recurrido a los *orixás* y suplicado que se llevaran a Vadinho de vuelta a la muerte.

- Es el hechizo...

- ¿Hechizo? Su voz era como de agua, se deshacía en un susurro.

Le contó lo ocurrido cuando el sábado por la tarde, estando ya en los brazos de Vadinho, su honra se salvó gracias a Dionisia de Oxóssi; desesperada, le encargó el *despacho*. Se hizo cargo del trabajo el *Babalaó* Didí, él, que era *pai-pequeno* de Vadinho, cuya mano defendía su destino. ¿Qué hiciste, Flor, mi Flor perdida, y para qué?

- Para salvar mi honra...

De nada le había servido, igual sucedió lo que tenía que suceder. Más veloz que el despacho había sido la fuerza del deseo que las palabras de Vadinho desataran. Después de lo ocurrido, ella intentó suspender el encargo, pero era tarde, ya se había derramado la sangre de los sacrificios.

- ¡Ah! Tú me echaste, me mandaste de vuelta, no tengo más remedio que partir. Porque mi fuerza es tu deseo, mi vida es tu querer y si no me quieres no existo. Adiós, Flor, ya me voy, me están amarrando con un *mokan*, todo se acabó.

Y fue desapareciendo ante su vista hasta disolverse en la nada.

27

Y allá se fue Vadinho, convertido en campo de batalla en la guerra de los *santos*, presa de los *orixás*, *egun* sin cementerio.

¿Por qué no aprovechas, doña Flor? Es tu última ocasión, tu oportunidad final para salvar la honra, la decencia, el recato, la virtud, las leyes morales de tu calle, de tu gente, de tu clase. Todavía te queda esa salida: el *ebó* encargado por Dionisia y realizado por Didí, el *asobá*. Por mucho que nos cueste confiar en hechizos y *orixás* engatusadores del pueblo, ¿qué otro modo hay para salvar la moral en peligro, la virtud y los preceptos de la sociedad, de la civilización, en fin? Lo importante, doña Flor, es rescatarte ante Dios y tu conciencia, oveja de regreso al redil, purificada. Ante los hombres no es necesario, pues ellos (felizmente) ignoran tu mal paso.

Si ahora dejas partir a Vadinho, será fácil olvidar esas pocas noches de desvergüenza, la loca cabalgata, los ayes de amor. Todo eso puede haber sido únicamente un sueño, un delirio

febril, una alucinación o tan sólo unos simples y locos pensamientos surgidos en momentos insustanciales de una vida decente y feliz en su totalidad. Nada tendrás que pagar, no tendrás remordimientos, vivirás en paz con tu esposo y con tu conciencia. Doña Flor, ésta es tu última oportunidad de ser virtuosa, de volver a ser un pilar de la moral, de las buenas costumbres. Deja que Vadinho regrese a la paz de su muerte, ¿eres o no una mujer honesta?

¿Dónde vas, doña Flor, y con qué fuerzas? ¿Para qué libertarlo del no ser?

No podía vivir sin amor, sin su amor. Mejor es morir con él. Si no lo tuviera a mi lado tendría que salir desesperada a buscarlo en cuanto hombre pasara frente a mí; a buscar su

gusto en cada boca, echándome a correr por las calles ululando como una loba hambrienta. Él es mi virtud.

28

En la guerra de los *santos* la ciudad se elevó por los aires, y los relojes señalaron a la vez el mediodía y la medianoche: todos los *orixás* se habían unido para enterrar a Vadinho, *egun* rebelde, y su vínculo de amor. Sólo *Exu* estaba a su lado. El rayo, el trueno, la tempestad, acero contra acero y una cantidad de sangre de todos los diablos. El encuentro sucedió en la encrucijada del último camino, en los límites de la nada.

En la cresta del océano, Yemanjá, toda vestida de azul, larga cabellera de espuma y cangrejos. En la cola de plata tenía tres sexos, uno blanco de algas, otro verde de limo, el tercero de polvos negros. Con su abanico de metal, el abebé esparcía vientos de muerte. Comandaba una flota de cascos de navío y un ejército de peces la saludaba en su mudo idioma, *iodóia!*

Las selvas se inclinaron ante Oxóssi, el cazador, el rey de Ketu. En esa guerra él montó tres cabalgaduras. En la arremetida de la mañana, un jabalí; el caballo blanco en el arco del menguante, y por la madrugada su caballo fue Dionisia, la más bella de sus hijas, la predilecta. Por donde él pasaba con el *ofá* y el *erukeré*, en guerra sin cuartel, morían los animales y todo cuanto existía. Oxumaré, cobra inmensa, venía en los colores del arco iris, a un tiempo macho y hembra. Cubierto de serpientes - la cascabel y la yarará, la coral y la víbora- , y seguido por cinco batallones de hermafroditas. Empujaron a Vadinho por una punta del arco iris; cuando entró era un macho desafiante, cuando salió era una mañosa adolescente, una doncella derretida. *Exu*, con su tridente, deshizo el arco iris. Oxumaré metió el rabo por la boca, anillo y enigma. Ogun batió el hierro y templó el acero de las espadas. *Euá* con sus fuentes, *Naná* con su vejez. Rey de la guerra, *Xangó*, rodeado de *obás* y de *ogans*, del esplendor de su corte, arrojaba rayos y centellas. A su lado, Oxun, muy zalamera, deshaciéndose

en arrumacos. *Omolu*, con su terrible ejército, comandaba la viruela negra y la lepra milenaria, el esputo putrefacto y el pus, las enfermedades todas. *Vadinho*, tísico y pestilente, ciego y sordo. *Exu*, curandero de tribus africanas, masticó las enfermedades, una a una.

Empuñando el *paxoró* de plata, lanza invencible, *Oxalá* era dos a la vez: el joven *Oxoguiá* y el viejo *Oxolufá*. Ante su paso de danza todos se inclinaban. Lo precedía *Yansá*, la que gobierna a los muertos, madre de la guerra. Su grito enmudeció a la gente, y se hundió como un puñal en el corazón visible de *Vadinho*.

Venían juntos en formación cerrada, con sus armas, sus herramientas, su ley antigua. Viendo que aun siendo tantos eran pocos, llamaron a los *orixás* de la nación *gruña* y a los de Angola, a los *inkices* congolese y a los *caboclos*. Todas las naciones, de norte a sur, contra *Exu* y su *egun*. Y se aprestaron a la batalla final. Entonces, las doncellas de la ciudad se desnudaron y salieron a ofrecerse por las calles y plazas. Y de inmediato nacían los hijos, a millares. Todos iguales, pues eran todos hijos de *Vadinho*, todos ellos zurdos y de pelo ensortijado. Por el mar navegaban casas y caseríos, el farol de la Barra y el solar del Unhão; el Fuerte del Mar se trasladó al Terreiro de Jesús, y brotaban peces en los jardines, y maduraban estrellas en los árboles. El reloj del Palacio marcó la hora del espanto, en un cielo carmesí con manchas amarillas. Vióse entonces nacer una aurora de cometas sobre los prostíbulos y cada mujer de la vida tuvo marido e hijos. La luna cayó en Itaparica, sobre los mangos; los enamorados la recogieron y en su espejo se reflejaban el beso y el desmayo. De un lado la ley, los ejércitos del prejuicio y del atraso, bajo el comando de doña Dinorá y de Pelancchi Moulas. De otro lado, el amor y la poesía, la osadía de Cardoso y S.^a, teniente coronel del ensueño, riéndose entre los senos de Zulmira. Venía la gente corriendo por las laderas, con hachas encendidas y una agenda de huelgas y revueltas. Al llegar a la plaza quemó a la dictadura como un papel sucio y encendió la libertad en cada esquina.

Fue jefe de la rebelión el Can, y a las veintidós horas y treinta y seis minutos derribaron el orden y la tradición feudal. De la moral vigente quedaron sólo los restos, que

fueron de inmediato guardados en el museo.

Pero el grito de *Yansá* mantuvo a los hombres en el temor de la muerte. De Vadinho, sin manos, sin pies, sin estructura, quedaba muy poco: una humareda sucia, cenizas esparcidas, el corazón roto en la batalla. Era el fin de Vadinho y de su vínculo de deseo. ¿En dónde se vio que un finado exista de nuevo, yogando en cama de hierro? ¿En dónde?

Pero la suerte de la batalla se dio vuelta cuando a *Exu* no le quedaban ya fuerzas y estaba cercado por los siete costados, sin salida, cuando el *egun* ya estaba, en su cajón barato, en su sepultura arrasada, y ya podía decirsele: adiós, Vadinho, adiós, hasta nunca.

Fue entonces cuando atravesó los aires una figura que penetró en los más cerrados caminos y venció a la distancia y a la hipocresía, con su pensamiento libre de cualquier traba: era doña Flor, desnuda, en pelo. Su gemido de amor cubrió el grito de muerte de *Yansá*. A última hora, cuando *Exu* ya rodaba por el monte y un poeta comenzaba a escribir el epitafio de Vadinho.

Fue entonces cuando una hoguera se encendió en la tierra y la gente quemó el tiempo de la mentira.

29

En la mañana clara y leve de un domingo los *habitúes* del bar de Méndez, en Cabeça, vieron pasar a doña Flor, muy elegante, del brazo de su marido, el doctor Teodoro. La pareja iba a Río Vermelho, en donde la tía Lita y el tío Porto los esperaban a almorzar. Animada la cara, pero baja la mirada, discreta y seria como corresponde a una mujer casada y decente, doña Flor respondía a los buenos días respetuosos.

- Nunca creí que ese doctor Jarabe fuera capaz de tanto. No lo parece y sin embargo vea...

- ¿No parece qué? Es farmacéutico, pero es mejor que muchos médicos... - le interrumpió el santero Alfredo.

- Fíjense en ella... ¡Qué hermosura, qué belleza de mujer!

Una pera de agua..., y se ve que está satisfecha, que no le falta nada en la mesa ni en la cama. Hasta parece una mujer que tuviese un nuevo amante, poniéndole los cuernos al marido...

- ¡No diga eso! - protestó Moysés Alves, el perdulario del cacao- . Si hay una mujer decente en Bahía, es doña Flor.

- Estoy de acuerdo, ¿quién no sabe que es honesta? Lo que quiero decir es que ese doctor con cara de bobo es un tipo que se las trae. Me quito el sombrero ante él, nunca pensé que fuera capaz de dar cuenta del recado. Para un pedazo de mujer como ésta, tan cachonda, se necesita ser muy competente.

Y con los ojos encendidos concluyó:

- Miren cómo se menea. La cara seria, pero las caderas - imiren ahora!- de lo más sueltas, hasta parece que alguien se las está palpando... Un felizote, ese doctor...

Del brazo del marido, sonreía mansamente doña Flor: ¡ah!, esa manía de Vadinho, de ir por la calle tocándole los pechos y los cuadriles, revoloteando en torno a ella como si fuese la brisa de la mañana. De esta limpia mañana de domingo, en la que doña Flor va de paseo, feliz de la vida, satisfecha con sus dos amores.

Y aquí se da por terminada la historia de doña Flor y sus dos maridos, narrada en todos sus pormenores y con todos sus misterios, clara y oscura como la vida. Todo esto sucedió realmente, créalo quien quisiere. Pasó en Bahía, donde estas y otras cosas mágicas suceden sin que nadie se asombre. Si lo dudan, pregúntenle a Cardoso y S.^a y él les dirá si es o no verdad. Pueden encontrarlo en el planeta Marte o en cualquier esquina pobre de la ciudad.

Salvador, abril de 1966.